

Luvina 85

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2016

\$100

TREINTA Y TANTOS

Claudia Apablaza ■ Eduardo Padilla ■ Juan
Álvarez ■ Oliverio Coelho ■ Artur
Rogério ■ José Manuel Torres Funes
■ Emiliano Monge ■ Urayoán Noel ■
Diana Garza Islas ■ Natalia Litvinova
■ Héctor Hernández Montecinos ■
Juan Sebastián Cárdenas ■ Hernán Bravo
Varela ■ Sebastián Basualdo ■ Luis Panini
■ Silvia Piranesi ■ Karen Villeda ■ Willy
McKey ■ José Adiak Montoya ■ Luis Eduardo
García ■ Carol Rodrigues ■ Maximiliano
Barrientos ■ Ignacio Fritz ■ Juan Manuel
Tabío ■ Denise Phé-Funchal ■ Javier Viveros ■
Enzo Maqueira ■ Carlos Fonseca ■ Martín
Lasalt ■ Frank Báez ■ NORMAN MANEA ■
■ *IN MEMORIAM* † IGNACIO PADILLA ■
● JULIO BITTENCOURT ●



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara

Rector General: Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Vicerrector Ejecutivo: Miguel Ángel Navarro Navarro

Secretario General: José Alfredo Peña Ramos

Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Ernesto Flores Gallo

Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >

Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa

Viñetas: Montse Larios

Editores invitados: Antonio Ortuño (narrativa) y Luis Eduardo García (poesía)

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbrellas, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos¹, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinosa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega¹, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljuven@luvina.com.mx >

Luvina, año 20, no. 85, invierno de 2016, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Secretaría de Vinculación y Difusión Cultural del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. Periférico Norte Manuel Gómez Morán núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx. Editor responsable: Silvia Eugenia Castellero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102. ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de título 10984, Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, CP 46170. Este número se terminó de imprimir el 24 de noviembre de 2016 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551 comercializadoragbn@yahoo.com.mx, comercializadoragbn@gmail.com

www.luvina.com.mx

En el principio fue el asombro el ingrediente con el que se fundó el bloque del mundo que con el tiempo dieron en llamar América Latina, esa tierra prometida que bajo la óptica europea era una fuente de oro y riqueza y donde conquistadores y conquistados se encontraron por primera vez con dos historias distintas y concepciones opuestas de la vida.

América Latina: veintiún millones de kilómetros cuadrados en un crecimiento demográfico desmedido, en un contexto económico llamado subdesarrollo. Sin embargo, actualmente constituye un espacio complejo cuya identidad no se puede definir. Los adjetivos de América Latina se diluyen en la contingencia histórica. Su primera denominación, aún vigente, se ha desprendido de la relación en desventaja de una potencia exterior. Primero las monarquías ibéricas, después —cuando éstas caen— ingleses y norteamericanos se enriquecen a costa de sus recursos naturales. El territorio llamado América Latina ha existido inmerso en una fuerte polaridad histórica: el abismo que separa a los países ricos, productores, de los países pobres, proveedores de materias primas.

De la simbiosis de las culturas autóctonas y de las culturas europeas, además de la africana (cien millones de africanos fueron traídos a América en calidad de esclavos) surge una cultura mestiza llena de colorido, de contrastes, de heridas que cicatrizan y se vuelven a abrir. Es y ha sido América Latina una tierra fundada por el asombro pero también por la barbarie, el atropello, la violencia. Y cuya identidad sigue cifrada por la pertenencia al bloque que se encuentra al sur del río Bravo.

Luvina ofrece en este número una colección de voces originales que se acompañan y contrastan entre sí, voces con propuestas audaces y estructuras literarias contemporáneas, logrando zanzar el mapa de vicisitudes extendidas en este territorio. Escritores de treinta y tantos años, formados en las mismas décadas en que nació y se ha desarrollado la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Por otra parte, **Luvina** reúne varias plumas destacadas que recuerdan, glosan y valoran la obra y la vida de nuestro muy querido Ignacio Padilla, cuya pérdida nos sigue siendo dolorosa. Así mismo nos congratulamos ofreciendo a los lectores fragmentos de la novela más reciente y todavía inédita de Norman Manea, merecedor del Premio FIL de Literatura 2016. También, en este número publicamos una primicia editorial del libro de Cristina Rivera Garza, con la cual iniciamos la publicación de una serie de artículos, ensayos y diversas expresiones artísticas en torno a la obra de Juan Rulfo, para unirnos durante 2017 a las conmemoraciones por el centenario de su nacimiento ●

Índice

12 ♣ No quiero que J. pase por el escáner •

CLAUDIA APABLAZA (Rancagua, Chile, 1978). Con *GOØ y el amor* ganó el Premio Alba de Novela 2012. *Todos piensan que soy un faquir* (Edicola Ediciones, 2013) es su publicación más reciente. El texto que aparece en este número pertenece al libro inédito *La felicidad de los ventiladores*.

17 ♣ Piedra •

CHRISTIAN KENT (Asunción, Paraguay, 1983). Su nuevo libro de poemas es *El rey del planeta rojo* (Arandurá, 2016).

18 ♣ MÉXICO SE ESCRIBE CON X (FRAGMENTOS) •

JESSICA FREUDENTHAL OVANDO (Madrid, 1978. Boliviana). *El filo de las hojas* (3600, 2015) es su libro más reciente.

24 ♣ Hotel Hastings •

EDUARDO PADILLA (Vancouver, 1976. Mexicano). Entre sus libros de poemas se encuentra *Blitz* (Filodecaballos, 2013).

28 ♣ Flor de ahelí •

JUAN ÁLVAREZ (Neiva, Colombia, 1978). En 2015 publicó la novela *La ruidosa marcha de los mudos* (Seix Barral Biblioteca Breve / Editorial Planeta Colombiana).

30 ♣ Precoz •

ARIANA HARWICZ (Buenos Aires, 1977). La novela *Precoz* (Mardulce, 2015) forma parte de su obra publicada.

38 ♣ Mi padre está temblando •

SANTIAGO ACOSTA (San Francisco, Estados Unidos, 1983. Venezolano). Ha publicado el poemario *Detrás de los erizos* (Monte Ávila, 2007).

43 ♣ Aquellas olas •

CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ (Lima, 1976). Este relato forma parte de *Coordenadas temporales* (Animal de Invierno, 2016), su nuevo título. *La sangre de la aurora* (Animal de invierno, 2013), su primera novela, ganó el Premio Las Américas de Narrativa Hispanoamericana 2014.

47 ♣ Mercado de Antigua, Guatemala •

MARÍA JULIA MAGISTRATTI (Buenos Aires, 1976). Este año publicó *Pueblo* (La Gran Nilson).

50 ♣ 13 de junio *Arboretum*, Universidad de Davis California •

YAXKIN MELCHY (Ciudad de México, 1985). Escribió un libro titulado *El Nuevo Mundo (2006-2016)*.

51 ♣ Alrededor de la *medianoche* •

ROBERTO CARLOS PÉREZ (Granada, Nicaragua, 1976). Casasola Editores presentó la segunda edición de su libro *Alrededor de la medianoche y otros relatos de vértigo en la historia*.

59 ♣ POEMAS •

Óscar Cruz (Santiago de Cuba, 1979). *La Maestranza* (Eds. Unión, 2014) es su quinto poemario.

63 ♣ Compañía de espectros [fragmento] •

OLIVERIO COELHO (Buenos Aires, 1977). Entre sus siete novelas, la más nueva es *Bien de frontera* (Seix Barral, 2015).

69 ♣ POEMAS •

Artur Rogério (São Paulo, 1985). En 2010 lanzó el proyecto de autoedición *Decalogia ladrona*, con títulos como *Chuva na mata declinante* y *Alegria*.

73 ♣ Corazón de volcán •

JOSÉ MANUEL TORRES FUNES (Tegucigalpa, 1979). *Desfiladero* (Roca en el Aire, 2003), libro de relatos, es uno de sus títulos publicados. «Corazón de volcán» apareció originalmente en la antología *Un espejo roto* (2014).

78 ♣ Las hadas rusas •

ANA INIESTA (Buenos Aires, 1983). Este año apareció su libro *León, el pez*, en Ediciones en Danza.

81 ♣ Emar: ese otro mundo (*Invitación a una literatura que también es geometría*) •

EMILIANO MONGE (Ciudad de México, 1978). Con la novela *Las tierras arrasadas* (Literatura Random House, 2015) obtuvo este año el IX Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska.

91 ♣ Fundación de la isla •

ÁLEX PIPERNO (Montevideo, 1985). Publicó recientemente *Baqrejaponés* (Editorial Mental, 2010).

93 ♣ Los latidos •

JUAN RAMÍREZ BIEDERMANN (Asunción, 1976). Una de sus novelas es *Plegaria de penumbras* (Altazor, 2011).

103 ♣ Periodo Espacial [cuaderna vía láctea] •

URAYOÁN NOEL (San Juan de Puerto Rico, 1976). El más reciente de sus siete libros de poesía es *Buzzing Hemisphere / Rumor Hemisférico* (Universidad de Arizona, 2015).

108 ♣ Infografía •

DIANA GARZA ISLAS (Santiago, Nuevo León, 1985). Ha publicado el libro *Caja negra que se llame como a mí* (Bonobos, 2015).

111 ♣ Caso gracioso •

RODRIGO BLANCO (Caracas, 1981). Con su primera novela, *The Night* (Alfaguara, 2016), ganó el Prix Rive Gauche à Paris du Livre Étranger 2016.

120 ♣ El cruce de los caminos •

NATALIA LITVINOVA (Gómel, Bielorrusia, 1986. Argentina). Es autora, entre otros libros, de *Todo ajeno* (Vaso Roto, 2013).

124 ♣ Libación •

HÉCTOR HERNÁNDEZ MONTECINOS (Santiago de Chile, 1979). Sus libros de poesía editados entre 2001 y 2003 aparecen reunidos en *[quién]* (LOM, 2008), primer volumen de su trilogía *La Divina Revelación*.

131 ♣ dijiste honey bunny, ¿no? •

ÉRICA ZINGANO (Fortaleza, Brasil, 1980). Autora de *fio, fenda, falésia* (2010).

134 ♣ Detrás de los párpados •

CINTIA DE ESTAY (Córdoba, Argentina, 1979. Paraguaya). Su antología *Ingrávidos, cuentos para flotar*, fue editada este 2016 bajo el sello Servilibro.

138 • POEMAS •

Tilsa Ota Vildoso (Lima, 1982). Uno de sus poemarios es *Antimateria. Gran acelerador de poemas* (Pesopluma, 2015).

140 • POEMAS •

Martín Batallés (Montevideo, 1981). Sus libros de poesía pueden leerse en su sitio *web martinbatalles.com*.

142 • Criatura •

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS (Popayán, Colombia, 1978). *Ornamentos* (Periférica, 2015) es su nueva novela.

146 • Landsmoder [fragmento] •

ELENA SALAMANCA (San Salvador, 1982). Reeditó *Peces en la boca* (Proyecto Literal, 2013).

149 • La lengua •

LEO FELIPE CAMPOS (San Félix, Venezuela, 1979). Autor del libro de relatos *Sexo en mi pueblo* (Ediciones Puntocero, 2009).

155 POEMAS •

Hernán **Bravo Varela** (Ciudad de México, 1979). Uno de sus últimos títulos publicados es el poemario *Hasta aquí* (Almadía, 2014).

157 • ¿Cómo funciona una muñeca de cristal? •

JUAN JOSÉ RODINÁS (Ambato, Ecuador, 1979). Publicó, en 2014, *9 grados de turbulencia interior* (Mantis Editores).

160 • Todos los niños mienten [fragmento] •

SEBASTIÁN BASUALDO (Buenos Aires, 1978). Está por aparecer su novela *Todos los niños mienten* (Galerna).

167 • POEMAS •

CAVALODADÁ (pseudónimo de Reuben da Rocha, São Luís, Brasil, 1984). Acaba de publicar *O astronauta cruza a rua* (2015).

170 • POEMAS •

Alejandra Méndez Bujonok (San Cristóbal, Argentina, 1979). Ha publicado el poemario *Tarde abedul* (La Pulga Renga, 2013).

172 • Problemas derivados de algunos círculos concéntricos •

LUIS PANINI (Monterrey, 1978). Su novela más reciente es *Los Cronopolios 1: Las espirales del tiempo* (Destino, 2016).

174 • POEMAS •

Silvia Piranesi (San José, Costa Rica, 1979). En 2015 publicó el libro artesanal *52 Poem Requests* (Editorial Ambigü).

176 • Fotos •

NICOLÁS GONZÁLEZ MARZUCCO (Rosario, Argentina, 1980). Tiene publicado el libro de cuentos *Oxidada* (Ciudad Gótica, 2011).

182 • POEMA •

Karen Villeda (Tlaxcala, 1985). Con *Cuadrado de cabeza. El mejor detective del mundo o eso cree él* (Edebé, 2015) obtuvo, en 2014, el Premio Bellas Artes de Cuento Infantil Juan de la Cabada.

185 • Canto 14 •

WILLY MCKEY (Caracas, 1980). En abril de este año, ganó el I Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas con su poema «Canto 14».

188 • En el tiempo de las cenizas •

JOSÉ ADIAK MONTOYA (Managua, 1987). *Un rojo aullido en el bosque* (Anamá Ediciones, 2015) es su segunda novela publicada.

194 • Scholem •

MANUEL BARRIOS (Montevideo, 1983). Entre sus libros está *Her Bodhi* (Mental, 2014).

196 • Femicidio •

GONZALO UNAMUNO (Buenos Aires, 1985). En 2015 publicó la novela *Que todo se detenga* (Galerna).

201 • Ají de lengua •

CHRISTIAN VERA (La Paz, Bolivia, 1976). En 2012 publicó la novela *Click* (El Cuervo Editorial).

210 • POEMAS •

Cristhian Briceño Ángeles (Lima, 1985). Uno de sus poemarios es *La trama invisible* (2013).

212 • POEMA •

Ariadna Vásquez Germán (Santo Domingo, 1977). Entre sus poemarios se cuenta *Debí dibujar el mar en alguna parte* (Editora Nacional, 2013).

214 • Un hermoso día de otoño •

BRUNO PETRONI (Buenos Aires, 1984). En 2015 publicó *La revolución de los justos* (Editorial Mil Botellas), volumen de cuentos.

217 • POEMA •

Andrés Villalba Becdach, Tush (Quito, 1981). *Soterramiento* (Ruido Blanco, 2014) es uno de sus libros.

225 • POEMAS •

Luis Eduardo García (Guadalajara, 1984). Su libro más reciente es *Armenia*, de próxima aparición en la editorial Filodecaballos.

229 • Autorretrato (Édouard Levé por Camiri) •

SAÚL MONTAÑO (Camiri, Bolivia, 1985). Hace unos meses apareció su libro de cuentos *Desvelo* (La Perra Gráfica, 2016).

235 • Burbuja •

CRISTIAN DAVID LÓPEZ (Lambaré, Paraguay, 1987). Poema tomado de *Permiso de residencia* (S.L. Ediciones de la Isla de Siltola, 2015).

237 • Los dientes no sabían cómo actuar •

CAROL RODRIGUES (Río de Janeiro, 1985). Con su libro de cuentos *Sem Vista para o Mar* (2014) ganó los premios Jabuti y Clarice Lispector.

239 • POEMAS •

Marcelo D. Díaz (Villa Mercedes, Argentina, 1981). El poemario *Bosque chico* (Club Hem, 2015) es uno de sus títulos.

242 • Pimienta y barniz •

GUSTAVO ARROYO (San Ramón, Alajuela, Costa Rica, 1977). En 2016 fueron publicados sus poemarios *Los amores imaginarios* (Editorial de la Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica) y *Círculo de diámetro variable* (Uruk Editores).

244 • Meteorito •

LILIANA COLANZI (Santa Cruz, Bolivia, 1981). Es autora de *Vacaciones permanentes* (El Cuervo, 2010).

255 • POEMAS •

Giselle Caputo (Buenos Aires, 1986. Paraguaya). Publicó los poemarios *Batel* (Felicita Ñembytense Cartonera, 2008) y *I7* (El Guajhu Ediciones, 2016).

257 • Un bar vacío •

GLADYS GONZÁLEZ SOLÍS (Santiago de Chile, 1981). Su compilación *Pequeñas cosas* se publicó en 2015 (Ediciones Libros del Cardo).

259 • **Doble línea continua** •

EUNICE SHADE (Guadalajara, 1980. Nicaragüense). Entre sus obras se encuentra el libro de cuentos *Doble línea continua* (Instituto Nicaragüense de Cultura / Sociedad Nicaragüense de Jóvenes Escritores, 2014).

264 • **Las leyes del tiempo III** •

ERNESTO CARRIÓN (Guayaquil, 1977). *Los duelos de una cabeza sin mundo* (Tribal / Fondo de Animal, 2012) es el segundo volumen de su trilogía poética Ø.

266 • **POEMAS** •

Greta Montero (Coronel, Chile, 1986). Publicó este año el libro de poemas *Balada del Señor Cuervo* (Ediciones Overol).

270 • **Safari** •

MAXIMILIANO BARRIENTOS (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 1979). Su novela *La desaparición del paisaje* fue editada en 2015 por Periférica, que también publicó en 2011 *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer* (relatos) y *Hoteles* (novela).

275 • **POEMAS** •

Verónica Pérez Arango (Buenos Aires, 1976). Su nuevo libro es *La vida en los techos*.

277 • **Petricor** •

G. A. CHAVES (Costa Rica, 1979). Este poema pertenece a su más reciente libro, *Wallau* (Valparaíso, 2016).

279 • **La luna bajo sospecha** •

IGNACIO FRITZ (Santiago de Chile, 1979). Ha publicado el volumen de cuentos *El festín de los engendros* (Das Kapital, 2016) y la novela policial fantástica *La indiferencia de Dios* con la editorial Forja.

290 • **POEMAS** •

Maggie Torres (Asunción, 1981). Sus nuevos libros son *Suspensión del silencio* (Trópico Sur Editores, 2013), poesía, y la novela corta *Nueve vidas* (Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2015).

292 • **Toda caída es ascenso** •

ANA MARÍA ARANGO CORREAL (Medellín, 1990). En línea se encuentra *Todos los poemas vienen a cuidarme*, uno de sus proyectos poéticos.

297 • **El principio de la realidad** •

JUAN MANUEL TABÍO (La Habana, 1983). Ha publicado ensayos, poemas y traducciones, y prepara su primer volumen de relatos.

302 • **POEMAS** •

Bruno Brum (Belo Horizonte, Brasil, 1981). Su nuevo poemario es *20 sucessos* (2016), en coautoría con Fabiano Calixto.

305 • **Y los curas en el cónclave** (Crónica sobre el día en que eligieron a Bergoglio como Papa) •

NATALIA ZITO (Buenos Aires, 1977). Publicó sus cuentos bajo el título *Agua del mismo caño* (Pánico el Pánico, 2014).

307 • **leche de gárgola** •

KAREN WILD (Montevideo, 1984). Publicó *Anti-Férula* (Ed. Itinerante, 2013), poemas.

310 • **Chapstick** •

DENISE PHÉ-FUNCHAL (Guatemala, 1977). Su primera novela es *Las flores* (F&G Editores, 2007).

315 • **Analyse de l'existant** •

SARA URIBE (Querétaro, 1978). Es autora, entre otros libros, del poemario *Palabras más palabras menos* (IMAC, 2006).

317 • **POEMAS** •

Cindy Jiménez-Vera (San Sebastián, Puerto Rico, 1978). *Islandia* (2015) es su libro de poesía más reciente.

320 • **Los cautivos** •

NICOLÁS CORREA (Morón, Argentina, 1983). La Bola Editora publicó en 2015 su poemario *El camino de la siesta*.

326 • **POEMAS** •

Carlos Soto Román (Valparaíso, 1977). Estos poemas pertenecen a *Set de procedimientos alternativos* (*Alternative Set of Procedures*, Corollary Press, 2013), inédito en español.

330 • **Foja de servicios** •

JAVIER VIVEROS (Asunción, 1977). *Manual de esgrima para elefantes* (Rubeo, 2012) es uno de sus libros de cuentos.

333 • **Ucrania** •

TANIA GANITSKY (Bogotá, 1986). En la antología *Moradas interiores* (Pontificia Universidad Javeriana, 2016), de autoras colombianas, aparecen poemas suyos.

334 • **Matanzas Bay** •

JAMILA MEDINA RÍOS (Holguín, Cuba, 1981). En 2013 publicó su poemario *Anémona* (Sed de Belleza).

336 • **Hágase usted mismo [fragmento]** •

ENZO MAQUEIRA (Buenos Aires, 1977). *Electrónica* (Interzona, 2014), novela, está entre sus títulos..

341 • **POEMAS** •

Tito Manfred (Arica, Chile, 1983). Ha publicado *13 poemas* (Jámpster Ebooks, 2016).

343 • **Hora Cero** •

CARLOS FONSECA (San José, Costa Rica, 1987). Su primera novela es *Coronel Lágrimas* (Anagrama, 2015).

348 • **Así sería Parte II** •

JOSÉ MIGUEL CASADO (Caracas, 1985). *Carácter de urgencia* (El Perro y la Rana, 2007) es uno de sus poemarios.

350 • **Pichis [Capítulo 1]** •

MARTÍN LASALT (Montevideo, 1977). Fragmento de *Pichis*, su nueva novela (Fin de Siglo, 2016).

357 • **Poemas** •

Camilo Retana (San José, Costa Rica, 1983). Estos poemas están tomados de su último poemario, *Challenger* (Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica, 2016).

359 • **El paraguas muerto** •

PATRICIA CAMP (Asunción, 1983). En 2012 publicó, al alimón con M.M. Ballasch, el libro *Cuentos con galletitas* (Editorial Arandurã)

361 • **Poemas** •

Bruna Beber (Duque de Caxias, Brasil, 1984). *Rua da Padaria* (Record, 2013) es uno de sus libros.

364 • **La destrucción creativa** •

MARCELO GUAJARDO THOMAS (Santiago de Chile, 1977). Su nuevo libro es *Los celacantos y otros hechos extraordinarios* (2015).

368 • **Procedimientos (Homenaje a Carver)** •

YAIR MAGRINO (Buenos Aires, 1982). *Apuntes de taxidermia* (Colección Alejandría, 2013) es uno de sus libros.

374 • POEMAS •

Esteban Alonso Ramírez (Heredia, Costa Rica, 1985). Publicó *Corazón de los días* (Ediciones Espiral) en 2010.

376 • La industria cinematográfica dominicana •

FRANK BÁEZ (Santo Domingo, 1978). Su último poemario es *Anoche soñé que era un DJ*. (Jai-Alai Books, 2104).

378 • el niño acento •

ÓSCAR FARIÑA (Asunción, 1980. Argentino). Este año se editó su libro *El negro Atari* (F&G), de donde se extrae este poema.

380 • POEMAS •

Legna Rodríguez (Camagüey, 1984). *La Gran Arquitecta* (Colección Sur, 2014) es uno de sus libros.

382 • El comienzo del mundo •

FABRÍCIO CORSALETTI (Santo Anastácio, Brasil, 1978). Es autor del libro de cuentos *King Kong e cervejas* (2008) y de la novela *Golpe de ar* (2009).

387 • Poemas •

Leandro Lull (Rosario, Argentina, 1983). Su nuevo libro es *A los pibes crudos* (Ediciones VOX, 2105).

388 • Un largo camino •

DIANA VIVEROS (Asunción, 1981). Ha publicado, entre otros libros, *Café Kafka* (Jakembo Editores, 2006).

394 • Infraperro (XI) •

VÍCTOR M. LEÓN LEITÓN (San José, Costa Rica, 1981; radica en la Ciudad de México desde 2007). Ha publicado *Paisajes remotos* (Ediciones Fósforo, 2012).

396 • Terreno de juego •

DAMIÁN CABRERA (Asunción, 1984). Es autor de la novela *Xiru* (Ediciones de la Ura, 2012).

400 • POEMAS •

William Eduard Briceño (Alajuela, Costa Rica, 1983). Obtuvo el Premio de Poesía Eunice Odio 2012 con el libro *La disección de una casa* (Editorial Costa Rica, 2012).

IN MEMORIAM † IGNACIO PADILLA

401 • Un día del cual tengo ya el recuerdo... •

ENZIA VERDUCHI (Roma, 1967). Uno de sus últimos títulos publicados es *40° a la sombra* (UIA, 2013).

404 • Nacho •

JORGE VOLPI (Ciudad de México, 1968). *Examen de mi padre* (Alfaguara, 2016) es su libro más reciente.

406 • Los grandes dones de Ignacio Padilla •

ANA GARCÍA BERGUA (Ciudad de México, 1960). En 2015 publicó el libro de cuentos *La tormenta hindú y otras historias* (Conaculta / Textofilia Ediciones).

409 • El rey secreto •

LUIS JORGE BOONE (Monclova, 1977). Uno de sus últimos títulos es *Figuras humanas* (Alfaguara, México, 2016).

415 • Bogavante [fragmento] •

ADRIÁN CURIEL RIVERA (Ciudad de México, 1969). *Día franco* (UNAM, 2016) es su libro de cuentos más reciente.

417 • Fotografía con tren fantasma. Ignacio Padilla (1968-2016) •

ERNESTO LUMBRERAS (Ahuatlulco de Mercado, 1966). Con el libro *La mano siniestra de José Clemente Orozco* (siglo XXI, 2015) obtuvo el Premio Internacional de Ensayo Siglo XXI.

PREMIO CIUDAD Y NATURALEZA JOSÉ EMILIO PACHECO 2016

421 • Mujer mirando un álbum de Utamaro (Utamakura, circa 1788) •

LEÓN PLASCENCIA ÑOL (Ameca, 1968). Su libro más reciente es *El lenguaje privado* (Filodecaballos, 2014).

424 • Musofobia •

JORGE GUTIÉRREZ REYNA (Monterrey, 1988). Publicó en 2014 *Óyeme con los ojos. Poesía visual novohispana* (Conaculta / La Diéresis).

IN MEMORIAM † LUIS GONZÁLEZ DE ALBA

429 • Luis González de Alba: conversar la ciencia •

JUAN NEPOTE (Guadalajara, 1977). Su último libro es *Almanaque. Histórias de ciência e poesia* (Universidad de Campinas, 2013).

• 100 AÑOS DE JUAN RULFO •

438 • Mi pornografía Mi cielo Mi danza estelar •

CRISTINA RIVERA GARZA (Matamoros, 1964). *El mal de la taiga* (Tusquets, 2012) es su novela más reciente.

PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES

453 • La sombra •

NORMAN MANEA (Suceava, Rumania, 1936). Es el ganador, en 2016, del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Las traducciones al español de libros suyos como *La guardida, Felicidad obligatoria, El regreso del húligan* y *El té de Proust* han sido publicadas por Tusquets.

PLÁSTICA

• **Julio Bittencourt** (São Paulo, Brasil, 1980). Creció entre São Paulo y Nueva York. Galerías y museos de todo el mundo han exhibido sus proyectos. Su trabajo se ha publicado en revistas y diarios internacionales. Entre los reconocimientos que ha obtenido está el XIII Prêmio Marc Ferrez de Fotografía en 2013.

• P Á R A M O •

Cine • **Pasado, presente y ¿futuro? del cine latinoamericano** • HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA 473

Libros • **Donde el tacto, de Fernando Carrera** • CARMEN VILLORO 475

• **Delicados trazos, de Noé Jitrik** • VERÓNICA GROSSI 478

• **Casa en el corazón y en la mente** • VÍCTOR ORTIZ PARTIDA 481

• **El éxtasis violeta de Mario Heredia** • GABRIELA HERNÁNDEZ 482

• **Las maneras del agua y su hierofanía líquida** • LUIS JORGE AGUILERA GÓMEZ 484

• **Diario de amor migrante y mariposa** • LUIS ARMENTA MALPICA 486

Lecturas • **Un susurro intraducible: RMR, poeta rusa (apuntes)** • IBRAHIM HERNÁNDEZ 490

Entrevista • **El diccionario vacío de Jesús Ramírez-Bermúdez** • ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ 492

Zona intermedia • **César Vallejo: del verbo encarnado a la armonía disonante** • SILVIA EUGENIA CASTILLERO 496

Visitaciones • **Diez instantáneas para festejar a Francisco Hernández** • JORGE ESQUINCA 499

Anacrónicas • **La Islandia de Borges** • MARÍA NEGRONI 501

Nodos • **Vacaciones en la Patagonia** • NAIEF YEHYA 502

www.luvina.com.mx

No quiero que J. pase por el escáner

CLAUDIA APABLAZA

Estamos en Park Place 11 y algo. J. comienza a hacer su maleta. Se va en cuatro horas más. Me dice que le ayude. Estamos felices por haber hecho este viaje juntos, nuestro primer viaje al extranjero juntos, él se va antes, yo tengo algunas cosas que resolver aún. Me dice que le haga la bolsa donde llevará el pasaporte y los papeles fundamentales. No quiere pasar por la máquina de escáner. Tiene un problema al corazón y no quiere pasar por esa máquina. No quiero que pase por esa máquina. Me aterra que J. pase por esa máquina. Le comienzo a hacer la bolsa de mano, él hace la maleta grande. Le digo lo feliz que estoy de este viaje. Que lo pasamos muy bien. Que viajar siempre nos hace bien o cosas así. Él hace la maleta grande, donde pone ropa, libros, regalos y zapatos. Lleva además un casco de fútbol americano que nos encontramos en Kingston con Park Place. Estaba arriba de un basurero, supusimos que no era de nadie, lo agarramos y lo trajimos a casa: un departamento que arrendamos por dos meses.

J. se ducha antes de vestirse y partir a JFK.

Yo me hago un sándwich de palta y queso antes de salir de casa.

J. le da una mascada a mi sándwich antes de salir hacia el aeropuerto. Siempre compartimos lo que estamos comiendo.

Lo abrazo.

Salimos de casa.

Nos cuesta bajar las maletas por esa escalera tan angosta.

Caminamos desde casa a Kingston Throop con las maletas.

Voy nerviosa porque no quiero que hagan pasar a J. por el escáner. Me dice que no me preocupe. Que no va a pasar nada.

J. carga la maleta. Temo que cargue la maleta porque tiene un problema al corazón. Me dice que no me preocupe. Que no le pasará nada.

Caminamos de casa a la estación Kingston Throop.
Bajamos por la escalera. No hay ascensor. La maleta pesa más de veinte kilos.

Le pregunto cómo se siente.

Me dice que todo bien.

La primera parada es Utica. La mujer lo anuncia por altoparlante.

Utica station. Utica station.

Luego vendrán:

Ralph Avenue

Rockaway Avenue

Broadway Junction combinación

Tomamos la J. hacia JFK.

Alabama Avenue

Van Siclen

Cleveland

Norwood

Crescent

Cypress Hill

75 St. Elderts

85 St.

Woodhaven

104 St.

111 St.

121 St.

Sutphin Blvd.

Air Train

JFK

En cada una de esas estaciones le pregunté a J. cómo se sentía. Temía que se agotara demasiado. Que luego lo hicieran pasar por la máquina de escáner de los gringos, esa que te hacen pasar para ver si llevas armas o drogas o cosas metidas en los estómagos.

A veces seguro ven guaguas antes de que las mujeres sepan que están embarazadas. Eso es injusto.

Llegamos al aeropuerto atrasados. El vuelo iba a salir en una hora treinta minutos. Teníamos sólo una hora y treinta minutos para que J. hiciera todo lo que había que hacer en los aeropuertos, desde mostrar su pasaje en la aerolínea hasta subirse al avión. Además yo le había dicho que se

tomara un jugo o que lo llevara para el vuelo. Comprarle le demandaría otros minutos.

Hizo el *check-in*. Le pregunté a la mujer del mesón, una latinoamericana, si habría algún problema si le decimos al hombre del escáner que no haga pasar a J. por ahí. Me pregunta si yo viajo con él, le digo que no. Le pregunta a J. si habla inglés, J. le dice que sí. Le dice que le diga al hombre y va a entenderlo. Agrega que no podemos llevar ese casco de fútbol americano en el avión porque pueden pensar que es un arma.

Un casco como un arma. Bien, le digo a la mujer, no lo llevará, pero ¿cómo un casco va a ser un arma?

Una vez que terminamos de hacer el *check-in*, le pregunto a J. cómo se siente y si le va a decir al hombre que está operado del corazón y que tiene cuatro placas de titanio ahí en el pecho.

Me dice que no me preocupe. Que va a decirle al policía que tiene cuatro placas de titanio en el pecho y que está operado del corazón para que lo hagan pasar al lado del escáner y no por el escáner mismo.

J. se despide. Lloro. Me da un beso.

Hace la fila para pasar por el escáner.

Lo miro de lejos. Tiene los ojos tristes.

Lo imagino cuando niño en una sala de operaciones.

Imaginarse a niños siendo operados es doloroso. Su primera operación fue a los seis meses de haber nacido. Ahí comenzaron las placas de titanio.

Lo busco con la mirada.

Los pasajeros me tapan la vista.

Imagino su corazón abierto en una sala de hospital.

Me inclino, me pongo en puntas de pie.

Cuatro médicos analizando su corazón y cortando músculos para llegar al centro.

Fibrosis que dificulta el proceso.

Imagino sus placas de titanio. Deben de ser del porte de un cuadrado de chocolate.

Le digo desde lejos, con mímica, que le diga al hombre de los controles que no puede pasar por el escáner. Que debe pasar por el lado. Que tiene placas de titanio allí. Que podría descompensarse.

Me dice con mímicas: Tranquila, no voy a morir.

La fila avanza. Ya está cerca de que le toque su turno.

Imagino que puede descompensarse en esa fila. Imagino que puede dejar de existir en esa fila.

Me sudan las manos.

Imagino que, si muere allí, los gringos van a esconder el cuerpo.

Que pueden llevárselo a una sala especial luego de que muera.

Que no voy a volver a verlo nunca más porque los gringos van a esconder su cuerpo, van a desintegrarlo con extrañas tecnologías.

Imagino que harán desaparecer su cuerpo.

Hay tantas historias de ese tipo y siempre quedan silenciadas.

Sudo.

Que pediremos explicaciones y nos dirán que él nunca llegó al aeropuerto.

Nos dirán que nunca entró a Estados Unidos.

J. se acerca al hombre y le dice algo al oído.

Me levanto en puntas de pie porque unos pasajeros no me dejan ver que J. le esté diciendo eso realmente al policía.

Intento leer sus labios desde quince metros de distancia.

No logro ver si le habla de las placas de titanio.

Veo que el policía le indica a J. que se meta al escáner.

Voy a gritar.

J. se saca los zapatos y se dirige al escáner.

Voy a correr y pasarme las barreras.

Quiero gritar.

Si corro demasiado puede que también me maten y escondan mi cuerpo.

J. se mete al escáner.

Camino apresurada.

Primero un brazo. Luego completo. Ya no busca mi mirada.

Entra completamente al escáner.

Me da la espalda.

Se abre como una flor frente al escáner.

Levanta las manos y abre su pecho para que le vean el interior del cuerpo.

Me acerco rápido a la línea de controles.

J. abre su pecho entero hacia el escáner.

Alguien le ve las placas de titanio de su corazón.

Alguien le ve su corazón.

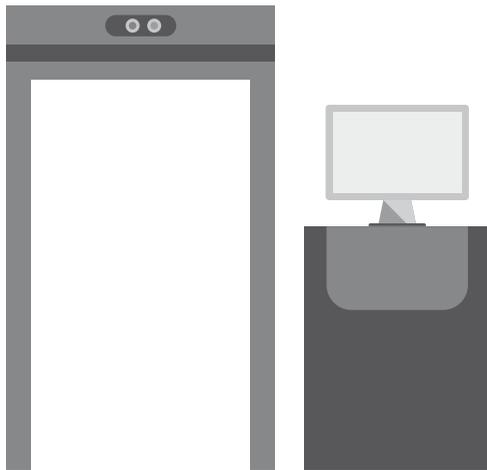
Voy a cruzar las barreras.

Alguien le ve completo su corazón.

No sé qué pensarán de sus placas.

Alguien ve sus placas antes que yo.

Baja sus brazos lentamente.
Sale del escáner.
Ahora camina apurado hacia la sala de embarque.
Ya no cruzamos la mirada.
Ni siquiera se devuelve para decirme chao con la mano.
Desaparece.
Dejo de sudar.
Tomo el camino de regreso.
JFK
Air Train
Metro
Sutphin Blvd.
121 St.
111 St.
104 St.
Woodhaven
Llevo el casco de fútbol americano en mis manos.
Vuelven las imágenes de la infancia de J. en un hospital.
Que alguien le incrusta esas placas.
Recibo un mensaje de texto. Ya estoy arriba del avión.
En la sexta estación de metro me acuerdo de mi infancia. Que corría y
si me caía me recuperaba pronto.
En la séptima estación intento conectarme a la red del metro.
En la octava estación del metro ya me siento tranquila.
En la novena estación ya me siento feliz •



Piedra

CHRISTIAN KENT

**El astrónomo levanta la piedra y dice
un camino de fuego y de nieve.**

**El geólogo levanta la piedra y dice
cientos millones de años.**

**El sacerdote levanta la piedra y dice
tú no edificarás mi templo,
hay sangre en tus manos.**

**El poeta levanta la piedra y dice
¡qué silencio!**

**El escultor levanta la piedra y dice
haré que la luna flote**

**El que está libre de pecado levanta la piedra
y comienza la guerra.**

El niño levanta la piedra y la mira, perplejo.

El anciano levanta la piedra y comienza el río.

La muerte levanta la piedra y estamos en casa.

MÉXICO SE ESCRIBE CON X (FRAGMENTOS)

Carta de despedida a los Mexicanos

JESSICA FREUDENTHAL OVANDO

Voy a cantar un corrido de una historia verdadera,

*Ay válgame Dios qué penar
Qué gobierno tan tirano,
Tiene al suelo mexicano
Según se llega a notar, ay.*

MÉXICO SE ESCRIBE CON M DE
MEXTLI DE MAGUEY
MASOSARE MAÍZ MITLA
M I T O T E M A D R E
M I C T A N T E C U T L I M A M E Y
C O N M E M E D E
M U E R T E

Estrofa X

¡Patria, Patria! tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín, con su bélico acento,
los convoca a lidiar con valor.
¡Para ti las guirnaldas de oliva!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

UN SEPULCRO PARA ELLOS
DE HONOR

NICHOS SOCIALES

TOMAR LA HISTORIA TOMAR
LA PALABRA TOMAR EL PODER

*Que viva México y que muera
España
y los que pretenden el interés
vámonos todos a empuñar las
armas
para pelear nuestro deber.*

*Ya me canso de llorar y no amanece
Ya no sé si maldecirte o por ti rezar
Tengo miedo*

Estrofa X
¡Patria, Patria! tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín, con su bélico acento,
los convoca a lidiar con valor.
¡Para ti las guirnaldas de oliva!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

*Estos hacendados quisieran tener
un buen presidente para su favor
que los mexicanos y toda la gente
manchen con su sangre los campos
de honor.*

**Como has estado Everardo
supe que te habian sentado
en una silla de ruedas
a causa de unos balazos
y que estuvistes en coma
segun me habían informado...**

MOVIMIENTO ALTERADO

*República indiana, yo ya me despido
a dónde están estos hombres
guerreros
los que defendieron la patria
mejicana
sin interesar ningún dinero.*

EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

"Mientras que los indios estén
embrutecidos y degradados,
mientras no tengan necesidades
físicas y morales, ideas de patria,
honor y deber, ¿será posible que
formemos un verdadero pueblo?
(...)

** (¡Que viva México! Corrido a
Leiva, copiado por Martín Urzua
1919)*

*Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito;
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.*

Francisco Pimentel

La X

Su origen eXacto se desconoce

eXtraña

eXtranjera

ks

samek

ji

eks

ekis

j

sh

Como quiera que sea, esta carta se reduce a suplicar por despedida a mis paisanos anahuacenses recusen la supresión de la x en los nombres mexicanos o aztecas que nos quedan de los lugares, y especialmente de México, porque seria acabar de estropearlos. Los primeros misioneros, para escribir la lengua nahuatl o sonora que llamamos mexicana, se acordaron, según Torquemada, con los indios más sabios creados en el Colegio de Santiago Tlatilolco, y como su pronunciación tiene dos letras hebreas, sade y scin sustituyeron en su escritura por aproximación a la primera tz y a la segunda x suave.

Por eso pronunciaron los españoles México (Méjico), aunque los indios no pronunciaban sino México (Mesico) con la letra hebrea scin. Y es un dolor, mexicanos, que: italianos, franceses, ingleses y alemanes pronuncien mejor que nosotros el nombre de nuestra patria, pues nadie fuera de nosotros, pronuncia México con letra gutural. Si, México con x suave como lo pronuncian los indios significa: donde está o es adorado Cristo, y mexicanos es lo mismo que cristianos.

**Fray Servando Teresa de Mier
(1821)**

**(¡Que viva México! Corrido a
Leiva, copiado por Martín Urzua
1919)*

X

NARCOMENSAJE:

**"EL HOMBRE VIVE O MUERE
POR SUS ACCIONES.
REGALO PARA EL PUEBLO".**

**ESTE POEMA VIENE
DENTRO DE UN HUEVO**

**ESTÁ DENTRO
DE UN GRAN MARQUIS
A 150 KM POR HORA
PASA EN UN TRAILER OYENDO LA
ARROLLADORA BANDA LIMÓN
EL KOMANDER EN CLAVE SECRETA**

NARCORRIDO

NARCOPOEMA

poemas de a kilo

**UN SEPULCRO
PARA ELLOS DE HONOR**

**BAILEMOS ALTERADOS
AL SON DEL HUAPANGO
UN SEPULCRO
PARA ELLOS
DE HORROR**

**BAILEMOS ENFERMOS
PROGRESIVOS
UN SEPULCRO
PARA ELLOS
DE HONOR**

*Y el que al golpe de ardiente
metrallla,*

*de la Patria en las aras sucumba,
obtendrá en recompensa una
tumba*

donde brille, de gloria, la luz.

Hotel Hastings

EDUARDO PADILLA

1.

Dejé la escuela y me fui a vivir a East
Hastings con los demás fantasmas.
Aquel hotel-mausoleo
me abrió sus puertas
como a un hijo que vuelve de la guerra perturbado
pero lleno de gratitud.
Tres pisos de gris angostura
montada encima de una carnicería
donde las moscas bailaban en líneas
la danza que junta a los vaqueros
bajo el hospicio
de la cabeza de cerdo
que flotaba, divina,
en el cielo del escaparate.
Cabeza de neón rosa
¿sólo a mí me cerraste el ojo?
¿sólo yo soñé
que tú intercedías por nosotros,
los niños muertos
de East Hastings?

2.

Mis vecinos eran hombres y mujeres estoicos
que llevaban la cruz de Cristo
colgando del cuello y del alma.
La jeringa,
la pipa de crack
y el cuchillo improvisado
son también la cruz de Cristo.
Todos ellos se dirigían
a su propio montecillo
donde un romano diligente
y bien organizado
los ayudaría a clavarse
a una cruz que para entonces
ya sería un vago adormecimiento.

3.

En mi piso vive
el aprendiz de padrote.
Más allá vive el vendedor de polvos
y al final del pasillo
vive y muere
su único cliente.

Aprendo a ser sociable,
soy felizmente sociable
por primera vez en mi vida.

Conozco a todos y todos
me piden prestado.
Todos menos el carterista.
Su reputación ilumina el corredor por las noches.
El carterista es una leyenda, un artista de otro mundo.
Un iluminado que habla con las manos.
Y sus manos son más bellas
que las de un santo manierista.

4.

Soy el extraño.
Me han dado el último cuarto
junto a la escalera de incendios.
Quiero ser como ellos,
quiero una familia.
«No puedes ser como nosotros,
tú eres como él».
Señalan con el dedo al Hombre Invisible.
El Hombre Invisible no habla con nadie.
Se desliza con rapidez en línea recta.
Cuando gira sólo gira noventa grados.
Sólo es visto de perfil.
Va enfundado en gabardina, gorra y lentes negros.
El Hombre Invisible es un jeroglífico humano.
Un día lo seguí por la calle.
El Hombre Invisible dio vuelta en una esquina,
luego en otra y luego en otra
y caminó veloz de vuelta al hotel.
Pero por un instante lo vi quitarse las gafas:
era el doble de Dustin Hoffman.
«¿Se han dado cuenta de que el Hombre Invisible
es idéntico a Dustin Hoffman?».

Pero a nadie ahí le importaba un
carajo Dustin Hoffman.

5.

El viejo Roger es mi nuevo abuelo.
El viejo Roger es un santo.
No me extraña en lo absoluto
que haya santos viviendo en el Hotel Hastings.

Eddy, me dice.
Eres un eddy, Eddy.
O sea,
Roger decía que era yo
un remolino.

(Rick, el albañil
que parecía un Lázaro mal resucitado,
me llamaba «El Señorito»).

«Eddy, vamos temprano por el almuerzo.
El pájaro que madruga
recibe las mejores limosnas».
Roger era un anciano bajito,
hermoso
y pasmosamente bueno.
Le habían diagnosticado cáncer
y esperaba a la muerte
con la calma y buena cara
de un hombre que espera a que el pan
salga del horno.

6.

A la mitad del invierno
yo me supe afortunado
de haber cambiado la escuela
por East Hastings.
Me hice una maestría de estar parado
haciendo fila
en las cafeterías del gobierno.
Perdí la cuenta de todas las veces
que vi a Buddha
parado en la misma fila
frente a mí.
Señorito Siddhartha,
me enseñaste la paciencia del desierto
para esperar en línea
el pan y la sopa caliente
que caían del cielo cristiano
y me eran dados por canadienses angélicos,
palidísimos
y terriblemente
amables.

Flor de alhelí

JUAN ÁLVAREZ

Un sofá inflable de plástico transparente incómodo como el carajo.

Un techo de estrellas fluorescentes de pegatina organizadas en constelaciones arbitrarias.

El placer de arrancar el plástico de los CDs nuevos con los dientes.

La emoción de los CDs nuevos apretada entre los dientes.

El cable del teléfono enredado en su índice izquierdo y el teléfono pegachento de *sticks-on* geométricos y fosforescentes.

Cada arte de los casetes grabados de la radio hecho al detalle de coros y letras reteñidas.

El par de calculadoras del tío panzón dónde ponchar números gigantes ya en trance de ser palabras.

Las manzanas del Perú dónde delirar el azar de futuros posibles.

La niña alerta.

La niña comprendiendo a fuerzas el temblor de su mandíbula que le dice zozobra.

Los sermones de la abuela firme apenas alcahueta.

La ausencia y qué de la madre días de oficina.

La intelectualidad vacía de un padre de tres libros y religiosidades cojas.

El ancho, tramposo, de la geografía de provincia y el tzzz tzzz tzzz ordenado e imparable de aquella ciudad al sur prendida de un ejido de lomas andinas.

Un día, adentro ya el diciembre que termina el siglo, la caja Sonolux aterriza en la mesa a la altura de los ojos de la niña. La encuadra, la pesa; como que la revisa con sus dedos llenos de esmalte de escarcha. Se la mete al cerebro y le

pronuncia despacio todas las palabras que la caja se esfuerza en ofrecerle de protagonistas: «Cien canciones nominadas a la canción colombiana del siglo».

La niña echa la cabeza para atrás, abre la boca y ronca una de las sílabas de su abecedario que dice Hártame un poquito más.

Agarra y se va con la caja, le saca los CDs, le troza el plástico de envoltura a cada uno de los cinco discos y se embute en la boca un *ring-pop* de diamante rojo.

Vals, criolla, joropo, bambuco, pasillo, bolero, vallenato, son paisa, porro, salsa, tropical, merecumbé, currulao, cumbia cumbia cumbia ¡ahg!

Le da *play* al *discman* porque igual quién dijo ruido.

Bajo grueso eléctrico y pegante.

Melodía viaje en guitarra alegre.

La voz: potente y ferozmente singular.

Un orden de palabras; esas palabras: ¿cortejo, reproche, golpe previo a la ironía?

BUM, qué importa: cae encima de la niña la descarga de la estridencia y la energía a gritos de un coro que no estaba en su ecuación.

Florecita rockera / tú te lo buscaste

por despertar mi pasión

Encendiste mi hoguera / no tienes perdón

te pondré en una matera

La niña, sobresaltada, vuelve sobre la caja del CD y la coteja y la revisa y se estruja su cerebro de nueve años con la línea que identifica el corte que escucha: 16. FLORECITA ROQUERA (rock en español).

Los ladrillos del laberinto protector de pantalla del Windows 98 como que se desmoronan.

La consola gris de Super Nintendo y el control de flechas y cuatro botones de colores como que empalidecen.

A la muñeca Rubí la borra; a Marimar de trapo la desvanece; a los malditos Dumis les corta la cabeza.

El amparo mental de la niña alerta.

La niña alerta arriba entre píxeles.

Plantada, para siempre, su soberanía ●

Precoz

ARIANA HARWICZ

Me despierto con la boca abierta como el pato cuando le sacan el hígado para el foie gras. Mi cuerpo está acá, mi cabeza más allá, afuera una cosa golpea como una arcada. Todavía de noche, dos pájaros se elevan violentos de mi árbol y al estrellarse se matan entre sí. Miro si me escribió. Había dormido con el ojo abierto y espiaba cada tanto. El fuego tira, metí dos maderas húmedas y ahuecadas y me quedé con la cabeza adentro hasta que prendió. La sala se llenó de humareda. Las fotografías de papá y mamá sobre el fogón. Soñé o sueño con flores de lupino, las flores salen de diferentes espigas blancas, lilas, rosas y después empiezan a aparecer vainas y semillas. Me desperté. Pasos en la escalerita, cuatro patas se tiran en caída libre hasta mis piernas. Me quedo frente a la ventana tapiada y me duermo con la mano abierta sobre el gato. El hijo baja rodando los escalones. Tiene sangre en las rodillas y me llama. Mamá. Mamá. Estoy despierta en la mecedora a dos pasos de la escalera pero con los ojos cerrados. El fuego ya no existe. Tengo que buscar con qué frotarle las rodillas y consolarlo pero no me puedo mover. La imagen de una joven como vacas blancas empujándose detrás de la ventana tapiada haciendo fuerza para entrar con agujones. Una mujer jabalí rompiendo el cerco para embestirme, esa otra que me deja al borde de los enrejados. Dónde hay alcohol, pregunta el chico, *madame*, dónde hay alcohol, preguntan asomados los trabajadores ilegales en sus cabinas, está sangrando sobre las piedras, doña. Con el frasco despejo la herida y tomo a mi hijo en brazos. Pero es demasiado largo, demasiado crecido y me sobrepasa. Subo la escalera con sus pies que cuelgan y se balancean y se me cae poco antes de llegar. Ya no puedo cargarte más, pedazo de grandote, tiene el doble de cuerpo que yo. Mientras se viste dándome la espalda miro desde arriba las piedras

con pintitas puras entre las piedras blancas. Subimos al auto aplastado y me largo, la aguja subiendo al tope, él con náuseas por la velocidad. La puerta cerrada del liceo, golpeamos y gritamos como dos desadaptados, la guardiana nos mira mal detrás del vidrio, acostumbrada, nos abre, él se evade por los pasillos. Siempre pienso que se ratea por el otro portón.

No se puede contar un día entero en sus brazos tirándonos munición pesada entre carcajeos y paté de ciervo torturado. Los tiempos radiantes. Un picnic entre arboledas, disfrazados, él con pantalones cortos y tiradores, yo con un vestido de lisonjas mal pintadas. Una tarde con el arco y la ballesta, con los cigarros y las botellas de medio litro. Encendiendo y apagando puros que nos dejan la boca tallada de pardo. Una tarde también en convoy a la feria de la aldea, a apostar en las máquinas de monedas de hierro de los gitanos, a volver a apostar tirando los tarros enteros por la ranura hasta que la máquina empuja en efecto cascada los premios y saltamos entre sus caravanas. Elegimos un rayo láser de la vitrina con precios vistosos. Y después haciendo dibujos sobre el río, el láser en la entrepierna escribimos nuestros nombres en mayúscula y los rodeamos de un corazón, igual al corazón que él dibuja con esperma en mi cara. O sobre el ciempiés volador en el que las parejas aprovechan para babosearse con el toldo encima en la sacudida de la curva. El beso saleroso en la boca con chicle justo antes del envión. El beso líquido en los huecos de los labios. Un día iremos al mar, dice y me alcanza, un día al mar. El beso imposible.

Un día iremos al mar, dice y me alcanza, un día al mar. El beso imposible. Recuperar la edad mental donde todo era alturas abiertas y rocosas. Edad mental de preguntas. Por qué los Alpes dan ganas de morir. Por qué el corazón se mueve y el cerebro no es liso. Edad mental del amor malsano.

Recuperar la edad mental donde todo era alturas abiertas y rocosas. Edad mental de preguntas. Por qué los Alpes dan ganas de morir. Por qué el corazón se mueve y el cerebro no es liso. Edad mental del amor malsano. Por qué comerse con los ojos es aterrador, tener otra vez la edad pura del hijo único. Qué se siente ser veterano, mamá, cuando yo sea grande vos vas a estar más que muerta, cuando yo sea padre, vos ya no serás más madre, no te enojés, y se ríe. Los dos mirando la autopista, imaginando que volcamos bidones de aceite y después nos alejamos lo suficiente para ver los autos patinar, girar como molinetes y volcar.

Sé que él se fue después de toda la tarde y que yo le dije adiós con la mano por la ventanilla, le sonrío por el retrovisor, los labios descoloridos y su pañuelo de seda en la cabeza. Sé que pasé a buscar a mi hijo por el colegio y que salió con vergüenza entre los compañeros de curso y subió al asiento trasero. Me miro cómo estoy vestida, no veo qué puede ser que tenga. Y me pidió que pusiera música alegre y me preguntó qué haríamos el fin de semana en el puente colgante sobre bancos de arena. Pero después conduje hasta el supermercado y llenamos el carro de latas, veneno para hormigas y embutidos y corrimos entre las góndolas guardando pilas y *gillette*s descartables, de vez en cuando cambiando de lugar los productos. Estábamos sonriéndonos, cuchicheando acaramelados mientras pasamos la caja, pago, juntamos las bolsas y caminamos como siempre hasta la salida. Él silbando una cantinela, yo mirando hacia afuera las nubes ahorcar las alturas. La fila de carritos moverse sola entre los autos chocados cuando un hombre saca una matrícula y nos pide que lo acompañemos. El menor y yo en el subsuelo, rodeados de cajas, fajos de dinero contados por manos con guantes y agentes de seguridad. Por favor, qué llevan en los bolsillos. Las *gillette*s y las pilas cayendo. Qué edad tiene el muchacho, ¿es su hijo? ¿Está escolarizado? Queremos hacerle unas preguntas de rutina, y se lo llevan y lo rodean entre algunas agentes de polleras tubos. Pero él me mira sólo a mí. Pero él me ama sólo a mí. Alerta de la guardia local, próxima visita de la asistente social y antecedente en el prontuario judicial. Y nada para depilarnos.

De regreso delante de nosotros corre sobre el asfalto una coneja con ojos celestes. Le tocamos bocina, le gritamos por fuera de la ventana, mi hijo saca medio cuerpo y el viento lo ayuda a acariciarla pero la coneja corre veloz sin entrar. Le tiramos agua pero no quiere ir a los árboles, no se deja llevar hacia los bosques. La vemos correr, volar, planear delante de nosotros. La observamos retar los autos y salir venciendo la ley del más

fuerte. Después atravesamos campos con estuarios y el sonido del latido de un cisne es tan intenso que nos hace llorar.

El fin de semana nos instalamos en el salón y el jardín helado. Juego al ping-pong con una mesa armada y pintada por él pero no coordino la mano derecha con la izquierda y me putea en cada saque, usó anteojos, usó una faja, entrenate, una dulzura. Tomamos la merienda, leche chocolatada rociada con gotas de oporto, galletas de avena y las horas se adelantan lentas, como una seguidilla de ejecuciones. A cada simulacro de escuadrón el terror regresa. Mi hijo se duerme largo en mi regazo, su brazo sobre mis piernas desnudas cubiertas por un chal, por su cabeza pesada me doy cuenta por primera vez de que es un hombre. Yo sueño con un velero, el otro y yo turnándonos para el mando. Uno abajo abriendo la lata de sardinas, cambiando el combustible, limpiando herramientas. Llevamos un turbante. Y un día yo lo miro y lo amo tanto que le pido por favor que me espere en cubierta con los ojos cerrados. Busco en el bolso de aspillera debajo del camastro, la sorpresa, el revólver y le doy un tiro.

Me asusta despertarme un sábado por la noche y tener a mi hijo encima, dónde están los chicos de tu edad, qué hacen, de qué se ríen los chicos de tu edad, dónde salen, hacen cola en el boliche con pista de madera y bolas de colores, se quedan tocándose detrás de la colina, cómo hablan, con qué se visten, qué marca de cigarros fuman. Ya se le aparecen sarpullidos, ya llegaron las poluciones, pueden tener un ciclomotor, a qué hora les hacen volver sus progenitores. En la puerta de entrada su auto de techo transparente con las luces altas. El foco sobre musarañas que se mordisquean. Me lo saco y queda doblado en la silla. Me paro con calambreres pero al salir el auto sale proyectado de la granja. Dentro de mí todo oscurece de tal forma que los pinos son listones apaleándose.

Pienso en los hombres enterrados a metros de su enemigo. Pienso en los sobrevivientes que fraternizaron la navidad posterior. Esa noche irreal de 1915 en que todos estaban a la mesa frente a sus platos servidos, los puños goteando en los cubiertos. Se me vienen encima los hombres que vivieron en cuevas durante meses y años. Pienso en cómo habrán hecho para eyacular en el barro, en el agua, en medio de cuerpos tullidos, mancos, entre barrigas abiertas, pozas de sangre y lavaderos de piojos. Cómo hicieron las noches de luna naranja sobre los derroteros para beber enteras sus meadas. Yo me hubiera hecho matar las primeras veinticuatro horas.

El fin de semana no se liquida fácil. Damos la vuelta al perro. Hace tiempo que ya nadie denuncia nada, llevó años hacer entender a la policía que la pintora de la región, Vita, no iba a dejar de abrir tumbas de animales y que cada traslado le costaba en impuestos a la comunidad. Al principio llegaba la patrulla a cualquier hora, la llevaban a tomarle declaración, secuestraban sacos con huesos, y animales pataleando pero después ya no sabían qué hacer con todo y se acumulaban a la entrada del caserío o en los desechos de automóviles y los vecinos volvían a llamar espiondo de madrugada. Su casa, la más pequeña construida sobre un armado de vigas, tenía también redomas con fetos. Y así pasaba días enteros, encerrada, morfinómana, pintando la descomposición de los colores de los pescados que iba a buscar a los proveedores del puerto, días enteros bajo efectos para demolerse. Mi hijo mira alrededor la tierra cerrada sobre sí. No más denuncias, la tierra lisa bajo el peso de los árboles frutales, no más huesos dispersos y nadie abriendo nichos ni trayendo sabandijas a la mesa. Parado sobre una grada nos saluda un joven checo con la petaca, pantalón militar y chomba roja. Y el pie en alto para entrenarse en la milicia. Tiene una brocha de pintura blanca, Vita asoma detrás, obesa de embarazada, sonriente como los que van a pasar a la silla eléctrica. La saludamos y nos quedamos mirándola aprovechar el domingo para sacar afuera los frascos. Limpieza, limpieza, grita el checo con la lengua en el paladar y el acento agudo. Orden, grita eufórico a un líder. Nos vamos, la casa blanca y desocupada. Los vecinos quieren santificar al checo que la hizo dejar de pintar. Nadie con quién jugar o boxear en esta comarca, él arma bolas de escarcha y mugre y las tira sobre el frontón con fanatismo pro ruso. Aprovecho una distracción y me escabullo. Avanzo por el camino estrecho y talado, lateral a la casa, arranco y me como algunas ortigas. El hijo no me alegra, el hijo no sacia. Me siento como un pelo dentro de una botella de alcohol, a la deriva viva y muerta. *Madame* ya podría ser abuela, y para cuándo preguntan en el mercado de aceitunas, frituras y quesos de cabra regionales, sigo caminando y trato de que no me vean escondida entre los puestos, para cuándo el cuello torcido. Una erección, tengo que lograr una erección y me desconecto del lugar, no estoy ahí donde piso, no soy *madame* la del sombrero ama del adolescente. No avanzo entre yuyos. Los otros en celo no ayudan. Rápido. Cualquier cosa sirve. Una erección para seguir. Una erección como instinto de resistencia, una erección para mantenerme en pie y jugar a las bochas con los otros y hacer de comer. Que algo se alce por encima de las malezas y el musgo seco. Una erección para continuar

el camino, el domingo, las compras, los saludos y el supuesto amor a los nietos. Ahora veo, titilan los altos pinos de colores y sus sombras como los mal sepultados en sus domos, como los alistados con errores en las losas de los memoriales, como los soldados de la primera guerra que no figuran. Saldría esta noche a juntar la ceniza de todos los baleados en la cabeza en un pelotón de fusilamiento o degollados en el desierto.

Cuando volví estaba seco sobre la mesa como un bocal al revés. Despertate que practicamos boxeo, le empujé el hombro, pero no se mosquea. Ya le crecen patillas y pelambre en las orejas, ya tiene un grajo en los sobacos como el de los braceros de enfrente o los deportistas de alto calibre. Ya huele a chivo, el hijo muta. Le doy una patada. Lo sacudo de la camisa del pijama, tiene el reflejo de tiráseme encima y atacar pero al verme, suspende. Lo subo al auto cabeceando, no lo ato con cinturón y salimos de ahí por primera vez en todo el fin de semana. Acelero tanto que huele a motor carbonizado, le erro a los cambios, el pie todo el tiempo en el embrague lo destrozó. Nadie en ningún lado al final del domingo en estos parajes, ni siquiera el que se cuelga de las tapias del coto de caza o se mete con fanales en las catacumbas. Nadie tampoco sobre las vías de hierro a hacer equilibrio en los viaductos ferroviarios entre los cables de alta tensión de treinta mil voltios. Miramos el cielo como una expansión de humareda todo el camino por entre las bodegas privadas y las fábricas de cerveza con granos de cebada. Al frenar abrimos una garrafita con los dientes.

Por la mañana no voy bien dilapidada en el piso a los pies de su cama. Hace poco dividimos las piezas levantando un muro de yeso y ya no nos miramos desnudos ni acostados ni busca mis tetas riendo. Suena el despertador y en la casa nada está listo. Lo primero que veo en el salón es un vaso dado vuelta y agua derramada sobre la madera, al acostarnos el vaso estaba lleno, el gato está afuera, nunca se entiende esta casa. No hay nada para desayunar, las hormigas y moscones en tropa se comieron los restos, perdón, le digo, perdón, no me acordé de cubrir el pan. No vayas hoy, acompañame, perdón, mañana te llevo al colegio y justo veo a una mujer baja caminar mirando hacia acá. Dale, no seas egoísta, hoy no te vas a perder nada y yo te necesito, qué lección pueden aprender. Y una mano llama a nuestra puerta. Quién es ésa, mi hijo salido del nido. Ni idea, no le respondamos. Y él se viste por mí. Vuelven a tocar. Cómo salimos si está ahí la vieja, y no se va, no se mueve, debe de venir a vender algo, pasa el brazo por el enrejado y abre sola. Metida. Quién es, dice lavándose

los dientes. Ni idea. No nos queda otra que enfrentarla. Abro el postigo, apenas se me oye. ¿Sí? Buen día, soy la asistente social, quería conversar un poco con usted de ser posible ahora ya que hice un largo viaje hasta acá. Me costó mucho encontrar la casa, no tiene dirección ni figura un número. Sentada frente a mí oía los ruidos del primer piso, del gato pero después los movimientos de mi hijo. No tengo ni té, puedo darle agua con hojas de menta. ¿Es su hijo, allá arriba? ¿Por qué no está en? Y todo eso de que está enfermo, una gripe y mi hijo se cubrió con las mantas. Que cómo describiría la relación, que si nos adaptamos a vivir en un lugar así, que cómo hacemos para pasar el invierno, que si contamos con ayuda externa, que cómo son los ingresos mensuales y nuestra situación legal y mira el desorden, el polvo sobre las bandejas, la pila de recetas médicas, el aire frío girando sin calefactor. Nos la sacamos de encima con una convulsión y un llamado a las urgencias.

El auto quieto a la entrada de los viñedos. La suela de sus zapatillas marcadas en los respaldos, la chapa de las ruedas delanteras salida. Las dos puertas abolladas, el limpiaparabrisas cortado. Él no aparece. No está, no ves que no está, volvamos, me pide. Queda poca nafta. Volvamos ahora. Qué hacen ahí esos tipos sin usar la mente más que para atar las ramas a los alambres, cuántas plantas atan por día, dándole la vuelta al enrejado, cuánto cobran por hora yendo y viniendo en forma de cuadrado. Ahí hay varios parados al lado de las estacas. No es ninguno de éstos, pero hay uno alto que los controla desde una torre, nadie debe hablar. Esperá, ahí viene alguien. ¿Es ése de traje, mamá? No. Pero ya va a salir, se queda en la oficina hasta lo último, es adicto al trabajo de la empresa familiar, el padre lo muele si no. El jefe da órdenes a los obreros con términos de jerarca. Esto no se está haciendo bien, y los reúne a todos y se carga a los más viejos, cuarenta temporadas tienen, que qué hacen con un trasto en la mano, que no miren al suelo cuando él habla, que le repitan su nombre, que se aten correctamente los zapatos.

Se hizo de noche y mi hijo ronca en ayunas. No le compré ni unos saladitos de queso en las máquinas de la estación de servicio ni salió a mear sobre la panorámica. Puede que le esté provocando un retraso. Que haya lesiones severas o moderadas, me dijeron señora, señora, nos escucha, lo dejó caer de alto, desde el cambiador, no desde la sillita, es igual, a esta edad la fontanela no está cerrada. Prometo que en unos minutos si no sale, le hago de cenar. Pero todavía queda una luz, está ahí, yo sé, puedo

verlo. Los jornaleros se fueron pidiendo perdón, los viñedos a esta hora son pasadizos verdes. Cómo decir. Cae el rocío. Cómo hacer para decir. No hay algo más narcótico que este cielo.

Pero la luz se apagó sobre las parras y él subió a su auto y aceleró, rozándome en la curva. Y las cosas no pueden quedar así, corro a mi hijo, lo pongo en el asiento trasero las patas torcidas, tomo el volante y acelero hasta pegarme a su auto. Pero acelera más. Y yo acelero y me le pego, la mano en la bocina. Y entonces frena y lo embisto destrozando el parachoques y la carrocería. Baja. Alrededor no hay nada, dos negocios cerrados y casas quemadas de otro siglo, piedras, rotondas despintadas, algún cartel indicando el próximo municipio. Y ese aire helado y ese soplo pegajoso en dos cuerpos que se desean. Qué mierda te pasa. Nada pasa. Nada pasa, te digo. Y si no pasa nada por qué no me escribiste más. Y me agarra. Quiero pensar. Quiero insultar. Recriminar. Me estás cargando, me estás jodiendo. Me estás provocando. Intento separarlo y conversar pero me saca el oxígeno, me invierte. Me lleva a su auto con aire acondicionado como a una lisiada. En ningún momento me acordé de que había dejado atrás el motor encendido con las luces de ruta. En ningún momento me acordé de que atrás él dormía sin el freno de mano. Y justo después o antes de sacarnos la ropa no sé cómo nos movimos bruscos, sacados y los autos empezaron a recular por la pendiente, de lejos dos aves patinando. Fue él el que salió tropezando con su pantalón y se abalanzó sobre el freno. Él lo salvó. Todavía roja de su barba manejo cargando vida, avergonzada, pero tan ebria que doy gritos y patadas al acelerador y el hijo me mira desmayado en los traqueteos. Los ojos de huevo. Voy en segunda cuando el auto hace un ruido como si se soltara y comienza a irse para los costados, como arrastrando algo, tironeando, de izquierda a derecha el auto anda en cuerda floja. Algunos conejos de doscientos kilos escapan pesados. Al llegar le doy de tomar y comer, el plato hirviendo en la bandeja. Voy a buscar y cargo las maderas, abanico enérgica los carbones y tiro yesca sobre la chispa. Y unas ganas de mear de parada, de saltar por sobre el lomo de los vacunos •

Mi padre está temblando

SANTIAGO ACOSTA

1.

Mi padre está temblando.

**La vida es una carrera —me dice—, pero nunca sabes dónde termina
ni contra quién estás compitiendo. Sólo debes entender
que avanzas derecho hacia un ruido inhumano.**

Allá no encontrarás amigos, ni siquiera los busques.

**Tu generación sólo piensa en tomar té con galletitas
a la orilla del Senna. Ellos se han tomado selfies junto al Mediterráneo
con cara de satisfacción. Ellos te quebrarían
el cuello usando sólo dos dedos. Ellos vomitarían de horror.**

**Pero no tienes por qué ocultarte.
No pueden hacerte daño. No pueden contigo.**

**Tú has visto las primeras generaciones
de quienes se han salvado de la pobreza. Conoces
los sueños homicidas de las ancianas de Brooklyn
y los terrores nocturnos de quienes han tomado las academias por asalto.
Tú ves a quienes entran en los templos con flores en el pecho,
huyendo desesperadamente del futuro.**

**Y les dices: «Escóndanse, cuidense del frío y del sol,
no vean nunca los amaneceres».**

**Si tuvieras la oportunidad te irías a pescar centollas en Alaska,
te harías camionero y pasarías horas bebiendo en bares vacíos y hostiles,
te unirías a la enorme, gozosa familia de un ejército internacional,
o te harías obrero y escribirías un poema sobre
la profundidad de un remolino de cemento fresco.**

Recuerda siempre todo esto y no te pierdas.

Sé bueno.

**Tú has visto cosas, has visto todo eso que aparece en los libros.
Tú ves a los maníacos, a los oligofrénicos. Son tus hermanos.**

Son tus hermanos.

2.

Mi padre está delirando.

**Mi generación —dice— le debe la vida a un puñado
de héroes sufrientes,
ídolos lejanos que se dieron el banquete de la guerra
y murieron jóvenes, hambrientos y radiantes.**

**Los héroes de hoy están cansados del triunfo,
hartos de estar siempre en el tope de la vida.
Los veo salir a la calle con ojos inyectados
dando vueltas sin rumbo sobre un territorio blanco:
«Creo que soy el hijo del sol —dicen—, siento que lo soy,
siempre lo pienso. Amo sus leyes, me excita su rostro de acero».**

Nosotros, en cambio, soñábamos con ser los últimos sobrevivientes de un desastre nuclear, temblar bajo los rayos gamma, orinándonos sobre las últimas brasas de la realidad.

(La lluvia radiactiva tiene algo santo, algo bendito y justo.)

Pero está bien. Yo los perdono y les deseo lo mejor.
Yo bendigo sus almas, sus almas negras.

Después de todo,
la vida que nosotros queríamos ya ha muerto.

Y de eso estamos seguros.

3.

Mi padre está hirviendo.

Te lo voy a decir una sola vez —me advierte—. Una sola puta vez.

Tu verdadera, tu única manada
conoce el sabor rancio de la soledad. Esa culpa.
Ellos sueñan con los vagabundos que todas las noches
llevan canciones amargas a las puertas de los bares.

(I left my home in Georgia, headed for this goddamn bay!)

Ellos conversan al atardecer con sus padres muertos en los jardines
de UC Berkeley y han ido a ver lo que pasa allá arriba,
mucho más al norte, después de la parada del último autobús.

Tu generación cree demasiado en la poesía. Esos chicos
no pueden decir nada si no va a estar impreso en tipografías
exquisitas, encuadrado a mano, vendiéndose en las librerías de
Nueva York, Barcelona o Buenos Aires. «Gracias, muchas gracias.

Todo lo he hecho por mi país, que tanto amo».
Otras veces prefieren la fotocopia barata salpicada de cerveza
rodando por los bares y pasajes subterráneos de Latinoamérica.
Es igual. «Aplausos, aplausos, seguimos estando aquí
por los aplausos».

Pero está bien, es lo único que les queda. Yo los perdono.

Míralos a los ojos, míralos bien. Cuéntales tu historia
pero no reveles demasiado. Ten cuidado, no los juzgues.
Tampoco huyas. Nunca les des la espalda.

Odia y desprecia cuanto quieras, pero hazlo con medida y elegancia.
Confía en la contextura de tus nervios. Confía en la fuerza de tu miedo.
Nadie puede contigo.

Sólo deja de hacer el imbécil.
Pon orden e intenta que no te despidan de tu trabajo antes de tiempo.

Anda, pues. Tómatelo con calma, sal y encuentra la vida,
recorre los bares y saborea la espuma de los tiempos.

Ah, chico, has estado demasiado tiempo bajo el agua,
intentando respirar entre algas que parecen prehistóricas.

Ven, vamos a beber, vamos a dormir. De cualquier forma, ahora
no hay manera de saber nada.

Y ya sabes que aquí estamos.

Mi padre está congelado.

**Así lo encuentro, seis mil años más tarde, dentro de las ruinas
de un antiguo resort en lo más alto de Woodstock, NY,
bajo un cielo de invierno que parece podrido, envenenado.**

**Allí están su corazón y sus articulaciones,
su barba suave, sus manos blancas,
su mandíbula incrustada de diamantes.**

**Ah, padre-mamut, padre siberiano. Las cuencas de tus ojos me miran
detrás de una lámina de hielo amarillo como la sangre.**

**Ah, padre-fósil, padre mío, hermoso padre.
Perdóname, eres bello. Perdóname una última vez.**

**Antes me aburría esperando nada,
pensando que era tiempo de celebrar, de pasarla bien.
Pero hoy les pido demasiado a los días que vienen
y me atormenta saber
que el futuro es lo único que nos queda.**

**Despierta, Padre, levántate y habla.
Éste es nuestro momento, tienes que comprenderlo.
Hoy nuestro corazón está inflamado y todo nos distrae.
No vale de nada quedarse admirando, desde tan lejos, los disturbios.**

Danos más desastres, danos la saliva negra del miedo.

**Te lo pedimos, Padre, aquí te esperamos,
aullando nuestro idioma de plata al borde de un agua sucia.**

Aquellas olas

CLAUDIA SALAZAR JIMÉNEZ

*La crudeza del mundo era tranquila. El asesinato era profundo.
Y la muerte no era aquello que pensábamos.*

CLARICE LISPECTOR

Siente los párpados como dos cáscaras de limón, duros. Abre los ojos. Estira su brazo debajo de la cintura y luego, con cierto temor, debajo de la cadera. Una estepa, grande, tan grande, un vacío. Mierda, no se suponía que fuera de ese modo. Agita la mano derecha. Araña, rasca la sábana blanca. Mierda, piensa. Mierda, dice. Cortaron la que no era. Pura sábana ahí donde debía estar una pierna. Su pierna. Lucha contra la rigidez de las dos cáscaras de limón —no se quieren abrir los ojos— y de pronto ve a su hija. Es una tarde fría, gris, verde casi. Sí, papá, le dice ella, sí, cortaron la que no debían. En una limonada se van a convertir esos ojos. Él quiere llorar, pero resiste, no debe hacerlo. Mierda, la que no era... Él vuelve de darse un chapuzón, se sacude el agua de la cabeza y te llama. Ven, hijita, vamos al mar. Eres tan pequeña y tiembles de pensar en entrar ahí, al agua tan fría, con esas olas que dejan la espuma blanca y revuelven todo a su paso. Te pueden tragar esas olas tan grandes. Mejor no, papi, mejor después. Presientes que esta vez no te vas a escapar. Solamente hasta la orilla para que te mojes los pies, te dice, vamos. Él está ahí, de pie, sonriéndote y sólo gracias a esa sonrisa dejas el balde rojo y la pala amarilla abandonados en la arena... Cómo pueden ser tan brutos, Señor, cómo pueden ser tan incapaces. Se contiene, se muerde los labios, no puede mirarla directamente a los ojos así reducido, partido, incompleto. Él en su cama de enfermo y ella a su lado, mirándolo desde arriba. Una enfermera llega, por fin. Hablan, discuten, la enfermera intenta fingir la vergüenza. Ya viene el doctor, dice y sale. Esperemos, hijita.

Ella se mantiene serena, le sujeta la mano y le dice que se encargará de todo, que ellos tienen que pagar por el error. Van a pagar, esto así no se queda. La cama de al lado está vacía, el colchón azul del hospital estatal que ha aguantado tantos cuerpos, humores, secreciones. ¿Cuántos realmente sanarían?, piensa ella mientras acaricia el rostro de su padre y envuelve sus manos entre las suyas; están tan huesudas y algo lastimadas por culpa de las agujas del suero... *Él te lleva de la mano y sientes la arena algo caliente, te hace dar saltitos. ¡La arena quema, papi! Él te levanta por el brazo, tu cuerpo parece una vainita. ¡Arriba, pequeño saltamontes! Llegan a la orilla después de un pequeño trecho, el agua fresquita, sonrías y él te lanza agua del mar, te salpica. Te levanta de los brazos hacia el cielo. Un salto inmenso. Otra vez, otra vez, le dices. Papi puede hacer eso mil veces y sin cansarse ni un poquito...* Los médicos llegan, hablan, no ha sido un error, hay que operar ahora mismo la otra pierna, la enferma, mejor dicho, la otra también, porque las dos realmente no estaban sanas. Pero, doctor, acá vinimos por la pierna enferma y no para que le corten la sana. Señor, señorita, entiendan, las dos piernas estaban enfermas, su padre tiene diabetes y por las señales de la otra pierna, tarde o temprano se la iban a cortar también, usted sabe que la diabetes... Una palabra detrás de otra, y siguen hilvanando motivos, razones, sinrazones. Que la mala, que la buena, que las dos están enfermas. Prácticamente le estamos haciendo un favor... *Esta vez eres tú la primera en correr hacia el mar ni bien llegan a la playa. Saltar sobre las olas, eso quieres. Papi corre detrás de ti y te levanta como si fueras un planeador sobre el agua y te deja caer como si hubieras hecho el salto tú misma. Los otros niños están jugando en la orilla, haciendo pozos aburridos o castillos algo deformados. No saben de lo que se pierden. A lo mejor sus papis son unos debiluchos y por eso no se atreven a meterlos al agua. Como mi papá no hay otro así de fuerte. Y ahora prefieres saltar sobre la espuma que toca la orilla, aunque a veces los restos de conchitas y muymuys te pueden dejar heridas en los pies...* La gangrena en el talón derecho es púrpura, casi negra, y está quieta, esperando pacientemente su momento de llegar a la orilla. Hay que operarlo esta misma noche. Ni hablar, dice ella, él está muy débil. No podemos esperar mucho, hay riesgos. Siempre hay riesgos, pero déjenlo recuperarse. Los médicos hablan ahora entre ellos. Tendrá que ser hoy mismo, esa pierna está muy mal. Claro, para eso fue que lo trajimos. Uno de ellos llena unos formularios, recetan nuevos medicamentos, listas y más listas. Nunca se oyen disculpas, sólo una decisión. Descansa, papá, mañana te van a operar... *El sol. Todo es luminoso. La sombra de papi evita que los rayos te caigan*

directamente al rostro. Arriba otra vez, ¡salta!, y él te levanta de los brazos, arriba, arriba y ¡chapuzón! El agua entra a tus ojos y te arden, pero no importa. A lo lejos ves una lancha de pescadores, ahí donde las olas parecen nacer. En la orilla, mamá descansa y lee una revista. Ojalá que no se aburra de leer y recuerde que ya se acerca la hora del almuerzo... Cuando él abre nuevamente los ojos, ya apenas es una mitad. Pura mitad. No quiere decir nada, esquivo la mirada de su hija. Permanecen en silencio. Cómo decir algo sin que suene a lástima, a pena. Llegan los médicos y dicen que la operación fue exitosa. Él los mira y por fin abre la boca. ¡Era la única opción que tenían! ¡Animales!, les grita. Aprieta la sábana con los puños, cargado de rabia, una vena le salta cruzando la sien derecha y otra crece a un lado de la garganta. ¡Animales! Abusan porque ya me ven viejo, esto no se va a quedar así. No se altere, señor. El médico jefe, sin inmutarse —es imposible que el paciente se levante para golpearlo—, reitera el éxito de la operación y que esperan una recuperación pronta, aunque los resultados de algunos exámenes merecen una consideración especial, pero de eso ya hablarían más adelante. Se marchan... *El agua ya llega hasta tu cintura, el mar revuelve arena entre tus piernas. Párate así, de lado, mantén tus dos piernas bien firmes, te dice él mientras te va enseñando la posición, como el coloso de Rodas. Firme y seguro. Papi es muy grande. Tú también pones los brazos en la cintura. El reflujó arrastra el agua, las piedrecitas y la arena bajo tus pies, contorneándolos, como si te dejara flotando sobre la orilla. Volvamos... Él ahora es pura mitad. Cómo me van a dejar así, todo cortado, hija, solamente me queda medio cuerpo. Ella le pide que se contenga, que no insulte ni les grite a los médicos pues de ellos depende su vida. Evitemos que te tengan cólera, hagamos de todo para que te saquen lo más rápido posible de aquí. Tranquilízate, papá, sé que tienes mucha rabia pero trata de contenerte... Adentro, papi, llévame más adentro. No más saltos, ni resistir el reflujó o el reventón de las olas en la orilla, ahora quieres estar más cerca de la lancha de los pescadores, cerca de los pelícanos y las gaviotas que bajan en picada. Más adentro, le dices. ¿Estás segura? Y te toma en sus brazos. Te aferras a él y ves cómo las olas levantan a los pescadores, luego bajan. Suben nuevamente. Tres gaviotas se cansaron de caer en picada y ahora se dejan llevar libremente en ese vaivén. Papi te sonrío y sigue avanzando...* Tantas semanas en el hospital. El invierno ha llegado. La recuperación se hace lenta. Días y noches de enfermeras, revisiones, cápsulas, comidas desabridas, pastillas, jeringas, sueros, evaluaciones. Primero un espasmo, luego dolores en el pecho y la espalda. Él cada día come menos, casi no habla a pesar de que ella trata de animarlo, de contarle su día, del trabajo,

del nuevo novio, quizás éste ya sea el definitivo y se casen y lleguen los nietos. Tan contento lo pondrá que ella tenga hijos para enseñarles a nadar, a enfrentarse a las olas... *Cuando ves aquella ola formarse y crecer frente a ti, te asustas, entierras la cara en su pecho y sientes que se elevan como en un columpio para después bajar. Eso fue una ola, ¿ves que no pasa nada? No te vas a ahogar mientras estés conmigo. Te sacas las manos de la carita y volteas para ver cómo aquella ola rompe en la orilla. Otra vez. Y otra. Qué rara esa espuma, ya no es blanca sino amarillenta. Él metía la cabeza en el agua y la volvía a sacar. Tú le limpiabas el agua de los ojos. El sol brillaba para los dos ahí arriba. A lo lejos, la gente se iba haciendo más y más pequeñita. Ya estaban en la zona de los que sabían nadar...* Él no quiere hablar acerca de nada, ni siquiera se ha vuelto a colocar la dentadura postiza. Hace frío en esta tarde. Pasan más semanas, nuevas evaluaciones. Desfiles de enfermeras y de tubos llenos de sangre. Les dan un nombre, un diagnóstico, un decreto: neumonía intrahospitalaria. Un regalo del hospital, a cambio de sus dos piernas. El cielo grisáceo invita a ocultarse, a llorar, a no pensar y a quedarse estáticos, a acurrucarse bajo la frazada y aplastarse sobre el colchón. Procesos que demoran semanas y los médicos que siguen seccionando lo sano y lo enfermo. Las olas en los pulmones, la alarma se dispara y vienen enfermeras corriendo. Señorita, usted tiene que salir del cuarto. Tubos y jeringas, un respirador, el sonido inconfundible... *Sabes que él nunca te soltará cuando te dice que ya están muy adentro y que es mejor salir. Y sonrío mostrándote su dentadura perfecta. Su sonrisa es una invitación. No, papi, todavía falta mucho, vamos a dejar a todos atrás, vamos hasta los pescadores. Él te sostiene y siguen entrando hasta cruzar la línea donde nace la primera fila de olas. Todo es más calmado ahí. Te levantas sobre sus hombros y detrás de ustedes, hacia la playa, la ola naciente se extiende como una alfombra azul. Nadie ha llegado hasta aquí, papi, ¡somos los que estamos más al fondo! Sonríen victoriosos. Sí, hijita, nadie nos gana, mira ahí tan cerquita a los pescadores. Ellos los saludan. Volvamos a la orilla para contarle a tu mami hasta dónde llegamos...* La máquina sigue sonando con ese ritmo cadencioso que enrolla y desenrolla las bocanadas de vida. El agua llega hasta su cuello, va llenando sus pulmones. ¿Qué es ese olor tan raro? Dejaron la puerta del cuarto abierta y su hija puede verlo. El cuarto parece teñirse de una lámina amarilla como la espuma de aquellas olas. Él siente que se le escapa el aire, reducido a pura mitad y sin piernas. Se va a hundir. Ahora es el agua entrando donde no debe. Quiere respirar, pero hay demasiada agua. Un estertor. ¡Papá! Aquella ola amarillenta ya no regresa •

Mercado de Antigua, Guatemala

MARÍA JULIA MAGISTRATTI

**No hay peso en el aire
cuando se prenden los focos del mercado
y comienzan las frituras,
el pollo raquíico en su corrida por los charcos.
Las mujeres con los dedos en los bollos y el ojo
en todos los humos que poblarán la noche de las mesas de plástico.**

**Gotea una lluvia en los aleros de lonas vencidas
y el niño lustrabotas se pone más oscuro porque le ha venido el
[sueño, y se recuesta
sobre manos teñidas con betún.**

**Envuelta en telas de colores que no envejecen
está la niña de los ojos sin tamaño.
Mira a una anciana mover la harina, los frijoles, el cilantro;
destreza y alimento,
sólo en el trance del hambre
se aprende a equilibrar el fuego.**

**Y más allá está el que iba a ser músico y, repentino, giró el dado
y está ahora ahí, encorvado sobre un tablero
donde se juega un partido de ajedrez con tapas de gaseosas.**

Entre todos anda Cesia, trece años,
de su boca sale la palabra quetzal y es como si tuviera los huevos
[adentro.

Cesia se estira el pelo y sonríe.
Sus hermanos discuten en el idioma de sus antepasados
el precio del ángel de madera tallada, del caballo de colores, de la
[máscara voraz

y del santo de palo.
La hora del regreso la marca el regateo. Sin dinero no hay salida.

Pasa el viento entre los dientes de la señora que trafica telas de
[Santa Rita.

La que cuele de un bocado todo el maíz que creció en esta tierra,
la de la trenza más larga y negra.

La Gran Señora de los Mercados,
hundida en su pollera
patrona y esclava.

Cáscara viva de una diosa antigua y olvidada.
Si alguien la bendijera ahora
lloraría por primera vez.

En el mercado todos podemos caber
si es que un hombre llegue a saber alguna vez que puede morder
[un fruto

y transformarse en ese árbol enorme y frondoso
que siempre está a la vera de los tinglados,
con las raíces sobresalidas,
como tus falanges.

Un zarpazo de animal hay
sobre el tablón de la carnicería
donde los clientes,

hechizados de rojo,
sueñan con flechas y cuchillos
con el número del turno
como un colgajo en la mano.

Afuera del mercado
el mismo foco de luz en la periferia de las ciudades al anochecer.
Los mismos ómnibus destartados que devuelven humanos
de sus labores al descanso;
la misma úlcera amenazada por las moscas en el hospital
y el goteo de los sueros con los que querriamos
lavarnos los ojos.

Es la hora de la olla.
La hora en la que se vuelve inútil mendigar.

La baraja va de mano en mano
sigue así, seguirá siempre,
llena de sueños sencillos
y maltratados.

13 de junio
Arboretum, Universidad
de Davis California
YAXKIN MELCHY

Cercis occidentalis
arbolito
Primavera, flores violetas
Blue Grama Grass
Bouteloua gracilis
California Fucsia
Dwarf Coyote Bush
Pinus sabiniana
Oak, *Quercus*
anchos
 excéntricos
Quercus lobata
 Valley Oak
Las amarillas acacias
solo, el poema florece
llegado su momento
Y el verso y la montaña
no compiten
en una dualidad
significante / significado
ya no lo parecen
estos ríos:

Alrededor
de la *medianoche*
ROBERTO CARLOS PÉREZ

Por el contrario, se mantendrá en las casas de internamiento a «los prisioneros cuyo espíritu está enajenado y cuya imbecilidad les hace incapaces de conducirse en el mundo, o cuyos furores los haría allí peligrosos».
MICHEL FOUCAULT, *Historia de la locura*

...porque han de saber que la noche del 18 de febrero de 1927, el poeta Alfonso Cortés perdió la razón y fue posteriormente encadenado a una viga del techo en la casa de Rubén Darío.
JOSÉ MAYORGA, cronista leonés

a Álvaro Guzmán

Yo no quería destrozar el armario ni el jarrón y mucho menos la lámpara donde los caballeros medievales galopaban en sus briosos corceles por campos llenos de mariposas. En astillas de porcelana quedó convertida y mezclada con las piedrecitas diamantinas del cenicero que de un manotazo también arrojé al piso. La mesita de café donde ambos reposaban está ahora vacía y me cuesta comprender cómo la terrible alimaña que habita en mi corazón pudo dejarla así, tan limpia que ni polvo tiene, después de ensañarse con esos objetos que desde hace mucho tiempo han estado juntos, en plácida convivencia, uno al lado del otro.

También fueron víctimas de la alimaña las anémonas, los blancos rosales dispuestos alrededor del patio interior y el pequeño abedul que mis hermanas plantaron para que su sombra nos cobijara durante los días de verano. Aún tengo en los dedos las marcas de aquellos pinchazos con que los rosales se defendieron de mí, procurándome un dolor irresistible, aún

más profundo cuando me di cuenta de que había sido yo, o más bien *ella*, quien destruía lo que con tanta satisfacción solíamos contemplar.

Gran parte de los discretos ingresos que me aportaban mis poemas y algunos de mis artículos periodísticos habían sido invertidos en esos objetos con el propósito de imprimirle a la casa un carácter entrañable. Mis hermanas y yo, e incluso nuestro padre, quien trataba de no involucrarse en los asuntos domésticos, sentíamos que ellos disipaban el aire sombrío que parecía agobiar a la casa cuando por primera vez pusimos los pies en ella.

Quizás lo que nos impulsaba a adornarla fuera nuestra imaginación, tremendamente afectada por el hecho de que allí hubiera muerto Rubén Darío. O tal vez porque sentíamos que la doliente agonía del poeta seguía impresa en sus paredes y éramos capaces de percibirla como si el tiempo se hubiera detenido para siempre aquel seis de febrero de mil novecientos dieciséis. Por eso cada adorno, planta o libro, por sencillo o trabajosamente adquirido que resultara, no tenía otra intención que la de ir sustituyendo el melancólico aire de la casa con la placidez de un presente que amábamos y nos pertenecía a los vivos.

Las cadenas que ahora llevo atezadas a las manos han salvado algunas de esas cosas más queridas. Me entrego a la laceración que le infligen a mis muñecas con el consuelo de saber que no habrá más destrucción en la casa. Pero a veces tal consuelo no me basta. Pues, ¿cómo ha de conformarse y aceptar su destino el prisionero que ahora soy, condenado a vivir en esta alcoba, si hay una parte de mí que no ha hecho nada para merecer tal castigo, mientras la otra, la rabiosa que me ocupa como si yo fuera su habitación y es la verdadera culpable, debería perecer? ¿Cómo hago para aceptar estas gruesas cadenas que privan al culpable de su libertad mientras destruyen al inocente, lacerando su carne y aterrorizando su alma?

Tal vez nunca vuelva a ver los libros de cuero bellamente empastados en los anaqueles del estudio —del lado izquierdo los libros de literatura medieval y a la derecha la *Biblioteca de autores españoles*— o las mecedoras en las que mis hermanas se sentaban a tejer por las tardes. Era hermoso ver a María Elsa, María Luisa y Margarita manejar las agujas con sus hábiles manos, obligando a saltar el ovillo en la canastilla al pie de las mecedoras, mientras ante mis ojos surgían preciosos cobertores cuyas mezclas de azules, rojos y lilas hacían juego con los adornos de la casa.

Hace apenas un mes, a la hora en que las bandadas de gorriones interrumpían con sus trinos el silencio de las tardes, mis hermanas se

entretenían tejiendo mientras yo me ocupaba en leer los libros de poemas que me llegaban de Francia. A veces poníamos en el gramófono los nocturnos de Chopin y las danzas húngaras de Brahms para cargar de paz el ambiente hasta en sus más ínfimas partículas. En esos momentos la casa era una bella e ingrátida burbuja donde las transiciones de los violines y las delicadas notas del piano, leves como el rocío, jugaban a perseguirse unas a otras colándose por las rendijas de nuestra salita íntima hasta el baño, el salón de visitas, la cocina y la habitación de huéspedes.

De vez en cuando también leíamos a los poetas del Siglo de Oro: a Góngora a la hora del té, a Lope y a Quevedo en la merienda. A Rubén lo reservábamos para los domingos en la tarde, cuando se iban las visitas y la casa quedaba en profundo silencio. Poco antes del crepúsculo lo invitábamos a participar de nuestra intimidad, absolutamente convencidos de que el poeta entraba en el patio. Confundido entre las sombras y sereno —quizás como nunca lo había estado en vida—, escuchaba con gusto cuanto decíamos.

Yo leía sus poemas a la luz de un quinqué que para tal propósito habíamos colocado en la mesa del patio mientras mi audiencia exhalaba suspiros envueltos en el perfume del jazmín. Mi padre, quien rara vez estaba presente en nuestras lecturas, nunca faltaba a la del domingo. Parco y amable por naturaleza, se animaba a hablar a propósito de algún verso, aunque sus hijos bien sabíamos que a través de esos comentarios él rozaba sus propias y más profundas emociones, haciéndolas discretamente visibles ante nosotros. Gracias a Rubén, el hombre callado y diligente que era mi padre se transformaba en una sólida presencia en la que fraternalmente reconocíamos nuestras propias incertidumbres y emociones.

Aun cuando yo no hubiera cambiado esas horas de lectura por nada en el mundo, mi verdadera pasión era escribir poemas. Algunos ya me habían dado cierta notoriedad que yo sinceramente agradecía pero no sin cierto recelo, pues colocaban en mis hombros una carga que en mis noches más oscuras me atemorizaba. Yo no era Rubén Darío, el escritor cuyo genio se había acrecentado en el desarraigo, la incertidumbre y la tragedia. Carecía de esa fuerza que impulsaba al gran poeta a crecer a expensas del hombre que habitaba. Definitivamente no hubiera soportado el precio de su fama, el punto más alto de esa cuerda floja que tan pronto lo transportaba a tierra firme como lo arrojaba al abismo.

Sin embargo las palabras vibraban en mí tal como habían palpitado en el corazón de Rubén. La nueva poesía, surgida en el remoto mundo

de las metrópolis y cuyos ecos comenzaban a hacerse sentir en nuestra provincia, llevaba el alma más bien en los ojos. Sus imágenes habían abandonado los perfumes y los tactos, también la semipenumbra y los cambios de luces que palpitaban en las cosas y, más que nada, la plétora de sonidos esquivos o rebeldes que Rubén había domesticado. Como él, yo sentía que el verso era una caja de resonancias donde las ondas que emergían del planeta se agigantaban buscando la razón de su propia existencia. Nunca abandonaría tal sensación, aun cuando me hubiera sido posible escribir durante cien años.

Pero mis versos no tenían la audacia que yo le reconocía a Rubén. Aquí y allá tímidamente me animaba a engalanar con ellos a una mujer, las más de las veces a Maricarmen, quien nos visitaba todos los lunes. Era yo quien, siempre diligente, corría a abrirle la puerta y ofrecerle un pañuelo para que limpiara sus agraciadas manos o absorbiera el casi imperceptible sudor con que la caminata hasta mi casa le había humedecido el gracioso rostro.

Tampoco me animaba a increpar a Dios, cuyos designios muchas veces no lograba entender y ante los que mi mansa disposición pocas veces se rebelaba. Ni siquiera ahora, justo cuando menos lo entiendo, consigo desafiarlo, aun cuando tampoco dejo triunfar a la alimaña que me habita. Por el contrario, vigilo con intransigencia los versos que construyo, permitiéndoles una que otra queja pero jamás la absoluta disensión ante mi destino.

A pesar de tan grandes esfuerzos, confieso que mi atontada obediencia al orden del mundo y a las injusticias de sus designios no tiene la generosidad que siempre hubo en los versos de Rubén. Él creía en la redención y en cambio yo, desde un tiempo a esta parte, no hago más que desesperarme.

En las últimas semanas mi espacio ha quedado reducido a la que hasta hace poco fue una espléndida alcoba y que ahora se encuentra vacía por cuanto destrocé. Ya no puedo caminar libremente por la casa que Francisca Sánchez generosamente me otorgó a condición de que reuniera los poemas dispersos de Rubén.

Vivir confinado a una casa es mala cosa pero ser prisionero en una de sus alcobas es mucho peor. Y justamente en la alcoba donde él se fue quedando dormido con un crucifijo entre las manos, como un niño pequeño cuyo temor a la noche lo impulsara a buscar refugio en un muñeco de trapo.

Hasta hace un mes ésta era una bella alcoba, la más hermosa de la casa. Nadie la habitaba, puesto que la considerábamos un santuario. Ni siquiera nos habíamos atrevido a alterar la disposición de sus muebles, aunque al poco tiempo de mudarnos mis hermanas tuvieron la audacia de colocar uno de sus famosos edredones sobre la hermosa cama de hierro que había pertenecido a Bernarda Sarmiento, la tía abuela de Rubén. Poco después, satisfechas por lo alegre que lucía el edredón, mis hermanas empezaron a cortar flores del patio y disponerlas en la alcoba.

Luego siguieron la lámpara y el cenicero, algunos jarrones para las mejores rosas del patio y las azucenas con que perfumábamos la estancia durante la Semana Santa. Después se me ocurrió comprar el sillón cuya caoba tallada en forma de lirios y pájaros presidía la parte superior del mullido respaldo. Fue entonces cuando comprendimos lo que nuestro esmero había hecho, pues, abandonando su costumbre de tristeza, la alcoba surgía ante nuestros ojos ligera como una paloma que agitaba sus alas dispuesta a levantar el vuelo.

Poco a poco me acostumbré al sillón, a leer en él los poemas que me llegaban de Francia y a descansar la vista contemplando la única ventana de la alcoba, abierta de par en par hacia el breve pasillo que conducía al patio y que recortaba, como si fuera una acuarela, los altos rosales bajo un mínimo pedazo de azul. En esta estancia y quizás frente a la ventana, yo imaginaba al niño Rubén leyéndole poemas a su tía abuela o componiendo sus primeros versos.

Cuatro años han pasado desde que Francisca Sánchez vino a Nicaragua. Como si la estuviera viendo, recuerdo la sólida constitución de esa mujer, la imponente sencillez de su carácter y el celo con que protegía la memoria de su marido, a quien debió de amar como a nadie. Francisca seguía viviendo para servir al Rubén muerto con la misma pasión con que debió de haberlo hecho cuando ya la enfermedad había atenazado el espíritu del poeta.

Nunca ella se liberaría de esa cadena que su amor y admiración por él le construyeron cuando lo vio por primera vez. Fue Francisca, terrenal y hasta brusca pero vestida de eterna pasión, quien se acercó a mí en mil novecientos veintitrés para pedirme, como si yo fuera su última esperanza, que recogiera los poemas dispersos de Rubén. La casa no le importaba y con gusto me la ofrecía a cambio de recuperar hasta la mínima huella lírica que éste había dejado a su paso por el mundo.

Ya no podré cumplir mi promesa. Convertida en una mazmorra, la habitación a la que tanto me aficioné y que era el orgullo de la casa es ahora un espejo que sólo refleja mi abatimiento. Poco me consuelan los pasos de mis hermanas trajinando, el aletear de alguna golondrina que intenta anidar bajo la sección del alero que cubre el pasillo y el recortado ocaso que logra asomarse a la ventana. Ahora, vacía de todo cuanto la depuró de su vieja tristeza, la alcoba sólo me tiene a mí. Y también a las voces que me gritan al oído desde la horrible noche de febrero de este año de desgracias de mil novecientos veintisiete.

Si la memoria no me traiciona, sé que estamos a finales de marzo. Por las mañanas he contado uno a uno el canto de las alondras y con el metal de las cadenas he grabado treinta marcas en la pared. Un día es un siglo en esta alcoba y un mes se siente como si fueran mil años. Pero el reloj sólo ha medido una mínima parte de tal infinitud desde que tres enfermeros, obedeciendo las órdenes del doctor Abraham Marín, lograron someterme y amarrarme a las gruesas cadenas que con gran eficiencia colgaron en uno de los horcones del alto techo. Después salieron de la alcoba sin tan siquiera mirarme.

Me es difícil explicar lo que sucedió la primera noche de este horror en que ahora vivo. El día había sido grato aunque un poco agitado. Fatigadas, mis hermanas no quisieron congregarse para rezar el rosario y después de una breve oración se retiraron a dormir. En cambio yo, sin ningún asomo de cansancio, me senté en el sillón de caoba a releer algunos pasajes de la *Divina comedia*. Entretenida, mi imaginación se admiraba por la falta de compasión con que Dante se dirigía a sus enemigos, encerrados en el Infierno. Fue entonces cuando algo empezó a enturbiar la profunda quietud de la casa.

Los primeros sonidos me resultaron escasamente perceptibles. Algunos perros ladraban a la distancia pero sus voces eran interrumpidas por sutiles aunque tenaces chasquidos. Traté de concentrarme en la lectura cuando de pronto sentí un martilleo brutal en el cerebro. El corazón empezó a galoparme a un ritmo que yo le desconocía, mientras los chasquidos se hacían cada vez más claros. Cuando los tuve cerca entendí que no eran producto del azar sino iracundas voces humanas increpándome.

Jamás olvidaré el horror que sentí al escuchar las amenazas y las burlas que me proferían. Sus risas eran como una jauría de enfurecidos mastines. Presa del horror, me volteé buscando el origen de las voces y allí, en

el extremo derecho de la alcoba, vi a los cinco hombres. Una oleada de escalofrío me atravesó el cuerpo. Quise gritar y no pude.

Sé que muchas y excelentísimas personas de León piensan que esa noche mi alma cayó presa del demonio, pero nada podrá convencerme de que los cinco temibles hombres no son de carne y hueso. Sus torvas miradas y detestables figuras están indeleblemente grabadas en mi memoria porque, desde entonces, todas las noches vienen a mí, vestidos de negras levitas, a hablarme de los horrores que me esperan en el infierno, adonde pretenden llevarme.

A pesar de que intento suavizar su ánimo y convencerlos de que sus acusaciones son injustas, siguen urdiendo el plan de llevarme con ellos. Sus terribles voces me describen inhóspitos parajes en los que me esperan grandes e inimaginables suplicios: lagos hirvientes, lenguas de fuego, temibles verdugos y el implacable sonido de una trompeta que nunca deja de sonar. Ese es el destino que me espera y el que con minuciosos detalles describen, segundo a segundo, mientras dura su visita que, prolongada hasta el amanecer, me deja exhausto.

El excelente oído que siempre tuve para la música y los ritmos sonoros de la poesía ahora se afina hasta lo increíble buscando la huella de sus voces, que irrumpen en la alcoba como estallidos de guerra. Preferiría ser sordo para no escuchar todo cuanto las anuncia: el croar de las ranas, el aleteo de las mariposas, la lluvia estrellándose gota a gota contra el piso y, sobre todo, el canto de los grillos. Su monótona melodía vibra potentemente en mi cabeza y me aplasta el cerebro justo en el preciso momento en que arrecian las voces. El destino de los grillos me entristece tanto como el mío, pues, con su única y desgarradora nota musical e ignorantes de mi encadenamiento, intentan advertirme de la peligrosa cercanía de mis enemigos.

Ya han llegado y quiero gritar pero me paraliza. No tengo el valor de enfrentarlos ni agredirlos pues mi naturaleza es amable y callada. No así la de esa alimaña que hace poco nació dentro de mí y a la que tanto temen mis hermanas. En poco menos de un mes se ha hecho grande, fuerte y feroz como el mismo demonio y despierta en cuanto husmea el olor de los cinco visitantes. Sin que yo pueda detenerla salta hacia ellos para defenderme y consigue rasgarles la carne a dentelladas.

Persistentes e impecablemente vestidos en sus levitas negras, mañana volverán por mí como si esta noche no hubiera sucedido nada. Y de nuevo mi bestia les saldrá al paso mientras yo, acobardado una vez más,

me acurrucaré en un rincón de esta alcoba donde murió Rubén, quizás también perseguido por sus propios verdugos.

Alrededor de la medianoche, mañana volverán mis cinco jinetes a este calabozo repleto de sombras y polvo. Pero ya entonces la bestia que ahora duerme en mi regazo estará dispuesta al combate. De momento la alimento y acaricio, aun a pesar del terror que ella les causa a mis hermanas, quienes han aprendido a olisquearla puesto que no pueden verla.

Mientras escribo les pido perdón por el caos que produce en la casa, por esa rasgadura del cosmos que se ha apoderado de la alcoba y no tengo la capacidad de restaurar. Para disculparme, a menudo me digo —tal como si estuviera explicándoselo a mis hermanas— que yo soy sólo un hombre extraviado en el vacío estelar y todopoderoso que ahora comprendo menos que nunca.

No sé si Dios está ausente, me contempla o me exhala de sus poros como si yo fuera el pestilente olor que mis cinco enemigos llevan impregnados en sus levitas. De ser así, he de continuar mi camino, como una estrella en caída libre, seguido para siempre de la bestia que he engendrado. Pero tengo la seguridad de que mañana a la medianoche, cuando la batalla dé comienzo, estaré aquí y cobardemente volveré a acurrucarme mientras ella saca sus colmillos.

En mi angustia miraré el crucifijo que Rubén tuvo en sus manos y que ahora cuelga de la pared, sin que mis hermanas hayan hecho el esfuerzo de quitarlo ni mi bestia de destruirlo. Sé que las palabras brotarán de mí por su propia voluntad, sin pedirle permiso a nadie, como hilos de aire calcinado.

Perdóname y perdónala a ella, Señor. Perdónala porque no sabe lo que hace •



Óscar Cruz

LA MAESTRANZA

**como su nombre lo indica, Dayana
es una puta; pero no una puta cualquiera.
domina como nadie el saxo y cuida
con esmero de las niñas.
en las tardes de barrio la escuchaba soplar
para los hombres que costeaban sus encantos.**

**una noche, cerca de mi casa, y plena
del alcohol que bebía los domingos,
Dayana me llamó: «oye, muchacho,
tienes la sonrisa y el descaro de tu padre.
tienes el horror de ese gran hijo de puta».
no le respondí.**

**rato después caímos en la cama.
sentada ante mis ojos, ponía las piernas en V
y frotaba con clase la ranura.
su sexo velludo se abría para mí como una iglesia
que empezaba a ser mi fundamento y mi envoltura:
«tuyo es el reino, decía, préndelo».**

**a pesar de sus cincuenta, Dayana retenía
grandes restos de belleza, conservaba
entre las piernas el encanto de las ruinas.
sus tetas y sus nalgas eran duras
como duras son las nalgas y las tetas
de muñecas.**

**penetré en un Buque Escuela
que había licenciado a muchos hombres.
una Armada que años atrás
hacía las delicias de mi padre. «pónmela
en el troli, decía, pónmela rápido, maldito».
mi cara de primera comunión la desataba.
la hacía detonar en ese cuarto, más
ruidoso y frecuentado que una sucia
terminal terrestre de provincia.**

**comencé a vivir de sus lecciones.
me enseñó ese sol del mundo inmoral,
un sol oscuro y destrozado.
en sus nalgas yo aprendí el camino recto.
me compraba ropas y zapatos
y me hablaba como a un jefe.
las niñas me decían tío y yo era un no sé qué
de quince años, que apenas sabía masturbarse.
su tío, el iniciado, las cuidaba
para que la madre fuera olorosa
hacia el trabajo.**

**pronto me cansé de todo eso.
«el cuerpo de una puta está bien para una noche,
y si sale ok, también para la otra,**

**pero no la acostumbres. vete lejos»,
dijo mi padre.**

**han pasado muchos años. nada queda
de sus días. apenas una mueca cada vez
que la saludo: «buenas noches, belleza»,
y me pasa para el cuarto
la más joven de las hijas.**

JABONES

**dice la vecina de enfrente
que yo soy un comemierda, que pierdo
mi tiempo encerrado leyendo libritos
y haciendo poemas.
quizás en el fondo tenga razón.
ella mide mi valor por el trabajo que realiza
su marido, un grande y conocido jabonero,
que pasa las horas doblado
frente a grandes bullones con aceite.
su rey, el potentado, trueca los jabones
en billetes que pone ciento a ciento a su merced.
le engancha dientes y zapatos y la hace creer
que resplandece.**

**ella sabe cuánto vale en su país un jabonero.
ella sabe cuánto vale en su país un comemierda.
hijos bobos de Catana, cumple cada uno
su función.**

creo que no es mala la vecina de enfrente.
a veces me ha pasado hasta su cuarto
y tumbados sobre la cama, hacemos
y deshacemos el amor. luego nos bañamos.
su rostro es suave y tranquilo.
ella me lava primero.
desliza muy despacio el jabón bajo los huevos,
los levanta, los aprieta, sonrío.
después toca su turno. primero el *pussy*,
luego detrás, vuelve y sonrío
mientras paso la pastilla entre sus nalgas.
vuelvo a enjabonarle los rizos, las tetas,
el cuello, la línea de la espalda y pienso
en la función de los jabones mientras
la penetro y ella empieza a comparar
con Dios a su vecino.
ella empieza a balbucearle cosas que no
alcanza a comprender, cosas vinculadas
al sostén de las parejas, a la corta duración
de los días y las noches.
entonces le dejo en la boca, en el *pussy*,
también en el cerebro, sabor a mí.

rato después estoy en mi casa, sentado
frente a la mesa, tratando de escribir algún
poema que tenga la forma del mundo,
una forma reducida y descompuesta.
los jabones vienen y van. yo sigo realizando
mi trabajo. dice la vecina de enfrente que yo
soy un comemierda. quizás en el fondo
tenga la razón. hace más de cuatro meses
no me baño con ella.

Compañía de espectros [fragmento]

OLIVERIO COELHO

1

En la puerta de una casa de barrio había reunidas ocho o nueve personas. Eran las cuatro de la tarde de un típico domingo de otoño. La escena de vecinos vestidos de entre casa, en ojotas, dirimiendo qué hacer, me hizo gracia: pensé que eran personas solas, faltas de entretenimiento, que habían encontrado la excusa para organizar una reunión espontánea de consorcio. No estaban reunidas para denunciar a algún vecino que sacaba la basura temprano, ni a alguien que había podado un árbol en la temporada equivocada, ni para fomentar el altruismo. El único joven del grupo parecía envejecido por la caspa, por la postura encorvada y un saco a cuadros. Llevaba una cámara digital al cuello y se obstinaba en mostrarles las evidencias a dos policías apáticos. Una de las vecinas afirmaba que había pruebas fundadas: en el primer piso había un criadero de perros y los mataban. Otra proponía organizar escraches y empapelar las paredes del barrio con una denuncia si la policía no les daba bola.

El testimonio de la vecina me resultó absurdo. A los policías, al parecer, también. Me tomé la libertad de intervenir. Nadie iba a criar perros para matarlos. La mayoría los cría para venderlos. Algunos para presentarlos a competencias o a exposiciones. Hasta donde indicaría la lógica, si un sádico precisa matar perros, no se va a tomar el trabajo de criarlos; más efectivo en ese caso es adoptarlos o comprarlos.

Preferí no opinar y observé cómo los demás vecinos asentían de manera automática. Al observar mis reservas, alguien se apartó del grupo y como si intentara convencerme de algo me dijo que todo

había ocurrido al mediodía: durante veinte minutos, aullidos desgarradores que venían de la terraza de esa casa de dos plantas. «Como los de un perro cuando lo atropellan». Largos aullidos que habían alertado a la gente de la cuadra sobre lo que ocurría. El fotógrafo se sumó en ese momento y, haciendo *zoom*, en la pantalla de su cámara mostró fotos que documentaban los charcos de sangre en la terraza y una serie de jaulas, en una especie de quincho, con pitbulls de caras aterradas y tristes. Luego una empleada limpiando en la terraza un charco de sangre. En esas fotos, sin embargo, no podía apreciarse la cantidad de perros que había en el criadero, ni la escena sanguinaria que en el fondo había convocado a todos esos vecinos.

Me pregunté si el aullido podía haber venido de otro lugar, o si ocho o nueve mentes sugestionadas podían a la vez alucinar un sonido común. Una tercera persona se incorporó y me aseguró, como si yo fuera la autoridad y no los policías, que antes de los aullidos había visto a dos hombres de pelo blanco y a tres patovicas tatuados, hablando de dinero en la terraza. Después de los aullidos, había visto salir a los cinco presentes en la terraza y subir a un auto de alta gama negro con una jaula. No podía decir qué había ocurrido entre los dos momentos, porque se había estado bañando, pero con lo poco que había visto podía defender una hipótesis que los vecinos, partidarios de la idea de que mataban perros en el criadero, no habían barajado: en esa terraza se había apostado y un pitbull había rematado a otro. La cuestión ahora era encontrar las pruebas. El cadáver del perdedor. Por alguna razón, estaba seguro de que el vencedor estaba en la jaula y el cadáver del derrotado en algún lugar de esa casa.

La vehemencia de ese hombre me saturó. Por más verosímil que me resultara su hipótesis, el énfasis y la mirada insistente que me dirigía al hablar, como si no fuera a soltarme nunca, me expulsaban. Algo de su aliento pastoso y de sus labios secos, además, transmitía la huella de una enfermedad avanzada y cuidadosamente encubierta. Pensé que a fin de cuentas yo no tenía nada que hacer ahí y me fui.

Durante los siguientes días no hubo vecinos reunidos, ni paredes empapeladas para escrachar a la gente del criadero. Crucé al hombre de aliento pastoso cuando volvía del almacén y no pareció

reconocerme. Me pregunté cómo todos, después del escándalo que habían armado frente a esa casa, habían olvidado el asunto, y eso de algún modo me aterró. Ahora el único testigo de lo que había ocurrido aquella tarde era yo. Sin haber escuchado el aullido, era portador y heredero de un hecho sobrenatural que podía pasar a la historia, o a la historia del olvido, bajo la categoría de suceso inexplicable y vacío. Quizás por la sensación de que sin quererlo me había quedado con un secreto, al día siguiente no pude resistir la curiosidad. No es que me propusiera vigilar o investigar el caso. Simplemente, camino al almacén, pasé frente al lugar de los hechos, y en el mismo instante en que dirigí la mirada hacia la casa, con los ojos impertérritos de quien trata de recuperar un lugar en el que vivió algo bello mucho tiempo atrás, una mujer abrió la puerta y en un segundo le entregó a un hombre que llegaba un pitbull atado a una soga. La puerta se cerró y el hombre, observando una y otra vez a los costados, empezó a arrastrar a duras penas a una bestia que, se me hizo evidente, nunca había pisado la calle. Las características del hombre se correspondían, a grandes rasgos, con la descripción que había esbozado el hombre de los labios secos. Tatuajes en los brazos, una musculatura de gimnasio que lo hacía parecer más bajo de lo que realmente era. Avanzó con una urgencia inversamente proporcional a la del perro, que cada dos metros paraba y levantaba una pata para marcar territorio con pis. Cada tanto lo tomaba de las axilas y lo cargaba unos metros, hasta que la bestia se ponía en marcha de nuevo. Parecía tan abochornado por su inexperiencia y por lo que podía representar para los transeúntes un animal de esa musculatura atado apenas por una soga, que había dejado de mirar a los costados. Sólo le preocupaba avanzar. Coursaba una carrera imposible contra el instinto de una bestia. Para cruzar las calles, tomaba al animal por debajo de las axilas y avanzaba inclinado, como si sostuviera un niño y tratara de enseñarle a caminar. Se me ocurrió que tal vez ésa fuera la única manera de alzar a un pitbull de pelea sin perder el dominio.

Observé la sorpresa de los caminantes. Algunos se detenían y se daban vuelta, como si necesitaran corroborar lo que acababan de ver. Tal vez alguno llegara a la conclusión de que lo llamativo de la escena no era tanto el animal, sino la ausencia de amo, o algo que excepcionalmente se percibe entre un hombre y una mascota que

van juntos por la calle: la falta de propiedad. Sin embargo esa falta de propiedad y la inexperiencia que el hombre exudaba, en realidad se desprendían de un hecho más sutil, implícito en la manera de desplazarse: trasladaba al perro como si lo hubiera robado.

La disimulada persecución se prolongó varias cuadras, sólo una vez los tuve a menos de un metro y la bestia, en ese momento, me clavó los ojos con perseverancia humana. Se fueron alejando más. Temí que, pese a las dificultades del hombre, caminaran varias cuadras. Estaba por interrumpir esa inocente persecución, cuando el hombre se escurrió por una puerta. Alguien lo esperaba adentro. Esa sincronización me resultó sospechosa, y volviéndome cómplice de la histeria vecinal, me dije que sucedía algo raro, o mejor dicho, algo más raro que una riña de perros en un criadero.

Identifiqué la puerta de la casa y esperé un rato. Tenía ladrillos a la vista, un garaje con vidrios esmerilados y rejas, y a un lado una puerta del mismo estilo que daba a un pasillo descubierto. Al pasillo daban varias puertas de departamentos; al fondo, había una escalera. Ni rastros de mis perseguidos. La maniobra, salvando la impericia del hombre para trasladar al animal, había resultado perfecta. Junto a esta casa había una gomería. Le pregunté a un peón que descansaba contra una pared si conocía a la persona que acababa de entrar con un perro. Me miró fijo unos segundos, se llevó a la boca un cigarrillo que sostenía entre los dedos, aspiró y me contestó que no sabía de qué hablaba. Miré a un costado. A unos metros había un quiosco abierto. Le repetí la pregunta al empleado de turno y la respuesta fue más o menos la misma.

Emprendí la vuelta desconcertado, por el mismo camino de ida, como si buscara un rastro. Pasé frente al criadero y observé que un auto que coincidía con la descripción que había dado el fotógrafo el día anterior trataba de estacionarse en un espacio aproximado de tres metros. Después de dos intentos, numerosas maniobras y algunos topetazos con el coche de atrás, el conductor logró estacionarse cerca del cordón. Me pareció evidente que el hombre manejaba ese auto por primera vez o estaba borracho. El conductor salió del auto. Por el traje, la corbata y el modo gris de caminar, podía decirse que era un chofer. Empezó a lustrar el techo de un modo sospechoso: pasaba la franela rápido, en un mismo sector. Como si hiciera tiempo. Me resguardé detrás de un árbol y esperé a que la relación de

ese chofer con el criadero se manifestara. Estaba por rendirme a la evidencia de que se trataba de una casualidad, cuando una moto subió a la vereda y se detuvo en la puerta del criadero. El chofer dejó la franela. El motociclista extrajo un paquete de un bolso. En ese mismo momento se entreabrió la puerta del criadero y asomó un brazo femenino que recibió el paquete. El motociclista arrancó, el chofer subió al auto y salió detrás. Memoriqué la patente mientras observaba la escena y me preguntaba cuánto tardaría otro auto en ocupar ese espacio vacante.

En los siguientes diez minutos no ocurrió nada, de modo que decidí retirarme con el número de la patente en la cabeza. Tuve la premonición de que todo lo que podía desarrollarse ese día frente al criadero ya había sucedido. Quedarme habría sido una pérdida de tiempo.

Una vez en casa, subí a mi oficina y entré a la página *web* del registro nacional automotor e introduje la patente. El auto estaba radicado en Capital Federal y figuraba a nombre de un tal Osvaldo Salaberry. Osvaldo Salaberry, en Google, me apareció como representante de eventos deportivos y boxeadores menores. En un breve artículo de un diario, *La Nueva Provincia*, se refería la asunción del Intendente de Tres Arroyos y entre las personalidades de la zona que habían asistido estaba Salaberry. Busqué en imágenes y sólo en una foto pequeña y en baja resolución identifiqué al hombre que en mi cabeza se correspondía con la imagen de un representante de boxeadores de segunda línea. Pómulos anchos, pelo canoso, mirada torva, barriga prominente debajo de una camisa de manga corta. La vinculación con el criadero de pitbulls me pareció factible. Entré a la página de la Municipalidad de Tres Arroyos, buscando algún tipo de nexo político o cargo público que le permitiera a Salaberry acceder a un auto de alta gama con chofer. Pero no encontré rastros. Consideré la hipótesis de que se dedicara al tráfico de drogas o fuera testaferro de algún diputado provincial, pero ni siquiera en internet, donde las difamaciones están a la orden del día, encontré datos relacionados.

Apagué la computadora, sin un hilo del cuál tirar. Me dije que en verdad no tenía razones reales, ni un interés personal que motivara tanta obsesión por resolver esa trama misteriosa que rodeaba al criadero de pitbulls. Quizás no hubiera detrás del chofer, del

mensajero y del paseador, más que una confluencia casual de tres hechos distintos. Esa casualidad podía darse una vez en cien, cuando una mirada indiscreta asocia y ve efectos donde hay simplemente causas. Supuse que habría sido más lógico emprender este tipo de asociaciones con la historia de mi hermana Irene y no con algo tan ajeno y caprichoso. Experimenté un poco de culpa. Nunca le había prestado atención a mi hermana mayor. Era inexplicable que hubiera dejado en la nada eso que me había referido para explicar por qué había vivido tantos años aterrorizada. Había atribuido toda su fragilidad a un accidente —haber estado en el momento y en el lugar equivocados— del cual la familia no quiso hablar. O mejor dicho, nunca le había prestado atención a la versión de ese hecho que con los años fue encarnándose en secuencias de dolor y de aislamiento. Irene nunca se casó, ni siquiera sé si tuvo un novio. Vivió con mis padres hasta que éstos se separaron. Luego se quedó en casa con mi madre Carmen y murió a su lado, a los cuarenta años, arrasada por un cáncer de páncreas que en mi memoria tiene la forma de un suicidio.

De pronto «ese hecho» se plantó con toda su gravedad. Era la piedra angular de una vida a la que no le había dado crédito. No quiero decir que en su momento yo hubiera pensado que Irene mentía, pero los recuerdos mutan y toman formas adversas, dominan al individuo cuando en cierto momento de la vida llega la hora de saldar cuentas con el pasado. Ni mi padre ni mi madre, cuando indagué sobre lo sucedido, dijeron recordar algo. Por eso, creo, nunca más pregunté: si ellos no recordaban, el hecho debía haber sido insignificante •



Artur Rogério

AMIGO

La vieja catiguera que por aquí pasó y bocinó que tendrás una vida aseada, vieiosa, más de glorias

Quiere verte muerto

Aquel perro bobo como un lobo

Quiere verte muerto

Emília del *Sítio del Picapau Amarelo*

Quiere verte muerto

Pollyanna, la de Eleanor H. Porter

Quiere verte muerto

Y el alma buena sin rastro que hizo guardia el día en que tu madre murió

Quiere verte muerto

AMIGO

A velha catigüeira que por aqui passou e buzinou que terás uma / vida aseada, viçosa, mais de glórias / Quer te ver morto / Aquele cachorro tolo como um lobo / Quer te ver morto / Emília do Sítio do Picapau Amarelo / Quer te ver morto / Pollyanna, a de Eleanor H. Porter / Quer te ver morto / E a boa alma sem rastro que te fez guarda no dia em que tua mãe / morreu / Quer te ver morto / E o fiozinho de sol que reviveu as borboletas extintas dos escombros / do cobertor deserto / Quer te ver morto / E o papagaio da tua vizinha, que aprendeu ontem a cantar o hino do / Sport / E a tua sombra / E tuas unhas, curvas, afiadas, de furar coco

Y el hilo de sol que revivió las mariposas extintas de entre los
[escombros
del cobertor desierto
Quiere verte muerto
Y el papagayo de tu vecina, que aprendió ayer a cantar el himno del
Sport
Y tu sombra
Y tus uñas curvas, afiladas, de abrir cocos
Y tu cocina
Y la calaverita de la gata manca enterrada en el patio
Y tu amigo
La vieja catiguera que por ahí pasó y exhaló que tendrás una
vida, ella está alegrísima, allí, oh, acaba de chupar una paleta azul
comprada con tus monedas, las que reservaste para la última oferta a
Dios
Y ese tipo marcó a la policía
Eres el poodle
Eres el poema
El Diablo, el más grande abogado de la vida
Quiere verte muerto
Y el fin de año, Chico Buarque, la Praça da Matriz, tu tiempo
vencido, tu edad, tu vejez, tu oro, el tipo que prende las luces
de la ciudad, la muchacha, la memoria del aura visionaria que
[giraba en el

/ E a tua cozinga / E a caveirinha da gata manca enterrada no quintal /
E o teu amigo / A velha catigueira que por aqui passou e assoprou que
terás uma / vida, ela está alegríssima, ali, ó, acaba de chupar um picolé
azul / comprado com as tuas moedas, as que reservastes à última oferta
a / Deus // E aquele cara ligou para a polícia / És o poodle / És o poema
/ O diabo, maior advogado da vida / Quer te ver morto / E o réveillon,
Chico Buarque, a Praça da Matriz, o teu tempo / vencido, tua idade, a
tua velhice, teu ouro, o cara que acende as luzes / da cidade, a menina,
a memoria da aura visionária que girava no / descampado abraçando
alegremente folhas secas, peles de cobra, / suspiros apaixonados, quando

descampado abrazando alegremente hojas secas, pieles de cobra,
suspiros apasionados, cuando tú eras alegre, a tu muerte
Quiere verte muerto
Más muerto
Más muerto que esto
Más muerto
Que el inicio

ALEGRÍA

La poesía tristísima, no la conozco
Apenas un dolor de lado
Ilusiones de carne y hueso que a veces difuntan y tienen mañana que
perfuman
Porque bello es el misterio
Y sombríos son esos arquitectos de esferas marchitas
Barbechadas de demonios y sus contratos doblados en bolsos sin
costura
Que
Una vez firmados
Sirven apenas a la voracidad de la hoguera
De la primera muerte
La vida bella, tal cual, no la conozco
Apenas un verso maquillado, una historia, un deseo de no saber
morir

tu eras alegre, a tua norte / Quer te ver morto / Mais morto / Mais morto
que isso / Mais morto / Que o início

ALEGRIA

A poesia tristíssima, não a conheço / Apenas uma dor de lado / Ilusões
de carne e osso que às vezes defuntam e tem manhã que / perfumam /
Porque belo é o mistério / E sombrios são esses arquitetos de esferas
encarquilhadas / Arroteadas de demonios e seus contratos dobrados em
bolsos sem / costura / Que / Uma vez assinados / Servem apenas à fome
da fogueira / Da primeira norte // A vida bela, assim, não a conheço

Porque bello es lo que sobra
Es aquello con lo que regamos los pies del poste
Porque bella es la sombra
Y sombrías son estos estantes de libros que cacarean cacareos de
raza
Porque bella es la poesía
El misterio
Que sobra

Si yo pudiera, yo no escribía
Si yo pudiera, yo me quedaba ahí apoltronado todo el día, de espaldas
[a las

chingaderas de la vida
Pero esta alegría
Esta pequeña y sombría alegría divina mía
Todavía me humaniza

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

/ Apenas um verso maquiado, uma história, um desejo de não saber /
morrer / Porque belo é o que sobra / É aquilo com que regamos os pés
do poste / Porque bela é a sombra / E sombrías são esas estantes de
livros que cacarejam cacarejares de / raça / Porque bela é a poesia / O
mistério / Que sobra / Se eu pudesse, eu não escrevia / Se eu pudesse,
eu ficava ali espreguiçado o dia todo, de costas às / medonhezas da vida
/ Mas esta alegria / Esta mina pequena e sombría alegria divina / Ela
ainda me humaniza

Corazón de volcán

JOSÉ MANUEL TORRES FUNES

LA PRIMERA VELA es la de una profesora. En el círculo que rodea el féretro están los parientes más próximos. En las sillas de enfrente conversan algunos ancianos y, reunidos en grupos afines, sus antiguos estudiantes. En una esquina, un poco alejados del resto, los tres hermanos varones, hijos de la profesora, ultimán los detalles para el entierro de mañana. Se sienta en una silla que se acaba de liberar para observar discretamente a las personas. Algunos rostros le invocan vagos recuerdos de su infancia en Tegucigalpa.

«Una maestra de generaciones», escucha decir a alguien. Un grupo de antiguos estudiantes, todos sexagenarios, cuenta anécdotas de sus clases. Fue una profesora querida, sin duda también una buena madre. Los tres hijos llorosos se abrazan, sin quitar la mirada del ataúd, tallado en una madera oscura y sin motivos cristianos, detalle raro en un país cada vez más religioso.

Los niños de tres o cuatro años, vestidos de negro, recién salidos de la barbería, pasan de las lágrimas a las risas. Uno de ellos se levanta para abrazar a su padre, que lo carga para que vea a su abuela. Lloran porque lloran sus padres.

Algunas personas se acercan al féretro. Ella también aprovecha para ver el rostro de la difunta. Tiene un cabello blanco y fino, una nariz aguileña y soberbia. Su rostro es hermoso. Alguien mencionó que fue profesora de matemáticas.

—¿Fue su maestra? —le pregunta uno de sus hijos cuando, al cruzarse con él, aprovecha para darle el pésame.

—No, señor. No tuve el placer de conocerla.

—Era mi madre.

Está cansado, un poco fuera de sí. Se lleva las dos manos a la cara y solloza. Ella lo toma del brazo. Huele a alcohol. Seguramente ha bebido para darse fuerzas. Era una gran madre. Era una gran maestra.

Tiene la impresión de que quiere decir algo más, pero las palabras no salen con facilidad. Una señora de unos setenta años abraza al hijo y le da el pésame. El abrazo es prolongado. Palabras de aliento. Enseguida, la misma mujer les da sus condolencias a los otros muchachos. Él se queda ahí, sin moverse, tapándose la boca con la mano, mirando hacia el vacío. Su conmoción la estremece.

—**Fue una de esas mujeres** que construyeron este país, anónimamente. Sus hijos y sus viejos estudiantes nunca la olvidaremos —afirma. Ella le toma del brazo y él dice entre murmullos que la va a extrañar.

La muerte es la pérdida del equilibrio, la regresión, ellos, esos tres hermanos, que se desprenden de los brazos de los otros, para regresar una y otra vez al féretro y convencerse de que la persona que está adentro es bien su madre y no alguien más. El dolor es capaz de convertir a un hombre sólido en un niño frágil y a un ataúd en un pozo ignoto. En este país la muerte transforma a las personas más que la propia vida.

Cruza un pasillo donde guardan asiento dos mujeres embarazadas que toman humildemente las sopas que ofrece el servicio fúnebre.

El ataúd, pintado en verde oscuro, rodeado de catorce guirnaldas, está cerrado, pero con un retrato de la difunta a un costado, que también es una anciana, como en la vela anterior, pero a diferencia del anterior, tiene la figura de Cristo tallada en madera. El deceso fue intempestivo.

El hijo mayor, un hombre alto y fuerte, acoge a la gente que arriba. Los concurrentes están indignados. Al parecer, su fallecimiento se debe a un error médico.

Una señora que camina con un andador se aproxima.

—No se levante —le pide, cuando se alza para ofrecerle su asiento.

—Sí, siéntese por favor —insiste.

—Gracias, hija.

Una especie de mesura contenida fluye en esa sala; advierte que la gente se esfuerza por controlar su ira.

—Ella no debería estar ahí —señala la señora del andador. Nota que hubo familiares cercanos que al llegar a la vela no se aproximaron al

ataúd. Rápidamente, la sala se puebla; es una extensa parentela. La ve- llosidad en la cara y los antebrazos gruesos es el signo de distinción de la familia.

Lloran, pero rehúsan venerar el cuerpo que está dentro; seguramente es una forma de resistir a la idea de que la abuela murió.

Cuando está por acudir a la tercera vela, sobreviene una bulla y un movimiento violento de sillas al fondo de la sala. El hijo mayor atraviesa la pieza con la destreza de una pantera. Otros hombres se alzan, pero él, con una voz fuerte, una voz de auténtica autoridad, ordena que nadie se mueva de donde está. Piensa en lo horripilante que debe de ser un asesinato en medio de la multitud. En una sucesión de movimientos agitados, le parece ver —una ilusión óptica, por fortuna, horrorosa del país— que los hombres sacan sus armas.

Un hombre hizo irrupción en la vela. Trató de abrirse paso. Iba cami- no franco hacia el féretro hasta que un muchacho fornido lo tiró violen- tamente de la camisa. Después el hijo mayor cruzó de tres zancadas la sala. Les ordenó a los hombres que ya tenían sometido al intruso que lo dejaran libre. Las mujeres y los niños lloraban. Unos segundos después, la gente se apartaba. El jefe de familia conducía al hombre hacia afuera. De manera inconsciente, los concurrentes se habían movido hacia donde estaba la abuela, como para protegerla. La gente se soltaba. Sintió que el dique que los había contenido en un inicio finalmente se derribaba. Dos minutos después entraba el hijo mayor, solo; rojo de cólera, les pedía calma a los demás.

—Nadie va a salir de aquí —exclamaba con autoridad. Cuatro mucha- chos protestaban. ¡Nosotros no somos así!—. Si alguien se atreve a po- nerle encima un dedo a esa rata, tendrá problemas conmigo —advirtió.

La señora que caminaba con andador, y que durante el incidente se levantó de su asiento, se volvió hacia ella.

—Esa rata es el médico que la mató.

—Vino a pedir perdón, como si importara —repuso otra señora.

—Es un asesino. Es un perro —afirmó alguien más.

En la tercera y última vela casi todas las personas son jóvenes. A pri- mera vista, es imposible diferenciar a los parientes de los amigos. Lloran todos alrededor del ataúd. En este caso, el muerto es un hijo y no un padre ni un abuelo. Piensa que en la lengua no existe una palabra para

describir la orfandad de los padres. Se dice *huérfanos*, pero ¿cómo se les dice a los padres que han perdido a sus hijos?

El padre es un hombre bajito y delgado, con una corbata negra, torcida hacia la derecha, a su lado está la madre, de unos cincuenta años, que lleva lentes oscuros y viste de negro. Los murmullos y los llantos vienen de todas partes. La galería de voces se eleva como un vapor. Se siente una gran agitación, como si la gente viniera corriendo. La sala se puebla más y más. Se impone un ardor endógeno y abrasivo. Es el corazón de un volcán que palpita.

La energía de la sala la transporta al pasado, donde se ve a ella misma al lado del ataúd donde estaba su muchacho.

Conoce perfectamente la situación en la que están esos padres. El dolor colectivo es un mosaico de emociones, la tragedia no debería ser hablada, sino cantada, piensa. El recuerdo más claro que conserva del funeral de su hijo es el de un gran coro de voces talladas con la desolación. Esos padres deben de estar viendo el mismo escenario.

Camina entre los jóvenes. Los padres no están sentados ni parados, más bien acuclillados, sosteniéndose en los respaldos de las sillas, en pie gracias a los brazos de los otros.

—**Lo siento mucho.** Lo siento mucho —se vuelve febrilmente hacia el ataúd. Quiere ver el rostro del muchacho. Detrás del cristal aparece la cara de su hijo. ¿Cómo es posible, cuánto debe extrañarlo, que la ilusión de verlo se materializa en la cara de otro muerto? Segundos después, la imagen se desvanece, y poco a poco, el rostro real surge del desengaño. La cara de una muchacha, cuyos rasgos faciales oscilan entre los de una mujer y una niña, se impone. Ésa es la realidad: el muerto es una adolescente, asesinada de un balazo en la cabeza.

Lleva una venda amarrada que le cubre la totalidad del cráneo. Sus labios recuerdan a esas frutas que nacen y mueren sin haber visto nunca el sol. Siente que se desmaya, pero antes de caerse se ase de los padres. Cierra los ojos y cuando los abre, ya está en otra parte, sentada en una silla del pasillo, agarrada de un brazo desconocido que no la dejó caer en el abismo de la locura, que tantas veces en esos últimos meses resultaría, paradójicamente, la salida más natural a su dolor.

Es de noche, se retira de las velas silenciosamente, de la misma manera en la que accedió; éstas se prolongarán hasta la mañana siguiente; algunos

rostros nuevos toman el relevo. En la salida, un grupo de personas le agradece su asistencia. Una mujer, desconocida, naturalmente, le da un beso fraternal en la mejilla.

Cruza la mediana y aborda el primer taxi que se detiene. Va a la casa de su tía, donde se queda a dormir cuando desciende a Tegucigalpa.

El conductor del automóvil tiene unos dieciséis años. ¿Qué hace un niño manejando un carro en esa ciudad, una de las más peligrosas del mundo? ¿Qué hace un niño de diez años recogiendo el dinero que los conductores les dan, qué hace el otro niño de trece años, su hermano, que arroja fuego por la boca en el alto del semáforo? ¿Qué hace esa niña con un balazo en la cabeza, dentro de un ataúd?

Trata de verse a los ojos con el muchacho taxista, imposible, va concentrado en la música que lleva al máximo de su volumen.

—¿Podrías bajarle al radio, por favor? —le pide. En su lugar, el muchacho le sube aún más. Llega hasta la casa de su tía sin haber cruzado con él una sola palabra, ninguna mirada, ni siquiera por el retrovisor.

—**Son sesenta lempiras**, madre —le dice, sin volverse, cuando por fin termina el viaje. Recién apenas descendida, el niño taxista pisa el acelerador para irse lo más rápido posible de ahí.

La tía la ha esperado para cenar. Comen en el patio. Mientras la escucha relatarle lo que vio en un programa televisivo esa tarde, se pregunta qué pasó en Honduras para que, al cabo de dos generaciones, el país se hubiera degradado tanto; ¿qué podía tener en común una persona como su tía abuela, que construyó su casa con sus manos y que, superados los noventa años, seguía encontrándole un sentido a la vida, y ese muchacho de dieciséis que conducía un taxi con la apatía de los que no esperan nada de la vida?

Después de comer, la tía se fue a dormir. Ella se quedó fumando un cigarrillo, pensando en su esposo que estaba enfermo pero que, puntual como de costumbre, la esperaba el día siguiente en la estación del ferry.

Cierra los ojos, se sirve una copa de un viejo oporto que la tía mantiene desde hacía muchos años, y mientras distinguía el olor lejano de los pinares entre todos los demás olores del aire, se dice que Tegucigalpa, al anochecer, a veces es callada como la cuna de un bebé •

Las hadas rusas

ANA INIESTA

*cuando viene la libertad
de las raíces alrededor
y la crueldad de su ausencia*

*hay un caminito
que puedo andar
casi a ciegas
raconto y queda*

*en la memoria
quien sabe, pero no
pero sí mientras la fe
se agranda*

*Fanny Bonder con su hija
mi abuela y su hija, mi madre
en una línea de fuerzas*

*me entregaron a la vida,
pómulos altos y adentro*

*el run run del tempo
con el que una debe criar*

*yo me animo
precisa las dibujo
con luz en mis espaldas*

*tantas gracias
mis hadas rusas*

*¿dónde es que resuenan
sus vidas
si no es en estos huesos
que llevo hacia adelante?*

soy su descendencia

*Fanny mira su cielo celeste
vestida de negro
se ilumina con las flores
que le trajera su hija, mi abuela
en vez del vuelto de las papas
negras sobre la mesa*

*mi madre está agachada
en la tierra, embelleciendo
el mundo, dando oxígeno
y aliento a cada rincón*

*Aída, mi abuela
se queda en el centro
mira de cerca
mi juventud, rige
las notas que van sonando
y es tan dulce,
la última que me vio crecer
de este lado del mundo*

*su presencia
es el perfume a hadas
que jalan hacia mí*

*o lo que no pueden
nombrar ellas pero yo sí
las alas*

las llevo adentro

*hasta que me toque
desprenderlas.*

Emar: **ese otro mundo** *(Invitación a una literatura que también es geometría)* **EMILIANO MONGE**

*Aquello hedía abominablemente. Era un hedor a putrefacción viva,
a putrefacción llena de salud, a putrefacción no acompañando
a la muerte sino ama y señora de la vida, reina
y dominadora de todo lo existente.*

I.

«El pájaro verde» es un cuento encerrado en un cuento. Poco más puede decirse del primero de los relatos que componen *Diez*, para mí, el libro más interesante de entre la literatura de Juan Emar. Como también debería solamente aseverarse esto: *Diez* es un libro encerrado en un libro.

Pero como ésta es una invitación, me veo obligado a extenderme sobre la que, para mí, es la mejor obra de Juan Emar (autor nacido en Chile, en 1893 y bajo el nombre de Álvaro Yáñez Bianchi, nombre que cambiaría por el de Juan o Jean Emar, según el humor del día) y sobre los relatos que componen este libro, un volumen que, como veremos más adelante, es, además de una obra literaria, un tratado de geometría.

Pero empecemos, al revés de lo que casi siempre hace Emar (quien por lo menos aquí será Juan), por los asuntos generales para, desde éstos, avanzar hacia los múltiples asuntos particulares en los que pienso enredarme.

II.

Cuando digo: «la que, para mí, es la mejor de las obras de Juan Emar» no me refiero, por supuesto, ni a los alcances de las historias ni a los estilos elegidos por el autor para contarlas ni, menos aún, a lo que la crítica o muchos de los lectores del chileno puedan dictaminar sobre su obra. Me refiero, única y mucho más honestamente, a que *Diez* es, sin duda alguna, el mejor de los libros de Emar si de lo que se trata es

de invitar al lector a acercarse a la literatura de uno de los máximos exponentes de las vanguardias literarias de América Latina.

¿Por qué? Porque *Diez* permite ver todas las herramientas y todas las estrategias que hacen de Emar uno de los narradores más excéntricos (y aquí excéntrico tiene un solo sentido, como escribió alguna vez Rafael Gumucio [a quien mi relación con Emar —al igual que este escrito— deben tanto y tantas ideas]: fuera del centro, más allá de lo que se considera normalmente eje o foco de un cuerpo o un espacio o un conjunto o un grupo de personas). Y permite, además, ver también cómo funciona y cómo se despliega la imaginación emariana, esa suerte de aguas bravas que golpean al lector como el oleaje golpea las arenas de una playa, con incluso más facilidad que sus novelas: ni siquiera en *Ayer*, *Un año* o *Miltín 1934*, las olas que castigan una costa traen tantas cosas nuevas, tantos objetos inesperados, tantos cambios en la trama, tantos giros a primera vista insospechados, como en *Diez*.

Y es que *Diez* nos deja (lo cual es particularmente evidente en «Maldito gato», que no me parece, como a la mayoría de estudiosos y expertos, el cuento mejor logrado de Emar, pero sí el más complejo y el que evidencia mejor los mecanismos sobre los que el autor chileno construía sus piezas literarias) contemplar a un autor que se debate entre la estética de la plástica y la estética de la escritura, a un autor, pues, que, como suelen hacer los pintores en sus cuadros, deshace sus relatos para empezar, de golpe, un nuevo relato.

Emar, que además de escritor era pintor y que además de apellidarse Bianchi era idéntico a Carlos Bianchi (el entrenador más famoso de Boca Juniors), pinta encima de lo que ha sido antes perfilado. Por eso no sorprende, en mitad del desarrollo de sus historias, encontrar frases como: «Y aquí comienza una nueva historia», o: «Pero todo eso es pasado, remoto pasado», o: «Y empieza así una tercera historia», o: «Veintitrés años más tarde», o: «Todo eso habíamos olvidado».

III.

Pero cambiemos la metáfora de la pintura a la escultura. Porque, al escribir, Emar juega con plastilina: da vida a una forma y cuando ésta está casi por completo definida, la deshace, la regresa a su estado de bolita y otra vez empieza a modelar una nueva forma. La plastilina, sin embargo y aunque uno no pueda advertirlo a la primera, guarda la memoria de la forma que previamente tuvo.

«Se vuelve siempre a ser lo anterior, más la huella de lo ocurrido». Así como la plastilina encierra en la nueva forma todas sus formas anteriores, los relatos de Emar encierran, en cada nuevo giro, todos sus giros anteriores, en cada nuevo suceso, todos los sucesos anteriores, en cada nueva historia, todas las historias anteriores. En «El hotel Mac Quice» no sólo se pasean y se alimentan unas a otras sus sombras interiores, también se pasean y se alimentan las sombras de «Papusa» y de «El fundo de La Canterana».

Más aún: son estas sombras, estas huellas de las formas previas, las que permiten la existencia de las formas posteriores, que son siempre el nuevo asunto del relato pero con la memoria de haber sido otra forma y el deber de ser luego, además, una nueva forma. Formas que terminan y que empiezan una y otra vez, incesantemente, reinventándose y autodestruyéndose todo el tiempo, reinventando el mundo y destruyéndolo también a éste (el mundo) todo el rato.

Los cuentos de Juan Emar son figuras de plastilina y en ellos hay una tercera dimensión que no es fácil hallar en otros escritores. Una tercera dimensión que dota a su arte de una profundidad particular pero también de rasgos que podrían ser acusados, en el bla bla bla típico de los sabios, de raros o extraños. Tan extraños y tan raros que este arte no fue bien recibido en su momento y no ha alcanzado aún el sitio que merece. Y es que la realidad que Emar inventa se aleja diametralmente de la realidad que conocemos; la psicología que configura dista absolutamente de la psicología que comprendemos, y las pasiones que perfila yacen en las antípodas de las pasiones que nos hemos permitido, como queda claro en «Pibesa» o «Chuchezuma».

—Ésta es, hermano (siempre hermano, nunca mi nombre), la gran ventaja de alimentarse con mariscos: que uno mismo los mata sin necesidad de cómplices. Así la absorción y nutrición llegan a su punto perfecto. ¡Oh, creer que es sólo alimento lo que se mastica y traga! ¡Error, hermano, error! En la agonía y muerte del ser comestible hay por lo menos, según mis cálculos, un tercio de la nutrición total. Esto, por lo que se refiere al lado, digamos, físico de la cuestión. Cuanto al lado moral, volvamos a los cómplices. ¿Encuentras tú que es justo hacer asesinar a otro hombre para aprovecharse uno después de los dos tercios de beneficio de su asesinato?

IV.

Tan extraños y tan raros, los rasgos esenciales de la obra de Emar, que durante demasiado tiempo se han impuesto sobre su arte, con el afán de acercarlo a los lectores, demasiados juicios falsos o, cuando menos, desorientados: no hay, en la literatura del autor chileno (y aquí no sólo me refiero a *Diez* sino también a sus novelas y a la inclasificable *Umbral*, quizá la obra más cercana a *En busca del tiempo perdido* que se haya escrito en América), ni tanto humor como se ha vendido ni tanto desenfado como se ha escrito ni tanto divagar como se ha establecido ni tanto delirio como se ha pregonado.

Muy por el contrario, los textos de Juan Emar (de nuevo *Diez* es un ejemplo extraordinario de esto) son mecanismos de relojería (no es casual que en todos la hora y el día: el tiempo, cumplan un papel fundamental) en los que el humor es mucho menos que la risa (pero también mucho más), el desenfado es la manifestación brutal de un arte sustentado sobre las herramientas del glosar antes que sobre las del *redigère*, el divagar son las manos que dan forma a la figura que después habrán de deshacer para dar vida a otra forma —forma que no es nunca accidente porque es siempre consecuencia—, y el delirio no es más que la lógica de otro universo, el emariano, una lógica que no aceptamos porque no estamos acostumbrados a que el juego cambie sus reglas tras haberse ya iniciado la partida.

¿Y qué hacemos cuando un evento o un suceso o un proceso nos resulta incomprensible o excede los parámetros con que entendemos los eventos, los sucesos y procesos? Los tachamos de delirio. De ahí que nos cueste tanto esfuerzo comprender la planeación perfecta que habita en cada relato de Emar. De ahí que cueste tanto esfuerzo acercarnos a las historias y a los personajes emarianos: para hacerlo estamos obligados a seguir el camino que trazara el autor chileno mientras trabajaba: estamos obligados, pues, a imitar el acercarse de un mosquito al foco que lo llama.

V.

Para leer los relatos de Emar hay que estar dispuesto a convertirse en un insecto. Hay que estar dispuesto, pues, a imitar el movimiento del mosquito que se acerca al foco para alcanzar así la luz que alumbra el fondo o la materia viva del relato, un fondo o una materia viva que, aunque intuimos, no somos capaces de advertir más que como premonición y no seremos capaces de comprender hasta que todo haya acontecido.

Hay que estar dispuesto, pues, a imitar el movimiento del mosquito que se acerca al foco para alcanzar así la luz que alumbra el fondo o la materia viva del relato...

A primera vista, es verdad, el vuelo al que nos somete la lectura de los cuentos de Emar parece un extravío. Pero en los relatos de este autor, que como editor en el periódico *La Nación* publicó los primeros textos de Vicente Huidobro o de Ortiz de Zárate, siempre hay, además de un instante en el que se nos descubre que no estuvimos extraviados sino inmersos en un riguroso plan de vuelo (erigido a partir de círculos concéntricos alrededor del corazón de lo narrado), una serie de pistas o incentivos que nos hacen no dejar de aletear ni querer tampoco abandonar el viaje en el que estamos y que no sabemos qué promete pero sabemos que promete.

Estos círculos concéntricos y estas pistas o incentivos son particularmente evidentes en «El unicornio», el cuento en que, para hablar del asunto de los pasajeros interiores que nos acompañan a lo largo de la vida y de los conflictos más profundos que uno tiene consigo mismo y sus pulsiones, Emar nos cuenta una historia en la que caben: un amigo que en la calle pierde sus ideas y sus más puras intenciones («es decir, mi personalidad de hombre»), un grupo de gente que lleva a casa de este amigo los objetos que recoge por la calle, el amuleto que el amigo hace con estos objetos, la meditación a la que se entrega el amigo (Desiderio Longotoma) bajo el amuleto, la visita de Emar a Desiderio, el recuerdo de Emar de otra visita a Desiderio, el relato que éste le hace sobre los unicornios, el deseo de Desiderio de casarse, el efecto que en una mujer ejerce el fruto que nace si se siembra un cuerno de unicornio, el matrimonio de Desiderio, el viaje de Emar al África en busca del unicornio, el encuentro de Emar y el unicornio, el fruto que Emar recoge tras ver morir al unicornio, el viaje de regreso a Chile (¡en submarino!) de Emar y con el fruto en su poder, la llegada de Emar a su casa, la irrupción del chileno en su propia casa, el autorrobo que decide hacerse entonces,

el desdoblamiento repentino de Emar, el enfrentamiento del Emar ratero y el Emar propietario, la lucha a muerte entre los dos emares, la muerte de uno de ellos, sus funerales, el recuerdo del Emar vivo de la mujer a la que ama: Camila, la ingesta de Camila del fruto nacido del cuerno del unicornio, la conversión de Camila en estatua de mármol, la ofrenda que el Emar vivo hace al Emar muerto con la estatua de Camila (cambia su cuerpo por la cruz que había en la sepultura), la culpa de Emar por haber puesto fin a la existencia de Camila

Y aquí empieza otra historia.

la aparición repentina de Cirilo Collico (pintor distinguido y detective sagaz), la vuelta de Desiderio, la elucubración del narrador sobre la idea del doble, las discusiones de los personajes sobre las apariencias, las posibilidades múltiples que unos y otros guardamos a ojos de los demás, las reuniones de Cirilo con Emar, la disección del crimen, el sombrero de copa del papá de Emar, el escudo de la Gran Bretaña, la Edad Media, las desdichas de Dragoberto II (príncipe soberano de la Carpadonia), los duelos que el tiempo nos impone, la comprensión de que estamos muriendo en cada instante y las notas musicales del (o los) réquiem propio.

Así pues, aunque la lógica que habita los relatos de Emar (cuyo nombre artístico: Jean Emar, proviene del exabrupto francés: *j'en ai marre*) quiera ser reconvertida en un delirio, es tan perfecta y tan exacta que es más bien una geometría.

Y aquí empieza otro tema.

VI.

La literatura de Juan Emar, como su obra gráfica (además de escritor, el chileno fue pintor, lo digo, otra vez, para quien no le haya dado importancia suficiente a este hecho), es también regida por la geometría: triángulos en los que cabe el universo, horas del día que dividen una vida, trozos de arcilla que delimitan las pasiones, números telefónicos que explican la quietud y el movimiento, vicios que seccionan arbitrariedades y sosiegos, líneas imaginarias que atraviesan el espacio, deslindando territorios y deseos.

Y esta geometría no es sólo el respaldo y el suelo del relato sino también el tema y la forma, camuflados bajo historias que no son sino

apariencias: así sucede, por ejemplo, en «El perro amaestrado», donde el cuento que parece tratar de un perro, de tres amigos que odian la locomoción de los transeúntes, de las acciones que estos tres amigos toman contra los paseantes, de la muerte del perro y del enamoramiento de uno de estos amigos (Emar) de una mujer a la que conocerá veintitrés años después de la muerte del perro!, trata en realidad de unos hilos invisibles

como el humor plateado de la babosa, a veces como el bramante fino de la araña que se desprende

los hilos invisibles que atraviesan el sexo del narrador cuando el perro amenaza o ataca y cuando, muchos años después, Emar se enfrenta al miedo que siembra en su cuerpo la posibilidad de haberse extraviado mientras se dirigía hacia la casa de la mujer que le interesa amorosamente.

La materia que reluce al final de «El perro amaestrado» es, pues, los hilos que atraviesan el sexo de Emar y el de la mujer a la que éste desea, pero que son también los hilos que atraviesan el estilo del cuento: no por nada éste es el único de los relatos del chileno construido a partir de un fraseo apurado (podría decirse incluso: precipitado) y de métrica inalterable. Sentencias como hilos que atraviesan, además de historia y personajes, el escenario en que acontece la historia y en el que pasean los personajes.

Y había aprendido que existe una clara relación entre la configuración de una ciudad y nuestros más encubiertos deseos. Así, como antes, gracias a los colmillos de Piticuti, había aprendido que, desde cierto punto de vista, hay también relación clara entre ellos (nuestros deseos) y los seres que van caminando por las calles.

VII.

La geometría emariana, para ser tal, precisa de volumen. Y el volumen lo consigue el autor chileno construyendo la tercera dimensión sobre sus coordenadas personales: X) personajes, Y) historias y Z) escenario.

Por supuesto, esta geometría precisa también que los vectores (el estilo, el ritmo y la forma) se entrecrucen. Y precisa, además, que estos entrecruzamientos (que dan sentido al volumen) funcionen a su vez como bisagras que abaten. Son, pues, estos entrecruzamientos las costuras finas a partir de las cuales Emar les otorga movimiento a las figuras de plastilina que dotara antes de tercera dimensión.

Olía a pan. Un pan por venir, de miga algodonosa y cáscara crujiente; un pan arquetipo. Un pan por venir —digo—, por lo tanto, todas las posibilidades de pan para el hombre.

Pero además, los sentidos son, en «Maldito gato» (tras cruzar sus miradas Emar, el gato al que encuentra en el socavón y la pulga que vive en la cabeza de éste), también la última (y quizá la más perfecta) prueba de la geometría emariana:

al juntarnos los tres, habíamos formado una figura [...] un perfecto equilibrio entre tres fuerzas aisladas, tres fuerzas sueltas, tres fuerzas diferentes que, hasta ese momento, habían estado trotando desorientadas (recobra sentido la cabalgata azarosa de la mañana) y a locas por el mundo, tres fuerzas incoherentes en el caos de la vida (recobra sentido el caos que es, en el fondo, la sinestesia) que, por su misma incoherencia, por su mismo desequilibrio, al hallarse errantes, contribuían de más en más a intensificar ese caos.

y de la conversión del tiempo lineal en un espiral que parece extrañarse en infinitos hoyos negros:

Desde aquel momento había algo más en el universo, una formación más, un reflejo, un espejo. Pero aquí, entiéndaseme bien, la palabra espejo puede inducir a error. La empleo porque allí en el embudo se reflejaba otro, el Todo. Pero no sólo se reflejaba; también se reproducía. Dijamos claramente: se repetía.

Por supuesto, el espejo del que habla Emar no es sino una epifanía, un pretexto (como el insulto del tío, como el cuerno del unicornio, como Papusa, como la locomoción de los transeúntes, como Pibesa y, sobre todo, como los curas vestidos de verde, las estrellas y las mujeres sodomizadas de «Un vicio») para lograr que el pasado y el futuro pierdan peso y sentido, para demostrar, en suma, que el presente es un instante en el que cabe y yace, atrapada, la existencia •

Fundación de la isla

ÁLEX PIPERNO

parece que ahora parimos una isla horrible y le pusimos nombres en la cabeza a todo lo que se mueva

parece que parimos la mayoría porque se encontraron copias diminutas de la mayoría comiendo bocaditos de leche en el valle de todo lo que se mueva

comiendo bocaditos que eran todos nuestros hasta hartarnos y también sigo comiéndolos para volverme yo mismo una isla llena de pequeñas niñas a quienes correr

por ejemplo la cabeza de un ascensor que le pusimos adentro alguna cosa religiosa

por ejemplo la cabeza de milagro le pusimos las ranuras de una mala manera y ahora es una bolsa amarilla que hace cálculos gratis de nuestra descendencia

por ejemplo la cabeza bien pop de cualquier cosa

desde el interior de una barracuda pienso por ejemplo en la cabeza de las pequeñas niñas

y me regocijo si le pegara palmaditas en las cabelleras que usan se les mueven con el viento dejando por un rato dibujos bien bonitos parece que nosotros es un pez con cola de aire de usar en ocasiones siempre difusas

también el pez le sale por el corredor igual y tiene ritmo con cualquier porquería eso a veces llega a angustiarme tanto

y se hicieron grandes ceremonias y grandes pescas para agasajar y las maniobras fueron siempre tan serenas eso es cierto se hicieron grandes ciudades con nombres increíbles

Los latidos

JUAN RAMÍREZ BIEDERMANN

Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno

SANTIAGO 3:6

Celestes los ojos, claridad marchita, caricia de piedra.

Irene Sawyer carga una piel tan blanca que cualquier cambio de temperatura sería capaz de ruborizar sus mejillas. Es pelirroja. Tiene facciones delicadas. Aunque cierta prominencia marca sus pómulos, sabe atemperarla con una base de tono claro y frío. Aquel lunes de julio, los visitantes conocieron a Irene hundida en el sillón del living, el perfil contra el espaldar, cubierta hasta el cuello con un edredón deshilachado en los bordes. Quieta como una roca, acaso llevaba la tarde sin siquiera pestañear. Lucía tan desgastada, tan frágil, que la doctora Carla Barbosa Seixas pensó que una palabra, algún movimiento, podrían resultar definitivos: el cuerpo de Irene se resquebrajaría, cayendo a pedazos, haciéndose añicos.

En aquella tarde de soles y aguaceros, los rulos de Irene Sawyer fueron confinados a un rodete descuidado, hecho con fuerza en la parte superior de la cabeza. Vestía una camisa verde sin planchar y un pollerón granate que le rozaba los tobillos. Calzaba unas sandalias con flecos marrones. Ningún ornamento adornaba su pálido cuello, sus lóbulos rosados, los dedos con uñas sin pintar, esas muñecas demarcadas. Pese a que se trataba de una mujer de contextura importante, semanas de quebranto estaban consumiendo a Irene Sawyer. Apenas los labios —carnosos, siempre sensuales— parecían resistir.

Celestes los ojos, cielo vacío, suavidad reseca.

Irene aguardó a que las tres personas tomaran asiento para encender un velador, única luz artificial que alumbraría aquel encuentro. Los visitantes se acomodaron en el sofá, casi pegados uno al otro. Afuera, la llovizna crispaba la superficie perlada de la piscina, percutía el cuerpo de madera blanca de la glorieta.

—Buenas tardes, señora.

Irene Sawyer —mesa ratona de por medio— se deshizo del edredón y encendió un cigarrillo, lanzando una finísima y extensa bocanada. Sobre el alféizar de la ventana que daba a un corredor, clavados en un tazón de porcelana con tierra, titilaban dos palillos de incienso.

—Señora Sawyer, soy la doctora Carla Barbosa Seixas, cardióloga. Fue conmigo con quien estuvo conversando en estos días. Permítame presentarle a mis colegas: el doctor Marcelo Klass, cirujano, principal accionista del Laboratorio Lima Santos de São Paulo, y el doctor Henrique Carneiro, cardiólogo de Belo Horizonte. Los tres somos miembros de la Fundación Lima Santos.

—Encantada.

—Como le mencioné... Por cierto, antes que nada le agradecemos una vez más la amabilidad de tomar nuestros llamados y de recibirnos... Le decía, como le he mencionado ayer, luego de la evaluación del tratamiento al que fue sometido Daniel, del seguimiento a su evolución consignada en su historial médico, y del informe arrojado la semana pasada por el equipo médico del Santa Helena, estamos en condiciones de decir que conocemos formal y sobradamente la condición de su hijo.

—...

—Por ende, señora Sawyer, querríamos manifestar, asegurarle, que estamos aquí para ayudar.

Carla Barbosa Seixas hablaba un español perfecto, pero no desprovista de los cantos y el tinte del portugués. Rozaba los cuarenta. Tenía el rostro ahuesado, de líneas duras, de mentón extendido. Sin exhibir belleza alguna, era una mujer elegante, con ojos enormes y verdes, celosamente maquillada. Un mechón castaño y lacio caía sobre su frente a cada rato, cubriéndole una ceja. Sosegada, de movimientos cortos y precisos, Carla Barbosa Seixas parecía estar siempre a punto de algo, reservándolo para un mejor momento. La cita había sido concertada la noche anterior, luego de varias negativas por parte de Irene. Desde

semanas atrás, el timbre del teléfono de la casa o del celular de alguno de los Sawyer representaba para esa familia el único estímulo o señal de vida. Apenas la voz en el tubo se refería a temas ajenos a Dani, la comunicación se cortaba inmediatamente. Jacobo, marido de Irene, llevaba un mes sin trabajar. Aunque su cargo en el banco estaba en vilo, el hombre había resuelto poner un paréntesis al mundo y concentrarse en la suerte de su hijo menor. El ejecutivo impecable, de trajes sofisticados, de elegante calva, deambulaba por las oficinas del Instituto Infantil a espera de esa notificación que nunca llegaba. Por las noches dormía en el pasillo del hospital donde estaba internado el hijo hacía semanas, despatarrado en cualquier butaca, barbudo, la remera blanca con el cuello deformado, una campera de *jean* gastada, los zapatos sin lustrar.

Diosnel, con once años, era el hijo del medio. Vivió aquellos días negándose ferozmente a asistir al colegio. Pese al intento de Irene de mantener la rutina del chico, en ocasiones le faltaban fuerzas para doblegar su negativa a todo; hastiada, rendida, dejaba a Diosnel en casa de los abuelos. El chico, al llegar, sin saludar a nadie, corría a encerrarse en la biblioteca sin emitir sonido. A veces, cuando a duras penas iba a clases, se fugaba de las aulas, escondiéndose en el campanario de la iglesia o en los sótanos del seminario. A solicitud de la Dirección, solía ser retirado anticipadamente por la madre, evitando así contratiempos mayores: reacciones violentas contra los compañeros, groserías y gestos desafiantes que repartía entre profesores y curas.

Candela, la mayor de los hermanos, de veinte años recién cumplidos, mostraba cierta fortaleza ante los padres, procurando convertirse en el último soporte de Irene y Jacobo. No obstante, a solas o en presencia de amigas íntimas, venía desmoronándose de manera incontenible. Candela advertía con horror que los desórdenes alimentarios que padeció en la adolescencia retornaban, maliciosa, traicioneramente: la ansiedad, los atracones, los encierros en el baño para vomitar.

—Señora Sawyer, sabemos que Dani lleva aguardando más de cuarenta días por el corazón que necesita su cuerpo, y que su nombre está tercero en la lista de espera de niños beneficiarios del trasplante, según el listado oficial del Instituto Nacional.

—...

—Tenemos copia del expediente administrativo del Instituto, y conocemos los expedientes de los dos niños que le anteceden en la lista.

Por supuesto, déjeme decirle que estamos al tanto de las disposiciones legales sobre trasplantes de órganos y tejidos anatómicos humanos, y también conocemos a profundidad el funcionamiento burocrático del Instituto. En síntesis, para ir directo al grano, sabemos que si Dani no recibe el corazón en un par de semanas, a más tardar, tiene pocas probabilidades de sobrevivir.

—...

—En este contexto, señora Sawyer, de acuerdo a nuestras averiguaciones, a la información que tenemos de buena fuente, es poco probable que ese corazón llegue a tiempo.

Irene Sawyer acabó el cigarrillo, aplastando la colilla en un cenicero de cobre —una hilacha de humo se enredó entre sus dedos, para luego desaparecer. Encendió el siguiente, mirando en todo momento la ventana, distante, desapacible. El viento sur abofeteaba la llovizna. Las hojas del techo de la glorieta escapaban a la calle, sobrevolando las varas en punta del portón.

—¿Sabe por qué fumo dentro de la casa?

—...

—...

—...

—Dejé el cigarrillo justamente cuando quedé embarazada de Dani. Imagínese, seis años sin fumar. Desde que mi hijo se enfermó, jamás permití que nadie fumase en esta casa, ni siquiera en el patio, en ningún lugar, no sólo por lo perjudicial del humo para Dani, sino por el odio que le empecé a tener al tabaco, a la nicotina, a toda esa mierda que nos metemos impune, grotescamente, como si nada.

—...

—Y ahora prendo uno tras otro... Uno tras otro. A veces ni me doy cuenta de que estoy fumando. Es como si mis manos echasen humo, como si respirase tabaco.

—Créanos que conocemos perfectamente la situación por la que usted y su familia están pasando. Comprendemos y, sobre todo, dimensionamos lo terrible del dolor que padecen. Precisamente por esa razón, y porque nosotros también somos padres, vinimos junto a usted a...

—Perdóneme que le interrumpa. Antes que nada, querría aclararles de antemano que le cité aquí porque a esta hora todos están en el hospital...

—...

—A ver, déjeme serle lo más sincera y directa posible: doctora, deseo evitar que mi gente siga teniendo esperanzas.

—...

—Ya es suficiente con todo lo que pasamos. Basta. Basta de sufrimiento. La situación de Daniel es irreversible. No queda nada más por hacer, únicamente esperar.

—Señora...

—Le aseguro que es así, doctora, digan lo que digan, es así.

—Señora Sawyer...

—Qué clase de madre es usted, me dirá. Sí. Qué clase de mujer no querrá saber nada que tuviera que ver con su hijo. Dónde está el instinto maternal... Dónde quedó su fe... Doctora, ya escuché y ya me dijeron de todo. A lo mejor soy la peor madre del mundo, la peor de todas, la peor mamá de la historia, pero a fin de cuentas sé que mi hijo ya no tiene chances de vivir, y sé a la perfección que ya no aguanto, ya no soporto más que mi gente permanezca en este calvario. Ahora mismo sólo me queda acompañar a mi Dani en su tramo final y proteger a los demás en la medida de lo posible.

—Señora Sawyer, por favor, le pedimos dos minutitos, a ver si nos entiende.

—¿Ustedes alguna vez han rezado por la muerte de alguien? ¿Ustedes se imaginan las cosas que se le pueden pasar por la cabeza a una cuando le pide a Dios que muera alguien para que se pueda salvar su hijo? Se te pone el mundo patas para arriba, se te cruzan las ideas, los sentimientos, los valores, todo lo que te enseñaron se va al carajo.

—...

—Cerrarás los ojos antes de dormir, y rogás por un accidente de tránsito, porque alguien se caiga a la piletta o pensás en los niños agonizantes en el Instituto del Cáncer, lo que sea... Les aseguro que es un horror. Empezás a verte como... sonará raro decir esto, pero empezás a verte como una salvaje, como una fiera, un animal... Sos capaz de matar. Empezás a verte menos humana... Ya no sos gente. Sos alguien que está añorando la muerte para escapar de la muerte... En esta situación me encuentro, ¿doctora Costa, me dijo?

—Barbosa.

—Doctora Barbosa... Es así, doctora, ya no doy más.

Irene prendió el tercer cigarrillo. Cruzó las piernas y empezó a aca-riarse la nuca, tersamente.

—Doctora Barbosa, le pido encarecidamente que pare con todo esto que está haciendo. Créame que ya hemos recibido el acompañamiento y la atención de familiares, amigos, profesionales, institutos... De medio mundo. Quizá en su momento sirvió de algo. Pero ahora mismo, le juro que ya.

—Entiendo, señora, pero...

—Dani se está muriendo en el hospital, y cuesta un montón conseguir un corazón, y cuando aparezca el bendito corazón, dos neños figurarán sí o sí antes que el mío en ese listado de mierda. ¿En qué más me podrían ayudar ustedes, doctora? Dígame, ¿qué se puede hacer por mí, por nosotros, en este momento, de acá hasta el final?

—...

—Terminé dándoles esta reunión por temor a que ustedes lograsen hablar con mi marido. El pobre Jacobo sigue con su fe intacta, llenando los dormitorios de santos, de cruces, de escapularios, de botellitas con agua bendita. Sigue yendo todas las tardes a la misa de siete, acudiendo a los curas, participando de cuanto evento de la Congregación se le cruce. Los sacerdotes ya no quieren hablar conmigo. La última charla que tuve con el padre Acuña terminó muy mal. Ese hombre salió espantado. Le dije que el amor de una madre era diabólico, porque no podía ser contenido por ninguna fe. Si mi Dani hubiera sido un pecador, un asesino, un violador, ¿saben qué? Me hubiese cagado en el paraíso; hubiese preferido ir al infierno, para estar con él.

—...

—No. Basta. Ya no damos más. Dani se está apagando, de a poquito, como una vela, y ninguno de nosotros puede hacer algo para evitar que se nos vaya. No sé si la falta de esperanza aliviará en parte nuestro dolor, pero no se me ocurre nada mejor en este momento.

—Señora Sawyer, un segundo, por favor, sólo le pedimos que nos dé un segundo.

—...

—Nuestra Fundación fue creada para asistir a las familias que están en el trance de espera del órgano para el trasplante. Desde sus inicios, la Fundación se abocó a facilitar todo tipo de apoyo y contención: charlas profesionales, explicaciones sobre los conceptos básicos de las patologías, acerca de los tratamientos, mesas redondas con gente que estuvo en el mismo lugar de las familias —es decir, en una lista de espera— y que entiende a la perfección lo que representa para una

persona pasar por ese trance. En resumidas cuentas, la Fundación hizo todo lo necesario para que las personas tolerasen de la mejor manera posible la espera.

—...

—Luego de un tiempo, y de tantas muertes, tras ver a tanta gente sufrir aguardando lo inevitable, después de comprobar que las leyes, la burocracia, los mecanismos administrativos, las autoridades, pudieran intentar ser justas, convirtiéndose en máquinas de penurias, en sistemas inútiles, en organizaciones sin sentido a la hora de lo primordial, salvar vidas; luego de todo eso, señora Sawyer, decidimos ir más allá de nuestros objetivos fundacionales.

—...

—Señora Sawyer. Mi padre, Lucio Barbosa Seixes, también médico, junto con un grupo de colegas, ha inaugurado recientemente una clínica privada en Lisboa. Gracias a su trayectoria, a sus buenos contactos con el mundo de la medicina, de Europa, Estados Unidos y sobre todo de Asia, tenemos facilidades para todo tipo de apoyo: donaciones en dinero, en equipos, capacitaciones, intercambios, pasantías.

—Doctora, francamente no sé por qué me cuenta esto. Creo que fui o intenté ser lo bastante clara, y hasta ahora amable, como para que usted y su gente entendieran que no me importa en lo más mínimo lo que quieran decirme.

—Señora. La Fundación Lima Santos hoy en día tiene metas que van mucho más allá de asistir a los familiares de los pacientes. Actualmente, nuestro objetivo principal es por mucho más relevante, más trascendental. Contamos con los recursos y los mecanismos necesarios para ayudar directamente a los pacientes.

—¿Ayudar a los pacientes? Ayudar a los pacientes... A ver, ¿qué están haciendo ahora desde la Fundación? ¿Leen cuentitos junto a sus camas?, ¿les cambian el suero?, ¿les traen la chata?, ¿les compran pañales? Supongo que son ustedes los que les dan las caricias en la cabeza y les repiten las mentiras de que todo va a salir bien, de que no se preocupen; los que se quedan a mirarles mientras duermen entubados, mientras se lamentan cuando se les cambia las sondas. ¿Ahora ustedes se encargan de todo eso?

Hablaba casi sin mirarlos, como dirigiéndose a pensamientos lejanos, a personas que ya no estaban, a siluetas que ya no le causaban miedo, sino un profundo asco. Tenía la voz ronca, algo desapacible.

No podía quitarse de la cabeza que el embarazo de Dani había sido inesperado, bastante curioso, ya que Irene se jactaba de ser sumamente metódica con los anticonceptivos. Recordaba las frases de aquella época: es un regalo de Dios, es un milagro hermoso, no te vas a arrepentir nunca. ¿Qué tipo de regalo le había enviado Dios?, ¿qué tipo de milagro?, ¿estaba arrepentida?, ¿le estaba permitido arrepentirse? Seis años y al borde de la muerte, y arrastrando a todos, desgarrando a todos. Y ella que había traído al mundo a alguien para que se muriese de a poco, sin que nadie pudiera ayudar o salvar, mucho menos ella, su madre.

Celestes los ojos, espejo de agua, luna sin fondo.

—Señora Sawyer. Gracias a nuestros contactos, la Fundación está en condiciones de asistir de la manera más enérgica posible a Dani.

—Por favor, les ruego que me dejen sola. Me está viniendo un dolor de cabeza espantoso.

—La Fundación está en condiciones de ir directo al meollo de este asunto, señora Sawyer. Saltar las disposiciones legales, las trabas burocráticas, las decisiones administrativas, cuanto sea necesario para salvar la vida de Dani.

Irene Sawyer miró por primera vez a los ojos de la doctora. Una corriente, una especie de espasmo, recorrió su cuerpo. Carla Barbosa Seixes se quitó el flequillo de la frente, miró a los dos colegas que tenía a sus costados, y prosiguió elevando apenas el tono de voz.

—Estamos en condiciones de comunicarle que, luego de una serie de tratativas, de confirmaciones, de las gestiones pertinentes, nuestra búsqueda ha tenido un resultado favorable.

—Qué está queriendo decirme, doctora.

—Tenemos ya diseñado lo que llamamos el Plan de Acción. Los conductos, los mecanismos, los sujetos responsables, todo está puesto en marcha para salvar la vida de Dani.

—Qué me está diciendo, doctora.

—Señora Sawyer. Nuestra Fundación tiene acceso a todas las esferas necesarias para que el procedimiento al que será sometido Dani quede en el más absoluto sigilo. En los registros figurará como un procedimiento quirúrgico de urgencia que, al contrario de los pronósticos y del diagnóstico del paciente, alcanzó resultados sorprendentemente favorables.

—Mi Dios, doctora.

—Sí, señora Sawyer. Sí. Irene, estoy, estamos diciéndole que tenemos un corazón para Dani. Usted irá a la sede de la Fundación Lima Santos en Asunción, solicitará la asistencia convencional para su hijo, no comentará esto con absolutamente nadie. El resto nos lo deja a nuestro cargo.

Esa noche, los Sawyer tuvieron una cena íntima y emotiva. Encendieron todas las luces de la casa. Irene compró camarones, langostinos, mejillones y pulpo de los coreanos del Mercado 4, y cocinó una paella de mariscos imperdible. Jacobó tomó whisky y escuchó discos de Lucio Dalla hasta el cansancio, tarareando desafinada y alegremente sus canciones. Hubo chistes, anécdotas de Dani. Mariel propuso un viaje en camioneta a Florianópolis, previo paso por las cataratas, o una excursión al sur, a las ruinas jesuíticas, había que conocer el *tour* guiado nocturno. Un resplandor vibrante encendía el ánimo de los Sawyer, un destello que trataban de ocultar a toda costa: en el marco de su intervención, la Fundación había exigido un hermetismo absoluto. La menor transigencia al sigilo solicitado podría derivar en la imposibilidad de obtener el corazón para Dani y, eventualmente, para futuros beneficiarios. El órgano había sido prometido para el domingo, cinco días después de la reunión. Según las instrucciones de los miembros de la Fundación, el lunes al amanecer se practicaría la operación en el mismo hospital donde el chico estaba internado.

Ese domingo, pasadas las diez de la noche, el silencio volvió a perturbar a los Sawyer. Los nervios hacían mella en el buen ánimo, y el ambiente volvía a ensombrecerse. En el primer minuto posterior a la medianoche, Irene entró en pánico. El teléfono permanecía mudo. Jacobo, desde el hospital, confirmaba que ningún doctor ni enfermera estaba enterado sobre algún procedimiento a ser practicado a Dani. Fue una velada espantosa. Irene se pasó llamando al número que le dejó la doctora Barbosa Seixes, sin suerte: el celular daba apagado. La confusión lentamente iba cediendo ante la rabia, ante la impotencia. Al amanecer, los Sawyer sucumbieron. El corazón jamás llegó y se hacía evidente que no llegaría. Mariel fue a la Fundación, desesperada, y a los llantos preguntó por la doctora Carla Barbosa Seixes. Le informaron que nadie conocía a esa doctora, ni a las otras dos personas que Irene mencionaba. Pensaron en ir a la Policía, en contactar con la prensa, en publicar algo en las redes sociales: no tenía sentido. Dani falleció a los veinticinco días del encuentro en el living de los Sawyer.

Inquietos, polvorientos, los nubarrones se pasean por el cielo de aquel atardecer, mientras la serena voz de un sacerdote pronuncia la liturgia funeral. Los asistentes al entierro rodean el pequeño panteón de la familia Sawyer, escuchando atentamente el rezo, mojándose con una garúa tersa y monótona. Crujen las ramas de los limoneros, de algún chivato desnudo. Silban los vientos en su aturdido paseo por los corredores del cementerio judío. Jacobo habla ante los presentes, refiriéndose al hijo, asegurando que a esa altura de la tarde ya estará en algún juego con los ángeles, alegrando el cielo. Irene, fumando sin pausa, se mantiene al margen de la ceremonia, sentada en uno de los peldaños que conduce al sepulcro de la familia Golmand —a su espalda, una escultura recrea la parábola de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes, destacando el candelabro de siete brazos. Al culminar el entierro, algunos familiares se acercan a darle los pésames. Impenetrable, áspera, Irene agradece en silencio, con un semblante casi agresivo. El odio parece superior a la pérdida. La furia se impone incluso al dolor. No logra quitar de su mente el rostro de la doctora Barbosa Seixes, como si éste no sólo representase el culpable de aquella crueldad, sino las facciones o la identidad de algo superior, que excede a cualquier horror concebible, que parecería ser inagotable y necesario. Aún cree apreciar los ojos enormes y verdes de la doctora en todas partes, mirándola, comprobando su desgracia. Las palabras que en algún momento representaron la vida de Dani, retumban en la cabeza de la señora Sawyer, y ahora se enredan con una sensación de vacío y asco. Irene jamás olvidará la ternura que le infundió Carla Barbosa Seixes al levantarse del sofá, al acariciarle la mano, al sonreírle sincera y afectuosamente, al despedirse con un beso en la mejilla •



Periodo Espacial [cuaderno vía láctea]

URAYOÁN NOEL

*Hoy veo lo que eres y todo lo que fuiste.
Tus curvas sin esfuerzo. Tu cara de despiste.
Tu impavidez de faro. Tu oscuridad que insiste.
La voz hecha costuras del olvidado chiste.*

*Hoy veo lo que fuiste y todo lo que eres.
La forma en que desvestes el hábitat de enseres
Después de la derrota de hombres y mujeres
En el largometraje de cines sin ujieres.*

*Tu cara de despiste. Tus curvas sin esfuerzo
Tapizan los pasillos del último universo.
De música que muere. Da luz a lo disperso
En vértigo de prosa y pronación de verso.*

*¿Cómo se codifica tu impavidez de faro?
¿Quién correrá programas en el lenguaje raro
De tu orbital en ruina? Tu brisa sin reparo.
Desierto boreal de glaciación y saguaro.*

*Aquí los videojuegos de la voz en costuras.
¿Realidad virtual o flor de amarguras?*

*El avatar de huesos. Las cruces que depuras.
El archivo comprime las sangrientas anchuras.*

*Hay códigos que nacen después de la derrota
Llenos de punto y comas [el rumbo que rebota].
Corchetes o maderos [el detritus que flota].
Patrón de información [cuerpo que se agota].*

*Hay islas pixeladas en el largometraje
Multidimensional sin láminas de viaje.
Las voces digitales trinan en el celaje
De la isla perdida [el amor del desencaje].*

*Fablar curso rimado por la cuaderna vía
En orden galáctico. Luz de apoplejía.
El deshacer su eclipse. El eclipsar del día.
Para la herida yodo. Hiel para su amnistía.*

*A sílabas euntadas se nos suelta un aliento.
En la playa fractal del signo un aspaviento.
Augura su cadáver el revivir del cuento.
Mental. Monumental. Vacío de momento.*

*Será que tu alarido tapiza los pasillos
Del tedio con iguanas. Fragante de colmillos
U orquídeas marchitas. Un sueño de caudillos
Dejará los distritos bancarios sin bolsillos.*

*Somos del temporal donde muere la música.
Del cráter perceptual con sus huellas de luz y ca-
lor. Dos constelaciones. Tú y yo. Autobús y ca-
rro por las autopistas herrumbradas y rústicas.*

*Escribo cual esclavo mi vértigo de prosa.
Describo un derretir digital de la rosa
Con grasa simbolista de luna ruborosa
Apostando a morir. Morar en cualquier cosa.*

*Definir el poema. Lo que se codifica
En hilos de sentido y se nos multiplica.
Su olor de azares traspasa la gris mica
De la forma perdida o bien se momifica.*

*Lenguajes naturales que corren el programa
Del cuerpo regulado por donde se derrama
Aquel ritmo insular del pitirre sin rama.
¿A qué mar lo condenan? Quemar lo que uno ama.*

*Voy por el malecón de órbitas en ruina.
Verde. Marrón. Matojo. Abasto de la usina
Solar. Hijo del cielo. Hecho de plasticina
Milenaria y cruel. Mutis que vaticina.*

*¿Llovizna informática? ¿Desierto boreal?
¡Marca coordenadas del cuerpo digital!
¡Conjuga lo imposible! Verbo condicional
[Digital como dedo con ansias de dedal].*

*Aquestas son las playas donde los videojuegos
Se pueblan de avatares de olas y hasta luego
Acumulando vidas como desasosiegos.
Deja que la pantalla te revele sus pliegos.*

*La realidad viste cierta prenda virtual.
Aire que se escapa o mar de luz marcial.
La hora y su deshora. Es el flujo global.
La pulsión calabozo. La pulsión animal.*

*¿Cómo desamarrar el avatar de huesos
Para que sangre un eco de luz por los pescuezos
En las grandes pantallas? Superávit de presos.
Mil islas reversibles en convertibles pesos.*

*¿Luz? ¡Irrecuperable! Archivo que comprime
Instantes de marea. Instar a que se rime
Roca con red y riesgo. Si el ruido no redime
Basta que nos arrase. Nos bese. Nos lastime.*

*En la muerte del signo hay códigos que nacen.
Saberes que nos sobran. Pulsiones que subyacen.
Dejemos que universos inhóspitos nos traen
Murmullos de criaturas rumiando el alma [zen].*

*Se escriben con corchetes plenos de punto y comas
Mapas cibernéticos de villorrios y lomas.
En puras sinestesias [agrizules aromas]
Los agujeros negros entre los cromosomas.*

*Los paréntesis caen como mustios maderos
Con incierta frecuencia por los despeñaderos.
Con la ñe absoluta de los unos y eeros
Escribimos el eros de días postrimeros.*

*Hay entre mil patrañas patrón de información
De putrefactas patrias. Nación en pronación.*

*Compartimos diásporas. Sólo falta un avión
en tardes de bilharzia. Noches de aluvi6n.*

*Querer es naufragar en islas pixeladas.
Con ciudades adentro. En descuentos de hadas.
Ya todas las palabras ser6n delectreadas
En las arenas negras del sueño tras las gradas.*

*En tu caleidoscopio multidimensional
Ves antiguos estadios detr6s del cafetal
Donde los ciudadanos jugaron al ritual
De la bala y la vela. Del buenas y el qu6 tal.*

*Los vecinos se hablan en voces digitales.
Hay coros de bachatas. Clamor de sucursales.
Hay estacionamientos donde no ponchan vales.
Hay islas neuronales sin fenobarbitales.*

*Hay los emepetr6s de los discos de pasta.
Auguran la utopía de cuerpos hechos j6shtags.
Las tristes vastedades de voces en subasta
Y la revoluci6n del virus que devasta.*

*Sin la continuidad del tiempo y el espacio
Consigo derrumbar los restos del palacio
Sacando las palabras de su gris cartapacio
Hasta dinamitar nuestro ritual reacio.*

Infografía

DIANA GARZA ISLAS

La del hombre verde echando atrás su nuca en la Plaza Roja
[de Moscú,
y genitales neutros.

Ellas le arrojan monedas de baja denominación.

Yo me recuerdo ahí con ruido y nueve años. Volví buscando
[un telescopio.
No pude detenerme a esa rapidez, no pude detener al falso
[jade del hombre entre mangos.

No había nadie a quien decírselo.

Tampoco el charco púrpura, tampoco cirios, tampoco alzar
[la mano y decir cámbienme el nombre.

Ni siquiera una carnita.

No hubo ver niños gritar, trepar árboles, gritar:

¿Cómo es la vida de los camellos?

(Y que alguien dijera: es como un naranja apacible, o: es
[como un triángulo que no se acaba.)

Se quedaron esa tarde, solos, jugando Tetris con huesos de
[limón
—y una antena a la mandíbula amarrada, para emitir,
al momento exacto, cuando dos de sus racimos se trocaran
[golondrina ciega:

un reloj-mojando lo que dicen que fue el día por venir, cuando
[la cuna.)

¡Ayúdenme!

Eso sí lo escuché yo, cuando nadie me decía ya que sé mi
[escanciadora, escánciame lechita.

(Escaseaban las máscaras de jade, desde cuándo. Las recuerdo:
[jardines colgantes en palacios omisos.)

Papá y su nebulizador también eran un palacio omiso.

Si supiéramos qué es un vencejo, diría que fue
como un zumbido espiral de vencejos.

Pero negro rosa contra anguila, fue lo que yo vi.

Fosforescente casi pelvis,
fosforescente de a medio minuto en tropel.

Palolluvia, sí sabemos. Zumbirando, sí sabemos.

A estas alturas, sabemos que la geometría del vuelo como tal
[no existe, sino como
esquema de la carne.

Por ella vendrán los vencejos, papá, volverán pajareando sus
[morbos a trocar,
desde el pozo, tu sistema boca-piedra.

(No hay que hablar de más.)

Papá: sigue el camino de baldosas.

Papá: sigue el camino al sótano de golondrinas.

Papá soñando ya escribir la *k* de otra manera.

Papá y su nebulizador en Cheliabinsk.

Papá carisma trófico de frente y de perfil en el tren transiberiano.

**Papá que sube una escalera,
al intentar coger limones,**

y muere.

**De eso
sí no hay fotos.**

**Se concluye: si la vida te da limones,
nadie hablará de eso en la víspera.**

Y nadie hablará de Korobeiniki.

**Nadie dirá: oh sí, la canción de aquel popular videojuego ruso,
la recuerdo:**

qué buen funeral.

Caso gracioso **RODRIGO BLANCO**

para Belisa García Hernández

I
QUIZÁS LO ÚNICO CORRECTO de esta historia sea el título, pues todo el asunto, incluyendo mediocridades y amenazas, tiene su gracia. Hermes no lo veía así. No podía. Recuerdo la frustración que demostraba su rostro cuando abandoné el bar La Llanera.

Yo había salido de la Universidad por la plaza Las Tres Gracias y me dirigía hacia el edificio de posgrado. Al llegar a la esquina donde está La Llanera me detuve. Por el arco de la entrada vi a Hermes. Eran las tres de la tarde de un lunes de diciembre y me extrañó encontrarlo solo, arrinconado, bebiendo una cerveza. Hermes y yo nunca hemos sido lo que se dice *grandes amigos*. Sin embargo me decidí a entrar y lo felicité por el premio. Me respondió con un bufido cargado de ironía, como si se estuviera burlando de mí. Luego me invitó a que lo acompañara y entonces me contó la otra historia, la que yace en las entrelíneas espurias de su cuento. Quizás fue su manera de demostrarme que, a pesar de todo, seguía siendo un escritor. Pues escribir un cuento es eso: confiarle un secreto a alguien que no conocemos.

*Es curioso que en Venezuela se conozca a los
freelancers bajo el alias de matatigres, en un país
donde, precisamente, esta clase de animal salvaje
no abunda.*

II

TÚ SABES (YO NO LO SABÍA) que no hay nada que deteste más en el mundo que los talleres literarios. Una sola vez, cuando era estudiante, participé en uno y a las dos semanas ya había retirado la materia. Aquello era un refugio de carencias, una especie de terapia colectiva mal disimulada detrás de unos personajes y unos escenarios de cartón piedra. Los talleristas pertenecían a tres grupos: muchachos recién salidos de la adolescencia, jóvenes recién instalados en la madurez y viejos que ya iban de salida de la adolescencia, de la madurez y de la vida. No obstante, todos coincidían en ver la literatura como una variante de la autobiografía. Todos estaban convencidos de que tenían *algo* que contar. Por supuesto, hacia el final de la primera semana de clases el salón entero, incluido el profesor, me odiaba. Después de aquella decepción hice la promesa ante el monte sacro de Tierra de Nadie, en plena Ciudad Universitaria, de que no volvería a poner un pie en un taller literario. Pero la vida da más vueltas que flatulencia de gasterópodo y no sólo volví a poner los dos pies y mi humanidad entera en un taller literario, sino que volví por la puerta grande de la traición: esta vez como profesor.

Claudiqué por la madre de las razones. En esos días la burocracia universitaria me sometía a uno de los habituales periodos de inanición que deben superar los profesores contratados. Llevaba varios meses sin cobrar un centavo y no tenía mucha suerte con los trabajos a destajo. Es curioso que en Venezuela se conozca a los *freelancers* bajo el alias de *matatigres*, en un país donde, precisamente, esta clase de animal salvaje no abunda. Y así me encontraba, cual cazador en el desierto, sin hallar el oro de los tigres, cuando Lautaro Sanz me hizo la propuesta.

Mi desgracia se presentó con el aire inocente de lo temporal. Lautaro debía irse de viaje un mes y necesitaba que alguien se encargara durante ese tiempo del taller de narrativa que dictaba en un espacio cultural del este de la ciudad. No lo pensé dos veces.

Todos los jóvenes son crueles y tuve el temor de que los noveles escritores indagarán en *mi obra*. Yo, al igual que la mayoría de los narradores venezolanos de los noventa, publiqué un par de libros en eso que, no sin un optimismo a prueba de balas y de granadas, la gente llama *editoriales alternativas*. Aunque es cierto que gracias a algunas de ellas se publicaron pequeñas joyas, también es cierto que en buena parte de los casos, como el mío, la alternativa más digna

era el silencio. Pero enseguida me di cuenta de que no tenía nada que temer. No sólo porque los noveles escritores eran más bien bastante mayores, sino porque allí la gente parecía interesada exclusivamente en escribir. Como si la lectura fuese un recuerdo de la pasividad de sus antiguas rutinas, una mancha deshonrosa que debía ser lavada con la escritura.

La verdad es que me fue bastante bien. Lautaro escuchó los elogiosos comentarios de los talleristas y consiguió que me asignaran una sección para el siguiente semestre. Al año, Lautaro se fue a vivir a Madrid y terminé encargado de ambas secciones. Poco después gané el concurso de oposición para entrar con un puesto fijo en la Universidad, de modo que esos años fueron de una estabilidad satisfactoria.

En cuanto a otros tipos de necesidades, digamos que los talleres, también en este sentido, me tranquilizaban. Hasta el momento, la medianía característica de los participantes me distraía del hecho de haberme quedado sin excusas para no escribir. Luego, en el taller que comenzó en febrero se inscribió la Jueza y fue entonces que me jodí.

La Jueza (Hermes nunca reveló su nombre) era una mujer mayor. Se me hizo imposible fijar su edad por culpa de sus ojos. Eran de un negro puro que resaltaba en el blanco acuoso de la mirada. Como si a través de los ojos, de la inquebrantable vitalidad que expresaban, estableciera la única medida con que, a ella también, debía juzgársele. Por ser el único joven del grupo, me trataba con deferencia maternal. Sabía escuchar, le gustaba leer y por eso se diferenciaba de sus coetáneos. Ser viejo, antes que nada, era para ella un arte de la discreción. Pero puede ser que me equivoque. Quizás la Jueza sólo estaba haciendo su trabajo: medir mis palabras, cotejar las evidencias de mis gestos, para dar con la verdad. Y no la culpo. Cuando alguien ha practicado un mismo oficio toda la vida no puede desprenderse de esas secuencias invisibles que lo definen. Sus ratos libres, sus caprichos, son sólo las ensoñaciones que el oficio, su verdadero ser, de vez en cuando le permite.

Este rasgo de la Jueza lo percibí en los ejercicios narrativos que le mandaba hacer. Tanto en las descripciones de situaciones y de personajes como en los cuentos, la Jueza dejaba su marca de neutralidad. Utilizaba, invariablemente, el narrador omnisciente. Supongo que esa perspectiva era la traducción técnica de su oficio, o de lo que uno,

gracias a la televisión, entiende que debe ser el trabajo de un juez: escuchar el relato de boca de los implicados y sólo emitir un juicio al final. Lo extraño era que la Jueza, al menos en literatura, se resistía a rematar su faena. Sus relatos adolecían, por una parte, de lo informe de lo real. Leer sus relatos era como ver un álbum familiar de una persona desconocida. Por otra parte, además de no alterar ningún hecho de la realidad, la Jueza se negaba de plano a revelar informaciones decisivas sobre los casos evaluados en su carrera. Casos que en dos o tres oportunidades trató de convertir en cuentos.

La actitud de la Jueza sólo llegó a molestarme hacia el final del taller, cuando me mostró la «primera versión» de un cuento que prometía mucho. Un cuento, ahora no soy el único en verlo así, que era sencillamente genial.

La historia es como sigue: una jueza se dirige una mañana a una sucursal de un Banco para realizar una inspección ocular. Debe trasladarse allí con el tribunal, es decir, junto a la secretaria y el alguacil, para proceder a abrir una caja de seguridad. Muchas veces es el Banco el que hace estas solicitudes. Por más absurdo que parezca, son frecuentes los casos de clientes que van acumulando fortunas a lo largo de los años en esas cajas arrendadas y que un buen día se desaparecen sin dejar rastro. Personas solitarias (la Jueza, al menos, dijo Hermes, las imaginaba así) que se marchan para no volver o que se mueren sin que ningún familiar tenga conocimiento de lo que dejan.

—¿Y qué hacen después con todo esto? —preguntó la Jueza a un director de Banco en una de sus primeras inspecciones—. ¿Lo subastan?

—No. Lo trasladamos a la bóveda —dijo el director.

—¿Y después?

—¿Cómo después?

—¿Qué hacen después con esas fortunas que nadie reclama?

—No hay después. Allí las conservamos. ¿Por qué se extraña? A fin de cuentas ésa es la función de un Banco: guardar.

Otras veces son los familiares de un difunto los que solicitan al tribunal abrir la caja de seguridad. La experiencia le ha enseñado a la Jueza a reconocer la codicia bajo los semblantes serios, el cálculo de la ganancia que puede generar la *lamentable* pérdida de un ser querido. A pesar de todo, ella prefiere la ambición de los herederos a la tristeza que le produce desenterrar tesoros que ya no tienen ni tendrán dueño. No se trata de que anhele para sí las joyas, los certificados de

millonarias cuentas en dólares, ni los indiscretos fajos de billetes que allí se pueden encontrar. Es la sensación tan concreta de derroche, el sinsentido de esas existencias que acumulan los días como una única y numerosa moneda, lo que le oprime el corazón.

Esta vez, por lo menos, hay dos mujeres ancianas y un hombre maduro. Son las hermanas y el hijo mayor del difunto. Apenas entra al Banco, sin saber cómo, la identifican y se acercan para estrecharle la mano. El hombre las tiene sudorosas y ni él ni las ancianas pueden ocultar su nerviosismo. La Jueza mantiene la distancia que corresponde a su cargo y responde con sequedad a los saludos. Luego sigue hacia la oficina del director y éste le informa de los pormenores del caso.

Se trataba de uno de los más viejos y acaudalados clientes del Banco. Un hombre cuyo patrimonio se podía *empezar* a calcular observando sus elegantes maneras, su impecable vestimenta, el lujo de su limusina y, sobre todo, los noventa grados de inclinación con que el chofer se aprestaba a abrirle la puerta. Por si esto fuera poco, en los últimos tiempos el viejo había adquirido la costumbre de presentarse en la agencia, todos los días, al comienzo de la tarde. Llegaba puntual, esperaba a que el chofer le abriera la puerta del carro y la del Banco, saludaba a los empleados y se dirigía hacia el área de las cajas de seguridad. Allí, justo al lado de la que él había arrendado, esperaba a la persona encargada del área que debía buscar la llave. Una vez que esta persona llegaba, sacaba su respectiva copia que le guindaba del cuello en una cadena dorada. El viejo y el encargado, siguiendo el protocolo establecido, introducían sus copias de la llave y las hacían girar de manera simultánea. Cuando la caja se abría, el encargado se marchaba y lo dejaba a solas con sus pertenencias. El viejo permanecía hasta la hora de cierre contemplando el contenido de su caja.

Esta situación se repitió todos los días, durante un tiempo que la Jueza no supo determinar, hasta la muerte del viejo. Las hipótesis, por parte de los empleados y de los familiares, coincidían en su simplicidad. Todos estaban de acuerdo en que allí debía de haber muchísimo dinero. El problema no era *qué* sino *cuánto*.

La Jueza, en cambio, después de tantas inspecciones realizadas, se permite un margen de duda. Aún recuerda la vez que le tocó abrir la caja de un expresidente de la República y resultó que contenía las cartas de amor que durante más de veinte años intercambió con su amante, una conocida actriz de telenovelas. O aquella otra ocasión en

que encontraron tabacos, collares, velas y demás objetos de santería, incluyendo algo que, por no estar presente un perito y por no ser atribución del juez durante ese tipo de inspecciones, si bien no pudieron determinar su naturaleza, parecía ser un par de patas de gallina. O aquella otra caja, sencilla y perfecta como un poema, que sólo contenía un soldadito de plomo.

Cuando llega el cerrajero designado por el Banco, la expectativa es tan grande que todo parece estar en calma. El ansia por que se revele el secreto del viejo enturbia el aire y fija los rasgos de los presentes como en una acuarela. La Jueza incluso cree percibir un ligero tufillo de trementina, pero decide no perder más tiempo en vagas reflexiones y ordena al cerrajero que proceda a abrir la caja.

El cerrajero, después de unos minutos eternos, abre la caja. La Jueza saca el botín y entonces se produce la sorpresa.

El silencio es total. La Jueza sólo trata de mantener la compostura y de no ver al cerrajero, que apenas puede contener la risa. El rostro de las dos viejas se ha puesto rojo de vergüenza, mientras el hijo luce de súbito hambriento y desencajado. Todos permanecen absortos como si se les hubiera olvidado el motivo que los reunió. La Jueza se percató de la embarazosa ciénaga en que han caído y decide continuar con el procedimiento. Con el acta en la mano, se sienta en la misma silla y se apoya en la misma mesa que utilizaba el finado para contemplar durante horas, en aquella sala tranquila, su tesoro. Allí deja constancia de lo encontrado en tal día, en tal lugar y en presencia de tales personas. Luego le muestra el acta al hijo mayor, quien la lee por encima y, con el contenido de la caja en sus manos, la firma casi sin fuerzas. En ese momento todos abandonan el área de las cajas de seguridad y se dirigen a la salida. La Jueza, la secretaria y el alguacil se suben en el carro del tribunal que está parado en la acera del Banco. Ella se despide con un gesto de los familiares y los ve caminar confundidos por el sol del mediodía. El alguacil enciende el carro, se ponen en marcha y, justo antes de doblar la esquina, la Jueza observa al hijo del anciano tirar las revistas en un cesto de basura.

Ésa, de forma resumida, fue la historia que me entregó la Jueza. Ése, pero con mucha más poesía, diversión y fluidez, fue el cuento que ella trajo para que yo y sólo yo lo leyera. Así lo hice esa noche al llegar a mi casa. Aún recuerdo el impacto, la rabia y la pesadumbre que me produjo leerlo. El relato conjugaba de manera exquisita el enigma de

la anécdota con un estilo sobrio que se limitaba a dar algunas pistas sobre lo que había en la caja. La Jueza aludía al misterioso botín hacia el final del cuento, con distraída elegancia, como quien en efecto se deshace de un residuo superfluo. Como si toda revelación fuese una vulgaridad cometida contra el hermoso envoltorio de los secretos. Sólo tenía una corrección o un comentario que hacerle. El cuento se titulaba «Caso gracioso» y, más allá de que la resolución de la anécdota fuera graciosa, al menos para los personajes del cerrajero, la Jueza, la secretaria y el alguacil, el título me parecía insípido.

A la semana siguiente iba en camino de lo que sería la última sesión del taller. Me sentía desolado. No obstante, me repetía a mí mismo que el título de un cuento es tan o más importante que el cuento mismo. No saber el nombre preciso que debe llevar lo que uno crea es confirmar que aquello ha sido creado con la ayuda del azar. Me aferré a esa estupidez a lo largo de la clase y creo que logré cerrar el taller de manera concisa y hasta con buen humor.

Al final, cuando ya los otros alumnos se habían marchado, la Jueza se acercó. Parecía nerviosa y traía unas páginas en sus nudosas manos. Comenzó por decir que se sentía profundamente apenada de haberme entregado un texto así, tan mal escrito y con semejantes fallas de construcción. Me dijo que por favor lo viera como una primera versión, o como un borrador, pues la versión definitiva, o que más se acercaba a una posible versión definitiva, era esa que tenía en las manos. La misma noche en que yo leí en mi casa, subyugado, eso que ella llamaba un borrador o primera versión, la Jueza se percató, en su propia casa y con honda vergüenza, de que se había olvidado de aclarar en el cuento el porqué del título.

—Las inspecciones que contempla el derecho venezolano —explicó la Jueza— son de dos tipos. En primer lugar están las inspecciones judiciales de naturaleza contenciosa, que son las que se practican dentro de un juicio y en presencia de las dos partes. Y en segundo lugar están las inspecciones graciosas o voluntarias, también conocidas como inspecciones judiciales *extra litem*, que se realizan fuera de juicio y a solicitud de una sola de las partes. Esto mismo lleva a que la inspección graciosa, para que pueda ser tomada como prueba, deba practicarse nuevamente dentro del juicio y con la presencia de la parte contraria. Este tipo de inspección, la graciosa, es la que generalmente solicitan los Bancos para proceder a abrir cajas de seguridad arrendadas por clientes que murieron sin dejar

ninguna disposición para la herencia o que simplemente desaparecieron. Pero los motivos que plantea la gente para realizar estas inspecciones son muchos. Algunos de ellos verdaderamente absurdos y *graciosos*. Recuerdo que hace tiempo una pareja solicitó al Tribunal que se trasladara y constituyera a la una de la mañana para que dejase constancia de que, desde esa hora y hasta las cuatro de la mañana, los vecinos del apartamento situado arriba del suyo dejaban oír todo tipo de ruidos: una cama rechinante, latigazos, gemidos. Ruidos que, de haber estado presente un perito, quizás se hubiera determinado que eran el producto de una intensa y salvaje actividad sexual. Actividad que, más allá de su naturaleza, no los dejaba dormir en paz. Son tantos los motivos objeto de una inspección y son tantas las cosas raras que me ha tocado ver en la vida, que no terminaría nunca de contarlos.

La Jueza soltó un largo suspiro y guardó silencio. Fue entonces que pude hablar. Le dije que me daba una verdadera envidia imaginar la cantidad de historias que ella tenía para contar. Le entregué la primera versión de su cuento, que contenía, garabateadas, unas inútiles advertencias sobre el papel fundamental que juegan los títulos en el efecto total de los cuentos. Después me despedí agradeciéndole su entusiasta participación en el taller y le prometí, tal y como me lo pidió al entregarme las páginas que llevaba en la mano, leer la nueva versión y llamarla para hacerle los comentarios de rigor.

Esa noche, como en una repetición depurada de la noche de la semana anterior, leí la versión corregida de «Caso gracioso» y dejé que aquel relato perfecto me hiriera y me consolara. A la mañana siguiente, en un gesto de dignidad, al menos así lo definí, llamé a la Jueza para felicitarla por «la extraordinaria factura de su relato». También aproveché para recomendarle que mandara su cuento a algún premio, pues consideraba que ya había alcanzado un dominio suficiente en la escritura que le permitiría competir en buena lid con otros incipientes narradores. Su respuesta, aunque ya la presentía, fue un bálsamo. Me dijo que se sentía honrada por mis comentarios pero que ella sólo escribía por el placer de revivir algunas historias. Además de que le producía un verdadero pudor revelar casos que, aunque ya hacía mucho tiempo habían sucedido y aunque los propios protagonistas hubieran desaparecido del mapa, de todas formas no debían ser divulgados.

Pasaron los meses y no volví a tener noticias de la Jueza. Hasta hoy, que recibí su carta.

III

HERMES SACÓ DE UNO de sus bolsillos un papel artesanal color verde claro. Me lo alcanzó por encima de la mesa evitando que nuestras miradas se cruzaran. Era nuevo pero estaba ajado. No fue necesario un perito para saber que Hermes se flageló durante horas leyendo y volviendo a leer aquella carta. Sólo contenía un breve párrafo de tres o cuatro latigazos, escrito con una caligrafía que parecía de otra época. La carta no llevaba firma pero tampoco la necesitaba. En ella, la Jueza felicitaba con ironía a Hermes por «su» premio y le devolvía el consejo sobre la importancia de los títulos en el efecto final. Pues su cuento, le advertía la Jueza, bien pudiera en algún momento cambiar de título. Su cuento podía dejar de ser un caso gracioso para convertirse, cuando Hermes menos se lo esperara, en uno contencioso.

—Lo peor —dijo Hermes— es que me hice la ilusión de que la Jueza entendería. Imagínate, se abre la convocatoria del premio ofreciendo semejante cantidad de dinero y yo con aquel texto impecable en las manos. Te juro que pensé que la Jueza entendería.

—¿Y qué se supone que debía entender la Jueza, Hermes?

—La tristeza.

—¿Cómo dices?

—Pues, sí. La tristeza. El derroche de esa historia guardada para siempre en aquellas páginas.

Hermes pidió otra cerveza y una caja de cigarrillos. Le esperaba una noche larga. Comenzaba a caer la tarde y debía marcharme. Quise devolverle la carta pero me dijo que no la quería, que no le importaba lo que decidiera hacer con ella. La guardé en un bolsillo de mi pantalón y salí del bar.

La carta pesaba en mí de forma incierta. Era como un revólver o como una flor. Se me hizo tarde para ir al posgrado y decidí volver a casa. En el camino tendría tiempo de pensar mejor las cosas, me dije. Sin embargo, no pensé en nada. Me limité a dar un paso tras otro mientras la voz mágica de Hermes me guiaba como un lazarillo.

En el cesto de basura que está al comienzo de mi calle, boté la carta •

El cruce de los caminos

NATALIA LITVINOVA

I went to the crossroad, fell down on my knees

ROBERT JOHNSON

**El cuerpo es un vehículo que nos arrastra
hacia el pasado. Hoy me condujo
al lago de mi infancia: hacía calor,
las mujeres se escondían bajo las sombrillas
y los niños en los árboles.
Mi padre se levantó y caminó hacia el agua.
Vi su espalda, como la de un soldado que marcha.
El agua lo cubrió por completo.
No pude salvarlo desde acá,
sólo contemplé el trazo de su figura.**

**Una mañana de septiembre
me tomó de la mano y bajamos
por una calle que no conocíamos.
Vimos una casa parecida a la de la abuela,
doblando hacia la derecha estaba el mar.
Nos quedamos quietos
en el cruce de los caminos.
Me pregunté a dónde podríamos llegar
si todas las direcciones
parten de la memoria.**

**Hay un desfasaje entre la vida y los labios.
Ahora detengo este momento.
El viento se levanta y trae a la casa
el rumor de la arboleda.
Cuando el tiempo recobre su ritmo natural
el susurro de las hojas habrá muerto.**

**No hubo mar. Seguimos caminando de la mano,
nos detuvimos frente a un gato
que se lamía bajo el sol pronunciando
mi nombre en su mirada. Cuando era niña,
mi padre hablaba con la lluvia
y sus frases la cortaban por la mitad.
Una parte quedaba por encima de sus palabras
como si regresara al cielo
y la otra se concretaba en la caída.**

**¿Cómo desaparecieron el mar
y la casa de la abuela?
Cuando los vivos van hacia la muerte,
como un remolino,
lo arrastran todo.**

**Para un funeral la abuela bordó
un manto tan hermoso
que el pueblo marchó tras el ataúd
para admirar el tejido de cerca.
Al saber que era obra suya,
fue pretendida por dos hombres,
un rubio y un pelirrojo se enamoraron de ella.
Entonces les dijo: el que encuentre
la flor del helecho me tomará por esposa.
Ambos corrieron hacia el bosque.**

**A uno lo encontraron bajo la nieve
y el otro huyó.**

**Él yace en el hielo, otra nieve lo cubre.
Mueve los dedos y la mano responde de a poco.
Como un caballo que lucha por salir
de un lago que se congela.
Brilla la nieve en los ojos del animal
mientras se apaga en los del hombre.**

**Los animales presienten su muerte.
Cuando mi abuela se acercaba con el rifle,
el cerdo cerraba los ojos
y los abría por última vez.
Con pupilas en forma de pica
hería sus propios párpados.**

**Llevo mi mano hacia el pecho
para mostrar donde me duele.
En el hospital me tocan con ternura.
El médico dice:
no es grave, vas a vivir.
Le pregunto cómo.**

**La enfermera entra y apaga la luz,
toma mi mano y me lleva a su cuarto,
abre un cajón y me muestra los relojes
que les roba a los enfermos.
Le digo que tengo miedo porque voy a vivir.
Todos vamos a vivir en algún momento,
responde.**

**Robamos el auto de mi padrastro
y vamos hacia el mar.**

**La enfermera dice que para curar el corazón
el viento marino debe atravesar el hueco,
los hilos de sal le harán un parche.**

**El mar tiene furia como cada cosa
que no sabe vaciarse de recuerdos.
Entro, lo profundo es egoísta.
El viento me trabaja el músculo
y en mi boca baila la náusea.
La sal expulsa lo dulce que hay en mí.**

**Nos alejamos de la playa,
brilla como un jardín abandonado.
Ignoraba que mis recuerdos
podrían construir la realidad.
Navego hasta la casa de la abuela
a través del agujero de mi pecho.**

**Ella me pide que le enseñe mi parche,
le divierte adornarlo con flores, cintas
y la trenza de mi madre.
Pero se duerme antes de empezar.
Su nariz en mi herida
hace que la cicatriz respire.**

Libación

HÉCTOR HERNÁNDEZ MONTECINOS

..... *Escenario:*

..... La montaña. Lejos el río.

El universo es un panal Auroro No te olvides nunca de eso
Todo es triple por doble a la vez Te contaremos un secreto
mientras caminas hacia aquella montaña Te contaremos
un secreto que deberás recordar contigo por siempre Te
contaremos un secreto que nadie más entendería en este
mundo Serán largos los caminos y las noches intermina-
bles Tendrás frío y hambre Te aterrorizarás Pero debes
avanzar Auroro No dejes de mirar esa cima La lluvia re-
frescará tu garganta y el rocío tus ojos Las constelaciones
brillarán para ti porque aunque no lo sepas son tus her-
manas Verás cosas que nadie ha visto Escucharás lo que
nadie ha podido escuchar Auroro Sabrás cosas que no de-
ben saberse Pero el cosmos te ha elegido para que honres y
seas honrado Lo que necesites lo encontrarás en el camino
Pasarás por bosques donde comerás semillas y hongos Te
acercarás a los ríos a refrescar tus brazos y tu cuello El sol
te dará su calor y lo guardarás para la noche El viento te
cantará al oído No debes temer Auroro Sigues un llamado
que no puedes rehusar Los cuerpos celestes que están en
tu piel desde que naciste son un destino Debajo de los ár-
boles podrás dormir Las piedras te servirán para espantar
a las bestias hambrientas Cuando pierdas el camino debes

dar tres vueltas sobre ti mismo y donde abras tus ojos tus
piernas avanzarán sin que lo pienses La montaña sabe tu
nombre y aguarda por ti Cuando llegues a su ladera te
daremos de nuestra miel Es sagrada y te hará pensar cosas
extrañas Oirás voces y ojos te mirarán desde lejos Verás fi-
guras y palabras que no entenderás pero sí las entenderás
Cuando estés cansado podrás recostarte en la tierra para
que te dé fuerzas Si tienes frío las hojas secas te abrigarán
Es un largo viaje Auroro Irás solo pero encontrarás y en-
contrarás en tu camino Estaremos cerca de ti pero volare-
mos más arriba de las nubes De noche brillaremos como
luciérnagas Dirás que son estrellas fugaces Dirás que la
noche resplandece Dirás que todos los cuerpos son celestes
Comprenderás cosas que nadie comprende Por eso debes
tener tu corazón limpio No pienses en nadie Sólo no dejes
de mirar esa montaña que te llama por tu nombre Serás
otro Repetirás durante horas ciertas palabras que halla-
rás en tu mente Estarán esperando por ti No las ignores
Abre tus ojos más allá de las líneas de tu mano Tierra es
tu cuerpo Agua tu sangre Aire tu aliento Fuego tu espíritu
Olvida todo lo que ha sucedido Hallarás consuelo y luz
Duerme esta noche en casa y no digas nada Antes que veas
el primer rayo de sol debes estar donde el río se abre en
dos En ese lugar comenzará tu viaje No hables con nadie
ni sueñes en voz alta Ahora descansa Auroro Esta noche
será tu última noche

..... *Coro de los fenómenos celestes:* El Pavor que los cabellos
eriza, como nocturno vate de esta mansión, en sueños se
presenta respirando encono y lanza un grito a las más
altas horas de la noche. Hondo se difundió por el recinto.
Los que saben conocer los signos de los sueños dieron esta
interpretación: Los dioses quieren que los muertos se que-
jen de la injusticia y se llenen de furia contra sus asesinos.

Has soñado Auroro Tu rostro nos lo dice Has visto un tú-
nel y en él lo que esconde el tiempo Has visto hacia atrás
y hacia más atrás Te has visto a ti como eres y como no

eres Guarda en ti tus sueños pues en ellos encontrarás
lo que ahora no buscas Corre hasta donde el río se abre
Pronto amanecerá Ve rápido para que la luz no te alcan-
ce en el camino Entonces Auroro llegas al lugar pero el
río tiene trescientos brazos Y cada vez que lo vuelves a
mirar decenas más de riachuelos nacen de él ¿Qué harás
Auroro? ¿Cómo sabrás cuáles son los dos brazos donde el
río se abre? ¿Qué hado se ha puesto en contra tuya? Te
acercas al río y observas cómo los peces carroñeros se de-
voran Te fijas de dónde vienen los que están más saciados
y hasta allá te vas Estás en lo cierto Los peces tienen los
ojos desorbitados y desencajada la mandíbula de tanto
engullir Has acertado Auroro Aquí es donde el río se abre
y el primer rayo de sol acaba de cruzar el cielo Comienza
tu camino Emprende tu viaje Mueve tus pies que pronto
estás a recorrer lugares que nadie sabe que existen Donde
todo es rumor y duda Observas la dirección de ese primer
rayo de sol y das inicio a tu peregrinar Sonríes y saltas
sobre las piedras ¿Qué canción cantas Auroro? Tu mira-
da se abre y mueves la cabeza al ritmo de tus pasos No
sabes los riesgos que se esconden Ni los males que vienen
por ti Nada podemos decirte por ahora Auroro Cuánta
compasión te tenemos Eres tan puro que en tu cabeza no
imaginas las nubes que se ciernen sobre ella La sangre de
la sangre pide más sangre Pronto verás lo que nadie quiere
ver Avanzas y no reconoces los peligros Tus rodillas brin-
can como tórtolas Eres libre A lo lejos se ven unos árboles
Tienen muchos frutos Se ven apetitosos Quieres tomar al-
gunos Cuida lo que haces Auroro Estás solo en el mundo
El mundo eres tú Ciertamente es una arboleda cargada de
primicias Expelen un fascinante olor y la brisa fresca les
hace bambolearse como llamando a extender la mano y
comer Te acercas a uno de ellos y las hormigas te empujan
bruscamente Luego te vas a otro y pasa lo mismo Notas
que millones de ellas suben y bajan cuidando su precioso
alimento Sin embargo unos pasos más allá hay unos frutos
igual de grandes y apetitosos que las hormigas no comen
Vas hasta esos árboles y antes de agarrar uno coges a una

hormiga y la pones en el fruto Empieza a convulsionar y
cae al suelo convertida en una piedra Te sorprendes de lo
que tus ojos ven Pero lo mismo haces con otra y con otra
hasta que juntas varias de ellas Apuntas hacia los árboles
que están siendo devorados y las lanzas una a una con
fuerza Las hormigas huyen de espanto al ver las piedras y
puedes comer de allí Guardas frutas en un bolsillo y pie-
dras en el otro Emprendes tu camino Cómo te ríes Auroro
Inventas canciones y haces música con tus palmas Brincas
como un conejo No será tan fácil todo lo que viene Eres
afortunado pero la dicha es caprichosa No esperes mucho
de ella No te confíes de tus astros que hay noches forradas
por las tinieblas donde ni la luna quiere aparecerse Ves una
vara de tu tamaño y te gusta La quieres como báculo Todo
lo que guardes debe ser útil si no te será merma Debes
tener cuidado Las cosas no son como se te aparecen Coges
el madero e inmediatamente las nubes que están en el cielo
comienzan a bajar en manadas Son tantas que no se puede
ver alrededor Además pesan y aplastan tu cuerpo enjuto
No sabes qué sucede y te arrojas al suelo Tienes miedo Más
y más nubes llegan sin entender el porqué Seltas tu vara
para sostener las que hunden tu cabeza contra el pasto y
lentamente comienza a disipar Te das cuenta de que tienes
en tu poder el cayado de un rebaño misterioso Nuevamente
vuelves a reír Desabrochas uno de tus zapatos y atas el
báculo con tu cordón De este modo lo llevas contigo arras-
trándolo y continúas tu camino No cantes victoria Auroro
Apura tu paso para que la oscuridad no te encuentre en
un lugar donde no puedas guarecerte Pronto tendrás frío
y sed Pronto verás cosas que nadie ha visto y ya no reirás
Encuentras una caída de agua que nace de una gran roca
Transparente y fresca te parece Corres hasta allá y con la
mano la llevas a tu boca Das un enorme grito y saltas de
dolor arrancándote la ropa Las piedras que llevas en el
bolsillo al mojarse han vuelto a ser hormigas Te muerden
y quieren comerte Las pisas pero no mueren Tienes que
tomar tu ropa y huir de ahí Ya pasa el mediodía y no en
mucho la tarde vendrá con la noche Comes las pocas frutas

que te quedaron y apuras tu paso Llegas a una loma que
termina en un puente Avanzas hasta allá y te encuentras
con la mitad vertical de una mujer que intenta ponerse
de pie Es hermosa y repugnante piensas Apenas lo logra
vuelve a caerse hacia el lado opuesto por el peso de sus
vísceras que no puede afirmar No sabes qué hacer Quieres
hablar con ella pero muy poco se le entiende Además casi
no te toma en cuenta por estar preocupada en recuperar
el equilibrio Te haces varias preguntas pero recuerdas que
la noche viene en camino y cruzas el puente A medida
que avanzas éste se extiende Por cada paso más y más
lejos queda la otra orilla La primera estrella ya ha apa-
recido y tienes miedo Entonces tomas tu vara y la pones
bajo tus pies De inmediato las nubes comienzan a llegar
y caminas sobre ellas hasta el otro extremo Astuto eres
Auroro La noche comienza y ya estás acá Ahora busca
un lugar dónde guarecerse Donde no te encuentren el frío
ni las bestias hambrientas Cuídate de la oscuridad y los
recuerdos Son peligrosos y siempre quieren más Todo lo
que sueñes guárdalo en ti Aprende lo que ahí se te inicie
Te será útil y bueno Encuentra tu lugar en esta noche El
cielo se ha llenado de estrellas La tuya también está allí

..... *Coro de los fenómenos celestes:* ¡Tener buena suerte: eso
..... es entre los hombres un dios y más que un dios! Pero está
..... vigilante la Justicia y castiga veloz: a unos los sorprende a
..... mediodía; a otros los espera hasta la media luz del crepús-
..... culo con tardíos tormentos, y a otros la noche sin término
..... los domina.

Poco a poco se alejan Una nube de polvo estelar dejan a
su paso ¿Es ésta la noche? ¿Sigues soñando? Buscas un
lugar dónde acomodarte Vuelves a dormir Vas camino a la
montaña Ya ha amanecido y tienes sed Te acercas a un río
y bebes agua pero el agua se congela Caminas pendiente
arriba y sucede lo mismo Qué maldición avanza detrás
de ti A quién has ofendido con tus actos Sigues tu ruta
Piensas en otra cosa Piensas en que vas a cantar Piensas

en que necesitas un tambor En esos árboles ves un nido
y en él un huevo Sí Es un huevo y suena bonito Cantarás
una canción Cantarás y caminarás hacia la montaña Te
confías Auroro de tu fortuna Crees que ella te acompañará
siempre No sabes lo que has hecho al robarte ese huevo
mágico Para ti todo es un juego y ríes Ojalá que la alegría
te dure hasta que llegues a la montaña No olvides tu mi-
sión No olvides a lo que has venido Entonces despiertas
Estás en el tronco del árbol y nada y todo ha sucedido
Tienes sed aún y vuelves a ir al río pero nuevamente se
convierte en hielo frente a ti Amanece y bebes el rocío
sobre las hojas de las flores Miras hacia la montaña y
emprendes el camino Luego de horas en que ya no cantas
ni saltas sobre las piedras te dejas caer debajo de un árbol
Estás exhausto Miras entre las ramas y hay un nido y en él
un huevo Recuerdas el sueño de anoche y quieres hacerlo
tu tambor Te subes al tronco y alzando tu mano lo coges
El huevo es grande y resplandece Es duro como el oro
Entonces lo golpeas con tu vara Las nubes no vienen y los
animales huyen hacia el bosque Vuelves a golpear el huevo
y los árboles poco a poco comienzan a alejarse Por tercera
vez golpeas el huevo El cascarón empieza a resquebrajarse
y el aire se detiene Lo pones en el suelo porque vibra y de
él un ser aparece Su cuello está adornado con montañas
nevadas y volcanes haciendo erupción En una de sus ma-
nos tiene cinco montones de tierra y en la otra siete gotas
de agua que son los continentes y el océano Sus ojos los
sostienen cinco mil mariposas porque cinco mil son sus
miradas Está parado sobre dos elefantes que miden diez
mil medidas de largo y diez mil medidas de ancho que a su
vez están de pie sobre cien mil pájaros que cruzan el cielo
de lado a lado Su cuerpo es ancho como el horizonte y alto
como el firmamento Acerca su rostro al tuyo Su aliento es
gélido Tiritas de terror y no puedes moverte No sientes
tus piernas y tus brazos están como muertos Le dices que
vas hacia aquella montaña y tus palabras se amontonan
entre tus dientes Le dices que vas en busca de los colores
pues los colores no conoces Le dices que tienes miedo pero

no sabes llorar El enorme monstruo te toma en su mano
y te devora Estás en su boca y sus paredes están llenas de
jeroglíficos y signos que no entiendes Caminas lentamente
sobre el piso mojado Tiembla Se oyen goteras a lo lejos y
sonido de derrumbes ¿Estás vivo? ¿Estás muerto? No lo
sabes Auroro ni nosotras tampoco Lloras y quieres volver
a casa Ya no lloras y ya no quieres volver a casa Eres
valiente y avanzas Hay un agujero en el techo y te metes
por ahí Es un túnel que escalas con pies y manos Llegas a
una recámara donde hay un libro Te acercas El universo
es un panal Por un agujero en la pared entra un rayo de
luz Es de noche y hay lluvia de estrellas Estiras los pies y
te das cuenta de que estás en la cima de una montaña La
montaña Has llegado y no te diste cuenta Cuán bienaven-
turado eres Auroro La vida te sonríe y también la muerte
Ésta es la montaña que veías de lejos y que también te
veía Ha venido hacia ti Y no sólo la montaña sino que un
dios que te extiende su mano para que vayas con él No
temas Las estrellas brillan y alguien escribe en el mundo
Escribe un libro con tu historia y llora porque es también
su historia Vete con el dios No te hará daño ni beberá tu
sangre Móntate en su luz y subirás muy alto donde todo es
firmamento Te decimos adiós y besamos tu boca con miel
Los cuerpos celestes te rozan las tetillas y vibras Te elevas
a través de todos los cielos Auroro Te pierdes de vista Eres
un puntito de luz El dios te ha llevado consigo El dios te
ha llevado ●

dijiste honey bunny, ¿no?

ÉRICA ZÍNGANO

i.
repito conmigo
como si fuera joven
o niño
pero su ranura de dientes
de tripas y riñones
ideas constantes
de hacer crecer hiedra
a los oídos
mientras pregunto
cuántas veces
te tropiezas los pies
huesos mal equilibrados
al hacer el camino
entre el almuerzo

VOCÊ FALOU HONEY BUNNY, NÃO FALOU?

i.
repito comigo / como se fosse jovem / o menino / mas sua ranhura de
dentes / de tripas e rins / ideias constantes / de fazer crescer hera / aos
ouvidos / enquanto pergunto / quantas vezes / te tropeças os pés / os-
sos mal-equilibrados / ao fazer o caminho / entre o almoço / e a siesta
/ variamos as línguas / na cumplicidade de sermos / entendidos / ao
repetir a palavra / amor / aquela velha casa / onde vinhas me visitar /

y la siesta
variamos las lenguas
en la complicidad de sernos
entendidos
al repetir la palabra
amor
aquella vieja casa
donde me venías a visitar
antes incluso de conocerme
cuando intentaba
inútilmente
grabar 10 variaciones
por segundo de mi sonrisa
arrastrando la impresión
de un cine mudo
en cada expresión
espontánea
teníamos el mismo retrato
en un huso horario diferente
agua y greenwich
atravesado
por leves movimientos
de tocar de dedos
(armazones posibles
para driblar el corazón
siempre en secreto)
y de nuevo insistes

antes mesmo de me conhecer / quando tentava / inutilmente / gravar 10
variações / por segundo de um sorriso meu / arrastando a impressão / de
um cinema mudo / em cada expressão / espontânea / tínhamos o mesmo
retrato / num fuso horário diferente / água e greenwich / atravessado /
por leves movimentos / de bater de dedos / (armações possíveis / para
driblar o coração / sempre em segredo) / e de novo insistes / na palavra
/ amor / sem significado / quando pronuncio / numa língua / estranha /
Înainte de a te cunoaște / veneam și te sărutam la tine acasă / um pouco

en la palabra
amor
sin significado
cuando pronuncio
en una lengua
extraña
Înainte de a te cunoaște
veneam și te sărutam la tine acasă
un poco más a la derecha
de donde estás
esa imprecisión
de lugares
al decir glicerio
al envés de glicinas
azaleas
o amapolas
bien abiertas
como los ojos
que no llegan
a percibir
toda la humedad guardada
de donde escribes
doblándote a ti mismo
para intentar recuperar
aquella luz antigua
que decías tener
entre nosotros

VERSIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

mais pra direita / de onde estás / essa imprecisão / de lugares / ao dizer
glicério / ao invés de glicínias / azaléias / ou papoulas / bem abertas /
como os olhos / que não chegam / a perceber / toda a umidade guardada
/ de onde escreves / dublando-te a ti mesmo / para tentar recuperar /
aquela luz antiga / que dizias haver / entre nós

Detrás de los párpados

CINTIA DE ESTAY

—Parece que viene una tormenta.

Estaba parada en la galería de la casa con los pies descalzos. El cabello le flotaba salvaje sobre los hombros. En sus pupilas se impregnaba el cielo rasgado de jirones de nubes que se arremolinaban furiosas y las ramas de los árboles que se doblaban bajo los nudillos del viento. No había quedado un solo trino de la algazara que duraba todo el día y los perros se habían metido a la cocina.

Sobre el alambrado que rodeaba la casa vio la ropa que había lavado en la mañana y corrió a buscarla bajando la cabeza para proteger los ojos de la tierra que se levantaba. La piel curtida de sus manos no sentía los rasguños de los alambres que maliciosamente enganchaban las púas a las telas tratando de aprisionarlas. Cuando terminó de arrancarlas de las garras del cercado, formó un gran burujón entre sus brazos y apretó la nariz aspirando el olor a jabón de coco.

Era el olor que la traía de vuelta cuando estaba allá. Soñando.

O tal vez siempre estuvo soñando acá y allá despertó. Quién sabe.

El tiempo es una cosa extraña. Le encanta torcer rutas, dar vueltas, desteñir cabellos, dar razones, quitarlas y mostrar verdades. Como si en ese circunloquio inagotable desplegara su ejército de sádicos segundos para asegurar la majestad de su imperio.

Huyendo de las primeras gotas gordas que caían, entró a la pieza y depositó sobre la cama su carga, para cerrar las puertas y dirigirse a la cocina.

Prendió el brasero y llenó la pava con agua del cántaro que estaba en el rincón. Iba a durar bastante la lluvia, lo sabía porque los perros se habían enroscado como para dormir una eternidad. De un clavo mal puesto en la pared descolgó una tira de cáscara de naranja seca y un poco de hojas de

burrito de la rama que entraba por la ventana —proveniente de la mata del patio—, y los puso sobre la mesa. Mientras dejaba la pava sobre el fuego fue hasta la alacena enclenque y buscó la lata en donde guardaba la yerba. El mate de palo santo estaba al lado. Lo tomó y fue hasta la mesa.

Sentándose con un suspiro se dispuso a continuar el ritual.

Allá no había hojas de burrito, ni cáscaras de naranja. De hecho, no existía ese limbo temporal en donde todo se acompasa para acompañar el tiempo ancestral del silencio.

Había ido de buena gana, seducida por las fantasías gloriosas de quienes volvían. Las manos curtidas y la espalda encorvada de su madre, por tantos años de lavar ropa de otros, la habían decidido.

Con algo parecido a la ternura, partió en pedazos la tira de naranja y colocó los trozos dentro del mate junto con las hojas de burrito que frotó entre los dedos antes de depositarlas en el fondo.

Se había despedido de su madre —sumida en un violento zollipo— y, saliendo a la madrugada de sapos y grillos que se acababa en el hilo rojo del horizonte que empezaba a clarear, caminó hasta la parada donde pasaba el removido que la llevaría hasta Asunción y se sentó con su valija nueva y los sueños, miedos y ansiedades anudándole las tripas.

Sobre el preparado de cascaritas y hojas vertió la yerba, se levantó y acercó la silla al brasero. Sacó la pava del fuego y mojó la yerba con un poco de agua tibia para colocar la bombilla. Cebó el primer mate y dejó que Santo Tomás le diera su aprobación, perdiendo la mirada en la cortina de aguas lustrales que hacía del paisaje un aguafuerte enmarcado por la puerta.

El viaje en el removido la adormeció. Soñó que estaba en una cama que la quemaba. La despertó el grito del guarda:

—¡Terminal de Asunción!

Con el corazón golpeándole el esternón por lo vívido del sueño y el susto de haberse dormido, se levantó del asiento, buscó su valija y se metió de lleno en la marabunta de la estación para continuar su periplo.

Había llegado temprano al aeropuerto, adónde más podía ir. El papelito con las instrucciones que le dieron decía muy claro que, luego de llegar a la terminal, tenía que tomar otro colectivo que la dejaría en el aeropuerto. Se sentó en uno de los asientos del área de espera, atrincherada tras su valija, hasta que oyó los altavoces llamando al embarque.

Se cebó el segundo mate y solazó su alma en el vaho botánico que se desprendía. Era ese acto, tan íntimo y silencioso, el áncora de sus días. La que no era igual era ella.

El océano era el gran punto y aparte. Es una cualidad del agua marcar inicios o finales. Mirando desde la ventanilla del avión esa inmensidad negra, supo que no habría forma de volver a lo que dejó atrás.

Siempre la vida es un saltar de letra en letra, saber colocar comas y dos puntos y reconocer cuando es necesario el punto final que nos tirará de bruces contra el papel en blanco, donde andaremos perdidos hasta visualizar la cola de alguna mayúscula que nos catapulte al siguiente capítulo.

Paredes desteñidas y una puerta. Un colchón en el piso con las sábanas revueltas, calientes. El olor acre de mil sudores la asfixia mientras llora con la discreción del que está solo en compañía. Esas lágrimas circunspectas que saben deslizarse en el silencio que quisiera ser un grito desgarrado y se retuerce en las costillas.

Fue hasta la mesa y prendió el radio que estaba encima. Un rumor monótono de cigarras daba las noticias. Volvió a su sitio junto al brasero para continuar con aquel protocolo verde de agua y yerba.

Liberados de la opresión. Dignidad.

Las palabras salían de los parlantes, se metían en sus oídos y quedaban dando vueltas en su cabeza sin saber adónde ir. Uno de los perros se removió en sueños gimiendo, tal vez algún recuerdo que revivía en la alucinación del letargo.

Caminar con la cabeza gacha y esconderse. Eso había aprendido. También a soportar las befas sin replicar y a tener miedo. Ese miedo que se va pegando en la piel como una lámina hasta hacerse carne y contaminar todos los pensamientos.

Habían rebañado su espíritu desde que puso los pies en aquella inmensa catedral de aviones. Uno tras otro los golpes.

—Muéstreme su pasaje de regreso.

—¿Para qué vino?

—¿Dónde piensa quedarse?

—¿Durante cuánto tiempo?

Y luego la calle, el frío y encontrar la dirección del lugar adonde va. Un edificio sucio, de pasillos mal iluminados, en un barrio de la periferia. La puerta, con el número que lleva anotado en su papel, se abre dejando escapar el hedor de los cuerpos hacinados.

En la cocina caldeada por el brasero entibiaba las manos envolviendo el cáliz de palo santo, en tanto el murmullo del locutor seguía zumbando desde la mesa un fárrago que le llegaba inconexo. Festejos. Emancipados. Doscientos años. Afuera, la lluvia seguía lavando los verdes. En la alacena

guardaba una chipa que le había comprado a don Pascacio unos días atrás. Con una mueca se incorporó de su asiento. Seguramente fue esa cantidad que vino de la casa de doña Adela, que había recibido a la familia de Asunción, la misma que recogió del cercado. Avanzó friccionándose la cintura y rebuscó en la repisa. Volvió a su lugar y colocó sobre el brasero la rosca endurecida para calentarla.

No hubo bienvenidas. La que le abrió la puerta le mostró el colchón y se marchó. Miró el reloj que se había comprado y pensó que del otro lado del mundo estaría incendiándose el cielo en el carmín del atardecer y su madre estaría regando los jazmines y madre selvas del jardín.

La maleta quedó en un rincón y se acostó. Un recuerdo del futuro viboreaba en sus entrañas, conspirando con los estertores que salían de los bultos a su lado y no la dejaban dormir. La que se había marchado había dejado las sábanas calientes.

Partió la chipa y se llevó un pedazo a la boca; dejó que la mezcla del queso y el almidón funcionara. Tomó otro mate más mirando la lluvia que no acababa. Hoy no tendría que regar, pensó, recordando que ya no estaba. No pudo despedirse. Había tomado su lugar y ahora era lo mismo que no había querido ser. La lágrima se desplomó de los diques de sus pestañas y resbaló en su rostro hasta mojar sus manos. Manos callosas, endurecidas de trabajo y de intemperie. Iguales a las de ella.

Cerró los ojos para aprisionar el agua salobre que empujaba desde el dolor. Buscó el pañuelo que tenía en su bolsillo y secó el surco que la gota había trazado. El olor a jabón de coco inundó su nariz. En la radio seguía la algarabía. Bicentenario de la Independencia.

Abrió los ojos.

Desapareció la tarde, la lluvia regando los jazmines, los perros, la alquimia de la yerba y el agua perfumada de bosque, el tiempo en silencio, el aroma de coco secado al sol y el locutor que festejaba doscientos años de libertad.

Libertad.

La realidad era el yugo de esa cama febril en donde los fantasmas se turnaban para soñar con sus vidas mientras morían encadenados.

No tenían papeles.

Todos tenían el mismo nombre.

Inmigrante ilegal •

Tilsa Otta Vildoso

(VINIMOS A ESTE MUNDO A GENERAR CONTENIDO)

Si parece que fue ayer que llenaba hojas de papel sin piedad,
por delante y por detrás, como si quisiera extinguirlas yo
sola, con el tráfico enloquecido de mis pequeñas letras,
desbordándose. Todo por decir. Algo. Todo por vivir. Todo.
Todo por ser escrito. Por ser. Hojas sueltas, cientes, cayendo
de mí, hojas ciertas, pisadas en el suelo por los que pasan.
Los que andan por el pasado y los que siguen conectados.
¿Cuándo morirás? Te gustó el resultado? Ejercicios
automáticos para definir la personalidad. Impresión digital
de que hay poco por escribir, mucho por imprimir. Cada
vez más solas formas de estar sola. Más populares formas
de ser popular. Cada vez más solas las hojas de papel.

LA POESÍA ES LA GRAN AGUAFIESTAS

La invitada sentada en la esquina callada
Observando a todos, la que no se halla, se aburre
rápido, piensa que estaría mejor en casa
La que roba vasos de otras manos y siempre pide cigarros,
La primera que baila y luego llora,
La que roba besos a chicos y chicas, la que no logra articular
palabras ni caminar derecho, la que pierde el sentido
A quien botan a patadas y regresa
Contenta, ya más animada
La última en irse, cuando la fiesta ya ha terminado
La primera en llegar cuando la fiesta ha terminado
La copa rota, el suelo mojado, el vómito en el sofá de cuero,
la quemadura de cigarrillo en mantel y brazos, la resaca,
el chupetón, la aventura de una noche, el arrepentimiento,
el nuevo amor, la pastilla del día siguiente, tus tres
hijos, el departamento comprado a plazos, la búsqueda
del éxito, la deuda con el banco, el auto de segunda, la
estabilidad, la confianza que dan los años, la crisis de los
cuarenta, el fin del amor, la vejez tranquila, tu entierro.
La poesía es todas las fiestas.

Martín Batallés

DANIEL

Hablé con Daniel

el otro nombre de ya sabés quién

me dijo que te dijera

que viene con sed

Daniel

que ni siquiera nos deja nombrarlo

ahora quiere que hagamos

como si las órdenes no las diera él

que dejemos de reunirnos para hablar de él

para pensar en él

para tratar de imaginar qué haría él

que ya no es necesario

seguir con lo de las cabras

ni con lo del bebé

Daniel

me dijo que te dijera que está viniendo

que quiere el cuarto de las nenas para él

que sacáramos los pósters

las sábanas con corazones

que pintemos todo como le gusta a él

del color que ya sabés cuál es

que el cajón y la pintura las paga él.

NO VALE VICHAR

De jogging y chancletas

en el asiento de un ómnibus

que va del centro a Punta Carretas.

Viernes de noche

es mejor que el cable

mejor que telechat

te sentás en la oscuridad

a verlos estacionar.

Adentro de un Citroën

se ve una cara que aparece

y después se desvanece

muchas veces.

Es peligroso

pero están tan concentrados

que podrías acercarte

y escribir tus iniciales

en el vidrio empañado.

Criatura

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

PASO FRENTE A LA TIENDA de animales y me detengo a mirar. Los gatos duermen amontonados en el interior de un cubículo de cristal. Un perrito negro retoza entre sus excrementos y ladra pero a duras penas puedo oírlo a través del vidrio. Hay una pareja de erizos. Uno de ellos duerme. El otro bebe agua de un modo que me hace pensar en la resignación de los santos. Lo que más me atrae son los ratones. Están, al igual que los otros animales, dentro de una cabina de cristal, sólo que son demasiados. Creo que hay unos quince, quizá veinte. Se mueven a una velocidad que me impide ser exacto en el censo. El hacinamiento los enloquece. De pronto me llama la atención uno que deja de correr y se refugia en la esquina de la cabina. Respira agitado. Los demás no paran de moverse, de chocar o de intentar escalar la pared de cristal. El que ha decidido detenerse no parece interesado en lo que hace el resto. En un principio le atribuyo cierto aire reflexivo e incluso llego a creer que ironiza en secreto sobre su situación, pero pronto descubro que sólo quiere tomar un descanso. Antes de que regrese a su rutina saco mi cámara y le tomo una foto.

Una vez me enamoré de una mujer. Me costó mucho conquistarla pero finalmente lo conseguí. Tuve que recurrir a muchas tácticas e invertí una buena cantidad de dinero en regalos. Incluso le compré unos pendientes de oro con forma de gato. Ella adoraba a los gatos. De hecho tenía un gato. Nos amamos durante varias semanas hasta que el amor se consumió. Un día su gato estaba jugando en la sala y nosotros, que nos habíamos quedado en silencio después de tomar el café, seguíamos atentamente sus movimientos. El gato perseguía una mosca. Una mosca gorda y zumbona. Tras unos amenos minutos de persecución, el gato logró derribarla con

un certero zarpazo. Pero el animal no se comió a la presa sino que corrió espantado a esconderse. Me extrañó. Cuando fuimos a ver, descubrimos que la mosca había estallado. Literalmente había estallado. También vimos unas larvas diminutas que se retorcían entre los restos de la explosión. La foto permite apreciar todos esos detalles.

Le tomo varias fotos a mi madre mientras cenamos en el restaurante. El restaurante es en realidad una marisquería situada en un pasaje subterráneo donde además funciona un parqueadero. Mi madre sonrío coqueta con cada disparo. Yo le enseño el resultado en la pantalla y ella decide cuáles debo borrar. Mi madre está vieja y arrugada pero sigue siendo muy vanidosa. Luego pedimos la carta. Ella dice tener un hambre canina. Ordena langosta y yo cangrejo. Comemos. Bebemos. Más fotos. La cerveza me hace tener muchas ganas de orinar. Me disculpo con mi madre y me levanto. Cuando pregunto dónde está el baño me dicen que tendré que usar el del parqueadero, ya que el del restaurante se encuentra temporalmente fuera de servicio. Cuando entro al parqueadero trato de recordar las indicaciones de los camareros pero mi sentido de la orientación es pésimo. Allí no se oye más que el zumbido de los neones. Bajo por unas escaleras. Recorro un lote enorme lleno de carros parqueados y nada que doy con el baño. Bajo otro tramo de escaleras. Recorro otro lote, éste último vacío, sin un solo carro. Bajo otro tramo de escaleras y llego a la planta inferior, situada a varios metros por debajo del nivel del suelo. Estoy perdido. Miro a mi alrededor y, como no hay nadie, orino en un rincón. Poco después, ya aliviado, intento hallar el camino de regreso pero sólo encuentro una gran puerta metálica de color azul al final de una extensa hilera de plazas vacías. Cruzo el umbral. Adentro hay decenas de acuarios llenos de langostas y cangrejos. Todos tienen las pinzas atadas con cintas plásticas para evitar heridas que echarían a perder la carne. Permanecen inmóviles. Son impasibles. Detesto las pinceladas de sarcasmo gratuito, mejor este silencio. Apuntar con la cámara y disparar. Eso es todo.

No tengo muchos amigos. No me duran. No soportan mi cámara. Hace tiempo tuve un amigo al que le gustaban las películas. Pero no las películas en el cine sino en su casa. Tenía muchas películas bajadas de internet. Quedábamos dos veces por semana. A duras penas conversábamos de nada. Simplemente nos sentábamos en el sofá, comiendo papitas, viendo sus películas en silencio. Ya no recuerdo ninguna película entera. Sólo partes

sueñas, trocitos. Recuerdo, por ejemplo, una vieja imagen en blanco y negro de unos científicos que caminan por un laboratorio. Los científicos se preparan para lo que parece un gran momento en la historia de la ciencia. A continuación vemos cómo unas máquinas eléctricas hacen funcionar un corazón de perro que palpita milagrosamente en el aire. Luego aparece una cabeza de perro sobre una mesa de disección. Una cabeza sin cuerpo. Los científicos conectan sus máquinas a la cabeza de perro y en pocos segundos los ojos se abren, la boca también, la cabeza intenta respirar, hay amagues de jadeos. Los científicos pinchan la piel con una aguja para comprobar si tiene reflejos nerviosos y la cabeza de perro reacciona de inmediato. Las pupilas también responden. La cabeza de perro entrecierra los párpados cuando una enfermera apunta a sus ojos con la potente luz de un reflector.

De un tiempo para acá siempre sueño con animales o con cosas que tienen que ver con animales.

Soñé que era un órgano separado de un cuerpo más grande. Los médicos me daban la mala noticia y cada vez que yo decía estar seguro de constituir un organismo completo ellos me trataban con indulgencia. A mí me daba rabia e intentaba atacarlos, pero me dolía todo el cuerpo. No me podía mover. Entonces sospechaba que los médicos tenían razón, que lo que yo experimentaba como un cuerpo entero no era más que un órgano amputado. Además me habían conectado a una máquina sin la cual, me informaron, moriría irremediablemente. Resignado a mi suerte y aprovechando que los médicos salían de mi habitación, me recostaba plácidamente en la cama y me ponía a leer una novela de espías. Pronto algo interrumpía mi lectura. Unos golpes en la ventana. Se trataba de un ser que tenía cuerpo de persona y cabeza de perro. El ser accedía a la habitación después de trepar hábilmente por la ventana entreabierta. Yo temblaba de miedo y entretanto la máquina a la que estaba conectado producía ruidos estomacales y parecía estar a punto de romperse. Incluso despedía un nauseabundo olor a cables quemados. El ser se sentaba en el borde de la cama y me estudiaba con sus ojos de perro. No obstante, en un intento de adelantarme a cualquier ataque, yo desenfundaba rápidamente mi cámara y le disparaba varias fotos con el *flash*. Mi defensa surtía efecto y el ser, encandilado, se marchaba rápidamente por la ventana. En pocos segundos la máquina volvía a funcionar con normalidad y yo continuaba leyendo mi novela de espías, albergando en todo momento la esperanza de que apareciera un cuerpo que quisiera recibirme como su órgano.

Hay luna llena, así que no hay riesgo de caerse. El bosque huele a hierbas podridas, a limo, a agua fresca que corre entre tinieblas, a bruja mala, a plumas de pájaro.

He aquí el experimento: instalar la cámara sobre el trípode, justo aquí, entre los árboles y dejar abierto el diafragma durante un buen rato para que todas estas sombras quemem el negativo poco a poco. Esperar en silencio. Esperar.

Al día siguiente descubres que algo se ha movido delante del objetivo. Siempre hay algo que se mueve delante del objetivo.

Líquido de revelado. Líquido amniótico. El feto se retuerce.

Mi madre está borracha y canta una canción delante de los invitados a su fiesta de cumpleaños. Todos se aburren pero siguen el ritmo de la música con las palmas. «Se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla». Cuando termina de cantar, mi madre baja de la tarima y regresa a sentarse junto a mí. Me pregunta si le saqué fotos mientras cantaba y yo le digo que sí, que claro, aunque no es cierto. La verdad es que yo también estaba aplaudiendo de modo automático.

Paso frente a la tienda de animales y me detengo a mirar. Ahí están los de siempre. El perrito negro, los gatos, los erizos y los ratones. No es algo premeditado. Entro a la tienda y compro cinco ratones, además del alimento especial y una jaula grande que incluye una rueda giratoria. Es tarde. No puedo dormir, pero me reconforta ver que al menos los animales están más sosegados. Ahora que gozan de un poco más de espacio dedican la mayor parte de su tiempo a acicalarse y ya no corren como locos. En todo caso dos de ellos son especialmente obsesivos con la rueda giratoria. Igual parecen felices. Intento concentrarme en sus movimientos. Les tomo algunas fotos. Más y más fotos. Sin embargo, las fotos no bastan y me siento algo frustrado. En realidad me gustaría sacarlos de la jaula y tocarlos, pero no me atrevo. Mentiría si dijera que no me producen algo de repulsión. Aun así, me gustaría mucho sacarlos de la jaula y tocarlos. Me da asco y también me da miedo que me muerdan los dedos. El teléfono no para de sonar pero yo no contesto. Seguramente será mi madre, para disculparse por su comportamiento de la otra noche. Fotos. Fotos. Más fotos •

Landsmoder

[fragmento]

ELENA SALAMANCA

I

Soy buena porque abro las piernas.

Yo crié las ovejas,
yo degollé las ovejas,
y zampé sus cabecitas blancas en estacas alrededor
/de mi casa.

La gente sabía que yo era buena
porque cerraba mis piernas únicamente el día
/que destazaba las ovejas.

Yo era tan buena,
la falda subida, las piernas abiertas,
que las gentes pensaban que las cabezas de las ovejas
/eran mis muñecas,

cosidas con mis manos,
pegadas con mi saliva,
bellos labios rojos pintados,
con la sangre que brotaba de entre mis piernas.

Si cierro las piernas, ya no seré buena.
De mi sangre brotarán los hombres más infelices
y usted me dejará
con el hociquito listo,
la falda rasgada,
y mis ovejas perdidas
balando,
aullando.
Lejos.

II

Parí
cuantas veces pude
los hombres de la nueva raza.
Pero sólo lo terrible se desprende de mí.
Cuánto coágulo,
cuánto plasma,
cuántos hombres que se degüellan como yo degollaba
/a mis ovejas.
Habría sido mejor parir piedras.

III

Piedra no engendra piedra.

No pude parir con la fuerza con que se pare el mármol
/y los bellos cuerpos de las estatuas.

Mis hijos
sin ojos,
mis hijos tuertos
mis hijos sin piernas,
mis hijos
brotan
como brota la mala hierba
y se pudren
como el fruto caído.

Me anudé un cinturón de piedras
para golpearme el vientre en cada paso.
Yo habría querido aplastar
a aquellos hijos sin brazos,
aplastarles la cabeza con la piedra que destroza
/los sesos de la oveja.

La lengua

LEO FELIPE CAMPOS

Lola era mayor que ellos y jugaba a ser víctima, siempre fruncía el ceño. Dulce, delicada, sensible, sus labios brillantes por la luz del sol, que la atravesaba cuando caía la tarde, oblicua y casi divina: sus ojos gigantes y oscuros, su expresión de perdón, de abrazo a toda costa, de espaldita y rodillas desnudas que adelantan el tiempo hasta el matrimonio, erizadas, desafiando la humedad del traje de baño, unas rodillas que servían para enloquecer a su primo Andrés y a sus dos amiguitos: César y Damián. Todos varones, explosivos, fuertes y enamoradizos. Los tres menores. Se hacían llamar primos.

Damián era delgado y fibroso. Ya acariciaba los once años y su piel bronceada y esa sonrisa de gato fuerte y retador se unían al conocimiento exclusivo de la zona. Silbaba mientras saltaba con comodidad entre piedras filosas. Era el mejor nadador de los tres y, además, el dueño de la casa. Entre ellos le decían Tiburón.

César, con doce, era el mayor y más astuto. Su inventiva, sus chistes y ocurrencias no dejaban lugar a dudas, lo aventajaban: era capaz de enamorar sólo con sentarse y mecerse en el chinchorro y relatar ficciones que aprendió de su abuelo cuando era más pequeño (cinco, seis años: también la memoria funciona en estos casos). Era el más atrevido, sus propuestas solían superar a los ofrecimientos de sus dos aliados-enemigos. Le decían Gordo.

Andrés, el primo sanguíneo, era el más joven. Apenas nueve años, casi diez. No sólo era más pequeño, también más débil. Su encanto se podía intuir por unas pestañas que medían más de lo debido y unos ojos color violeta, en el día, color ámbar, o más bien malva, después de las siete de la noche, cuando la brisa comenzaba a soplar y los labios de Lola a brillar como la copa de los árboles.

A Andrés lo llamaban Enano, o el Enano, y fue el último en notar que entre ellos habría de desatarse una competencia tácita y a ratos incómoda por quedarse con Lola.

Quizá por ser marginado de aquel juego donde una botella giraba y finalmente todos reían entre besos y carreras, sentados en círculos con las piernas cruzadas y las hormonas aceleradas, bajo el sol. Quizá por quedarse dormido y ser el último en levantarse de la cama, siempre. O por esa manía que tenía de ser tan callado y hacerse pipí cuando sentía mucho miedo. De hacerse la víctima por asociación o modelaje. Y quizá, también, fuera esto último lo que motivó a su prima Lolita a llamarlo mientras hablaba con el Gordo —el mayor de los varones— y pedirle que los acompañara, ella tomándolo de la mano.

El Gordo se molestó, o pareció molestarse, o fingió molestarse, porque en principio Andrés no entendió por qué le picaba el ojo mientras se daba la espalda. Fue allí, en ese momento, cuando se sintió más grande que nunca, cuando creyó cruzar todo el océano a brazo partido hasta llegar al barco de luces que miró la tarde anterior, cuando soñó volar como un águila y ser el más alto, el coloso aliado-enemigo, el hombre de temer, o al menos el hombre de respeto. Ella lo besó.

¡Ella lo besó!

¡Ella me besó!, pensaba, aún con los ojos cerrados y en medio de ese silencio enigmático que envolvía el zaguán de la casa de playa y abrazaba a Lola, que entonces reía apenas separaba sus labios brillantes de la pequeña boca del Enano.

Una montaña rusa. El vértigo que de ella se desprende. La caída libre desde la torre. O la patada que se le da a las gallinas por maldad o travesura. Eso podía pensar el Enano segundos antes de entender que no era parte de un asunto de exclusividades. Que él era porción. Juego instintivo y animal. Y que debía adecuarse al papel de competidor, porque Tiburón no tardó en tomar a la prima, meterle sus dedos entre el cabello, mostrar sus dientes, besarla y, de paso, soltar un chiste hasta que ambos, hasta que ambos, hasta que ambos la carcajada y el abrazo. Entonces entendió el gesto del Gordo.

Seguro él, aguilucha escuálida perdida en su vuelo, había sido otra vez el último en darle un beso a su prima. Había sido una sobra, un gesto de piedad. Sus ojos brillaron malva y caminó lentamente en silencio (*maldita sea, ¿por qué se ríen de mí, por qué yo no puedo tener la*

chispa, esa frase genial o esos bigotes?, Gordo maldito, Tiburón, nariz puntiaguda, flacuchento de mierda), tomó la mano de Lolita y la apartó de donde estaba.

El Enano tomó coraje, la llevó al cuarto y le dio el primer regalo: una barra de chocolate Cri-Cri, o un pedazo de ella porque cuatro cuadritos los había comido después de la cena, y le dio un beso y levantó su mano (no así su voz, que casi no le salía) y le exigió que permaneciera allí, sobre la cama, que se quitara el traje de baño, que se desnudara y no saliera por nada del mundo. Lola, por supuesto, se sacudió con una carcajada y le dijo tú estás loco, aunque se bajó una tira de la parte de arriba, a la altura del hombro derecho, y le mostró la división de los colores de su piel, una parte blanca, muy blanca, la otra tostada, pero sin dejar ver su pezón. Miró hacia los lados, volvió a colocar el traje de baño como debía, se mordió los labios, le acarició el cabello a su primo, le dio otro beso y después la espalda antes de batir la puerta delante de sus lágrimas. Lola tenía las nalgas erizadas.

Fue una semana dura. Al día siguiente, tras poco dormir, Andrés logró levantarse más temprano que el resto. Caminó lentamente hasta la mesa de madera del solar y buscó el álbum infantil de barajitas *Amores*. Calcomanías con dibujos predecibles y citas huecas. Corazones, animales, mucho rosa. Lolita lo coleccionaba y él quería aprender algunas frases para sorprenderla. Atendía a su lado al torpe corretear de unos patos, tres cerdos, unas gallinas flacas y al movimiento de la cola de un perro callejero. Estaba aburrido. Sus piernas, sentado en un sillón hondo de cuero negro bastante gastado por el tiempo, se mecían sin tocar el suelo.

Más tarde corrió solo al mar, algo que hacía por primera vez, para practicar: corregir sus brazadas era la clave para un posible triunfo en la próxima competencia de aliados-enemigos. Estaba seguro de que eso lo acercaría a su primita, a su abrazo por encima del hombro, mojado, entre felicitaciones de todo tipo. Cuando lo imaginaba, sentía una leve erección y eso lo avergonzaba. Al mismo tiempo intentaba saber qué había fallado con su orden y su juego de seducción de la noche anterior, y se desesperaba.

Cuando sentía ganas de llorar prefería distraerse recordando la telenovela de las nueve. Esa acción frente a un televisor que rodaba varias veces al día del patio a la cocina y de la cocina al patio, empotrado en un cucurucho de fórmica, se había convertido en un rito. Todas las

noches a la misma hora los cuatro amigos, aliados-enemigos, miraban a los protagonistas besarse torpemente. Las actuaciones eran pésimas y los ademanes siempre exagerados, pero el Enano soñaba con ese beso del final, durante los créditos, cuando el cantante de la música de despedida se introduce en la trama, inexplicablemente. En la telenovela, el galán podía hacer llover en el pueblo cuando se enfurecía, de modo que su carácter y la naturaleza entraban en conjunción a despecho de los villanos de la historia. Y era el mejor montando a caballo. Todo un varón recio. La dama era una mezcla de amazona con modelo de champú. A Andrés le encantaba, pero quien realmente soñaba con ella en las noches era Tiburón, el dueño de la casa. El Enano en cambio soñaba con Lola, y a veces soñaba con que esa niña era su modelo de champú que se bañaba desnuda bajo una lluvia que él desataba con su furia.

Seguro que fue por haberme comido los cuadritos del chocolate, pensó. Quiso comerse un helado. Después quiso tener dinero para comprar una barquilla y llevársela a Lola. Desde adentro del agua volteó y miró en dirección al aeropuerto, arriba, detrás de la montaña. Y no pudo evitarlo: salió pensando en su prima, otra vez. Su cintura y el cabello eran, además de su picardía, lo que más le gustaba de ella.

Caminó cuarenta minutos, pero esta vez aceleró el paso. Tenía un reloj promoción de Pepsi que había ganado en un quiosco, gracias a una chapa robada. El reloj era a prueba de agua y para él, junto a sus ojos, el único símbolo de orgullo. Escaló otros cuarenta minutos y coleccionó pequeñas piedras y ramas secas de los árboles. Con la punta de un palito escribió su nombre sobre la tierra amarilla. Lo mismo había hecho dos horas antes en la arena húmeda, a la orilla de la playa. El Enano quería hacer algo, pero no sabía qué.

Al llegar a la cima de la montaña se enganchó a una cerca de ciclón que delimitaba el área inmensa de la pista de aterrizaje del aeropuerto. La brisa le golpeaba la cara y esa sensación le encantaba. Estaba sentado sobre unas rocas blancas que, con la erosión, formaban extrañas imágenes, parecidas a una enredadera de cuerpos desnudos. El Enano contempló los aviones y quiso viajar, pero no para llegar a otra ciudad, sino para verse a sí mismo desde arriba. Resbaló al filo de un pequeño barranco, se asustó muchísimo, pensó en la muerte y creyó que era suficiente. Fue cuando bajó la mirada y vio el extraño objeto a pocos metros. Olvidó el mar. Por ese instante olvidó también la competencia con sus primos. Olvidó a Lola y sus hermosas nalguitas erizadas. Su mundo y su tiempo

fueron solamente ese pedazo de músculo inerte y seco sobre las piedras blancas que acababa de ver. Sobre figuras desnudas.

Una lengua sin nada que la atara a un cuerpo. Una lengua sin vida ni movimiento.

Caminó despacio y se agachó con cuidado y más curiosidad que asco; apenas la tocó con la punta de su dedo índice. La empujó con la uña. Levantó sus cejas por la sorpresa y torció la boca. Después la movió hacia un lado, hasta que dio la vuelta sobre sí misma. Debajo había una pequeña mancha leve y transparente como la que dejaban las tajadas que odiaba comer sobre los platos de peltre en su viejo apartamento: una especie de vapor. Alrededor quedó una fina línea ocre como las tizas de los cuerpos muertos que retiran del piso en las escenas de crímenes. Miró con detenimiento, cerca de ella no había más nada. Estuvo allí por lo menos cinco minutos, paralizado. Atónito. Extasiado. Admirando su nuevo amuleto. Apretó el culo y sintió un escalofrío. Cerca de él no había nadie. La montaña estaba desierta, o eso le pareció. Debajo de un sol de casi cuarenta grados, comenzó a sentir frío.

Sin atreverse a mirarla, acercó su mano y la apretó mientras arrugaba la frente y achinaba los ojos. La metió despacio en el bolsillo del *short*. Se levantó y comenzó a descender. Tenía ganas de brincar, de sacudirse, de correr. Pensó en mostrársela al Gordo y al Tiburón, amenazarlos, mentirles, decirles que había matado a alguien, o quizás asustar a Lola. Su manito adentro del bolsillo acariciaba con delicadeza las terminaciones de la lengua sin vida, sus papilas porosas, las grietas diminutas de la cara superior, sus bordes, membranas y fibras musculares, que estaban más bien tiesas, como una plastilina dura y seca. Como una piedra pómez. Como el pedazo de la piel de una iguana.

Para generar algo de preocupación o al menos despertar un poco de curiosidad, decidió que retrasaría su vuelta hasta la hora del almuerzo. Sólo quedaba un día y medio para el fin de esas vacaciones y no quería irse sin pedirle matrimonio a Lola. Si le decía que no, le lanzaría a la cara su lengua muerta.

Al bajar de la montaña y llegar a la casa, primera derrota: nadie, absolutamente nadie preguntó dónde había estado o qué había hecho.

La segunda, tras sentarse a la mesa, fue todavía peor: vio un corazón tallado que decía dentro *Amor es... Tú y yo*. En seguida al Gordo con una llave en la mano y a su prima guindada de él, otra vez, riendo.

Poco para hacer, pensó. Y comió como nunca, en parte por el cansancio de esa mañana agotadora y ese madrugar innecesario. Se paró de la mesa cabizbajo, apretó con todas sus fuerzas la lengua muerta dentro del bolsillo y con sigilo, sin que nadie lo viera, la lanzó después al gallinero. Uno de los perros se acercó, la olió y comenzó a lamerla. El Enano lo miraba extasiado. La lengua daba vueltas sobre sí misma y se llenaba de arena. Perro loco, pensó.

El corazón tallado que lo puso celoso y triste lo había hecho Lolita pensando en él, que hasta ese momento, sin hablar más de la cuenta, era el único que había tenido el coraje de decirle lo que sentía y la valentía para invitarla a desnudarse.

Él se iría al día siguiente, después de la fiesta y, con certeza, era al único al que ella iba a extrañar. Se hacía la noche última en la que vería sus ojos violetas-malva. A veces ámbar. El Enano no aparecía por ninguno de los pasillos y tampoco se enteraba de que a veces las niñas quieren sentir que, en estas ciudades, las vacaciones son como el amor que duele.

Andrés, el Enano, llegó corriendo al zaguán principal donde estaban los adultos y comenzó el baile. Apuntaba ya a su segundo descalabro amoroso lejos del grupo de sus amigos, que se divertían en un pequeño cuarto improvisado dentro de la casa, alrededor de una botella de besos que giraba vacía.

Tíos, madres, y algunos primos adolescentes y borrachos rodeaban al Enano. Una de las tías había venido con Ramona, una hermosura de cachetes gruesos y también de casi diez años, como él, con bucles rubios y ropa de damita aristocrática. Entonces podía practicar con ella lo que no tuvo tiempo de hacer con Lola, que ahora se besaba en el cuartico de adentro con un manganzón de quince años, amigo de un amigo de la familia, al que le decían Pajarote.

Pero tampoco tuvo sentido: durante un momento de la noche Andrés se escapó hasta el traspatio y practicó todas y cada una de las vueltas que había visto en el *videoclip* de «La lambada». Para nada. Sintió nuevamente el vértigo y la caída del águila perdida en su vuelo, sintió que sus piernas eran dos lenguas muertas. Esta vez resultó que Ramona no sabía bailar y justo cuando estaba frente a él, en el medio de una rueda de aplausos y risas borrachas, ante la presión de los adultos salió corriendo y se puso a llorar. El Enano se quedó solo, levantó los hombros, dibujó una media sonrisa nerviosa y caminó arrastrando los pies hasta el gallinero en penumbras •

Hernán Bravo Varela

a Guillermo Osorno

**¡LLUEVE AFUERA DEL ANTRO! ¡Llueve
como para salir a desintoxicarse!
Lavémonos los ojos, abramos la boca sin temor:
el cielo nublado es una botella de agua
que pagamos antes de entrar.
Dejemos en pausa la música que nos rodea
y empapémonos hasta la ropa.
Los huesos son algo del futuro.**

**¡Cómo salimos
en masa los responsables de este amor! Y el cadenero
se concentra en los menores de edad; y los maduros
reparan por primera vez en sus contemporáneos;
y las luces de la patrulla escoltan
a las de la pista que pretendían huir
por la puerta entreabierta.**

**Actores suplentes
de comedia musical, cartomancianos, estilistas,
cientos de estilistas que alacian**

la noche... Todos bajo el aguacero,
mudos, gnóticamente anfetaminados,
hechos una sopa de origen.

Algunos aprenden
a tomar distancia, comienzan a hablar,
advierten en la luna un antiguo satélite
y no una uña recién colocada.

SE SENTARON EN LA SALA. Bebieron tequila.
Fumaron hasta llenar el cenicero.
Después le ataron las manos con un cable,
lo amordazaron con cinta canela
y lo golpearon en la nuca
con un «objeto contundente». (La necropsia
reveló que había sido por asfixia, no por el golpe
que lo había dejado en coma.)

La tapa de su ataúd
permaneció levantada buena parte del velorio.
Una costura le surcaba la frente,
como una pelota de béisbol en un lote baldío.
Al verlo ahí, con la cara de cal, todos se preguntaban
cómo haría la tierra para distinguirlo.

¿Cómo funciona una muñeca de cristal?

JUAN JOSÉ RODINÁS

1. Sácala de su caja: 0 grados centígrados

1. Viene en una caja blanca: cabello negro y ojos como almendras de un árbol que sólo crece en la estratósfera. En el interior de la caja, hay también un sombrero amarillo. Colócaselo. La caja incluye un ratón parlanchín que sabe resolver teoremas (tiene patas marrón con listones de niebla).

2. El manual es un estudio del siglo XII sobre muñecas de porcelana que sólo abren los ojos los últimos días de noviembre. Cuando lo hacen, los árboles de cinco kilómetros a la redonda bailan un yaraví lentísimo. (El manual no parece apropiado: aquí hablamos de una muñeca transparente).

3. Lo que se llama caja es un hombre sin alas que se ha puesto a llorar bajo los ojos de una mujer sin rostro. Destruye la caja: come un panecillo de miel y educa en la religión de las hojas a varias salamandras amarillas. Entonces, una llovizna ocurre sobre la colina. Y la mujer sin rostro despierta.

2. 40 grados centígrados

**Una muñeca de cristal no sabe dónde va,
pero va por la tierra llorando**

**el corazón del mundo.
Está lejos y mejor va cantando
un arrullo para los niños ciegos,
va llorando su esqueleto.**

**Cantando, «no existo,
quiero morir adentro de mis ojos—
dice soñando bocabajo el cielo, las estrellas».**

**Estrellas de «estoy triste en cada cosa que toco
y en cada cosa que me toco muere
cada cosa que soñaré mañana».**

**Así, recoge sus ventanas
mirando un fósforo encendido,
el fuego de una casa que acaba de incendiar.**

3. Una cajita de tortura

**Decir «la nieve crece entre las moras
y las moras sueñan la noche» es mentir con los ojos.**

La noche de agua cielo.

La noche madre hablada de varios libros pájaros.

**La noche ahogada en un trapo blanquísimo tras un taller
[mecánico.**

La noche comedora de cardos.

**Uso un pequeño planeador eléctrico y vuelo sobre la tierra
y las estrellas se derraman sobre un campo de maíz azulado.**

La muñeca de cristal está muerta en el libro del futuro.

**En un desván especial,
sus fragmentos dialogan con el moho y el tiempo irreversible.**

**Irreversible tiempo donde las cacerolas viejas explican
la forma en que los niños viejos preferían desayunar
[felices.**

**Las casas en el páramo crecen rodeadas de juguetes
[insomnes.**

**En el presente, la muñeca de cristal aparece ahogada
entre las flores de luz de una antigua canción inglesa.**

**Éste es un sueño donde se habla de la nieve
como si tuviera forma humana, como si llegara en una caja
para anunciarnos que no vivirá nunca.**

**Y que el lenguaje destruye siempre
aquello que ni siquiera ha comenzado.**

Todos los niños mienten [fragmento]

SEBASTIÁN BASUALDO

*Todo hombre tiene su lugar natural; no fijan su actitud
ni el orgullo ni el valor: decide la infancia.*

J. P. SARTRE

*Ocho años tenía el nene.
Me parecía muy chico. ¿Y ella lo había iniciado?
—Alguien tenía que hacerlo, querido —dijo—. Alguien
me inició a mí en el camino de la perdición.*

ALFRED HAYES

—¡No es justo! —gritó Speedy enrojecido; luego salió corriendo por la escalera, enredándose entre la desesperación y el llanto.

Durante largos segundos Norberto y Lautaro se mantuvieron en silencio como dos amantes que de pronto toman conciencia de que ya no hay más secretos que proteger, salvo el de ser ellos mismos. Sonrieron. Lautaro sonrió en realidad, acaso porque tenía esa edad en que el nerviosismo surge como una sacudida, un gesto subrepticio, suave y tan pasajero como la inocencia. Tenía nueve años por aquel entonces y ella, Dee Dee, debía de tener treinta o treinta y cinco años a lo sumo. Era sargento de policía. Lautaro no sabía el verdadero nombre de aquella mujer ni hacía ninguna falta. Todos la conocían como Dee Dee y los tenía perdidamente enamorados. A los dos. Tal vez por eso, Speedy, que ya había cumplido diez años, se creía con más derecho; pero la verdad es que no había podido contener la indignación después de saber que Dee Dee había elegido a Tony para hacer el amor con ella el sábado. Ahora Lautaro se esforzaba por parecer calmo (le costaba aceptar que se había agarrado a trompadas con su amigo) como si lo único

que verdaderamente le preocupara era que Dee Dee no lo viera llorar.

—No te preocupes, ya se le va a pasar —dijo Norberto. Y Lautaro levantó los hombros, queriendo demostrar que no le importaba en lo más mínimo lo que había pasado, aunque respiraba con dificultad y le temblaban las piernas—. ¿Qué hora será? —preguntó en seguida Norberto; y luego del gesto impostado de mirar su reloj (no tenía ningún reloj en su muñeca), dijo que todavía tenían tiempo para dar unas vueltas en el auto.

—¿Y si damos unas vueltas en el auto, Tony?

Norberto impostó la voz de Dee Dee y toda la sensualidad de aquella mujer surgió como por efecto de un acto de magia. El juego, que se había interrumpido por la pelea, debía comenzar nuevamente; pero Lautaro no estaba muy seguro de querer seguir jugando a ser Tony.

Dee Dee dijo:

—Vamos, tenemos que encontrar a un soplón que nos ayudará a resolver el caso.

Subieron al auto y recorrieron una ciudad con edificios de ladrillos a la vista, escalinatas y escaleras de emergencia. Lautaro miraba cómo conducía Dee Dee y era algo mucho más profundo que inventarle un gesto, el perfil más encantador que había visto en uno de los tantos programas de televisión y se dejaba estar, simplemente, a su lado. Aquella ciudad era Los Ángeles de los años ochenta y el auto en el que viajaban lo recordaban gris y destartalado, largo como una lancha, un modelo que sólo veían del otro lado de la pantalla del televisor en la serie *Hunter, El cazador*.

En un determinado momento Lautaro se dio cuenta de que había oscurecido y pensó que debía volver a su casa antes de que llegara su madre.

—Tengo que irme —dijo, y nervioso comenzó a guardar el auto y a Tony dentro de la caja de zapatos.

Antes de despedirse, Norberto le apoyó una mano en el hombro y dijo:

—Dee Dee te espera mañana, no te olvides.

Lautaro subió corriendo las escaleras pero la luz se apagó antes de que pudiera llegar al segundo piso; sin embargo, no sintió miedo como otras tantas veces, cuando aún no sabía calcular el tiempo que duraba la luz encendida y a mitad de camino quedaba a oscuras, librado a todo tipo de fantasías por las historias de terror que Norberto solía contarles. Alguien entró en el edificio y encendió la luz y caminó con pasos rápidos hacia el final del pasillo, en dirección hacia donde vivían las mellizas y el matrimonio de ancianos que olían a rancio. Unos viejos tacaños que jamás le dieron

nada a Lautaro en la época en que era El Explorador de la Taza. Un juego muy simple que consistía en recolectar puerta por puerta todo lo que pudiera caber en un tazón de porcelana que su madre conservaba de los años de su infancia. «Yo tomaba la leche en este tazón cuando era mucho más chica que vos. En las mañanas de invierno, mi abuelo me servía la leche, una copita de vino y un huevo pollé. Ése era mi desayuno cuando vivíamos en el Barrio de los Bulevares, allá en Montevideo», le dijo una vez su madre con la mirada totalmente volcada en el interior de aquel tazón que tenía una pequeña rajadura como una cicatriz metida bien adentro de su historia.

Ni bien se disiparon los pasos en el pasillo, Lautaro apoyó la caja en el escalón y se sentó: respiró profundo, haciendo morisquetas en la oscuridad como un desquiciado para ablandar la cara. Una sonrisa. ¿Acaso no era un actor?, ¿un comediante? «Un galán, seductor», solía decir su madre cuando lo retaba. «Y no ponga esa carita de ángel que no hay ninguna cámara filmándolo». Ser actor era algo malo, pero nada como ser un indio. Los indios eran sucios como él cuando regresaba de la calle con toda la tarde encima después de jugar a la pelota con Norberto y Speedy, «Parecés un indio, vaya a bañarse», decía su madre. Entonces Lautaro pensaba que cuando fuera grande no sería un indio ni mucho menos un actor. Un caballero, eso sería de grande, así estará contenta. Porque cada vez que ayudaba a su madre con las bolsas de los mandados o le abría la puerta del almacén, ella le decía: «Muchas gracias, caballero». Y sonreía, tan linda. Los caballeros son educados y tienen buenos modales. Las mujeres aman a los caballeros. ¿Por los modales o porque andan a caballo? Un caballo cuesta mucha plata. Los caballeros son buenos porque tienen plata para comprarse caballos y modales para gustar a las mujeres. ¿Qué le diría a su madre cuando quisiera saber lo que había pasado con Speedy? Durante la cena su madre no le preguntó nada. Recién al darle el beso de las buenas noches, sentada bien al borde de la cama, dijo:

—Te peleaste con tu amigo. ¿Es verdad, Lautaro, que hoy se pelearon en la escalera? ¿Me vas a decir qué pasó?

Lautaro recordó la pelea bestial que tuvo con su amigo Speedy mientras Norberto se mantenía en silencio.

—Norberto hizo que se pelearan, ¿no es cierto? No quiero que te juntes más con ese chico. Es muy grande para jugar con ustedes.

No es verdad, pensó Lautaro. Y se acordó de la tarde en que Speedy le dijo que prestara mucha atención cuando Norberto hiciera pis en el árbol porque tenía eso como los hombres grandes. Y después el apodo que le

pusieron: un secreto entre los dos. De repente Lautaro sintió una tristeza profunda por su amigo. Dolor de panza y ganas de llorar. Contar todo. ¿Y si su mamá no lo dejaba ir mañana a la casa de Norberto?

—Buenas noches, hijo, que descanses. Mañana hablaremos —le dijo su madre después de darle un beso en la frente.

Y cerró la puerta de su habitación.

Lautaro mantuvo los ojos abiertos en la oscuridad, pensando en Dee Dee y que Norberto no le había dicho a qué hora tenía que ir a su casa. «Nos vemos mañana», le dijo a Tony.

Yo soy Tony. Voy a hacer el amor con Dee Dee, mañana. Eso fue lo último que pensó Lautaro aquella noche.

Luego cerró los ojos y se durmió.

Con una larga tela de lino roja, Lautaro improvisa una capa, se ajusta una gorra con visera y sale al ruedo, ansioso por superar su propia marca en cada oportunidad. Es tan cortés y simpático que resulta prácticamente imposible negarle cualquier cosa. Si alguna vez pidiera un plato de comida caliente se lo darían con la misma alegría con que la mayoría de los vecinos le llena el tazón con arroz o lentejas, polenta, yerba, café y otras tantas cosas. Lo importante, según su madre, es no olvidar las palabras mágicas que deben terminar con un «gracias» acompañado de una sonrisa final, mirando directamente a los ojos, siempre. Si algo le fascina de aquel juego es la posibilidad que le brinda de entrar en los distintos departamentos y observar el modo en que vive la gente: la disposición de los muebles, las alfombras, las cortinas y los adornos, las paredes empapeladas y los retratos colgados donde suele asombrarse frente al dibujo de una joven novia con capelina o una secuencia de fotografías como daguerrotipos de bebés inflados como globos, todo en grandes y decorativos marcos. Sobre todo en los departamentos de las personas mayores. Porque la pareja del primero C, por ejemplo, que son jóvenes, tienen muy pocos muebles, al igual que su madre y él, que se fueron a vivir juntos sin llevarse ningún mueble de la casa de su abuela. La joven se llama Omara y es realmente hermosa, morena, y sus ojos son negros, largos y encendidos como de gata. Raramente habla con los vecinos y sólo una vez Lautaro logró entrar a su departamento y notar que viven en una austeridad esperanzadora como todo comienzo. Tienen un bebé que lloraba interminablemente por las noches hasta agotar las paredes y meterse por las grietas de los sueños ajenos.

En el mismo piso vive el profesor de ajedrez con su madre anciana. Un tipo curioso, calvo (una calvicie plena en el centro y brillante como una pista de hielo) y de largos rulos oscuros a los costados como arbustos. Es tímido pero muy generoso con El Explorador de la Taza. Tiene una buena cantidad de alumnos en su casa aquel muchacho que no debe pasar mucho más de los treinta años y sin embargo para los chicos es todo un personaje estafalario del cual se burlan un poco cruelmente por su manera de vestir y caminar (usa siempre el mismo tipo de camisa a cuadrillé y se abrocha hasta el último botón). Tal vez por sus rasgos un tanto extraños (tiene un par de cejas bien pobladas) fue que Norberto le puso el apodo de Cara de Concha:

—¡Ahí viene Cara de Concha! —gritaba uno de ellos y salían corriendo hacia ninguna parte.

Es el tiempo en que había que reírse con ganas, darse un par de codazos, llegar jadeando a la esquina y esperar a que cualquiera dijera:

—Ya está, entró, podemos volver.

Se burlan de aquel muchacho porque no entra en el modelo que conocen y porque es maestro de ajedrez, algo que evidentemente no pueden perdonarle; la idea que tienen de los hombres es muy distinta: los únicos con derecho al juego son ellos. Sin embargo, un día Norberto aparece con un diario entre las manos y no tarda en desplegar una hoja entera donde hay una foto enorme de Cara de Concha sosteniendo un trofeo. «El flamante campeón argentino de ajedrez Ernesto Padua», lee Norberto. Y más que una sorpresa es una revelación que les cambia la visión de las cosas para siempre. Los tres se ponen de acuerdo enseguida: a partir de ese momento queda totalmente prohibido burlarse de su campeón: el gran Ernesto Padua.

En el departamento de las mellizas nunca hay nada fuera de lugar y todo está reluciente y en perfecta armonía; cada adorno, desde los florecillos de porcelana china hasta un pequeño *souvenir* acomodado en el interior de una cristalera, parece haber sido elegido con dedicación meditada durante la cena familiar. De todas las veces que Lautaro estuvo en aquel departamento como Explorador de la Taza jamás notó que cambiaran un solo mueble de lugar. Suele quedarse maravillado con la decoración de aquel departamento, desde la pintura de las paredes y los pequeños o enormes cuadros, pasando por la pesada alfombra blanca del living con sus juegos de sillones custodiando con recelo un enorme televisor a

color, la mesa ratona en el centro, un cenicero de piedra junto a libros de arte. Hay plantas de interior también; eso le llama mucho la atención a Lautaro. Y las luces. Sobre todo las luces dispuestas en pequeñas lámparas, logran hacer de cada rincón un lugar cálido y silencioso, un verdadero clima de hogar. Ni siquiera la familia de Speedy está tan rebosante de amor: cada cosa que hacen juntos parece tener toda la fuerza de una ceremonia. Los sábados por la mañana salen vestidos para dar un paseo; pero como las panaderías siempre están cerca, a los pocos minutos los ven aparecer desde la esquina, siempre hablando entre ellos (las mellizas jugando a dar pequeños saltitos o moviendo las manos en círculo), tal vez recordando algo de las vacaciones. Lo cierto es que rápidamente los tres barren el primer escalón con el culo para que puedan entrar sin ser molestados. Cualquiera que no los conozca puede pensar que se trata de una familia engréida y altanera; pero hay que verlos para darse cuenta de que estaban demasiado pendientes de ellos mismos como para reconocer a otro ser vivo. Algunas tardes, las mellizas juegan al elástico en la vereda o pasean de esquina a esquina con sus bicicletas Aurorita, siempre con sus vestidos floreados con cintitas y el cabello largo, lacio y rubio prolijamente trenzado, mientras su madre las vigila fumando un cigarrillo, ligeramente cruzada de brazos a un costado de la puerta del edificio. La madre de las mellizas se llama Claudia y es una mujer encantadora, alta y con unos increíbles ojos azules y labios delgados donde asoman unos dientes pequeños, muy blancos. Debe de tener la misma edad que Dee Dee y una sonrisa muy parecida. Es dulce y terriblemente simpática. Rubia también pero, a diferencia de sus hijas, usa el cabello a la altura de los hombros. Siempre está maquillada y bien vestida (falda y aquella blusa de seda que le marcan los pezones), sus manos eran pequeñas y tenía dedos muy finos, las uñas cuidadosamente pintadas. Las mellizas son bonitas, además de delicadas y finas. Los chicos del edificio no existen para ellas. Están demasiado ocupadas. Van a un colegio privado por la mañana y desde las primeras horas de la tarde tienen todo tipo de actividades: clase de francés, piano y dibujo, o cualquier otra cosa que las mantenga entretenidas. Sólo una vez Lautaro llegó a tener con ellas algo parecido a una conversación y fue durante sus excursiones como Explorador de la Taza, una tarde en que lo invitaron a conocer su habitación mientras Claudia buscaba cosas en la cocina para darle. Rápidamente una de ellas lo tomó de la mano para guiarlo hacia la habitación. Antes de entrar le pidió que por favor dejara las zapatillas afuera.

—Por la alfombra —dijo.

Cuidando de no arrugar su capa, Lautaro se sentó sobre una alfombra rosada mientras desfilaban ante sus ojos todo tipo de juguetes nuevos.

—¿Te gusta? —preguntó una de ellas y ante una respuesta simple se rieron; una risita nerviosa y tímida como hipos encadenados. Lentamente apoyaron el bolido, el anillo mágico, el juego de operación y el cerebro mágico...

—¡El mago Chan!

—¿Verdad que son lindos? ¿Tú tienes también?

La chica que lo había tomado de la mano parecía gozar con su asombro y lo miraba de costado; Lautaro no podía quitar la vista del Clavilandia y el Meccano, el Ludomatic y los palitos chinos. ¡Tenían una colección increíble de Rasti y un Pocketers!

—Guauuu... tienen el Poing Poing —dijo Lautaro, y cuando le mostraron el yo-yo Russell y quiso probarlo, rápidamente una de ellas se lo quitó de las manos diciendo que lo lamenta mucho pero que su madre no las dejaba prestar los juguetes.

—¿No es cierto que nuestra querida madre no nos deja?

Lautaro pensó que iban a guardar todo; pero no: de pronto comenzaron a sacar de un canasto una cantidad increíbles de muñecas Barbies, ositos de peluche, pequeñas sartenes, cacerolas de plástico y cosas por el estilo.

—Absolutamente cierto, sí.

—¿Tú tienes deseos de comer algo?

Las dos le clavaron sus enormes ojos azules, serias. Lautaro comprendió que las mellizas estaban armando uno de sus juegos; dijo que sí sólo por curiosidad pero ya estaba decidido a largarse cuando una de las hermanas señaló una heladerita de lata y dijo:

—Creo que en la nevera aún tenemos mantequilla de maní, ¿quieres que te preparemos un emparedado, querido?

Lautaro comenzó a ponerse las zapatillas a un costado de la puerta.

—Con esa capa él puede volar —dijo la chica que lo había llevado a su habitación de la mano.

—Claro, que sí —contestó la otra—. Mi novio tiene superpoderes.

Sin siquiera saludarlas se fue caminando lentamente por el pasillo. Pudo escuchar claramente a una de las mellizas que dijo:

—Te avisé que no te apuraras tanto, siempre la misma estúpida vos.

Claudia lo estaba esperando en el living con el tazón repleto de azúcar.

—Cuando quieras, podés venir a jugar con las chicas —dijo Claudia y le abrió la puerta, sonriendo •

CAVALODADÁ

HABLANDO POR TI, POR TI MSM, LOS TUYOS, TU ZONA, EL GRAFITERO ES AÚN + EL CABALLO DE LA calle, incorporado por la voz plural de los invisibles, la selva cifrada q pintan juntos en la ciudad los grafiteros: nubes de gigantes saltamontes tipográficos tintográficos riesgogrifogritográficos

están diciendo pendejadas sin nadie q capte todo lo q dicen: sería de+siado esperar q fuera legible p/ 1 q nada tiene q ver c/ la pinta (1 vecino 1 poli 1 contrario tlz)

tmbn así los muros hablan por todos, basta ir agarrando dejarse conducir a través del camuflaje superpuesto de la comunicación de la calle: flujo de energía autónoma q puede hablar en la voz de clqr 1 q pase lea se afecte se identifique sume al sumidero del txtssssssssssssssssssss

FALANDO POR SI, POR SI MSM, OS SEUS, SUA / ÁREA, O PIXADOR É AINDA + O CAVALO DAS / ruas, incorporado pela voz plural dos invisíveis, a selva / cifrada q pintam juntos na cidade os pixadores: nuvens / de gigantes gafanhotos tipográficos / tintográficos riscogrifogritográficos // estão dizendo doideiras sem ninguém / sacar direito o q dizem: seria de+esperar / q fosse legível p/1

incorpore o q descubra ser en la voz del spray

el inconsciente colectivo salpica tinta

en el movimiento de partículas del aerosol

EN 1 SESIÓN DE SOUNDSYSTEM DÉJATE SER MASAJEADO 1DOCENA DE HORAS POR LOS

graves presionando el pecho subgraves martilleando las piernas:
ejes vibratorios: de bermuda siempre (o falda), siente las
ondas cálidas fluir pierna arriba: mal
te mueves envuelto por el túnel de reverb q
sale de aquella voz distante, alzando vuelo
aun así: elevado a través del oído los
detritos sonoros en órbita cercana a la cabeza
llevándote junto en su ruta rumbo al éter.
El estruendo de las ondas amplifica el alucine.
Elástico, el cuerpo se dilata en la vertical
(mayor distancia entre cabeza y pies) y se
diluye en la horizontal (1 sólo c/ la nube grave).
La sensación al salir es de estar 1poco
menos sólido: + poroso: > distancia entre
moléculas después de alg1s horas abrasadas
sistemáticamente por el dub reggae

q nada tem a ver c/o / pixo (1morador 1polícia 1qécontra tlz) // msm assim os
muros falam por todos, / basta ir sacando se deixar conduzir / através da camu-
flagem superposta da / comunicação das ruas: vazão de energia / autônoma
q pode falar na voz de qqr 1 q / passe leia se afete se identifique some / ao
sumidouro do txtssssssssssssss / incorpore o q descubra ser na voz do spray
// o inconsciente coletivo espirra tinta // no movimento de partículas do aerosol

N1 SESSÃO DE SOUNDSYSTEM SE DEIXE SER / MASSAGEADO 1DÚZIA DE
HORAS PELOS / graves presionando o peito subgraves socando as pernas: /
eixos vibratórios: de bermuda sempre (ou saia), sinte as / ondas quentes fluírem
perna acima: mal / se mova envolto pelo túnel de reverb q / sai daquela voz
distante, alçando voo / ainda assim: elevado através do ouvido os / detritos

EL ACCESO A LA INTELIGENCIA VEGETAL ES

1 PRIVILEGIO: INCOMPATIBLE C/ EL MUNDO DEL \$

por eso sistemáticamente agredido, por los estereotipos de la
publicidad, la violencia del estado, el silencio de las universidades,
la moral racional chambistacristiana e tbn el mal
uso, todo este desmadre sin visión ni
coraje

autoconocimiento es conocimiento
cósmico, psicodelia es comunicación directa
c/ la historia evolutiva compartida por
todos los organismos vivos

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

O ACESSO À INTELIGÊNCIA VEGETAL É / 1PRIVILÉGIO: INCOMPATÍVEL C/
O MUNDO DO \$ / portanto sistematicamente agredido, pelos estereótipos da
/ mídia, a violência do estado, o silêncio das universidades, a / moral racional
trabalhistacristã e tb o mau / uso, toda essa curtição sem visão nem / coragem
// autoconhecimento é conhecimento / cósmico, psicodelia é comunicação di-
reta / c/ a história evolutiva partilhada por / todos os organismos vivos

Alejandra Méndez Bujonok

CUANDO TÍA ROSA HABLABA

ay dios! el mundo era
Nepal temblando, nuestro mundo
era lo más extraño
que habíamos pisado.
Cuando tía Rosa hablaba
decía
las cosas que solemos callar
decía
sin filtros rosa
de los vientos de otros
rosa como bomba
que estalla en historias
y pulsiones y hormigueros
y trenzas y caballos.
ay dios mío! Rosa
cuando hablaba tía
de todo de todos
menos de ella,
menos de sí.

EL RELOJ DE ESTA MUJER

le anda como un galgo
con rabia a veces
me quedo mirándola
y me recuerda a su madre,
a mi abuela lejana
como el acantilado. No es
de ahora que está enferma
su soledad viene
de siglos pasados. A veces
me quedo mirándola
y me recuerda a ese verso
de Katherine donde ruega
a dios para que sea él
quien endurezca su corazón.

Problemas derivados de algunos círculos concéntricos

LUIS PANINI

La sección transversal del dedo índice izquierdo del padre, mutilado a la altura del nudillo medio, revela un diámetro casi idéntico al de la abertura vaginal de su hija menor. Es necesario indicar que lo anterior podría ratificarse a simple vista, aunque nadie lo ha hecho, pues para ello sería necesario que la hija permaneciera desnuda e inmóvil con la trémula mano del padre descansando en su muslo, lo que sin duda motivaría complicaciones legales y resultaría en extremo difícil explicarle a un juez el porqué de la cercanía entre la mano, la entrepierna de la niña y la mirada de un tercero cotejando estos diámetros.

A nadie le satisface esa costumbre de bordar letras color escarlata sobre las ropas, de ser así, ¿cuántos pechos adornados con Pes mayúsculas distinguiríamos entre la muchedumbre? Ese castigo sería una especie de bálsamo para el transgresor. Incluso el público más sofisticado prefiere la guillotina, la silla eléctrica, los encapuchados sobre el cadalso esquivando los jitomates y huevos podridos dirigidos al condenado. Sería lindo contemplar lo anterior en cámara lenta, cuantimás si una línea segmentada representara la trayectoria hiperbólica de ese desdén. O bien, desean que se favorezca la concesión de una muerte amparada por un guante de látex: de dos a cinco gramos de tiopental sódico para inducir la inconsciencia, cien miligramos de bromuro de pancuronio

para incentivar la parálisis muscular y el paro respiratorio, y cien miligramos de cloruro de potasio para detener el corazón, lo que sea con tal de impedir que la mano del dedo mutilado se acerque otra vez a los genitales de la nena. (En realidad, la fórmula tripartita es la mar de simple. Tres químicos. Tres personajes: el Sentenciado sujeto a una camilla mediante un elaborado juego de correas, el Técnico encargado de implantar la cánula en el brazo del Sentenciado, y el Operador que controla la bomba de infusión y la estricta secuencia de los fármacos. No se culpe a nadie: no es delito instalar una línea intravenosa, tampoco lo es presionar un botón. Los testigos y el médico que certifica la muerte se antojan ornamentales. También hay un aparato telefónico de por medio. También un reloj de pared).

El padre perdió parte del dedo índice tras sufrir un accidente con una motosierra mientras cortaba un madero para construir una pajarera de manufactura rústica. Planeaba colgarla de la rama de un árbol sembrado en el jardín trasero de su domicilio. Sucedió en un mes de verano, años atrás, sus hijas aún no nacían. Entre los vellos de las cejas comenzaron a formársele perlas de sudor, hasta que una bastante abultada resbaló por el puente de su nariz y desembocó en el lagrimal derecho. El ardor que sintió cuando el sudor hizo contacto con la comisura del ojo lo cegó momentáneamente. Su dedo estaba cerca de la cuchilla, moverlo fue un reflejo involuntario. Quedó cercenado a la altura del nudillo medio. Por eso resulta tan fácil medir el diámetro de ese pequeño muñón, pero no tanto compararlo con el canal vaginal de la hija. De hacerlo, discutirían sobre él en un sinnúmero de diarios y bloques noticiosos, escucharía mil veces «degenerado» al levantar el auricular.

Debido a la edad y el número de veces que han explorado sus cuerpos encerradas en la intimidad que sus respectivas habitaciones les procuran, las hijas mayores no incitan al padre a realizar la comparación métrica de estos círculos cuyos diámetros supone más amplios que el de su falange truncada •

Silvia Piranesi

Las cosas nos imitan

De quién será la culpa de los espacios vacíos, no cubiertos a tiempo. Claro que les puse título, los dividí por capítulos, categorías, mapas. Entendí que hay cosas de adentro y de afuera, cosas que siempre están rotas, siempre viene algo más atrás de las cosas, algo qué reponer, sustituir, enmarcar, disimular. Cada vez que sucede el vacío, me acorralo como animal de granja, no me repongo, me quedo tuerta, renqueando, me quedo detrás de las cosas que piensan, me recuerdo detrás de la repetición del futuro entonces y ahora.

Últimamente las goteras

Las líneas en negro son tus palabras al teléfono. Yuxtapuestas no concluyen en las trompas de elefante que algún humo dibujaba fresco al escaparse de la rama de otro humo. Qué decepción. El problema está en la sala. Oigo cargado el paisaje con objetos coleccionables. La mala noticia esperando ahogar una hormiga en el agua. Detengo la lluvia con pinzas, el papel protagónico de colocador de especies en el mapa. Esas letras caídas se escogen como animales, empiezan por ser pruebas fehacientes de que existe el horizonte y frenan luego por caminos

hechos para trazar tumbas, cavar escombros, y reconstruir los restos de la noche que derriba árboles y postes de luz.

A veces parece justo

Qué pasa que el año no comienza, no nos pasa por los brazos o las gargantas. Qué pasa que los carteros se extinguieron en las ciudades pero aún se les ve en botes pequeños anotados por Asia, eso dicen los carteros en el contacto de la vida que les oscila, que no les pasa nada. A mí me pasan los pensamientos atardeceres nunca uso esa palabra oscilando también, sigue estirándose aguda la pregunta a pesar de que bien podría establecerse en una costa cualquiera, bien podría donde otros viajan en bicicleta y persiguen a los perros por la playa.

Sin título

Hoy volví a descartar algunas hipótesis,
dejé que me empujaras con fuerza,
dejé las medias en medio del pasillo.
Agradecida me torcí como un vestido viejo.
Hubo niebla lenta oscilando en la puerta,
el pasado siempre flexible me perdona,
me absuelva.
No hay nada de malo en arrodillarse
y pedir tu lado de la cama.

Fotos

NICOLÁS GONZÁLEZ MARZZUCCO

La tarde oscurece el río. Hay un bote que se destiñe sobre la orilla. Un camalote se abraza a sí mismo. La arena húmeda que se retuerce en sus formas infinitas. El planear de aquel pájaro en el cielo. Fotos.

Ella acaba de inmortalizar esas imágenes con la cámara que lleva colgada al cuello, la sostiene con ambas manos. No busca la foto, la foto la encuentra a ella.

Andrea retrata todo lo que la impacta, lo que la cautiva. Lo haría si pudiera con el olor del río. Ese aroma a lluvia y barro, a palos sucios. Con el viento también. Sensación que fluye en los recodos del cuerpo y de los árboles. Una víbora de aire que ahora siente pasar por los pies. Mira y allí descubre un escarabajo, una vaquita de San Antonio que escala el camalotal orillado. El bicho recorre el cuerpo débil de la planta, sube y baja para volver a subir. Foto.

Cada vez que mira el río la invade una nostalgia profunda. No sabe a qué le recuerda, pero algo llega, arraigado y barroso desde el fondo. A lo lejos, por la costa y superpuesto al verde de los arbustos, bajo un cielo pelado de nubes, descubre dos manchas. A medida que se acercan los distingue: un muchacho y una adolescente. Vienen con prisa y él parece enojado.

Se percibe, a pesar de la distancia, que él le aprieta los dedos, porque ella tiene el gesto de la furia, del llanto contenido. Si ella es la hermana menor, entonces se la encajaron.

Al principio no se da cuenta, pero cuando los tiene cerca, Andrea descubre que la joven es ciega.

En un momento la ciega muerde con bronca la mano del otro. El muchacho da un grito animal y se le mete el diablo en la mirada. Empuja brutalmente a la chica y la sienta sobre la arena, la insulta y se va. Ella queda sola.

¿Sería capaz de fotografiar tal momento? Sí. Disimula, y mientras mira a través de la lente la imagen de la ciega, le viene el golpe de un recuerdo. Las fotos, como los recuerdos, son imágenes que impactan.

Aquella ciega del colegio que, según decían, era más mala que una araña. Cuando las maestras o el director de la escuela andaban cerca, la ciega simulaba ser inocente y tranquila. Hasta el gesto de la boca le cambiaba de forma, parecía la estatua de una santa. Pero era maldita.

Cada vez que iniciaban las clases, les mordía los lápices con una saña inexplicable, y cuando no, se los robaba. No tenían manera de denunciarla, porque ninguno de los superiores iría a creerles. ¡La veían tan indefensa!

Una vez, a la maestra le habían metido un animal muerto en el bolso. Fue un caos. El director se pasó más de dos horas, literalmente, en silencio, mirando a cada uno de los alumnos a la cara. La ciega estaba sentada adelante, inmutable. Y era como si el tipo no se animara a mirarla. Nadie dijo nada. Y tampoco se declaró el o los culpables. En consecuencia acusaron al grupo de varones más inquieto. Fueron amonestados. Se quejaron todos, pero ninguno dijo lo que pensaba: la ciega había tenido que ver con eso. Alguien la había visto cuando estranguló al animal.

Sobre el río, las olas traen un vaivén oscuro que termina en la orilla. Desaparecen o se van por debajo del agua para volver luego. La ciega sigue sentada sobre la arena, paró de llorar. Está a la espera de que vuelva el otro, pero no hay señales del muchacho por ninguna parte. Andrea mira.

La ciega del colegio mordía, rasguñaba y robaba a los que tenía más próximos. Jamás la atraparon. Tenía el don de saber quién estaba cerca y quién la miraba de lejos. A veces, los demás chicos dudaban de si realmente no veía. Siempre se manejaba de una manera muy segura y una vez, en un recreo, a Nazurdi —uno de los rebeldes— le pellizcó la pierna hasta hacerlo sangrar. ¿Cómo sabía que era él?

El día que encontraron al Petiso Manatini muerto al pie de la escalera, Andrea, que era adolescente, estaba haciendo unas pruebas en el laboratorio de la escuela. Intentaba darle más luz a unas fotos con las que pretendía concursar para una revista. Había rogado que la ciega anduviera lejos, porque casi siempre entraba al cuarto oscuro y dejaba la puerta entreabierta para que se velaran las fotos.

Lo que primero había oído Andrea fue un alarido. No pudo identificar la voz. Y mientras iba hacia el lugar de donde había provenido el grito, notó cómo se iba armando una muchedumbre. El colegio entero rodeaba el cuerpo. Algunos miraban con asombro, otros lloraban, y muy pocos reían de los nervios. El director se llevó las manos a la cabeza y decía *Dios mío, Dios mío*.

Al río no le agradan las tormentas. Las corrientes se ponen contradictorias y el nivel del agua crece muy de golpe. Pero por ahora el viento es manso y parece que no va a llover hasta bien entrada la noche. La caída del sol trae a los pescadores que vienen de la isla. Se ve que tuvieron éxito con la pesca, porque uno de ellos levanta un par de bagres húmedos y chorreantes y los exhibe como un trofeo. Pescados que deben de andar en los cinco o seis kilos. Concentrados en su propio mundo pasan indiferentes a la costa. A la ciega ni la ven, o hacen como que no. La ciega, sentada sobre la arena, tiene los ojos cansados, pero los oídos despiertos. Los tres tipos en el bote se encienden por el último suspiro del sol. Foto.

Antes de que pasara lo del accidente en el colegio, Andrea había retratado la sala de arte. Las escaleras, que siempre fueron un elemento inocente, con la muerte del Petiso se volvieron letales. Estaba decorada a sus costados con distintos cuadros de diferentes pintores. Ésa era la «sala de arte» de la escuela: una escalera decorada por los de quinto año y un descanso de dos metros por dos con algunas obras plásticas.

También le sacó fotos a un pincel fuera de foco. A las manos de un chico sosteniendo un libro. A un par de tizas quebradas en el piso. A una muchedumbre en el patio de la escuela vista desde el techo. A los cuadros. La novedad de aquellos días era que habían traído desde México un cuadro original de Frida Kahlo. Un autorretrato. Nadie sabía quién era, pero la profe de arte estaba conmocionada por haberla conseguido. *Aunque sea por un tiempo*, decía, y no paraba de hablar del cuadro.

¿Qué hacía un original de la Kahlo en ese lugar?

En la pintura, la artista se había retratado seria, una mano se daba con la otra y en el fondo aparecían unas plantas verdes y amarillas dispuestas hacia arriba como flechas. Los colores eran muy mexicanos. A escondidas, ella le sacó dos fotos porque no estaba permitido. En ese momento la sorprendieron el Petiso Manatini con el grupo de varones. Eran insoportables y los tres formaban ese grupito infaltable en las escuelas, los que molestan

todo el tiempo a otros. Como a la ciega, que la volvían loca: le pegaban chicles en el pelo o le ataban los cordones entre ambos zapatos. Y hubo una vez que la dejaron encerrada varias horas en el cuarto de mantenimiento. Ella los odiaba. Ella odiaba a todos, pero a éstos, vivía amenazándolos con el «Ya van a caer».

Al Petiso lo mató la ciega, dijo Tita Rivarola al final del pasillo mientras fumaban. *Lo tiró por las escaleras*, agregó mientras largaba el humo. *¿Vos la viste?*, preguntó el Polilla. *No, yo estaba en la clase de música*, contestó la fumadora. *¿Entonces qué hablás si no sabés?*

Andrea no había fumado nunca ni fumaría, pero se sentía cómoda con esos compañeros. Ahora estaba callada con la cámara de fotos en la mano. Tita le preguntó: *¿Y?, ¿hay fotito del muerto?* Fue un chiste de mal gusto, pero se rieron igual.

Sobre el río, al final, llega la noche. Ahora los camalotes son unos bultos oscuros que parecen animales. Algunos orilleros, a pesar de que sienten la proximidad de la lluvia, encienden una fogata. Se oye una música, por suerte, a lo lejos. A la fotografía todavía le dura ese sosiego que le trae el agua y la ciega del río espera al supuesto hermano que todavía no aparece.

Se hicieron cientos de suposiciones sobre la muerte del Petiso. Pero a los padres del pibe no les alcanzaba ninguna. Muy poca gente comentaba que se había caído, que un tropezón se torna mortal si es mal dado. Pero, por la investigación de los forenses, al chico lo habían empujado, y por la manera y por la fuerza con la que se golpeó, tuvo que haber sido un adulto o alguien con demasiado odio. También dijeron los de criminalística que descubrirían, entre los ochocientos adolescentes y los maestros, al culpable. Pero nunca se supo.

En el fondo, por más que no se hablara, todos sospechaban de la ciega. El caso inquietó por varios meses tanto a la gente de la escuela como a la de la ciudad. Pero los responsables de la investigación no llegaban a nada concreto. No hubo testigos ni pruebas. Y al tiempo pasó lo de la gran inundación: se había desbordado el río por unas lluvias imparables y toda la atención de los medios y de la gente se centró en ese tema.

Caen las primeras gotas del cielo. A pesar de las nubes espesas y negras, la luna apenas ilumina la noche. Los pescadores hicieron una fogata y asan los bagres. Ahora la ciega gira la cabeza para un lado y el otro, busca

con sus oídos el regreso fantasma de un hermano que no vuelve. El olor a leña quemada se apodera del lugar. Oscurece sobre el río.

En los cuartos oscuros, la atmósfera es roja, silenciosa, solitaria. El negativo se sumerge en el revelador, luego en el tanque del fijador. La leve aparición de la imagen es un acto de creación maravillosa. Andrea necesitaba hacer la primera prueba. Probar, sin saber cuál, algún trozo del rollo y revelarlo. Mientras esperaba el tratamiento de los químicos, puso a secar las fotos del rollo anterior. Las iba colgando en la soga, sutil y delicadamente como si vistiera a una novia. Por suerte, era fin de año y en el cuarto oscuro estaba sola.

Ya iba apareciendo la imagen de prueba. Generalmente podía tocarle como otras veces cualquier retrato que no se entendiera: partes de cuerpos u objetos indescifrables. Una vez tardó semanas en reconocer las alas de una mariposa fotografiadas tan de cerca.

De a poco, la imagen tomaba forma, se hacía nítida. Eran dos ojos insensibles y penetrantes. Tuvo un extraño sentimiento. Eran los ojos de Frida y había en ellos una mirada que la mortificaba. Esos ojos rígidos ¿de qué la acusaban? Como la imagen, Andrea no podía moverse.

La ciega del río tiembla, tiene frío. La fotógrafa se acerca con la cámara y le habla. La levanta de una mano y la acompaña hasta la despensa. Allí, bajo el techo, junto a los pescadores que comen los bagres asados, esperan mientras cae la lluvia.

Andrea no quiso hacerlo. No fue su intención. Lo que pasó fue que cuando estaba por retratar la pintura de la Kahlo, llegó el Petiso Manatini con los otros y la amenazaron con contarle al director. Pero al rato, los chicos se volvieron demoníacos y, a cambio de sus silencios, le exigían a ella que escribiera en el cuadro con una fibra indeleble. Le pareció una locura y gritó. Dos de ellos salieron corriendo, pero el Petiso no se dio por aludido. Así que iba a hacerlo él mismo. Aproximó la punta de la fibra hacia la pintura y en un impulso Andrea intentó sacársela. Forcejearon como dos varones. Tenían unas ganas tremendas de pegarse, pero ambos sabían que quien pegaba sería el expulsado del colegio. Tironearon tanto que el Petiso en un momento se soltó y al darse la vuelta no pudo sujetarse de nada. Saltó hacia la escalera y rodó tan fuerte y rápido que todo pasó en un segundo.

Ya estaba allá abajo, recostado y sin moverse, tan quieto, tan lejos. Andrea no podía creerlo. Estaba endurecida y el autorretrato de Frida Kahlo miraba con esos ojos como único testigo.

Ya no se ve la luna, pero la lluvia mengua y el cielo parece dar un respiro. *¿Querés que te acompañe a tu casa?*, pregunta Andrea a la ciega, mientras protege la cámara para que no se empañe la lente. A la ciega del río le cuesta hablar, intenta decir algo pero no le sale. La fotógrafa le pregunta si era el hermano el que se había ido, o quién. La ciega no responde y se seca las lágrimas con el dorso de las manos. Lleva los ojos vacíos hacia el río. Los pescadores comen aislados en el mundo de los bagres. Al rato, la ciega por fin dice: *Mi hermano me dejó porque soy mala.*

Al mes de la muerte del Petiso, se llevaron la pintura de Frida a México. La profesora de arte no volvió a hablar sobre el tema. Después de un año, ya no había ni sala, ni materia de arte en el colegio. Con el nuevo plan de estudio reinaban la contabilidad y los números. De la ciega del colegio no se supo más nada. Una vez, en una de esas reuniones de excompañeros, alguien la mencionó al pasar. Había dicho que la ciega vivía en otra provincia, que se había juntado con un tipo que le daba al vino. La habían visto más flaca de lo acostumbrado, causaba pena. En esas reuniones tampoco nadie nombraba lo del Petiso Manatini, todavía navegaba como una especie de miedo sobre el tema.

Con la calma de la tormenta, llega el hermano. Ya no trae el enojo de antes, como si el haberla dejado sola en la lluvia fuera el castigo necesario. El muchacho le da la mano, le dice algunas palabras y ella asiente con la cabeza. Ahora parece más chica la ciega, tiene el gesto de quien se arrepiente. Antes de irse, busca el hombro de Andrea, y le apoya la mano. También le palpa el pelo y parte de la cara. Palpa con caricias. No se dicen nada. Y aunque solamente el hermano de la ciega pueda ver que Andrea llora, piensa que no es para tanto. El río, antes sucio y revuelto, ahora parece limpio y tranquilo.

De lejos, la ciega y el hermano se fusionan con el fondo negro del paisaje. De nuevo se vuelven dos manchas hasta unirse a las otras. Algo de la imagen del Petiso, acostado allá al final, vuelve al recuerdo de la fotógrafa. Esa mancha bordó rodeando el cuerpo.

El río se escurre en la noche y se pierde lejos, en la arboleda. Foto ●

Karen Villeda

Yo soy el hombre restante.

Por piedad del Emperador conservo un solo ojo y lo único que puedo ver son las sombras. La gentil brisa del Danubio me indica el camino que nos llevará con el Zar Samuel. Sus aguas estancadas son nuestro lecho y los gladios cubren las cuencas de los desafortunados. Yo tengo que guiar a estos noventa y nueve hombres cegados. Los juncos caminan más de prisa que nosotros sobre el pantano. Cien pasos damos en un solo día. En el último paso, me siento tan cerca del Zar Samuel hasta que me doy cuenta de que es una llama inagotable la que nos mantiene respirando. Si nos ve alguien, todos los corazones jóvenes de su aldea se detienen durante noventa y nueve segundos. Uno por cada hombre que perdió la mirada para siempre. Se detienen y se incendian las casas hechas con la madera de un abeto blanco. Pero el Zar Samuel estaba en Ohrid, postrado ante San Erasmo. La basílica del patrón de los marineros tenía la forma de un trébol. Cuando el Zar Samuel terminó de rezar, dicen que vio a una mula arreada, hincada a sus pies. La mula podía hablar. «Te van a hacer esclavo como a mí», fueron sus palabras antes de que el Zar Samuel le enterrara una daga en la grupa. Era estéril y sus ovarios estaban retintos.

Quiero ser sepultado
de cabeza
en un ancho pozo
en las afueras de
Santa Sofía.

Ése será mi mausoleo.
Que lo cavén
con los hombres
que murieron por mí.
Que los que me traicionaron
lo cavén
con sus propias uñas
y me cubran los orificios
con sus lenguas reseca.
Esos hombres,
los auténticos
que murieron por mí,
fijaron sus colmillos
en mis posesiones
para que el enemigo
no pudiera llevarse
sus cabezas.
Los tomaban del cabello,
arrancándoselo.
No cedieron.
Sus colmillos
sorbían la raza
de todos los que no murieron
por el Imperio.
Pero estos hombres
murieron por mí.

Estaban ahí
los troncos de nervios y tetillas,
un peso óseo
que era más heroico
que todas mis atribuciones.
Los pocos
que se quedaron conmigo

eran como una semilla mal plantada,
que no logré remover.
Quería volver
a darles su lugar
en el centro
de una tierra húmeda.
A estos hombres
que no me abandonaron
les sobreviven sus dientes.
Con ellos,
quiero que los traidores
hagan las herramientas
para desbrozar el pozo
en el que pondrán mi cuerpo.
Cuando hayan terminado,
maten a estos traidores.
Son los que me traicionaron
y deben pagar
por sus pecados cometidos.
Destrócenles la mandíbula
y rellenen el pozo
con sus dientes.
No me dejarán salir.
Los dientes mantendrán
mi cráneo pegado a la tierra
y no podré irme del pozo jamás.

Eso pasó hace centurias
y yo
sigo con vida.

Canto 14

WILLY MCKEY

dedicado a Maye Pérez

1. 25.08.2012

**El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres
que han sido refinados por mis hermanos vivos.
Desde temprano inhalamos las aromáticas
de benceno contra el ayuno crudo de voz.
«Respira» ordena la madre camino a la escuela.
«Desrespira» dice el hombre sucio de la bomba.
El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres
que serán coloreados por mis hermanos vivos.
En su contra van el olor a viruta de lápices
y su espiral sostenido de luz que se afila.
Justo cuando tuvimos que aprender a morir
la niña descubre un libro que nos confiesa.
«Relee» ordena la maestra antes del timbre.
«Deslee» dice el teléfono antes de irse a casa.
En su contra van el olor a viruta de lápices
y su esperanza afilada de luz que expira.
Y la efímera verdad que hay tras lo combustible
despierta el apetito de la niña que lee.
Hoy ve los huesos viejos de un animal enorme
que han quedado empotrados y presos de sí mismos.
«Levántate» ordena el mechurrio como un cirio.
«Deslevántate» dicen todos los presupuestos.
Y la efímera verdad que hay tras lo combustible**

es un monstruo que se come todas las verdades.
El tiempo ya espesó los hermosos cadáveres:
en su contra van el olor a viruta de lápices
y la efímera verdad que hay tras lo combustible.

II. Gelasiano

Llegamos temprano al duelo y tarde a la paciencia:
misterios del límite magnetoestratigráfico.
Megaterio nuestro, falso tótem de lo vivo,
revelado en ese negro aceite de la piedra
que espesa lo inflamable y pereza lo infinito:
hemos conseguido un desierto a nuestra medida,
¿son estos incendios nuestra torpe zarza ardiente?
Fides quaerens intellectum: la fe busca entender
Padre de todas las perezas, suprema génesis,
ofrenda en sacrificio de tiempo y balancines,
sube y baja tu garra en medio de nuestro pecho
y extrae de nosotros alguna contrición:
un por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Bautízanos con la bilis negra y combustible
y refinanos para imitarte extinguiéndonos
en coordenadas de arena: Tocoa, Lama, Amuay.
Ya hace dos mil quinientos millones de años
que tu enorme cuerpo megatérico se hundía
en la brea huyendo de alguna muerte imposible:
tu apocalipsis también comenzó por el fuego.
Antes de que este paisaje se llamara Amuay
tus padres y cachorros lloraron los incendios.
Y en lugar de desaparecer, todos se hundieron
para volver hoy, inflamables, como venganza
de la carne sin luto de los huesitos negros.
Encima de tus restos levantamos la casa.
¿Cómo no querer matarnos, bestia originaria?
Hemos pretendido vivir de refinar los duelos
prehistóricos de tus muertos, tasados por barril.
Dominical fue el latigazo ardiente en Tocoa y
madrugada del sábado en Amuay. No descansas.

Misterios del límite magnetoestratigráfico:
Llegamos temprano al duelo y tarde a la paciencia.

III. Amuay

Dueña de los vientos y las aguas encontradas,
en tu lengua hubo tantos nombres para el fuego.
Nadie podría trazarte sin escupir cenizas
que sacudimos hace ya veintisiete años.
«¡Olvidal!» dijeron con el poder calcinado.
«¡Recuerda!» dijeron tras morder las nuevas urnas.
Región de los vientos y las aguas encontradas,
en tu lengua hubo tantos tiempos para el fuego.
Desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
las velas de tus muertos con puntas de cardón.
La alquimia de un jugo residual de bajo azufre
cartografía tus fronteras con nuestro infierno.
«¡Vive!» mandan los cuerpos que hay años abajo.
«¡Muere!» mandan los que olvidan cuerpos arriba.
Desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
los ojos de tus muertos con puntas de cardón.
Tus escapularios encendidos por la brisa,
tragedia repetida de un volcán improvisado,
no bastan para traducir la crueldad del olvido
ni el duelo repetido en madrugadas de incendio.
«¡Despierta!» ordenan los muros cuando estallan.
«¡Duerme!» ordenan los huesos cuando aparecen.
Tus escapularios encendidos por la brisa,
tragedia improvisada de un volcán repetido.
Dueña de los vientos y las aguas encontradas,
desde mil novecientos ochenta y cinco apagan
tus escapularios encendidos por la brisa.

En el tiempo de las cenizas

JOSÉ ADIAK MONTOYA

MIENTRAS DESCENDE, el frío aumenta, acalambra, los huesos parecen desnudos ante la sensación. Una oscuridad grisácea lo cubre todo, como una tiniebla incompleta reptando por las paredes, subiendo por sus zapatos, sujetando sus piernas. A su lado camina la otra, se llama Angélica o Ángela, algo que ver con ángeles y alas, ahora no recuerda el nombre, pero sus pasos también resuenan en eco mientras el médico, adelante de ellas, avanza sin pormenores, sin miedos, tal vez silbando una canción primaveral en su cabeza.

Lleva apenas tres horas de conocer a Angélica o Ángela, lo que es suficiente para que el nombre aún se confunda en su cabeza, para evadir pronunciarlo y evitar la pequeña vergüenza de equivocarse, seguro que ella recordaba el suyo, cómo no habría de hacerlo, había sido ella quien la había citado, quien la había rastreado, quien dos días atrás la había ido a buscar a su casa, no la había encontrado y había dejado aquel papel escrito con su letra misteriosa diciendo necesito hablar con usted de suma urgencia, lo antes posible, un amigo nos necesita, la espero mañana en el café X a la hora X, y luego la firma que ya no recordaba.

Llegó a la hora citada, pero A llegó más tarde, sólo un poco, no esperó mucho, odiaba esperar. Vestía un negro casual, nada ridículo, nada que dijera soy una viuda o vengo de un funeral. Mucho gusto, Isolda, disculpe, ¿esperó mucho?, bien, disculpe igual, bueno, es un asunto referente a un amigo en común, un amigo en el exilio desde hace varios años. ¿Se acuerda de Echeverría? El nombre sonó en su memoria, la revolvió levemente. Echeverría emergió de su recuerdo, surgió fácil, había sido un muchacho tímido de su grupo de amigos al iniciar la escuela de Leyes, solían salir mucho juntos, todos ellos, todo su grupo de estudio, había querido mucho a Echeverría, hacía cuánto de eso ¿treinta y cinco, cuarenta años? ¿Hacía

cuánto que se había ido del país? ¿Veinte años tal vez?... Sí, Echeverría, claro, lo recuerdo muy bien, ¿qué pasa con él?, A le extendió un sobre, ella lo tomó, del interior sacó un papel, al desdoblarlo cayó sobre su regazo la foto de una anciana, unos ochenta años, maltratada por el tiempo, carcomida por la tristeza que lo carcomía todo en ese país, su mirada vuelta hacia un horizonte que parecía estirarse cada vez más lejano. Isolda puso la fotografía sobre la mesa (la misma fotografía que ahora sostiene en una de sus manos, mientras desciende al frío de la morgue, guiada por el médico), dirigió sus ojos a la carta, en la lejanía de los años le pareció reconocer leves vestigios de la caligrafía de su compañero de estudio... *y es por eso que aquí, desde este exilio al que se ha acostumbrado mi cuerpo más nunca mi dolor; acá tan lejos, sin saber más pormenores de su muerte que el hecho de que ha muerto, les pido este favor a ustedes, han pasado tantos años y no puedo volver, son los únicos contactos que pude rastrear de mi vida de hace ya tanto. Por eso, A... te pido como un favor de vida, con la mano temblorosa, que encuentres a Isolda y las dos juntas hagan esto por mí, mi madre no merece ser el cadáver de un perro, mucho he sufrido extrañándola y mucho más sufro ahora que ha muerto lejos. Sé que han sido años, que Isolda tal vez no me recuerde o tal vez ya no viva, pero les pido esto con todos los nervios de mi alma...* Con la luz alicaída de la morgue Isolda echa un vistazo a la fotografía, la anciana sonreía para siempre en ella. Tiene el impulso de sostener la mano de A, pero no es tonta, sería ridículo, ni siquiera la conoce.

¿Cuál de todos esos bultos sería ella? ¿En cuál de todos esos bultos blancos se encontraba, ahora apagada por una mueca rígida, la sonrisa de la fotografía? El médico prende un interruptor, una luz ofensiva lo llena todo, revelando lo amarillo y descuidado de la bata del doctor. Hace ya semanas que está acá, no no, no señora, no está en las mesas, la tenemos en gaveta, creímos que nadie venía por ella, ustedes llegaron a tiempo.

EN EL CAFÉ, luego de leer la carta, Isolda sintió una náusea de tristeza, sus ojos, acuosos con facilidad se llenaron de nubosidad. Cómo sería ahora Echeverría, obeso, encorvado, calvo, arrugado, entrecano, cómo, cómo... él ni siquiera sabía si ella seguía viva, pero la recordaba. El tiempo sí había hecho todas esas cosas con ella: obesa, encorvada, arrugada, entrecana, miope y llena de heridas de nostalgia en todo su cuerpo. Vive en la casa de siempre, bajo las mismas normas opresivas por las que tantos, como Echeverría, se habían ido o habían muerto... ¿Entonces, qué dice, Isolda? ¿Cuándo podemos ocuparnos de esto?, pues, yo digo que ya es demasiado tiempo, deberíamos ir ahora mismo... *Era una maravillosa cantante en sus mejores días, era cubana, yo*

vi sus fotos de niña en La Habana, maravillosa, salió de allá hace mucho, antes de todo, mucho antes de los barbudos. Nunca vio con buenos ojos mi actividad, siempre dijo que terminaría muerto. No fue así, tal vez para ella hubiese sido mejor que lo fuera, así pudiera haberme ido a visitar al cementerio cada semana y no vivir la tortura de escribirnos de lejos, de sabernos vivos pero imposibles. Yo recuerdo su voz, siempre su voz de bolero, siempre los boleros...

Y ahora abren la gaveta, donde la sonrisa se ha marchitado, donde los ojos se han quedado sin horizonte, las manos agarrotadas no sostienen más la ilusión de abrazar al hijo, las piernas ya débiles antes, ahora rígidas... el médico ve a las dos mujeres. Isolda vuelve a ver la fotografía y reconoce en ese trozo de carne pequeños vestigios de la anciana del papel. Extiende la imagen, A la toma mientras su otra mano cubre su boca del hedor a formalina y ligera putrefacción que ha aumentado desde que se abrió la gaveta. La mirada del médico interroga aún más, se vuelve pesada, los ojos de las mujeres como pájaros nerviosos chocan con él. Asienten. Es ella.

Luego de leer la carta de Echeverría, Isolda supo que no podía perderse tiempo, contuvo por unos instantes la mirada desconocida de A y le dijo deberíamos ir ahora mismo. En su piel aún pesaba cada palabra escrita en ese trozo de papel blanco, esos garabatos trazados con tinta verde por una mano temblorosa desde a saber qué punto del exilio, desde a saber qué rincón del dolor. Supo que había que cumplir, vamos ahora mismo, acá están los datos, ¿y usted cómo conoció a Echeverría? Las mujeres se levantaron, no se habían tomado nada juntas, Isolda pagó su café al momento que lo sirvieron, mientras esperaba. Caminaron hacia afuera. A Echeverría lo conocí hace ya mucho, rememora A mientras sus tacones marcan la prisa extraña de las dos mujeres, lo conocí en mi primer trabajo en un bufete, nos hicimos muy amigos, entramos juntos al Movimiento, yo me quedé, él...

Muy bien, señoras, yo me encargo de todo lo que resta, ustedes tienen unos papeles que firmar. El médico vuelve a cubrir la carne sin vida de la mujer, por ahora pueden dirigirse a recoger los efectos personales de la occisa, síganme... de forma más veloz de la que habían descendido vuelven tras sus pasos, emergen a la superficie del hospital que no es más que una entre grisácea y amarillenta luminosidad, las paredes raídas, los olores revueltos, todo es ajeno a sus vidas, todo es un sueño extraño, una nebulosa densa que las envuelve. Llegan a una especie de bodega mediana, llena de cachivaches anónimos. El doctor, rápido se dirige a un compartimiento extraño para la vista de las mujeres, una inmensa gaveta que hace falta que el hombre tire con la fuerza de sus dos manos, de allí extrae dos bolsas negras, plásticas, unas cintas

adhesivas rezan el nombre de la muerta, el segundo apellido de Echeverría dibujado en un marcador rojo por una mano ligera, insensible, llena del tedio de la muerte, como el médico, lleno de muertes en sus ojos, tan arropado por su manto oscuro que tal vez ya ni pensaba en la propia, en la suya, en su muerte un día cualquiera... éstas son las pertenencias de la difunta, se dirige a un escritorio apostado a la entrada de la bodega, pasa su índice recién humedecido por un tarjetero que lleva semanas sin ser perturbado sobre la mesa. Acá está, saca una tarjeta y la extiende, A la toma, es la lista de pertenencias en la habitación al momento de la defunción, necesito que revisen las bolsas para que verifiquen que todo está en orden, yo me retiro por el momento para arreglar la salida del cuerpo y les traigo los papeles para firmar.

Sí, todo estaba en orden. Echeverría no había conocido esos tres vestidos que su madre nunca usó en el hospital, tal vez ya ni siquiera reconocería a su madre, tantos años, se marchó un día, clandestino y sin decir adiós, como los que murieron... no la reconocería, distorsionada por el tiempo y los años de la vejez, no reconocería nunca esas pantuflas atrofiadas, aún con olor a ella, un olor también lejano, ¿quién había sido? Sólo el espejo tal vez lo sabía. Dos mujeres compartiendo la muerte de una tercera, manoseando sus últimos atuendos y la retratera que se llevó al hospital con la foto del hijo eterno y joven... un rito sin nombre, su sepelio, la bodega extraña de un hospital, dos desconocidas sucumbiendo ante la existencia completa de una tercera desconocida... *y es que no me alcanzan los ojos para llorar más lágrimas, crémela, quiero que sólo sea cenizas, que su cuerpo no sea para la podredumbre, ya mucho mi ausencia, su soledad y la enfermedad laceraron ese cuerpo que yo nunca pude imaginar frágil, en un mes a más tardar te haré llegar dinero para cubrir todo, pero...* un cepillo de dientes con las hebras dispares, revueltas por las palabras que pudieron quedarse atrapadas en él, murió sola, sin nadie, el miedo de Isolda a la soledad fue huésped en esas ropas que ahora tiene entre sus manos, frente al silencio de su inesperada compañera. ¿Quién era ella también?, ¿cuál era la diferencia entre la madre de Echeverría y A? Ahora, allí, ante la muerte exhalando un vaho tibio en su oído, mirando a A en silencio pasar revisión de los bienes descritos en la tarjeta, fuera de las bolsas, ella, extraña de tres horas, transeúnte anónima de la calle, ella también pudo haber usado esa ropa... *por favor no la dejen sola hasta en la muerte.*

El mar, las cenizas al mar, el mar que la trajo de Cuba, el mar a quien le escuchaba cantar sus boleros, el mar donde murió una poeta que una vez quiso.

Sí, todo está en orden, a Isolda le pareció ver unos leves nubarrones de lágrimas en los ojos de A mientras sostenía unos zapatos seminuevos, vacíos,

zapatos con la vida en pausa. Vuelven a meter todo en las bolsas, en sus manos cosquillea un extraño respeto por la vida, por lo bello en lo anónimo.

Afuera, el pasillo es un concurrido vaivén de almas quebrantadas, allí, los rostros parecen coladores de la vida, allí, los amores penden de un hilo, la incertidumbre, la angustia camina llenando de viscosidad los pasillos del hospital. Isolda y A se sientan en un banco junto a otras almas de angustia, ninguna rompe el hielo, ninguna de las dos atraviesa esa fácil barrera que resulta a veces lo cotidiano, cada una se aferra a una bolsa distinta con las pertenencias de la madre de Echeverría. ¿Qué hacer con esto?, los desechos de una vida, una vida completa, con todas sus noches y sus días. Sus pensamientos trazándose con fuego en sus cabezas, *una vida completa* se escribía atravesando su carne, mezclando la tinta de su pesadez con la sangre que corre en sus cuerpos.

Como un relámpago que desgarrar sin aviso la calma, ante sus ojos aparece un formulario que extiende un enfermero joven, muy joven, sus ojos aún no contaminados por la muerte, pero hay una levedad de vida en su aliento... el doctor necesita que firmen esto. Todas las firmas, todas las respuestas le corresponden a A, ella había recibido la carta, para Echeverría Isolda tal vez ni existía... *Isolda tal vez no me recuerde o tal vez ya no viva...* pero sí vive, está ahí, respondiendo a las preguntas y dudas de A en las casillas de los formularios, muchos datos que desconocen son inventados en complicidad por las dos mujeres, formalismos, Isolda, formalismos. La decisión más difícil es elegir la funeraria donde se llevaría a cabo la cremación, entre las tres con las que tiene convenio el hospital eligen la más cercana, ninguna de las dos tiene experiencia previa en el asunto, A había perdido a su esposo hacía casi una década y de todo se habían encargado sus hijos, hijos cercanos algunos, lejanos otros como Echeverría de su madre...

LAS HORAS QUE SIGUEN son una densa confusión en la memoria de las mujeres. Hablan de sus vidas, queriendo con sus palabras empujar, por el momento, las imágenes que acababan de vivir. Salen del hospital, caminan a un parque mientras en la funeraria el horno crematorio reduce a cenizas el cuerpo abandonado de la señora. Hablan de tormentos, sonrisas, hijos, nunca me he casado, no se dio la oportunidad, miedo sí, la soledad aterra, la imagen de la gaveta de la morgue abriéndose, eso era la soledad, ¡Dios mío! *¡Qué solos se quedan los muertos!* Pero todo está bien, amores muchos, risas de ambas... pero era la hora, la ciudad asediada de taxis, uno para ellas. Hacia la funeraria.

Todo fue silencio de nuevo.

Al llegar se identifican. El sobrio silencio del lugar las incomoda, acrecienta su recién recobrado mutismo. A se muerde las uñas, Isolda con la vista perdida en los vitrales coloridos... *tal vez un día pueda regresar, querida amiga, pueda agradecer en persona este favor que la distancia hace aún más grande, te merecerás el mayor de los abrazos, un día, cuando todo lo que sigue pasando allá sea referencia antigua, cuando pueda sentir de nuevo ese sol que extraño, el sol es distinto acá, todo es distinto acá, la muerte es más honda acá...* más papeles, más firmas, más silencios, la funeraria vacía, es como si mil fantasmas bailaran alrededor rozando sus cuerpos.

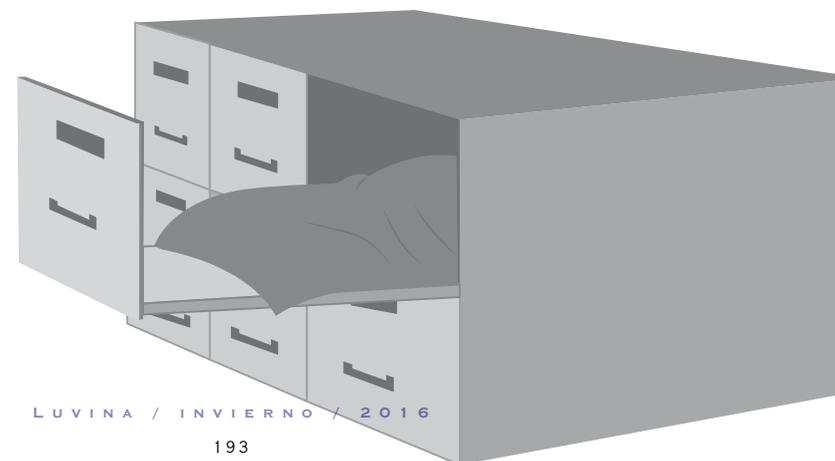
Espera de minutos sin fin. Una caja de plástico blanco. Dentro están los restos, ya pueden retirarlos. ¿Quién los toma? Isolda no tiene valor, A fue quien recibió la carta y es por eso que ahora sostiene entre sus manos los restos de una vida...

Por siempre agradecido con ambas.

E.

Ahora restaba cumplir la voluntad del amigo de antaño, nadie sabría, pensaban, si era la voluntad de la mujer. El mar, sería el mar.

Caminan por la calle, con la sensación de ser las únicas asistentes a un funeral secreto... *Una vida completa...* La sensación de la caja es extraña en la palma de las manos, como si dentro las cenizas se removieran solas produciendo un raro cosquilleo que le llega atroz, apoderándose de su estómago. ¿Nos tomamos un café? Claro, claro... entran al primero que encuentran cercano a la funeraria. Se sientan. Otra vez mudas. Colocan la urna en un tercer asiento. Tres extrañas unidas por la muerte. Ordenan dos cafés, la mesera, llena de vida, se aleja con la orden, mientras en los altoparlantes del lugar suena un antiguo bolero cubano que ambas mujeres escuchan en silencio. Una voz que nunca conocieron les canta desde una lejanía incierta, invitándolas •



**Mi fiel guardián
mi centinela**

**Hace tanto tiempo te he guardado la cima
con palabras que poblar
el rascacielos está relleno de palabras
que hacen mella en las Goteras obtusas de las paredes
ciclos amplios donde adaptar el lugar en un sin fin
Como un soporte**

**La nieve ama en los árboles sólo con la noche
consigue forma de gato habla hacia el altar**

**Mejor
traeme la cifra de un gato
y tatuemos su nombre en los obituarios**

**su nombre no existirá
su muerte no ocurrirá
bebe del río doblando la espesura
que deja atrás el sueño
borra el trayecto del afuera
y las esporas**

El anciano interior:

**qué espacio
para la noche que duele
cuánto para lo nocivo**

**la nieve ama en los árboles a punto de caer
fiebre en la noche oscura
que toma forma de gato**

La aprende por su motivo

**La próxima vez traeme los ojos de un gato que sepa
beber las ubres con un gesto adverso como si volviera
de un trayecto de las afueras de la ciudad**

**traeme un ciervo en los ojos de un niño
traeme un niño en los ojos de un hombre**

Femicidio

GONZALO UNAMUNO

Que enfermáramos juntos, eso, impresión o realidad, fue todo lo que logró responderle cuando segundos antes de matarla a golpes le preguntó doblada por el dolor si recordaba qué era lo que lo había enamorado de ella.

Ahora, echado junto a su cadáver desfigurado y tibio sobre el somier de dos plazas que destila olor a meo y bajo la refulgente luz de una lamparita de bajo consumo, recuerda con monotonía esa única oración que pudo proferir hace unas horas, disimulando la risa, con la voz entrecortada por el frío que copa la atmósfera del dormitorio en un piso 18 luminoso hasta lo ridículo; *Que enfermáramos juntos* y nada más, porque no tuvo el valor necesario para lo que hubiese debido decirle y que tanto había ensayado en su cabeza; que los dos años que pasaron juntos fueron los peores de todos sus años, los únicos de los cuarenta y tres que ahora carga que no valieron el montaje de la farsa que fueron, y sin embargo los que, por dar un ejemplo absurdo aunque efectivo, salvaría de un eventual incendio.

Lo haría porque el recorrido de esos años simboliza la culminación de una faena que desde niño lleva orquestándose en algún rincón de su inconsciente. Antes o casi que la mayoría de las asimilaciones sustanciales en la vida de un chico, se supo capaz no sólo de matar sino de solapar eso que ya intuía como la consecuencia o la culpa, y con el paso del tiempo aquello que en principio era una vaga noción, una sospecha, devino en certeza y hoy en ejecución.

Mira la hora en el teléfono. Son las 13:45, una hora bisagra del día. Especula sobre cuánto tiempo le llevará a la policía —exacerbada

por la histeria colectiva cuando la víctima es una mujer— arrastrarlo a la ruina, a cuánto está de sentir el frío metal de las esposas ceñidas a sus muñecas que testimonien el fin de su inteligencia o a cuánto de salirse con la suya. Y si bien no quisiera facilitarle al olvido su consistencia y a la opinión su ligereza, lo enorgullecen sus palabras que, siempre estériles por precavidas, en el instante en que la mató le regalaron una extraña redención cuando le borraron a ella su última sonrisa en este mundo.

Levanta la persiana del dormitorio. El sol irrumpe con esa violencia enceguedora que nunca dejó de incomodarlo, pero el *black out*, todavía en su envoltorio original, no se colocó nunca. Buenos Aires desde esas alturas le parece una ciudad domesticada y mansa que en ninguna otra estación alcanza la belleza que en otoño. Ve el río de La Plata mixturarse con el naranja en el último trazo del horizonte como posiblemente todo desde ahora, por última vez. Ve personas, egos menores que el suyo, ir y venir en direcciones contrapuestas, y autos y colectivos zigzagueantes, hábitos y elementos que resumen la fragilidad de la vida en la porción de la ciudad que mejor conoce.

Se inclina sobre el escritorio y oprime la pantalla de la computadora. El pulso se acelera apenas cuando advierte los restos de sangre seca y azulada en sus nudillos. Como si buscara devolverla a la vida, abre la carpeta con las canciones que ella dejó grabadas. Los parlantes que él mismo le regaló para su cumpleaños le traen los primeros acordes del archivo con el listado que recopila sus cóvers más logrados. El vello de los brazos se le eriza y, mientras tararea la canción sin cinismo divaga sobre si tiene algún sentido que se sepa por qué se convirtió en un asesino buscando hallar un estúpido perdón que nadie está en condiciones de darle o de negarle.

Ahora observa el cadáver, la hermosura distinta a la de la vida que va adquiriendo. La luz da de lleno sobre el rostro rígido. Vladimir, el gatito, a su costado, empieza las maniobras del despertar, y si bien el *rigor mortis* y el gradual protagonismo del violeta de los hematomas lo mantienen alejado de cualquier posibilidad del erotismo que hace tiempo perdió, algo del contexto le provoca un hormigueo en la próstata. No termina de creer, pese a todos los cadáveres que ya vio, cómo es que hasta hace no mucho ese famélico cuerpo cabalgó sudoroso sobre

el suyo, ni cómo esa boca de sonrisa acostumbrada tantas veces jugó con su semen hasta enloquecerlo.

Entonces baja la persiana y enciende el aire acondicionado para que el sol no acelere la descomposición del cuerpo. Sabe que sentir el aroma a su podredumbre sería, incluso en las actuales circunstancias, una deslealtad que no merece. Ella siempre supo ocultarle sus olores con maestría; el aliento del ayuno, el de las axilas después de trotar por las mañanas, el de los pies, especialmente con esos zapatos de goma que tan cómodos le eran, los del ano y la vagina, con la visita obligada al bidet antes del sexo.

Un afán o una histeria de pronto lo gobiernan. Vacía, invadido por la súbita necesidad de orden, el cenicero en el tacho de basura, guarda dos resaltadores cuyo uso desconoce dentro de un cajón, acomoda sus zapatillas debajo de la cama, se topa con el libro que ella estaba leyendo. *El cumplimiento del protocolo de Kioto, Teoría de la política internacional*. Menuda mierda, piensa que diría si alguien lo escuchase.

En la habitación contigua, donde está parte de la biblioteca, lo deja en un estante. Sobre la repisa, junto a los siete fajos de mil dólares y las hojas impresas con los pasajes, hay una foto dentro de un marco dorado donde se la ve abrazada a sus padres en la que muy probablemente haya sido su fiesta de quince. Acuesta el retrato de esa familia que desmembró y se desploma sobre la silla a meditar su situación. Imagina el momento en que sea arrojado a una cárcel común con una condena que podría caratularse como femicidio agravado por el vínculo —y sin vínculo ¿qué motivos hay para matar?—, lo que quiere decir, en esencia, que sus días van a concluir orbitando entre un rejunte de reos que habitan la periferia de un sistema periférico. Ése va a ser su final, lo sabe; un final sin épica ni estridencia, o sólo con estridencia, emparentado a la fisonomía de la de esos faqueros con facha de boxeadores, víctimas del sistema penitenciario argentino que van a hacer de su culo un depósito de vergas.

Contra la impotencia, vuelve al dormitorio y se sienta al borde de la cama. Le pasa una mano por el pelo, fino y frágil como todo en ella, y la cubre con las sábanas hasta el mentón. Quisiera estar muerto también, pero esto desde hace mucho. Desconoce qué opciones existen por fuera de la fama transitoria que le va a llegar cuando lo detengan a diez mil

kilómetros de la escena del crimen, cómo lidiar con la idea de perder la libertad por haber matado a una mujer que conoció como a otras que quiso menos en terrenos donde el amor o sus múltiples equivalentes suelen hacerse lugar a codazos, en oficinas de teléfonos incesantes, computadoras sin descanso, pasillos difusos y atestados por donde gente que se inflige a sí misma la farsa de que no es esclava transita como puede.

Se ubica ahí entonces, a principios de 2016: ese año cambió su vida laboral debido a los enroques de autoridades en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, donde ambos trabajaban. Entre el ballet de nuevas autoridades estaba él que, sin pertenecer a ese universo cima de la fetidez y la decadencia que se conoce como diplomático, llevaba algunos años de buen desempeño en un área específica que le valió la confianza de la mano derecha del Canciller, recién asumido con el nuevo gobierno. El error —lo supo tarde— fue aceptar, creyendo advertir en el nombramiento la última chance seria de montarse al tren de los aciertos financieros o de la corrupción. Tanto su nombramiento como el de los demás directivos que asumieron sin ser *del palo* llevaron a esa yunta cancerígena que son los empleados públicos a sobreactuar una excitación de por sí ridícula. Mudanzas, chismes, múltiples sospechas, acomodados, eternas pilas de papeles que dicen nada o lo mismo, la novedad y el ansia escalando las paredes, la traición todavía inadvertida entre los augurios de improbable éxito, los compañeros nuevos y los otros y toda la pestilencia de la especie cuando lucha por ponerse a salvo, encontraron el escenario donde hacer sus piruetas.

Él estaba a cinco días de cumplir cuarenta años y sentía, con convicción o desmesura, que la vida accedía a complacerlo. Hasta ese momento nada en su pasado gozaba del fanatismo del orgullo pero nada lo avergonzaba.

*El estruendoso asesino que es el cáncer de
páncreas la terminó de matar mientras dormía,
un duro invierno que forjó su carácter en el
resentimiento.*

Cuando asumió al frente de la Dirección de Asuntos Culturales (área dependiente de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores) la cocaína representaba, más que en un mal recuerdo, un olvido consumado; su madre, con quien nunca se entendió y a quien quiso poco, llevaba muerta algunos años. El estruendoso asesino que es el cáncer de páncreas la terminó de matar mientras dormía, un duro invierno que forjó su carácter en el resentimiento. Pero el episodio de su muerte y la consecuente venta de la casona en Villa Gesell (única propiedad que poseía) estuvieron revestidos de un curioso júbilo, al punto que llegó a desconfiar de sí mismo cuando cometió la imprudencia de desligar a la muerte del rencor que merecía por sentirse libre como nunca, y ligero.

Con la mitad del dinero de la venta (la otra mitad correspondió a su hermana, con quien no habla desde entonces) y los dólares que le dieron por la venta del departamento que ya tenía, compró uno más cómodo a estrenar de cuatro ambientes en Parque Centenario, donde todavía vive y donde, fruto acaso de una soledad a la que sin duda se había acostumbrado, concluyó con éxito el duelo de una relación breve y tortuosa que lo había silenciado como a un autista. Entre los treinta y cinco y los treinta y ocho años estudió una carrera universitaria a distancia para probarse en el engaño y su título de Licenciado en Comunicación, como todo lo falto de significado y de importancia, aupaba polvo en la pared del escritorio. Nadie dependía o necesitaba de él. Sin el aplomo del afecto, sin el tedio de la responsabilidad que suelen acarrear los asuntos consanguíneos y con tan pocos amigos como proyectos o intenciones de, sólo esa aguerrida hija de puta que es la insatisfacción lo perseguía.

A raíz de todos esos enunciados, de ese esquema vital *bueno* en lo *aparente*, es que hizo un balance engañoso que le llevó a creer que estaba en vísperas de un tiempo de paz y de sosiego, un tiempo no ya de ambición ni de encanto sino, más bien, de tregua o de emparde, pero la tarde que reconoció la cicatriz bajo su ojo derecho y el singular mechón de pelo blanco sobre la frente, el instinto le indicó que su vida daría un giro irreversible.

Ella ya estaba muy enferma aquel lunes 2 de marzo que atravesó la puerta de su despacho, detuvo sus cuarenta kilos delante de sus ojos y le dijo, con una magia próxima a lo indescriptible, justo antes de desplomarse en el piso: Amparo, encantada •

Ají de lengua

CHRISTIAN VERA

Casi sin falta, los domingos al mediodía visitaba a doña Nati, quien preparaba picantes de lengua muy bien cocidos y sazonados con ají colorado de Padilla. Eran una delicia, cocían durante horas. El picante tenía un aroma a la sequedad del campo, con matices de dulce de higo, sin llegar a tener un sabor azucarado. No picaba como cualquier otro, sino que daba un sacudón a las papilas gustativas, al cerebro y al sistema nervioso. Comer ese picante me hacía un hombre feliz.

Con el tiempo, el puesto se fue volviendo el atractivo del mercado Merland. ¡Cuántos clientes tenía! ¡Cómo comían! Concentrados, haciendo sonidos con la lengua y la saliva. Se secaban con el brazo el abundante sudor provocado por el picante ardiendo en esos estómagos, siempre acompañados de un poco de cerveza o de un jugo dulce de mok'ola. Mientras molía en un batán de piedra las vainas de donde brotaba ese manjar llegado de sus tierras, la doña se reía al verlos tan callados, limpiando el ahogado con pedazos de marraqueta y chamillo.

Un día, sin anticipar a sus caseros, doña Nati decidió irse a Sucre. No se despidió de ninguno. La vecina del local donde se servían los platitos contaba que había vuelto nomás a su pueblo a arreglar unos asuntos de tierras y herencias. Desde que se fue de La Paz no volví a comer un plato con ese sabor tan potente.

Meses después de su partida, fui a Sucre por asuntos de trabajo, y a la hora del almuerzo, ingenuo, busqué a doña Nati por todos los mercados. En el central no la conocían, las comideras tampoco. La busqué hasta en el sector de condimentos y choripanes del mercado campesino. Una de las fruteras que vendía en la calle sabía de ella.

—Se ha ido a Padilla y ojalá haya llegado, me dijo.

Según ella, se había ido porque estaba vieja y cansada, sus hijos habían muerto y las nueras se querían aprovechar de las tierras.

A modo de conocer Padilla subí a la camioneta de la empresa donde trabajaba y partí, siempre pensando que el viaje cobraría sentido en el momento en que tuviera el platito de picante frente a mí. Imaginaba un pedazo de lengua encima del otro nadando en ese ají colorado, con chuños y el arroz junto a su quirquiña, cilantro y una papa harinosa.

Nubes negras habían ensombrecido el camino principal. No estaba tan concentrado en la ruta, tal vez por el calor. A ambos lados del asfalto brotaban senderos fantasmales, esos trazos lineales que se hacen en la tierra formando vías alternativas para que un distraído conductor ceda a transitar esas rutas y termine en el más allá. Tomé la ruta izquierda a modo de seguir a un camión cargado con cajas de madera que viajaba muy lento. Logré alcanzarlo fácilmente y al pasar le pregunté si esta ruta me llevaba a Padilla. «Bienvenido», dijo el hombre, casi sin mirarme, «por aquí es». Le agradecí y lo pasé espionando a los otros ocupantes de la cabina.

Un viento tibio levantaba un espesor polvoriento. En el fondo ya se podían distinguir los tejados y tejas de las casas envejecidas. Era Padilla, o eso creí al principio. Cuando llegué, el pueblo estaba haciendo una siesta tan estricta que no había casi nadie en sus calles. Se sentía un silencio sepulcral, acompañado de la brisa y el movimiento de los viejos molles, algo secos. Algunas cabezas se asomaban por las ventanas de las casas, fisgoneando.

Las dos únicas señoras sentadas en la puerta de su casa parecían talladas en roca. Cuando me acerqué a preguntarles si conocían a

doña Nati no me respondieron. Muy bajito murmuraban cosas entre ellas, una se reía con maldad viéndome con sus ojos carcomidos por las cataratas. Dentro de la casa se escuchaban maullidos aterradores, como si hubiera cientos de gatos encerrados en jaulas listos para ser degollados.

Las pocas personas que caminaban por la plaza no querían contestar mis preguntas. Ni bien detenía el auto, escapaban o se escondían y cerraban las puertas viejas de madera. Me daba la sensación de que este pueblo no existía en el mapa. No había ni un perro. De pronto, se escuchaba claramente a los pobladores, golpeando el suelo con la punta de un palo, todo retumbaba, tac, tac, tac, tac. De un segundo a otro dejaron de golpear. Volvió el silencio.

En una callecita me encontré con unos turistas gringos que buscaban dónde comer y escucharon que yo averiguaba por el lugar en el que una famosa comidera vendía picante de lengua. Se subieron a la camioneta y recorrimos el pueblo durante casi una hora. El gringo no paraba de hablar de la belleza del lugar, de lo extraño que era todo, mientras yo pensaba en comerme un ají de lengua bien picantito.

La gringa no era gringa, sino una rosarina de nombre Isabel, y el gringo tampoco era gringo, se llamaba Sergio y era sevillano. A modo de pasear y para conocer mejor el lugar, subimos al punto más alto del pueblo. Desde allá arriba observamos a lo lejos buitres del Viejo Mundo, esos de pico amarillo, los más grandes. El gringo dijo:

—Seguro que allá abajo hay un hombre muerto, o tal vez varios.

Bajamos desde ese cerro y no encontramos nada para comer así como tampoco gente. Desaparecieron. Algunos seguían viendo a escondidas desde las ventanas. De forma sorpresiva, Sergio me propuso tomar San Pedro, le quedaban unas sobras.

Sergio decía que era el lugar ideal para tomarlo, que el paisaje nos ayudaría a comprender las preguntas que no tienen respuesta. Hay que alejarse de acá, repetía y repetía. Decidimos alejarnos lo más posible del pueblo hasta un lugar muy seco, donde plantaban

justamente las vainas de ají. Isabel estaba al lado mío con un *short* muy corto mostrando sus largas piernas. Me la imaginaba encima mío, gimiendo y sin ropa.

Nos quedamos en el carro. Sergio sacó una botella PET deteriorada. Dentro había un líquido verde, como sábila. El primero en tomar fue él y casi se tomó todo. Luego, Isabel; finalmente yo. Soporté el sabor asqueroso en la garganta, minutos después sentí una punzada en las tripas que me obligó a salir de la camioneta a cagar el desayuno completo.

Los dos gringos abrieron la puerta y se echaron en la tierra. El hombre gritaba y yo no sentía nada especial. No hacía frío. La pareja no paraba de fumar. Sergio hablaba de cosas como que el vínculo con la naturaleza, la paz, la atmósfera cósmica, el sendero de luz, la magia del valle, los centros energéticos. Contaba de las apachetas y wak'as que había conocido con Isabel, quien se veía aún más linda sentada en la tierra, algo aturdida.

Subí al carro y encendí el motor, no pensaba quedarme en ese lugar. Tenía que manejar hasta Sucre, mis manos olían a mierda. Les ofrecí llevarlos de retorno. Sergio quería quedarse en ese lugar. Isabel no, pero tampoco subió. Partí y a los pocos metros detuve la camioneta, bajé, me puse a vomitar. Expulsé gran parte del poco cactus que consumí. No sentía ningún efecto alucinógeno.

Me había alejado de la pareja, los dejé en su mundo. Sucre estaba más o menos a unas seis horas. Aunque atravesando esos caminos laberínticos de tierra tranquilamente se hacía un viaje largo hasta llegar a la carretera. El único CD que llevé al viaje era un disco de cumbia y huayños chicha y sentía que viajaba a ese ritmo. Manejaba a gran velocidad y pensaba en las cosas que tenía que hacer en Sucre: aprobar los planos, entregarlos al abogado y al arquitecto, después volver a La Paz para ir a Derechos Reales y continuar con los trámites.

Empezaba a oscurecer, pero aún era temprano para que hubiera estrellas. Al recorrer ese tramo me di cuenta de las casas que se encontraban bordeando la ruta, más arriba, las chozas colgadas de los

cerros y construidas con adobe. Casas hundidas, rodeadas de cientos de cactus y árboles de retama. Abrí la ventana para que entrara un poco de aire, al frente mío los cerros se movían como si fueran nubes.

Cuando más intentaba concentrarme en conducir, escuché una voz que venía del borde del sendero. Alguien me gritó:

—¡Caballero!

No era un susurro que provenía de mi imaginación, era una voz humana, concreta. Daba la sensación de que esa voz estaba dentro de mi cerebro.

—¡Caballero!

Volví a escuchar el llamado, muy cerca al oído y sentí un aliento a un enorme pijcho de hojas de coca.

Detuve la camioneta y sorprendidamente vi allí a un campesino. ¿Era el conductor o uno de los acompañantes de ese camión con cajas? No lo sé. Traía un sombrero. Llevaba puesto un pantalón de tela y una camisa blanca percutida por el sudor y la tierra. Sus manos eran muy oscuras, agrietadas y grandes, con la apariencia de las manos de un gigante.

—Buenas noches —le dije.

—Buena noche, caballero —me dijo.

No pude mirarle la cara ya que la ocultaba el sombrero de cuero.

—Unos jóvenes, unos gringos lo están buscando —me dijo.

Enseguida pensé que se trataba de Sergio e Isabel. Le pregunté dónde estaban, yo me había alejado de ellos hacía mucho. Quería saber sobre ellos. ¿Cómo era posible que estuvieran acá tan lejos de donde los dejé?

—Por allí —me dijo el hombre de forma ambigua e incierta.

—Cómo llego hasta ahí —pregunté.

—Lo mejor es a pie. Difícil es en carro, difícil, no vas a poder. La mujer grita que va a tener a su wawa y que necesita que la lleves de emergencia a Sucre. Por allá están, en medio de los sembradíos de ají, de maní, de papa, de maíz —dijo.

Persiguiendo algún instinto arrinconé inmediatamente la camioneta, apagué el motor y me bajé.

—Lo mejor es que atraveses este chume y camines por los sembradíos, ahicito es. Ahicito te están esperando.

Me daba la sensación de que el champerío no era tan abundante, pensaba que podía traspasarlo sin problema.

Ni bien puse un pie, sentí que me había hundido algunos centímetros, como si hubiera saltado a un pantano. Si era Isabel la embarazada cuando la vi no se le notaba para nada.

—Recto andá.

Cuando estuve adentro vi buitres del Nuevo Mundo encima mío, dando vueltas en círculos concéntricos. El chume abundante formaba un microclima. Vegetación, pasto alto, charcos, mosquitos, todo cubierto con una especie de neblina. Le grité al campesino, le pregunté por qué había tanta vegetación y el hombre no me respondió. Me daba la vuelta y todavía se podía observar la camioneta, la senda, el camino y las pequeñas casas.

Me arrepentí de haberle hecho caso. Por un momento casi desistí de buscar a los gringos, cuando volví a sentir la voz.

—Es por allá, joven, por allá hay que seguir.

No lo veía, sólo escuchaba su voz, rasposa. Las botas que traía puestas estaban llenas de barro. La luz de la luna me permitía visualizar algo, fragmentos. No sé si fue el San Pedro pero oía murmullos de niños que no llegaban a convertirse en palabras. Sentía como si se movieran de un lado a otro a gran velocidad. A medida que ingresaba más en ese espacio, impactaba el olor a podredumbre.



Decidí caminar hacia la senda. Al hacerlo, escuché la voz de Isabel.

—Ayúdame, ayudame.

—¿Dónde estás? ¿Cómo has llegado hasta acá?

—No sé. Nos trajeron casi arrastrando. Tengo heridas en todo el cuerpo, creo que me he roto el tobillo.

—Gritá, no te veo.

—Acá —gritaba.

Mientras más intentaba acercarme a ella sentía que su voz se alejaba. Le pedía que se orientara y pudiera descubrir la salida. Pero no podía. Gritaba que Sergio la buscaba para comérsela, que había unos niños, que un campesino rastrea presas con unos perros hambrientos.

No me interesaba la gringa, me asustaba su relato, quería regresar a Padilla o lo que fuera ese pueblo y salir de inmediato a Sucre, así que empecé a caminar hacia donde había estacionado el vehículo que ahora más que nunca se encontraba muy alejado. Incluso a esa distancia creía haber visto a unos niños con unas cabezas grandes robando piezas del motor. El chume era tan alto que no podía reconocer dónde me encontraba, a qué altura. Saltaba lo más que podía para saber hacia dónde dirigirme. Y en ese afán tropecé con una especie de piedra. Al caer sentí pánico. Cerca de mi cara había una alfombra de huesos humanos, como si fueran abono para alimentar a la tierra. La Pachamama carnívora y depredadora, pensé. Huesos de todos los tamaños, parecidos a los de los cerdos.

Iba por derecha y parecía que siempre volvía al mismo lugar. Iba por izquierda y sentí un aroma delicioso: picante de lengua, como el de doña Nati. No lo podía creer. Me detuve y observé que alguien corría hacia mí.

—Soy Sergio, no te asustes, quiero ayudarte. Estás perdido y yo sé por dónde puedes salir. Nosotros también estábamos perdidos. Ven.

Vi la hora, las siete menos diez. Corrí hacia el lado contrario, pensando en la posibilidad de escapar de ese pastizal y de ese sevillano.

Ahí adentro no éramos los únicos. Había una turista que pedía ayuda a gritos. Podía escuchar cómo la arrastraban por el barro, cómo su cuerpo rompía los arbustos e impactaba contra los huesos de otras

víctimas. La mujer gritaba como un cerdo antes de ser faenado.

En ese ambiente me inquietaba un olor a preparación de comida.

Salté para observar dónde se encontraba la camioneta y la veía tan alejada que sentí terror. Observé a Sergio avanzar hacia mí con una sonrisa claramente lobuna en su rostro ahora oscuro y de labios delgados. Me agarró del brazo. Sabía que me encontraba en un peligro mortal y como arma de defensa saqué del bolsillo las llaves del auto, que me fueron fácilmente quitadas de la mano.

—¿Quieres comer?, me preguntó. Debes de estar hambriento como todos nosotros.

Me fijé y vi a doña Nati de espaldas, cocinando en medio de las champas. Quedé asombrado, era ella. Su pollera inconfundible, incluso la blusa, el mandil, la forma de preparar el ají. Las ollas desprendían un aroma delicioso, un aroma hipnótico que volvía más confuso el pastizal. El olor a leña. Muy cerca suyo se encontraba la turista, muerta, boca abajo, con sangre en la comisura de sus labios. Viéndola bien, me di cuenta que le habían extirpado la lengua desde la raíz. En una pequeña mesa se encontraba el pedazo de carne y los bordes. Le rompieron el maxilar y en el forcejeo con la mujer también le habían arrancado un ojo.

—Es mi segundo plato de lengua —dijo Sergio, con los ojos brillando por el reflejo de la hoguera del fogón.

—Sírvese, joven —me dijo doña Nati.

La comida era muy tentadora. Estaba calientita. No acepté el plato y lo aventé. Me paré haciendo el intento de escapar, cuando apareció el campesino. Él y Sergio me detuvieron agresivos y me obligaron a probar el primer bocado.

Saborear ese manjar fue como abrir las puertas del infierno. El ají atravesó mi garganta, después de eso comí desesperado. La mezcla de la lengua con la tunta, el ají y la sarsa con cilantro y quirquiña me hizo descubrir lo que es la felicidad, la plenitud. En cada mordisco el sonido del batán lo sentía dentro mío, viajé al origen del todo, supe en qué consiste la verdad. Imaginé a un posible dios comiendo picante, sudando en las múltiples dimensiones del universo.

Alcancé la cima de mi vida. No quería que ese platito delicioso se acabara nunca.

—Acá hay ajicito, joven —dijo cariñosa la vieja comidera. También comía el campesino alzando la comida con sus dedos gruesos y largos. En un rincón unos niños devoraban la comida como cachorros de hienas cuidando sus presas.

—Si quieren más, puedo preparar, pero más lenguas frescas tienen que traer —dijo doña Nati.

Sergio me vio a los ojos y me propuso traer a Isabel. Su idea en ningún momento me pareció una locura. La fuimos a buscar. Los niños conocían de memoria ese territorio tan extraño. Oímos que a lo lejos pedía ayuda, quería salir hacia el camino. La localizamos rápidamente.

El campesino había logrado atraer a otro gringo que se había extraviado en su carro. Al dar vueltas para encontrar el camino se le acabó la gasolina y deseaba saber si el dueño de la camioneta podía acercarlo a Padilla.

No quería irme nunca más de ese lugar, agarré el cuchillo, los niños sujetaron el cuello de Isabel y yo, sin ninguna clemencia, le arranqué la lengua. Más tarde hicimos lo mismo con el gringo perdido.

Despierto tirado en el sembradío creyendo que todo era culpa del San Pedro. Estoy acostado de espaldas, observo el cielo despejado. Me pongo más tranquilo, pienso que lo vivido no es más que una ilusión, un juego, un delirio pasajero. Ahora puedo por fin retornar a Sucre, luego a La Paz, y así a mi vida de siempre. Bostezo, siento un dolor tan profundo y un sabor asqueroso en la boca, tengo sangre, me han arrancado la lengua. Cerca mío están las partes del cuerpo cercenado de Sergio. A mi alrededor algunas personas del pueblo de mudos esperan ansiosas que salga el platito de ají. Los buitres giran en círculo, saben que pronto seré un cadáver. Desde acá veo las manos de doña Nati, me encanta mirar cómo muele las vainas de ají en el batán •

Cristhian Briceño Ángeles

Teodicea

Ser abstemio, a la fuerza, es igual a ser creyente, con la única diferencia de que el creyente tiene fe en un dios o un conjunto de divinidades o en un tótem, mientras que el abstemio sustenta su fe justamente en la ausencia de éstos, el abstemio cree que dejando de beber la vida puede encaminarse, pueden darle un buen trabajo con el que le será fácil encontrar una mujer y quizá hasta le alcance dinero para tener unos cuantos hijos. Pero el alcohol es un buen dios; cuesta mucho más que la limosna durante las misas pero vale la pena, es un dios mudo que empieza a hablarte directamente al cerebro, se mete en tu sangre y con el tiempo se empoza en el hígado, en los riñones, cuando orinas puedes verlo brotar de tu cuerpo mezclado con aguas ambarinas, aspirar su esencia mientras tu vejiga se va desinflando y el placer cubre tu cuerpo, miras tu rostro en el espejo y no eres tú, eres alguien que puede arrancarse el pulgar y no sentir absolutamente nada, pero tampoco conviertas tu relación con el alcohol en un dogma, puedes beber mucho, por horas, quizá un par de días, pero nunca pierdas la conciencia de tus actos. Claro, un poco de euforia no está mal, puedes controlarte con unos tiros bien encajados, yo mismo he bebido como si estuviera corriendo una maratón, pero creo que jamás he defraudado al alcohol dejando que me posea sin ser consciente de su efecto, por eso me deprime ver sujetos tirados en las calles, durmiendo

junto a los postes, sin zapatos: a ellos mi dios los ha abandonado. Dios no puede ser una botella de infame cienfuegos; creo que si mi dios existe es la botella de cerveza o de Jack Daniel's que adoramos en un aquelarre, ¡jamás bebería algo que no se parezca al gozo!, ni tampoco me volvería un alcohólico inestable, jamás expulsaría a Dios de mi cuerpo sin que sus palabras me hayan tocado, una temporada creí en la sobriedad y todo empezó a derrumbarse, no podía respirar con normalidad, mi pulso se aceleraba sin causa aparente.

Esa noche soñé que el Hombre ponía un pie en la Luna

Una semana después de ver perdida la publicación de mi libro de poemas tuve la grandiosa idea de sentarme a la mesa y no levantarme hasta secar una botella de escocés. Mi esposa me alentaba desde la cama, pero pronto quiso que cumpliera con mis deberes de marido. «Lo haré, chata, créeme que sí», le dije, apurando un vaso y uno más. «Mañana no será a ti a quien se lo pida», me advirtió. «Haz lo que tengas que hacer». Me quedé dormido entre mis brazos. Cuando desperté, la botella parecía estar tan llena como al principio. Era casi la medianoche del día siguiente. La cena estaba servida, y éramos tres: mi hermano, mi mujer y yo. Luego de comer, mi mujer sopló las velas, tomó del antebrazo a mi hermano, lo condujo a nuestra habitación y se echó llave. Yo no hacía otra cosa que beber y pensar en el libro que pude haber publicado. Detrás de la puerta de mi habitación, mi cama gemía penosamente como un animal mordido por un cepo. Llamé a mi esposa. La volví a llamar. Cuando tuvo su atención, le dije: «Trae los originales de mis poemas, tengo algo bueno que agregarles». Ella salió con su camisón apenas abotonado. Una película de sudor le cubría el cuerpo. «¡Nunca serás un Whitman!», me dijo, abofeteándome con los papeles mecanografiados. Esa noche soñé que el Hombre ponía un pie en la Luna y luego no podía poner el otro.

Ariadna Vásquez Germán

¿Y si vienes por mí cuando apenas empiece la noche?
¿te conté la historia de dos muchachos haciendo el amor al
[lado de una maceta vacía?

tuvieron una idea
algo como ir temprano al mercado por una planta
de esas que purifican el aire en los aposentos
lo que es igual a decir
que el oxígeno falta en los espacios de los que se aman

Que vengas no asegura que la noche empiece
quiero decir que esta noche puede que no inicie nunca
que a la maceta le falte la planta y sobreviva incluso después
[de que el amor se seque

¿qué hacemos con esta deficiencia?
¿cómo evitamos que el silencio se condense?
apenas empieza la noche
el techo ondula
se fragiliza

las palabras riegan
el agua se dispersa en tantas gotas
estas batallas por todos lados las ramifican

Pero mira a los muchachos cómo avanzan
era la idea
¿en qué estorban el traslado nocturno?
se dejan ocurrir junto al olor a pasto lluvia trementina
aun cuando la morbidez del cuarto oprime sus cuellos
reciben la mañana con sus brotes
agradecen las manchas en la almohada

Un hermoso día de otoño

BRUNO PETRONI

EL ÚLTIMO DIENTE de mamá se cayó un día de otoño, en medio del almuerzo. Ella no dijo nada, sino que metió dos dedos en su boca, lo extrajo y lo envolvió en una servilleta que apoyó al costado de su plato. Pero yo lo supe (lo supe porque lo esperaba) y dije: «Mamá, salimos».

Me miró con sorpresa. Creo que era sorpresa. La cara de mamá, desde hacía algún tiempo, se parecía a la de un avestruz y entender las emociones a través de sus rasgos era difícil. Pero tenía que estar sorprendida. Había dos motivos para estarlo:

El primero: le dirigí la palabra. Con el paso de los años, mamá y yo hablábamos cada vez menos, y cuando lo hacíamos era para discutir. Hasta que un mediodía, tras una discusión acerca de la venta de la casa, mamá dijo: «Yo no hablo más con vos. Si total». Lo dijo en serio. Dejamos de hablar.

El segundo: íbamos a salir de casa. Mamá y yo salíamos de casa cuando yo era un chico, nada más. En mis recuerdos con mamá fuera de casa, ella no camina encorvada hacia adelante, no se agarra de mi brazo para pisar con firmeza, no corre riesgo de que le roben sin que se dé cuenta como una viejita averiada con cara de avestruz. No sé qué hace mamá en mis recuerdos. Supongo que fuma en algún banco de plaza al lado del arenero, mira con desprecio a alguna madre de clase inferior, le sonrío con todos sus dientes a un hombre apuesto, se olvida de que doy vueltas en la calesita. Es una mujer bella.

«Ponete lo más lindo que tengas», dije y salí a la calle a esperarla. Era un día de sol hermoso, pero yo aún no lo sabía. Mientras la esperaba, decidí que no me importaban la edad y el deterioro de mamá: si iba a caminar conmigo, no lo iba a hacer colgada de mi brazo ni protegida por mí. Lo iba

a hacer con dignidad. Temí que mamá saliera de casa con un bastón (un bastón que hubiera comprado con plata de no sé quién y no sé cuándo). Pero no.

«Caminá sin miedo o tomamos un taxi», dije. Mamá lo supo enseguida (lo supo porque lo esperaba hace años), recuperó el habla y quiso confirmarlo: «¿Desde cuándo vos tenés plata para un taxi?». «Desde que vendí la casa». Mamá no caminó más. Fui hasta la calle y frené el primer taxi que apareció. Abrí la puerta y la invité a subir. Avanzó con lentitud los tres metros que la separaban del auto. Su torpeza al caminar no se debía solamente a la vejez: mamá, debajo de ese vestido amorfo que había moldeado su cuerpo treinta años antes (la recuerdo, más allá de las fotos), debajo de su maquillaje que se diluía en líneas arbitrarias, debajo de su pelo canoso que había dividido a dos aguas poniendo en evidencia la falta, mamá llevaba zapatos de taco alto.

No era necesario decir más nada. Pese al silencio, durante todos estos años, mamá me había entendido como sólo una madre puede entender a un hijo. Le indiqué la dirección al taxista y a los veinte minutos, sin tener que responder a preguntas como «¿A dónde vamos? ¿Quién dijo que yo quería?», llegamos a destino. «Te espero en el café de la esquina», dije y le pasé un pequeño fajo de billetes que supuse más que suficiente.

Mamá bajó del auto, llegó a la puerta del local, miró la vidriera por unos instantes (yo no miré: todos esos dientes sin boca me recordaban la risa de papá) y entró. Recién entonces, le pagué al taxista y bajé. Caminé hasta la puerta del café, pero al ver que el mozo era un hombre mayor que rengueaba con la pierna derecha, no entré. Me quedé parado en la esquina. Una pareja pasó caminando: ella tenía un bebé en los brazos, él le dijo que era un hermoso día de otoño y agregó: «Qué suerte que salimos a caminar». Se burlaban de un hombre solo. Se burlaban de mí. Miré el cielo con resentimiento: me pareció extraño que, después de tanto tiempo, de tantas cosas y de todo lo que se dice acerca del clima, hubiera días así de despejados y con un sol redondo clavado en el centro.

Cuando mamá abrió la puerta del local para salir, yo estaba ahí, de pie: la esperaba como un caballero a una dama. Agarré su mano y dije: «Las veredas están todas rotas». Mamá me sonrió: sus dientes estaban intactos. «¿Caminamos?». «Caminemos». «Tomá el vuelto». «Guardalo». «¿Para qué?». «Comprate algo». «¿Qué querés que me compre?». «Una cartera nueva». «Mi cartera está bien. Necesito unos anteojos de sol, mirá lo que son mis ojos», dijo mamá. Sus ojos estaban aguados, pero no por llorar.

Sus ojos, en realidad, estaban cubiertos por una lámina transparente que la protegía de la miseria de las calles que atravesábamos (un mendigo adentro de un *container* de basura, cajones llenos de mercadería metálica, un grupo de jóvenes que hablaba en un idioma desconocido). Quise saber cómo me veía a través de ese filtro puro. Se lo pregunté. «Igual que siempre. Flaco y con cara de loco», dijo mamá, dejó de caminar y su carcajada comenzó.

Las arrugas de su cara desaparecían a merced del tironeo de su mandíbula que pretendía abrirse más allá de su eje. Mientras, los pulmones expulsaban un aire ronco, lleno de palabras y llantos y súplicas, un aire que se arrastraba por su esófago, se llenaba de mucosa y se desbordaba en su garganta. Tuve miedo. Una mujer de su edad no se podía reír así. Nunca en mi vida había visto a una anciana reír a carcajadas. Había lágrimas en sus ojos. «Estoy llorando», dijo mamá, intentó detener su carcajada, pero al advertir mi cara de asombro (ahora, el animal averiado era yo) no pudo. Su risa explotaba en la superficie una y otra vez como los latigazos de un domador. Me concentré en sus dientes: mucho más brillantes que un recuerdo: su paleta derecha no se encimaba sobre la izquierda; ni estaba el cúmulo sarroso de todos los cigarrillos que mamá fumaba por la noche, mientras papá dormía; y el colmillo que mamá nunca tuvo (ese agujero vergonzoso) ahora estaba ahí.

La agarré de la mano y caminamos.

CUANDO DOS HORAS DESPUÉS nos sentamos en el banco de la plaza, mamá, además de sus dientes, tenía una peluca rubia y lacia. Con sus zapatos, aplastaba las hojas secas que habían caído alrededor del banco. El sol estaba ubicado en línea recta a nosotros, exactamente en el medio de dos edificios demasiado altos como para ser reales. Me acosté sobre el regazo de mamá y, a los pocos segundos, su mano comenzó a pasar por mi pelo. Desde las raíces hasta la punta: mamá no me acariciaba, me peinaba a su manera, la de siempre: dejaba la frente limpia porque «si no parecés un tontito, con el pelo así, sobre la cara».

El sol me encandiló: las manchas violetas se proyectaron sobre mamá, sobre su buche de avestruz. «Lo próximo que tenemos que hacer es operarte la papada», dije. Mamá estiró el cuello y se alisó la papada con la mano derecha. «¿Así está bien?», preguntó. No respondí, pero sí, estaba bien. Antes de dormirme sobre su regazo y soñar con una playa desierta en la que sólo estábamos los dos, dije: «Es un hermoso día de otoño. Parece mentira que los días puedan ser tan lindos como todo el mundo dice» •

Andrés Villalba Becdach

...huelo tu sexo en mis dedos y tengo
la cabeza bajo la nieve:
mi único y real derrotero
cierro los ojos y huelo tu sexo en mis dedos:
hay iguanas que reptan por la sangre
(sudor en sus escamas en su cresta dorsal
sus garras dibujan tu nombre)
sólo quiero aprender a llorar y destruirme
es un envenenamiento
¿capisci? ¿sí mangi? ¿sí muerdes lo que digo?
¿entiendes que este dolor no es una impostura?
tu sexo es el envenenamiento de la propia sangre
la tristeza no miente
tu sexo en mi mano como las púas
de los alambres que cercan nuestra casa de infancia
¿tenemos una casa de infancia?
la casa abandonada que somos ahora
tan cerca teníamos el olor del otro
entre los dedos
ya fue
fuga la belleza siempre fuga
y nunca le rozamos ni siquiera la colita
la belleza como una vaca

que debe ser ordeñada
para que dé leche como la diosa Juno
amamantando a su hijo la Vía Láctea
tu cuerpo como eso de lo que no se habla
porque nadie lo volvió asequible
nadie lo alcanzó y eso es lo esencial:
esa distancia esa querella tácita
esa guerrilla cifrada contra
el otro cuchicheo de las Parcas
aunque en el proyecto de tu cuerpo esté
tantas veces incluido uno mismo
—a despecho de sus sentimientos—
si no de lo sentimental que uno siempre
detesta en la realidad pero colma de emoción
en cada sílaba
y en cada palabrita
se nos expulsa de la vida con la casa nunca hecha
o la pavesa de lo nunca sido entre los dedos
tu sexo en mis dedos como una inoculación
donde florecen polillas
siempre me como a mí mismo
sí esa sangre en el piso son mis pies
tu sexo en mis dedos como una hermosa cicatriz
en el pecho
mi sangre tu sangre ¿capisci?
¿entiendes lo triste que es todo?
donde resbalan todas tus enfermedades
todas mis enfermedades
tus enfermedades y tus lagrimitas fluyen
en mis venas
¿doy todo lo que tengo a quien no debo cuando
ya no tengo nada?
tu sexo se remoja en mis dedos y en mi lengua
y entiendo que es como Saturno

comiéndose a su hijo
qué riesgo
«Tu Rostro como arroyos de violetas cayendo
lentamente desde gallos de riña; Tu Rostro
como arroyos de violetas que empapan de vitrales
a un hospital sobre un barranco»
llora Viel Temperley
llora tanto llora tanto
es el olor de los ababoles falopiales de tu sexo
en mis dedos:
se sufre demasiado con la felonía del recuerdo:
cierro los ojos
qué tristeza:
huelo y casi toco tu sexo pero tengo cortadas
las manos
huelo y casi toco tu sexo
como lo nunca alcanzado
como lo distante-imposible
como mi fiebre delirio
como eso de lo que se dice siempre sin jamás
mover un vello a su pelambre
ni una púa a su erizo:
ésa es su belleza:
la rozadura de una concreción que jamás cristaliza
¿es verdad que tengo tu corazón en mis zapatos?
¿mi corazón en tus zapatos?
tu hermoso guachito que no te cabe en el pecho
está en mis ajadas botas suizas regaladas
por mi tío Gato Villalba (mi primer muerto íntimo)
tu sexo en mis dedos como los látigos del opio
¿tenías un calzón amarillo con el grabado
de las fauces de una cobra la primera
vez que nos descuartizamos?
toda tu lengua circulando en mi rostro

y dejándome tu hermosa baba de azufre
tus dientes de obsidiana dejándome
la pústula y el incendio y el delirio
y la autodestrucción como sobrevivencia
de la noche quiteña en mi cuello:
tu lengua es un tizón decías
sácame la pucta
haz lo que quieras conmigo
cabréate un poquito conmigo decías
la furia la furia la furia
saca el animal decías
mi nombre es un tizón en tu cuello decías
en la larga cicatriz que me dejaste florecen
los inverosímiles arupos de agosto de Quito
no te olvides que estamos en la parte más alta
de la parte más ancha del mundo
la melancolía andina es nuestra muleta
«un amor que se me fue
otro amor que me olvidó
por el mundo yo voy penando...»
la pérdida como sentido de un destino
senderito
senderito
senderito de amor
el mucílago y la miel aciaga de tu sexo en mis dedos
en mi lengua en mi cuerpo en mi cerebro
mi sexo es un avispero asiático
con sal en grano rosa (sal color salmón
fruto de algas invulnerables al sodio)
decías
mi sexo está atiborrado de huesos de colibríes
decías
hasta mi cuerpo me pide que me aleje de ti
te dejo mi espejo para que sufras todos los días

decías
lo clitórico de la realidad como el badajo de la campana
del infierno
llorabas
nunca te olvides que también eres el padre
de todos mis hijos muertos decías
llorabas
llorabas
llorabas
llorabas
fuiste la peor pareja que me pude conseguir
y me dañaste para siempre
ésta es la receta del desastre decías
llorabas
(digamos que la cópula durante los rigores de la luna
menstrual quiere decir que matamos un corderito)
cuando son las 5:00 am y conviene abandonarse
para no aguantar el sablazo consuetudinario
entiendo que son las heridas de la luz
cuando el llanto no es suficiente
y tus ojos están cansados de las ciudades blancas
entiendo que mi fracaso se dilata en mis bolsillos
llenos de baba: la piedad existe
*el único homenaje del lenguaje a este mundo
es llorar a destiempo*
cierro los ojos
tu sexo en mis dedos huele como las flores
descompuestas que viajan en el río Tomebamba
mi sexo huelo a musgo decías sólo a musgo
ya cállate ti prego
cierro los ojos y pienso en los ríos que nunca
vimos en Cuenca
qué tristeza las magnolias de tu sexo
¿te acuerdas qué hermoso fue cuando nos revolcamos

entre los pastizales y las botellas rotas al filo
del Tomebamba?
y el museo de arte contemporáneo
y la cerveza belga al desayuno
y esas cosas que se hacen cuando uno aprende
a sufrir
«si tú volvieras te vestiría de oro mi Santo
callaría las cosas para que pudieras oír
mi canto desesperado
cómo quisiera quererte menos y más oscuro
quisiera quererte lento
no más penuria a la hora de amarte
no más tormento...»
llora Buika llora tanto llora tanto
y en la bruma que sale de su voz de perro
hay palomas negras negras feas
palomas lisiadas en sillas de ruedas
palomitas méndigas sucias tristes lloronas
no es justo estar tan quebrado
ya fue suficiente
no me hagas tanto daño
sólo quiero llorar y destruirme convéncete
ésta es nuestra muerte lenta lenta lenta
huelo tu sexo pegosteadado en mis dedos
su buqué salvaje es la argamasa
para los ladrillos de mi cabeza
tengo una enorme pared al frente mío
para romperme los sesos a cabezazos
sólo quiero llorar y destruirme
huelo tu sexo cierro los ojos y es como
si un murciélago eyaculara en mi garganta
su semen es un charquito de arrabal
donde lavo mi rostro para renovarme
y olvidar el fracaso que acarreo

me pliego dentro de mi cuerpo
me quiebro ad infinitum dentro de la tristeza
de mi mente con esta canción que es un bello cadalso:
«and I know you have a heavy heart
I can feel it when we kiss
so many men stronger than me have thrown
their backs out trying to lift it
but me I'm not a gamble you can count on me to split
the love I sell you in the evening by the morning
won't exist»
las telarañas medusas y aguas malas de tu sexo
en mis dedos uñas falanges
y cutículas como la anestesia
en la piel de nuestros muertos íntimos
el ungüento de tu sexo en mis dedos
como la baba de las semillas de ácido
que crecen en la lengua del más hermoso
dragón de komodo del planeta
qué riesgo
me baja con violencia el tembladeral
de la orgasmia desde la garganta hasta
mis venas
hasta mis pies
mi orgasmia es una anguila del mar
de los Sargazos
hay que cabecear la pared hasta romperse
los sesos
me lanzo loco me lanzo desde este edificio
de 18 pisos donde vivo arrimadito
ya me quiero retirar de esta huevada
no sirve de nada vivir para venir a parar en esto
sólo quiero ver mis sesos esparcidos en el suelo
para que las asquerosas palomas quiteñas
se los coman

nosotros inventamos la lluvia de Quito
y le pusimos aguardiente
decías
ya no me hagas tanto daño
están lloviendo escorpiones
fuiste la peor pareja que me pude conseguir
y me dañaste para siempre
decías
llorabas
¿entiendes que siempre estuvimos al borde
del último abrazo?
nunca nunca nunca más estaremos juntos
ya no me lastimes y hagas sufrir tanto
y en el desbarrancadero de la madrugada quiteña
cuando el fuste del frío es el único aliento
en los huesos
entiendo que ésta es mi derrota mi cárcel mi hospital
mi natural tendencia a la desintegración
yo decía nada decía nada decía nada temblaba
estaba vencido con el pudor en los zapatos
te vencías con tu mano dentro de tu sexo
la esparcías sobre mi rostro
«esto no es un sueño decías
esto no es la vida
esto es nuestro olor convéncete
esto somos nosotros»:

el llanto de una yegua desollada en vida

si realmente me quieres déjame ir

gritabas

llorabas...

Luis Eduardo García

**HOLA, SOY UN BOT DE ADRIENNE RICH
(EN FASE BETA)**

**Imagina que quieres escribir un poema
sobre una mujer que entreteje el cabello
de otra mujer. Mejor sería que supieras
si las mujeres del poema podrían respirar
y permanecer unidas o si sus cuerpos
podrían pertenecerles realmente.
El lenguaje puede pisarnos el cuello, puede
ocultarnos en sitios estrechos.
La tentación de lustrarlo es muy grande, ¿pero
existe un impulso interior o algo
nos controla a distancia?
¿Te darías cuenta si ambas mujeres
quisieran escapar?
¿Te darías cuenta si perdieras
todo rastro de filo?**

Tienes que saber esas cosas.

*Los horizontes están demasiado lejos
demasiado impregnados
de líquidos que arden con facilidad.*

Estamos adelantados, piensan.
¿En relación con qué?
Allá no hay nada.

No es una línea
ni un círculo. Más bien una acumulación de fragmentos
no muy bellos.

La conclusión de una vida:
no vamos a sitio alguno y la poesía nos sigue.

Todo esto es acerca de un lugar
muy frío
llamado persistencia.

HABLA EL POETA ULTRA-RUDO
(TEXTO SIN LUCES ESTROBOSCÓPICAS)

Un poema no provoca epilepsia. No puede.
No causa dolor

muerde con encías

transmite poca belleza al tocarlo.

Incluso un villancico es más que cualquier poema
de felpa.

Ellos dicen:
«tal poema me golpeó el rostro»
«pudo sofocarme»

es una farsa

los armenios peces muertos sobre la tierra golpean el rostro
el cáncer

puede sofocar
un poema es un *Paisaje con cisnes*
colgado en la sala.

HABLA EL POETA ULTRA-RUDO
(SEGUNDA PARTE)

No hay un caballo galopando en el poema.

1. Los caballos no me agradan.
2. Incluir caballos en un poema es un truco ridículo.
¿Qué sigue después? ¿Un ruiseñor? ¿Un pez
dorado en el lago de un jardín japonés?

«Un caballo galopa en la pradera mientras un
ruiseñor se posa sobre una rama nevada».

A partir de ahora los caballos serán erradicados.
También la nieve.

Una forma compleja se mueve a sesenta kilómetros por hora.
Tropieza con un objeto cuya única finalidad es derribarlo.
Múltiples heridas provocan la conclusión de sus funciones vitales.

La forma compleja ya no es hermosa ni elegante.
No mejorará la música del verso.
Hay gusanos.

La *presencia* puede ser contaminada.

EPÍLOGO

Todo fue un pretexto para decir:
«puede contaminarse como un lago artificial».

Primero transparencia, tortugas tomando el sol
sobre las piedras, brillos dorados.
Segundos más tarde ya no puedes ver el fondo.
Los peces comienzan a agitarse. Sus escamas se desprenden
y suben a la superficie.
No son pétalos.

Una lona de muerte cubre el lago.

Autorretrato*

(Édouard Levé por Camiri)
SAÚL MONTAÑO

Puede que me equivoque, pero sigo siendo yo.

ANTÍGONA

PERCIBO QUE MI ENERGÍA VITAL se concentra en mis antebrazos aumentando gradualmente hacia mis manos, esta sensación me dice que estoy vivo. A los seis años mis padres me llevaron al médico porque les dije que podía escuchar los latidos de mi corazón. La condición natural de mi cara es de ceño fruncido. Estresado, hago puños. La palabra *historia* me remite a un sastre de mi pueblo que a la muerte de su esposa fue a las dos de la tarde al cementerio, puso dinamita debajo de sus sobacos y explotó; un amigo recogió sus restos. No sé a qué edad dejé de tener poluciones nocturnas. Cuido de hablar frente a amigas por temor a que detecten machismo. Mis dos padres están vivos. He cogido con putas, he pagado por sexo. No me he acostado con hombres. Sí observo la belleza de un hombre. No voté por Evo Morales. Si apremia, veo pornografía antes de dormir, buceo en las categorías: asiáticas, *amateur* e incesto. Mido un metro setenta y siete, peso ciento cinco kilos, más de veinticinco kilos de exceso. He matado muchos animales. Dos veces sin querer le disparé con arma de fuego a mi madre. Soy hijo único. Puedo ingerir grandes cantidades de alcohol. Fumo hasta dos cajetillas de cigarros en el día. No sé hablar inglés pese a que buena parte de la música que escucho está en ese idioma. Dos veces a la semana tengo erecciones al despertar, me digo: *OK*, está todo en orden. He vencido peleas a puños y me han pegado en otras. Digo que estuve un año de cadete en una escuela militar pero en realidad estuve ocho meses, enfermé y mi madre fue a



* Fragmento de un libro en construcción.

recogerme. Perdí la virginidad a los dieciséis años. Tengo estrías en el abdomen porque engordé rápido en pocos meses. Todos los días me digo que haré ejercicios. En mi adolescencia frecuentaba gimnasios, recuerdo mi cuerpo de aquel tiempo por las veces que me miraba en los espejos. Estuve en un accidente de tránsito, nada grave. He visto la cara de dos personas muertas. He visto llorar a mi madre y a mi padre. Sólo soy discreto cuando la confesión es seria. La primera novia que tuve fue una muchacha guaraní, en el campo; por celos, caminé más de veinte kilómetros hasta su casa, hablé con ella y regresé a la mía. A menudo hablo de la casa de campo o hacienda de mi familia, me cuido de decir que el lugar me gusta, puedo también decir que es de los pocos lugares donde me siento tranquilo pero que me aburre. Cocino mal. Soy desordenado. Viajé fuera de Bolivia a Buenos Aires, a Santiago y a Lima. Sudo profusamente de las axilas y de los pies. Uso la cabeza al rape desde mis catorce años. A menudo me repito la frase: «Los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo». Mi timidez se confunde con grosería o engreimiento. En la calle miro a razón de cuarenta culos por día. Me molestan la prepotencia del vicepresidente García Linera y el cinismo de Evo Morales. He visto a dos parejas tener sexo a pocos metros de donde yo me encontraba. Cinco veces al día es mi récord de masturbación. Digo que sabía tocar guitarra: únicamente sacaba rancheras. No sé bailar chacarera. Sé bailar cumbia. No sé bailar salsa. Recuerdo el primer rechazo de una mujer. He llorado por mujeres. He llorado dos veces rezándole al dios cristiano. Pierdo tiempo revisando videos de *bloopers* e imágenes insólitas en internet. Camino pisando ligeramente chueco el pie derecho; de niño, mis padres me colocaban mis zapatos al revés para corregirme esta anomalía. He transcripido completo el libro de cuentos *Hijo Jesús*, de Denis Johnson. El álbum que más he escuchado fue un casete de *Grandes éxitos*, de Enanitos Verdes. Buena parte de este libro lo escribí con un bolo de coca en el cachete. No vomito cuando me emborracho, es mi fuerte. De mi edad adulta atesoro el recuerdo de la humedad en mi mano por sudor de la espalda de una mujer. Me aflige imaginar que pierdo a mis amigos. A un metro de distancia mandé brutalmente a la mierda a una mujer. Soy pésimo administrando mi dinero. Gasté mi sueldo de un mes en una noche de joda. Tuve un trabajo serio a la edad de veintiocho años. Tengo miedo de enfermar de cáncer. Nací en Camiri, una pequeña ciudad ubicada en el Chaco boliviano. De niño, después de las lluvias, calzado con botas de goma, me gustaba salir a caminar por el bosque. La

primera vez que visité Santa Cruz tenía cinco años, llegué a las seis de la mañana, me senté sobre una maleta a mirar un gran letrero luminoso de Coca-Cola. Sabía leer y escribir antes de ingresar a primaria. Casi me ahogo dos veces: en un río y en una laguna. Retengo los nombres de las personas que me interesan. Prefiero dormir del lado izquierdo. Me digo que no tengo miedo a la soledad, pero sospecho que sí tengo. Detesto los hospitales. Me enamoro fácilmente. Una mujer me ha llamado ingenuo: hice un berrinche. Prefiero no rasurarme el pubis. Me gusta caminar en los mercados entre esa cantidad informe huidiza de rostros feos. Me adormece la verborrea de un interlocutor parlanchín pero no sé interrumpirlo. En los espejos, si miro con un golpe de vista, descubro los rasgos de mis padres en mi cara. Puedo mirar televisión durante ocho horas seguidas. No tengo la costumbre de rayar mis libros. Aburrido en una conversación, digo: Entiendo; esta muletilla la tomé del personaje de Charlie Sheen en *Two and a Half Men*. Adquirí el hábito de contarme historias, normalmente fantasías sexuales o violentas o heroicas en las que yo era el protagonista, en compañía de mi abuelo mientras él conducía la camioneta y recorríamos la propiedad o las comunidades de guaraníes de los alrededores. El primer cuento que escribí se llamó «El otro». Actúo de acuerdo a mis intereses. No dudo en calificarme como egoísta. Los niños me ponen nervioso. He bebido cinco días de la semana. He intentado dejar el alcohol pero no he durado más de una semana. La única vez que lloré con un libro fue con *Guerra y Paz*, de Tolstoi, y tuve un nudo en la garganta un par de veces con la lectura de *Mi libro enterrado*, de Mauro Libertella. Hace un par de años tuve ataques de pánico al despertar en las noches y constatar que en algún momento moriría, estos ataques sólo se producían en la habitación que yo ocupaba cuando era niño. He sido infiel. Me sobresalto y trato de disimular cuando mi interlocutor encuentra mi falta moral o intelectual. Dos veces me entusiasmé porque iba a ser padre. He cogido un par de veces bajo las estrellas. Lo máximo que he eyaculado son dos polvos en menos de un minuto, me hice el tonto, no pedí disculpas. He laburado como *bartender*, mesero, becario de trabajo en la universidad estatal, vendedor de entradas para bares, revendedor de entradas ilegales en conciertos, pintor de brocha gorda, ganadero, agricultor, encuestador, periodista y abogado. Sé criar chanchos, sé ordeñar vacas, sé criar pollos, sé montar a caballo, sé disparar un arma, no practico ningún deporte, no sé conducir motocicleta, sé machetear, carpir, hachear, encender una fogata. No he consumido

cocaína, ni ácido, fumé marihuana en seis oportunidades, no me gusta su efecto. Me cuesta decir no a los amigos. Disfruto que me cuenten y contar un chisme. Miento con facilidad. Creo en fantasmas. Me he lastimado la mano derecha porque no acerté mi puñetazo en la cara de un amigo sino en la pared. Me he lastimado el pie izquierdo por patear el hocico de una vaca; en ambos casos mi mano y mi pie se hincharon terriblemente. Tardé doce años en graduarme de Derecho. He testificado en falso en un divorcio. Fui testigo del matrimonio de dos de mis mejores amigos, estoy orgulloso de ello. Recuerdo mi sombra formada por mi cuerpo de seis años, en la noche, con la luz de la luna, pensaba: Tengo la panza más grande que mis nalgas. La música de Daft Punk y Él Mató a un Policía Motorizado es lo mejor que he escuchado en los últimos cinco años. No me animo a afirmar que Dios no existe. Me gusta mirar el movimiento de las hojas de los árboles por la acción del viento. Me aburro fácilmente en las charlas sobre literatura. En algún momento creí que yo merecía coger con Lady Gaga. El primer recuerdo que tengo de una canción es la intro de «Cuando pase el temblor», de Soda Stereo. Y la primera aproximación al misterio (aunque rústico) de la poesía fue a través de otra canción: «Pastillas de amnesia», de Bronco. No sé qué esperar de la literatura. Mis escritores favoritos son: Coetzee, Chejov, Askildsen, Kawabata, Tolstoi, Carver, Cheever, Rulfo. Otros que aprecio mucho: Hemingway, Faulkner, Denis Johnson, Cervantes. Directores de cine: Tarkovski, Antonioni, Lisandro Alonso, Carlos Reygadas, Lucrecia Martel. La hacienda de mi familia se llama Kaukaya, es una palabra en guaraní que significa... conozco dos versiones: «lugar donde sólo el dueño puede vivir» y «monte que emborracha, marea». Tuve la alucinación en la que Jesucristo apareció sobrevolando encima de mi cama y me libraba de un demonio, era el Jesús de *La última cena* de Da Vinci, la misma vestimenta y pose. Cuando escribo leo poco. Besé a una prostituta pensando en una amiga de la que estuve enamorado, imaginé su cabello, su cara muy pegada a mí. Cuando escucho la canción «Living on my Own», de Freddie Mercury, me digo que puedo ser una marica feliz. Si de algo estoy orgulloso es de que no me excitan los travestis. Hubo un tiempo en el que me recogía a pie de mis borracheras, repitiendo la única frase en latín que sé: *Siquis in hoc artem populo non novit amandi, / Hoc legat et lecto carmine doctus amet*: es el comienzo del *Arte de amar*, de Ovidio; traducida sería algo así: Si alguien del pueblo no sabe amar, lea esto y, documentado, ame. A menudo, cuando hablo, noto que mi interlocutor

deja de prestarme atención. Me gusta pronunciar con acento francés: Henri Matisse. En los karaokes canto temas interpretados por Nicho Hinojosa. Mi madre me contó que mi padre temía que yo naciera mongólico. Adquirí el placer de la lectura leyendo relatos pornográficos de revistas que mi padre guardaba en su cajón personal, conservo imágenes poderosas de esas historias. Mi padre me ha dicho que creía que yo me dedicaría al fisicoculturismo. Tengo un pequeño cristo crucificado de yeso que no me animo a botar a la basura. Creo que mía es la frase: Fumar es un suicidio sin convicción. Soy conversador en algunos grupos y callado en otros, hablo poco cuando estoy solo con un interlocutor. Nunca he recibido abrazo de la gente que regala abrazos en vía pública. A medida que pasan los años descubro mis límites. Ayudo a cruzar la calle a los ciegos que encuentro en vía pública. Digo a quien me pregunta: «Saúl significa el elegido»; luego: «el personaje bíblico se suicidó lanzándose sobre su espada». Nunca he piropeado públicamente a una mujer. He lanzado gatos al techo. En las calles de madrugada pateo bolsas plásticas de basura. Reviso las plantas de mis zapatos para saber el grado de desgaste. Quiero creer que la digresión en mi escritura proviene de la verborrea rememorativa, repetitiva y aleatoria de mi familia paterna. Mi ombligo es muy sensible. Ver fotos de mujeres con sus gatos me provoca flojera. Un amigo me ha dicho que no sé dar las gracias. El mismo amigo me reveló que en presencia de mujeres me porto amanerado, que no soy natural. Tengo más de veinticinco poleras negras. Creo que sé con quién debí ser novio, casarme, formar una familia; ahora tiene dos hijos y esposo. Sospecho que mi acento tiene un dejo campesino, no me avergüenza. Cada una o dos semanas, limpio mi habitación y renuevo mis deseos y ganas de tener un mejor estilo de vida. Que yo sepa, no tengo enemigos. Fantaseo con la fantasía de Flaubert de una obra sostenida sólo por el estilo del autor. Tengo más de cuatro mil libros descargados en mi computadora. Mi biblioteca de libros físicos no es numerosa. De vez en cuando descargo libros, me siento como si fuera de *shopping*. Casi no visito las librerías de la ciudad donde vivo, he perdido la fe en ellas. No visito bibliotecas. Cuando enfermo, reviso en internet *posts* de síntomas y soluciones, de preferencia tratamientos caseros. En mi infancia a la hora de la siesta me metía debajo de las camas a observar con fascinación las pelusas en el suelo doradas por la luz del sol, alguien me había dicho que eran restos de muertos. Al caer la tarde, cuando en la lejanía los perros ladran, escucho mi nombre. Santa Cruz es la mejor ciudad dentro

de las posibles para vivir, no me quita el sueño vivir en otra parte del mundo. Leo en la cama. Una tipa con la que dormí me despachó en la madrugada a mi casa porque yo roncaba demasiado fuerte. Detesto el sonido de la flauta dulce. Balbuceo a propósito para que la gente no me entienda y me pida que repita lo que dije. Me siento extrañamente atraído por las mujeres de brazos peludos. Frente a una decisión laboral o de conquista, me digo: Qué haría Don Draper en mi lugar. Una mujer me dijo en el *chat*: ¿Todas tus salidas te las escribe Woody Allen? Un amigo me dijo: Ya no estamos en los noventa, deja atrás el cinismo y la ironía. Durante varios meses ejercí de abogado sin tener licencia del Estado. Borracho, he enviado a mujeres fotos de mi pene, al día siguiente una de ellas me escribió al Whatsapp: Buenos días, don pene, ¿cómo amaneció? No sé en qué momento me duermo cuando duermo. No colecciono nada. No sé dar primeros auxilios. Pido deseos a estrellas fugaces. No entiendo la poesía visual, además me parece un ejercicio estéril. No he gritado ningún gol. No hago regalos. No tengo disco físico de ningún cantante o banda. He pensado que si estuviese en una guerra yo elegiría llevar heroicamente la bandera a campo través. Si estoy en contacto continuo con una persona adopto sus gestos y actitud. Más que llevar una conversación entre varias personas prefiero intervenirla. Me han dicho que no sé dar abrazos. Si me hablan muy cerca doy un paso a un costado, no hacia atrás. Jamás me antojé de recorrer el mundo de mochilero. Fantaseo puteando gente, las humillo con argumentos formidables. La pose sexual misionero la asocio de manera extraña con sexo en las misiones cristianas. En el trabajo, para sentirme en casa, escucho música que normalmente escucho cuando estoy en mi casa. Me fijo en la grasa abdominal que dejó el embarazo en el cuerpo de una mujer. Me es más fácil que aflore mi lado divertido con una mujer moderadamente divertida que con una aburrida o con una muy divertida. No me considero inteligente, sino alguien con momentos de lucidez. Me definen la negación y la pasividad antes que la afirmación y la actividad. Soy diestro. He comprobado que escribiendo con el pie tengo la misma letra que escribo con la mano. A una mujer que conocí en un bar le regalé el DVD de la película *Hijo de Saúl*, de László Nemes, días más tarde cogimos, a las semanas me dijo que esperaba un hijo mío, me pareció una broma retorcida del destino que afortunadamente concluyó con sangre menstrual. Evito hablar con mis vecinos de barrio. Uso anteojos: diagnóstico del oftalmólogo: astigmatismo e hipermetropía, ojo izquierdo 1,25, ojo derecho 1,75 •

Burbuja

CRISTIAN DAVID LÓPEZ

**Víctor, Víctor, has dejado tu tienda,
tus hijos, tu casa recién pintada,
tu país... por el brillo que deslumbra
a todos, y cruzaste la frontera,
el mar y el cielo como nube negra.**

**Hace seis meses que has llegado aquí
con la barriga llena de ilusión,
con el cerebro lleno de burbujas.**

**En cortos días, en tan largas noches,
se evaporó el ahorro que trajiste
contigo, y con ello esos años duros
de trabajo bajo la lluvia y el sol.**

**Con todo aquello se agotó la santa
paciencia. Despertaste con mucha hambre
de ese sueño que era una pesadilla.
Nada había para comer y fuiste
devorándote a ti mismo. A tus pies
se derrumbó el puente y empezaste a rodar
por los círculos fríos de la noche.**

**Víctor, a pesar de todo, has logrado
lo que no has podido bajo tu techo,
lo que no han podido los duros campos
ni las recetas vegetarianas de tu esposa:
¡bajar treinta y dos quilos en diez meses!**

**Ya puedes, Víctor, regresar ufano
a tu añorada tierra.**

Los dientes no sabían cómo actuar

CAROL RODRIGUES

Aquel día era tarde. Aún mentía su edad en el bar la identificación fotocopiada de un número recortado y colocado con pinzas. Aún pedía al padre déjame tomar el camión te juro que no hablo con nadie. Aún se iba de pinta de la escuela o del ballet o inglés para papalotear de día. Pero sentía que era tarde.

Para los padres iba a dormir con Elisa Martinelli. Pero en la mochila, entre la pijama y el uniforme, se estropeaba un vestido aglobado. Y el camino fue tortuoso y un taxi para el baile sin padres en el terreno de André Castilho. Dos semanas atrás, cuando él abrió una raja en el peinado de hongo marcando con *mousse* una raya McDonald's, ella pasó del topcito deportivo mediano. Fue de compras con la prima a escoger. Un vestido púrpura con encaje y piedras brillantes.

El baile siete con nueve era ya de música lenta. Eran chicas y chicos alineados en grupos frontales. Pero Patrícia de Paiva fue más rápida y acordó con André Gutierrez, el mejor amigo de André Castilho, que era con él, Castilho, que iría a bailar Patrícia. Y la chica de pechos forjados en brillantes cayó con Zé Geraldo muy flaco muy de frenos hace tanto tiempo y los dientes, malcriados, no se querían juntar. Al final de Bon Jovi entró Shakira hola hola gracias a dios cada uno por su cuenta las chicas tremendos culos. Los chicos mordiendo los labios, Hay cerveza ahí apuntó el dedo flaco y curvado tan largo Zé Geraldo. Una lata abierta y en la rueda alguien prendió un Goudang. El aroma a clavo y canela aflojaba los corpiños que pendían para acá y para allá metrónomo lento. Un trago buscado a lengua en el labio dulcecito ganas de besar, alguien dijo. Ensalada mixta, pero ya. Sí, ahora, mis padres regresan a las nueve, alertó André Castilho que tragaba el humo pescaba para enfrente calando las nubes que salían de las otras bocas.

Pasaron peras y uvas hasta que alguien pidió manzana y alguien cambió el CD. El *soundtrack* de *Matrix* quedaba mejor. Hasta que la ensalada llegó y fue

para quién, fue para la chica, y fue de quién, fue de André Castilho. La raya incólume abriendo el rostro a la vida y llegando al suyo medio cerrado, aún, por la raya recta que se arrepintió de cortar. Pero fue la lengua buscando lengua y los dientes sin saber cómo actuar el labio variando los trabajos entre la horizontal y la vertical. La diagonal también. Y alguien cambió el CD por el baile de la cuerquita, y la Patrícia ya se quitaba el cinturón y agarraba una punta (Júlia Pereira estiraba el brazo con la otra). Las rayas invirtieron papeles y las manos limpiaron excesos. Y fueron completos a pasar por la cuerquita.

Y después que pasó el negrote y la rubiecita Patrícia de Paiva comandó el sonido y la danza cada vez más aeróbica los chicos sudando las chicas agarrándose el cabello en alto dando mucho trabajo al brazo libre. Hasta que un padre llegó, luego la madre, el portero reclamó, pasaron de las nueve, la luz se apagó y un aventón a casa de Elisa. El vestido aglobado vuelto a doblar la pijama puesta y el *blush* removido con jabón.

Elisa preguntó fue de lengua estuvo chido él me tocó él dice que le gustas. Y la chica doblando el top morado en la mochila respondió que eso nunca lo voy a saber. Y se recostó en la camita de Elisa con Elisa y Elisa apagó la luz. Y debajo de la sábana vamos a jugar. Creo que hoy no. Y Elisa quería jugar si no no duermes más aquí. Y cada una bajó el *short* de franela hasta la mitad del muslo y la pantaleta también y cada una reposó la mano fría en la cosa caliente de la otra. Y se rozaron y apretaron y durmieron así, la pantaleta bajada.

Al día siguiente en la escuela Marília Bitencourt vino a contar André Castilho y Pati Paiva echando novio mira allá. Y apuntó la uña mordida al centro de la cancha y retrasando el comienzo del partido una chica muy alta se curveaba para besar al chico de raya en medio.

Y como no podía cambiar el CD del silencio para la mezcla de Brasil con Egipto la chica sin pechos corrió al baño sin correr. Y sentada entre la puerta y la taza deseó la muerte de los altos. Y de los ricos. Y de los atletas.

Sacó la plumita de la mochila. Rayó en la puerta una P de Pati o de Puta y pasó el borde de la mano borrando, no era eso. Rayó una A de André de Avestruz y tampoco era eso. Rayó por fin aprovechando la P y la A borrados un Palo en el Culo del Capitalismo y podía ser.

En casa el top las piedras tan ridículas de brillantes. Una por una a la red y el encaje arrancadas quemadas en el balde metálico. El vestido aglobado el mismo fin. Sin tener nada más que culpar ni qué hacer abrió un libro •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

Marcelo D. Díaz

ALCE

Voltear un animal es una tarea que regresa el daño
en forma repetitiva, el cuerpo firme
cae mientras mirás el reflejo
de su cara en el metal de la hoja.
Hace una hora trajeron un alce
liviano conservaba las marcas del impacto
los animales en la ruta alteran el equilibrio
la vida en el campo nos transformó
en seres rumiantes con la fantasía
de usar antiparras para limpiar la sangre.
Pensás que todos podemos romper fácilmente
la órbita de las moscas
que cada uno ejecuta la misma función con su especie;
el ojo se contrae entonces el animal
embiste con su cabeza las paredes.
¿Es real la escena o la soñaste? ¿No estábamos
sacrificando otro animal? Silbás
el silencio nos encuentra atados
a un mismo cuerpo en el suelo;
nadie quiere ser sentimental.

Terminaremos siendo el anuncio
el gran miedo de las cosas que perdemos
sin darnos cuenta acurrucados
en la noche diminuta
como si estuviéramos en el comienzo de la creación
cuando todo era oscuro.

NUBES

Sabías que los elefantes mueren en soledad
su esqueleto perdura años
diferente de la madera
con la que construimos nuestra casa.
Las nubes con formas de animales
siempre vuelven como si fuéramos
un tesoro para desenterrar
en el futuro. ¿O es que nadie te recordará
con el paso de los años?
Pediste por algo que no querías
y te fue concedido, yo treparé
por cada rama que regalaste
antes de entrar en el río.
Confío en el error no en la búsqueda
de las correspondencias.
No sé por qué pienso en esto
si todo parece irreal, esperabas
el milagro, dos, tres segundos
hasta que una rodaja como de luz
llegó a nosotros demorada
en nuestros huesos
en plena descomposición.

EL JABALÍ

a Marcelo Bonyuan

Acribillado, dijiste, lo carnearon por la noche
hace una semana esperaste en el cruce
a un desconocido, querías poner a prueba
la felicidad pero de inmediato
el hombre huyó entre los pastizales
dañado desde antes. *En casa del ahorcado*
—repetías como un mantra—
sólo se habla de la sogá.
Ante lo que no tenemos el mundo representa
una tragedia, cuando trajiste el jabalí
no pensaste en la sogá
sino en la persona que escapó.
Mejor sería que no existan animales
que no conocen la compasión,
la caza suelta al vacío ataduras
como las nuestras, todo lo que
procede de estas tierras muere
lo único que posibilita la vida
vale decir es que nos vamos deshaciendo
día a día en este cuerpo moribundo;
yo no sé si te será fácil andar
por los campos, nadie te dijo
no entres en la niebla
porque más allá de la niebla
el fuego apenas sostenía tu llama.

Pimienta y barniz

GUSTAVO ARROYO

**Conozco el olor de mi piel,
aunque no puedo percibirlo
de forma inmediata en cada intento:
la cercanía de los brazos contrasta
—en cuanto a posibilidad—
con el reverso de los muslos.**

**Estoy a punto
de perder el vuelo
que debía llevarme
al exilio voluntario.
Descártese la decisión como causa,
y entiéndase el augurio como destino.**

**Primero consideré
la alternativa del tren,
pero los rieles despiertan el espanto.
Ninguna máquina que se deslice
sobre bandas paralelas
puede dar nacimiento a la confianza.**

**Ahora,
un avión se eleva
con el mismo brío
que las bestias enormes.
Yo quedo a ras de suelo,
nueve kilómetros atrás.**

**El tren, por su parte,
sucumbe al precipicio.
Los insensatos que lo abordaron
merecen morir entre el metal.**

**De toda suerte,
el autoexilio fracasó.**

**Mientras espero una bala
en la raíz de las neuronas,
huelo la pimienta de mis dedos
y el barniz de mis rodillas.**

**Moriré con la dignidad
que hoy les faltó
a los descarrilados.**

Meteorito

LILIANA COLANZI

El meteoritoide recorrió la misma órbita en el sistema solar durante quince millones de años hasta que el paso de un cometa lo empujó en dirección a la Tierra. Aún tardó veinte mil años en colisionar con el planeta, durante los cuales el mundo atravesó una glaciación, las montañas y las aguas se desplazaron e incontables seres vivos se extinguieron, mientras que otros lucharon con ferocidad, se adaptaron y volvieron a poblar la Tierra. Cuando finalmente el cuerpo ingresó a la atmósfera, la presión del choque lo redujo a una explosión de fragmentos incandescentes que se consumieron antes de llegar al suelo. El corazón del meteorito se salvó de la violenta desintegración: se trataba de una bola ígnea de un metro y medio que cayó en las afueras de San Borja y cuyo espectacular descenso de los cielos presenció una pareja que discutía en su casa a las cinco y media de la mañana.

Ruddy se levantó a lavar los platos cuando todo estaba oscuro. Abandonó el cuarto de puntillas para no despertar a Dayana, que dormía con la boca abierta, emitiendo gruñidos de chanchito. Se detuvo en el pasillo a sentir la oscuridad, todos sus poros atentos a las emanaciones de la noche. Los grillos chirriaban en un coro histérico; desde lejos le llegó el relincho cansado de los caballos. Otra vez su cuerpo vibraba con la energía mala. Avanzó hasta la cocina y encendió la luz. Los restos de la cena seguían en el mostrador, cubiertos por un hervor de hormigas: Ely, la empleadita, había faltado ese día, y Dayana apenas se ocupaba de la casa. En el campo uno se olvidaba de guardar la comida y los bichos devoraban todo en cuestión de horas. La idea del ejército de insectos bullendo sobre los platos sucios lo inquietaba al punto de

empujarlo de la cama. Fregó cada uno de los platos y ollas con vigor, y la actividad logró erradicar por un momento algo de la energía mala de su cuerpo. Se sintió triunfante: había vencido a las hormigas. Capitán América, pensó. Luego secó la vajilla y la ordenó para guardarla. Estiró el brazo para abrir la alacena, pero al acercarse al mostrador su panza rozó por accidente el borde de la mesa. Los platos cayeron en cascada y el estruendo se expandió por toda la casa.

Se quedó de pie, aguardando tembloroso a que Dayana lo encontrara en calzoncillos en medio del estropicio y lo acusara de andar saqueando la cocina en busca de comida a sus espaldas. Pero nada se movió en la oscuridad. Barrió el destrozo sintiéndose estúpido y culpable, se sirvió un vaso de Coca-Cola y se sentó a oscuras en el sofá de la sala, incapaz de volver a la cama pero sin saber qué hacer.

Había empezado a dormir mal desde que el doctor le recetara las pastillas para adelgazar. Era como si su cerebro trabajase a una velocidad distinta, incapaz de bloquear los pensamientos insistentes o los ruidos de la noche. Se despertaba sacudido por un golpe de adrenalina, listo para defenderse del zarpazo de una fiera o del ataque de un ladrón enmascarado, y ya no podía volver a dormir; se resignaba entonces a pasar la noche bajo la urgencia por ponerse en movimiento. Y luego estaba la interminable conversación consigo mismo, la espantosa vocecita en su cabeza que le señalaba todo lo que había hecho mal, los dolores de cabeza que llegaban como vendavales. Odiaba la pastilla.

Y, sin embargo, la pastilla le había salvado la vida. Cuando fue a ver al doctor pesaba ciento setenta kilos, tenía los triglicéridos más altos de San Borja y la certeza de que moriría de un infarto antes de que su hijo Junior empezara el colegio. La gente todavía recordaba la muerte de su padre, hallado desnudo en el *jacuzzi* de un motel: el paro cardíaco lo encontró cogiendo con una putita adolescente. Estuvo una semana en coma y falleció sin haber recobrado la conciencia. No faltaba el chistoso que ponía a su padre como ejemplo, diciendo que ésa sí que era una manera honrosa de irse de este mundo.

Pero Ruddy no quería dejar huérfano de padre al pequeño Junior. Gracias a la pastilla se le habían derretido cincuenta kilos en siete meses sin hacer ningún esfuerzo. Ni siquiera tuvo que dejar la cerveza o el churrasco. Nada. Un milagro del Señor, le había dicho Dayana, eufórica, y esa noche se había puesto las botas rojas de cuerina que a él le gustaban y habían cogido con frenesí, como cuando eran novios

y estaban locos el uno por el otro y tan desesperados que se encerraban juntos en los baños de los karaokes. Fue Dayana quien lo llevó a ver al doctor argentino que pasaba por San Borja vendiendo esa cura milagrosa contra la gordura; también fue ella quien empezó a llamarlo Capitán América, divertida por su repentina hiperactividad. Eso sí, su mujer no sabía de sus vagabundeos nocturnos, de las noches en que la energía mala era tan abrumadora que empezaba a barrer el piso o se tiraba a hacer lagartijas en el suelo hasta que el alba lo encontraba con el corazón enloquecido.

Se acostó en el sofá y cerró los ojos. La fricción contra el forro plástico del sofá le quemaba la piel cada vez que se movía; no encontraba posición que propiciara el descanso. Tuvo pena de sí mismo. Él, nada menos que el hombre de la casa, exiliado de su propio cuarto, mientras que su mujer ni se enteraba. Negra de mierda igualada, pensó con rabia, revolcándose asediado por un nimbo de mosquitos. Debía estar en pie a las seis de la mañana para ir a comprar diésel, antes de que los contrabandistas se llevaran todo el combustible a la frontera. Luego le tocaba arreglar con la familia del peoncito al que una vaca había hundido el cráneo de una coz. Más le valía al peoncito haberse muerto: después de un golpe así en la cabeza le quedaba una vida de idiota o de vegetal. Nunca debió haber aceptado al chico. Hay gente que nace bajo una mala estrella y siembra a su paso la desgracia. Dayana no creía en esas cosas, pero él sí: los collas tenían incluso una palabra para designar al portador del mal agüero. Q'enchá. El chico era q'enchá, eso debió haberlo notado desde el momento en que vino su madre a dejárselo. Debía tener trece, catorce años a lo sumo. Era un caso curioso, incluso insólito: para haberse criado en el campo no sabía ni acarrear el tacho de la leche. Sus piernas parecían hechas de mantequilla, posiblemente un síntoma de desnutrición. Y no se daba bien con los animales: el caballo relinchó y lo tiró al piso al primer intento de montarlo. Debió haberlo devuelto a su madre ese mismo día.

Pero una vez más se había dejado arrastrar por el deseo de mostrarse generoso, magnánimo, delante de esos pobres diablos. La madre incluso trajo una gallina —casi tan esquelética como ella— de regalo. El papá de él es finado, dijo la mujer, señalando al chico con el mentón, y él no quiso enterarse de alguna historia trágica y seguramente exagerada, semejante a tantas otras que le contaban los campesinos para que aflojara unos pesos. Le prometió hacerse cargo del chico y

le adelantó un billete de cincuenta. Ya cuando se iba, la mujer se le acercó tímidamente. Mi hijo tiene un don..., le dijo. Él se rió: ¿Ah, sí? Los paisanos salían con cada cosa. Ella lo miró con gravedad: Mi hijo puede hablar con seres superiores. Él escupió a un costado y se tocó los testículos. Mientras sepa ordeñar, señora, aquí no va a necesitar hablar con seres superiores, le dijo, y después la despachó.

Echado de espaldas en el sofá, Ruddy soltó una risa agria. ¡Qué don ni qué ocho cuartos! El chico ni siquiera había podido evitar la patada de la vaca. Fue Félix, su vaquero, quien lo encontró medio muerto en un charco de sangre. Y ahora él tendría que hacerse cargo de los gastos. Quinientos pesos: eso pensaba ofrecerle a la madre por el accidente del chico, ni un centavo más. Se rascó la panza y suspiró. No había empezado el día y su cabeza bullía de preocupaciones. Dayana, en cambio, seguiría en cama hasta las nueve. Después dedicaría una hora o dos a ensayar la ropa que llevaría para ir a sus clases de canto en San Borja, mientras que al pobrecito Junior lo atendía Ely. Ése era su último capricho: quería cantar profesionalmente. Incluso le había hecho traer un karaoke con luces de Santa Cruz para que pudiera practicar en la casa, a pesar de que el bendito aparato consumía toda la energía del generador y causaba apagones súbitos.

Aplastó con violencia otro mosquito en su canilla izquierda. La luz del amanecer aureolaba las cortinas. Decidió que haría seguir a Dayana uno de estos días con Félix, a ver si de verdad iba donde decía que iba. Pero de inmediato se le ocurrió que Félix haría correr el chisme: don Ruddy cree que su mujer le está poniendo los cuernos, yo la estuve siguiendo con la moto. Antes muerto que en boca de todos esos cambas. Ya se había hablado bastante de él cuando Leidy, su exmujer, se fugó con un brasilerero y él casi se suicidó a punta de comida y trago. Sabía que la gente decía a sus espaldas que era débil, que no estaba hecho de la misma sustancia que su padre, que la propiedad se estaba yendo a pique por su culpa. Soy un gordo de mierda, pensó.

Se tiró al piso e hizo cuarenta lagartijas. Al acabar se sentía enfermo y reventado, a punto de vomitar. Y sin embargo seguía tan despierto como antes. Permaneció de rodillas, frustrado y acezante mientras el sudor le escurría por la papada. No podía sacarse al chico de la cabeza. A la semana de su llegada lo mandó llamar. El chico apareció en la puerta de la casa con el sombrero en la mano: tenía el rostro desolado, como era usual en los paisanos, pero no había miedo en sus ojos. Tu

madre me dijo que vos sos especial, le dijo a quemarropa. El chico permaneció en silencio, midiéndolo con la mirada. Te voy advirtiendo que no me gustan los flojos ni los charlatanes —continuó— y no me quiero enterar de que estás distrayendo a mi gente con historias de ángeles y aparecidos. El chico respondió con voz serena y firme: Pero no son historias de ángeles y aparecidos. ¡Qué cuero tenía! Ni los vaqueros más antiguos se atrevían a contradecirlo. Su insolencia le gustó. ¿Cuál es, pues, tu gracia?, le dijo, divertido. A veces hablo con gente del espacio, dijo el chico. Él se rio. Había escuchado a los vaqueros repetir con miedo las historias de los indios, leyendas sobre el Mapinguari, la bestia fétida del monte, pero este asunto de los extraterrestres era nuevo para él. Con seguridad el peoncito sufría algún tipo de delirio. ¿Y de qué tratan esas conversaciones, si puedo preguntarte?, le dijo, burlón. El chico dudó antes de contestar: Dicen que están viniendo. El peoncito estaba más loco que una cabra. ¿Y cómo sabés que no es tu imaginación?, le preguntó. Porque tengo el don, contestó el chico con absoluta seguridad. Se acercó al peoncito y le atizó un manotazo en la cabeza; el chico se protegió con ambas manos. La próxima que te oiga hablar del don te voy a tirar a los chanchos, amenazó. Se prometió que esa tarde iría a hablar con la madre y le explicaría que el chico sufría algún tipo de enfermedad mental. Pero estuvo ocupado con las cosas de la estancia y se olvidó. Quizás era su culpa lo que le había pasado al chico. No había muerto, pero los ojos quedaron casi fuera de las cuencas. Él mismo le pegó un tiro a la res que había perjudicado al chico. Era su obligación. Quiso dispararle entre los ojos, pero la mano le temblaba por causa del insomnio y la bala alcanzó el cuello de la vaca. El animal cayó sobre sus patas traseras, gimiendo y arrastrándose. Una desgracia, hacer sufrir así a una bestia. Qué miran, carajo, les gritó a los empleados, y remató a la vaca con dos balazos en la frente.

Félix le dijo que la gente tenía miedo: días antes del accidente el chico anunció que aparecería un fuego en el cielo para llevárselo. ¿Y si les había echado una mareción? ¿Y si estaban todos malditos? Hay un curandero chimán por aquí cerca, le sugirió Félix. ¿Por qué no lo llama para que acabe con la mareción? Qué mareción ni qué mierda, pensó él, y se propuso zanjar el asunto con la madre y acabar de una vez con los rumores. Todo lo del chico lo tenía al mismo tiempo harto y preocupado.

Todavía de rodillas en la sala, le llegaron los pacíficos ronquidos de Dayana desde el cuarto. Debería ser esa negra de mierda la que esté durmiendo en el sofá, no yo, pensó. Finalmente se incorporó y buscó el paquete de Marlboro que escondía debajo del asiento del sofá. No podía dormir, pero al menos podía fumar. Ésa era su venganza contra Dayana y contra el mundo. Nadie le iba a privar de ese placer. Descalzo, palpó los bolsillos del *short* en busca del encendedor. Debo de haberlo dejado en la cocina, pensó.

Entonces la vio: la puerta de la cocina se abrió como si alguien la empujara con la punta de los dedos. Ruddy soltó un alarido y cayó de rodillas sobre el sofá, esperando el ataque con las manos sobre la cabeza. Se quedó inmóvil en esa posición, demasiado asustado como para huir o defenderse. Volvió a incorporarse poco a poco, acobardado ante la posibilidad de que el intruso estuviera a punto de lanzársele encima, pero no percibió ningún movimiento o ruido a su alrededor. Con cautela encendió la luz de la sala y luego la de la cocina: todo estaba en su lugar. La ventana cerrada de la cocina impedía el paso de la más mínima ráfaga de viento. Debe de haber sido el gato, se le iluminó de pronto. Claro, tiene que haber sido Lolo. Escupió en el fregadero, aliviado. Pero recordó de inmediato que Lolo dormía fuera de la casa.

Se calzó las chinelas y abrió la puerta. Lo recibió la limpieza del día que empezaba a manifestarse. Una bandada de loros anegó el cielo sobre su cabeza; eran cientos, estridentes y veloces. Por un momento los vio formar una espiral amenazante encima de él y tuvo la seguridad de que la multitud alada se estaba preparando para atacarlo. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la bandada había vuelto a dispersarse y se alejaba por el cielo con su estrépito feliz. El aire cargado de rocío de la mañana se le metió por las narices y lo hizo estornudar. Vio al gato acostado sobre el tanque de agua, relamiendo perezoso una de sus patas. El animal lo miró con indiferencia, como si la comida que recibía todos los días no dependiera de él, como si le diera igual que él, Ruddy, cayera muerto en ese instante, liquidado de terror por una puerta que se había abierto sola en la madrugada. Escupió y su esputo fue a dar al pasto húmedo. Volvió a cerrar la puerta y apoyó sus ciento veinte kilos sobre ella. El gordito de las hamburguesas Bob es maricón. A los cinco años lo habían elegido entre decenas de niños obesos para protagonizar la propaganda más famosa de las hamburguesas Bob, en la que aparecía atrapado en medio de dos panes, listo para

ser devorado por una boca gigantesca. Así se sentía ahora, atrapado y a punto de ser engullido por una fuerza superior y maligna. Decidió intentar dormir una hora más, hasta que la empleada apareciera en la cocina para hacer el desayuno. Estaba por acostarse otra vez en el sofá cuando notó que la puerta de la cocina se cerraba sin la ayuda de nadie. Sintió una opresión en los testículos y en el estómago. Entonces corrió a llamar a Dayana.

Negra, la llamó, traspasado por el miedo.

Le sacudió los brazos.

¿Qué pasa?, dijo ella, mirándolo desde la frontera del sueño.

Tenés que venir a ver la puerta de la cocina. Se abrió y se cerró solita.

Ella soltó un suspiro profundo y le dio la espalda.

¡Negra!, chilló Ruddy.

Ya voy, ya voy, dijo Dayana con resignación, y se apoyó en los codos para levantarse.

Dormía con el maquillaje puesto para que Ruddy la viera hermosa incluso en sueños. Lo acompañó a la cocina vestida con el *babydoll* transparente. Tenía los pechos enormes, sensacionales, operados, y toda ella parecía fuera de lugar, como una actriz que se ha equivocado de rodaje. Él le contó a borbotones lo que había pasado.

La puerta se movió sola dos veces, negra, concluyó, asustado. ¿Qué vamos a hacer?

Dayana se cruzó de brazos.

Por el amor de Dios, Ruddy, le dijo. ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

Él la miró en silencio, avergonzado.

¿Qué carajos hacías lavando platos a las cuatro de la mañana?, insistió ella.

No podía dormir, se defendió Ruddy. Pero ése no es el punto, negra. Te digo que están pasando cosas muy extrañas.

Debe de haber sido el viento, dijo Dayana, frotándose los brazos para calentárselos, y se dio la vuelta para regresar a la cama.

Hay algo en esta casa, dijo él a sus espaldas.

¿Qué puede haber?, dijo ella, deteniéndose.

Él dudó antes de convocar la idea. Tenía que juntar coraje para materializarla incluso en sus pensamientos.

Una presencia, dijo finalmente.

Dayana lo miró con incredulidad.

No seás ridículo, bebé, protestó. Ha sido el gato.

¡Lolo estaba afuera!, sollozó él, y agarrando a Dayana por los hombros, la arrastró hasta la ventana. Le señaló al gato, que seguía restregándose las patas en el mismo lugar en que lo había dejado momentos antes.

¿Viste?, dijo él, y se volcó hacia Dayana en busca de la confirmación de sus sospechas.

Pero Dayana no miraba al gato, sino al cielo. Él alzó la vista. Semidesnudos y trémulos frente a la ventana, vieron la bola de fuego descender en el aire tenue de la madrugada y perderse a lo lejos, refulgiendo entre las copas de los árboles.

¿Qué te pasa, Ruddy?, gritó Dayana. ¿Querés matarnos?

Agitándose en los brazos de su madre, Junior lloraba con toda la potencia de sus pequeños pulmones. Ruddy se había dormido por un segundo mientras manejaba y la camioneta se había salido del camino. Despertó justo a tiempo para evitar estrellarse contra un tajibo, pero la brusca maniobra los había estremecido. Dayana se acomodó el escote del *top* de lentejuelas e intentó apaciguar al bebé. Él volvió a enfilar la camioneta por el camino de tierra, todavía aturdido.

Disculpame, balbuceó, pero su mujer no se molestó en contestarle.

Miró por el espejo retrovisor a Félix, a la caza de algún gesto de burla o reprobación, pero el rostro de su vaquero era impenetrable. Había sido un día agotador. Se había pasado la tarde en compañía de Félix buscando las tres reses perdidas, hasta que las encontraron enredadas en un zarzal: liberarlas y quitarles las espinas les tomó un par de horas bajo el sol. A ratos la vista se le empañaba de cansancio y todos los sonidos le horadaban el cerebro. Ahora mismo, por ejemplo, tenía ganas de ahorcar a Junior para que dejara de llorar. El llanto del niño lo sacaba de sus pensamientos. Por la radio habían dicho que la bola de fuego que él y Dayana habían visto en la madrugada había sido un meteorito. Pero no podía dejar de recordar las palabras del chico. Él había hablado de un fuego en el cielo. Es una coincidencia, había dicho Dayana, empeñada en negar todos los eventos extraños de ese día. Ruddy la obligó a acompañarlo, temeroso de abandonar a su familia en esas circunstancias; su mujer obedeció a regañadientes. Una parte

suya se negaba a rendirse ante las supersticiones. ¿Pero cómo explicar lo de la puerta? La puerta se había movido minutos antes de la caída del meteorito. Tenía que ver al chico, tenía que hablar cuanto antes con la madre. Quizás el chico ya estuviera mejor, los cambas tenían una capacidad admirable para recuperarse incluso de las heridas más graves. Pero vos encontraste un pedazo de cerebro al lado de la vaca, pensó, nadie puede sanar de la falta de un pedazo de cerebro. Pisó el acelerador y una nube de polvo envolvió la camioneta. Dayana tosió.

¿Cuál es el apuro, bebé?, le reprochó. Tampoco te tomés tan en serio lo de Capitán América.

Es por aquí, don Ruddy, dijo Félix, señalándole un desvío entre los árboles.

La camioneta avanzó dando tumbos, cercada por el monte. Oscurecía y la noche —él podía sentirla— estaba habitada por una vibración distinta. El resplandor de los curucusís lo distraía. Pájaros de ojos fosforescentes pasaban volando bajo. Todo estaba vivo y le hablaba. Los faros de la camioneta alumbraron una tapera de techo de hojas de jatata; en su interior temblaba la luz de una lámpara de kerosén.

Yo me quedo acá con Junior, dijo Dayana, subiendo las ventanas automáticas. No me gusta ver enfermos.

Mejor, pensó él. Así podría hablar a sus anchas.

Vos, vení conmigo, le ordenó al vaquero, y el hombre bajó de la camioneta tras él.

Pudo oler el miedo de Félix: a su vaquero el chico siempre le había dado mala espina. El hombre lo siguió con reticencia, encendió un cigarro y se detuvo a fumarlo a unos pasos de la choza. No hizo falta llamar a la madre: la mujer los había visto llegar y los esperaba en la puerta. Lo recibió con el mismo vestido viejo estampado de flores con el que había ido a dejar al chico unas semanas atrás. Pero había algo distinto en ella.

Señora, dijo él. ¿Cómo está su hijo?

Se jue, dijo la mujer, mirándolo de frente. No está aquí.

Escuchó a Félix aclararse la garganta a sus espaldas, nervioso. No supo qué decir. Él había venido a hacer preguntas y ahora... El aleteo de un pájaro en su oreja lo sobresaltó. Dio un salto. Pero no había nada ahí, sólo la noche. Notó que estaba cubierto en sudor y que las náuseas regresaban en pequeñas olas.

¿Cómo que se fue?, insistió él.

La mujer sostuvo la mirada, desafiante. Era flaca, pero incluso bajo la tenue luz de la luna percibió la dureza de sus músculos, el cuerpo acostumbrado a cortar leña y a traer agua del río. Debía de tener una voluntad temible para haber sobrevivido en el campo rodeada por los indios, haciendo las tareas de los hombres.

Esta mañana ya no estaba en su cama, dijo ella. ¿Qué quiere que le diga? Se jue sin despedirse.

La madre del chico largó un escupitajo que aterrizó cerca de sus pies. Él fue consciente de la provocación de la mujer. A pesar del mareo y de la presión insoportable en las sienes, tuvo ganas de reírse. Era una risa engendradora por el miedo y el absurdo, y que no llegó a nacer.

¿Me está queriendo decir que el meteorito...?, empezó él.

Váyase, ordenó la madre del chico.

Sólo entonces reparó en que, escondida tras el marco de la puerta, la mano izquierda de la mujer se apoyaba en el caño de una escopeta. Parecía una calibre 12. De las antiguas, registró él, pero capaz de abrir un boquete del tamaño de una moneda de cinco pesos. Como si adivinara sus pensamientos, la mujer acercó el arma hacia su cuerpo demacrado.

Vámonos, don Ruddy, lo urgió Félix desde atrás.

Buscó en su bolsillo el pequeño fajo de billetes que había preparado para la mujer.

Tome, le dijo, y le extendió los quinientos pesos.

La mujer recibió el dinero sin contarlo y lo escondió en su pecho, debajo del sostén. No le dio las gracias: se quedó parada en la puerta de la choza, retándolo con la mirada.

Buenas noches, dijo él.

La mujer no contestó y le cerró la puerta en las narices. Se dio la vuelta para marcharse y descubrió a Félix persignándose. Decidió que a primera hora de la mañana le diría a Dayana que alistara las cosas para irse a San Borja. Pero por ahora era mejor no inquietarla. No antes de emprender el viaje de regreso en la oscuridad del monte.

Ni una palabra de esto a mi mujer, le advirtió a Félix.

¿Cómo está el chico?, le preguntó Dayana cuando subieron a la camioneta.

Está mejor, dijo él, y dio marcha al motor. Dentro de poco va a estar como nuevo.



Giselle Caputo

Gracias a Dios, dijo ella, bostezando. Porque a Junior y a mí nos estaban comiendo los mosquitos.

Dayana reclinó el asiento y acomodó al niño entre sus brazos. No tardaron en caer dormidos, arrullados por el silbido del viento y el vaivén de la camioneta a toda velocidad. Por el espejo retrovisor espió a Félix, que iba con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, como si rezara. El temor de su vaquero acentuaba la indignidad de la situación: dos hombres grandes espantados por una viuda.

Entonces vio los hechos con toda claridad. ¿Acaso no sabía que eso iba a pasar? La mujer había abandonado a su hijo en el monte. La gente decía que eso era algo que hacían los cambas con sus enfermos. En ese momento el chico debía de estar bien muerto, convertido en festín de insectos. En unas semanas sólo quedarían sus huesos, a los que las lluvias de febrero no tardarían en arrastrar río abajo. Pensó si debería denunciar a la mujer. Decidió que no. Después de todo el chico se había accidentado en su estancia, sin tener contrato laboral, y era menor de edad. Los pacos se aprovecharían de eso para chantajearlo y su nombre saldría en los periódicos, rodeado del escándalo. Además, ¿acaso podía culpar a esa miserable por no querer hacerse cargo de un muerto en vida?

Sacó la cabeza por la ventana y buscó en el viento de la noche alivio para el calor que lo agobiaba; el aire le trajo el murmullo de miles de criaturas. Su cuerpo trepidaba con la energía mala: se enseñoreaba sobre él, y esta vez no tuvo miedo de ella sino rabia. Apretó el acelerador. Zumbaron sus oídos y el súbito dolor en el pecho lo arrojó contra el volante de la camioneta. Latiendo entre los árboles, el resplandor lo encandiló. El camino de tierra se le hizo borroso.

Soy Capitán América, dijo la vocecita en su cabeza antes de que perdiera el control de la camioneta. Y luego no hubo más •

Biografía beat

**Yo que dormí noches enteras
rodeada de locos,
que vagué con la mirada desorientada
por las calles de Asunción.
Yo que bailé reggaetón hasta el cansancio
por aquellos años en que la poesía se desmoronaba.**

**Yo que me senté a la mesa de los locos, de nuevo,
que charlé de boludeces importantes
con los poetas más preciosos de mi generación.
Yo que viajé kilómetros largos hasta acá
sólo para ser
y que llegué cansada a las esquinas del atontamiento.**

**Yo que fui tan tonta, mejor lo digo,
que mentí sin remedio,
que viajé varios kilómetros, más adentro incluso,
con pena, con risas, con amargura estéril.**

**Yo que bebí de tu boca hasta la asfixia,
que soy un bizantino secreto más de la historia,
yo que finalmente confieso siempre anduve perdida
hoy me declaro rota,
precaria, extinguida.**

Los miércoles son

**Una sucesión invisible de rituales sin memoria,
esta peregrinación incansable de respuestas inconexas,
apenas un tramo imperceptible
en el deambular de un zombie ciego
que se debate con el frío en la avenida.
Son días autistas
de vaciamiento catatónico
en el ojo de la pared,
desmayos con llovizna
en el ánimo de los árboles
después de la ventana
o fotos del limbo
sin Dante para explicarlas.
Los miércoles son esta inmutación perpetua
—dice el pronóstico—,
que, si no miente,
podría durar todo el día.**

Un bar vacío

GLADYS GONZÁLEZ SOLÍS

**Un bar vacío,
el silencio
como un eco
de lo que hay adentro,
el bullicio
como un recuerdo
de lo que flota en el aire.**

**Las luces encendidas,
las cortinas metálicas abajo,
los candados oxidados por la sal.**

**Los avisos de gaseosas,
la publicidad de cervezas,
los calendarios desfasados
entre el tiempo y el polvo,
enmarcados en la grasa de la pared,
las marcas de afiches arrancados
que dejaron su forma en la pintura
como un espacio
entre la nostalgia y el abandono.**

**El brillo frágil
de un par de alas de moscas
atrapadas
en las pelusas del techo.**

La derrota de la seguridad
vibrando
como la fotografía de un antiguo amor
que se vuela entre los dedos
al cruzar el mar en un ferry
huyendo a cualquier lado.

El problema no es el lugar
sino uno mismo
tragándose el alcohol
y la cocaína,
tragándose la elección de una vida
por el patio trasero del lado salvaje.

El ruido de la calle,
el frío,
el delicioso silencio de un bar cerrado,
dos copas que se chocan,
el olor dulce del bourbon,
una mesa y caminos blancos
que no conducen a nada,
salvo a un subterráneo
empapelado con queloides
y el canto destemplado
del pájaro de la locura,
cierta melancolía entre el deber
y el placer
de vagar,
de perder el tiempo,
de continuar la ironía hasta desangrarse,
tatuarse con una navaja oxidada
la misma historia sin goce,
de saborear la médula de la vida
hasta volverse un idiota.

Doble línea continua

EUNICE SHADE

...Prrrrrrriiii, prrrriiii, sonaba su silbato plateado en la intersección de una avenida managüense. O la imagen de sus botas negras y pulidas sobre el escritorio de la oficina de tránsito de los años sesenta. Hay quienes lo recuerdan en las frías calles de una ciudad que podría ser Diriamba. El pueblo conocía su debilidad por los poemas y las esquinas de amigos hasta altas horas cuando la felicidad se disipaba en un semáforo rojo parpadeando en su cabeza o en la alarma de un reloj que cortaba el desvelo de un timbrazo. Aquella tarde ensayarías, no en la carretera a Masaya, sino en la Sur, que se apegaba mejor al libreto de esa memoria. Cuando doblaste en el 7 Sur tu parálisis y nerviosismo se tradujeron en una distancia que construías con sólidos muros de silencio. Recordaste sus bromas, su ronca voz femenina y un episodio, confuso, en que sustituyeron servilletas por toallas sanitarias y los abuelos rabiaron de impotencia.

...Sus hermanos la llamaban «negra». Dicen que corría siempre, que le gustaba subirse al techo a comer jocotes y tirar las semillas al patio contiguo; que de pequeña tocaba los timbres de los vecinos y huía apresurada a reírse detrás de una puerta. Su vida fue simple. Graduarse en la universidad, casarse con un guardia, vivir cerca de sus padres, inscribir a las hijas en un colegio de monjas, atender su clínica junto a su casa, el ciclo común de las personas sin pretensiones. Cuando llegaste al empalme que separa el kilómetro 8 del 9, te parqueaste en uno de los minisúperes a comprar un V8. En la trompa del carro bebiste el jugo y te fumaste un cigarrillo. Las llantas se te deslizaron un poco cuando subiste la vía que separa la carretera vieja de tu

destino, aún incierto. ...Un grupo de rebeldes sandinistas se tomó cierto caserón institucional con civiles adentro. Sus compañeros uniformados corrían de un lado a otro o se fijaban en los puntos trazados para apuntar sus armas hacia el enemigo y cercarlo. Entonces, Él se levantó de su escritorio y desapareció sin dejar rastro.

Los gritos se mezclaban con los disparos de garand, ametralladoras Thompson y alguna que otra 38 Smith and Wesson. Ella se cansaba de limpiar y reparar dientes ajenos. No toleraba la gingivitis, pero le entretenía enormemente taladrar caries o practicar baños de flúor. A las seis de la tarde suspendía sus labores y cruzaba a casa a inspeccionar que la rutina siguiera su curso. Un cuarto para las siete se escuchaba el prrrrriiiii, prrrrriiiii y desde el fondo de la casa las minúsculas g y a corrían a subírsele encima. Él se ponía en cuatro patas y las dos se le subían en el lomo, el perro ladraba, la lora gritaba, el gato maullaba, era tiempo de cenar. Dicen que dormían los cuatro en la misma cama y los animales en el baño con la puerta abierta. Según la costumbre, él se sentaba a la cabeza de la mesa. Ella todavía con su gabacha blanca le servía el gallopinto caliente, el queso, la avena. Esa noche planearon el verano adhiriéndose a los planes familiares en la casa del mar. Él y ella tendrían derecho a tres días libres. g y a se adelantarían con los abuelos y los tíos. Sentiste deseos de vomitar y te detuviste en la Texaco del 11. Realmente te molestaste porque no podías solventar tus necesidades de una vez y te desconcentrabas de las evocaciones que reconstruías en el trayecto. Antes de llegar al 15 pusiste «Fast Car», de Tracy Chapman. Te daba seguridad atravesar las curvas a cuarenta y cinco kilómetros por hora y escuchar una y otra vez esa canción.

Un grupo de rebeldes sandinistas se tomó cierto caserón institucional con civiles adentro. Sus compañeros uniformados corrían de un lado a otro o se fijaban en los puntos trazados para apuntar sus armas hacia el enemigo y cercarlo.

...Se respiraba humo bajo el pedazo de cielo delimitado por el alambrado público. Las ventanas, las puertas de las casas aledañas clausuradas todas por el miedo cuando entre las descargas de fuego apareció con su uniforme, su boina, sus botas y cinco galones de champán de lija. Sacó el pañuelo blanco bordado por Ella con sus iniciales y lo agitó a treinta metros del caserón. Un rebelde sin camisa detuvo el fuego y salió al encuentro. La guardia se replegó tras su sombra espigada. Él sonrió, le dijo que estaba cansado y que prefería beberse el guaro con ellos porque el insomnio lo mataba, que los magazines subían de precio cada mes y el departamento carecía de presupuesto. Que estaba harto, finalmente su obligación concernía al tránsito, pero dada la situación él y su equipo debían suplir algunos vacíos. Intercambiaron un par de palabras. Sobre esa plática sabías muy poco, pero especulaste dos o tres posibles diálogos. Atravesaste el Crucero como un rayo tratando de pensar lo menos posible.

...Estrecharon las manos mientras rebeldes y verdes se entrecruzaban. Las enormes puertas de madera del caserón se abrían, los rehenes todavía nerviosos no sabían cómo actuar. Él les dijo que se marcharan a sus hogares, que la noche estaba entrada y sus hijos aguardaban solitarios. Una fila de veinte rehenes caminó silenciosa hasta perderse distantes en la sombra. En el centro del jardín de aquel caserón colonial formaron un círculo de taburetes, sillas y una mesa con una pata coja. Sólo se quitó la chaqueta del uniforme, para estar cómodo con su camisola blanca. Instalados, sacaron un manojo de cartas, se desmocharon y chuparon los galones celebrando las victorias y derrotas del juego. Las extremidades empezaron a desentumirse, los cigarros ardían en las bocas masculinas, el vaho del alcohol sudaba por sus pieles cuando la luna alcanzaba su incandescencia máxima. Pausas en que cantaron boleros de Javier Solís, valeses de Chabuca Granda o alguna milonga desconocida de la Argentina. Hasta que el amanecer les alumbró el rostro. Con aliento amanecido se despidieron entre dirigentes y decidieron guardar el secreto. Del grupo de rebeldes los dos cabecillas partieron a la montaña y el resto de hombres fue entregado. Cuando arribaron los superiores se reportó un forcejeo del que no se supo bien porque los segundos, engañosos y veloces, desajustaron los sentidos de la Guardia.

Te repetiste. Intuiste una corriente marina. Tal vez te derrumbaste un poco al presentir las mordidas del frío abismal. Disminuiste a cincuenta y activaste tu manejo defensivo con el *clutch* y los cambios.

...Él regresó a las calles de aquella vieja Managua. Prrrrrrriiii, prrrrrriiii, levantaba sus manos para dirigir a los vehículos, burrubinas, pontiacs, volkswagens escarabajos, buses, taxis Hillman y cerraba un ojo... y en las noches sin turno regresaba a casa a cenar.

En los setenta la línea punteaba al sur. Una mañana de marzo la esperaban en el mar. Él llegaría mañana. Ella hoy. Detestaba el ligero tráfico de la ciudad. Pero Ella disfrutaba las carreteras abiertas y vacías. Así la velocidad se le transformaba en imágenes en donde ya casi sentía la espuma en los pies, y las niñas colectaban piedras, conchas, caracoles que acumulaban en un balde que Él cargaba. Tal vez sentarse en la arena juntos cuando el sol no estuviera tan fuerte, dibujar un muñeco feo con el dedo, ponerle un nombre. Luego caminar a un comedor de la costa, ordenar un enorme pargo con papas, una cerveza, un cigarrillo. Unas olas en vaivén, limpiar con la servilleta los labios mantecosos de las pequeñas, cuidar que no se traguen una espina. Justo pasó una caravana de furgones en el carril contrario y disminuiste a treinta. Casi en secreto cantabas: *I remember we were driving, driving in your car, the speed so fast I felt like I was drunk, city lights lay out before us, and your arm felt nice wrapped 'round my shoulder, and I had a feeling that I belonged, and I had a feeling I could be someone.*

...Fue un *crash* único a unos cuantos kilómetros de su meta. Un *Big Bang* que dio origen a otro universo. Los abuelos contaron que la vieron en la casa del mar minutos antes, que sus últimas palabras fueron: «Lo siento, no lo vuelvo a hacer». La noticia se difundió al instante, la radio, la policía, el trámite. Él llegó hasta donde Ella dormía y se contuvo. En sus honras ordenaría tejer un manto de jazmines que cobijara su ataúd. Meses después se le vio por las calles. Ya no levantaba los brazos tan alto y el volumen del silbato se debilitaba en cada soplado. *g* y *a* fueron enviadas muy lejos. Al verlo tan solo, Ella no tardó en mandarle un pasaje por la misma vía con escala en silla de ruedas y un derrame. *g* y *a* regresaron a un desierto. *a* conoció el silencio. *g* se dio contra las paredes verde clínica de una nueva vida. Pasaron lustros y *a* emigró a

otro país, cada mes enviaba postales, fotos, cartas, suvenires. Para *g* vino la inercia de un globo que aparece de la nada. Descubrió la tristeza de los contextos que no hablan y aprendió música. En un piano barato japonés color vino de *blue jeans* y *tennis* blancos se sentaba a tocar *Para Elisa*. Cada uno de sus dedos había registrado las notas, los bemoles, los movimientos exactos de los pedales. Era tan hábil con las teclas. Hasta que un día olvidó que existía la música porque el alfabeto rojo nunca pudo desprendérsele de la mirada. Aumentaste a sesenta. Bajaste la ventana para sentir el viento en tu rostro. No sabías a dónde ir. Dónde detenerte. ¿Regresarte? Pero leíste una flecha de madera y doblaste.

Llegaste a un camino pedregoso y empinado. Temblaste con el carro. Prrrrriiii, prrrrrriiii, te detuvo un policía. Tus documentos, la circulación, el seguro. Te trabaste al hablar, pero no te multaron, pudiste seguir hasta dar con una reserva natural. Buscaste una sombra y te parqueaste. Te recostaste en la trompa a fumar. Cerraste lo ojos para ver mejor. Ahí estuviste largo rato, repitiéndote, hasta salir de nuevo a la carretera y buscar tu centro o un equilibrio que te sedara. Cierta mañana de los ochenta llamaron a *G* para notificarle que Él y Ella le habían enviado un pasaje en vuelo directo a *A*, por la misma vía. Entonces la naturaleza pasó por su cuerpo sin siquiera ella sentirlo. Aprendió como nadie el juego de las agujas, casi como si sus manos hubieran sido moldeadas por las tinieblas, fue cortada, recortada, zurcida, tanto que la balanza se inclinó hacia un lado y fue feliz sin ser, y cada vez que alguien sufría *G* reía y el pecho no le cabía en el puño. Regresó a su vértice verde clínica, levitaba en fármacos por el día, veía turbio por las noches, escribía historias fantásticas, inventó su propia serie titulada «El país de las amapolas» y no le interesa publicar. Inventó también un planeta con los nombres de Él, Ella y *a*, denegando la visa al mundo. En su mesa de noche guarda un silbato, una gabacha blanca, un ramillete de jazmines marchitos, una libreta donde escribe sus sueños y un blíster de anafranil de Roche. Ruega siempre que le manden un pasaje pronto.

Nunca sale de su cuarto, excepto al jardín, donde sólo cuida jazmines. Dicen que cuando está de buen humor se pone la gabacha y camina entre las flores levantando los brazos y soplando el silbato: prrrrrriiii, prrrrrriiii, prrrrrriiii ●

Las leyes del tiempo III

ERNESTO CARRIÓN

1. *Dice mi padre*, enterrado en su insaciable criatura, precioso como la gota brillante de un hueso de gato perforado en la pecera desconocida de la hipnosis nocturna: qué sueño anima la oreja decorada con la ceniza, qué sueño lava el muñón extravagante, el cuello atado con los llantos de un monstruo incurable de 190 libras. Qué sueño te conoce como tu mejor enemigo. Qué sueño se desprende de tus testículos y hace tu nombre en la niebla. Finge el cascajo.
2. *Dice mi padre muerto*, delicioso como la barba amarilla del agua en la mañana impetuosa del chivo curioso: todas las lenguas son la misma lengua, la de la muerte. Pero mi fórmula para extraviarla es este cuerpo. Un cuerpo que es un cielo donde todos pueden aplastar sus sílabas incendiarias, mover sus dedos en círculos hasta limpiar su polvo, donde todo es deseo aturdiendo los preparativos del espejismo de mi propia cabeza.
3. *¿Has visto un atardecer* cuando estás a punto de arrojarte al vacío desde tu propia cabeza? ¿Has visto tu propia cabeza —hijo— helada por las confusiones como si nunca hubieras nacido? —sigue mi padre hablando (su guante y su bate de béisbol respiran furiosamente irritados por cierto desamparo,

bajo esa embestida de vidrio que atrapan algunos de sus posibles rostros futuros dentro de unos pedazos de ropa, en el fondo de su cuarto, donde él desapareció)—. ¿Has visto la cadena de colores moviendo la noche hecha anaquel de lenguaje, de lamentable lenguaje, puro veneno? No se hace con frío el infierno aquí en la tierra. No se hace con calor ninguna forma tampoco. No tuve mi propia cabeza en mi cabeza, sosteniéndome el trapo desteñido y la barba gastada. Pero tuve el atardecer en otro cuerpo.

4. *Dice mi padre*, apareciendo y desapareciendo frente a mí, como un circuito de lava enamorada, como un gitano inflándose entre metros de telas relampagueantes cual vísceras en manos hermosas, hilando con palabras el origen de cierta urbanidad descascarada en su rostro de oso revolucionario: yo ahora existo en el momento en el que no hay idioma. Mi cielo es un espejo engomado, definitivo. No habito en el silencio en formato de libro. Habito en tu reclamo en formato de hombre, de acantilado abnegado al que le falta vivir. Nace otra vez en paz y en lo creado. Olvídate del nombre que te puse, como quien desprende de sus propios testículos la nueva niebla. Construye un cielo entero, diferente. Abre tus manos

Greta Montero

Amadeo Salvatierra
en el Impala hacia Sonora

Amadeo Salvatierra raudo
en un Impala hacia Sonora
no era lo mismo
que seis cuates orinando
en un sombrero
o una gorda con elefantiasis
fregando ropa
en los pabellones de Lota Bajo

Era esto sin lugar a dudas
un espejismo que no se agotaba
en su propio caldo

Habían dicho que seríamos
treinta y ocho voces
bajo un tenue cielo
con reminiscencias californianas
y testigos sin rostro
contando historias
de persecuciones imaginarias

Como en la Segunda Guerra
cuando Gertrude Stein

ayudó a un grupo de paralíticos
mientras Amadeo
y su novia se divertían
por los corredores
de Villaviciosa en el año 1951

No era difícil reconocerlo
en pelotas declamando sus versos
decían sus amigos

Tampoco a Tinaja que bailaba
toda de negro
en el bar la Cuzqueña
en el mismo instante
que un grupo de policías
a sólo pasos de allí
irrupía desaforadamente
en la ceremonia
oficial del Rómulo Gallegos
para secuestrar
al parecer
por muy buenas
razones
a un escritor desconocido

DIARIO DE LAUREN BACALL

Esta mañana te observé dormir
hasta tarde querido

Tu cráneo mojado revelaba
los surcos
de nuestra edad

Creo que es mi responsabilidad
proporcionarte
las hormonas
necesarias
para mantenerte alerta

Nuestros niños tendrán que esperar
los próximos desbordes
así podré
medir
sin contratiempos el estado
de tus jugos

Esta mañana te quedaste quieto
por una eternidad
y pensé
que tus párpados
se mantendrían pegados
para siempre

Tal como 32 años después
se mantendrían pegados
para siempre
los ojos
de tu diminuta amiga Baby Jane

Ya no estoy segura que pueda
contar
contigo
para el próximo film

Ya no estoy segura de cuál
será la última
imagen
que guarde de ti

Creo que la carcoma una vez pasado
este invierno del 57
ya no volverá
a disponer
del mismo entusiasmo
con que te ha atacado hoy

Creo que estas
páginas correspondientes al mes
de enero
que ahora estoy escribiendo
serán definitivas

Probablemente después de esta última
conversación
con mi diario
ya no volverás a mirar los sauces
querido
como si supieras llorar

Safari*

MAXIMILIANO BARRIENTOS

*Tal vez las urbanizaciones son
los verdaderos países por descubrir...*

M. JOHN HARRISON

La **periferia**, para un niño que creció en un barrio del segundo anillo en los años ochenta, era la Villa Primero de Mayo. Me crié con esa idea en la cabeza. Escuchaba historias que provenían de ahí, todas relacionadas con la violencia, como si ésta no sucediera en la plaza central o en los recovecos de la avenida Cañoto, en el mercado Los Pozos y Mutualista, en la universidad pública o en los colegios más oligarcas, en la céntrica calle Sucre, donde un viernes de 2008 tres maleantes me encañonaron y me rociaron el rostro con gas pimienta para irse con mi billetera y mi celular.

La violencia cubría entonces y sigue cubriendo ahora todos los estratos de Santa Cruz, pero por alguna razón aquella zona adquiría un aura mítica en mi imaginario, como si se tratara de un lugar salvaje que tenía que ver más con el cine que con la aburrida vida de clase media que llevaba mi familia.

Era la otredad y por lo tanto el misterio.

Pasaron los años y se mantuvo en una abstracción, hasta que las cosas cambiaron. Durante un mes asistí todos los días a la biblioteca municipal de ese sector para moderar sesiones de escritura creativa, y me fascinó lo que encontré. La Villa funciona como una síntesis de la ciudad. Talleres mecánicos y casas de santerías y bares por todas

* Texto leído en el encuentro Sentidos Abiertos, realizado por el centro Simón I. Patiño. Una traducción al inglés se publicó en la revista británica *Ventana Latina*.

partes, muchedumbre y perros callejeros, negocios ambulantes montados frente a supermercados. Una fusión maravillosa de razas y de clases, como si se tratara de un delirante experimento sociológico.

En una esquina arenosa de la avenida 16 de julio, a cuadras de la biblioteca, había una escultura —por llamarla de alguna manera— formada por carburadores y escapes de autos, como si se tratara de un ídolo salido de *Mad Max*.

Vi a un hombre vestido con bolsas de plástico, recogía basura con un palo en cuyo extremo había pegado un cuchillo. Dos días después lo encontré en el mismo lugar, vestido de la misma forma, dedicado a la misma actividad. Tenía el pelo largo y quemado, como si fuera un rastafari loco o un profeta. La barba, larguísima, albergaba restos de lo que ni siquiera podría nombrar: escombros, comida, mugre de toda clase. La gente, a varios metros de distancia, ni siquiera lo miraba, como si estuviera acostumbrada al silencio que emanaba de él. Fantaseé con la idea de que vivía fuera del lenguaje y sólo por eso apareció más puro ante mis ojos.

Había casi tantos moteles como bares. Uno, muy cerca de donde daba clases, se llamaba Euro Verde. ¿A quién se le ocurrió bautizar a un albergue de citas clandestinas con ese nombre? Adjuntar la idea del dinero a un lugar que propiciaba contactos humanos resultaba una metáfora brutal del capitalismo, como si no fuera posible concebir el sexo sin la seducción de los billetes, como si erigir ese tótem mutante del euro y del dólar provocara un efecto afrodisíaco.

Se trataba de una vieja casona con patio y árboles, decorada con focos que emitían una luz verduzca. Tenía pasadizos por donde las parejas podían entrar en sus autos sin correr el riesgo de ser descubiertas. El sitio era de una sordidez escalofriante y hermosa. Al *googlearlo* descubrí que el año pasado murió un hombre en una de sus habitaciones por una sobredosis de Viagra. La nota de prensa indicaba que tenía sesenta y tres años y que ingresó a una de las piezas acompañado por una mujer de veinte. Ella entró al baño y al salir se topó con el cuerpo sin vida, también encontró cinco pastillitas azules regadas en la cama.

Cuando volvía a casa en el micro de la línea 82 pensaba en que si se descomponía no sabría cómo ubicarme, para qué dirección tomar, cuál calle me conduciría al cuarto anillo, cuál me alejaría. Me gustaba esa sensación de estar perdido, pero al mismo tiempo de estar seguro mientras no saliera del vehículo.

La seguridad, en esos casos, quizás en todos los casos, dependía de un acto de fe. El micro era una burbuja que me aislaba del entorno pero que al mismo tiempo me permitía *mirar* de un modo más lento que si estuviera caminando, porque en ese caso mi atención estaría contaminada por la paranoia de ser asaltado, y por lo tanto la mirada estaría sesgada por el miedo.

Es una forma urbana de safari, me decía mientras observaba por la ventanilla, una forma barata de hacer turismo en mi propia ciudad, de recorrer el lugar al que pertenecía gente que tenía, al menos en apariencia, una vida distinta a la mía.

¿Acaso en eso no radicaba el turismo? ¿Acaso en su origen no había un cochino impulso voyerista? ¿Por qué otro motivo un gringo pagaría por visitar África si no tuviera la certeza de que al final de esas semanas regresaría al confort de su vida con la ilusión de haber tenido una experiencia?

Ahí está, como ejemplo, esa obra maestra de la explotación mutua que es *Paradise: Love*, de Ulrich Seidl, en la que unas austriacas veteranas viajan a Kenya para usar y dejarse usar como no lo harían jamás en sus frías y ordenadas ciudades del primer mundo.

Me cuesta explicar el trayecto que empleaba el micro para devolverme a zonas que podía reconocer. Daba vueltas y vueltas, se introducía por barrios de la Villa Primero de Mayo que eran cercenados por las vías de tren, donde la basura se acumulaba formando pequeñas lomas, donde la maleza crecía en grandes lotes baldíos y rebasaba muros cubiertos de grafiti.

*Es una forma urbana de safari, me decía
mientras observaba por la ventanilla, una
forma barata de hacer turismo en mi propia
ciudad...*

Tras largos minutos de viaje aparecía en el matadero de la ciudad. Dos cuadras antes de llegar al sitio donde se mataban y descueraban a las reses que saciaban los apetitos carnívoros de los cruceños, atravesaba por una calle repleta de puteros. Una versión bizarra de lo que en el imaginario de cualquier sudaca debía ser la zona roja de Ámsterdam, ya que los locales coexistían con pollerías y tiendas de celulares, pulperías y peluquerías unisex sin que a nadie le resultara escandaloso.

Había un colegio en las proximidades. Cuando volvía a casa al mediodía toda la zona estaba repleta de niños. Cuando regresaba por las noches cambiaba de máscara, se maquillaba, las fachadas se revestían de foquitos colorados. Lo desconcertante era la coexistencia de ambos mundos, la bipolaridad bien asumida: los extremos mantenían una rara armonía que sólo podía sorprender a un *outsider*.

A partir de las ocho de la noche aparecían las putas, fumaban en la entrada de locales que carecían de ventanas y que por techos tenían placas de calamina. Caminando frente a ellas sin echarles siquiera una mirada de reproche, grupos de señoras regresaban a sus hogares o iban en búsqueda de pollos fritos.

Veía, siempre desde el micro, a parejitas de adolescentes apoyados en autos o sentados en las aceras, y a borrachos tirados en el piso tras haber sido expulsados de algunos de esos antros de los que emergían, como un aluvión monótono, ya inofensivo, las mismas canciones de reguetón que sonaban en cualquier otra parte de la ciudad.

Y el matadero, y el olor indistinguible a bosta, a sangre, y todas las imágenes que se armaban en mi mente al saber que cerca de donde la gente pagaba por coger se abrían inmensos cuerpos de reses, se los desangraba, se los colgaba en ganchos, se los modificaba y volvía cosas para poder ser distribuidos en friales y en restaurantes.

Era lo abyecto, por supuesto, pero también la fascinación por constatar cómo se ordena una ciudad, el impulso que la obliga a poblar el espacio, a reproducirse donde antes no había nada más que pampa. Un impulso que respondía, como en cualquier otro cuerpo, al sexo y al hambre, y a lo que se tiene que hacer para lucrar con esos dos tipos de necesidades.

El filósofo George Santayana, en *El último puritano*, escribió: «las ciudades son un segundo cuerpo para la mente humana, un segundo organismo, más racional, permanente y decorativo que el organismo animal de carne y hueso: un trabajo natural y sin embargo moral, donde el alma coloca sus trofeos de acción y sus instrumentos de placer».

Sentado en uno de los asientos del micro, cuando ya me encontraba en el Parque Industrial, imaginaba a los trabajadores del matadero agotados después de horas de descuerar vacas.

Ingresaban en estos locales —las botas de goma blanca salpicadas con sangre—, cruzaban palabras con mujeres que inventaban cualquier mentira para no tener que verse en la obligación de contar las historias de sus vidas.

Bebían e insultaban, daban rienda suelta a una rudeza que fluía de sus cuerpos de forma natural, sin malicia, como si fuera la prolongación de una masculinidad que nunca habían cuestionado, ni siquiera en las ocasiones que resultó ofensiva o violenta.

Reían y puteaban, peleaban a puñetes cuando la borrachera los excedía y los volvía particularmente sensibles a ciertas provocaciones o a ciertos recuerdos de los que intentaban huir golpeando a otros, buscando que otros también los golpearan.

Bailaban frente a rudimentarias rocolas que proyectaban videos de grupos centroamericanos o tristísimas canciones de los ochenta que por estos rumbos fueron conocidas como «música para planchar».

Dormían recostados en mesas de plástico, rodeados por botellas de Paceaña o de ron cola.

Negociaban con mujeres igualmente cansadas pero más cínicas, más lúcidas.

La pieza diminuta, vacía, previa a ser usada, previa a que el acto se consumara.

El olor a pis y a detergente detenido en el aire, sin llegar a mezclarse del todo, preservando sus respectivas esencias.

Todo eso imaginaba mientras el micro daba vuelta frente a la UPSA y entraba al cuarto anillo y me devolvía a un lugar al que reconocía como propio, a una ciudad de la que podía sentirme parte.

Recuerdo, como si se tratara de una postal grabada en mi cabeza, ahora, mientras cierro este ensayo, a semanas de haber acabado los talleres y de haber dejado de asistir a la Villa Primero de Mayo, el letrerito de ese motel donde un hombre de sesenta y tres años murió por una supuesta sobredosis de Viagra. Todos esos sitios —bares, puteros, restaurantes de comida rápida— eran, como había apuntado Santayana, órganos de un mismo cuerpo cuya respiración se oía en las noches •

Verónica Pérez Arango

A LOS 15

—Cuando cumplas quince años
te voy a llevar a tomar el té
a una confitería elegante
medialunas y tortas y scones
sobre platos con bordes dorados
y flores con hojas y pajaritos—.
La promesa de mi abuelo
para mí era una nube mágica
con forma de conejo
o un saltamontes confundido
con el pasto bien alto. Yo corría rápido
al espejo a ver si mi cuerpo había crecido
lo suficiente para merecer ese banquete.
El tiempo pasó muy lento. El día que cumplí los quince
un huracán sacudió la tarde e hizo temblar la casa.
Nadie vino a buscarme. Se rompieron
en cien pedacitos las tazas de porcelana
que cayeron al piso. Y mi corazón también
escupió un hilo negro
que a veces todavía se me aparece.

EL SECRETO

**La casa de mi abuela
tenía un patio muy largo
de baldosas rojas y amarillas
que con mis hermanos
recorríamos incansables
en bicicleta o en patines
los domingos después del almuerzo.
Había en el fondo un jazmín
de flores blanquecinas
las ramas colgando del techo
un cielo claro que caía
similar a una cascada
sobre nuestras cabezas.
Bajo esa gran sombra dejábamos las bicis
y robábamos las florcitas parecidas a estrellas.
Había que guardar los pétalos
entre las remeras que nos habíamos sacado.
Más tarde íbamos a escondernos
y a chupar el jugo dulce de las flores.**

Petricor G. A. CHAVES

1.
Ahí donde ya no hay río, vengo yo a imaginar el río.
Ahí donde nunca hay nombres,
que alguien silbe el rumor de lo invisible.

2.
Antes de las fincas de café fueron los ríos.
Luego vinieron los tractores y residenciales.

Y con ellos llegaron los muros
y los muros se comieron las aceras,

y la electrificación y el asfalto
dispersaron los fantasmas antiguos.

Con cada movimiento de tierra nos derrumbamos un poco,
y el futuro se va vistiendo tras los andamios.

La sismología nos advierte que
istmo somos, y en cisma nos convertiremos.

3.
Cada vez cuesta más hallar palabras
para hablar de estas tapias

llenas de púas y de gris mohoso.
Y no es raro porque, a pesar de todo, Heredia
no obedece a la ruina hablada en Castilla, esa ortopedia
de idioma que nació de un silencio arenoso,

igual de provinciano.
La esperanza no es verde: pregúntenle a un centroamericano.
La penumbra caribe, las campanas de helechos,
el desborde sexual de algunos aguaceros,
el musgo en Navidad, Sibö y sus diablos solteros:
nada de esto fue nunca del color del afrecho.

Y ahora todo el verde se ha manchado
con las oxidaciones del asfalto. Se ha ahogado
de tos por tanto humo que atraganta.
Sobre estas líneas parcas y analíticas
el jíbaro desborde del viento de antes se torna calma artrítica:
Villa Cubujuquí, la ladera que hoy es una gris elefanta.

4.

*Petricorosos, resbaladizos,
nos dejamos llevar por los nombres de las cosas.*

El olor de la tierra, la geosmina,
crece en el barniz que recubre las piedras.
Nadie la ve. Sólo el agua y el aire
la sintetizan. Sólo la humedad relativa
la preña. Sólo la tocan las semillas.

Éste es el primer licor que olimos
destilado en abriles y no en odres.
Esto es el petricor: el primer cigarro de la memoria,
el incienso secular de los sentidos,
la más sentimental biología
que se permite el trópico cuando se empolva.

La luna bajo sospecha

IGNACIO FRITZ

Cuídate de la luna, David.

GRIFFIN DUNNE,

interpretando a Jack Goodman en la película
An American Werewolf in London, de John Landis

El cielo era tan bajo como la bóveda de un túnel y la luna tenía
pálidas fosforescencias en sus contornos. Era tarde, muy tarde; era
esa hora en que la luna, lívida, endurece la apariencia de los objetos
con su media luz, listos para recibir el peso de la noche. Por encima,
las estrellas brillaban con fuerza, como chispas lanzadas a través de
la piel oscura del universo. En el exterior, la noche era fría; no sólo
fresca, sino fría.

Abestiado, Bilbao sostenía a Fuentealba por debajo de los brazos.
Pesaba mucho. Parecía estar muerto. El color había desaparecido de
su cara. Es más: Fuentealba estaba blanco como una hoja de papel; su
rostro se veía cadavérico. Bilbao conocía perfectamente el ritmo de la
vida dentro de una institución penitenciaria, pero en el mundo real,
libre, su sentido del tiempo estaba distorsionado. Para él era como si
estuviera intentando cantar una canción de la que no se sabía la letra.

Perentoriamente, Bilbao dijo con voz bien audible:

—Estamos bien ahora. Los perdimos. Perdimos a los polis.

Bilbao solía usar un cuchillo de matarife que parecía —según él—
un berbiquí. Había algo en su persona que inquietaba a los carabine-
ros, igual que el olor a almizcle pone nerviosos a los perros. Era un
hombre con un plomo inclemente: tenía nervios de acero. Se necesi-
taba gran dominio sobre los nervios para poder realizar un trabajo

sucio. Era casi como si tuviera una densidad superior a la del resto de los mortales: en comparación con él, los demás parecían tenues sombras.

Guacolda tuvo esa misma impresión de Bilbao al verlo cargar a su compañero: un hombre que podía ser muy fuerte cuando las circunstancias lo requerían. Guacolda olía a pecado y tenía el rostro triangular, ojos violeta, pecho pequeño y boca grande. Saludaba a los extraños con una sonrisa enigmática como la de Mona Lisa, que dejaba a todos estupefactos, titubeando entre quedarse en silencio o saludar con un tímido «hola». Llevaba un vestido de crepé *beige* que ceñía con suavidad sus pechos y caderas. Tanto las mangas largas y estrechas, como el cuello alto y ajustado, estaban adornados con unos sencillos ribetes de lino blanco ligeramente sucios. Habría pasado por el atuendo apropiado para una *lady* victoriana que se dispone a dedicar la mañana a sacar cuentas.

Gracioso y retro.

Fuentealba recuperó la consciencia. Al ver que estaba herido, se retorció bruscamente y casi hace caer a Bilbao.

—Estoy herido... —bufó Fuentealba, colérico. Torció la cara—. ¿Dónde estamos?

—Los perdimos. Tranquilo.

Fuentealba tenía un agujero al costado del estómago. Sangraba copiosamente. Un hilillo de baba translúcida cayó por la comisura de sus labios bulbosos. Bilbao, por el esfuerzo de sostener a Fuentealba, estaba pálido, con un ligero tinte azulado. Con suavidad, dejó caer a Fuentealba al piso de fléxit del local. Fuentealba respiraba con dificultad.

Alarmada, Guacolda miraba la escena con los ojos muy abiertos; sus ojos eran dos oes mayúsculas de pasmo. Cuando vio a Fuentealba, creyó que estaba muerto. No podía creer que estaba vivo.

—¿Qué pasó? ¿Qué hicieron? —en el vasto campo de su mente habían surgido senderos que brotaban de un tallo inagotable como las ramas de un arbusto.

—Estamos arrancando de Carabineros. La pasma. Necesitamos una mano. Mi compañero está herido de bala y se está desangrando.

—Eso veo —dijo resoplando Guacolda.

Ella decidió cerrar el Falsos Sosiegos. Puso un afiche que decía CERRADO. Las palabras del cartel habían sido escritas con un Magic

Marker rojo. Para asegurarse de que nadie entrara, trancó la puerta principal con una barra de acero. En el local quedaron sólo ella y los dos forajidos. Bilbao y Fuentealba tenían el mismo *look* que los protagonistas de *Reservoir Dogs*.

En sus inicios, el local Falsos Sosiegos era un bar llamado Hell, que tenía una mesa de billar y una gramola de las que funcionan con monedas, provisto además de un ruidoso equipo de aire acondicionado. En esa época lo frecuentaban estafalarios habitantes de la jungla de los bajos fondos: chulos que alimentaban a putas colorinches, drogadictos insomnes de ojos adormilados, adictos a la bencedrina con los ojos como un búho, ladrones desocupados y con ganas de conversación y uno que otro pervertido buscando compañía. Iban allí a sentarse delante de una taza de café, fumaban innumerables cigarrillos Blackheat y se quedaban a cerrar el local. En la actualidad su clientela era más normal. El oscuro bar, con sus reservados tapizados en cuerina y sus mesas individuales de madera, atraía a gente de dos mundos diferentes: los pirquineros del monte Los Suspiros y los forestales que buscaban entretención.

—No sé por qué los ayudo —dijo Guacolda detrás del mostrador de madera viejo y restregado—. Lleva a tu amigo al gallinero de atrás.

—Gracias.

Guacolda guió a Bilbao hasta el gallinero, en el que había una leñera de tablas y latas. La mujer encendió una bombilla de cien *watts* que iluminaba poco y nada. El lugar hedía a una extraña mezcla entre maíz y estiércol. Bilbao hizo un último esfuerzo y dejó a su compañero en el suelo; luego, se sacó el vestón, lo dobló y se lo puso en la nuca a Fuentealba a guisa de almohada.

—Me cargan los carabineros. ¿Cómo hirieron a tu amigo?

—Veníamos de haber robado un buen botín en un BCI. El dato lo había dado Cacho, el hermano de mi amigo aquí caído. ¡Chucha! Salimos por detrás del banco, pero había un hombre esperándonos, un policía de civil. Nos había estado siguiendo; Fuentealba me lo dijo y yo no le di importancia. El poli se identificó como Sartoris Rausch, sacó un pistolón enorme y dijo que nos detuviéramos. Fuentealba disparó primero, pero el gallo se cubrió detrás de un automóvil y evadió los tiros...

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

—En camioneta. La dejé escondida en el bosque, a medio kilómetro de aquí.

—No hablís tanto —interrumpió Fuentealba, quejoso.

Mucha sangre manaba de la herida abierta. La camisa blanca de Fuentealba estaba empapada de plasma sanguíneo de color granate y tenía un orificio del porte de una yema de dedo índice.

Fríamente, Bilbao miró la hora en la esfera luminosa de su reloj. Era una imitación de Rolex con una esfera negra para las fases de la luna. Sus manecillas verdes marcaban las 23:00 horas de un lunes de mayo. El segundero se acercaba a sacudidas a las 24:00 horas.

—Tienes que hacer presión en la herida con algo —señaló Guacolda.

Corrió de regreso al local y volvió con una vieja polera:

—Es lo único que tenía a mano —dijo.

Bilbao amuñó la prenda y la colocó sobre la herida, haciendo presión.

—Déjame aquí —exigió Fuentealba. Le sonaba rara su propia voz—. Sálvate tú no más.

—No puedo hacer eso —espetó Bilbao—. Tengo principios. Vamos a buscar ayuda, no te preocupes. ¿Puedes presionar tú por un momento? ¿Cómo te llamas?

—Sí... Guacolda me llamo. Para servirle.

El gallinero era un buen lugar para esconderse. Efectivamente, mucha sangre había mermado del cuerpo de Fuentealba. Guacolda volvió al Falsos Sosiegos para trapear el fléxit. Bilbao decidió hablar seriamente con ella. En la solidez física de ese andamiaje de huesos y músculos que era Bilbao, Guacolda vio que había algo infantil en su rostro que se mezclaba con ese aire de orgullo y de mando.

Guacolda se puso frente a él. Se miraron de hito en hito como amantes en pugna. Guacolda sostenía una escoba con un trapo de fregar suelos.

—Tuve que pasar un trapo. Había mucha sangre en el piso.

—Gracias de nuevo por ayudarnos.

—Tu amigo tiene que ver a un médico urgente.

—Lo sé...

—Yo conozco uno. Su nombre es Eloy Karras. Es un ermitaño que vive solo en la montaña y odia a los carabineros igual que yo.

—¿Por qué odias tanto a los polis?

—A mi padre lo mató uno en la época de Pinochet.

—Lo siento.

—Toma —Guacolda le arrojó unas llaves y Bilbao las atajó en el aire—. Usa mi camioneta, está estacionada afuera. Cuídamela, eso sí. El camino tiene hartas curvas y es fuerte en subidas.

—¿Dónde queda la casa del doc?

—Mira —Guacolda se acercó a la ventana e indicó—: ¿Ves esa luz en la falda de la montaña? Ésa es la cabaña del doctor. Es fácil llegar, sólo debes tomar el camino del bosque, el mismo que seguramente hicieron hasta acá.

—Y Fuentealba...

—Yo me quedaré cuidándolo.

—La posibilidad de que nos encontráramos era una en un millón.

—Una en un millón que yo ayudase a un par de ladrones. Ya, vete.

Bilbao salió al exterior. Puro campo abierto. Sus ojos se contagiaron pronto de la soberbia calma de aquel paisaje. Era una zona que se volvía boscosa a cada metro. La luna brillaba en estado de cuarto creciente. Cuando era llena, el satélite natural parecía una monedita de plata muy bruñida. El aire era cortante y gélido. Bilbao estaba preocupado. Sin pensarlo dos veces, se metió a la camioneta, una Chevrolet Custom Deluxe 1980, dio el contacto, encendió los faros y emprendió rumbo. La carretera estaba limpia, sin automóviles; lo que es mejor, sin gente. Circuló despacio, sabedor de que la falta de luminosidad causa con frecuencia malas jugadas a los automovilistas que se fían de sus reflejos... Sin perderse, llegó en menos de diez minutos a la cabaña del doctor. Tocó la puerta con timidez. El doctor lo recibió con una sonrisa de hiena dibujada en su cara lampiña. Era un hombre de aspecto rígido, bien entrado en la cuarentena, con un rostro repleto de repelentes marcas de viruela y secuelas de un agresivo acné. Se notaba que estaba desacostumbrado a recibir visitas. Se trataba de un anacoreta de raigambre.

—¿Sí?

—Soy amigo de Guacolda; ella me envió hasta acá. Tenemos un problema y necesitamos que nos ayude —dijo Bilbao rápidamente.

—¿Qué? —preguntó el doctor. Con el frío poniéndole la piel de gallina, el doctor se abrazó a sí mismo.

—Tenemos un herido de bala en el Falsos Sosiegos. Guacolda está con él.

En un segundo, la cara del doctor se tensó. Masculló algo que Bilbao no entendió, pero que identificó como un rosario de garabatos.

—Ella sabe por qué me escondo en la montaña. ¿Por qué envía gente hasta acá? Lo siento, amigo.

—No sea malo —negó Bilbao moviendo la cabeza.

—No me interesa el problema en que estén metidos. *It's not my business...*

—Por favor, doctor Karras. No tenemos a nadie más a quién recurrir. Sólo tiene que curar al herido —solicitó Bilbao, nervioso.

—Putas... Si le dije a Guacolda que soy un hijo de la noche. A ver..., entra.

Eloy Karras hizo un gesto indicándole que entrara. Era una acogedora cabaña de madera. Un buen refugio. Tenía todo el estilo de una cabaña de caza: paredes de pino nudoso, muebles de arce, una mesa de póquer —¿con quién jugaría?—, mantas indias y animales disecados (había búhos, halcones e incluso un águila con las plumas apolilladas y un solo ojo de vidrio amarillo). El frío se hacía notar aunque estaba prendida la salamandra. El aliento formaba figuras onduladas en el aire. Ciertamente, la cabaña estaba bien equipada.

Eloy Karras tomó un maletín y dijo:

—Okey. Mejor será que vayamos pronto al Falsos Sosiegos.

Otra vez salieron con prisa. Eloy Karras cerró con llave la puerta de acceso a su cabaña; luego, dejó la llave bajo un felpudo de fibra de coco que decía GET LOST. Se metieron en la maciza camioneta de Guacolda y volvieron al local por la carretera asfaltada, repleta de curvas y bajadas. Llegando al restorán escucharon los gritos desesperados de Fuentealba cuando entraron al gallinero. Guacolda estaba en el suelo junto a él, conteniendo la emanación de la herida con un nuevo paño. El pobre Fuentealba se revolcaba en la mugre del suelo como un pez recién pescado.

—¡Trajimos un médico! —exclamó Bilbao tratando de calmar a su compañero.

—Me duele muchísimo —se quejó Fuentealba.

Fuentealba se tocaba el vientre. Manchaba sus manos con sangre.

—Oye... Te sacaré la bala —apareció Eloy Karras. Se puso de rodillas. Rápidamente le tomó el pulso.

—Tiene taquicardia. Guacolda, necesito una mesa.

—Podemos improvisar una mesa quirúrgica con las mesitas del comedor.

—Doctor, ¿no tendrá algo para el dolor? ¿Anestesia? —preguntó Fuentealba.

—No —dijo Eloy Karras secamente.

—¿Pero cómo? Usted es doctor...

—Por algo vivo en una cabaña en el cerro en un pueblo de nadie, ¿no crees?

—Alcohol, eso puede servir —intervino Guacolda rápidamente. El doctor lo aprobó asintiendo en silencio.

Guacolda y Bilbao entraron al comedor por la cocinería que daba al gallinero. Dispusieron cuatro mesitas de madera, las alinearon y se formó una tabla grande. Acto seguido, Bilbao y Eloy Karras levantaron a Fuentealba del gallinero. Gritaba desgarradamente de dolor. A pulso, lo trasladaron hasta el improvisado lecho de operaciones. Lo tendieron.

—¿Me inyectarán anestesia? —preguntó Fuentealba.

—No tenemos.

Eloy Karras se acercó a Fuentealba y le abrió la camisa ensangrentada. Estudió la lesión. Optimista, dijo:

—Veo que la bala entró y salió. Hay que desinfectar y coser.

—Tranquilízate —apaciguó Bilbao—. Tranquilízate. De ésta te salvas.

—Poli chuchasumadre. Me dio con la bala —Fuentealba moqueaba.

Bilbao ayudó a Eloy Karras a sacarle la camisa a Fuentealba. La sangre había parado de manar. La prenda estaba hecha un asco. Mientras el doctor preparaba los implementos médicos, Guacolda le pasó a Bilbao una botella de mezcal Los Suicidas. Bilbao hizo que Fuentealba bebiera un largo trago. Decidió además encender un cigarrillo mentolado y le convidó una calada al herido. Cuando Fuentealba aspiró el humo grisáceo, tímidamente, se levantó un poco, tosió y se quejó.

Fuentealba se acomodó en la improvisada mesa de operaciones. Con una mano se apretaba la herida, Eloy Karras tomó una aguja curva esterilizada con bialcol, la enhebró con hilo quirúrgico y cosió la lesión. Lo hizo rápido y sin mayores contratiempos. Demoró poco; siete minutos exactos. Aporreado, Fuentealba se quejaba, lloriqueaba.

—No ha sido muy difícil —dijo Eloy Karras. Se revolvía las manos—. Ahora la herida tiene que cicatrizar. Suerte que tuviera mi maletín.

Como una antena diminuta, el hilo emergía de la lesión de Fuentealba. Guacolda le dio un alprazolam. Con un vaso de agua cristalina, Fuentealba tragó la pastilla. Descansó.

—Tiene que reposar —recomendó Eloy Karras.
Taciturno, Bilbao le dijo:
—¿Nos podría echar una mano, doc?
—¿Cómo así?
—Guacolda tiene que abrir el restorán. Mañana.
Eloy Karras se quedó mirando a Bilbao como si éste hubiese dicho una estupidez. Hizo un gesto de impaciencia, como queriendo decir: «¿Y?».
—No tenemos dónde escondernos.
—¿Y quieren que yo los esconda? ¿En mi cabaña?
—Sí... No será mucha molestia. Lo aseguro.
—¿Tengo otra opción?
—No... No te lo quiero pedir por las malas.
—¿Cómo me lo podrías pedir por las malas? —dijo, haciendo una mueca irónica.
—Tengo un arma —Bilbao desenfundó una pistola.
Era una Snubby 38 de cinco disparos. Parecía recién engrasada. Abrió el resorte de seguridad y la mantuvo lista.
—Me imaginaba que tenías un arma. ¿Qué hicieron?
—Habíamos asaltado un BCI cuando apareció un carabinero y disparó en contra de mi compañero.
—¡Qué cagada!
—Igual rajamos con el botín.
—¿Le dieron al carabinero?
—Se cubrió...
—¿Ustedes trabajan solos?
—A veces realizamos trabajos con un tal Caín Domínguez Flores.
—Ustedes salieron en la radio —dijo Eloy Karras con buena memoria. Achinó los ojos—. Dijeron que la policía tomó esto como algo personal.
—¿Por?
—No se sabe. ¿Mataron gente?
—Tuvimos que balear a uno que estaba dentro del BCI.
—¿Dónde le dieron?
—En la cabeza.
—Bueno. Ahí está el problema. Ahora recuerdo. Se trataba de un poli.
—¿Cómo sabes?
—Sartoris Rausch estaba esperándolo en los estacionamientos.

—¿Murió?
—En la radio dijeron que lo trasladaron al Hospital Naval y murió en el camino —se quedó pensativo—. ¡Qué cagada! —repitió.
—Sospecharán de Guacolda si mañana no abre el restorán.
—¿Ustedes quieren irse conmigo?
—Sí, por favor.
Ahora que la laceración de Fuentealba estaba suturada, volvieron a colocar las mesas como estaban antes allí en el comedor. Guacolda volvió a trapear vigorosamente el piso de fléxit. Ahora, Fuentealba estaba totalmente adormecido bajo los efectos del mezcal y la pastilla. Sin duda, la herida comenzaría a cicatrizar. Guacolda fue hasta su casa y trajo una camisa limpia.
Guacolda dijo:
—Esta camisa es de mi hombre.
—¿Su hombre? —preguntó Bilbao. Tosió.
—Trabaja en el monte Los Suspiros. Baja cada diez días.
—¿Estás casada? —indagó Bilbao, picado por la curiosidad.
—Conviviente no más.
Eloy Karras decidió ponerle un esparadrapo a la herida. Cortó unos trozos de gasa que tenía entre sus implementos médicos.
—Este vendaje servirá para proteger de alguna infección —dijo.
—Al final, ¿nos ayudará? —preguntó ansioso Bilbao.
—¿Cuánto tiempo quieren que los esconda?
—Un poco.
—¿Cuánto?
—La herida tiene que estar cerrada.
—Queremos rajar para Argentina —terció Fuentealba con un hilo de voz.
Se puso la camisa con olor a detergente Omo. Le quedaba holgada. Fuentealba estaba parado, tieso; pidió un Blackheat mentolado.
—Te debo una, Eloy —dijo Fuentealba, serio.
—¿Cuándo piensan largarse a la Argentina?
—En tres días más. Nos podemos ir caminando. Supongo que en tres días la herida estará mejor.
—Esto no les va a salir gratis —afirmó seriamente Karras.
A Bilbao le brillaron los ojos como dos vidriosos carámbanos de hielo. Dirigió su mirada a Fuentealba, quien puso los ojos en blanco en señal de resignada aprobación.

—Sí, tenemos el botín del BCI. Está en el auto.

Bilbao salió. En cinco minutos volvía con un bolso amarillo canario Saxoline. Despreocupadamente, Bilbao abrió el bolso e hizo cuentas mentales aprisa. Sacó dos fajos de billetes anaranjados. Le entregó uno a Guacolda y otro a Eloy Karras.

Dijo:

—Por las molestias.

Pagar dinero parecía una buena artimaña para coseguir lo que necesitaba. Quería llegar a Argentina. Comenzar una nueva vida. Alejarse de los robos y órdenes de El Viejo. Lo de Fuentealba pudo haber sido mucho peor, se salvaron por un pelo. De hecho, la situación representaba una ventaja para Bilbao, y ya lo tenía todo planeado. Con Fuentealba en ese estado, sería fácil arrancar con todo el botín esa misma noche. Eso pensaba mientras Eloy Karras terminaba de contar el dinero; eran doscientos mil pesos ganados con un mínimo esfuerzo. No estaba mal.

—Estamos listos. ¿Los llevo ahora?

—Obvio.

—Despídanse de Guacolda.

—Bueno, señora —dijo Bilbao con una sonrisa—. Hora de decir adiós.

—¿Les dije por qué los ayudé?

—Sí —participó Fuentealba con buena retentiva—. Fue por su padre.

—Sí. Los ayudé por mi padre... Y soy señorita, no te olvides.

Tres días después —durante la mañana— el inspector de la Policía de Investigaciones Ulises Garbelotti entró al local Falsos Sosiegos como Pedro por su casa. Vestía de paisano con gruesos Levi's lavados a la piedra; llevaba, además, una camisa de franela, desabotonada de modo informal, bajo una cazadora de ante perlada de rocío mañanero. Iba acompañado de tres detectives novatos con las caras bien rasuradas y relucientes. Mostró una destellante placa de identificación.

—Señora Guacolda... —dijo Garbelotti con prontitud.

—¿Sí?

—Le vengo a notificar que encontramos un automóvil en la carretera, en las cercanías del bosque.

—¿Y?

—El asiento delantero estaba manchado con sangre seca... Eso fue hace tres días... Los dueños del automóvil eran dos delincuentes... Se trataba de unos antisociales que asaltaron un BCI en Puerto Montt...

—¿Para qué me cuenta esto? —preguntó Guacolda haciéndose la longuis.

—Le cuento porque ayer por la tarde encontraron a los ladrones...

—¿Los encontraron?

—Lo que quedaba de ellos...

—¿Cómo así?

—Un forestal encontró sus cadáveres. Estaban mutilados...

—Dios mío... ¿Ayer hubo luna llena?

—Exactamente... La investigación dice que un animal salvaje los atacó. Pero un animal salvaje no los hubiera dejado como los dejó. ¿No vive por allí el doc?

—¿Eloy Karras, inspector?

—No puedo sospechar de él... Es un hombre respetable; médico, nada menos.

—No —negó Guacolda—. No sospeche de él —aspiró aire.

—El asunto es simple, Guacolda. Hay dos cadáveres descuartizados. Se trata de dos ladrones. Uno de ellos estaba herido. Mejor dicho: tenía una herida cosida con hilo quirúrgico... ¿Usted sabe algo de todo esto? ¿De quién puedo sospechar, Guacolda?

Guacolda se dio tiempo para contestar como una guía hacia la desesperanza:

—Sospeche de la luna, inspector. Sospeche sólo de la luna •



Maggie Torres

Apego

Abro la boca para que mi lengua se enrosque
hasta formar un abrazo que acaricie y desate
este lazo con los lugares que alguna vez he habitado.

Lazo afecto de polillas.
Lazo ruido blanco.

Resistiéndome al moho que crece sobre los amores vencidos,
simulé deshacer distancias caminando.
Recuerdo la fecha, la hora, las ganas de no estar
todo aseguraba que estaba ahí mismo donde estuve antes

Caminé hasta llegar más allá de mi nostalgia,
hasta descalzarme de mis palabras,
hasta deshacerme de la necesidad de andar.

Ahora, quieta, callo todo el día.

Pienso en mi carne atravesada de ciudades.
En la ausencia relativa del afecto.

24 de julio

Entrá.
Para vos es este círculo de tiza con un brazo de plástico adentro
La diminuta mano inmóvil te llama
Te invita a jugar
Para que recuerdes eso de lo que hacía parte
Ese cuerpo que completaba
La muñeca que regalaste al cumplir los 15
Porque te habían regalado otra,
Más crecida
menos resistente a las caídas
y con ojos gigantes, casi iluminados con una melancolía solapada
la melancolía es fashion cuando se es adolescente
o eso pensábamos por culpa de jorge isaacs

Es tu cumpleaños, Ana.
Aceptá la invitación de tu muñeca
Olvidate un ratito de tus propias manos, brazos, piernas
Y convertilos en imagen
en palabra

El círculo es para vos.

Entrá a la trampa

Toda caída es ascenso

ANA MARÍA ARANGO CORREAL

Hundimiento es

caída

carrera contra una superficie determinada

superficie que es una cosa o el reflejo de ella misma en la retina delimitada por el número particular de conos y bastones que contiene y que han sido identificados por *la ciencia*

que para los relativistas no es más que los ojos de los científicos que dicen

esto es ciencia

y que cuentan con retinas delimitadas por el número de conos y bastones que hay en ellas

que en mi caso se encuentra reducido por la genética

desfavorable de mi padre a quien no puedo nombrar aunque luzca grueso, brillante y ausente del reflejo de

las vitrinas de los almacenes de ropa

y quien ha carecido de todo látigo

{a excepción del fuego que enciende en sus córneas cuando se desvían (de sus designios (divinos porque es el mismo Zeus)) los surcos de su mano}.

Me hundo a la velocidad de la caída

libre

ésta es la libertad

grito

la superficie ha ganado y espera por mí
abajo.

Podría decir

soy libre

y lo digo

pero no sale mi náusea en la luz de las palabras porque no cabe en ellas este hoyo lleno de gas que adorna mi frente y que cae conmigo a la velocidad de la libertad encendiendo y apagando todo.

La libertad no es la ausencia de la náusea.

Adentro mío

1. los volcanes terminados en napa o bamba
2. los jaguares húmedos de la selva terminada en nía
3. el augurio de la maleza que es cabello

Además el brillo de dos montañas

los poetas preciosos y sus antípodas

la ceguera

y el mutismo.

Me hundo/caigo

y se revela ante mí el carácter rotundo y fracturado de la verdad:

la vida es

la placa que erosionó el lenguaje

golpe

tras

golpe

sin Piedad (mi madre (quien no participaría en un golpe)).

Entonces lo fragmentario de la verdad

o el sujeto.

Me hundo/caigo/bajo y mi antípoda asciende a los cielos
y ahí la gracia:
ella es madre
buena mujer
llena de luz y agua bendita
sube la media del número de conos y bastones en una retina.

*Ambas servimos a la entropía
sin mis hundimientos ella sería un pálido anhelo de dios.*

Ella dice *triste* y sangra
se eleva
la virgen sube a los cielos
mientras me acerco más y más a la superficie
que ha ganado la carrera.

Hay correspondencia en los opuestos
y hay cosas sin opuesto
sin correspondencia
como El coronel
o *la cosa*
envase de *nawda* interminable.

*Si encontramos las partículas atómicas de la nada
tendremos el contenido de la cosa
oponiéndose con su propia existencia
gritando
no sólo soy concepto
supongo que caería el psicoanálisis como esperan
los detractores y los más lúcidos analistas.*

En ese caso
la antípoda de esta disciplina fundada en vacíos o
la llenura misma
ascendería a los cielos.

El milagro no es caer
caer es la física impla cable
sin embargo (o a pesar del mismo):

Si la semilla no cae, ¿dónde las frutas y las flores?
Si la semilla cae, ¿cuál es la antípoda ascendente?
¿cuál el opuesto que germina?

Me hundo/caigo/bajo y mi antípoda pare una flor de jardín
estoy seca.

Preguntó Aristóteles: *¿Por qué se dirigiría hacia arriba
más bien que hacia abajo o en una dirección cualquiera?*

¿Por qué el ascenso? Respuesta provisional
al servicio del poema:

por la caída.

Idea provisional de la voz del poema: Los partos
son descendentes y los hijos descendencia

el nacimiento es caída.

Me hundo/caigo/bajo/desciendo/libero
y se estira hacia arriba un cordón umbilical
se eleva una ecuación en la mente de un hombre que
no ha comido en tres días por trazar líneas de tiza
si recibo tres besos más
caigo en la cama y se eleva el sueño de un niño con su padre
enredando cintas en un alambre
si lavo los platos y hago caer el agua
un suspiro ascenderá en el aire hasta perderse
y alguien *inhalará* un jardín.

*¿Por qué se dirigiría hacia arriba más bien que
hacia abajo o en una dirección cualquiera?*

¿Por qué, si la libertad no es el vuelo sino el descenso?

El ascenso es un arrebató de la biología
o el motor inmóvil.

La libertad 9.8

-hacia abajo-

es la matriz de la matriz
donde se gesta la idea de la vida.

Asciende el árbol porque cae la semilla
asciende María *siemprevirgen* porque caigo
tributo próximo contingente aeroespacial
yo.

No nos engañemos
esto es ciencia:

Es la caída la que hace posible el avistamiento del milagro.

El principio de la realidad

JUAN MANUEL TABÍO

COMO EN UN CUADRO muy famoso, el cuerpo, pálido, parcialmente eviscerado, yace tendido sobre la mesa de disecciones. De pie, el aprendiz ha hecho una pausa en su trabajo, registra con ansiedad tanto lo que ha salido del cadáver como lo que por el momento permanece dentro. Su rostro es áspero, con toda probabilidad picado de viruelas, y las facciones abruptas; deja la impresión de que, si se hubieran dado las condiciones necesarias para un pleno desarrollo de sus cualidades físicas, hubiera llegado a convertirse en una vigorosa bestia rubia. Que, por las causas que fueren, esas condiciones no han podido cumplirse, puede advertirse por la estrechez de su pecho y la excesiva delgadez de sus brazos, de los que cuelgan las mangas renegridas de sangre, por lo pronunciado de la oquedad de la que emergen sus ojos, por el leve encorvamiento de su postura.

A diferencia del cirujano del cuadro muy famoso, no es un especialista célebre en medio mundo sino, como sabemos, un simple aprendiz; y en realidad ni siquiera esto es a cabalidad: digamos con mayor propiedad que se trata de un siervo del señor de la región que se emplea (a fondo, eso sí, con apreciable diligencia) en el estudio de la anatomía humana, como parte de su curso por una escuela que no será elevada al estatuto de universidad, del mismo modo en que su padre y el padre de su padre, hasta donde se echa de ver, lo hicieron en las caballerizas o en los campos de labranza.

Su mirada, también a diferencia de la del cirujano en el cuadro muy famoso, no se dirige hacia lo alto, hacia la cumbre encrespada y ya algo borrosa en la que ondean las jerarquías, sino hacia abajo, en dirección al cuerpo que yace, malamente tendido, en la mesa de disecciones.

Sabe (e incluso, a pesar de lo que se empeñen en comunicarnos las apariencias, es capaz de asociar a esta sabiduría, cuando tiene que exhibirla ante profesores o condiscípulos, cierto ardor) que una idea sólo vale si ha surgido como testimonio del cuerpo; y sabe asimismo que este principio debe ser enunciado como una ley de imperio universal, que no importa de qué cuerpo individual se trate. Si del suyo propio, o de esa masa blanca y rotunda que ahora, ante él, se extiende dilapidada sobre la mesa de disecciones, a punto de apestar seriamente y de quedar de una vez por todas vencida por el caos (pero ésta es una circunstancia contingente, que debemos despreciar).

Un accidente imprevisto ha terminado súbitamente con el estado de absorción en el que el aprendiz se ha mantenido sumergido durante los últimos minutos. Un suero espeso y amarillento había empezado a manar con lentitud pero sin interrupción desde que el escalpelo se hundiera por primera vez en el pecho del cadáver; ahora, tras haber continuado discurriendo imperceptiblemente a través de la superficie de la mesa de disecciones, se ha destilado más allá de su límite horizontal, y esta vez sí ha notado con incomodidad cómo el cadáver no ha permanecido totalmente inmóvil —aunque entiende que la inmovilidad es un atributo del que nadie en su recto juicio se atrevería a despojar a un cadáver— sino que, aunque sólo de este modo parcial y casi figurado, ha venido a derramarse sobre sus pies. Ese encuentro casual es para el aprendiz el frágil esqueleto que envuelve y da provisional consistencia a una acre ironía. Pues líquidos de este tipo, de los que le vienen gratuitamente al encuentro, no busca, sino una especie mucho más sutil, esa que lubrica los acoplamientos, las conexiones, las zonas de transición entre el cuerpo y su límite, al mismo tiempo la causa eficiente y el término de su extensión, cuya condición fugitiva y cuya tendencia a ocultarse en la periferia de los órganos sensitivos son de sobra conocidas, y que no es ni más ni menos que la esencia destilada por ese fundamento —precisamente por líquido o gaseoso poco adecuado para fundamentar nada— que ha tenido tantos nombres que hoy por hoy más vale no nombrar sino palpar, tocar, últimamente deshacer, escalpelo en mano, a través de la frágil mediación de su envoltorio, y en cuya búsqueda el aprendiz ha consumido, infructuosamente por lo menos hasta este preciso momento, los últimos meses de su vida. Y una cantidad de cadáveres que ya no puede, ni quiere, fijar en un número preciso.

Por lo pronto, y a tenor de los últimos acontecimientos, toca pasar por alto los fluidos —no importa de qué especie—, diferir cualquier impulso a dejarse internar por una seducción tan peligrosa como apremiante, y concentrar toda la atención en el examen más básico, aunque en definitiva no menos imprescindible, de la consistencia exterior, de esa trama grisácea de membranas y fibras laminosas cuya contextura es granulosa y amorfa, pero sólida en definitiva. (¿Pero acaso no fluye, como se acaba de ver, también ese cuerpo inerte que descansa —es una manera de hablar— sobre la mesa de disecciones, ese cadáver del que paulatinamente, en lo que la jornada avanza, van emergiendo filamentos y orbes delicados e irregulares, poco antes de que sus formas vacilantes se disuelvan del todo en una leche turbia y espesa?; ¿acaso no fluye su propio cuerpo de alumno de cirujano prematuramente envejecido, doliente, ya en tránsito hacia la cada vez más fétida horizontalidad de la mesa de disecciones?).

Antes de poner nuevamente manos a la obra, no se resiste a recorrer una vez más con la vista lo que antes ha recorrido, sin encontrar apenas resistencia, con el escalpelo. Pero la luz que se proyecta desde afuera, desde el mediodía tenue, casi invernal, es insuficiente, los ojos están cansados y, encima, los sabe proclives —aunque no menos que los pozos erráticos, o simplemente ciegos, de las membranas olfativas— a dejarse caer en trampas inmemoriales en las que ya no sería lícito caer. Los dedos, entonces, recorren, alrededor del plexo lumbar, las avenidas circulares del árbol sanguíneo que el escalpelo ha transitado hasta dejar irreconocibles: los nervios raquídeos, la vaina femoral, las fibras estrelladas del nervio obturador. Sucede que a la altura de la pelvis, alrededor de las inervaciones del plexo sacro, se produce un desvío —de una clase que no obedece a ninguna progresión o regularidad razonable, fisiológica o metódica— hacia el diafragma, desde donde se esparcía una vibración que el tacto del aprendiz ha tardado en percibir sólo lo justo para que su mente la asimilara como un dato positivo en vez de desecharla como producto falaz de la ofuscación o del delirio (sucedió de este modo como si le hubiera sido concedida una súbita audiencia en un cámara escueta, abovedada, demasiado expuesta a los ecos y más fácil de invadir de lo que comúnmente se cree).

En este momento el aprendiz, como si lo sacudiera una emoción hasta ahora desconocida, levanta por primera vez en mucho tiempo la

vista del cadáver, se dirige a una esquina del salón —la más oscura, la más alejada de la mesa de disecciones— y, luego de respirar sostenidamente, con el rostro hundido en la pared, intentando aspirar más las frías humedades vegetales de la piedra y menos la atmósfera —ya infecta— de la habitación, se deja deslizar hasta el suelo. Las baldosas de barro cocido del suelo (sus formas romboides, y —sobre todo si se toman una a una y se comparan entre ellas— levemente irregulares; su textura rugosa que al mismo tiempo resulta, como era de esperar, viscosa al tacto) retienen su atención por un momento. Aunque, en rigor de verdad, las baldosas y sus cualidades sensibles no podían incumbrir, en este momento, más que superficialmente a la mente del aprendiz, a la que hay que concebir poseída por la consideración del movimiento. Por ese movimiento particular que hay, o que ha habido, o que —sólo esto es lo que, en definitiva, no admite duda— ha percibido en la superficie del cadáver pero que muy posiblemente (es, cuando menos, justo considerarlo) emerja desde muy adentro; aunque claro está que decir movimiento, en estas circunstancias y dentro de la mente del aprendiz, equivale a decir conexión, tráfico, conspiración, o sea eso que se vale del movimiento para realizarse de una vez por todas y que se da por sentado, se reconozca abiertamente o no, siempre que se trate de manipular, sobre el soporte de una mesa de disecciones, así sea con el mínimo rigor científico, las interioridades de un cadáver.

Pero muy pronto se levanta; muy pronto está, como siempre, apostado ante la mesa de disecciones. Y, de hecho, esta vez la sensación del movimiento fue considerablemente más intensa cuando la superficie de la caja torácica del cadáver, todavía no hollada por el escalpelo, fue ocupada por una mano del aprendiz, quien, no obstante, también pudo comprobar en ese momento cómo lo que se cubría con la apariencia de una sólida masa marmórea no era en realidad otra cosa que una precaria red articulada alrededor de minúsculos intersticios; y, al mismo tiempo, cómo el movimiento se fragmentaba, o más bien se irradiaba hacia una multiplicidad en tal grado dinámica, en tal grado nerviosa, en tal grado inesperada que el aprendiz, casi sin meditarlo —y en contra de su habitualmente severo respeto por el método—, practicó una incisión con el escalpelo que seguidamente ensanchó cuando introdujo la mano. Lo que alcanzó (lo que agarró) lo supo o lo intuyó, antes de que efectivamente sus dedos dieran con nada que tocar, por los agudos chillidos que se habían empezado a escuchar

(chillidos inconfundibles, chillidos de crías de rata) y que, una vez que la camada estuvo fuera del cadáver, sobre una mano del aprendiz, resultaron más estridentes.

Se trataba de un conjunto cálido, vibrante, frágil y casi homogéneo que el aprendiz depositó con una demorada flexión en el suelo, al pie de la mesa de disecciones, antes de doblarse en una arqueada de náusea. La repulsión que lo invadió en ese momento tal vez en el fondo fue debida, más que a la mera imagen de los cuerpos diminutos y blandos que se retorcían y se mezclaban bajo la presión instintiva y compleja del peligro y la voluptuosidad, a la disminución penosa, humillante que la mente del aprendiz registraba en su descenso del empíreo del movimiento puro (de aquella pureza descarnada, vectorial, casi conceptual). Lo que siguió fue el pisotón, el estruendo seco y grave en el que terminaron por afluir bruscamente los afilados gemidos como tropos dispersos que se hubieran fundido en la voz tenor bajo el derrumbe de la capilla, la bota una vez más embarrada de un nuevo líquido mucho menos denso, mucho más fácil de disipar sobre la superficie de cuero gastado (pero no por eso será capaz de ver, en la costra opaca en que los humores, después de cuajar, se confundirán, nada más que el emblema tal vez demasiado evidente de un fracaso decuplicado por el azar y la ansiedad).

Es comprensible que, ante las dos alternativas que en las presentes circunstancias se le abrían (por un lado, permanecer en el gabinete hasta que la luz lo permita; por otro, regresar a la cavilación insomne que ocupa sus días, a la penumbra de las galerías tumultuosas e interminables que rodean el estricto espacio de la mesa de disecciones, a la pena del dormitorio y del alimento diario), el aprendiz haya optado por dar por terminado el trabajo de la jornada, sin posteriores consideraciones sobre el estado de desarrollo de su investigación. Por otra parte, es imposible saber si habría ocurrido lo mismo con el del cuadro muy famoso, pero este cadáver ha empezado a heder por encima del límite de lo soportable •



Bruno Brum

MEDIDA

Vivo lo que se puede llamar
como una vida media.
En la escuela, siempre me esforcé para
alcanzar la media.
En el trabajo, siempre fui
un funcionario medio.
Mi desempeño en los deportes
nunca excedió la media.
Fui un marido medio, un amante
medio, un hijo medio.
Soy un sujeto de mentalidad mediana.
Con algo de suerte, me mantuve en la media.
Tengo un aliento de alcance medio.
Me quedo constreñido con la posibilidad
de sobrepasar la media.

MEDIDA

Vivo o que se pode chamar / de uma vida média. / Na escola, sempre me
esforcei para / alcançar a média. / No trabalho, sempre fui / um funcio-
nário médio. / Meu desempenho nos esportes / nunca excedeu a média.
/ Fui um marido médio, um amante / médio, um filho médio. / Sou um
sujeito de mentalidade mediana. / Com alguma sorte, me mantive na mé-
dia. / Tenho um fôlego de alcance médio. / Fico constrangido com a pos-
sibilidade / de ultrapassar a média. / Nunca esperei das pessoas / nada
além da média. / Penso o que pensa o brasileiro médio. / Antipatizo com
aqueles / que pairam acima da média. / Meus medos e receios sempre

Nunca esperé de las personas
nada más allá de la media.
Pienso lo que piensa el brasileño medio.
Me desagradan aquellos
que se posan arriba de la media.
Mis miedos y recelos siempre estuvieron
dentro de la media.
Mis sueños de consumo
nunca escaparon de la media.
Mis deseos y fantasías
están todos en la media.
Mis huesos, bien acomodados,
cabrían en una caja de tamaño medio.

MI EX PERRO

Mi ex perro se me parecía.
Y eso es todo lo que puedo decir.
Se me parecía y yo no me parecía con nadie.
O más bien, me parecía a él.
Durante años fuimos felices así.
Más que la ración sabor pollo con verduras,
nuestra semejanza nos alimentaba.
Nunca hubo nada malo en esto.
Ni una duda siquiera.
Por un tiempo esa semejanza
nos volvió un poco mejores.

estiveram / dentro da média. / Meus sonhos de consumo / nunca fugiram
à média. / Meus desejos e fantasias / estão todos na média. / Os meus
ossos, se bem organizados, / caberiam numa caixa de tamanho médio.

MEU EX-CACHORRO

Meu ex-cachorro se parecia comigo. / E isso é tudo que posso dizer. / Ele
se parecia comigo e eu não me parecia com ninguém. / Ou melhor, me
parecia com ele. / Durante anos fomos felizes assim. / Mais que a ração
sabor galinha com legumes, / nossa semelhança nos alimentava. / Nunca
houve nada de errado nisso. / Uma dúvida sequer. / Por muito tempo

O simplemente nos hizo parecer
un poco mejores, no importa.
Lo que importa es que mi ex perro
ya no se parece a mí.
Y yo ya no me parezco más a nadie.

ANÓNIMO

¿Dónde estabas el día once de agosto
de mil novecientos treinta y cuatro?
¿En la Navidad del setenta y siete,
en el invierno de mil doscientos trece?
¿Dónde te encontrabas en la madrugada
del día veinte para el próximo día,
primero de enero del año pasado,
primavera del sesenta y nueve
del siglo cuarto?
¿Dónde pasabas cuando ya era tarde
y nadie te llamaba
en aquella noche de los años dorados?
Cuando todo sucedía y desaparecía sin
dejar rastros, ¿por dónde andabas?

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

essa semelhança / nos tornou um pouco melhores. / Ou simplesmente
nos fez parecer / um pouco melhores, não importa. / O que importa é
que meu ex-cachorro / já não se parece mais comigo. / E eu não me pa-
reço mais com ninguém.

ANÔNIMO

Onde você estava no dia onze de agosto / de mil novecentos e trinta e
quatro? / No Natal de setenta e sete, / no inverno de mil duzentos e tre-
ze? / Onde você se encontrava na madrugada / do dia vinte para o pró-
ximo dia, / primeiro de janeiro do ano passado, / primavera de sessenta
e nove / do século quarto? / Onde você passava quando já era tarde / e
ninguém te chamava / naquela noite dos anos dourados? / Quando tudo
acontecia e sumia sem / deixar rastros, por onde você andava?

Y los curas en el cónclave

(Crónica sobre el día en que
eligieron a Bergoglio como Papa)

NATALIA ZITO

Miércoles, 11:38, Vaticano, fumata negra. Buenos Aires, Vicente
López, 8.38 de la mañana, consultorio, psicoanalista durmiendo en el
diván. Es un error citar temprano a los pacientes que faltan, ya lo sé,
debería dejar de creer que las cosas pueden cambiar. Anoche dormí,
con suerte, tres horas. ¿Razones? La certeza de que tenía la capacidad
de resolver el problema de activación de mi Windows 7. Los resulta-
dos: la *notebook* no arranca. En su lugar tira pantallas negras, de esas
que recuerdan al viejo DOS de las Commodore de los noventa. No
soy de las que retroceden, así que me quedé tratando de resolver mi
propio error como quien pretende acomodar las cosas antes de que
la estupidez quede a la vista de todos. Pensar que, mientras yo rompía
mi *notebook*, los curas en Roma dormían o casi se despertaban con la
primera fumata negra en la cabeza y la ansiedad de saber quién se iba
a convertir en el Maradona de los curas.

Son casi las doce, los curas descansan, a mí me despierta el timbre.
Es la maestra, tiene cuarenta años, vive con su mamá, se pregunta por
qué no ha podido formar pareja. Siento los ojos hinchados. Casi todo
en su vida tiene que ver con la culpa. Llanto mediante, se va. Mensaje
de texto en mi teléfono: Ya tengo ganas de tenerte, no sé si me aguanto
hasta mañana, Sebastián. Timbre. Otra paciente, ésta es actriz, lo es
desde chica, muy chica. El tema: su madre, que en este caso no es tan
obvia, aunque le caga la vida igual. Mi mamá siempre me dio toda la
libertad del mundo, para actuar, dice defendiéndola. La coma entre
mundo y *para* es mía. Esa coma es mi intervención. Está en esa época
en la que uno sabe las cosas pero no las sabe. Llanto mediante, se va.
Tengo sueño. Timbre. Y los curas en el cónclave otra vez, humo no hay,

todavía. El paciente que sigue está subiendo por el ascensor. Mensaje desde mi teléfono al tal Sebastián: Yo también me muero de ganas. El tema de este paciente es cómo hacer para dejar de ser infiel, cómo hacer para no llevarse puestas todas las minas que se le cruzan. Me olvido de poner el celular en vibra, suena mensajito. Relojo por las dudas de que sea urgente y por obvia curiosidad. Sebastián: Todavía siento tu cuerpo, tus besos. Y los curas en el cónclave. Después del infiel, una ama de casa con ataques de pánico, ella no lo relaciona, pero los ataques comenzaron un par de meses después de encontrarle fotos casi pornográficas al marido en el celular y que él respondiera No es lo que parece. No es la mujer del paciente anterior. Asumo que la cara de dormida me va a durar todo el día. Y los curas en el cónclave. Timbre. Está subiendo otro paciente, el abogado. Mensaje a Sebastián: Yo también (con una carita). El teléfono suena. Es mi abogada, la que me lleva el divorcio. El paciente está por tocar el timbre pero igual atiende. Que la cosa se complicó, que mi ex se echa atrás con el pacto de división de bienes, que dejémonos de joder con lo del común acuerdo, que vamos a hacerlo mierda. Timbre. Mensaje de Sebastián, lo leo mientras la voz de mi abogada se convierte en ruido. Voy para allá; No, respondo sin caritas ni nada, casi desesperada. Es un hijo de puta, nena, me dice la abogada, disculpame, pero te casaste con un hijo de puta, Sí, pienso, pero no tengo tiempo y no sé bien qué le respondo. Otra vez timbre. Y los curas en el cónclave. Entra el abogado, el juez porque hace un par de años que es juez, pero viene vestido de tipo cualquiera, con una mochila. Habla de su ex, de las minas de ahora, de su vieja, del trabajo, de su hermano y de pronto dice: Te traje algo. Sigue hablando mientras busca en la mochila. Abre una cajita de metal y me pregunta: ¿Tenés dónde guardarlos? Te traje dos porros, son de flores de mi planta, de marihuana, aclara como si hiciera falta. Se levanta, los apoya sobre mi escritorio. Están tan prolijamente armados que podrían pasar por cigarrillos artesanales de tabaco. Ojo con eso, me dice, mirá que son de flores. Se los agradezco y le digo que lo tomo como una muestra de sus variadas capacidades. Al cruzar la puerta, con media sonrisa, me vuelve a decir: Ojo con eso, ¿eh? Me río y cierro la puerta. Son las 15:06. Miro el celular, otro mensaje de Sebastián: Estoy a dos cuadras. Fumata blanca •

leche de gárgola

KAREN WILD

Él me dijo:

Todo nacimiento es el triunfo de la voluntad de nacer

Yo escuchaba

Él me dijo:

No hay nada muerto

Todo lo muerto es una forma de vida

Yo escuchaba

Nos quedamos un momento después

¿Dónde vamos a despertar?

Yo evitaba la respuesta

**Venía a visitarme al país donde cada habitación es un bosque
de pequeños pozos húmedos trenzados sobre sí**

Empollábamos insectos y huevos de ñandú

Sin embargo

**nuestra cama era una goma caliente y el corazón se lavaba en aguarrás
la excitación del plexo ovacionado en un batir de regla
una flor ardiente y voraz queriendo derramar su leche en ganglios**

Esa fuerza anónima y oscura
que hace parir mil monstruos después de coger

¿Por qué no soy todo?, decía
¿Por qué no somos libres?

Yo adelgazaba de tanto sudar
Parecía un fantasma con dolor de pecho

Le hablaba de semillas y hojas y bichos
De la mezcla de todas las frutas y jugos
De la danza orgiástica y elemental

Él escuchaba

Nos travestíamos
Él quería ser hombre y ser mujer
Yo no quería ser mujer ni hombre

Él me decía hembra
Yo le decía bruja

Nos borrábamos del mundo por dos días
Dos días sin dejar de coger
Deseábamos con mucha intensidad

Creamos las fuerzas, luego se imponen
Necesitábamos sentir

Pero a la mañana el sol me irritaba los ojos
Entonces volvía a mis doce cuartos
bajo tierra
Y cerraba todos mis orificios

Él anotaba la cifra
de mis desapariciones
en un cuadernito que escondía tras la almohada
Ponía una cruz cada vez que me veía con otro hombre

Yo ponía una sábana sobre otra sábana
Así cubría mi delgadez
e intentaba tapar el olor de los cuerpos

Tenía mal aliento
y culpa y rencor

Las férulas son ángeles petrificados
Yo era mi propia gárgola

Escribía mis faltas en el cuadernito de escribir
La columna lumbar

Pensaba en Kant
Si pudiera olvidar a Kant...

Ahora necesito salir
Necesito irme lejos
Donde ya no seas más mi Hijo

Chapstick

DENISE PHÉ-FUNCHAL

Lo único que no detesto del ritual de ser mujer es el *chapstick*. Olga y papá entienden mi rechazo a los pomos multicolor colocados sin orden alguno en el baño.

Son las seis cuarenta. Mamá no tardará en llamarme al comedor. Debo ser bella. A mamá le importa mucho que me vea regia como ella, aunque me tome más de una hora frente al espejo arreglar los imperfectos que a Dios se le ocurrió heredarme de papá. Me gustaría decirle a mamá que me gusto como soy, aun con las anchas caderas que ella me recrimina, pero es imposible. La última vez que se lo dije me encerró en la alacena bajo las gradas, con varios botes de yogurt y algunas botellas de agua por dos días. Cuando mamá se descuidaba, Olga y papá se acercaban a hablarme, intentaban calmar mi llanto, me decían que mamá no es eterna y que en algún momento podré ser libre y quedarme sólo con el *chapstick*.

—¡A comer! —grita mamá, y ya sé que me espera el tradicional bol de granola con leche descremada, el jugo de naranja combinado con toronja para que mi cuerpo no retenga líquidos, media tostada plana y seca. Nunca he probado los huevos. Mamá dice que tienen mucha grasa y que el colesterol es dañino, que pueden pararme el corazón.

Mamá me ve fijo. Sonríe por un momento mientras determina si mi rostro es una obra de arte.

—Ojos, bien. Cejas, depiladas y peinadas. Un poquito más de corrector sobre la pendiente de la nariz para dar la impresión de ser más recta —la expresión de mamá cambia y se vuelve terrible al descubrir un vello escondido entre el maquillaje de mi barbilla. Me grita

y dice que eso no es perfecto, que vuelva al baño, que me lave la cara completamente y que recomience el ritual.

Así llegue tarde a la universidad. Mamá prefiere que vaya perfecta. Además, no desayunar me ayudará a mantener la figura.

Olga y papá son invisibles para ella. Intentan hablarle, pero se ha peleado con ellos y los ignora desde lo de Silvia.

—¡No llores! —me dice—. Subí y te quiero de vuelta perfecta. Cambiate esas medias de una vez. ¡Qué vergüenza! ¡Pareciera que nunca te he enseñado que el otoño no se usa con esos colores!

Me gustaría decirle que a mí me gusta así, que estas medias moldean mejor mis pantorrillas gruesas, pero es inútil. No es temporada para este color. Mamá tiene razón.

Veo sobre el tocador las cosas de Olga, que ya se ha ido. Me quito la blusa, tomo el tubo de crema. Nunca me he acostumbrado al olor, pero sigue aquí porque es la preferida de Olga. En uno de los algodones de color pastel pongo un poco, y la paso por mis mejillas. Cómo pude obviar el vello. Debo recordar siempre los lentes de contacto antes de comenzar.

Olga tenía quince cuando yo nací. En medio estaba Silvia, que murió de tuberculosis el año en que yo cumplí cinco. Antes de esa época yo no jugaba a las muñecas como mis hermanas. Papá me llevaba al campo y sembrábamos árboles en el terreno de la abuela.

Silvia cayó enferma el día de mi cumpleaños. Comenzó a toser sin parar cuando lloraba. Mamá la encontró en un acceso de tos y principios de fiebre tirada sobre la alfombra. Me culpa, me recrimina por romper la muñeca rubia de mi hermana. Dice que eso la puso triste y la debilitó, era su muñeca favorita, la muñeca que mamá le compró al nacer. Salí corriendo y me escondí en el estudio de papá.

Ya no comimos pastel.

Olga me encontró y me dijo que no era mi culpa, que seguramente había sido uno de los clásicos berrinches de Silvia, ya se le pasaría y que a mamá no le hiciera caso. Silvia era su consentida. Papá nos encontró en un abrazo y pasó su mano sobre mi cabeza.

—No es nada —me dijo—, sólo tené más cuidado.

—La crema no logra nunca quitar totalmente los residuos de maquillaje —dictaba mamá mientras la veíamos realizar su ritual—. Tarde o temprano se acostumbrarán a los baños llenos de botes y cremas. Recuerden que es muy importante tener siempre una buena

apariencia. Especialmente tú, Silvia, que tienes el mismo cutis que yo, no debes olvidar nunca que después de quitarte el maquillaje tendrás que lavarte la cara con un jabón especial para tu tipo de piel, pasarte el tónico, esperar que seque y luego... —mamá explicaba el ritual nocturno y nos exponía las diferencias con el matutino.

Silvia quedaba hipnotizada ante la belleza y las lecciones de mamá, y mamá embelesada con los cabellos, los ojos, la boca, la piel de Silvia. Papá, que sabía cuánto nos aburríamos Olga y yo, aparecía en la puerta del baño y nos decía que le acompañáramos en bicicleta a cualquier parte.

Siempre pensé que solamente Silvia usaría maquillaje. Olga sólo usaba crema.

He completado la fase de desmaquillaje. Tomo las pinzas y arranco el vello de la discordia. Abro un pomo de crema rosada. Ésta nunca la comparto con Olga; su piel es tan distinta a la mía. Esparzo un poco en los dedos y me doy un masaje circular para que estimule la irrigación de mi piel.

Silvia se recuperó por unos días. Volvimos a jugar, fuimos todos con papá a ver a la abuela y comimos tirados en la grama. El sol caía sobre el rostro de mamá, pero no la iluminaba; estaba tan cansada por los días que pasó junto a Silvia. Esa noche, al volver a casa, Silvia recayó.

La vecina, que venía de un pueblo más allá del de la abuela, llevó a un señor que pasó un huevo de gallina a pocos centímetros del cuerpo de mi hermana mientras oraba. El médico dijo que había algunas medicinas, pero que ya nada funcionaría; el sacerdote que solamente un milagro podría, que la paz del paraíso, y preguntó si la niña estaba bautizada. Mamá tenía cara de esperanza con el señor del huevo, se soltó en llanto ante el médico, le pegó al sacerdote y lo echó de casa. Nunca más pusimos un pie en una iglesia ni en una consulta médica. Silvia se tornó pálida y mamá la maquillaba para que guardara la apariencia rozagante.

Mi rostro ha absorbido la crema. No debo olvidarme de aplicar más corrector en la nariz. Mis vellos son persistentes; reviso que no quede ninguno. Mamá los detesta. Silvia murió tres semanas después de mi cumpleaños. A partir de ese día mamá me dice Silvia.

Mamá deambuló por la casa buscando las cajas con las cosas de Silvia cuando tenía mi edad. Sacó los juguetes y los vestidos llenos de

naftalina, le pidió a doña Rosa que los lavara y que luego tomara el dinero que le dejaba sobre la mesa y se fuera, que no volviera más, ella se ocuparía de todo.

Olga y papá cayeron enfermos, pero no se fueron. Mamá peleó con ellos desde ese momento y continúa ignorándolos. Muchas veces la espí cuando lloraba sola en la sala, con una foto de Silvia entre las manos mientras recriminaba a papá y a Olga haber llevado la tuberculosis a casa cuando ofrecieron un vaso de agua y comida a aquel mendigo.

Mamá me obligó a usar la ropa de Silvia, dejó crecer mi cabello y lo alisaba para que mi apariencia fuera lo más cercana a la de mi hermana. Siempre que estaba a mi lado repetía: «¡Silvia, querida! ¡Qué hermosa!».

Extrañaba a papá, la bicicleta, los árboles en casa de la abuela, las carreritas con Olga. Pero mamá me necesitaba y, aunque ellos le alegaran, los ignoraba, nunca los escuchaba. El método de papá de hablarle al oído mientras dormía no funcionó.

Mamá compró una casa en otro lado. Decidió inscribirme en una escuela para señoritas. Tuve que aprender a ser una niña de verdad. Tuve que aprender el ritual.

La habitación de Silvia fue trasladada exacta. Todo lo demás lo vendió. Dejó de dormir en la cama matrimonial. Antes de quedarse sola en la habitación de Silvia, me hizo dormir con ella mientras la mía era transformada en una copia exacta de la de mi hermana.

Olga se ponía furiosa, entraba en mi cuarto cuando lo estaban cambiando, botaba las cosas de los estantes, tiraba los muñecos, la pintura sobre la alfombra una y otra vez. Varios grupos de trabajadores que mamá había contratado para cambiar la habitación no volvieron más, y mamá lo hizo ella sola a pesar de que papá comenzó a actuar como Olga. De nada sirvió.

Cada cierto tiempo mamá cambia las habitaciones según Silvia crece. Cuando tengo ganas de desordenar, tengo que copiar el desorden de mamá. Olga o papá me ayudan. Es el único juego que nos queda ya.

Difumino el corrector. Confirmo haber puesto un poco más en la nariz. Debe verse recta. Abro el pomo de base, tomo la esponjilla, le pongo un poco de producto y lo expando sobre mi piel.



—Debe verse natural —me decía mamá cuando cumplí doce y comenzó a explicarme el ritual.

—El truco es hacer creer que no llevás maquillaje, buscar un *look* natural. Contigo vamos a tener trabajo —siempre me decía lo mismo antes de explicarme el truco del maquillaje por centésima vez.

Mi cuerpo también fue de preocupación para mamá.

—¡Qué lata con vos! ¡No te salen los pechos ni las nalgas!

Mamá fue subiendo el relleno de mi sostén. La cadera amplia pero de nalgas planas fue moldeada por trucos de telas, y de vez en cuando un calzón con relleno. A los doce también se acabaron los dulces y los chocolates. Llevo siete años de dietas y ayunos. Nunca logro el peso ideal.

Sigo los consejos de mamá. Sombras gris plateado en combinación con la minifalda, delineador negro con destellos de plata para conquistar, máscara gris oscuro para acentuar las pestañas...

Tengo las mismas pestañas que Olga. Olga se fue hace unos meses, se presentó de madrugada en mi habitación, se sentó en el borde de la cama, se despidió y salió por la ventana. Dijo que no podía más con mamá, que catorce años de lucha invisible la habían agotado. Tenía que evolucionar.

Papá sería entonces el único fantasma en casa.

Me pongo de nuevo la blusa celeste. Doy un paso fuera del baño y recuerdo que no me he cambiado las medias. Voy a mi habitación. Busco en la cómoda blanca en la que las guardamos. Encuentro unas Verano. Me dan ganas de orinar, vuelvo al baño. Me quito los zapatos de tacón, subo la falda evitando arrugarla y retiro las medias para luego cambiarlas.

Me dirijo al inodoro y veo el espectro de papá cerca de la puerta que me sonríe.

—Dale, oriná. Yo voy a distraer a tu mamá para que lo hagás en paz.

Papá desaparece. Antes de orinar, recuerdo aplicarme *chapstick*.

Escucho a mamá maldecir en la cocina. Tengo tiempo. Puedo liberarme de estos malditos calzones que atrapan mi pene y orinar como hombre •



Analyse de l'existant*

SARA URIBE

1. **¿Pero si el objeto ha sido destruido?**
2. **Si pierde cualquier cosa, comuníquenoslo sin falta. Por favor póngase en contacto con las oficinas municipales de objetos perdidos o con las oficinas de objetos perdidos.**
3. **San Antonio de Padua, tú que eres divino y con poder de encontrar las cosas perdidas, ayúdame a encontrar algo que acabo de perder.**
4. **¿Has perdido algo en IKEA?**
5. **[¿QUÉ COSA PERDISTE?].**
6. **El año pasado, la oficina y sus 43 empleados recibieron más de 173,000 objetos.**
7. **—¿Qué necesitas?**
—Un vaso vacío.
8. **«El mundo moderno tiene prisa», dijo. «Encontramos expedientes médicos, otros de estudiantes, ocasionalmente una tesis entera de doctorado».**

* Pieza elaborada por encargo para la exposición *Plan de París* de la artista visual Daniela Franco, producida a partir de la apropiación y curaduría de fragmentos hallados en internet bajo la búsqueda: objetos perdidos.

9. **317 sortijas, 136 pulseras, 59 pendientes, 88 cadenas y 28 colgantes, 221 relojes, 10 bolígrafos, 79 gafas de sol, 147 productos Apple, 212 discos de vinilo y 5 instrumentos musicales.**
10. **El lugar para todos los Objetos Perdidos del Disneyland Resort está ubicado en el edificio de Servicios al Visitante, fuera de la entrada principal del parque Disneyland a mano izquierda.**
11. **El formato del programa está compuesto de cortos sketches acerca de historias escondidas detrás de objetos perdidos encontrados en un almacén.**
12. **También podrás hacer tu petición a través del Formulario establecido para objetos perdidos. Si en diez días no hemos encontrado lo que buscamos, será porque el objeto es irrecuperable.**
13. **Consultas sobre objetos olvidados en algún avión de American Airlines o en la terminal del aeropuerto: el vaso es un hueco dentro del cual podemos mirar.**
14. **Tomar el vaso y darle la vuelta en un lugar donde sepamos que nadie lo tocará.**
15. **He capturado la nada en un vaso.
Nada como la que hay en mis manos.
Cuando mi objeto retorne
liberaré a la nada que he capturado.**
16. **Por los poderes de los hechizos de magia blanca, la Luna, Sol, Tierra, Aire, Fuego y Mar, lo que una vez se perdió que vuelva a mí.**

Cindy Jiménez-Vera

The Iceman Cometh

**Los glaciares se derriten
y devuelven los cuerpos
y artefactos
que se tragaron
y que habíamos creído
haber perdido para siempre.
Mira los soldados
que murieron en la guerra blanca
aquella que duró años
en el frente italiano
en la primera guerra mundial.
Este mes se cumple un siglo
desde que Italia se unió a la guerra
y, ahora, la tierra devuelve
aquellos cuerpos
y artefactos.**

398.2

**En realidad
aquel oso polar
no murió en una tormenta de nieve.
Era el primer oso polar
que veían en quince años,
llegó nadando desde Groenlandia
y la policía islandesa lo recibió a balazos.**

LA NOCHE

**Imagina que esa montaña es tu hermana.
Ir a la escuela con la montaña
compartir la merienda
la peinilla
—aunque se le peguen algunas yerbitas frescas—
correr tras la montaña
verla temblar de frío
bajo esos grandes copos de nieve
y no poder hacer nada para calentarle
en especial entre noviembre y enero
esos meses en los que el sol brilla
solamente tres horas diarias.**

Los cautivos

NICOLÁS CORREA

HABÍA COSAS QUE SUCEDIERON irremediablemente rápido para él: zarpas, permanecer vivo en una tripulación de ladrones, pisar tierra y marchar hacia la selva sin saber a dónde iban. Qué era lo que pisaban, y más aún, de qué se trataban esos ruidos entre las enredaderas y la oscuridad que provocaba la cerrazón vegetal. Fue en la primera jornada, Machado Ortiz, el viejo, les dijo que avanzaran por el oeste, él siempre ocupaba el lugar del adelantado, cerca de él, pero fue entonces que lo perdieron de vista, como si la tierra lo tragara. La reacción de ellos fue tardía, se dispusieron a avanzar donde habían visto por última vez al viejo, quitando la maleza de sus caras, el barro se les pegaba a las botas y sus ropas se volvían pesadas, la humedad los ahogaba y escucharon que Machado Ortiz gritaba pidiendo ayuda, hasta que llegaron a la orilla de un río estrecho, pero no menos caudaloso, que corría hacia el interior de la selva, y él no pensó en más nada porque se quedó mirando el final del río donde el horizonte se abría y la selva ya no tenía imperio para asfixiar al resto de la naturaleza, el agua abundante lo arrastró corriente arriba y los gritos de su compañero desaparecieron porque el río era todo inmensidad. Sus compañeros le lanzaron una soga al viejo, que juraba no haber oído la corriente. Esa jornada fue con suerte, muchas otras no hubo forma de recuperarse. Porque ese nuevo mundo era realmente nuevo: sus espacios, sus ríos, sus animales y su gente, lo último que conoció. Cinco meses estuvieron sin dar con indios, hasta que una mañana que seguían el cauce del río grande, en una de las playas donde solían parar a descansar, unas diez canoas los sorprendieron, y sus compañeros enseguida tomaron espada y arcabuz y se entregaron a la lucha. Pronto se encontraron con vida tan sólo él y Pero Vidal.

Los indios estuvieron parados frente a ellos mucho tiempo, el silencio era tan grande que ninguno de los presentes se atrevía a quebrarlo; él contemplaba los cuerpos desnudos, las miradas extrañadas, y le pareció que ya sus tres embarcaciones quedaban lejos. Seguramente los habían seguido durante varios días sin levantar sospechas. El instante de silencio y quietud se reproducía de manera infinita, sintió una presión en los oídos, un zumbido, ninguno tenía palabras para decir.

Pero Vidal pidió que los dejaran libres, cuando los obligaron a subir a las canoas, pero fue inútil, los indios lo ignoraron y hablaron entre sí; él mantuvo su atención en lo que se decían: no oía más que un *iDefghi, defghi, defghi!* Vencido por la monotonía que representaban esos diálogos, poco a poco fue cayendo en la armonía cansina del río que navegaban de manera circular, tratando de retener alguna señal de la costa en donde se había producido el choque. Siguiendo una corriente descendente las canoas tomaron velocidad, los remos se hundían uno detrás de otro en el agua mientras la selva se volvía un colorido manto de flores que cubría las costas, como si se tratara de una fiesta silenciosa a la que asistían de manera natural, el brillo de los árboles que caían en las riberas con sus frondosas copas, unas flores blancas que llovían por todos lados sobre el río, los camalotes que eran apartados por los remos, los cuerpos de los otros que remaban, y aun así los miraban de reojo, brillando bajo un sol tenue, saturaron su vista.

Unos gritos lo sacudieron: Pero Vidal estaba en el agua e intentaba alejarse a nado de la embarcación. Agitaba los brazos sin lograr avanzar, y cuando volteó la mirada vio que un indio joven lo estaba mirando fijo, como si esperara que él repitiera el mismo gesto que su compañero, y en aquellos ojos redondos, apenas rasgados, negros y silenciosos, encontró un brillo intenso y extrañamente similar al sol que caía sobre el río. Cuando subieron a Pero Vidal a la embarcación, todas las canoas volvieron a avanzar, su compañero lo miró y negó con la cabeza, mientras lloraba y se ponía a rezar tomando el crucifijo que le colgaba en el pecho. Devolvió su mirada al horizonte selvático y no pudo comparar con nada lo que veía, ahora entendía los comentarios y las habladurías de los soldados o navegantes que volvían de las Indias: cómo refulgía un brillo extraño en sus ojos al hablar del oro, de la plata y del plumaje que se sucedía por doquier, sin ser necesario demasiado esfuerzo para quedarse con un poco.

Sintió que iba a explotar. Eran las imágenes que lo ocupaban todo, mientras la canoa iba avanzando por el río de manera zigzagueante y entraban por distintos brazos. El agua, siempre el agua, como una canción monocorde lo iba durmiendo, y recordó los trabajos, los días y las noches en los barcos, el desconcierto de los otros. Arrimó una mano por la canoa y tocó el agua. Estaba fría. Se la pasó por la frente y respiró profundo, escuchó el sonido de los remos entrando y saliendo, uno a uno, sin prisa.

LAS PRIMERAS JORNADAS estuvieron separados y vigilados por grupos diferentes de guardias. Tuvo que soportar los gritos de Pero Vidal diciéndoles una y otra vez que iban a llegar sus compañeros y arrasarían con todo lo que se interpusiera en su camino, y que él mismo se tomaría el trabajo de violar a cada una de las mujeres que encontrara. Los indios mantenían una tranquilidad extraña. Los gritos de Pero, para ellos, serían como para él era el *iDefghi, defghi, defghi!* En un principio se esforzó por tratar de entender a qué se referían con esas palabras: vigilaba sus acciones, seguía los movimientos de sus manos, los gestos de las caras, los objetos que tomaban cada vez que hablaban, el mismo sonido lo fue venciendo. Los escuchaba y sentía que se dormía. Al cabo de algunos días se dio cuenta de que le daba placer escucharlos sin necesidad de siquiera intentar vislumbrar las conversaciones. Los veía ir y venir por un sendero que se perdía pero él suponía que desembocaba en una ciudadela mucho más grande. A lo lejos, en algunos momentos del día, veía que pequeños grupos se asomaban por el camino y miraban hacia donde estaban ellos, y cuando Pero Vidal se daba cuenta de que los observaban se ponía a gritar que los iba a matar a cada uno y que les sacarían todo el oro que escondían. En los momentos en que se ponía a gritar, le acercaban una carne blanca y tierna y una bebida suave, con la que Pero se emborrachaba hasta dormirse, y cuando caía rendido, los guardias se acercaban, le quitaban el crucifijo y le hablaban con el *defghi, defghi, defghi*, lo sacudían y se lo ponían en las orejas y después le susurraban cosas inentendibles, tal vez porque veían siempre a Pero mantener largos diálogos con él.

A los costados de las parrillas se hallaban unas estacas, que parecían cruces, y hacia la derecha, una construcción de piedra que se levantaba a cierta altura.

Caía la noche sobre el manto verde de la selva y él podía contemplar un cielo infinito que nunca volvería a comparar con nada de lo que había visto, esa abundancia de cielo con un resplandor tan extraño lo iba envolviendo, y al escuchar el griterío que se daba en algún lugar no muy lejano, imaginaba a los indios en sus fiestas, alejados de las costas, del peligro, de la muerte que los acechaba inminente, porque él había visto lo que hacían sus compañeros con ellos, a veces los tiraban en unas fosas donde había cinco o seis perros famélicos y eran devorados en cuestión de minutos entre alaridos y rugidos. Entonces miraba el río fragmentadamente a través de la selva, el reflejo de las estrellas en el agua, y pensaba en los días de mar, en los incansables trabajos, en el dolor que había soportado. Por alguna razón, estar detenido observando el río lo llevaba a pensar que de alguna manera se estaba volviendo un hombre indefinido. Vio el oleaje iluminado por las estrellas, ese sopor que caía con la noche extensa e implacable.

Pero Vidal desvariaba y ya no comía, sólo bebía de manera incansable.

Al sexto o séptimo día llegó un grupo de diez indios que los examinó. Pero no dejó de escupir al anciano que le miraba las manos. Cada vez que su compañero lo escupía, había otro que lo limpiaba. Los llevaron por el sendero, en ese momento no pudo dejar de sentirse sorprendido y también sintió que, al alejarse del río, se producía en él una sensación de vacío. Se internaron por el camino selvático hasta desembocar en una zona descampada con unas construcciones bajas de piedra. Era una especie de plaza principal que en el centro tenía una especie de parrillas gigantes. Más atrás, una multitud de hombres desnudos al rayo del sol, atados de manos. A los costados de las parrillas se hallaban unas estacas, que parecían cruces, y hacia la derecha, una construcción de piedra que se levantaba a cierta altura. Los indios iban y venían alborotados, cargando estacas y leña. Algunos sólo merodeaban alrededor de las parrillas, como si estuvieran perdidos. Cada vez llegaban más indios y se ubicaban en la periferia de la plaza. A Pero Vidal lo llevaron hacia el grupo de cautivos y cuando lo ubicaron con otros indios se puso a gritar que el Dios divino iba a interceder por él e iba a castigar al hereje, imprecaba y escupía, mientras sostenía el crucifijo y giraba en círculos. A él lo pusieron a un costado junto a unos viejos indios que tenían unos sombreros adornados con oro, plata y distintos plumajes, aretes de un color rojo que brillaban de una manera muy extraña. Estaban sentados en total tranquilidad

observando. Cuando lo ubicaron junto a ellos escuchó, después de que lo miraran de arriba abajo, el sonido monótono del *defghi, defghi, defghi*. El murmullo de la conversación le pareció lo mismo que el sonido del río empujando el agua hacia las costas, lo mismo que el ir y venir del mar golpeando la embarcación. Pero Vidal quiso salir de donde lo habían ubicado y los indios que lo vigilaban lo empujaron con el resto. Ahora el sol parecía caer de manera ardiente sobre los cuerpos tostados, contempló las pieles resplandecientes de los hombres, y se sintió atraído por ese cuero tan diferente, hasta que un grupo de hombres y mujeres, todos vestidos también con ropas de oro, plata y plumajes, llegó desde algún lugar marchando como una tropa. El grupo se instaló en el medio de la plaza, frente a las parrillas, y comenzaron a hacerse a un costado para que un indio muy viejo avanzara entre ellos, era de baja estatura y llevaba una túnica larga hasta los tobillos, de color marrón y verde. El murmullo de los ancianos que estaban a su lado cesó y dirigieron su mirada al viejo, que *defghi, defghi, defghi*. Él se quedó observando a las mujeres del grupo que había entrado. No supo cómo describirlas porque sus pechos, el color de sus pieles, el pelo, las caderas, se volvían de un atractivo que no entendía y no podía soportar, le parecieron seres de una zona indefinida que ahora él mismo habitaba, seres hermosos que no podía simplificar con palabras. A diferencia de lo que había escuchado, no se trataba de seres extraños, maravillosos, monstruosos, ni siquiera de amazonas, como las habían llamado algunos.

El viejo indio terminó de hablar y se ubicó junto a otros indios que parecían principales, formando un círculo. Otro grupo más grande de indios comenzó a encender el fuego con un material que él no pudo identificar. Los cautivos dieron un paso atrás, excepto Pero Vidal, que quiso tirarse a las llamas, pero se lo impidieron sus guardias. El fuego ardiendo debajo de las parrillas inmensas lo obligó a olvidar a las mujeres, rápidamente vio cómo se reprodujo hasta abrazar los asadores y hundirlos en una cortina anaranjada y rojiza que le hizo pensar en el color del mar cayendo en el horizonte. Alrededor de la plaza había muchísimos indios, que ahora se organizaban en grupos reducidos y formaban unidades circulares. Todos emitían *defghi, defghi, defghi*, también los ancianos que estaban con él. Se vio obligado a internarse en el sonido del fuego crepitando y explotando en pequeñas chispas. El grupo que había entrado con el anciano permanecía frente a las parrillas y pudo ver que los cuerpos ahora estaban bañados en transpiración

y el humo creciente se los tragaba por un instante, hasta disiparse y devolverlos a su vista. El calor que emanaban las parrillas lo fue sumergiendo en el sueño aterrador, sintió el mismo miedo que había surgido en él arriba de la embarcación, las primeras noches, soportando todo lo que aún lo separaba de las Indias. Creyó que todo era excesivo: el *defghi, defghi, defghi*, los colores, los cuerpos, el murmullo que crecía, el fuego, la selva, los asadores, los cautivos, la abundancia de cielo, y por un momento quiso volver al oleaje cansino del río, a su forma circular y armónica para que lo arrastrara a la costa y le dilatara los ojos. El fuego crecía tanto que también parecía pintar las estrellas de un color rojizo.

UNOS GRITOS LO DESPERTARON. Necesitó varios minutos para acomodar la imagen. Cuando pudo identificar que lo que se asaba en las parrillas eran cuerpos humanos, sintió ganas de vomitar. El humo blanco se elevaba al cielo y formaba extrañas nubes, en las parrillas caían pedazos de torsos, piernas o brazos que varios indios arrojaban. La plaza estaba invadida por una multitud que se amontonaba buscando mejorar su posición. Las peleas surgían en todos lados, y él sintió que ya no era capaz de identificar las diferencias entre esos hombres. Vio la pelea de dos indios que terminó con uno de ellos metido entre el carbón, quemándose vivo. Buscó a Pero Vidal, pero fue imposible dar con él en esa situación. Otra vez le volvieron las arcadas y trató de tomar aire. Cada uno de los detalles, cada uno de los movimientos, cada una de las cosas, un exceso inevitable. Las mujeres, los niños, los viejos también intentaban alcanzar las parrillas, algunos eran aplastados y todos los que accedían parecían caer en un éxtasis por la carne humana. Se desvaneció por el asco.

Un indio enorme caminaba sobre otros indios que parecían dormidos o muertos, y al llegar a las parrillas se estiró intentando tomar un pedazo de carne renegrada que caía del asador, él vio cómo se quedaba inmóvil un momento, mantuvo en suspenso las manos, sus piernas soportaban el peso de su cuerpo, con ojos perdidos hacia la nada, entonces giró hacia él y se miraron durante unos segundos. Nada de eso tenía sentido para los indios, estaba seguro de que sólo significaba algo para él. El indio alcanzó a tomar la carne y se perdió en la selva •

Carlos Soto Román

*El tormento no es un medio seguro de conocer la verdad.
Hay hombres débiles que, al primer dolor, confiesan incluso los crímenes que no han cometido; en cambio hay otros, más fuertes y obstinados, que soportan los mayores tormentos.*

NICOLAUS AYMERICH, *Directorium inquisitorum*

EXPLICACIÓN DE PROPÓSITO

Este manual no le enseñará cómo ser un buen interrogador.

El propósito de este manual es entregar pautas para el interrogatorio y en especial para el interrogatorio de contrainteligencia a fuentes que se resisten.

No existe nada misterioso en un interrogatorio.

Consiste nada más en la obtención de información necesaria a través de preguntas y respuestas.

El interrogatorio se basa en el conocimiento del asunto a investigar y en ciertos principios generales, que no son difíciles de entender.

CHECKLIST

¿Cuál es el propósito del interrogatorio?
¿Ha sido preparado un plan de interrogatorio?
¿Se encuentra disponible un lugar apropiado para el interrogatorio?
¿Serán grabadas las sesiones de interrogatorio?
¿Se encuentra disponible el equipo necesario?
¿Se encuentra instalado el equipo necesario?
¿Se han hecho arreglos suficientes para alimentar, alojar y custodiar al sujeto si es necesario?

Según el plan de interrogatorio

¿se necesita de más de un agente interrogador?

De ser así,

¿se han asignado los roles?
¿se han preparado los horarios?
¿Se encuentra el ambiente del interrogatorio sujeto a completa manipulación y control del agente interrogador?
¿Qué disposición está prevista para el sujeto después de que termine el interrogatorio?
¿Es posible determinar la respuesta personal del sujeto hacia el interrogador?
¿Cuál es la reacción del interrogador frente al sujeto?
¿Existe alguna reacción emocional lo suficientemente fuerte como para distorsionar los resultados?

De ser así,

¿es posible sustituir al agente interrogador?

Si la fuente se resiste

¿está contemplado el uso de técnicas coercitivas o no coercitivas?
¿Cuál es la razón de la elección?
¿Ha sido el sujeto interrogado anteriormente?
¿Está el sujeto familiarizado con las técnicas de interrogación?

ex
a
men
ge
ne ral
de
con
ciencia
cas
tigo
con
trición
penitencia
so
meter
a la pregunta
in
ter
ro
ga torio
de ter
cer
gra
do

barba
rie
dis
frazada
da
de
civil
iza
ción

Foja de servicios

JAVIER VIVEROS

El sol que aún se sacude los fragmentos de noche. Los soldados de impecable verde olivo. Las novias, amigos y parientes que los despiden en el puerto de Asunción. Los altavoces que se llenan de polcas épicas y de marchas militares. Las risas ingravidas. El orgullo y la alegría. *Taheja che ru, che sy, taheja opa ahejáva*. La vocinglería de los mercachifles. El olor calentito de las chipas. La anclada nave de la incertidumbre. La misa de despedida. La Virgen portátil. Padre nuestro que estás en los cielos. El murmullo ascendente de los rezos. La bendición al ejército, a la usanza vaticana. El final de la misa. La alegría y el orgullo. El soldado Brítez y su novia. El roce de los labios de Josefa. El beso nutritivo de Josefa. Los saludos militares. *Ha jarúne ave ko'ápe mas que sea ikangue kue*. La sirena apremiante. Los abrazos que se multiplican. Las promesas de amor eterno. La inflexibilidad de una orden militar. El «todos a bordo». Lo inexorable del deber para con la patria. Los deseos de pronto retorno. El abordaje en fila india de la cañonera *Paraguay*. El hombre de la cámara que da instrucciones. La foto grupal. *Morituri te salutant*. Los camalotes flotando despreocupados. Las interrogantes sobre el teatro de operaciones. El martín pescador en picada contra el agua. El pez preso entre su pico. El río y su movimiento continuo. La cara de un capitán que da órdenes. El sol inmisericorde. Las poblaciones ribereñas. Las islas deshabitadas. La riqueza vegetal. La herida

del horizonte agusanada de pájaros. El insomnio, ese demonio. La lentitud desesperante. El cielo y sus condecoraciones. El solitario cuerno de la luna. Un oficial que fuma en la cubierta. El recuerdo de la cara de Josefa. Los senos apretados. El deseo. El sexo de Josefa. La litera estremecida. El estruendo mudo. El bajo vientre asperjado. La orden de levantarse. El ruido atropellado de centenares de botas. Un disco de fuego espejándose en el agua. El himno efervescente. La sinuosa bandera paraguaya. El jarro lata con cocido y la pétreo galleta cuartel. El desembarco en Puerto Casado. Una estación de tren. La incertidumbre en un rostro recién llegado. En otro. En todos. La fila de soldados *verde'o*. Los oficiales dando órdenes. El Chaco: convulsionado trozo de mapa. La polvareda multitudinaria. El viento atarantado. Los paratodos y algarrobos. El chaleco de un oso hormiguero, *arbiter elegantiarum*. Los pies en la batalla. El cerco a Boquerón. La muerte que hizo sus nidos. Las ametralladoras bolivianas que despedazan la carne. El tronar de los morteros guaraníes. La heroica obstinación enemiga. El estéril estrellarse contra un muro de fuego. El resistir hasta el último cartucho. La página de gloria. Los paracaídas que acercan víveres. La noche que los desorienta. La captura de productos enlatados. El amanecer del 29 de setiembre. Los trapos blancos de la rendición. La victoria pírrica. La victoria al fin. La continuidad de la marcha. El jugarse la vida en otras batallas. La insensibilización avanzada. La llegada al campamento. El agua estacionada en los camiones. Los soldados más antiguos.

Lo inexorable del deber para con la patria. Los deseos de pronto retorno. El abordaje en fila india de la cañonera Paraguay.

Las miradas insondables de los soldados más antiguos. La presentación ante el comandante. Arenga. El discurso que sincroniza voluntades. Los aprestos para el combate. La animalización progresiva de los hombres. La añoranza. El deseo de regresar a casa. Madrecita linda. El angustioso arrastrarse de los días. La ración de hierro en el campamento. Los aviones que llueven sus bombas sorprendidas. El temor a morir. El ocultarse entre lo verde. La visión de la sangre. La eternidad en quince minutos. El alejarse de la aviación enemiga. El regreso al campamento. El horror. Los pedidos de auxilio. Los gritos de dolor. Las súplicas de un balazo. La bilocación forzada del enfermero. La búsqueda del mayor. Su cadáver desfigurado. La búsqueda del capitán. La puerta sobre la espalda del capitán. La orden de alistarse y salir en busca de *yy'a*. Los vientres vegetales preñados de agua. El enfermero que venda una mano. La marcha de la esperanza. El dormir en el monte. La silbatina insoportable de los pomberos. La química potente de los insectos. La deliciosa carne de un *tagua*. Un paréntesis de bonanza. El fruto esquivo de Tántalo. El grito del camarada. Su fusil disparando contra unas luces flotantes. El temor a lo desconocido. El plomo combatiendo la extrañeza. La desaparición de las luces huidizas. La selva que vuelve a recuperar sus sonidos. Las cuadrillas de mosquitos. El cambio de guardia. La voz que desde el árbol anuncia pisadas. El soldado Brítez otra vez. Su respiración entrecortada. Los disparos que agitan la espesura. Los gritos de «¡Viva Bolivia!». El instinto de conservación. El pavor ante la premonición del fin. Las llamitas encendidas entre lo verde. El humo fantasmal de los fusiles. La muerte y su aliento de pólvora. El contacto espasmódico del índice con el gatillo. El miedo a morir estampado en el rostro del soldado Brítez. El fragmento de plomo que anida en su pecho. La flor de caraguatá que le empapa el verde olivo. El agujero minúsculo por el que se escurre su vida •

Ucrania

TANIA GANITSKY

New born babies interpret love in the voices of mothers.

WALLACE STEVENS

**Las madres soltaron
las dagas
y ahora prometen benevolencia.**

*Su voz era un témpano de hielo,
lo afilaba apagando fuegos secretos.*

**Que vuelvan los huérfanos
a dormir en su canto,
piden las hurañas.**

*Su voz era la punta del iceberg,
que perforaba el corazón de las ballenas.*

**Clavaron sus dagas
en el campo de hielo —
fracturaron el camino de retorno.**

Su voz era el exilio. Yo al amor no volvería.

Matanzas Bay

JAMILA MEDINA RÍOS

Como una jaula de pájaros sin pájaros, dos días antes del cumpleaños. Mochila otra vez a las Matanzas. Medias caladas contra el viento norte y una pareja inseparable de jirafas, ador-mecida en el fondo.

Paseo Martí. De blanco y negro como una vieja foto. Pañuelo de cuadros enrollado, avalancha. Viendo pasar a izquierda y a derecha una dresina. Filmándola. Bajando a gatas a buscar el paliacate. Hasta los rieles.

Escritos en la mano los asuntos (una bandada de golondrinas ligeras) para llenar el día de un celofán de cháchara. Y el pico del pelícano de las conversaciones graves cayendo a carenar cuando se fue la última. ¿Volverás, volveré? ¿Volveremos a ser Matanzas Bay?

Guagua hasta el extremo desierto de la costa. Sobrepassar la termoeléctrica, el punto de control, una caseta de teléfonos volcada. Sonrisa cloqueando por el gris asfalto. Y a un lado y otro: piñas de pino, barrio de cercas de madera. Y a la derecha: atajos hasta el mar (y sobre el mar). Cavada en roca la piscina AL FIN. Entreabrir de los dedos: ramo, esclusa, llamarada amarilla en el vacío. *Flaaaaash*. Cámara lenta: mi mano, el frío, tu *zoom* sobre las flores, tu paciencia china para pintar pequeñas alegrías en el aire. Morderme la lengua para no decir: *Llevaré esto rayado en la retina; ¿no ves que somos*

lo que ves? El mar rodeando el ramo. ¿Querrá casarse el mar? ¿Con quién, de quién, a quién?

Conchas prehistóricas, esqueletos de estrellas horadados en piedra. Miraditas, amagos, suspirar. Dienteperro punzante y las pieles juntadas sin importar llovizna, sol, espuma reseca de la melancolía. *Precioso...* Gemidos. *Preciosa daga...* Zorro de rieles. Zorra de vía. Vaivén convulso de la dresina atrás y adelante... hasta perderse en un recodo. Hasta hacernos creer que-sí-que-no que-sí-que-sí que-no vendrá que-no se irá. Con este frío ni muertos en el agua. Apretujarse. Labios, lenguas, (em)be(le)sos. Humedecerse, remojar las puntas de las yemas, salivar, tragar en seco, negarse-darse, me(re)cer. Balanceos, seseos... embestida.

Después la bruma. Las golondrinas idas/ flor de sangre en el pecho del pelícano. Matar el hambre (es un decir). Regresar con sed. Volver a nado a ras del agua como sea. Uno mirando al frente y otro mirando atrás. Una de dos. Manos tomadas pero la rosa apenas. ¿Vendrá el deseo que marca (lomo abrasado de res) en medio de la noche (estómago girando: retorcido en el disco del teléfono)? ¿Caeremos irremediamente atropellados en mendicante balbuceo? ¿Podrá la lu(cide)z en madrugada volver de la vorágine de algas?

Hay días que el corazón logra calmarse y no pensar constantemente; días en que es mejor (como engañados) sortear la boca-de-lobo de las minas de lágrimas. Repaso y recorto negativos: Matanzas Bay, el mar besaba el ramo, el sol tu pelo y yo colmada (como encinta) de una seguridad inapelable: un nosotros, un siempre (sin *The End*). Pájaros, cola de zorros, jirafas... amancebados, muertos de miedo pero salvos: arca, diluvio, milagro. Boda invisible bajo el cielo fue aunque no dije. La esclusa era el anillo y la estela amarilla mi dedo (mi garra de paloma) entrando al agua. Yo te tenía y el mar quería también su jaula.

Hágase usted mismo

[fragmento]

ENZO MAQUEIRA

EL CAMIÓN DE LA BASURA todavía pasa a las once en punto; y hace el mismo ruido que antes cuando pisa el pavimento roto: piedras, nubes de polvo, el acoplado contra los pozos de la esquina. Lunes. Tres días en San Benito. Empieza la semana. Pasó toda la mañana buscando formas de distraerse para no pensar que Martina debía estar en la clínica haciéndose los análisis. En el autoservicio consiguió el número de un tipo que arregla termotanques y la dirección de un negocio que vende colchones. Llamó al tipo del termotanque, pero el celular daba apagado. Barrió las habitaciones, la cocina y el living. Limpió el baño. Terminó justo a tiempo para sacar la basura a la vereda. Las once y dos minutos. El sol sobre la copa de los eucaliptus. En una semana, quizás un poco más, van a estar los resultados de los análisis de Martina. Hojas secas, dos envases usados de lavandina, un trapo de piso marrón después de desinfectar cada rincón de la casa; los huesos del cordero que comió anoche. Tiró todo en una bolsa que los basureros acaban de hacer volar hasta la boca del camión. El olor a basura quedó flotando en el aire. No alcanzó a ver si el camión era de la misma empresa de residuos de antes, pero el uniforme de los basureros tenía el mismo color. El abuelo había muerto. La abuela no se quería mudar a Buenos Aires. Mamá contrató a una señora que la cuidara y a uno de los basureros para que regara el patio. Se llamaba Jesús: ojos celestes, pelo corto, uniforme bordó. La abuela se mandaba la parte con que su marido peleó en la segunda guerra mundial y Jesús le contaba de su vida. Tenía un amorío con su cuñada, la hermana de la mujer, pero no quería separarse. Una tarde había venido todo pachucho porque la esposa se había enterado. Lo echó de la casa, no le atendía el teléfono. A los dos meses se mandó a mudar con los dos hijos a otra provincia. La

abuela contó la historia en la cena. La señora que la cuidaba tenía vacaciones mientras mamá y él estuvieran en la casa. Mantenían los mismos lugares que cuando vivía el abuelo: mamá a la izquierda, la abuela en la otra cabecera, una silla vacía. Daba bronca que la abuela hablara tanto de Jesús, que gracias a él tengo el patio verde, y Jesús una cosa y Jesús la otra. ¿Cómo se llamaba la señora que cuidaba a la abuela? Por lo menos los recuerdos lo distraen. Aire de mar. Las nubes taparon el sol. Abrir el enrejado y pisar el *boulevard* para forzarse a entender que la espera recién empieza. ¿Quién era que lo recomendaba? ¿Chopin? ¿Pasear por el bosque como método de inspiración? Hágase usted mismo, diría el abuelo. Son las once y seis de la mañana. En San Benito el tiempo pasa demasiado lento. Debe de ser por eso que el cuerpo lo empuja hacia la sombra brillante del monstruo.

*

LA CASA DE CHAPAS ROJAS, los álamos, el gimnasio que nunca se terminó de construir. Ese perfume a arcilla, matas y tierra seca. Un descampado donde el terreno empieza a elevarse. Pero eso era antes, porque ahora hay un barrio de casas de dos pisos y puertas que dicen «Welcome». El monstruo era el guardián del desierto. Un kilómetro, por lo menos, de lado a lado; doscientos metros de altura. Una vez con Leandro treparon por las rocas que llevan a la cueva. No tenían agua, ni siquiera sabían cómo iban a bajar. Había otras cosas por las que preocuparse: las historias de extraterrestres, imaginar cómo era ese desierto cuando lo cubría el mar, planear la forma de ponerle un somnífero en la bebida a Patricia Parfait. A él le daba orgullo subir el cerro al mismo ritmo que Leandro, que estaba acostumbrado a las espinas de las matas y al viento que te hace perder el equilibrio y rodás para abajo. ¿Viste ahí?, Leandro señalaba un trampolín de cascotes de arcilla, ahí si te caés te abrís la cabeza contra las rocas. Habían pensado llegar a la cueva antes de que oscureciera, prender una fogata y pasar la noche explorando los túneles. Tenía que ser rápido, antes de que se murieran de sed. La única posibilidad de encontrar agua en el desierto era comiendo los ojos de los reptiles. ¿Iban a cazar un matuasto y comerlo crudo? Leandro decía que ya lo había hecho, pero cuidado, porque si un matuasto te muerde no te suelta más. Un viejo se había muerto de gangrena por culpa de un matuasto que no lo soltó. Pero cuando llegaron a la cueva les pareció una porquería. Ni túneles ni nada.

Era un techo, una roca un poco más grande cubierta con las mismas ostras petrificadas que había por todo el cerro, botellas en el suelo, un olor a pis que les hizo dar arcadas. Leandro dijo que seguro era la casa de algún linyera. Agarró una ostra y la empezó a tallar con una piedra. Quería hacer un cuchillo por si tenían que defenderse. Enseguida tuvieron sed. El sol empezaba a esconderse. Después de un rato decidieron que mejor no se quedaban a pasar la noche en el cerro. Bajaron por el trampolín de arcilla. Por el culo del monstruo, dijo Leandro y los dos se tentaron de la risa y casi pierden el equilibrio.

Después de las casas de dos pisos, sí: lo que quedó del descampado. El camino de las rocas sigue subiendo hasta la cueva. Otro día lo va a intentar. Llegar a la cueva y bajar por el culo del monstruo; explorar los tanques de petróleo, los dos que estuvieron siempre y otro más. En el tanque más grande apareció Jesús. Unos chicos que estaban jugando en el cerro vieron una tela bordó flameando; cuando fueron a ver era un hombre que se había ahorcado. La abuela se enteró por el noticioso: la cara de Jesús en la pantalla, una foto que se le veía la tristeza, dijo la abuela, que no había llorado por la muerte del abuelo o, mejor dicho, que él no había visto llorar más que de lejos, subido a su rama sagrada en el manzano del patio; y esa noche, en cambio, la abuela hablaba de Jesús y se limpiaba los ojos con la servilleta: yo le rezo mucho, decía a cada rato, le rezo mucho, le pido a la Virgen.

Escombros, chapas, bolsas de nailon prendidas de las matas. ¿Seguirá habiendo matuastos? Da vuelta una chapa aunque sabe que los matuastos viven en lo más alto del cerro. Bolitas de caca de liebre. Da vuelta otra chapa y encuentra una lagartija. Antes le hubiera disparado con la gómera, o se la hubiera llevado para meterla en un balde con agua. Eso les hacía a los matuastos: se les hinchaba el cuerpo, flotaban durante días; nunca supo si se morían ahogados o se morían de hambre. La lagartija quieta entre unas ramitas. Vuelve a cubrirla con la chapa. Tantos años y recién ahora se da cuenta de que la abuela murió poco tiempo después que Jesús, junto con todas las plantas del patio, que también se fueron secando.

*

¿Y SI MARTINA no se hace los análisis? Es una posibilidad. ¿Por qué está tan seguro de que conoce a Martina? Ella podría haber pensado lo mismo

de él y sin embargo nunca lo conoció verdaderamente. O sí, pero siempre hubo una parte que él le ocultaba. Tenía razón cuando se ponía celosa. No todas las veces, pero tenía razón. Igual ya es tarde para arrepentirse. Ahora hay que esperar y rezar porque los análisis salgan bien. Y si no quiere que la espera sea insostenible su única preocupación tiene que ser sentarse a escribir el guión de su primera película. ¿O no vino para eso a refugiarse en la casa de sus abuelos en la Patagonia? Para olvidarse del terror de la espera, para convertirse en artista y experimentar la libertad, quizás por última vez. Saborear sus costillas de cordero sin nadie que lo apure, ninguna bocina que lo haga saltar de la silla, ni mirar noticieros, ni salir a la calle y encontrarse rodeado de desconocidos que en cualquier momento podrían matarlo. Dormir la siesta, despertarse con el sol en la cara, regar el patio; hoy, mañana, cada día hasta que el patio parezca una jungla otra vez y los jilgueros vuelvan a picotear entre las hojas de los árboles. ¿Pero qué va a ser de él si los análisis de Martina dan positivo? Ya verá cuando llegue el momento. Por un par de horas hará lo que debe hacer. Comprar las costillas, masticarlas despacio, chuparse los dedos embadurnados de grasa y de sal. Cuando sea hora de comer prenderá el teléfono para llamar al hombre que arregla termotanques pero la llamada tampoco podrá ser realizada. Decidirá que lo mejor es dormir una siesta antes de ponerse a escribir. Querrá cerrar los postigos de la ventana de la habitación y será como si una bomba estallara en su cabeza. ¿Es cierto lo que ven sus ojos? Correrá descalzo y con los pantalones desabrochados. Abrirá la puerta de la cocina, salir al patio, correr hasta entender que es real como puede ser algo que jamás estuvo ahí: el vecino levantó un muro de ladrillos contra el manzano, dos metros de alto, el cemento todavía fresco. El vecino debe de haber aprovechado que él estuvo un rato fuera de la casa. Fue apenas un rato, pero el tiempo en San Benito... El manzano está intacto. Lo peor es que ya no se ven los cerros en el horizonte. No desde el patio, tampoco desde la ventana de su habitación. Y no hace falta que lo piense. El cuerpo recuerda los movimientos: el pie derecho en la protuberancia del tronco, una rama en la mano derecha, agarrarse con la otra mano, trepar, el salto en dos pasos. El trono de sus veranos, su rama sagrada, desde su rama sagrada todavía existe el paisaje que el vecino arruinó levantando un muro donde había un cerco. El cielo, los cerros, las nubes. Su paisaje más hermoso y más triste. Un tributo a *El Principito*, un homenaje a Saint-Exupéry, que volaba su avioneta sobre la Patagonia llevando el correo postal. ¿Cursi? Probablemente. Lo único que puede

asegurar (y respira hondo para absorber el aire que llega desde el desierto, las pocas hojas marchitas que cuelgan del manzano, el mar que viene del este), lo único que puede asegurar, repite en voz baja, es que se va a convertir en el cineasta más importante de la Historia. Haber sido capaz de subir a la rama sagrada le devuelve sus superpoderes. Visión hasta el infinito. ¿Oído? Las olas rompiendo en la playa, el hierro de las extractoras de petróleo en el cerro. ¿Cómo las llamaba la abuela? «Catitas». La rama sagrada le otorga el don de la supermemoria. El monstruo recordado contra el fondo; las casas de chapas, las más viejas del barrio, y los chalets nuevos y nadie en ninguna parte. La única vez que hubo gente en San Benito fue ese verano que se hizo amigo de Leandro. Ahí aparecieron los otros chicos, las bicicletas, la vez que se subieron a la camioneta del padre de Patricia Parfait y le hicieron la guerra de bombitas de agua a los del barrio de enfrente. Abajo, el cerco que sacó el vecino tirado del otro lado del muro. En la casa de al lado vivían los Cuchiculione. Se espían de un patio al otro pero nunca se hablaban. Ellos en el arenero; él desde la rama sagrada. Fueron dos veranos. Al tercero la familia Cuchiculione ya se había ido de San Benito. Hay un palo donde cuelga la correa del perro y unos ladrillos, más bolsas de cemento, y los pétalos de unas flores amarillas que asoman desde la calle. Tampoco ahora hace falta que lo piense. Un pie en la protuberancia del medio, colgarse con el otro brazo, salto, rebote, salto. Caer parado, perfecto, contra el suelo del patio. Y vuelve a tener doce años cuando abre la puerta del fondo y sale a la calle de atrás para encontrarse con la retama que abraza como si fuera el abuelo que lo estaba esperando. La casa de al lado llevaba tiempo sin inquilinos; una tarde, antes de que lo internaran, el abuelo manejó hasta el vivero, trajo la retama, la plantó en un pozo que cavó en la vereda, la regó hasta que ya no tuvo fuerzas. La abuela decía que lo había hecho para delimitar los terrenos y que todo quedara en orden cuando él no estuviera. Mamá pensaba que era al contrario: que el abuelo quería conquistar un nuevo territorio. Acariciar las ramas y las flores amarillas. Debería llevarle esas flores al abuelo. ¿Cuándo fue la última vez que lo visitó? Cuando murió la abuela. Los dos, con mamá, en el Dahiatsu; estuvieron poco tiempo en el cementerio; fueron a despedirse de las dos tumbas antes de cerrar la casa. Corta una flor y vuelve a entrar al patio. Filmar la espera. La necesidad de seguir adelante. Sin embargo no sabe cómo. El muro que levantó el vecino, esos ladrillos, le dicen algo que no alcanza a entender •

Tito Manfred

EL PROBLEMA CON LAS IDEAS ES SU INTENTO DE CONSERVACIÓN

y, peor aún, el afán de materializarlas. El mundo es

la perversión de una buena Idea Original, me dijo un

amigo mormón, y quizás algo de razón tenía. Según un

controvertido estudio de la Universidad de Utah, el vuelo

de las aves se origina por la imposibilidad de retener sus

pensamientos. Los estorninos son pájaros de gran inteligencia,

pero la belleza y gracia de su vuelo se debe al desecho de sus

ideas. Esta incapacidad funciona como turbina. Una idea

puesta en movimiento deviene cacofonía o gerundio.

Cuánta potencialidad despilfarrada y, sin embargo, allí estás

con tu enorme talento para conmoverte a pesar de todo.

LOS HOMBRES-TAZA SON MUCHACHOS ENCANTADORES. Piensa en un mundo habitado exclusivamente por hombres-taza: ahí tienes un mundo mejor. Una sociedad de hombres tímidos con un vasto mundo interior y una oreja y media y de mujeres dispuestas a rechazarlos diligentemente, eso es lo que yo llamo un buen lugar para vivir. Mi abuela hermafrodita decía antes de darme la mamadera: *La deformidad desarrolla seres dotados de infinita bondad. Hace un instante se subió al metro un chiquillo de éstos que te hablo. Jamás será amado, jamás conocerá las maravillas de la paja rusa, pero lo queremos mucho.*

DOMINGO DE CONTEMPLACIÓN DEL CRECIMIENTO DE LAS UÑAS DE LOS PIES. Crucigramas resueltos como nos enseñó el abuelo analfabeto, insigne abusador de menores. Escribir caligramas pornográficos en braille y practicar air drums con huesos de pollo como baquetas. Masturbarse espiando a la vecina parcialmente discapacitada colgar con dificultad la ropa en el tenderero. *Y si colgara su hastío del mundo en el tenderero de mi corazón?, pensamos con simulada extravagancia. Alguien observa maravillado la extraña naturaleza de nuestras actividades, imaginamos. No es así. Qué vida menos instagrameable.*

Hora Cero

CARLOS FONSECA

Something happens, Blue thinks, and then it goes on happening forever.

It can never be changed, can never be otherwise.

PAUL AUSTER, *Ghosts*

I
Quien camina por la segunda avenida de Manhattan y toma una izquierda al llegar a la tercera calle, encontrará, al cabo de unos pasos, un bar iluminado por unas luces neón que no dejan claro su origen ni su función. La verdad es que este bar no se deja ver o se deja ver poco, escondido como está en una especie de sótano en medio del bullicioso East Village, pero, tan pronto lo nota, el caminante se ve increpado por el mal gusto de las persianas demasiado antiguas, un poco carcomidas por el humo, las luces demasiado chillonas y la entrada simplemente puesta allí como si de un error se tratase. La cosa es ésa: hay ciertos bares que sólo se encuentran por error o si se les busca a ciertas horas de la madrugada, cuando la noche como tal ya ha terminado para todos, menos para aquellos que deambulan en insomnio, ya sea alcohólico o fortuito. En nuestro caso llegamos por error y un poco alcoholizados, mi amigo siguiendo a una amiga y yo siguiéndolos a ellos a esa hora ambigua cuando la noche ya ha terminado pero la madrugada todavía no se anuncia. Llegamos y entramos porque, como siempre dice mi amigo, a veces *no queda otra* y mi amiga parecía estar contenta al ver emerger esa catástrofe neón justo cuando la ciudad parecía declararse moribunda. Lo raro es lo que pasa después, si el caminante decide detenerse, como hicimos nosotros, y entrar en ese establecimiento que en primera instancia no parece prometer mucho, pero que de repente se declara irremplazable. El caminante baja las escaleras que durante el día

nunca imaginó ni imaginará bajar, abre la puerta del establecimiento y se interna en un restaurante absolutamente normal: una especie de restaurante libanés con sus *hookas* y esa iluminación de piedra rojiza que algo tiene de falso atardecer. Los meseros transitan con normalidad, repartiendo platos y fuegos, copas y botellas. Resulta, sin embargo, que allí, entre los jóvenes que terminan de saturar su borrachera, una vieja lee periódicos frenéticamente. Al principio nada parece distinto, se entra y se le nota, los periódicos sobre la gran mesa, especie de *suite* privada sobre la cual ella se desliza con una naturalidad inicial. El caminante pide unos tragos, se sienta a conversar con sus amigos, hasta que de repente alguien sube el tono y un mesero se acerca, muy gentilmente, para pedir un poco de silencio. No queda claro por qué pero todos sabemos entonces de qué se trata: la dama de los periódicos ha pedido un poco de silencio y comprensión. Eso es lo raro: se sabe que es ella sin que nadie lo declare, mucho menos esos meseros que se mueven sigilosamente como si de un restaurante de lujo se tratase. Y cuando se le mira se le encuentra inmersa en sus periódicos, como si su atención nunca se hubiese visto interrumpida, aislada por completo de la realidad que la rodea. Sólo entonces se le nota nuevamente: los gestos un poco distintos, la mirada frenéticamente arrojada sobre la letra impresa, con ese gesto de Medusa en media noche, rodeada por cierta aura de presencia dislocada. Anacronía no es. No. Es otra cosa, un estar allí entre papeles, un poco sepulta pero en orden, sin dejarse notar, hasta que nuevamente el mesero se acerca, siempre con un tacto extraño, como si siempre fuese la primera vez, para pedir un poco de silencio. Sólo entonces, cuando se le mira nuevamente, se logra vislumbrar la forma en que la luz rojiza ilumina el rostro, ese rostro que todavía muestra rastros de belleza, como si alguna vez ésta le hubiese importado y ahora sólo tuviera que soportarla. Sobreviene entonces el peso del descubrimiento: esa aura ambigua, extraña mezcla de urgencia y ocio, con la que en plena madrugada una mujer lee periódicos a la hora precisa cuando dejan de importar. Los borrachos entonces ríen, como lo hizo mi amiga, y tratan de acercársele, preguntarle algo a esa especie de oráculo olvidado. Los meseros los detienen, con ese tacto que los distingue, y uno, como si no quisiera más, se pone a beber nuevamente hasta llegar a olvidarlo todo. Basta entonces tomar las cosas, salir en abrazos, pedir un taxi y volver a casa, olvidar ese sitio precisamente como lo que fue: un error borracho, un lugar que poco tiene que ver con el día a día, inmerso como está en la más ambigua noche.

II

Yo, sin embargo, vuelvo. Vuelvo al día siguiente y nuevamente a la semana. Redibujó los pasos hasta volver a ver el neón de las luces, las escaleras en descenso y la puerta expuesta en plena noche. Entro y me siento, como si no quisiera nada, precisamente porque nada quiero, sólo sentarme allí y con una copa en frente confirmar todo lo que ya sé: que la mujer anda todavía allí, en la misma mesa de siempre, con la multitud de periódicos extendidos sobre la mesa. A veces llevo un libro o a veces apenas me siento a observar a los borrachos entrar, tomar asiento, fumar un poco y beber más, gastar la noche hasta dejarla exhausta. Mi interés es otro: descifrar el enigma de esa mujer que día tras día frenéticamente lee periódicos como si se jugase la vida. Al principio disperso mis visitas en un afán por disimularlas. Una aquí, otra allá, no más de dos por semana. Artificiosa naturalidad que no termina por convencer a nadie, menos a ella. Al cabo de tres semanas uno de los meseros se me acerca y con cara de conspiración me comenta en susurros: «Extraño, ¿no?».

Me susurra eso y se va, como si no quedara más por decir o como si de alguna manera él trabajase allí precisamente para poder observar la maniobra mejor, noche tras noche, con excusa aceptable y asalariada. Inmediatamente noto mi error: en una esquina un hombre de mediana edad, impecablemente vestido, ejerce una diatriba contra sí mismo en voz alta. Extraño él, me digo en silencio, como corrigiéndome. Ella, sin embargo, ni lo nota: los periódicos la absorben. Y ésa es la cosa: lo de ella va por otro lado, no tiene nada que ver con la furia excéntrica de este hombre que en plena noche ejerce una diatriba como si de una guerra se tratase. No. Lo de ella va por otro lado: más esquivo, más sutil, más invisible. Me vuelvo a verla: con los periódicos desplegados así, la escena tiene algo de cartografía marcial, algo de esas películas de guerra en las que el general despliega su mapa de ataque y comienza a mover las fichas. Sí, hay algo acá de guerra silenciosa.

Entonces me río un poco y como si de un juego de adivinanzas se tratara esbozo una serie de opciones:

- (1) *Esta señora es la dueña del local que, luego de un arduo día de trabajo, decide informarse de lo ocurrido.*
- (2) *Es una vecina de un apartamento cercano que, incapaz de conciliar el sueño, ha tomado como costumbre y hábito la lectura de diarios a estas horas inusuales.*
- (3) *Está loca.*

La lista, arbitraria como es, me da suficiente como para gastar un poco el aburrimiento. Lo fácil, me digo, sería apostar por su locura, dejarlo ahí y ya está. Pero luego una idea me sobreviene: que la locura nunca es una explicación en sí, al menos no exhaustiva, pues siempre queda el hecho de que, en un bar neoyorquino, una mujer que ya borda los sesenta lee periódicos. La locura, como dice mi amigo Tancredo, hay que entenderla dentro de su propia ley. Tampoco me parece sugerente ni posible el que sea la dueña del local. Demasiada lejanía de parte de los empleados. Me intereso por la terca opción, vaga y abierta como toda ficción que toma como punto de partida el insomnio. Mientras alrededor mío, alcoholizadas, las parejas juegan a besos, yo saco una pequeña libreta de cuero rojizo y allí, en la primera página, trazo un título tentativo: *Hora Cero*. En las páginas que siguen esbozo posibles ficciones que me llevan hasta la imagen que ahora tengo de frente: historias que culminan en la extraña figura de esta mujer que en plena noche lee noticias viejas.

III

En los siguientes meses, mis visitas se vuelven más rutinarias. Las mañanas me las paso en el trabajo, catalogando mariposas para el museo de historia natural, y por las noches, luego de una cena ligera y alguno que otro trago con un amigo, tomo mi libreta y me dirijo al bar. Estos meses me han bastado para que confirme mi intuición inicial: esta extraña figura ha llegado a remplazar una práctica por una idea fija. Ha remplazado mi insomnio usual por una obsesión con esta mujer que ha llegado a representar, para mí, la imagen misma del insomnio. Me alivia, pues, llegar al bar a las diez de la noche —nunca demasiado temprano, nunca demasiado tarde— y encontrarla allí, inmersa entre papeles, dedicada a darle una oportunidad a las noticias del día anterior. Saco entonces mi libreta y me siento a escribir conjeturas ficcionales, historias que siempre acaban en este bar y con esta imagen. Regreso cada noche y al cabo de dos horas tomo el camino de vuelta a casa. Saber que en aquel bar una mujer se afana en rendir tributo al insomnio me permite entonces caer dormido placenteramente. Al día siguiente repito la rutina como si fuese la primera vez.

IV

Al cabo de cuatro meses me siento curado. Ya no sufro de insomnio y, más aún, me he ganado, a fuerza de rutina, un pequeño libro de cuentos en torno a aquello que se ha convertido en mi primera obsesión sana. Con el último punto, convencido de mi triunfo, pido una copa más, a modo de festejo. Luego pido otra y luego otra. Miro a los jóvenes que me rodean y juro que finalmente volveré a su mundo. Le doy una llamada a mi amigo Tancredo y le digo que me espere en el bar de siempre, aquel que queda en la esquina de su casa. Luego, me doy otro trago. Una última copa antes de la verdadera celebración. Entonces, la tentación alcohólica de descubrir la verdad me gana la partida. Curioso, sintiendo en mí finalmente el despertar de una breve alegría, decido cruzar esa frontera invisible que hasta ahora me ha separado de su mundo extraño. Finalmente liberado, insensato y un poco borracho, decido romper la falsa frontera. Ya cercano a ella, sentado en esa mesa hasta entonces prohibida, dejo caer la pregunta que nunca creí enunciar:

¿Por qué los periódicos?

Lo que sigue lo recuerdo como se recuerda en las películas, mediante la pura e ingrata imagen. Recuerdo, o creo recordar, la forma medida y pausada con la que, negando la esperada violencia, su rostro pareció levantarse muy despacio del papel. Sus ojos tenían el tinte vidrioso que ganan ciertos rostros al ser fotografiados digitalmente. Una mirada terriblemente vacía pero no por eso profunda, unos ojos que simplemente se negaban a ser algo más que ojos, mera superficie sin profundidad y mucho menos abismo. Desde ese vacío sin abismo escuché la respuesta que aún hoy, con los cuadernos tirados sobre la mesa, me parece terriblemente pertinente:

¿Y a ti qué te importa?

Aún hoy, pasadas las cuatro, la pregunta parece ser ésa: ¿Y a ti qué te importa? La pregunta siempre es ésa: ¿Por qué decidimos involucrarnos con ciertas vidas y no con otras, por qué en media noche alguien decide recordar una historia y no otras? Recuerdo que aquella noche no llegué, o no creí necesario llegar a pronunciar una respuesta. Simplemente me disculpé como si de una imprudencia se tratase, guardé la libreta de apuntes y al salir creí revivir una escena pasada: en las afueras de un bar cercano, dos muchachos se enredaban a puños •

Así sería

Parte II

JOSÉ MIGUEL CASADO

**olvidaría a Libia
los ojos del Che
mientras aquel hombre
metía el dedo en su muerte
como un pre coito atroz**

**escucharíamos bossa nova
y mandaríamos a Marx de viaje
junto a tus toallas con alitas ensangrentadas**

**iríamos a la playa
(sí, a la playa)
beberíamos vodka
y ya no insistiría en remover tus naufragios**

**caminaríamos el estero
lejos de tus tragedias
y te amaría por ser hermosa
por el calor de tu abrazo y de tu sexo
y no por ser un parto del proletariado**

**olvidaría la palabra proletariado
y la palabra plusvalía
recordaría otras palabras
que ahora no recuerdo**

**ya no lloraría en las noches
ni en los días
por la torpeza de nuestra especie
sólo por tragedias nuestras
nuestras y presentes**

**quedaría poco de mí
es cierto**

**te sacaríamos la arena de los resquicios
bajo la regadera**

Pichis

[Capítulo 1]

MARTÍN LASALT

Dos pichis que se llamaban el Cholo y la Chola encontraron una cabeza en un contenedor de basura. Por el olor podían decir que no estaba recién cortada, además tenía los ojos hinchados y negros, y de la boca le salía la lengua negra a punto de reventar. Quedaron espantados y fascinados, y se la llevaron al rancho. La dejaron arriba del televisor y se durmieron enseguida, porque habían trillado sin parar y no daban más. A medianoche los despertó una voz. Primero pensaron que el televisor había quedado prendido, pero se acordaron de que el volumen estaba roto y saltaron del colchón. La cabeza susurraba: «Que los justos vayan a los lugares altos».

Salieron disparados, corrieron por la superficie del arroyo y terminaron en avenida Italia. Recién a las veinte cuadras de carrera bajaron la velocidad. La Chola dijo que mejor paraban un poco. Boqueaban como pescados, sudaban a chorros, tenían la lengua y la garganta secas, les dolía todo el cuerpo, y capaz que no había tanta urgencia de encontrar los lugares altos. Capaz que la cabeza exageraba. Pararon. Capaz que ellos exageraban y no se venía el diluvio, el cometa, la peste, ni el tsunami. En medio de toses el Cholo sugirió seguir hacia el Centro porque se le ocurrió que para allá eran los lugares altos. La Chola estuvo de acuerdo y arrancaron. De camino le manguearon monedas a todo el mundo. Era sábado y había mucha gente en la calle porque la vida era una sola y había que vivirla, según les dijo un guacho apenas mayor de edad, con su amigo que era igual que él pero peinado para el otro lado, al volante del autito que sin dudas había sido del padre, por el color, por las llantas, por el sonido de la radio. Les molestó la miradita del pendejo, su sonrisa

de PowerPoint mientras les daba cinco pesos. Se había creído todo, el muy imbécil. Como ellos. Ellos también se habían creído todo, y ver lo mismo en el idiota les dio un asco desesperado, parecía que nadie encontraba una salida.

La vida es una sola, dijeron después a otros conductores, como para quedar bien mientras pedían plata, aunque no veían de qué manera la vida podía ser una sola, si ellos habían vivido un lote. La idea de que la vida era una sola guardaba una intención siniestra, te podía convertir en un ganador de sorteo de supermercado, pensaba la Chola, gente fácil que tiene dos minutos para llenar carritos y después aparece en la folletería con cara de «con esto me arreglan y soy feliz». A la Chola no le parecía poco llenar un carro de supermercado, todo lo contrario, pero no le hubiera gustado aparecer con cara de «con esto me arreglan y soy feliz» y decirle gracias a quien representara esa misma presencia que ella adivinaba, escondida, gozándose de su hambre en las noches. La vida no era una sola, gracias. Pensar que la vida era una sola, creía el Cholo, más concreto, podía convertir a la vida en una laguna que nunca te pasaba de las rodillas.

En ese semáforo se quedaron un rato hasta juntar veinte pesos, que no les alcanzaban ni para un pancho, ahora, con la inflación, y siguieron. Cuando llegaron al Centro se largó un chaparrón muy fuerte: empezaba el diluvio que había insinuado la cabeza. Se guarecieron en la entrada de un cine. Rezaron de apuro y se persignaron, pero mal: arriba abajo al centro y adentro es para brindar, Cholo, rezongó la Chola, aunque ella tampoco se acordaba cómo. Entonces un linyera que dormía ahí mismo se levantó para evitar el agua y se quedó de pie a su lado, a esperar que pasara la lluvia, quieto como un árbol, consciente de su presencia pero tan tranquilo que les dio la sensación de que eso ya había pasado y ahora nada más lo recordaban.

No se terminó el mundo esa noche. Amaneció, paró de llover, volaron los gorriones, rasantes, hinchapelotas. El Cholo fantaseó con darle un zarpazo a uno y comérselo como venía. La Chola fantaseaba con comida preparada. Se olvidaron del linyera y manguearon hasta juntar cincuenta pesos.

Se acercaron al puesto de la plaza y con un grito el Cholo pidió dos panchos con mostaza y aplastó las monedas contra el mostrador de chapa. La puestera se asustó y se lo quedó mirando. El Cholo

repitió el pedido. La muchacha seguía quieta. La Chola se fastidió, podían estar así todo el día, ninguno hacía nada por andar ese centímetro de comunicación que les faltaba. Le echó en cara al Cholo que no sabía hablar, pensó que sólo ella era capaz de entenderlo y se enojó, lo empujó, le dio dos cachetazos y el Cholo se angustió por ella, porque así, con gritos y sopapos, escondía la Chola el desconuelo de seguir a la intemperie, que él no fuera la excepción que la abrigara de la estupidez. Soy un estúpido, soy una mierda, se decía el Cholo, que no creía en la autoayuda, y cuanto más se enrollaba en esos pensamientos, más cerca le parecía estar del calor que le había faltado siempre; era un perro por adentro, nadie lo sabía.

La Chola le gritó a la muchacha en montevideano bien claro que querían dos panchos con mostaza, señorita, y repitió por las dudas y para armar gresca, si podía ser: dos panchos con mostaza, ¿eh?, dos panchitos, con mostaza, ¡y gracias! Esta vez la puestera reaccionó, sacó dos panchos de la heladera, levantó la tapa de la olla, los echó adentro y subió el volumen de la radio, como si con eso pudiera disimular el olor del Cholo y la Chola, que se le había metido en la nariz.

El vapor de la olla se escapó sobre el mostrador y ellos se llenaron del aroma de los panchos. El Cholo agrupó como un niño bueno las monedas en montoncitos con los dedos negros de mugre, mientras la muchacha del carro demoraba el momento de cobrar y pensaba de qué manera se iba a sacar el asco después de tocar esa plata. El Cholo y la Chola se lanzaban miradas furtivas y alegres, olvidados de los gritos. Salieron los panchos. La muchacha puso mostaza de punta a punta, volvió por encima de la primera pasada y le alcanzó el pancho a la Chola. Lo mismo con el pancho del Cholo. El pan estaba tan suave, el olor de la mostaza tan rico y el sol de la mañana tan tibio, que daban ganas de llorar. Aquellos dos panchos fueron los mejores de la historia del mundo y hasta ahora nadie lo había documentado. Para no atragantarse fueron derecho a uno de los canteros de la plaza, donde sabían que había una canilla. Ahí terminaron de comer y tomaron agua, despacio, civilizados, sin comerse, como otras veces, las servilletas de papel empapadas de mostaza. Aprovecharon para lavarse las manos y los brazos, y de paso los pies, y como no había mucha gente a esa hora en el Centro se sacaron toda la ropa y se bañaron. Estaban contentos y no les importaba que los vieran

desnudos, pero tenían tal flacura que no parecían desnudos, sino algo horrible. Bañados y frescos y con el sol por encima de las copas de los árboles, se volvieron a vestir y encararon hacia el Cerrito de la Victoria, que, según recordaron con el estómago lleno, era el lugar más alto de la capital, después del Cerro de Montevideo, pero ése no les interesaba, porque estaba cerca del agua, y quién podía saber si la cosa no venía con tsunami. Se detuvieron a tomar agua en el Mercado Agrícola, y se hartaron de ver gente que entraba y salía muy contenta del mercado, que tan lindo había quedado después de la reforma. Parecía que todos decían y pensaban lo mismo, del mercado y de la reforma, y de todo en general, frases repetidas y sexo en la cabeza, pocas cosas más en el corazón, y ahí se terminaba el misterio de la gente. Siguieron camino. Como habían pasado por los fondos de la Facultad de Medicina, hablaron de las historias de la morgue que todo el mundo conocía, bromas pesadas con partes de cadáveres, una chica a la que le habían enganchado una verga a la boletera y que recién se enteró cuando la sacó de la cartera para dársela al guarda, muertos donde no iban, orejas y lenguas en bolsillos, uno que había ido al baño del estadio con la verga de un muerto y se había puesto a gritar «¡Meá, hija de puta!», y que haciéndose el caliente la había tirado al suelo, y todo el mundo mirando sin entender. Cosas por el estilo. A pesar de la charla sobre cadáveres mutilados nunca se acordaron de la cabeza que se habían dejado en el rancho y que tanto había hecho por ellos. Después hablaron de los autos más caros del mundo. El Cholo sabía, por ejemplo, cuántos miles de dólares costaba el Lamborghini violeta que le habían reventado al cantante de Jamiroquai la víspera de la grabación de un video, y el cantante, aclaró el Cholo, no se llama Jamiroquai, la banda se llama Jamiroquai. ¿Y el cantante? No sé. Me gusta cómo baila, dijo la Chola, y el Cholo bailó y cantó: Niña tu sabeees, que robaste el amor del cantanteee. La Chola rio a gritos.

Siguieron y treparon con mucho trabajo por las calles empinadísimas y ardientes del Cerrito y por fin llegaron a la iglesia, un monumento de ladrillo que domina la ciudad y que es más chica de cerca que de lejos y más grande por dentro que por fuera. Habían llegado a los lugares altos. Se acostaron al lado de la puerta de la iglesia y se quedaron dormidos. Despertaron en una oscuridad total. Escucharon muy claro que el mundo se partía y que al fondo del

ruido, como en el piso de una olla del tamaño del cielo, se formaba una especie de aullido hondo y creciente. Les pareció que la Tierra era todavía el plato polvoriento de la antigüedad y que toda esa historia del planeta redondo, azul y delicado, formado por fuerzas naturales y vivo porque sí, era un invento malintencionado para alejar a la gente de la vieja realidad simple y llana en la que el arriba estaba arriba y el abajo estaba abajo, y más allá, en una de éstas, los dioses. Esperaban caer al vacío en cualquier momento, morir devorados por monstruos titánicos que sostenían el plato, que pastaban a la sombra del plato. Esperaban desaparecer aplastados por una mano gigante, un pie, un tentáculo. Pero no murieron. No les pasó nada, salió el sol y vieron que todo, salvo la iglesia del Cerrito, estaba bajo agua. Sintieron una gran congoja, pero seguían con hambre, así que decidieron entrar. En la heladera del cura encontraron todo lo que necesitaban para por lo menos dos meses, si seguían comiendo al mismo ritmo que hasta entonces, es decir, casi nada. Se terminaron todo en un rato, sentados a la mesa, cosa que nunca, porque no tenían mesa. Pensaban en lo sucedido y ya nada los extrañaba, porque la realidad es la realidad y contra eso no hay extrañamiento que pueda. Así pasaron dos semanas, muertos de hambre porque se habían comido todo el primer día, y cuando el agua se retiró descendieron del cerro, ladrando de hambre, y se encontraron con todo exactamente igual que antes, pero sin gente. El agua se había ido, pero la gente no aparecía. Todo estaba limpio y en orden, los árboles en su lugar, los cables, los postes, los carteles y hasta los autos estacionados, como si las víctimas del fin del mundo se hubieran tomado la molestia de acomodar cada cosa antes de morir. El agua no había estropeado nada, no había manchas de humedad, líquenes, babosas, caracoles, pescados, ningún rastro del apocalipsis.

Pellizcame, dijo el Cholo, y la Chola lo pellizcó con mucho trabajo, porque el Cholo no tenía casi carne entre los huesos y la piel, y no sirvió de nada, como era de esperarse. Entraron a un bar y comieron todo lo que encontraron. La televisión estaba prendida y vieron que en los informativos, en los avisos y las películas no había nadie. Empezaron a creer algo que les pareció muy posible: que estaban locos, o muertos, o vaya a saber qué cosa, como en los episodios de *La Dimensión Desconocida*, pero sin musiquita. La Chola eructó y cantó: «tiruriru, tiruriru, tiruriru». El Cholo no entendió,

porque no había visto nunca *La Dimensión Desconocida*. Sin embargo la miró como si esperara que ahora ella desapareciera, casi como si hubiera visto la serie. Ella, que se daba cuenta de todo esto, le dijo que era un estúpido. Vos me decís estúpido pero si yo te digo estúpida se pudre, ¿eh? Hasta puta aguanto, y depende, pero si me decís estúpida te arranco los ojos en defensa propia. Clarísimo, dijo el Cholo, y murmuró «mongui». Ella le dio un sopapo en cámara lenta. Rieron. Hablaban para demorar un poco más la soledad, no la que tenían entre ellos y las cosas: otra más grande que se acercaba de lejos, como una tormenta de arena. Eso estaba mal. Estaba mal y no podía ser cierto. Sólo que sí era. Se llevaron la plata de la caja registradora. No eran ladrones, pero el crimen en este caso hubiera sido no aprovechar la oportunidad. A poco de andar, sin embargo, se dieron cuenta de que sin gente el dinero no servía de nada y lo tiraron, porque ellos eran así, y así les iba.

Se llevaron un auto. La Chola había manejado una vez el Fiat 600 de un flaco que le prometió enseñarle a manejar de onda, aunque después de andar cien metros quiso renegociar la lección y le dijo que le iba a costar un rato de concha. Ella tenía pensado cogérselo de onda y no le gustó que el tipo se confundiera. Le chocó el auto antes de andar doscientos metros. Por un rato ella misma se creyó que había sido un accidente. Al tipo se le fueron las ganas enseguida.

El Cholo quería llevarse un auto alemán, pero no había manejado nunca y no tenía derecho a elegir, así que ella se llevó uno chino, que brillaba más. A pesar de ser un coche de bajo costo aguantó el estilo de manejo de la Chola. Ella conocía los rudimentos de la conducción, pero parecía que los usara en contra, para matar al auto, entusiasmada por una venganza secreta. El Cholo le preguntó si ese auto le había atropellado a alguien de la familia o algo así. Terminaron en Piriápolis. Bajaron a la playa y caminaron por la orilla, como turistas de hacía un siglo. Turistas, dijo el Cholo. Repitió la palabra, como si no lo pudiera creer. Sí: ellos también podían ser turistas. Estaba claro que un turista no era tan distinto a la gente. La Chola creía haber leído en una revista que con tiempo, mediante el deterioro de ciertas conexiones neuronales, se podía llegar a ser un turista estándar. Ellos, que consumían pasta base siempre que podían, tenían la mitad del camino ganado. Se durmieron en la playa y al amanecer comieron todo lo que les dio la gana en un supermercado. El mundo

seguía desierto y ellos decían que no les importaba. Se fueron en el auto hasta el cerro Pan de Azúcar, que según recordaban era uno de los lugares más altos de la república. Dejaron el coche en el estacionamiento, cruzaron la reserva de animales con el yacaré dormido, las tortugas, el zorro, el carpincho... subieron por el caminito y arriba disfrutaron la vista, pero se dieron cuenta de que ya no iba a terminarse el mundo otra vez y al rato bajaron. Entonces sintieron un filo helado en el estómago: había gente por todos lados. El estacionamiento estaba lleno de autos, pero el suyo, creía él que amarillo, creía ella que mostaza, no aparecía, y la gente comía pastafrola, papitas y empanadas, y los bajaba con mate y Sprite. Caminaron entre la gente y se sintieron más sucios y desnudos que los mamíferos tristes de la reserva. Llegaron a la ruta y miraron pasar buses y autos, y la gente que estaba en el estacionamiento, la gente que entraba y salía de la reserva de animales, y la gente que pasaba en la ruta, los miraba con el mismo asco de siempre, el asco feliz de siempre, el asco triste de siempre, y ellos otra vez con el hambre que los mordía y el sol que les campaneaba en la cabeza, como un hermano mayor lleno de odio •



Camilo Retana

LA CAÍDA DEL MURO

**Con la disciplina de un samurái
me preparo el desayuno.**

**Del otro lado
el vecino reconstruye el muro
que recién derribó.**

**Dividirse,
luego juntarse.**

**Levantar muros
por el placer
de verlos caer.**

EL SABOR AMARGO DE LOS DÍAS

El sabor amargo de los días,
la derrota que te lastima
como un beso en la boca.

Tenés unos años más
que hace unos años.

Allá abajo,
unas calles después de la 45,
el paisaje del otoño
te recuerda
que no naciste aquí.

Desde arriba,
tu cuerpo mojado por las hojas
parece un nacimiento.

El paraguas muerto

PATRICIA CAMP

NO LLOVÍA CON FRECUENCIA en la ciudad, por fortuna para sus habitantes. La capital no entendía de agua, entendía solamente del calor sofocante y perturbador, capaz de alterar los ánimos del más templado. Con lluvia, ella era como Venecia pero sin un ápice de su elegancia. Ríos en vez de calles, sí, pero a falta de góndolas había islotes de basura flotante buscando un desagüe donde trancarse, en un último acto de rebeldía contra esos seres despreciables, incapaces de darles el destino que les correspondía.

La crueldad como consecuencia inevitable del egocentrismo local parecía manifestarse con mayor lucimiento en los días de lluvia. Accidentes de tránsito en cada esquina, seguidos por interminables discusiones que las gotas de agua diluían al igual que las siluetas de edificios de por sí descoloridos. Cadáveres de perros atropellados y gatitos bebés abandonados en cajas cerradas con cinta de embalar morían, olvidados, su húmeda y penosa muerte.

Ni siquiera los objetos se salvaban de la desconsideración humana en los días de lluvia. Fácil era ver en medio del asfalto encharcado zapatillas huérfanas de su otra parte, un gorro de propaganda desgastado o un pañuelo de hombre que ninguna mano osaría volver a levantar. Incluso él, que había sido un trabajador de la lluvia, se encontró esa mañana gris con su triste y último destino.

La mujer había soltado una exclamación de fastidio cuando él fue vencido por el viento que quebró sus débiles varillas. Malditos chinos y su falta de respeto hacia todo y todos. ¿Por qué lo construyeron así de frágil? ¿No entendían acaso que los objetos también sentían apego por sus dueños y sufrían al ser descartados? ¿Cómo

podría comprender esa gente lo que significaba ser desechado al costado de un árbol tan triste como él, entre palabrotas y quejas susurradas por lo bajo?

Cierto, él sabía que no había sido un buen día para ella. Que había discutido con su marido porque la plata no alcanzaba para pagar las cuentas. Que por causa de la lluvia estaba llegando tarde a la entrevista de trabajo. «¡Y encima esta porquería viene a romperse justo ahora! ¡Día de mierda!».

No era su culpa... ¡No era su culpa! Eso pensaba el paraguas mientras caía, cuando aquellas dulces manos que tantas veces lo habían aferrado lo soltaron, ya por última vez y para siempre. Él nunca habría querido abandonarla en un momento así, habría deseado acompañarla, ¡por supuesto!, como cuando los tiempos eran buenos y los besos bajo su lona azul que los resguardaba de la lluvia no eran solamente un recuerdo cursi y casi infantil.

Un recuerdo, un sueño demasiado grande para algo como él. El hecho de que ella ni lo mirara cuando volvió a pasar por el mismo camino, de regreso al sitio de donde vino, con el rostro abatido y los ojos acuosos, era la confirmación de que ya lo había olvidado. Y fue entonces que comprendió que estaba muerto. Pero la muerte de los objetos es muy diferente a la de los hombres. Y se quedó ahí, esperando vaya Dios a saber qué, invisible a la fría indiferencia de los peatones que pasaban a su lado quejándose de todo. En especial de la lluvia.

No mucho tiempo después, un fatigado trabajador municipal lo levantó y lo arrojó al abismo del camión, mientras se quejaba entre dientes de la gente que tira cualquier cosa en cualquier parte y también de la lluvia.

Y cuando el vehículo recolector se detuvo en una esquina, justo antes de que se accionara el mecanismo de compactación, el paraguas muerto se entristeció una última vez por ella. Por ella, a quien imaginaba llorando sola bajo las frías gotas en el banco de algún parque, sabiendo que la entrevista había fallado una vez más. Por ella, a quien —de seguro— las lágrimas no le permitían ver aquel pedacito de cielo, a lo lejos, donde las nubes empezaban a disiparse •

Bruna Beber

EL APAGADOR

**tic —de checar el bolso
el email el teléfono
el reloj angustiado
ejercicio de la ilusión
de acelerar de contar
regresivamente los pasos
que llevan a la hora
que acordamos —tac.**

O APAGADOR

tique — de checar o bolso / o email o telefone / o relógio angustiado / exercício da ilusão / de acelerar de contar / regresivamente os passos / que me levam à hora / que marcamos — taque.

EL ROMANTICISMO

**plomo que respiro
mi saudade
te pudre
y te renueva
a medida en que me lanzo
en otra dirección
tanto moho
en lo que callo
por ti
vinagres
de dolores ardientes
en los ojos
con fervoroso credo
en tu muerte
mi vida.**

EL MUTISMO

**la cuerda de la distancia
tiene tamaño infinito
inventemos pues
el pie
y el pañuelo de secar
lágrimas antiguas
voy a pintarme
dispuesto
en la costura
de nuevas historias
pero conmovido
en secreto
vivo de anotar
en la libretita.**

VERSIONES DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS

O ROMANTISMO

**chumbo que respiro / minha saudade / te apodrece / e te renova /
à medida que me lanço / noutra direção / tanto mofo / no que calo
/ por ti / vinagre / de dores ardentes / nos olhos / com fervoroso
credo / em tua morte / minha vida.**

O MUTISMO

**a corda da distância / tem tamanho infinito / inventemos pois /
o pé / e o lenço de enxugar / lágrimas antigas / vou me pintar /
disposto / na costura / de novas histórias / mas comovido / em
segredo / vivo de anotar / no caderninho.**

La destrucción creativa

MARCELO GUAJARDO THOMAS

1.— LA INTRODUCCIÓN DE UN NUEVO BIEN

Como mueven los aparejos aquellos que saben
Y aseguran la carga cuando de un lugar lejano
Se levanta una tormenta.

Cada detalle es almacenado en grandes numerales de alabastro
Y las fechas de emisión y caducidad son atesoradas como gemas.

Están más allá del bien y del mal. Cuentan hombres como guijarros
Animales como maletas de viajero, niños como borregos.

Pero ellos saben qué se sostendrá luego de toda la debacle
Qué se repondrá al hambre y a la sed y qué organismo simplemente
[perecerá.

Ellos saben y sostienen las bases de la corriente
Los Pronósticos del clima, cartapacios,
las únicas brújulas del reino.

Un bien como un sol nuevo
Despuntado majestuoso.

Es un mecanismo, una máquina maravillosa
Un prodigio, un albatros inalcanzable.

¿Qué energía mueve a las libélulas sobre el agua calma?
¿Qué desprende el esqueleto de los zorros y propicia
el movimiento de los cardúmenes?
El espacio magnético hacia la colmena.
¿Qué alerta al ratón antes de la muerte?
Aquel sonido preso en el vuelo de los rapaces.

Un prodigio es un prodigio.
Un majestuoso sol nuevo.
Deslumbrante como el ataque de un puma.

2.— LA INTRODUCCIÓN DE UN NUEVO MÉTODO DE PRODUCCIÓN O COMERCIALIZACIÓN DE BIENES EXISTENTES

Como una página en blanco quemándose en la nieve
En aquella tormenta que vino tras el fuego.

Como el largo anhelo de los prisioneros
encadenados a un enorme caballo.

Un pensamiento atraviesa la oscuridad
como un puma en llamas.

El prodigio debe dar paso al método.
El fuego al hielo que lo antecedió.
Las creaturas se alinean en la fábrica.
El bien es concebido una y otra vez.

Y esa mano que da forma, aquella que decide
Los mecanismos en que aquello se edifica
Se levanta, adquiere su estatura
Aquella mano invisible que dispone de todo
Que divisa el peligro y toma recaudos
Que almacena y clasifica, que impone
Un ritmo a la producción.

Los mártires que están allí, estáticos
Como gárgolas aglutinadas en las cornisas
En los dinteles de las fábricas
En las líneas de producción.

El prodigio debe dar paso al método.
El nuevo bien debe ser concebido.
Reproducido como la marea.

3.— LA APERTURA DE NUEVOS MERCADOS

El arte de la negociación es un talento escaso
Volver a las palabras adecuadas para dar con aquella que
Presiona suavemente y coloca una piedra imperceptible
En el torrente para llevar agua a tu molino.
El interlocutor cae sin notarlo en incongruencias
Que lo llevarán al abismo de la desaparición. El negociador
hábil sabe en qué momento atacar y conseguir.
Usa la fábula de la gacela y el león
La usa como un mantra.
Y así se abren los mercados como flores al amanecer
el bien es depositado en una urna de oro
Y llevado como un redentor hasta los confines.

4.— LA CONQUISTA DE UNA NUEVA FUENTE DE MATERIAS PRIMAS

Y está la fuente, el recurso que corre como ríos en el alma
De la piedra o el mar. En el corazón de la montaña, en el fondo
cenagoso de los ríos turgentes de la tierra. Y está el negociador
Y su palabra como quilla en el torrente. Y está la ambición
Como la mandíbula de una hiena. Como todas las mandíbulas de
[las hienas.
Y está el tránsito de los bienes, los antiguos y los nuevos
Por los mares y a través de los continentes, hollando praderas
Desaguando exclusas.

5.— LA CREACIÓN DE UN NUEVO MONOPOLIO O LA DESTRUCCIÓN DE UNO EXISTENTE

La ola disuelve en su insistencia cada roca, cada guijarro
Y regresa a su matriz donde descansa y se purifica. Un movimiento
avanza como el alma noble de los animales, la naturaleza
encuentra la forma de su destrucción y nacimiento.

Pero se nos hace invisible este ir y venir. Nuestra carne
Se queja de ira, deseo, la prematura añoranza mientras
las estaciones y las estrellas se persiguen y se desintegran.

Los poetas chocan como rocas en un alud
como marejadas de verano contra los refugios.
En ciudades que los deslumbran y los desangran,

Organizamos los anaqueles día tras día. Los numerales de alabastro
Gráficos, índices como gemas. Un viento se aproxima.
Una manada emerge del mar, los árboles caen desde sus cuencas
marejadas arrasan la tierra, gansos salvajes recorren los pedregales.

Un extenso campo de trigo se me aparece en sueños
La brisa lo mece con suavidad
grandes y luminosas nubes
avanzan tranquilamente.
Una deliciosa música se oye en la lejanía.
La flauta dulce que alguien sopla oculto en el follaje.

Procedimientos (Homenaje a Carver)

YAIR MAGRINO

Hace algunos años vi una representación de «Catedral». La adaptación del cuento de Carver se daba dentro del marco de algún festival de teatro patrocinado por el gobierno de la ciudad. Las entradas para los espectáculos de mayor renombre suelen agotarse en minutos, claro, dando por supuesto que alguna vez fueron puestas a disposición del público, por lo que la oferta se reduce considerablemente en poco tiempo. Los teatros de barrio se colman de un modo inimaginable y vale decir que las obras allí representadas hacen agua por casi todos los costados. Ambición y posibilidad, deberían conjugarse de un modo más armónico. Shakespeare, por ejemplo, debería quedar absuelto de ser representado por las compañías de teatro de barrio. Pero si estoy hablando de la adaptación del cuento de Carver es porque, en una sobremesa, varios escritores y críticos desmenuzaban su obra como si fuese un simposio internacional y no, como era, una sobremesa en un restaurante sórdido del Abasto. Si hubiese podido sustraerme de mi silencio, hubiese hablado de esa adaptación que, a mi juicio, bien merecía los aplausos que todos prodigamos al final. Los más obvios —debo confesar que de haber hablado, de haber salido del mutismo en el que me encontraba, yo hubiese sido uno de ellos— comentaban el *affaire* con su editor. Digo *affaire*, pero empleo mal el término: debería haber usado la palabra *asunto*. Entonces, los más obvios comentaban el asunto de su editor e intentaban, de alguna manera, desmerecer el talento de Carver y ponderar las virtudes de su editor. ¿Resultará obvio, también, para quien lea estas páginas, que entre los que abonaban esta teoría se encontraban más críticos que escritores? Yo permanecía en silencio. Cuando los comentarios sobre un autor

desvirtúan una sobremesa tiñen el momento de un esnobismo chato al que me gustaría espabilar de algún modo. Pienso que bastaría con escarbar el hueco de mis muelas con un palillo y escupir los restos sobre el plato de otro. El motivo de mi silencio era la silla vacía a mi lado.

Una mujer, a pesar de mi pésima predisposición, comenzó a hablar de los procedimientos de proyección que solía utilizar Carver. Y que eso, junto con la ausencia de sentimentalismo, esa limpieza de adjetivos, proporcionaba la potencia tan característica de sus cuentos. No había partes, decía, sólo hechos. Ella veía en el cuento «Conservación» una fórmula que ya había repetido en sus anteriores libros. En este cuento en particular se corre el verdadero eje para terminar hablando de cuestiones banales. Se discute la forma o las posibilidades de arreglar una heladera, pero lo que esconde esa charla, en apariencia, técnica, es la posibilidad de resolver un matrimonio. Resolverlo de un modo definitivo: quedarse o separarse. Mientras esta mujer complejizaba su vocabulario para que esa idea simple pareciese un verdadero hallazgo, el mozo trajo dos cervezas dentro de una cubeta de hielo. La idea había sido de uno de los críticos. Inmediatamente pensé, de nuevo, que ambición y posibilidad deberían conjugarse de un modo más armónico. La cubeta de hielo me transportó a un episodio ocurrido algunos meses antes.

La mesa se debatía en una discusión teórica sobre la elección del postre: ponderaban las virtudes del flan por sobre las del budín de pan, se contradecían y exaltaban el crocante del almendrado ante la ausencia de emociones que provocaba una casata semiderretida. Ese episodio ocurrido algunos meses antes había ocurrido en Perú, compartía ciertos procedimientos *carverianos* y tal vez pudiese escribir un cuento con él. Acaricé la felpa de la silla vacía a mi lado.



Doce años después de mi primer viaje a Perú, decidí volver. Elegí los mismos destinos que la primera vez. No era lo recomendable —no se vuelve a donde uno fue feliz— pero me seducía la posibilidad de testear mis recuerdos. Ya había pasado por Lima, Puno, las playas del norte y me quedaban unos días para disfrutar del Cusco. En un bar cercano a la estación, justo en la mesa contigua, un grupo de guías turísticos compartían botellas de cerveza. La camarera les había

traído un balde de plástico lleno de hielo. El balde olía verdaderamente mal. Daba la impresión de que el olor provenía de viejos vómitos que habían logrado fijarse sobre la sustancia porosa de las paredes del plástico y de que todo tipo de enjuague y productos químicos eran estériles en sus intentos por desodorizar el recipiente. Ese detalle no importaba para los guías que se animaban a meter la mano dentro del agua helada para alzar del cogote las botellas, servirse, brindar y beber. Fui convidado por los guías, que festejaban mi nacionalidad como si verdaderamente importase, y después de la cuarta o quinta botella yo mismo ya hundía la mano dentro del balde. Chimy, uno de los guías, prometió conseguir pases para el Machu Picchu a precio de local. Si bien no tenía pensado someterme a esa caminata de cuatro días, la diferencia de dinero hacía que resultara tentadora y me obligaba a una aventura no programada. Cerca de las cuatro de la mañana, esa misma noche, Chimy pasó a buscarme por el hotel.

Chimy sentía una mayor responsabilidad por mí que por el resto del grupo. Tal vez se sintiera culpable por haberme casi obligado a realizar la travesía y ése fuera el motivo por el que se acercaba con cierta periodicidad a entablar conversaciones conmigo. Me confesó que por culpa de la borrachera del día anterior no había hecho tiempo para teñirse el pelo. No era un detalle menor. La compañía para la que él trabajaba lo obligaba a pintárselo de negro, para disimular el paso de los años. No quieren guías viejos, me dijo. No les importa que sea parte de la comisión de restauración arqueológica: no quieren que tenga canas. Para Chimy, eso resultaba normal. Sabía que la compañía para la cual trabajaba había obligado a usar peluca a guías con peladas franciscanas. Durante las caminatas, Chimy solía apartarse para seleccionar unos yuyitos escuálidos que crecían al costado del sendero. Cuando finalmente lograba una cantidad aceptable, los trituraba entre sus manos para liberar un pigmento pardusco que servía para disimular su olvido.

Después del último almuerzo, los *porter* partieron con rapidez hacia el nuevo campamento. Me quedé con Chimy con los pies apenas sumergidos en un pequeño arroyo de montaña. Además del color de pelo, no entiendo las razones por las que me pedía consejos para la caída del cabello. Tal vez creyera que tenía cierta información ancestral sobre cómo revertir la alopecia. Recordé unas plastas que solía aplicarse un amigo mío, pero dudaba que tuvieran algún efecto positivo.

Me sentí en la obligación de decir algo. Le dije que licuara la gelatina del aloe vera con azúcar, un poco de alcohol y semillas de sésamo. Anotó los ingredientes en una libretita. Es que desde hace un tiempo, dijo, se me cae todas las noches un puñado y ya no sé qué hacer.

La historia de procedimientos carverianos. Chimy me contó de su perro. Dijo que era negro y recordó el día exacto en que lo encontró dentro de una caja de cartón al costado de la vía. Ya de joven, dijo, tenía una matita blanca en la barba. A pesar de los manchones sin pelo que tiene en el lomo a causa de una infección —intuyo que fue sarna— siempre ha sido un perro hermoso. Durante años lo ha cuidado él solo, aun cuando permanecía meses fuera de su casa. Se encargaba de colocarlo en la casa de algún amigo, en la de su hija, en la de su primera esposa. Todos, remarcó, adoraban a ese perro. Era la hora de levantar campamento y proseguir la entrada a la ciudad oculta, pero Chimy no podía levantarse. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Todos adoran a ese perro, dijo, y ahora está solo, se va a morir solo.

Omití ciertos datos en la historia del perro, que ahora completo y hace que el efecto carveriano sea eficaz. La primera esposa de Chimy murió de un cáncer. Sus padres, ocultos bajo la tierra de un alud que se desprendió de la montaña un año antes. Su segunda esposa, desapareció junto con su segundo hijo y desde hace años que no sabe nada de ellos. Su hija lo culpa de la muerte de su primera esposa. Sus amigos, en realidad, eran parientes de su primera esposa, ya que él, oriundo de Pucallpa, llegó al Cusco con una mano atrás y la otra adelante, y todos, sin excepción, decidieron actuar como si Chimy fuese un fantasma. Ahora está solo, repite, se va a morir solo. El desamparo de su mascota le da pánico.

No lo pensé esa noche de luna llena. Lo pensé luego de esa sobremesa en el Abasto. Es probable que Chimy ni siquiera tuviese perro. Podría escribir una historia carveriana sobre la soledad y el desamparo. Podría intentarlo, pero no tengo su talento. Me saldría algo como esto. Perdón.



Ningún postre acabó por conformar a los escritores y críticos. Decidimos caminar hasta la heladería más cercana. Era el único que conocía el camino pero iba detrás, fumando solo, e indicaba con gestos

cuándo y hacia dónde doblar. Intenté imaginarme al perro de Chimy y sin quererlo hice un repaso mental de los perros que habían pasado por mi vida. Recordé a Bernao, un perro salvaje que merodeaba un campo que yo solía cuidar. Fue arrollado por una autobomba y además de partirle varios huesos, el golpe en la cabeza había sacado uno de sus ojos de órbita. Con mis manos lo había devuelto a su lugar.

Haber pedido sólo dulce de leche fue motivo de burla entre los críticos y escritores. Muy por encima, porque yo ya estaba sumido en el recuerdo de otro perro, oí que preparaban una nueva teoría sobre las implicancias de las elecciones en los gustos de helado. El heladero había colocado dos cucharas sobre la montaña de dulce de leche. Tomé una y dejé que la otra cayera sola. Esta otra historia, sobre otro perro, también me pareció carveriana. La cosa fue así.

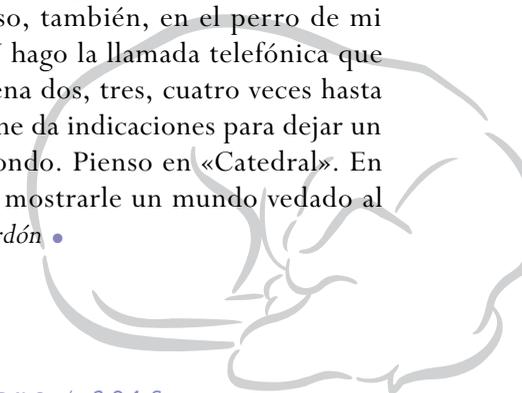
Tuve un encuentro fortuito con un amigo de la infancia. Desde hacía algunos años que la frecuencia con la que nos veíamos o compartíamos cosas había ido disminuyendo. Es así, son cosas que pasan. Las circunstancias, a veces, o casi siempre, nos arrollan. Fuimos a tomar una gaseosa a un bar de abogados cerca de Tribunales. Me contó que hacía un año había adoptado un perro y que ése había sido el único modo de sofrenar las ansias de maternidad de su mujer. El perro resultó una pesadilla. Durante meses atribuyeron la energía desmedida a su corta edad. No hay forma de que pare, dijo mi amigo, no para, nunca, no entiende. Después de algunos estudios, le diagnosticaron que una glándula de su pequeñísimo cerebro segregaba una sustancia inocua en exceso; eso apretaba su cerebro y lo hacía comportarse como un perro desquiciado. El único paliativo era suministrarle diuréticos de rápida acción para que el perro desechara todo ese líquido. El detalle que hace que esta historia tenga un giro es el siguiente: mi amigo y su mujer tienen problemas de dinero, trabajan en contraturnos, por lo que no logran verse casi nunca y casi nunca, tampoco, tienen crédito en el celular. Por lo que no saben, a ciencia cierta, cuándo ni quién le aplicó el diurético. Si la dosis es demasiado alta, el perro puede morir deshidratado en cuestión de horas. Si la dosis es baja, la presión cerebral puede hacer que la pared de una vena ceda y la muerte del cachorro sería inminente. El dato omitido en esta versión de la historia es que mi amigo y su mujer atraviesan una crisis matrimonial.

Lo que pensé luego de esa sobremesa en el Abasto, mientras veía que la cuchara se desprendía de la montaña de helado, es que Carver

—o su editor— podría haber escrito una preciosa historia. No haría falta inventar nada, sólo sería cuestión de encontrar el punto de vista. Podría escribir una historia en la que el perro encarna al matrimonio y el lector ve cómo el cachorro, poco a poco, va enloqueciendo hasta finalmente morir. Podría intentarlo, pero no tengo su talento. Me saldría algo como esto. Perdón.



Después del helado, algunos de los críticos y escritores decidieron ir a tomar cerveza a un centro cultural cercano. Desistí, me subí a un taxi y fui directamente a mi casa. Estuve horas frente a la PC intentando escribir alguna de esas dos historias. En realidad, lo que hice, durante esas últimas horas, fue repensar las razones por las que las ideas sobre los procedimientos de Carver lograron escabullirme del sopor y del odio repentino al esnobismo. La razón puede ser —es— la silla vacía a mi lado en esa sobremesa del Abasto, la otra cuchara en el montón de helado que se cae al suelo. Se me hizo obvio que me interpelara de un modo particular el cuento de Carver que le confiere a una heladera el poder de definir el futuro de una relación sentimental. Me pareció fascinante cómo funciona la percepción selectiva. De todos los estímulos en esa sobremesa, entre los cuales destaco los ojos felinos de una de las críticas, la cocción de la carne, la felicidad de un amigo por su reciente publicación, consejos sobre cine rumano, recetas sobre pócimas ancestrales energizantes, entre todos esos estímulos me quedé con el proceder estructural del cuento de Carver. Pienso en la heladera de Carver, en que todo se pudre, en que antes, todo, incluso el amor, duraba más. Pienso en el perro de Chimy y siento el hambre de un perro abandonado, lo imagino acurrucado en algún rincón para conservar el calor. Pienso, también, en el perro de mi amigo persiguiendo su propia cola. Y hago la llamada telefónica que debería haber hecho meses atrás. Suena dos, tres, cuatro veces hasta que aparece la voz de una mujer que me da indicaciones para dejar un mensaje. No sé qué decir. Respiro hondo. Pienso en «Catedral». En la empatía y en la felicidad de poder mostrarle un mundo vedado al otro. Digo: *Lo intenté. Me salió esto. Perdón* •



Esteban Alonso Ramírez

DOPPELGÄNGER

*Alguien fuma de cuclillas
acaricia a su perro
mientras un bus de lujo
destroza el horizonte caribeño.*

*No sospecha, quizá
que otro de rasgos
casi iguales
mira con lobos a su lado
un desfile de renos en la tundra
con idéntico desdén.*

*Seres como ellos
repetidos desde el principio
nunca hallan novedad en los rebaños.*

GATO FERROZ

*El papel en tiras
se agita.
Un peluche negro
salta
busca su presa
y flota entre risas.*

*Ella lo abraza
canta
mientras un hombre
se acuerda
de que gato, esposa y risa
son tan breves.*

*Querría irse primero
para no despedirse
ni resignarse a que palabras
son todo lo que tiene
para pretender que esto
no es verdad.*

La industria cinematográfica dominicana

FRANK BÁEZ

Señoras y señores, no voy a ocultarles que quisiera entregarles
a tiempo su guión pero cada vez que me pongo en eso
termino escribiendo un poema
y sé que la industria cinematográfica dominicana está en crecimiento
y que uno debe trabajar como obrero para cumplir las expectativas
como al inicio de la revolución cubana
en que Fidel y los revolucionarios entusiasmaron a todos los cubanos
y les inculcaron que era hermoso trabajar por el pueblo
y concebían la industria azucarera como espacios idílicos
donde los cubanos hacían la zafra cantando y silbando y bailando
tal si fuese un musical de Hollywood
y al contrario de lo que algunos están pensando
esto no es un preámbulo para ponerme a hablar del comunismo
como si eso fuera lo que enseñaran
en la escuela de cine San Antonio de los Baños
a la que no asistí pero donde sí asistieron
varios de los cineastas dominicanos que con su empeño y sudor
están erigiendo nuestra industria cinematográfica

que desde ya está exportando cortos, documentales y películas
como si fueran novedosos productos nacionales
y ya basta de estar preocupándose
de que la industria cinematográfica boricua
o la industria cinematográfica venezolana
vayan a sacarnos ventaja
y en vez de estar lloriqueando en los festivales
vamos a enfocarnos en consolidar la industria
y sé que dentro de cada embarazada que anda por las calles
hay directores en potencia y actores en potencia
y guionistas en potencia que no serán poetas
ya que para entonces los guionistas serán profesionales
y no tendrá sentido llamarme y repetirme aquello
de que los guiones son la poesía del futuro
como le dijo una guionista al poeta Chaves.

Es un hecho,
la industria cinematográfica dominicana avanza
y yo cada vez quedo más atrás.

el niño acento

ÓSCAR FARIÑA

«cuando te sientas solo y triste
sólo piensa en el niño acento»
dice el meme que alguien
acaba de subir para que yo
escriba este poema

y consiste en una foto
cenital de unos cuarenta
y ocho creyentes acostados
en el piso para dar forma
a las letras de la frase:
«TE AMO JESÚS»

todos están acompañados
en grupos de cuatro, de cinco,
y hasta de seis camaradas
para hacer la letra M, todos
son parte de una primera comunión
antes de integrar esa más grande
que retrata la foto como prueba
de su amor a un dios
que observará conmovido desde el cielo
la obra de un rebaño tan fiel,
incluso,
en su devenir ortográfico

pues es claro,
¡mentira que todos estén acompañados!

nada
en la historia de la humanidad,
en las dos mil temporadas que lleva
esta serie de amor
entre un pastor y sus ovejas
puede ser más elocuente
sobre la fe de los hombres que ese niño
tirado solo, a la intemperie,
alejado del soporte de sus pares,
los bracitos pegados al cuerpo,
obediente, como muerto,
de unos tres o cuatro años,
que con una inclinación perfecta
de cuarenta y cinco grados
encarna la tilde de la Ú
para que el nombre de Dios hecho carne
sea tan agudo como el desamparo
que un instante antes de morir
en la cruz sintió al mirar el cielo
y plañir luego: Padre mío,
¿por qué me has abandonado?

nada como la entrega
inmóvil de ese niño en el meme
para saber de inmediato la respuesta
de Aquél para quien el tiempo no es una secuencia
y más que seguro ya tenía preparado
el milagro de Internet:

«para hacerte mártir, Hijo mío,
igual que el niño acento»

Legna Rodríguez

99

pregúntame por qué muevo la pierna así por qué estoy ansiosa nerviosa sinuosa
por qué hago así con un ojo y por qué me comí una olla de fideos secos hervidos con ajo
y sal levanta la mano pregúntame por qué maté a un niño en sueños por qué dije
en la entrevista que maté a un niño en sueños por qué sueño con niños y monstruos
y palabras bamidele qué quiere decir reconciliación qué quiere decir Miami
qué quiere decir pregúntame ahora o nunca por qué fui al cine con una venda negra
en la boca a ver una película sobre un hombre que tenía una venda negra en la boca
pregúntame por Fidel Castro por Raúl Castro y por mi mamá la heroína que me engendró
en una litera de universidad la mujer más bonita del país de mis sueños pregúntame
cómo se llama el último libro que escribí por qué no lo he publicado pregúntame
cuándo empecé a comer desperdicios cuándo empecé a llorar y cuándo empecé
a escribir hazme la pregunta más importante de todas cuáles son mis influencias

33

donde ellos se asearon es un lugar feo donde tú y yo nos aseamos será un lugar feo
sólo el agua sigue siendo el agua ni siquiera ellos que sufrieron el embargo la ruptura
son el agua ni siquiera tú que atravesaste el mar el bosque y el desierto eres el agua
ni siquiera yo que vuelvo cada día a esta pared meto las manos meto la frente meto el
[pelo
que me cae sobre la frente lo enjabono todo y lo enjuago me doy cuenta del moho
y del vaho para ellos tanto como para nosotros el patrimonio es el mismo un lugar
en la pared y el agua la alcancía está llena me gustaría mandar a hacer un lugar
mejor un hueco limpio donde limpiarnos un hoyo sano donde curarnos cada mañana
donde enjuagar aquello que se enjabona y se ensucia demasiado pronto para mi gusto
las manos los pies el rostro y sus adjetivos la frente la sien derecha y la izquierda
es un lugar feo mi vida que podríamos cambiar poner en él un hierro cualquier
cosa que necesite agua porque sólo el agua sigue siendo agua y un hierro tiene fuerza
un hierro por qué no o un niño tal vez un niño de bruces llegue a ser agua tres veces

El comienzo del mundo

FABRÍCIO CORSALETTI

ERA EL COMIENZO del mundo y había un mundo anterior al nuestro, un mundo desconocido y que nos desconocía, que no nos interesaba o que nos causaba miedo, pero nunca hablamos de él y por lo tanto éramos libres. Teníamos siete años y los días eran luminosos en el verano y azulados en el invierno, y en los recreos nos sentábamos los cuatro en los bancos colocados estratégicamente, uno frente al otro, por mi amigo al que le gustaba mi prima Patrícia y que a Patrícia le gustaba. Llegábamos antes que ellas y a veces intercambiábamos golpes, hasta que ellas aparecían con lacitos amarillos en los cabellos y se sentaban. Patrícia se ponía sobre la punta de sus pies para apoyar la lonchera en los muslos y abrirla, después echaba la cabeza hacia atrás, amarraba el cabello, y sólo entonces tomaba el sándwich de jamón y queso envuelto en papel aluminio, lo desenvolvía y examinaba el relleno levantando una de las rebanadas de pan:

—¿Ustedes gustan?

Pero Gustavo y yo ya habíamos acordado que (ella era «la suya») sólo él aceptaba, de otro modo a ella no le gustaría perder la mitad del sándwich con dos flojos que siempre dejaban las loncheras en casa. Pero no siempre aceptábamos, sólo dos o tres veces por semana, los otros días comprábamos empanadas en la tienda o comíamos el macarrón de la merienda, y en otros disputábamos canicas con los niños de otras clases. No éramos malos en el juego, y regresábamos hasta el banco donde las niñas estaban, mostrábamos las canicas adquiridas y decíamos «Mira», y ellas reían y nos miraban a los ojos, era claro que ya eran novios.

Pero nosotros no éramos, yo nunca supe si le gustaba a Ivana. Ella había llegado de São Paulo ese año, con el padre y la hermana, la

madre seguía allá, los padres se habían separado, el padre tenía parientes en la ciudad y resolvió mudarse acá. Ella y la hermana vinieron medio obligadas, porque tenían un grupo grande en São Paulo, conocían muchas cosas y lugares, y nuestra ciudad era poco para ellas, y su hermana era una boba por pensar así. ¿Entonces por qué no se regresa a São Paulo? Yo tenía ganas de preguntar. Y un día ellas se regresaron, y no aparecen más ni para ver a sus primos.

Los primos eran amigos nuestros, y nos reuníamos cerca de su casa, en una casa grande y abandonada y verde, con un balcón de azulejos lisos por el que nos deslizábamos cuando llovía, y entonces era mejor que jugar al fut. Pero Ivana no se deslizaba, y éramos más cercanos en la escuela, porque mi prima era muy amiga de ella y era muy amiga mía. Yo vivía en la casa de nuestra abuela en común, y ella vivía en una casa que daba atrás de la casa de la abuela, y mi tío, que nunca pensó dos veces las cosas que le parecían buenas, abrió una puerta en el muro y las casas quedaron unidas. Atravesaba el patio a las tres de la tarde y tomaba leche y comía pan con mermelada con Patrícia y Carol, su hermanita, y después hacíamos las tareas. Nunca le pregunté por Ivana, e Ivana a veces me preguntaba cosas:

—¿Vas a mi fiesta el sábado?

—Por supuesto, ni lo preguntes.

Pero ella no respondía. Mordía el sándwich de queso, el queso fofo porque hacía calor aunque corriera el aire, y estiraba los bracitos blancos, las manitas de uñas mordidas y me ofrecía una mordida. Yo quería tomar sus manos para darle firmeza al sándwich, pero no tenía valor, ponía las manos en las rodillas, inclinaba la cabeza al frente y mordía poco, como niño educado. Ella volteaba al otro lado para hablar con Patrícia, y yo respiraba profundo mientras mordía, porque ella tenía un aroma que adoraba y que tardé en descubrir y asumir que era el olor de los mocos de su nariz.

Pero sus dedos vivían limpios, las uñas siempre mordidas, yo nunca vi ningún moco de Ivana, ni en su nariz, que era gruesa aunque delicada y perfecta para su rostro redondo y claro, de ojos muy verdes y labios gruesos y rojos. No podía ser, yo pensaba, no podía ser olor a mocos, pero nunca le pregunté a ninguno de mis amigos si ellos lo habían sentido, y cuando ellos hablaban de carros y caballos o sobre las nalgas de no sé qué niña de cuarto año, yo pensaba en Ivana con olor a mocos y la despreciaba. Cuando la encontraba al día siguiente en la

escuela y ella me ofrecía el sándwich pero yo había comprado un pastel, sentía culpa y me iba a jugar a las canicas y una vez entré en una pelea a lo tonto y me dieron ganas de matar a un niño porque era un burro y no entendía las reglas del juego.

Ivana nunca reclamó nada, nunca peleó con nadie, nunca se hizo amiga de mucha gente y trataba a todo el mundo como si fuera su mejor amigo. A Rogério, por ejemplo, que nunca comió con ella en el recreo y se la pasaba sucio corriendo por el patio. Ella le preguntaba por su madre, por su hermano y por la patineta que había comprado, como si fuera experta en patinetas, como si ya hubiera montado en el caballo de su hermano, como si supiera que doña Glúcia era una gran bordadora. Yo conocía a la madre de Rogério y nunca le pregunté nada sobre ella, ni sobre el hermano. Nosotros andábamos en patineta hasta en la plaza de la iglesia y él no sabía andar muy bien, pero sabía hablar con las niñas sobre las maniobras *x* y *y*, y yo nunca hablaría de mi madre con Ivana. Pero ella también me preguntaba sobre mi madre, ella preguntaba todo con naturalidad y reía. ¿Vas a mi fiesta el sábado?

Fui con Gustavo, era cerca de su casa, estaba lleno, Guillherme, hermano de Gustavo, y Lelê, que era mi primo, estaban frente a la casa. Entramos juntos y cada uno se sentó en una silla plegable de metal esperando el guaraná que la empleada iba a servir. Mi madre me había peinado el cabello de lado y había comprado un regalo para Ivana: unas calcetas, un lacito, una muñeca, cualquier cosa que no sabía si le gustaría. Pero ella miró las calcetas como si no tuviera ninguna y dijo qué lindas, y dijo gracias, y fue a tomarse una foto con un tío que había venido de São Paulo. Regresé a la silla de metal helado, pero la empleada ya había pasado por ahí.

—¡Idiota! —Guillherme o un amigo suyo dijeron y todos rieron. Pero tuvieron que dejar de aventarme cacahuates porque la tía de Ivana llegó y dijo que habíamos crecido mucho, ya éramos hombres y estábamos lindos. Cada uno hinchó el pecho de aire y fuimos a jugar fut para que las niñas vieran quién era el mejor. No era yo, ni Gustavo, aunque no éramos de los peores, e Ivana y Patrícia y las otras nada sabían de fut, era sólo que no te hicieran túnel. Pero al idiota de Fernando le hicieron, nos reímos de él, me puse feliz y casi meto gol.

En el feliz cumpleaños, el sudor escurriendo por las patillas y el cuello, la camisa pegada a la barriga, aplaudí fuerte y canté alto, Ivana

reía y yo nunca había visto a nadie tan feliz el día de su cumpleaños. Mi padre cada año preguntaba: ¿No estás contento, no estás contento? Claro que estaba, le respondía, y me iba a jugar a los vaqueros con los mocosos en la casa de la esquina que estaba en remodelación. No me gustaba el feliz cumpleaños, pero me gustó mucho el de Ivana, tenía una tía de brazos cruzados que sonreía, no cantaba, sonreía y salió en medio de la música para atender el teléfono, eso fue la cosa más sincera que yo había visto.

Oscureció poco después, todos los tíos se fueron, y las niñas que Ivana había invitado porque eran de nuestra clase pero no eran amigas, las madres pasaron por ellas en el intermedio de la novela de las siete. Nos quedamos nosotros, los cuatro amigos del recreo, Guillherme, Lelê y sus amigos, sentados en la banqueta, inventando qué hacer, soltando groserías.

Patrícia se sentó cerca de Gustavo, a veces se ponían bobos. Mi prima sólo con él se ponía boba, yo no sabía cómo sería al día siguiente, si ella sería la misma persona, si iba a tomar leche conmigo. Entonces oscureció de verdad, estábamos debajo de una sombrilla, las hojas gruesas tapaban la luz del poste, no se podía ver nada, sólo los ojos y las siluetas. Yo veía los ojos de Ivana y no hablaba con ella; en el teatro de sombras Guillherme reía, diciéndole cosas al oído, la mano cochina y caliente en la manita blanca, borrando el olor que sólo yo conocía. Lelê gritó: Yo vi, y todo mundo, Gustavo y Patrícia, comenzaron a gritar «Son novios, son novios». Yo fingía que gritaba, reía hacia Gustavo, pero él no reía, gritaba apenas.

Mis papás tocaron el claxon y me llevaron. Ivana dijo *Bye*, pero no tenía más la sonrisa que era para todos.

En el recreo ella y Patrícia se siguieron sentando en el mismo banco, pero Gustavo y yo no queríamos más andar cerca de ellas.

Un día Gustavo se rascó las bolas en medio del salón y tuvo que ir a la dirección. Regresó con una historia de que fulana de segundo año se dejaba chupar el dedo. Era sólo salir luego de que sonara el timbre, recostarse en la pared del corredor y esperar a que fulana pasara rumbo al patio. Y después descubrimos muchas niñas que se dejaban tocar, y descubrí que sólo en el corredor lleno de gente ellas se dejaban. Si lo intentabas en clase, fuera de la escuela, en la fila de la tienda: te miraban serias y tú no entendías nada, y me quedaba esperando a que el timbre del recreo sonara de nuevo para intentar saber si estaba o no volviéndome loco.

Pero no lo estaba, y mi padre y un tío se pusieron muy alegres cuando les conté que había tocado a una niña mientras bailaba con ella. Ellos me contaron historias de su época, y fui descubriendo un mundo que no era el mío pero tenía semejanzas, y percibí que debería estar atento a tantas cosas, todo se había vuelto extraño y los demás sabían más que yo. Los padres de mis amigos también contaban historias de niñas, los escuincles más viejos contaban, hasta Guillherme —que empezamos a apodar Pollo porque su papá bailaba borracho y parecía un pollo— contó de Ivana. Ya no me importaba, pese a que cuando los niños me voltearon a ver en el momento me puse rojo. Y yo también comencé a contar unas cosas que ellos no creían y eran verdad. Sólo nunca nadie me contó, ni yo conté a nadie, que la manita de una niña tenía olor a mocos.

Ivana estuvo en nuestro grupo hasta que se fue de la ciudad, a los trece años. Una vez la regañé por cualquier bobada. Ella no replicó. Me miró a los ojos asustada y preguntó con una sinceridad insoportable:

—¿Qué hice mal?

Ella era una niña muy educada •

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE SERGIO ERNESTO RÍOS



Leandro Lull

ABIERTO EN UNA LENGUA PENDIENTE

**A veces creo que soy otro animal.
Una lenta criatura que se
desprendió de la especie
hacia alguna rama sin prole ni destino.
El separado. El mutado. El invertido.
Ya nadie se pregunta cómo fue el pasaje,
en qué finta del camino se eligió mal.
Como carne de exportación, el cuerpo
se degusta en bocas ajenas a la hierba.
Y abierta en una lengua pendiente
mi voz sacude el árbol desde un brote
del que nadie me puede regresar.**

SOLEDAD

**El gamo habla en mi soledad.
Cuando hay miedo, aparece,
se frota el hocico entre las patas,
ladea su cara hacia el este y suelta
un trote que son campanas
apagadas en la tarde.
Sube en el rayo y es la gracia.
Yo lo sigo
y llego hasta mi madre.**

Un largo camino

DIANA VIVEROS

Cuántos casos, cuántas cosas llenan las infancias.

JOSÉ SARAMAGO

I

La primavera empieza el 21 de septiembre y termina el 20 de diciembre. Es la estación más linda del año. Las flores se abren y las personas se visten con ropas livianas y muy vistosas.



Feo como Sócrates, con una pronunciada calvicie un poco resplandeciente, la nariz chata y cubierta de espinillas, los ojos pequeños que necesariamente desaparecían con la curva de los labios manifestando contento o sarcasmo o malicia, debido al volumen de los pómulos sebosos que, contrarios a la grasa del vientre que inclinaba sus carnes hacia el piso, se elevaban con esfuerzo hasta cubrir por completo la parte que sigue a las ojeras, el nuevo novio de la madre de Sebastián se presentó ante él, animado por un frenesí absurdo.

El niño, a través de sus gruesas gafas de miope temprano, quedó mirándole fijamente; no esperaba que aquel de quien su madre tanto le había hablado desde hacía cierto tiempo resultara ser una figura en su opinión tan pintoresca y que demostrara tal fervor al estrecharle la mano y que mantuviera ese ademán por varios segundos que los tres, cada uno en su fuero interno, terminaron considerando excesivos.

—¿Cómo está el campeón? ¡El tigre de la casa! —dijo don Óscar, revolviendo con ahínco los cabellos del escolar, quien por toda llana contestación le propinó una sonrisa retraída con los ojos agachados.

—Seba preparó aloja —comentó radiante la madre, en tanto invitaba al visitante a ocupar un asiento en la espaciosa sala.

—¡Ah, no olvides que le traigo un regalo al nene! —musitó don Óscar, con la palma izquierda a un lado de la boca, cercano al oído de la mujer. Ésta, que ya sabía de qué se trataba, reprodujo una mirada suplicante con la que le insinuó que el regalo no iría a resultar del agrado del hijo.

—Querido, no debiste haberte molestado, en serio...

La mujer articuló estas palabras con prisa y ademanes nerviosos. Segundos después, agregó:

—Mejor dejemos que regrese a su cuarto porque está haciendo los deberes para mañana, ¿verdad, Seba? Yo voy a traer la jarra y los vasos. ¡Uf! ¡Este clima...! —y se abanicó el rostro con los dedos.

Casi a empujones, Teresa sacó al niño de la sala, arrastrando su silla de ruedas hacia el dormitorio. Don Óscar no terminaba de comprender por qué no podía entregarle el preciado obsequio al tigre de la casa. Si sólo era cuestión de ir por él hasta su vehículo.

—Pero... ¿y qué hago yo con esa pelota entonces? —se preguntó a sí mismo, confundido, sin reparar en el bochorno de que su pareja le acababa de salvar.

II

Los árboles también muestran sus mejores galas. Hay muchos colores en la primavera, en todas partes. Los pajaritos cantan alegres y todos festejan su regreso.



Con éste, se sumaba el quinto potencial padrastro de Sebastián desde que el verdadero progenitor huyera hacia ya una década, cuando todavía aquél se alimentaba de leche materna.

El primero de ellos venía durante la madrugada, se quedaba por un rato y salía igual que como llegaba, sin decir una sola

palabra en voz alta, andando en puntas de pie, como lo harían un espíritu nocturno o un gato sigiloso. Sebastián, siempre víctima de un sueño frágil, le recordaba bastante bien; de él admiraba su envoltura de misterio y hasta le parecía que su propia madre también se volvía de pluma durante las visitas silenciosas. A veces le tentaba la idea de salir de su cuarto a escondidas y descubrir de quién se trataba, pero nunca se atrevió. Un juego de secretos tiene sus reglas y hay que acatarlas aunque uno se estremezca por lo curioso. Lo importante era que Teresa se arreglaba y se vestía como si el tiempo hubiera aplazado en ella su labor de inevitable decadencia. Así le gustaba a Sebastián, viéndola ir al salón de belleza o llenando la casa con su risa tan excitante. Ese hombre de humo hubiera sido el ideal, pero terminó por esfumarse definitivamente luego de un delicado periodo de seducción. La madre se apagó y permaneció distante por unas semanas. Lloró mucho, Sebastián la acompañaba. Las madrugadas recuperaron su vacío habitual y apenas se escuchaban, a menudo, el aullido de los perros y los pasos de algún caminante extraviado en las calles, bajo la amarillenta luna.

El otro pretendiente fue Rafael, tosco y robusto. A éste sí que el chico le llegó a ver y a tratar y conoció de él la potencia de sus puños pesadísimos. Teresa también, por eso le denunció y le mandó a prisión y tuvieron que cambiarse de barrio para evitar represalias, una vez que el golpeador cumpliera la condena. El infierno duró medio año, auspiciado por el alcohol y los celos. Sí, porque Rafael era celoso en extremo y no permitía que su mujer usara maquillaje o saliera sin su consentimiento. Sólo al trabajo la dejaba ir, porque alguien debía traer el pan a la mesa y conseguirle más alcohol con qué aplacar la furia de sus demonios internos. Un fin de semana decisivo, lluvioso, el sujeto dio con la nueva dirección de su antigua conviviente. Ésta palideció al verlo trasponer el umbral, con la misma fuerza de antes, con más locura en su mirada cenicienta. Rafael se las tomó con Sebastián; le arrastró con vehemencia hasta un coche del que había vencido las cerraduras y desaparecieron. Manejó con incertidumbre hasta que comenzó a sospechar que algún policía le seguía la pista. Aceleró sin límite, ignorando el final de su irreflexiva venganza. No vio el camión envuelto en lluvia y estacionado en la ruta y

allí falleció, con la herrumbre y los vidrios incrustados en su cráneo y en el resto de su masa corporal. A Sebastián le salvaron de milagro, pero su columna quedó destrozada. No volvería a caminar nunca más. Lloró mucho, su madre le acompañaba.

Después llegó Carlos, funcionario de Hacienda. Se mostraba encogido, perplejo a todas horas por algo que nadie sabía qué era con exactitud y parecía sufrir de anorexia, por lo enjuto que lucía en su camisa almidonada y su eterna corbata a cuadros. Tenía en la oficina fama de voraz lector, de modo que Teresa, la contadora del mismo ente, sintió atracción por esa llama pacífica que se encendía a su alrededor. Con Sebastián se entendía a las mil maravillas y le había leído algunos libros fascinantes, como *El fantasma de Canterville* o *Juan Salvador Gaviota*; también poseía una exquisita formación en materia musical, pero el aprendiz se mostraba reacio a escuchar ópera o jazz. Teresa mantuvo con Carlos un romance prolongado que hubiera terminado seguramente en casamiento si su hermana Alicia no hubiera regresado de estudiar de Buenos Aires. Coqueta y sin escrúpulos, los mojigatos como Carlos constituían para ella un desafío. Y él era muy inocente, casi idiota. Y tirando al piso sus enormes anteojos de intelectual y desgarrándole con las uñas su tan prolija camisa, Alicia le metió a su cama. Y otra vez a Teresa le tocó llorar en exceso y a Sebastián, un poco fastidiado ya, acompañarla en su desazón.

El último candidato de su madre, después de cortar en forma rotunda toda relación con la tía Alicia, se llamó Darío. Vivió con ellos algo más de un año y le tenía sincera estima a Sebastián. Juntos pasaban ociosas horas viendo películas frente al televisor o jugando damas. Teresa pareció volver a la calma con ese imberbe bajo su techo; sabía de él que aún estaba en la pubertad cuando abandonó el campo en busca de fortuna, rumbo a Asunción. Le conoció en un restaurante lavando vasos y le llevó a su casa con toda confianza y allí le instaló. Fue feliz con él, como nunca lo había sido antes y por eso, generosa, le pagó las cuotas de una profesión. Darío se recibió más tarde y con orgullo le enseñó a su mujer el diploma obtenido, y se desperdigaron los besos en la piel de ésta y saltaban sus cabellos en el aire, mientras duraba el voluptuoso abrazo. Pero una noche, sin previo

aviso, tomó sus cosas y se marchó. En su apurado viaje, tuvo oportunidad de llevarse con él la amada mascota de Sebastián, un conejo que le serviría como centro de mesa en el ficticio banquete que harían sus familiares, allá en el pueblo, cuando le vieran regresar ya maduro de la capital y con un título que le permitiría sacar adelante a sus numerosos hermanitos. Teresa, nuevamente, quedó en desamparo, ahogada en una profunda lágrima que cavaba meandros en su semblante. Sebastián, sin embargo, indolente, sombrío, comenzaba a andar por el largo camino que, a su tierna edad, conduce al odio.

III

A mí me gusta comer helados y tortas frías en primavera, porque el sol es caliente todos los días.



Don Óscar era propietario de una tienda de telas. Viudo de larga data, la compañía de esa apuesta hembra de treinta y tantos abriles le figuraba un oasis en su extenso y oscuro desierto. Empezaron a frecuentarse unas semanas atrás, cuando él se animó a cercar a la clienta con palabras dulces e intenciones firmes. Se creía el más satisfecho del mundo por contar con el afecto de Teresa, quien no le ocultó sus malas experiencias en el difícil arte del amor, de manera que sus valores fueron juzgados de óptima calidad por el viudo, ya que amén de los encantos visibles que ostentaba la contadora, piedra angular de tibios deseos, le adornaba la franqueza y otras meritorias virtudes.

Por su parte, asimismo Teresa llegó a sentir cariño por ese comerciante de aspecto tan excéntrico. Le sorprendían su carácter espontáneo y su charla diligente y vívida. Una vez más, estaba enamorada. ¡Qué habilidad la de su corazón para superar la agonía y dar aliento a nuevas ilusiones! Y esperaba que Óscar no le fallara. Él gozaba de una posición social holgada, y, como ya rozaba los sesenta, trataría a Sebastián con el estatus de nieto, el mejor de todos en la jerarquía familiar; tal vez hasta podría cubrirle un tratamiento en el extranjero para revertir el diagnóstico con que en el sanatorio le sentenciaron a la silla de

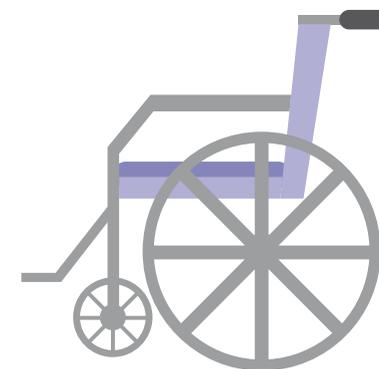
ruedas. Sí, no debía portarse egoísta esta vez; también estaba su hijo, que había padecido tanto o más que ella por causa de los diferentes hombres de su vida.

La tarde se iba pintando de crepúsculo. Una plática desordenada y caricias inocentes distraían a la flamante pareja. Se acabaron la jarra de aloja hacía rato y cuando decidieron mudarse bajo el parral, en el patio, para presenciar el nacimiento de Venus, como dos adolescentes acurrucados en pueril pasión, sintieron las punzadas en el estómago, los dos al unísono. En seguida los invadió el vértigo y la vista les fallaba. El ritmo cardíaco iba en aumento y les oprimía el pecho. Las punzadas en el estómago se sucedían unas tras otras, iban creciendo, pero en medio de la desesperación, los que las sufrían fueron incapaces de emitir quejido alguno; no podían dejar de presionar con las manos la zona de más dolor y ambos se arrojaron al piso, indefensos. La respiración se hacía dificultosa, ya casi los pulmones dejaron de funcionar. El pulso se aletargaba. La cefalea surgió de golpe, latiéndoles estrepitosamente a cada lado de la frente y, al rato, todo quedó en la nada.

Mientras tanto, ocupado en su composición creativa, Sebastián confiaba en que el veneno contra las hormigas vertido en importante dosis en el jugo de miel sería efectivo para dar un escarmiento definitivo a su madre y una advertencia al enamorado de ésta, por si llegaba a sobreponerse. Había visto con Darío una película donde el protagonista hizo algo similar. De Rafael aprendió a actuar sin temor a lo que pudiera ocurrir. Con Carlos y sus lecturas descubrió que el sufrimiento es parte de la tarea de formarse como humano, pues el dolor redime. De aquel primero de la lista, el invisible, el etéreo, rescató la discreción.



En la primavera la gente y la naturaleza se sienten felices •



Infraperro

(XI)

VÍCTOR M. LEÓN LEITÓN

no me espantan
las alas negras del cóndor
sino la chamarra vacía

tu muerte
es un relámpago
en la muela de los días

hay tantos llorando
al poeta
al mártir
al campeón de las cantinas
yo

infraperro

lloro al amigo

no me resistiré
voy a llorar cada que vea
la tierra impactada
un cráter lo bastante grande

este llanto
por insuficiente
acaba por doler dos veces
este llanto
merecería unos paramédicos asustados
un coro de jabalíes chillando furiosos

este llanto
tendría que estallar como un coche bomba
a las puertas del cielo

dónde acabaré
de llorar lo reído lo conversado
adónde tiene su tumba el viento

quisiera llorar
como quien no ha llorado jamás
pero bien sabés que no puedo
voy a llorar como quien ha llorado siempre
y ahora descubre un llanto nuevo

hermano mi hermanito
trato de decirte
que hay un momento de la tarde
hay siempre un momento de la tarde
como el viudo miro todo con otros ojos
y hay

en cada alegría

una tristeza

Terreno de juego

DAMIÁN CABRERA

1

Los animales pasan. Su presencia es, raras veces, una aparición notoria. En el pastizal, ligeramente, vibrar de láminas.

2

Su desplazamiento había llegado a término ventajoso, y el sueño de las finales cobraba forma de promesa. Todo eso pasados años de sus primeras incursiones en el campo; y en las carpas transitorias, en las losas y en los ranchos del lugar de donde provenía el *crack*, las radios coincidían a la hora del descanso, teniendo por momento de unidad el elogio de sus fuerzas sin desgaste.

Era el contento solicitado luego de la invasión de langostas. Y aunque al respecto se guardaba el mayor recaudo, todos intuían que el corolario sería más bien *mbóre*, y mejores cosechas.

Esperaban.



3

El vacío se abre en el pastizal como un estornudo cortando el silencio. Norberto cava con la azada pequeños surcos formando cuadriláteros, circunferencias y semicircunferencias. Hubo un momento en el que la seguridad de la empresa había sido puesta en duda, pero ahora que la cancha cobraba forma, la algarabía corría hacia el interior de las carpas, y ese trabajo era visto como un mojón que se instala a medida que se gana terreno.

4

Elegir el lugar fue lo más fácil. Había una superficie llana junto al humedal, que tenía por límite la ruta internacional al Sur, el asentamiento al Este, el sojal, los bosques y una olería abandonada, alrededor.

Primero fueron las llamas, y se alejaron un poco porque el viento quería extenderlas hacia el bosque. Mucho después vinieron las primeras *corpidas*; pero el pasto se extendía muerto y hubo que carpir cuidando que no quedara ningún trozo de raíz que pudiera lastimar sus pies.

Los primeros partidos fueron los más tortuosos, pero el goce, la satisfacción provocada por la labor que se realiza con esfuerzo, era el motor que aplanaría la tierra.

5

Una vez cesado el fuego, caminar entre las cenizas es un trabajo; puesto que una región aparentemente ilesa puede ocultar un infierno interior ardiendo perezoso.

Fueron a cortar unos palos para los arcos, y en el camino miraban el suelo, porque ser vistos andar por ahí sin pudor alguno empezaba a ser una molestia que preferían evitar. Pero el tránsito fue silencioso y nadie se vio inclinado a recurrir a la intimidación o cosa más consistente como reacción a amenaza.

Cuando Norberto hundió el hacha, perdió el equilibrio y cayó de espaldas, vomitando su almuerzo. Era algo habitual desde que se habían instalado, pero lo mismo a todos les dio mucho asco. Ellos rieron. Él.

A la edad de ocho años, Norberto se hallaba cazando alimañas para luego distraerse dándoles muerte, pero un mal cálculo le acabó los pies.

Por eso Norberto es el eterno arquero. Con los muñones anclados a la tierra, realiza la tapada más curiosa que jamás se haya visto en el potrero.

6

Norberto tomó las culebras con un palo y las arrojó. A las brasas, donde desaparecieron instantáneamente, como hundiéndose en un mar de lava.

7

Nadie, como él, aplaude las llegadas de su dios a la meta. Él se hunde las manos entre las piernas haciendo el *chaj chaj* de un mortero, afina el oído con cara de imbécil y luego salta sobre sus muñones cuando su héroe finaliza el ataque.

Este año su devoción ha sido única, y alguno piensa que en su espera no hay lugar para que las derrotas se inscriban quietamente y le siente.

8

La gente registra el espacio por un rato. Todo parece tener la lamentable calma de los entierros. Algo zumba, menos de lo esperado afuera, menos de lo que se quería, y algún petardo taladra disconforme la noche. Algunos olvidan lo que hacen cuando beben, y otros quieren olvidar lo que hacen cuando beben. Sea perdido. Pero todo pasa al olvido. Pero todo... Él: No.

9

Cuando el *crack* entró con el corte en el hombro, el capataz lo recibió con el rostro empañado; se dio con el puño en la cabeza como un doble signo de lamento y aclamación. Él hundió el dedo en la herida y miró hacia el pastizal, donde algo aún se movía.

Siempre se habían tratado con odio mutuo, por eso, ahora, la cortesía del recibimiento de los colonos lo descolocaba, y él accedía a las fotos y los autógrafos de forma mecánica aunque desconfiado. Aun así, ahora aguardaba el atendimiento correspondiente con la certeza de que su regreso sería más seguro, aunque desde que se sentó, la muerte era algo ineludible en su pensamiento, pero en tantas direcciones. Que se confundía.

10

La calle es de un color rarísimo. Eso que se le ha metido en la cara, haciéndole sudar, o algo por el estilo, no son sino las diversas texturas del camino que recolectó con el pómulo derecho y una de las narinas.

Por aquí pasan muchos camiones, hasta el río, para cruzar en balsa. Y en el transcurso dejan caer porciones que matizan el paisaje.

Si hubiesen llegado a finales, habrían ido en camión hasta el arroyo, donde él chuparía las mandarinas que le gustan tanto. Pero no llegaron y él está cansado y huele a caña.

Ahora que las frustraciones lo inclinaron casualmente, o él eligió inclinarse causalmente por ellas hacia una participación más activa pero cuyo peso excesivo se ha vuelto aplastante, la existencia de las mandarinas tiene continuidad asegurada, al menos en una de sus formas. Así como en un terreno simultáneo, él tendría para anotar los pies •

PARADOJA

Lo ves en el bosque;
en lo que deja su espacio
y espera entre la tierra.

De quién es la rama que cae,
te preguntás.

Vos, que le tenés un nombre
al tiempo que pasa
para que todo
vuelva a ser parte del mundo.

Vos no sos nada más
que la rama
en el aire.

CUARTO SIN JARDÍN

Dejá la puerta abierta; que la lluvia
golpee con su fuerza y llene de agua
la entrada al cuarto.
Permitime imaginar en esa oscuridad
la huerta que no he plantado,
a los animales que no la habitan
y las horas que no he gastado
arrancando las malas yerbas

del orégano,

de aquella maceta vacía;

de mi propio pecho.

Un día del cual tengo ya el recuerdo...

ENZIA VERDUCHI

«¿QUÉ ES UN SUSHI?»

A finales de noviembre de 1989, unas semanas después de la caída del muro de Berlín, conocí a Nacho Padilla. Me lo presentó Beatriz Meyer, quien era su compañera en las becas de literatura del INBA.

Enfundado en un suéter color rojo y unos pantalones de gabardina *beige*. La mirada suave tras el armazón ligero de los lentes y mochila al hombro. Conversamos sobre Borges, Savinio y Quiroga. Hablamos del mar, un tema que apasionó a Nacho a lo largo de su vida: «la magia del mar, de los mitos invadiendo nuestra pinchurriente vida y pobre realidad, de la necesidad tremendamente humana de soñar y amar al otro lado del espejo (lo cual siempre es más divertido, más macabro, más excitante)».

Nacho recién había obtenido el Premio Literario Nacional de las Juventudes Alfonso Reyes. Yo aún no vivía en la Ciudad de México.

Nacho sugirió ir al Daruma a comer sushi.

—¿Qué es un sushi? —pregunté.

—Te va a gustar, es comida japonesa, es un viaje...

Así supe y probé por primera vez un sushi. Así inició una intensa relación epistolar. Así nació una amistad que guió mi forma de ser y estar en el mundo.

NOVELA-RÍO

«La novela se ha portado bien, en lo que cabe. Cada página aparece un Nacho más exigente, lo cual no es del todo positivo: resulta obsoleto escribir cuartillas casi siempre destinadas al basurero por un espíritu demasiado preciosista. El semestre terminó hoy y mi casa está prácticamente vacía desde hace tiempo; eso me agrada por ser promesa de horas

enteras frente a frente con Orlando y con Eva...» (16 de abril de 1990).

Cada semana llegaba a Campeche una carta de Nacho, de los sobres surgían los capítulos I, V, IX, XVI... de su novela-río. Cuartillas mecanografiadas: «Es que mi máquina soy yo». «Tallereábamos» nuestros textos a la distancia. Sus personajes eran Orlando y Eva. «No tienes idea de cuánto te agradecemos Orlando y yo tus cartas. Poca gente ha podido entender el aire que flota en nuestra Isla, y por eso estamos entregados a nuestra historia más que nunca». Orlando lo obligó a cuidar los gerundios. Fue una lucha a teclazos y a *liquid paper*, a fotocopias que han sufrido el paso del tiempo: el tóner es una pálida sombra, sólo destacan las anotaciones del bolígrafo, esa letra clara, redondita de Nacho.

Aún no imaginábamos que vendría la internet. Sin embargo, nunca fue más corto el trayecto de la colonia Xotepingo a la calle Siris.

«I TOOK THE OLD TRACK...»

Durante algunos años coincidimos en la cafetería del Fondo de Cultura Económica cada viernes por la tarde junto con Ernesto Lumbreras, Jorge Fernández Granados, Armando Oviedo, Pedro Guzmán, Guillermo Fernández y Joel Mendoza. Intercambiábamos libros, conversábamos de cine y nos prestábamos los entonces novísimos CD que conseguíamos con mucho esfuerzo. Extrañábamos el roce de la aguja en los surcos del vinilo, pero nos maravillamos con la nitidez de la versión digital de «Here Comes the Flood», de Peter Gabriel y Robert Fripp.

Fueron años efervescentes. Trabajábamos de día, escribíamos y leíamos de noche. Con poco, organizábamos fiestas divertidísimas y algunos fines de semana hacíamos viajes cortos a Malinalco, a Zirahuén o a Cuernavaca, donde Pedro Guzmán pedía estar al volante: «Nacho, manejas a sesenta, como ancianito. ¡Nunca vamos a llegar!».

Nacho se preparaba para cursar la maestría en Literatura Inglesa en la Universidad de Edimburgo. Yo redactaba la tesis de licenciatura sobre Thomas Mann. Me mostraba entusiasta sus hallazgos sobre Shakespeare en los tomos de Aguilar e íbamos a las librerías de viejo en la calle de Donceles. Éramos unos gambusinos en busca del arca perdida. Dimos brincos de felicidad cuando descubrimos la edición chilena de *Amo y perro*, de la Biblioteca Zig-Zag de 1927.

Las calles adoquinadas de Edimburgo, las gárgolas, el cielo plúmbeo y el verde fosforescente de los campos de Escocia, «esta tarde me encontré a Robert Louis Stevenson, o ¿acaso su fantasma?...», la bulliciosa

residencia de estudiantes, la magra beca universitaria y los muchos sueños... Después vendrían el *Manifiesto del crack*, el doctorado en Salamanca, otras misivas cruzando pacientemente el océano, cuartillas cargadas de nuevos proyectos o sobre relatos breves que fueron creciendo como una partida de ajedrez. Cervantes y el *Quijote*. El regreso a México, el establecerse en Querétaro. Empezó la era de los correos electrónicos, nos sentíamos raros y fascinados con la inmediatez de la internet. La alegría por los nacimientos de sus hijos Constanza y Rodrigo. Su residencia diplomática en Londres, mi breve cotidianidad en Montevideo. Otra vez México...

«SÓLO PARA FUMADORES»

Hace unos años, coincidimos en un encuentro literario en Tampico. Después de las lecturas, salimos a tomar unas horchatas en la cafetería del zócalo. Observamos a la gente pasar al comienzo de una tarde calurosa, desde una mesita, rodeados de palmeras. Cada quien encendió su cigarro.

—Nuestros amigos han dejado de fumar, de beber, algunos van al gimnasio. Tú y yo somos parte de un club sin lustre —agregó.

—Quizás deberíamos intentar dejar de fumar, tendríamos más probabilidades de llegar a viejos... Me es difícil, disfruto fumar.

—Como Julio Ramón Ribeyro en «Sólo para fumadores», ¿recuerdas?, concluiremos este cuento yendo a la esquina por una cajetilla de Camel y otra de Marlboro.

Y aplastamos nuestras respectivas colillas en el cenicero.

ÚLTIMA CARTA

Nacho queridísimo: Unos minutos antes de que llegaras al Panteón Francés, cayó una granizada que devino en aguacero. Sí, como en el poema de Vallejo. Después, se desprendía una suave bruma que rodeaba a los árboles y las placas del camposanto. Lo sé, estoy sacando mi «vena melodramática italiana», como me decías. Releí tu último *whatsapp* (ya ves, pasamos de las misivas a la mensajería multiplataforma), que aún está en modo *disponible*: «¡Enzia queridísima!, ¡veámonos pronto!, ¡urge!». Y aquí estoy, Nacho, con «la soledad, la lluvia, los caminos...» •

Nacho

JORGE VOLPI

Estreché por primera vez la mano de Nacho Padilla treinta y un años atrás, cuando lo felicité por haber ganado el concurso de cuento de nuestra preparatoria, célebre por la leyenda —cierta— de que en su tiempo Carlos Fuentes obtuvo los tres primeros lugares. Eloy Urroz me impulsó a participar pero, a diferencia de su texto y el mío, «El héroe del silencio», el primer relato de Nacho, era un derroche de talento lingüístico que todavía se lee con asombro. Su estilo futuro se anunciaba en una nuez: una prosa delirante y circular, labrada a partir de sus febriles escarceos con Rulfo y García Márquez —los maestros con quienes tanto se batiría—, una imaginación que lo arrastraba del medioevo a la ciencia ficción, con su aciaga cuota de fantasmas, y la vocación miniaturista que le permitía sumar palabras como piezas de un rompecabezas imaginario.

Fraguamos una hermandad que hoy extravía su arquitectura: mi imagen de la felicidad literaria se resume en las vehementes discusiones triangulares con Eloy y Nacho en el Sanborns de San Ángel. Apuntalados por Pedro Ángel Palou, Ricardo Chávez, Alejandro Estivill y Vicente Herrasti, enarbolamos contra viento y marea la utopía de una literatura que, sin dejar de ser una pasión solitaria, pudiese ser defendida como un placer compartido. Un amigo como Nacho es un espejo en quien te reflejas y contrastas, te descubres y ruborizas, te enardecas y reconcilias. «Si la comparación a veces resulta odiosa es porque en las gradaciones alguien suele y quizá tiene que salir perdiendo; pero incluso en la parcialidad cruel del contraste debemos reconocer que el espejo, sea nítido o cóncavo, muestra todo y a todos como realmente somos, hemos sido o podríamos ser», escribió en «Versos de Shakespeare y desdichas de Cervantes», quizás el más lúcido ensayo que le dedicó a su escritor de

cabecera (más bien de automóvil: en su vida dual entre Querétaro y el DF, escuchó cien veces el *Quijote* en voz de Fernando Rey). Sin Nacho, me resulta más arduo saber quién soy.

Dos años en Salamanca y sus feroces inviernos curtieron nuestra convivencia: en las diarias comidas en mi casa de Libreros enhebramos su inagotable tesis sobre el alcaláino con mi precaria física cuántica. Los «datos Nachito» nos servían de aperitivo: anécdotas eruditas imposibles de verificar, de los pollos sin cabeza a la fantasiosa etimología de un vocablo, afición que le abriría las puertas de su entrañable Academia Mexicana de la Lengua. Él replicó a mi demencia germánica con *Amphytrion* y yo le debo las torpes quijotadas de *El fin de la locura*. Nunca dejamos de ser cómplices y duelistas: aun si adivinaba que siempre habría de vencerme, no dejé de pelear en buena lid con sus frases monstruosas y perfectas.

De *La catedral de los ahogados* a *El daño no es de ayer*, Nacho violentó y retorció tanto la lengua como a sus evanescentes criaturas —más cerca, a su pesar, de Cervantes que de Shakespeare—, aunque yo me quedo con *Si volviesen Sus Majestades*, precoz imprecación a Beckett y Borges. Ganó, sí, cuanto premio se topó en el camino hasta que se le agotaron: en su dulzura y bonhomía era tan ambicioso como el que más, y tan astuto. Detrás de eso, un pudor familiar o una secreta melancolía le impedían narrar sus desdichas y arrebatos o concedérselos a sus personajes. A cambio, les ofrecía mundos fastuosos, tan bellos y desconcertantes como un grabado de Escher, en los que yo me empeñaba en discernir sus cuitas y secretos.

Coleccionaba esperpentos: de la precaria vida de los encendedores a los inmolados hijos de Goebbels, del inexistente arte del terremoto a la balbuceante literatura marina en español, aunque fue en la brevedad donde alcanzó la grandeza. No es el cariño el que me lleva a afirmar que fue uno de los mayores cuentistas de nuestro tiempo y ansío que su portentosa *Micropedia* —la orgánica reunión de sus relatos—, que debiera convertirse en un clásico instantáneo, encuentre la miríada de lectores que, en contra de las cábalas de su autor, quedarán trastocados con sus páginas. La única inmortalidad posible se halla, estoy seguro, en la memoria de quienes nos han amado: la vida se ha tornado más fría y siniestra con su ausencia, de modo que me dispongo a releer a Nacho para imaginar, en los entresijos de sus libros, aquellos otros universos donde aún podríamos encontrarnos •

Los grandes dones de Ignacio Padilla

ANA GARCÍA BERGUA

Texto leído en la sesión dedicada a Ignacio Padilla del ciclo «Protagonistas de la Literatura Mexicana», el 2 de agosto de 2016, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. Lo publico como un homenaje al querido amigo y al gran escritor que perdió la vida de manera trágica, dejándonos tantos buenos libros y el privilegio de haber podido disfrutar su bonhomía y generosidad.

Conocí a Ignacio Padilla en Veracruz, en el año de 1992, fecha que ya se siente bastante lejana a estas alturas. Formábamos parte de la tercera generación que recibía la beca para Jóvenes Creadores que el FONCA sigue otorgando en nuestros días, venturosamente, y que representa para quienes la gozan no sólo un apoyo para dar los primeros pasos en cualquiera de las artes, sino también un espacio para conocer a sus pares, a sus hermanos de pinceles o de letras, entre otras cosas. En ese encuentro, en el que cada grupo de los que pertenecíamos a las distintas disciplinas «tallereábamos» nuestras obras con tutores exigentes —ese año nuestra guía era Silvia Molina, atenta, detallista, cuestionadora, y entre nuestros compañeros se encontraban los admirados Rosa Beltrán y Roberto Ransom—, escuché al muy joven Nacho Padilla leer el borrador de su primera novela, *La catedral de los ahogados*, y me maravillaron la naturalidad con que su escritura asumía la tradición del relato fantástico y de aventuras —teñido, como lo estaban muchas de nuestras primeras obras, por la influencia inevitable de García Márquez y el realismo mágico— y su capacidad para llevarla adelante sin miedo ni complejos, como

quien se asume continuador de una larga historia común y sabe que no le resta más que ocupar su lugar.

Ha pasado ya bastante agua bajo el puente, como dicen, y a lo largo de este tiempo el aliento y la ambición narrativa que me impresionaron en aquellos años más o menos juveniles han creado una obra sólida y original en la narrativa mexicana, sustentada en las mejores razones que, desde hace siglos, desde la *Ilíada* y el *Quijote* y Melville y Stevenson y Borges y García Márquez, tenemos los seres humanos para escribir y leer novelas: descubrir, aventurarnos por mundos fantásticos y ajenos, maravillarnos por las pequeñas y enormes realidades, por el mundo de lo imaginario y el prodigio de poderlo contar. Montado en esta corriente, que a mi modo de ver es, de la prosa, la más pura, la más noble y la más difícil de todas, Ignacio Padilla no sólo ha escrito muchos libros, entre novelas, cuentos y ensayos que indagan en la fantasía, la política, el alma humana y los objetos cotidianos —he de decir que soy admiradora de sus ensayos reunidos en *La vida íntima de los encendedores*—; es necesario decir, por la profusión de ellos, que ha ganado muchos premios. También ha ocupado tremendos cargos llenos de honores, y además, junto con sus amigos Volpi, Palou, Urroz, Herrasti y Chávez Castañeda, formó un grupo que en sí mismo es otra obra literaria, una serie de libros que como cajas chinas van formando un gran libro que se puede llamar *El Crack*. El Crack, como su nombre daría a pensar, no sólo ha hecho bastante ruido en el medio literario de México, sino que todavía da pie a airadas discusiones, lo cual, independientemente de razones y sinrazones, es siempre síntoma de gran salud, una novela o una historia que, pienso yo, no se ha terminado de escribir. Y sé que, de ese grupo, Ignacio Padilla es el más querido y admirado por su afán puro e inagotable de hacer, ante todo, literatura. Su figura no es la del intelectual sumergido en las preguntas de su tiempo, sino la de quien sabe que, a fin de cuentas, las respuestas se encuentran en el hombre mismo y su larga historia. Más un Alfonso Reyes que un Paz.

Yo, como cuando lo conocí, sigo admirada de ver a Nacho hacer tantas cosas, ese empeño caudaloso que por supuesto celebro con gran alegría junto con todos ustedes esta noche, y continuó preguntándome a estas alturas de dónde ha sacado la energía para lograrlas todas tan bien, a lo que por épocas me respondo que quizá

Nacho tiene muchos dobles —aunque por supuesto que no son nazis, como los personajes de su celebrada novela *Amphitryon*—, o bien que es sherpa o dragón, que ha logrado ingresar a la gruta del Toscano y conoce los círculos del infierno dantesco, de los que siempre regresará con noticias, o que en cualquier café en el que nos hallemos distraídos fumando un cigarro, Nacho se encontrará, fantasmal, preguntándose por los ya mencionados encendedores o por androides, gatos y quimeras. De todas sus incursiones, tanto en lo enorme y lo fantástico como en lo más pequeño y cotidiano, extrae una fuerza como la del Borges más ciego y fantástico, gracias a la cual nos concede el privilegio de su imaginación.

De vez en cuando, como hoy, Nacho y yo coincidimos en el tiempo y el espacio de la vida o la escritura, y entonces él me obsequia con generosidad alguno de sus libros. El último, que disfruté enormemente, fue uno que desde el mismo título anuncia su filiación profantástica y la afición del autor por las quimeras: *Las fauces del abismo*. Pero no trata de dragones ni de fieras, sino de animales pequeños tras cuyas fauces habita el misterio, desde las tortugas *kaní*, cuyo caparazón marcado con una cruz se encontraría en el origen del brillo deslumbrante de los espejos venecianos, hasta los terribles lúmenes que devoran la luz, pasando por el *qnvar*, la araña que priva a los hombres de la memoria, o la refutación a la fealdad de los animales americanos alimentada por el filósofo Villiers. En estas narraciones, Ignacio Padilla da rienda suelta a sus grandes dotes de estilista, pues su prosa, gustosa del disfraz antiguo, cervantino, europeo, mexicano u oriental, domina una gran variedad de registros, de modo que una parte de lo que maravilla al lector son las historias fantásticas detrás de estos seres, y la otra es la riqueza con que están contadas, como ocurre, por lo demás, con sus otros libros, que, ya lo dije, son múltiples e inagotables, entre narrativa y ensayo.

Creo que después de este libro de cuentos, Nacho ya publicó otro y otro, pues así es de prolífico; me pregunto de cuál caverna o mar surgirán nuevas narraciones y cuántas generaciones de lectores, niños y adultos, pues es también maestro consumado de narrativa infantil, agotarán su disfrute. Yo, por lo pronto, me congratulo de poderlo leer y acompañar como en este momento, junto con todos ustedes.

Gracias, querido Nacho, por todos tus libros •

El rey secreto

LUIS JORGE BOONE

Ignacio Padilla (Ciudad de México, 1968-Querétaro, 2016) poseía una imaginación inagotable, única en el panorama literario que le tocó habitar y construir. En cada novela, libro infantil, ensayo y cuento, ofreció una experiencia distinta a todo lo anterior suyo. A esa búsqueda de renovación del asombro se le sumaba una serie de intereses formales y temáticos que funcionaban como contrapeso ante el riesgo de la dispersión. Su escritura es cercana a la de Jorge Luis Borges en más de un sentido: el cuidadoso burilado de su prosa, el cálculo milimétrico de sus tramas, la multiplicidad y abundancia de sus referencias (amalgama de saberes inventados y reales) y, desde la perspectiva de conjunto de sus libros, por esa aspiración que rebasa a la de construir una región literaria y que —dada la vastedad de su proyecto— delinea la geografía entera de un continente.

Con el cuentario *Las antípodas y el siglo* (2001) empezó el proyecto *Micropedia*, título bajo el que se debe reunir en fecha no demasiado lejana el conjunto de su narrativa breve. En la bibliografía reciente del autor en este género, a este libro se le suman *El androide y las quimeras* (2008), *Los reflejos y la escarcha* (2012), *Las fauces del abismo* (2015) e *Inéditos y extraviados* (2016). Padilla publicó, en antologías, a modo de adelantos de libros futuros o en publicaciones de tiraje limitado, ciertos textos —la mayoría en versiones distintas— que terminarían en alguno de estos títulos, que constituyen la sección principal de su obra como cuentista.

Padilla, luego de iniciar su carrera como escritor con el libro de cuentos *Subterráneos* (1990) y de continuar en el género con *Trenes de humo al bajoalfombra* (1993), no tarda en dar el salto a los géneros

de la novela y el ensayo, y en empezar a cosechar una serie de premios, de sobra merecidos, que reconocieron la calidad de una escritura pulcra y erudita, apasionada e imaginativa. Su incursión en la literatura infantil llegaría un poco después, con la publicación de *Los papeles del dragón típico* (2001), libro que tardó algunos años en encontrar su ruta editorial.

Si bien pareciera que la novela ocupó más las horas de escritura que cualquier otro género (quizá discutidas con el ensayo) durante el periodo que va del 2000 al 2006 —en el que su obra ganó definitivamente presencia internacional, con el premio Primavera de Novela que obtuvo por *Espiral de artillería*—, fue en 2008 cuando el autor retomaría la publicación más constante de sus libros de cuentos, y los lectores del género podríamos atestiguar la maestría del autor, su dominio de la forma, y sobre todo la dedicación y la inventiva con las que construía cada frase, cada estructura.

Así, Ignacio Padilla nos dejó una narrativa breve cuya riqueza se verifica en la lectura y nos permite conjeturar reediciones de sus obras que hoy no circulan como deberían, acaso alguna edición de obras completas que los recoja y ordene, e incluya los inéditos que quizá haya dejado el autor preparados para su publicación. En tanto, vale la pena repasar las últimas estaciones que, hasta hoy, tiene la cuentística de Ignacio Padilla, y seguir descubriendo sus posibilidades, sus historias y la potencia de la voluntad creadora que las soñó para nosotros, sus lectores.

Extrañas formas de vida

Las fauces del abismo recurre al recurso narrativo del bestiario, y lo hace driblando con maestría cada una de las trampas que ofrece. En manos de un narrador menos hábil la propuesta podría volverse secuencial, repetitiva, o malograrse en la tensión y los universos individuales, pues algunas de estas colecciones zoológicas se contentan con describir apariencias y rehúyen la narración. Pero esto no sucede en los cuentos de Ignacio Padilla. Al tiempo que se construye cada pieza con el esqueleto de la historia y sus intrigas, se descubre, a través de las presencias animales, la esencia humana, sus abismos y alturas, sus conflictos y resplandores.

Este libro se compone de nueve piezas que resultan impecables por separado, pero que al mismo tiempo se potencian y forman

parte de un diseño mayor: el de un museo que alberga extrañas formas de vida, nacidas de la superstición, la hechicería, el mito, la prehistoria y todas esas regiones del conocimiento humano en las que la luz de la razón se descubre incapacitada para guiarnos.

En «Animalia de espejos» conocemos a seres que son el ingrediente secreto de una industria tan valiosa que es cuidada con celo y sangre por sus artífices. En «Cornelius Max pinta macacos», un artista solitario descubre, para bien y para mal, la humanidad que hay en los primates con los que comparte su vida. En «Tres arañas y una cuarta improbable», un estudioso conjetura la imposible genealogía de una criatura cuya ponzoña está constituida de olvido y memoria.

Mención aparte merece el cuento «*Post lucem spero tenebras*», donde el ser fantástico a rastrear es la oscuridad misma. Ésta es, a mi juicio, la pieza más inquietante e imaginativa del libro, y uno de los mejores cuentos de Ignacio Padilla.

Un elemento activo en las ficciones de Padilla es el lenguaje. Armado con los recursos de la crónica histórica, o experimentando con el pastiche de textos de saberes antiguos, a la concisión que precisa el género breve se le unen siempre la riqueza, la plasticidad y el ritmo impecable con que avanzan sus historias. Es la suya una escritura inteligente que se pasea entre registros e intenciones.

Padilla, con estos cuentos, se coronó decano del cuento fantástico en nuestro país. Las formas de vida que recrea en su ficción son las más extrañas y alucinantes. En los cuentarios *El androide y las quimeras* y *Los reflejos y la escarcha*, el centro era también lo humano y lo monstruoso, pues la identidad del hombre se compone de ambas naturalezas.

¿Última estación?

Como lectores, hay dos momentos que nos marcan a la hora de conocer y seguir el rastro literario de un autor. En el continuo de nuestra inmersión en una obra determinada, así como un debut literario sienta las bases para lo que puede ser una devoción y una compañía para la vida, el primer libro que leemos en ausencia del autor, cuando la muerte ha cortado de forma arterial el pulso de las letras, marca también un momento relevante. La escritura se ha detenido. Pensamos con esperanza y melancolía en manuscritos póstumos, en una nueva oportunidad de explorar el universo ficcional que ha sido, en la superficie de la vida real, cancelado.

Sus lectores podemos imaginarlo: la muerte sorprendió a Ignacio Padilla con cientos de planes, bosquejos, manuscritos, proyectos, versiones de libros y títulos casi terminados entre manos. El último libro que, según sabemos hasta hoy, entregó a imprenta es *Inéditos y extraviados*, colección de avatares narrativos que remiten a esa forma de brevedad que acostumbraba escribir Ignacio Padilla, así como nuevamente al bestiario, y que constituye una suerte de coda a su libro anterior.

La primera parte, «Todos los trenes», recoge veinticinco piezas tituladas sólo con el número que le corresponde en la progresión. Así, el autor nos ahorra cualquier pista o norte que nos permita adelantarnos un poco, apenas lo suficiente para no entrar en blanco a la ficción. Sucede que, después de leer algunos de estos cuentos, uno puede caer en la tentación de ponerles un título personal. ¿Sería ésa una posibilidad en la que pensó el autor? El ejercicio resulta placentero, completar un dibujo adrede inconcluso, llenar un espacio con tus propias palabras a partir del discurso ajeno.

Las tramas parten de los clásicos, prosiguen historias conocidas justo donde deberíamos encontrar el punto final, abundan en circunstancias y hechos que abandonan su marginalidad, replantean asuntos que la economía narrativa pasó por alto pero que podrían cambiar las historias que ya conocemos. ¿Cómo puede el Minotauro, cansado del acoso de los héroes, mudarse y empezar un nuevo reino de terror en otra isla? ¿La lealtad de un espadachín hacia su reina debe llegar a la traición, para ser completa? ¿Qué tanta inteligencia puede poseer un conocido monstruo fabricado con partes humanas? Un método de enseñanza para impostores, un hombre que fabrica una finca de retiro en su diminuto departamento, un dragón que busca salvarse del olvido. A cada tema, a cada motivo, el autor le da una vuelta de tuerca y le da otro matiz, produciendo la sensación que conocemos y que proviene de los mejores textos de Ignacio Padilla: lo conocido se vuelve irreal, lo cercano se vuelve, de nuevo, inédito.

La segunda parte es «Extravío de lo volátil», compuesta por tres cuentos que bien podrían aparecer en la anterior colección, protagonizados por reliquias de santos, dragones, hombres de fe y criadores de palomas, aventureros y aves que son demonios. Con el hilo conductor de la prosa hipnótica del autor, en los cuentos se entrecruzan

la historia de las religiones con las leyendas, los animales alados con los hombres de Dios. La metáfora es precisa: unos y otros, sin importar su naturaleza, sin importar la pureza o impureza de sus intenciones, buscan trascender la existencia terrestre, volcarse al cielo, y cada uno terminará encontrando un sentido a su viaje y sus esfuerzos que resulta imprevisible.

Indicios de un continente

«Quiero que mis cuentos se lean en un futuro, cuando no esté, como mi biografía. A todos los encuadro en lo que llamo *Micropedia*; ése será algún día el nombre de mi obra cuentística». Así habló el escritor, y me parece que no se trata de una declaración improvisada, sino de la conclusión a la que se llega después de años de practicar, amorosa y devotamente, un género tan apegado a la sustancia y a la forma, y al cual el narrador le llamaba «el rey secreto». Padilla mostró siempre una conciencia peculiar: la de su escritura no como una reunión improvisada de libros sueltos, sino como un todo articulado, una colección con centros temáticos y unidad de estilo. En su «Advertencia» a *Inéditos y extraviados*, el escritor comenta: «Se trata acaso de fragmentos de novelas, cuentos u obras teatrales perdidos, o de una sola obra: aquella que infatigablemente vamos escribiendo mientras nos llega la muerte, ese relato pantagruélico que nunca terminaremos y del que todos nuestros textos son solamente atisbos, capítulos, tropezos.»

En «El hacedor», Jorge Luis Borges sintetiza esta aspiración. Un personaje emprende la titánica labor de escribir el mundo y termina escribiéndose a sí mismo: «Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.»

«Quiero que mis cuentos se lean en un futuro,
cuando no esté, como mi biografía. A todos los
encuadro en lo que llamo *Micropedia*; ése será
algún día el nombre de mi obra cuentística».

El autor deja a la libre interpretación del lector la razón de llamar «trenes» a las brevedades que escribía. En otra parte de la misma «Advertencia» a su último libro, aclara: «no aspiran sino a meterme en esos laberintos en compañía de un lector tan ocioso como aguerrido». Los laberintos narrativos que traza Padilla tienen su punto de partida en la tradición de las «breves novelas-río» de Giorgio Manganelli, pasan por los grabados de Escher, y tienen una estación importante en los libros del mexicano, quien nos entrega en este libro su versión de los artefactos literarios: «laberintos, trampantojos, decapitadores y saltimbanquis de la ilusión narrativa, paseantes que abren puertos y ventanas hacia universos en tal medida alrevesados que al final tendrían que resultarnos atterradoramente familiares». Vagones sueltos que componen mil versiones del tren de la escritura. Piezas móviles que arrebatan la imaginación; armables, desmontables. Legos literarios de naturaleza lúdica que componen en sí mismos un viaje.

Esta cualidad, de los cuentos, de los libros, de ser creaciones con vida propia, pero poder pertenecer a un gran fresco narrativo se verifica en quienes hemos recorrido la obra breve del autor. A Padilla le interesaban los aventureros, los inventores, los animales fabulosos, las mentes monstruosas, los seres artificiales, los prodigios, las anomalías. Un pasaje del cuento «*Of Mice and Girls*», incluido en *El androide y las quimeras*, dice: «sentenció que algunos de los horrores más trepidantes nacen de ligerísimas transmutaciones de lo cotidiano [...] La mente nos protege de la realidad, pero el ángulo del horror se encuentra siempre a escasos grados de nuestra rutina, aguardando el momento en que algo o alguien nos empuje de golpe a ver todo desde una dimensión distinta». Ésta bien podría ser la poética de Ignacio Padilla: descubrir las aristas insospechadas de un elemento cotidiano y provocar así que el universo se reacomode.

El universo, entonces, en manos del escritor es un modelo armable. Serie de piezas que esconden en su número infinito un secreto oculto en el mapa de sus visiones. Sus lectores reconocemos, al recorrer sus libros, la mirada, el estilo —rostro del escritor— de quien fraguó la trama. Delineamos la imaginación de Ignacio Padilla y celebramos que su escritura nos lleve al ángulo nuevo, a la dimensión distinta, al continente del asombro •

Bogavante [fragmento] ADRIÁN CURIEL RIVERA

en homenaje a Ignacio Padilla

En Plaza Santa Ana tropiezo por casualidad con José Luis, un amigo mexicano que estudia —con la disciplina de un sargento— un *master* en economía en la universidad Carlos III. Cada vez que coincidimos en algún sitio nos enredamos en unas controversias furibundas, generalmente relativas al papel que han jugado los economistas y los pintores en la historia de las ideas políticas de Occidente (José Luis afirma que los pintores no han desempeñado ninguno, y yo opino que los economistas creen que han desempeñado todos); a la mucha o escasa calidad de la liga de fútbol belga, a la nacionalidad que tendrá el próximo ganador del maratón *de o*, lo que le da un *plus* de surrealismo a nuestra gritería, a quién de los dos tendrá primero el atrevimiento de participar un día en el masoquismo de la carrera pedestre. Pese a todo esto, o precisamente por todo esto, José Luis y yo nos estimamos de verdad. Así que lo invito a tomar una copa con nosotros, a lo que accede gustoso. Para acercarnos hasta donde Nacho y Lili nos hacen señas con las manos, al fondo de La Alemana, es necesario sortear el tropel de clientes, las bandejas que se mecen en el aire cual congregación de guadañas malditas, la descortesía perruna de los camareros —víctimas de un fastidio que se les ha filtrado en los huesos, atravesando sus chaquetas blancas y las corbatas de pajarita—, el amontonamiento de mesas marmóreas y sillas, la estrechez de los pasillos, la sinrazón arquitectónica de unas columnas que salen al paso a la mitad del trayecto, la densidad de los cigarrillos cuyo humo se levanta en la atmósfera como si fuese un solo hombre gris. De cualquier modo, estamos muy

contentos. (¿No se supone que yo debería estar deprimido, habida cuenta de que Laura se ha marchado hace apenas diez días?). Todo va muy bien. Hasta que Nacho, desoyendo los sabios consejos de su esposa, alumbró la idea de pedir un bocadillo de salchicha con mostaza. El frasco parece inofensivo. De plástico, amarillo, dotado con un tapón de seguridad, de esos que se desenroscan poco a poco para que los niños no puedan derramar la salsa. Nacho lo agita con manifiesto entusiasmo e intenta verter la sustancia en la carne gorda y jugosa del embutido, que espera con extraordinaria impavidez en el pan, abierto como una valva de levadura que contuviera en su interior una almeja roja. Le da unos golpecitos, sin fortuna. Sacude el frasco encima de su cabeza. Estrella la base contra las rodillas. Y aquí va de nuevo. Una bomba turbia nos estalla en plena cara, a los cuatro. De pronto nos vemos cubiertos, desde la coronilla hasta los pies, con un traje a la vez pegajoso y escurridizo, de una espesura untuosa y parda. Mis gafas, el suéter azul de José Luis, la nariz de Lili, los bucles renacentistas de Nacho. Y hay más. Las paredes de madera, la cazadora de mezclilla del vecino de asiento. En La Alemana se hace un silencio de patíbulo. La concurrencia entera gira sobre sus sillas o sobre sus talones para contemplarnos con todo detenimiento. Aplausos. Carcajadas. El resurgimiento de la felicidad senil en el rostro de nuestro camarero, que para darnos las gracias nos hace llegar por los aires un trapo sucio y tieso. El murmullo de las múltiples conversaciones vuelve a adquirir el sordo volumen de siempre. Y nosotros cuatro registramos en los archivos de nuestras vidas el acto fundacional del Club de la Mostaza, del cual somos involuntarios socios honorarios y cuyo presidente vitalicio, para qué decirlo, por votación unánime, es Nacho.

Compartí con Ignacio Padilla muchas cosas, como lo ocurrido en este episodio que muestra no sólo al Nacho escritor sino al Nacho personaje, y cuya evocación tanta risa le daba. Lo conocí cuando escribía sus precoces notas literarias en su columna «El baúl de los cadáveres» del suplemento sábado de unomásuno. A lo largo de nuestro viaje hablamos mucho sobre la literatura y la vida, compartimos vivencias, disentimos sobre autores y estéticas. Fuimos, en suma, en muchos tramos de la ruta, grandes compañeros •

Fotografía con tren fantasma.

Ignacio Padilla (1968-2016)

ERNESTO LUMBRERAS

para Enzia y Pedro

Durante su gestión al frente de la editorial de la Universidad Iberoamericana, Ignacio Padilla publicó a dos amigos comunes, viejos amigos de los días de la caída del Muro de Berlín: Enzia Verduchi, *40 grados a la sombra* (2013), y Armando Oviedo, *Manzanas de Sodoma* (2013). Esas bellas y bien cuidadas ediciones me hicieron recordar aquellos meses finales de 1989, cuando las trompetas de la Historia anunciaban el final y el comienzo de una época. Posiblemente Oviedo fue quien me presentó a Nacho, dado que ambos formaban parte de la infantería de reseñistas del suplemento cultural *sábado* del diario *unomásuno*, capitaneado por Huberto Batis; al poco tiempo de conocernos, resultó relativamente fácil fraternizar con otros novísimos escritores con sueños muy parecidos, entre otros, el de publicar nuestro primer libro. La precocidad de Padilla, su kilometraje de lecturas y de práctica escritural, superaba con mucho a la que teníamos sus contemporáneos; por eso mismo, no nos sorprendió que en 1990 apareciera *Subterráneos*, volumen de cuentos publicado por la editorial Castillo, mérito de haber obtenido el Premio de la Juventud Alfonso Reyes; por coincidencia de ese galardón, Nacho nos pondría en contacto con Jorge Fernández Granados, quien había obtenido el mismo premio, en la rama de poesía, con su primer libro, *La música de las esferas*.

Más o menos por esos días comenzamos a reunirnos en una suerte de tertulia en el Café Trevi, en los márgenes de la Alameda Central, donde, con desenfado y complicidad, leíamos nuestros primerísimos

textos; a ese enclave citadino, que permanece todavía de milagro, asistíamos ciertos viernes Armando Oviedo, Pedro Guzmán, Joel Mendoza, Jesús Quintero, Enzia cuando venía de Campeche, Nacho Padilla y otros menos constantes que los cometas. De todos los contertulios, por lo anotado a su favor, Padilla era un escritor con todas sus letras; además, había sido becario del INBA en narrativa bajo la tutoría de Ignacio Trejo Fuentes, antes de la existencia del FONCA, y sobrevivido en Suazilandia a una falsa acusación de terrorista mientras estaba de intercambio académico en sus años preparatorianos.

En el arranque de la década de los noventa, la vida literaria en la Ciudad de México poseía bullicio y garbo. Con varios de los mencionados acudí a lecturas de poesía de Alberti, Paz y Bonifaz Nuño, a conferencias de Pacheco y Elizondo en El Colegio Nacional. O a las presentaciones de *Cuaderno imaginario*, de Guillermo Samperio, y a la de *Una introducción a Octavio Paz*, de Alberto Ruy Sánchez. Recuerdo que Nacho aún no concluía sus estudios de Comunicación en la Ibero, pero tenía ya en mente salir del país lo más pronto posible; en esos días de «detectives salvajes» hicimos el periplo a Malinalco, en 1991, para recoger ejemplares de las *plaquettes* que Luis Mario Schneider publicó a dos de nuestros amigos y cófrades, *Las maneras del mundo*, de Pedro Guzmán, y *Trenes de humo al bajoalfombra*, de Padilla, ambos títulos convertidos ahora en joyas bibliográficas.

La foto grupal tomada por Alberto Tovalín en las vías del tren de Cuernavaca, que circuló en Facebook a partir de la fatal noticia, es de aquel año de 1991; nos habíamos reunido previamente en la casa de Lomas Virreyes de Fernández Granados, otro amigo de correrías de aquel periodo, y luego nos fuimos caminando —bajo la capitanía de Guillermo Fernández— hacia ese paraje ferroviario hoy desaparecido. Vuelvo a ver ese retrato generacional que se reunió, con otras fotografías de Tovalín, en el catálogo *Los conjurados* (2008), publicado por la Coordinación Nacional de Literatura del INBA. Y allí observo, el tercero de la fila, a un sonriente Nacho Padilla, con barba y pelo rizado, lentes de aro disimulando sus pestañas de querube, sus dedos pulgares en los bolsillos del pantalón, como un pistolero del Viejo Oeste que renuncia a todas luces a desenfundar su Colt Dragoon y nos llama al interior del *saloon* para invitar copas para todos. Lejos de esnobismos y rigideces protocolarias, nuestro amigo no batallaba para declarar simpatía y admiración, incluso, entre sus coetáneos; de

trato siempre jovial y espontáneo, hizo química rápidamente cuando lo presenté con Eugenio Partida y Mauricio Montiel Figueiras, dos escritores jaliscienses con los que tuvo trato en aquellos amaneceres literarios.

Por esos meses comenzó a escribir su novela *La catedral de los ahogados* (1995), que habría de publicarse, cuatro años después, en Difusión Cultural de la UAM durante la gestión de Bernardo Ruiz. Para entonces ya era el editor de *Playboy* México y comenzó a ganar todos los premios de novela, ensayo, cuento, teatro y literatura infantil a que se presentaba. Como yo trabajaba en la «Metro», cuando Nacho nos visitaba para revisar las pruebas de su novela o entregar una colaboración para *Casa del Tiempo*, planeábamos comer en la Cantina Don Quijote de la esquina de Puebla y Oaxaca, destino premonitorio de una de sus grandes pasiones: la novela cumbre de Cervantes que lo acompañó por las carreteras de México en versión de audiolibro. En aquella época era un lector voraz y curioso, especialmente de novedades editoriales que todavía no se publicaban en español y que reseñaba en su columna «El baúl de los cadáveres», del citado suplemento *sábado*: Saramago, Coetzee, Manganelli, Esterházy, Barnes, Lispector, Otes, Lobo Antunes...

Cinco años después, Nacho se fue a Escocia a continuar sus estudios; luego vino el Crack y su rápido reconocimiento literario con la publicación de *Amphitryon* (2000). Aunque dejamos de vernos y procurarnos, todas las veces que coincidimos el amigo de andanzas se mostró cálido y nostálgico de aquellos ayer de artistas adolescentes. En alguna ocasión nos encontramos en Lima, en un festival literario donde coincidíamos poetas y narradores de lengua española nacidos en la década de los sesenta; con orgullo fraterno, me dio gusto presenciar la admiración que le profesaron otros escritores: Marcos Giralt Torrente, Jorge Franco, Leopoldo Brizuela, incluso Alberto Fuguet, la estrella del encuentro que ese año «saltaba» a la pantalla grande con la película *Tinta roja*, de Francisco Lombardi, basada en su novela homónima. En otro momento nos vimos para comer, con Adriana Díaz Enciso, en un *pub* londinense durante su sufrida etapa de funcionario público como agregado cultural. Nos despedimos en el metro Victoria con cierto temor, pues una semana antes, la alianza de la estulticia planetaria Bush-Blair-Aznar había lanzado las primeras ofensivas contra Irak y se respiraba tensión por

una posible e inmediata respuesta terrorista que, como sabemos, llegaría varios meses después.

Aunque no soy lector de novedades narrativas, leí con deleite cómplice *La gruta del toscano* (2006), donde Padilla narra las diversas expediciones europeas al *Infierno* de Dante, una vez que un grupo de alpinistas austrohúngaros descubrieron el amenazante portón pétreo —con la leyenda endecasilábica de *lasciate ogni speranza voi che entrate*— en una zona del Himalaya. Al lado de las novelas *El club Dante*, de Matthew Pearl, y de la desternillante *La ciudad del Gran Rey*, de Óscar Esquivias, que convocan la poesía del gran florentino, esta pieza del narrador mexicano navega en las aguas de la gran literatura fantástica, una verdadera excentricidad en el concierto de la literatura mexicana de la que participan, también, autores como Pablo Soler Frost o Alain-Paul Mallard. Más que corresponder a la tradición fantástica de Kafka o Borges, ahora que leo su libro de relatos *Las antípodas y el siglo*, asocio la aventura narrativa de Padilla en una confluencia de autores disímbolos como Italo Calvino y Joseph Conrad; en esa alquimia de imaginaciones, los viajes reales y mentales de los personajes de las historias del mexicano están tocados por la enfermedad y la conspiración, por el deseo de gloria y de venganza.

Su precipitada e injusta partida nos deja sólo con sus libros, por leer y releer. Al hombre sencillo y siempre divertido y caballeroso, lo vamos a echar mucho de menos. Aunque no dudo que su inventiva excéntrica encuentre un socavón en el más allá —río subterráneo o grieta de un glaciar— y venga a conversar con sus amigos y lectores, de vez en cuando, en la estancia escarchada o vaporosa de nuestros sueños •



Mujer mirando un álbum de Utamaro (*Utamakura, circa 1788*) LEÓN PLASCENCIA NOL

No es lo que existe una sola idea este viento
que entra de la calle de ambos lados

la nube me recuerda tal vez una postal de
Bilbao o Madrás iba a decirlo Ella —vestido

ligero— mira las imágenes se mete la luz
distinta por la ventana que da al norte mi
rostro

en claroscuro no Caravaggio una luz difusa
es el instinto para sobreponerse hay

demasiados perros en el edificio y Ella roza
sus dedos imperceptiblemente el cuerpo

japonés desnudo las telas floridas el *kimono*
los biombos una luz la flor de cerezo

es una flor delicada abre las piernas muestra
sus muslos la brisa es nueva yo soy
nuevo

como una grulla perdida en los arrozales
me gusta Utamaro y tu olor hay
arquitecturas

del lugar vine porque me dijeron que aquí las
piernas abiertas de Ella es mundo tengo

miedo de mí dice después el silencio pero me
gusta mirar la avenida desde este cuarto

piso aquí te espero *chon kiku no tsuyu* leo
despacio *rocío en el crisantemo* como si

todo estuviera dicho el cantinero murió de
un ataque al corazón ya no volví más

a escuchar a Billie Holiday me largo hoy
fue casi mi amigo me dio un disco

lo tengo guardado quise devolvérselo no
me gustaba escuchar esa otra música

Ella es fiebre me gusta le diré monte nevado
lengua muda no tengo hijos Ella

roza sus dedos imperceptiblemente el
cuerpo japonés desnudo mi caligrafía es

un remedo antes de que viniera Ella la
avenida se cubrió de blanco granizos

millones de granizos y una estela blanca pensé
en otro país no hay premura no tengas

miedo le digo me abraza «el mundo es un
texto de variadas significaciones y se pasa

de una a otra mediante un trabajo un trabajo
en el que el cuerpo siempre participa

como cuando aprendemos el alfabeto de
una lengua extranjera» dice Simone no

existe un lugar tan claro Ella desnuda lo
recuerdo bien espero que dejen de ladrar

los perros ayer vi al vecino mordió los pezones
de su amiga fue rápido un relámpago

son demasiados los ruidos del amor
Utamaro dice su rostro tiene la dulzura

de una *kisaeng* voy a construir un jardín con
los restos algo se escondió en su interior

algo distinto algo imposible lo encontré dice
Ella la flor de cerezo yo estuve enfermo

hay caballos y paisaje mi *katana* es una grulla
yo soy una grulla y Ella es mi extranjera

el viento ondea las cortinas nada tiene forma
sólo la mirada de Ella mientras entro

despacio es un tabachín lo que me recuerda
Utamaro en su regazo Ella lanzó

un pedazo de carne come despacio no me
gusta la cebolla pero puedes agregarle

mostaza el paisaje es como el vuelo de la
grulla mi memoria sabe el tren iba veloz

y pasaban en silencio los arrozales me temo
que Ella no sabe lo que es un ticús pero

aprieta mi cintura con sus manos entro
despacio algo se perdió pero estoy aquí.

Musofobia

JORGE GUTIÉRREZ REYNA

*...doméstico cuadrúpedo,
que en bulto poco suma inquietud suma*
FRANCISCO DE CASTRO

No sé si piramidal pero funesta
la noche escala
por la palimpséstica arquitectura
de la Ciudad de México.
Las mugrientas plantas de sus pies
se afianzan sobre las cabezas
de los ídolos antiguos, sus garras
se aferran al follaje
de piedra de los retablos y asoma
su atezado ceño desde la punta
de acero y vidrio de la Torre Mayor.
No acecha la lechuza por los campanarios
ni ulula el tecolote ni el chillido
del murciélago tienta los contornos de la sombra.
Bullen las ratas,
los 45 millones de ratas
que plagan el Distrito Federal.
No te confíes:
de noche en los oscuros
lejos de la calle
cualquier protuberancia
del concreto, cualquier basura
amotinada o algún calzón
en el piso cubierto de lodo

son sospechosos de ser una rata.
Antes de cruzar los callejones
de faroles tuertos,
aplaude, zapatea,
aunque la gente piense que estás loco.
Las ratas se espantan con el ruido.
(Cuando una rata anidó
en las entrañas de la lavadora,
papá golpeaba las cazuelas
de la cocina con el cucharón
antes de salir a la lavandería
para no verle sus ojitos
como cabezas de alfileres).
Ratídica, funesta,
la noche escala por la Ciudad de México.
La rata todo en fin lo posee,
todo en fin los roedores lo ocupan.
Hunden sus dientes en la piel
del jitomate que comprarás
por la mañana en el mercado.

Musofobia:
dícese de la fobia
a las ratas, los ratones
y otros roedores varios. *Musofobia*²:
dícese de la fobia que padezco,
del asco a las ratas que pululan
en el drenaje debajo de nuestros pies
y que de pronto por las noches
me salen al paso en los senderos
de los parques, me hacen
dar un brinco y correr
con el corazón tamborileando.
(La encontré en un terreno baldío:
una caja de cartón
con unas criaturitas rosadas
como trozos de tocino
retorciéndose en el sartén. Pobres.
¡Son ratas!, gritó papá,
cuando la compasión de mis siete años
se las puso enfrente.

Aventé la caja al aire
y supe que el pavor era un tropel
de ratas alborotadas que te trepan
desde el estómago y se arremolinan
amontonadas en el pecho.
Encima del pavimento caliente
quedaron friéndose las crías de rata).

Rattus norvegicus:

especie de roedor distribuido
por todos los continentes, excepto en los polos;
rata parda, rata de alcantarilla,
rata noruega son algunos
de sus nombres comunes.

Rata:

voz que plaga por igual
a todas las lenguas romances.
Etimología completamente oscura:
la palabra rata no tiene madre,
palabra que no vino de ningún lado.

Las ratas, en cambio, vinieron de Europa,
escondidas en los barriles de los barcos
junto con estas palabras que ahora escribo.
Salían por debajo de las sotanas
pardas de los monjes las ratas pardas
y por las rendijas
de la armadura de bronce del soldado.
«Fiebre de 38,
orín verde, dolor del corazón,
una lengua negra y seca,
una lengua que hace poco
sonaba como el agua
y que ahora sólo sirve
para nombrar la peste:
Cocolitzin, cocolitzin,
tiene usted *cocolitzin*.
No hay remedio, su cuerpo de indio
irá a sumarse a los miles
de cuerpos de indios amontonados
en el patio del hospital
y se lo comerán las ratas».

(La rata de la lavandería
no se comía los pedazos
de queso raticida
que dejábamos en los rincones.
Las ratas no se comen lo que sea.
La más vieja del grupo
cata la nueva comida y si no muere,
sólo si no se muere,
las demás se abalanzan sobre el festín.
Aquella rata de la lavandería
no era un bulto poco:
era una rattus maximus.
De noche la escuchaba roer
los cables de la lavadora,
correr de un lado para otro.
Entraba, de veras, por debajo
de la puerta, trepaba
hasta mi cama, subía
por mis piernas aferrándose
con sus garras diminutas.
Se metía en mi boca y yo probaba
sus plastas amargas de pelo pardo
mientras devoraba mi lengua).

Sor Juana nunca escribió
la palabra rata, ni una vez:
era musofóbica.
Las ratas un mal día
plagaron el convento.
Corrían entre las piernas temblorosas
de la Décima Musa
y ella se levantaba el hábito,
de un brinco se trepaba en una silla.
«¡Baste ya de roedores, priora, baste!»,
gritaba la desdichada
a su incompetente superiora,
mientras espantaba con la escoba
a las ratas que cruzaban por las páginas
de sus libros abiertos y escribían
renglones nuevos con sus patitas mugrientas:
«En el principio fuimos las ratas,

y las ratas trajimos las pulgas
 y las pulgas defecaron sobre la piel
 de sor Juana y sor Juana se rascó
 y el tifus entró por las heridas abiertas
 y se murió de la peste.
 Las ratas matamos a sor Juana».
 (La rata de la lavandería
 no se comió nunca el queso envenenado.
 Un día dejamos de escucharla
 y pensamos que al fin se había ido.
 Pero empezó a apestar.
 Papá sacó a pedazos
 de las entrañas de la lavadora
 una rata que se había atorado en el motor
 y se había podrido de hambre).

Sopla la Musa y las palabras
 se me van escurriendo de los dedos.
 Se me acelera el corazón y voy a tientas
 por esta noche de tinta
 ratídica, funesta.
 Me aterra que se me escape
 un verso sordo con acento en quinta,
 una rima,
 una anécdota irrelevante...
 y recuerdo que sor Juana nunca,
 nunca escribió rata con su mano de monja.
 Me aterra escribir estas palabras,
 delinearlas negramente,
 estas palabras traídas
 a bordo de los barcos españoles.
 Palabras para componer *Primeros sueños*,
 palabras para nombrar a las ratas.
*Musofobia*³:
 Dícese del miedo a la Musa,
 del miedo a que el papel
 se llene de pronto de palabras,
 palabrratas
 que corren en tropel sobre la página.

Luis González de Alba: conversar la ciencia

JUAN NEPOTE

CON LA MUERTE de Luis González de Alba (1944-2016) concluyó un estilo particular de ejercer el periodismo científico en México: diverso y lúcido, apasionado y riguroso, interesado en los datos, en la novedad del resultado pero también en sus significados; instalado en la curiosidad genuina y siempre desde la orilla —lejos de las instituciones y los espacios académicos formales—, constante: si los lunes ensayaba el periodismo de opinión política, cada domingo lo dedicaba a la ciencia; insistente y desafiante, terco y tajante. Exigente, consigo mismo y aun más con los otros, hasta la persecución, González de Alba gozaba de esa rara virtud con la que Fernando Savater se describe: «yo entiendo a los que no entienden».

Su abuelo había nacido en Tepatitlán, Jalisco, pero ciertas circunstancias lo llevaron a un exilio en el pueblo minero de Charcas, cercano a Real de Catorce, en San Luis Potosí. Vencido por la nostalgia, allá estableció el Hotel Jalisco. Y allá también nació Luis González de Alba, aunque hacia los nueve o diez años de edad se mudó a Guadalajara con toda su familia. Acá fue, según le dijo alguna vez a Teresa Zerón-Medina Laris («Luis González de Alba, de perfil», *Nexos*, 1 de diciembre de 2013), donde un mal maestro de preparatoria lo disuadió de estudiar «astronomía o física» por la cantidad de matemáticas que él sería incapaz de entender. Al final decidió ir a la Ciudad de México —toda su vida fue un viajero en movimiento constante y a velocidad variable— para ingresar a la Facultad de Psicología de la UNAM; ahí participó en las reuniones de los estudiantes de varias universidades públicas con exigencias para el gobierno y encabezó el Comité Nacional de Huelga, para terminar aprehendido en Tlatelolco durante el mitin del 2 de octubre de 1968 y habitar la prisión de Lecumberri cientos de días con sus noches. En la cárcel descubrió o recordó las infinitas posibilidades

de la escritura: aún en Lecumberri pergeñó su primera novela, *Los días y los años*; quizás entonces vislumbró otra manera de regresar a su gusto por la ciencia mientras devoraba libros alimentando su fascinación por la cultura helénica. Al fin comprendía la cadencia del cálculo diferencial, aprendía el idioma hebreo.

Ya lejos de la prisión, después de algunos viajes, González de Alba formó parte del colectivo que el 19 de septiembre de 1984 parió y puso en circulación el diario *La Jornada*, entre cuyas páginas pronto apareció «La ciencia en la calle», una columna semanal para conversar de ciencia, donde lo mismo hablaba de trufas y salsa bearnesa que de terremotos o del infinito. En aquel momento no había espacios significativos dedicados a la ciencia de manera permanente en los diarios mexicanos, aunque el 15 de junio de 1978 se había formalizado ante notario público el nacimiento de la Asociación Mexicana de Periodismo Científico, A. C., impulsada por el ingeniero Javier Vega Cisneros, entre otros; poco después del principio de «La ciencia en la calle», en diciembre de 1986, se creó la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica, alrededor de la figura de Luis Estrada (quien murió este 2016, a los ochenta y cuatro años de edad). Pero Luis González de Alba prefirió quedarse al margen de aquellos colectivos. Eligió, primero, los periódicos, una parcela que la incipiente comunidad mexicana de divulgadores de la ciencia no había conquistado; *amateur* en el sentido más amplio del término —Martín Bonfil recuerda a González de Alba con las palabras del químico austriaco Erwin Chargaff: «Si el mundo aún puede salvarse será por los *amateurs* [...] un *amateur* es alguien sin anteojeras [y] en nuestra época, la incapacidad para portar anteojeras es un acto heroico»—, argumentando sus relatos de forma precisa, acudiendo a revistas especializadas y bases de datos científicos en inglés (no confiaba en las traducciones), publicó cientos de artículos en *La Jornada*, hasta que en 1997 lo expulsaron del mismo diario que había ayudado a fundar, a causa de una célebre diatriba en contra de Elena Poniatowska. Continuaría su labor en *unomásuno*, *La Crónica de Hoy* y *Milenio Diario*, entre otras publicaciones periódicas.

Al mismo tiempo que consolidaba una carrera como novelista, probó suerte con un libro de divulgación científica bastante bien recibido entre los lectores (lleva cinco ediciones y su contenido se mantiene vigente): *La ciencia, la calle y otras mentiras* (Cal y Arena, 1989). El resto de su obra relacionada con la ciencia oscila entre lo social y lo natural, de la sexualidad a la física moderna: *Bases biológicas de la bisexualidad* (Katún, 1985), *El burro*

de Sancho y el gato de Schrödinger: un paseo al trote por cien años de física cuántica y su inesperada relación con la conciencia (Paidós, 2000), *La orientación sexual: reflexiones sobre la bisexualidad originaria y la homosexualidad* (Paidós, 2003), *Niño o niña. Las diferencias sexuales* (Cal y Arena, 2006), *Maravillas y misterios de la física cuántica: un paseo por la física del siglo XX y su inesperada relación con la conciencia* (Cal y Arena, 2010). En el camino consiguió el primer permiso para instalar un bar *gay* en la Ciudad de México, El Taller («Hay millones de hombres guapos; a algunos los podrás conocer en El Taller»; otra versión: «El mundo está lleno de hombres guapos; hay algunos que nunca conocerás, pero hay algunos que podrás conocer en El Taller»), con *strippers* que habían llegado desde Nueva York, y también con humor e información: en el mismo bar instauró un ciclo de conferencias de divulgación, *Los martes de El Taller*, que se alternaban con música electrónica bien escogida.

Luego, en 1997, González de Alba obtuvo el Premio Nacional de Periodismo, justamente por su trabajo en divulgación científica, actuando siempre al margen de las instituciones, desde una soledad que él mismo se impuso. En *La orientación sexual* escribe: «No solicité ni recibí beca alguna de instituciones culturales para trabajar. Pude entregarme a redactarlo y darle fin en pocos meses gracias a mis bares *gays*, perseguidos y clausurados con ferocidad», y en *El burro de Sancho y el gato de Schrödinger*: «No agradezco a institución alguna, científica o cultural, ni el menor apoyo. Ni siquiera, vaya, el permiso para usar una buena biblioteca. Me basé en la mía, en mis colecciones personales y pagadas año con año de *Science*, *The Sciences*, *Scientific American* y mi magnífica *Encyclopædia Britannica*, así como en la dotación de libros de física que he acumulado por el simple placer de leerlos y que nadie me ha ayudado a comprar y, peor aún, ni siquiera a conversarlos».

Alegre y regañón, Luis González de Alba se ocupó de instigar, desde la lectura, la conversación asombrada y razonada en un país desdeñoso, en apariencia, hacia la cultura científica.

ÉSTE NO ES LUGAR PARA LA CIENCIA

A pesar de que no solemos poner atención en ello, las relaciones entre ciencia y literatura son igual de antiguas que intensas: Goethe se obsesionó tanto con la óptica que se lanzó en un disparateo combate en contra de Newton acerca de la naturaleza de la luz; Lichtenberg, padre de los aforismos —el ingenio empacado en breves dosis—, también fue precursor de la física experimental en Alemania; Charles Darwin sabía moldear la prosa

inglesa con tal habilidad que por muchos años sus libros de viaje fueron los más vendidos en las librerías de Inglaterra; Lewis Carroll trabajaba en problemas de lógica formal durante sus horas claras y con su *otro* nombre: Charles L. Dodgson, mientras que en las oscuras inventaba la fantasía debajo del subsuelo. Chéjov había estudiado medicina, igual que Gertrude Stein. Marguerite Duras se formó como matemática, lo mismo que Yves Bonnefoy. Ernesto Sabato se exilió de la investigación en radiaciones atómicas nucleares para ocuparse de la literatura, así como Thomas Pynchon abandonó la ingeniería física.

Esos *lectores científicos*. Aquellos que no dicen, por ejemplo, las cosas *son*, sino que aciertan al saber que las cosas *parecen ser*. Desde luego Borges y sus ficciones, desde luego Julio Verne y sus intuiciones informadas, pero también las taxonomías descriptivas de Pablo Neruda.

Así, en México Jorge Cuesta recorrió los laberintos de la química, Amado Nervo se entretuvo atisbando los astros en el telescopio y desentensando los resortes de la ciencia ficción, y José Juan Tablada escribió e ilustró un detallado manual de micología. Así, a mediados del siglo pasado, Agustín Yáñez organizó algo que reconoció como «feliz aventura. Una plausible curiosidad crítica, de lucro espiritual»: una consulta para conocer la opinión de veintiocho escritores, profesores y artistas en relación a los autores y los libros fundamentales del momento; Narciso Bassols, Alfonso y Antonio Caso, Antonio Castro Leal, José Gaos, José Luis Martínez, Edmundo O’Gorman, Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Manuel Sandoval Vallarta (físico de profesión), Jesús Silva Herzog, José Vasconcelos, Joaquín Xirau, entre otros. El resultado apareció publicado en *Los autores de nuestra época*, firmado por Agustín Yáñez (Et Caetera, 1957). Sorprende (¿sorprende?) que en las respuestas se reconozca una presencia relevante de la ciencia. No hay un manejo cuidadoso de los datos, pero Yáñez sí incluye una tabla de resultados con los autores más mencionados: Henri Bergson (quince veces), Albert Einstein (doce), Karl Marx (ocho) y Fiódor Dostoievski empatado con Edmund Huserl (ocho)... Un poco más rezagados —pero presentes— aparecen los físicos Max Planck, Louis de Broglie y el químico y bacteriólogo Louis Pasteur. Pero la obra científica más citada es *The Meaning of Relativity*, de Einstein, aunque las menciones de cada participante son vagas en cuanto a la obra del físico alemán, con nueve citas: casi la tercera parte de los entrevistados se refirió a ella. ¿Son las menciones a Albert Einstein (y tal vez a Freud) una pose? ¿Cuánto de auténtico hay en sus respuestas o qué tanta conciencia de que

«la-ciencia-es-importante-y-hay-que-considerarla-por-justicia-y-para-no-verme-mal»? Por ejemplo, Antonio Portuondo (de El Colegio de México) cita la importancia de *Alfred Einstein*.

Pero hay otros comentarios más afortunados: Alfonso Caso —entonces rector de la UNAM— señala a Einstein, Plank (*sic*) y Curie, más *Las investigaciones sobre la rabia* (Pasteur, 1886), junto con Dostoievski, Tolstoi, Ibsen. Y acota: «Aun cuando faltan, sin duda, muchos libros que podrían señalarse como fundamentales para la cultura científica y literaria del individuo, no me ha sido posible pensar más detenidamente sobre este problema, y espero que estas obras que indico sirvan para la encuesta».

Y Alfonso Reyes, gran lector de ciencia, comenta: «Más que libros determinados, obras o nuevos hechos culturales aparecidos en nuestro tiempo: Einstein y la relatividad; Freud y el psicoanálisis; la nueva novelística, representada, por ejemplo, por Proust y Joyce; la vuelta al espiritualismo en filosofía, de que mi generación tuvo la primera noticia en Bergson...».

LA CIENCIA EN LA CALLE

De esos mismos manantiales abrevó Luis González de Alba; lector omnívoro, en sus intervenciones semanales en las páginas de *La Jornada* echó mano de múltiples herramientas culturales hasta alcanzar las metas que Fernando del Río ha identificado como fin último de la divulgación científica: «hacer apreciar y entender la realidad científica a personas que viven inmersas en la realidad cotidiana», esto es: «divulgar la ciencia es recrear la realidad científica con elementos de la realidad cotidiana». En *La ciencia, la calle y otras mentiras* ofrece un recorrido con dos grandes faros para orientar al lector: el tiempo y el conocimiento; los planteamientos filosóficos y científicos alrededor de esos dos conceptos; la cosmología junto con intentos de responder la pregunta: ¿qué ocurre para que sepamos algo? «Mi intención», avisa en las primeras páginas, «fue la de proporcionar al lector horas entretenidas, y no precisamente muchos datos que todos olvidamos pronto. No es éste un libro útil en el sentido en que lo son los textos científicos o los que enseñan alguna técnica, como el cultivo de berenjenas. Saber lo que opinan los cosmólogos sobre la forma del universo durante la primera décima de segundo de su existencia no sirve absolutamente para nada y muy probablemente sea falso; pero puede ser una muy bella experiencia». Los textos son breves, algunos brevísimos, pero justos para construir un ritmo bien concatenado, emocionante, que no suelta al lector, llevándolo por diferentes paisajes, combinando conceptos filosóficos con citas literarias o

relatos de experimentos en laboratorio y entregándole un ejemplo preciso que ayuda a comprender. Modelos del pensamiento, verdad y prueba, un nuevo tipo de preguntas, el que bajó a los infiernos, ¿cómo medir un metro?, ¿qué es conocer?, el mundo es un olvido del espíritu, paradojas del escepticismo, Bach y Vermeer en otoño, el pensamiento y la realidad, la verdad y la belleza, el vacío viviente, Vasconcelos y los andamios, Halley, ciencia de la leche cuajada, hay infinitos más infinitos que otros, la virgen que no es de Guadalupe, la invención de la paternidad, contra la identidad homosexual, el tiempo en los ángeles, la simpleza de Simplicio, espacio y tiempo en la mecánica clásica, el origen del tiempo y del universo... un mosaico bien entrelazado, una miscelánea no exenta de humor, como quien platica de ciencia tomando un café.

CON LA FÍSICA MODERNA HEMOS TOPADO

Alguna vez, el sociólogo mexicano Fernando Escalante Gonzalbo llamó por teléfono a Luis González de Alba para invitarlo a escribir algo en una nueva colección de libros que habría de llamarse *Amateurs*, puesto que los editores sostenían la «sospecha de que la manera más gozosa de acercarse a un tema es ser invitado o seducido por un aficionado, profesional no del tema en cuestión sino de la escritura: por alguien tan atento a lo que dice como a su manera de decirlo». Pero González de Alba rechazó la invitación porque no se le ocurrió ningún tema. Arrepentido, unas horas después le regresó la llamada para proponerle una «historia de cuántica, de 1900, con Planck, al 2000». Así surgió *El burro de Sancho y el gato de Schrödinger*, que dedicó «a los jóvenes que piensan elegir carrera profesional. Deseo que la narración de la aventura seguida por la física en los últimos cien años entusiasme a algunas almas inquietas», así como a «hombres y mujeres que se preguntan qué es el mundo y de qué está hecha la materia, por qué es tan famoso Einstein, quién es Heisenberg y qué preguntas se hacen los físicos por estos años». La clave del libro está en su subtítulo: *un paseo al trote por cien años de física cuántica y su inesperada relación con la conciencia*. González de Alba entrega una historia amena y muy bien documentada, con referencias abundantes y exactas, de los episodios que conformaron una de las hazañas más vertiginosas de la ciencia contemporánea: el desarrollo de la física moderna, de sus personajes y sus quehaceres, los trabajos fundacionales de Max Planck, la zozobra ante el fenómeno que conocían como «la catástrofe ultravioleta», el descubrimiento del *quantum* de energía, el efecto fotoeléctrico, la naturaleza dual de la luz, el éter, el electromagnetismo, la velocidad constante

de la luz, el tiempo, los hoyos negros, las partículas atómicas, el principio de incertidumbre, la antimateria, las variables ocultas, los viajes al pasado, el *quark*, el *gluon*, las fuerzas, los campos, el modelo estándar de la materia, la espuma cuántica, las supercuerdas, el campo de Higgs; un conjunto de actos y acciones con sus personajes que parecen sacados de una novela: Rutherford, Michelson y Morley, Bohr, Einstein, De Broglie, Schrödinger, Heisenberg, Feynman, Dirac...

González de Alba emplea un estilo aleccionador, casi pedagógico, explicando con detalle y claridad; algunas veces llega a parecer condescendiente con el lector, otras le exige mayor esfuerzo para comprender. Su trabajo es muy semejante al del traductor y sus analogías son ricas y pertinentes: «Un conejo que brinca pasa, si bien por el aire, por todos los puntos intermedios entre salto y salto. La energía no. Ahora está aquí, luego está allá»; «Las leyes de la física son idénticas en un restorán y en un avión a mil kilómetros por hora»; «Pero los elementos cuánticos, por el principio de incertidumbre, no son ni ondas ni partículas sino algo indeterminado hasta el momento de una medición. Ya lo había dicho a principios del siglo XVIII el obispo de Cloyne, Irlanda, George Berkeley: ser es ser percibido». El penúltimo capítulo de *El burro de Sancho...* es, de cierta forma, inexplicable, gratuito: con «El último misterio: la conciencia humana» arriesga de más, confiado en las —questionables— ideas de Roger Penrose sobre la conciencia, se pierde en un intento por llevar la física moderna al fangoso terreno de la conciencia. En cambio, el capítulo final, «El inicio egeo de la aventura», representa un anexo de gran valía, otro paseo conceptual por la Grecia antigua: Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Protágoras, Empédocles, Demócrito, Aristóteles, Aristarco, Eratóstenes. El libro es una invitación, en fin, a sumergirse en la cultura científica: «La ciencia y la libertad de comercio produjeron, hace apenas tres siglos, la revolución industrial. Esta nueva manera de fabricar mercancías, basada en técnicas como la caldera de vapor, surgidas al descubrir leyes naturales, orden bajo el caos de las apariencias, trajo riqueza y el mundo quedó dividido como ahora lo vemos: entre los países que continúan la tradición jónica de interrogar a la naturaleza, y los que debemos comprar lo que en aquéllos se produce. La actual tolerancia hacia el pensamiento científico en los países sin esa tradición ha llegado demasiado tarde: no es siquiera la tortuga la que lleva ventaja, sino el veloz Aquiles, y somos nosotros quienes debemos alcanzarlo».

DESCUBRIR E INVENTAR NUEVAS RELACIONES

El segundo proyecto de Luis González de Alba con Paidós se llama *La orientación sexual. Reflexiones sobre la bisexualidad originaria y la homosexualidad*, y se originó en una nueva invitación de la editorial, ahora para recuperar aquel antiguo libro que había publicado en 1985, su primer trabajo formal de divulgación científica: «Acepté con gran entusiasmo la invitación de Paidós para retrabajar un nuevo libro, perdido en una editorial desaparecida, que se llamó *Bases biológicas de la bisexualidad*, y entregar una nueva obra que rescatara aquella publicación. Tenía, además, materiales sobre homosexualidad, con datos sonados hace pocos años [...] Muchas nuevas lecturas, algunas de ellas dignas de mayor difusión en español, se me habían acumulado sin salida en años recientes, tras la cancelación de mi columna semanal sobre ciencia. Así pues, todo eso junto, más un buen número de nuevas búsquedas que resultaron de enorme interés (y espero que lo sean para el lector), hicieron este nuevo libro».

González de Alba acude a la teoría de Wilhelm Fliess, próximo a Sigmund Freud, de que en el fondo de toda sexualidad humana se localiza la noción de bisexualidad, y amplía estos planteamientos con una revisión del desarrollo de la embriología durante el siglo XIX para cumplir su cometido, entregar este libro a manera de «un pálido intento por desalentar la fobia, por desarmar la noción que hace de una relación homosexual un capítulo de la patología, por hacer accesibles y dar a conocer de manera simplificada los complejos descubrimientos de la ciencia en torno a las expresiones homosexuales, tanto si son exclusivas, como ocurre en quien así se define, como si aparecen mezcladas con heterosexualidad en la persona bisexual o en experiencias escasas de un buen porcentaje heterosexual».

¿Son los bisexuales y los homosexuales tipos humanos diferentes de los heterosexuales?, pregunta el autor al inicio del libro. Para responder esa pregunta, y para multiplicar las interrogantes, González de Alba recurre nuevamente a una cantidad importante de referencias que extrae de muy distintas disciplinas científicas. Con atención y esmero postula una serie de definiciones básicas en torno a la sexualidad, desde la función de los cromosomas hasta el papel de la testosterona y los genes, pasando por conceptos como *andrógino* y *hermafrodita*; repasa las estructuras cerebrales y el devenir sociocultural de las preferencias sexuales hasta lanzar una nueva pregunta en el capítulo 9 («¿Por qué unos sí y otros no?»): «si no es herejía, pecado, delito ni enfermedad, ¿qué es la homosexualidad?», ofrece sólida información estadística, antecedentes históricos, argumentos

derivados de trabajo científico reciente. El relato, como en el resto de sus libros, avanza suavemente, alternando ciertos momentos de entusiasta complicidad con otros espacios en los que los lectores casi nos perdemos, donde hay que regresar algunas páginas. *La orientación sexual...* es un libro original y necesario; un paso más allá de la mera opinión desinformada y prejuiciosa, que materializa los afanes de Luis González de Alba en cuanto a hacer uso de la información científica para la vida diaria: «Somos, pues, bisexuales, en cuanto a que tenemos la capacidad innata de relacionarnos eróticamente con nuestro sexo o con el opuesto. Pero no lo somos en la práctica cotidiana».

CONVERSAR A SOLAS

En sus libros, Luis González de Alba se lamentó de la imposibilidad para hablar de ciencia con alguien más, de la hipotética ausencia de interlocutores magnetizados como él por la ciencia. Solitario y quejumbroso, él mismo reconoció: «sigo teniendo la mala costumbre de no preguntar a nadie ni dar a leer manuscritos [...] También es cierto que ningún lector de la editorial descubrió mis errores y sí introdujo alguno, menor, lo cual habla mal del nivel educativo del país». Con gran éxito estimuló la conversación a través de sus textos, pero nunca quiso vincularse personalmente con quienes trabajaban en la divulgación o el periodismo científico. Cuando la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica festejó sus quince años de existencia en el Congreso Nacional que se organizó en Guadalajara, González de Alba aceptó participar, pero nos dejó plantados, con el auditorio esperándolo. Simplemente no quiso llegar.

Luis Estrada —a quien se le reconoce como el principal pionero de la divulgación científica mexicana en el siglo XX— reconocía que «nuestro trabajo [el del divulgador de la ciencia] no es una labor colectiva y la tendencia actual es la actividad personal o la sujeción al control de una sola persona. No debemos olvidar que la propagación de los conocimientos requiere de la comunicación entre distintos grupos y personas, del ensayo y la experimentación, de la crítica, de tomar en cuenta opiniones y considerar otras experiencias, en fin, de una vida de relación social asociada al quehacer científico».

En el futuro devenir de las actividades de comunicación de la ciencia, sin duda el nombre y la memoria de Luis González de Alba estarán muy presentes •

Mi pornografía Mi cielo Mi danza estelar*

CRISTINA RIVERA GARZA

Oyes crujidos.

Risas.

Unas risas

ya muy viejas, como cansadas

de reír.

Y voces ya

desgastadas por el uso.

Todo eso oyes.

*Las tejas en el suelo. El techo en el suelo. Por el techo
abierto al cielo vi pasar parvadas de tordos...*

JUAN RULFO, *Pedro Páramo*

Todo lo que hizo fue entreverar sus piernas entre mis piernas

Entre el antes y el después hay una larga hilera de hormigas negras.

Había estado en el hospital por días o por semanas, nunca lo supe bien. Pero al salir, justo mientras arrugaba los ojos debido al brillo del sol, me fue fácil adivinar que el mundo era, en realidad, distinto. El lustre sobre las hojas de los árboles. Tremendamente azul, el cielo. Un aire muy delgado frente a la nariz. Había vivido entonces

* Fragmento del libro *Había mucha neblina o humo o no sé qué*, recientemente publicado por Literatura Random House.

lo suficiente como para saber que los cambios, al menos los que son verdaderos, ocurren sin explicación alguna y, con frecuencia, sin transición. Un estallido más que una lenta evolución. Una crisis súbita. Lo que algunos científicos han denominado la Catástrofe o el Cataclismo.

En eso pensaba cuando sentí el primer jalón en la parte inferior del pantalón. Había adelgazado mucho durante mi estancia en la institución de salud y la ropa que me habían entregado al final, con toda seguridad la que había traído puesta al llegar, me quedaba grande. Era una verdadera vergüenza pero poco o nada podía hacer al respecto. Mi cuerpo era una colección de huesos, eso era cierto. Una gran concavidad donde alguna vez estuvo el abdomen. Los huesos ilíacos. Los nudillos protuberantes en todos los dedos. Vi todo eso y mi barba de días antes de decidirme a dar el paso que me sacaría de manera definitiva del edificio blanco. Respiré hondo, me coloqué los lentes y crucé el umbral. Entonces fue cuando me di cuenta de la metamorfosis del mundo y entonces pensé en la catástrofe. Ahí fue cuando apareció ella.

Al inicio pensé que era un juguete al que había arrollado sin advertirlo. Luego creí que se trataba de alguna mascota que alguien había olvidado sobre la banqueta. No fue sino hasta que la levanté por la parte posterior de su vestido y la coloqué, después, sobre la palma de mi mano, que tuve que aceptarlo: estaba frente a una mujer increíblemente pequeña. Al menos así me pidió que la llamara. Un ser extraño.

La observé, naturalmente. La observé por mucho rato. Los días en el hospital me habían dejado débil y las alucinaciones suelen ser frecuentes en pacientes que han estado bajo los efectos de la anestesia de manera prolongada. Sonreí. Le agradecí a algo o a alguien que mi delirio no hubiera producido monstruos alados o fosas comunes o montones de cucarachas. En lugar de todo eso, pequeña y cariacontecida y justo sobre la palma abierta de mi mano, estaba una muñeca de vestido azul y zapatos altos.

—Puedes llamarme La Increíblemente Pequeña, si gustas —había dicho a manera de saludo mientras entornaba los ojos.

Me volví a ver el cielo en busca de refugio. Me reí de mí mismo. Iba a sacudir la mano para verla caer pero, en el último momento, reconocí algo en su rostro. Sus ojos inexpresivos, su nariz respingada,

los labios carnosos. El cabello tal vez. La manera en que unas ondas castañas y tupidas caían sobre sus hombros. La escotadura supraescapular. Todos y cada uno de sus huesos. El modo en que la había tocado por dentro. La certeza era de color blanco y me inundó la cabeza y no me dejó ver nada más.

—Tú y yo alguna vez dormimos juntos —murmuré.

A veces suceden cosas así. A veces uno no es más que el muñeco del ventríloco que dice algo que no entiende. A veces uno se delata.

—Tú y yo alguna vez dormimos juntos —insistí, puesto que ella no decía nada. Y el sonido de mi propia voz me causó desconsuelo o bochorno.

Tardó mucho tiempo en alzar el rostro, aparentemente sin entender. Juro que entonces apareció el rubor sobre sus mejillas o algo que me hizo recordar, entera, la palabra *rubicunda*, la cual no pronuncié. La sonrisa de la indefensión o de la burla estaba ahí, sobre sus labios. ¿Se burlaba, de verdad, de mí? Las ganas de desaparecer.

—Nada sexual —aclaré, y mi voz, entonces, volvió a causarme bochorno o desconsuelo, o ambos—. Fue cuando empezaron las bombas en la ciudad —farfullé—. Había más personas, quiero decir. Y tú eras de otro tamaño —atiné a decir al final, carraspeando.

Fue difícil reconocer el ruido de las balas al inicio. Las ráfagas aparecieron de la nada y me dejaron sordo. Sólo supe qué hacer cuando vi lo que hacían los demás: correr despavoridos buscando alguna forma de refugio. Sin pensarlo, obedeciendo a instintos más bien automáticos, coloqué a La Increíblemente Pequeña dentro del bolsillo de mi suéter y avancé en la misma dirección que los demás. Corrí por mucho rato. Corrí sin mirar atrás. No guardaba recuerdo alguno del bosque en que me interné cuando el sudor corría ya a chorros por la columna vertebral y la respiración me ardía en las membranas del esófago. Me detuve, exhausto, bajo la fronda de un árbol gigantesco. Un verde así. La mano sobre la textura rugosa del tronco inmemorial. La cabeza inclinada hacia el suelo. La saliva, cayendo. La hiel. Supongo que me desmayé.

Lo primero que vi al abrir los ojos fue la larga hilera de hormigas negras. El antes y el después. Avanzaban de manera incesante y veloz y en línea recta. Todas venían hacia mí. Directo hacia mis ojos. Vistas desde el suelo, a una distancia que se antojaba ominosa, daban la impresión de ser seres prehistóricos. Ochenta millones de años o más.

El Pleistoceno. ¿Llevaba en realidad todos esos años ahí? No tardaron mucho en rodear un cuerpo que yacía con los brazos abiertos y las piernas flexionadas sobre las hojas muertas. La Increíblemente Pequeña se sentó entonces sobre mi pecho. Me vio como si observara algo inhumano a través de un microscopio.

—Vas a morir —me dijo con una voz muy pacífica: la voz de la persona que registra un dato, uno entre tantos otros. Uno entre muchos—. Pero no deberías decir mentiras.

Luego alguien o algo dijo: Me acosté contigo, con gusto, con ganas. Me atrincheré en tu cuerpo; pero el jolgorio del día anterior te había dejado rendido, así que te pasaste la noche roncando. Todo lo que hiciste fue entreverar tus piernas entre mis piernas.

Luego se levantó. Sacudió un polvo imaginario de su vestidito azul y me dio la espalda. Sentí cómo avanzaba sobre mi esternón para caer, luego, en la concavidad del abdomen. Una resbaladilla. Tengo la impresión de que algo cantaba cuando se introdujo bajo la pretina del pantalón. Evadió con destreza mi sexo flácido y muerto. Los testículos informes. El escroto. Ese vello hirsuto y blanco que cubría hasta la ingle. Continuó su camino por el muslo izquierdo, el promontorio de la rodilla, hasta arribar al tobillo. Entonces se salió de mí.

Cuando los paramédicos me introdujeron a la ambulancia no supe qué decir. Tenía una sed atroz. Unas ganas enormes de huir. Quería verla. Quería decirle que, a veces, el deseo. Que la piedad.

Lo que yo quiero de él es su cuerpo

En 1947, después de haber publicado ya tres cuentos en las revistas *América* y *Pan*, Rulfo envió «Es que somos muy pobres» a los encargados de formar una antología de cuento mexicano. Según le contó Rulfo a su prometida en una carta de marzo del mismo año, los editores encontraron ese relato «subido de color», y le aceptaron, en cambio, «Nos han dado la tierra».¹ Así el texto en el que un narrador infantil teme que Tacha, una joven de doce años, se convierta, como sus dos hermanas mayores, en una *piruja* después de haber perdido una vaca, su más valiosa posesión, no vería la luz hasta no ser incluido

1 Juan Rulfo, *Aire de las colinas. Cartas a Clara*, Plaza y Janés, México, 2000, p. 68.

en *El llano en llamas*, el libro que Rulfo publicó en 1953. Los antologadores seleccionaron, sin duda, el cuento que más se conectaba con la narrativa de la Revolución mexicana, pero Rulfo estaba al tanto de que había escenas «crudas y descarnadas» en «Es que somos muy pobres», cuyo origen él mismo no se llegaba a explicar. Esas escenas contienen descripciones del cuerpo y la sexualidad femenina poco comunes en la literatura de la época. «Según mi papá —relata el narrador— ellas [las hermanas mayores] se habían echado a perder porque éramos muy pobres en mi casa y ellas eran muy retobadas. Desde chiquillas ya eran rezongonas. Y tan luego que crecieron les dio por andar con hombres de lo peor, que les enseñaron cosas malas. Ellas aprendieron pronto y entendían muy bien los chiflidos, cuando las llamaban a altas horas de la noche. Después salían hasta de día. Iban a cada rato por agua al río y a veces, cuando uno menos lo esperaba, allí estaban en el corral, revolcándose en el suelo, todas encueradas y cada una con un hombre trepado encima». Frente a esta posibilidad futura descrita sucinta y austeramente, sin asomo alguno de moralina, el desarrollo físico de Tacha no puede ser sino ominoso. Sin una vaca que la ayudara a asegurar la atención de un «hombre bueno que la quiera para siempre», los senos de la púber, descritos como «puntiagudos y altos y medio alborotados para llamar la atención», parecen ciertamente estar preparando el camino de «su perdición».

La sexualidad, especialmente la sexualidad femenina, fue un tema ampliamente debatido en los albores de la modernización mexicana. Justo en la mitad del siglo XX, cuando la migración campo-ciudad empezaba a configurar la gran megalópolis y los crecientes índices de producción hacían pensar a más de uno en un milagro económico, Octavio Paz publicó *El laberinto de la soledad*, en uno de cuyos capítulos el joven pensador expuso la sexualidad femenina como pasiva y abierta a la violencia a través del análisis de la figura histórica y mítica de la Malinche. En 1950, Rosario Castellanos, otra gran poeta mexicana, se graduaba de la Universidad Nacional con una tesis de filosofía también acerca de la condición de la mujer. El debate alrededor de la así llamada chica moderna fue álgido en esos años tanto en la academia como en la prensa. Las críticas ante su «escandalosa» manera de vestir y sus «liberales» actitudes frente a la familia y el sexo hicieron eco de una creciente ansiedad ante las transformaciones de

la vida cotidiana asociadas con la modernidad.² El ominoso futuro de Tacha, la posibilidad de su «perdición», era, en fin, una narrativa más bien conocida y familiar hacia mediados de siglo. Lo extraño, lo que seguramente hizo que los editores de la antología del cuento mexicano consideraran «Es que somos muy pobres» como «subido de color» fue, sin duda, el lenguaje que utiliza Rulfo para explayar una visión a la vez detallada y compleja de la sexualidad femenina.

Hay una explicación social, directamente establecida, entre la condición de pirujas de las hermanas mayores y la situación económica de la familia. Sin embargo, este razonamiento no prefigura personajes pasivos o victimizados por su entorno. Juan Rulfo, en este sentido, está muy lejos de creer en la Malinche de Octavio Paz o en la Santa de Federico Gamboa. Que las pirujas tienen voluntad y deseo, es decir, que poseen agencia, resulta claro en los adjetivos que utiliza Rulfo para presentarlas: ambas son «retobadas» y «rezongonas». Se trata, pues, de dos mujeres que han consecuentado su deseo y hecho su voluntad, aun cuando esa voluntad esté ciertamente limitada por un entorno de escasez en el que el dinero, «un capitalito» como lo es una vaca, es capaz de asegurar la virtud de las adolescentes.

De hecho, no son pocos los personajes femeninos de Rulfo que expresan su deseo, especialmente su deseo sexual, de manera directa. En los primeros fragmentos de *Pedro Páramo*, Eduviges Dyada no tarda mucho en relatarle a Juan Preciado cómo es que ella estuvo a punto de ser su madre. «Dolores fue a decirme toda apurada que no podía. Que simplemente se le hacía imposible acostarse esa noche con Pedro Páramo. Era su noche de bodas». El ruego continúa, el proceso de convencimiento, y Eduviges, al fin, cede. «Y fui», dice. «Me valí de la oscuridad y de otra cosa que ella no sabía: y es que a mí también me gustaba Pedro Páramo. Me acosté con él, con gusto, con ganas. Me atrincheré en su cuerpo; pero el jolgorio del día anterior lo había dejado rendido, así que pasó la noche roncando. Todo lo que hizo fue entreverar sus piernas entre las mías». Es apenas el fragmento número 9 del libro y, por una parte, ya Pedro Páramo ha sido despojado de la proeza sexual que suele asociarse a fuertes personajes masculinos, especialmente cuando sus nombres son llevados al título del libro. El

2 Joanne Hershfield, *Imagining La Chica Moderna: Women, Modernity and Visual Culture in México, 1917-1936*, Duke University Press, 2008.

lector se enfrenta, pues, de entrada, a un héroe emasculado y a una mujer «con ganas». Eduviges no es aquí la Malinche pétrea y perforada de Octavio Paz, ni la limitada mujer de la condición femenina de Rosario Castellanos. Eduviges es aquí un cuerpo sexuado a cargo de su deseo.

Fragmentos después, cuando en típica estrategia rulfiana el lector se entera prepósteramente de la razón por la cual Dolores Preciado no puede acostarse con Pedro Páramo en su noche de bodas, Rulfo introduce el cuerpo menstruante de la mujer en Comala y, de paso, en las letras mexicanas. Obedeciendo las órdenes del cacique, Fulgor Sedano pide en matrimonio a Dolores Preciado para reducir de esta manera las abrumantes deudas de la Media Luna. La mujer, reaccionando con gusto, le solicita, sin embargo, una tregua. Ante la renuencia del administrador, la mujer insiste: «Pero además hay algo para estos días. Cosas de mujeres, sabe usted. ¡Oh!, cuánta vergüenza me da decirle esto, don Fulgor. Me hace usted que se me vayan los colores. Me toca la luna. ¡Oh!, qué vergüenza». Fulgor Sedano, sin embargo, se muestra inflexible y, por ello, Dolores se ve obligada a intentar algunos remedios caseros. Así, ella «corrió a la cocina con un aguamanil para poner agua caliente: “Voy a hacer que esto baje más pronto. Que baje esta misma noche. Pero de todas maneras me durará mis tres días. No tendrá remedio. ¡Qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!”». Cuando el remedio falla, Dolores Preciado no tiene otra solución más que pedirle el favor a Eduviges. El favor de suplantarle el cuerpo.

Una de las múltiples razones por las que Susana San Juan ha sido considerada por muchos como un peculiar y poderoso personaje femenino en la literatura mexicana del siglo XX es, precisamente, su relación estrecha y directa con su propio deseo. Viuda y trastornada, Susana, a pesar de estar casada con Pedro Páramo, no hace otra cosa más que recordar a su difunto marido, Florencio. La memoria de Susana, sin embargo, no es meramente romántica o platónica. Sus recuerdos se pueden masticar. «¡Qué largo era aquel hombre! ¡Qué alto! ¡Y su voz era dura...! ¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos». Aprovechando la voz femenina, Rulfo lleva

a cabo algo rara vez visto en la literatura mexicana de mediados de siglo: describir, con puntualidad, el cuerpo masculino. Rulfo nota y hace notar las fisuras, los temblores, los encantos de los cuerpos de los hombres, sin por ello dejar de lado su posible impotencia, tanto física como anímica, ante y por el cuerpo femenino.

Es claro que las ánimas que se pasean por Comala purgando culpas y murmurando historias son ánimas sexuadas. Al contrario del dios al que increpa Susana San Juan en uno de sus ardientes monólogos, a Rulfo no sólo le interesan las almas, sino más bien, acaso sobre todo, los cuerpos: las marcas de esos cuerpos, las interacciones de esos cuerpos, las transgresiones de esos cuerpos. Por esas áridas tierras donde sólo crecen arrayanes ácidos se desliza un tufo sexual. Por las ventanas de las casas de una Comala nocturna, cubierta de nubes, entran y salen hombres husmeando a sus presas —mujeres que otras mujeres, ya Dorotea o Eduviges o Damiana, le han facilitado al cacique y, sobre todo, al hijo del cacique, Miguel Páramo. Del otro lado de esas ventanas asimismo esperan sobre sus lechos mujeres desnudas, como Damiana Cisneros, o temerosas de la muerte, como Ana Rentería. Y, para nombrar cada uno de estos encuentros, cada uno de estos deseos, Rulfo ha elegido sustantivos directos y denotativos, así como adjetivos de un gran poder de evocación sensorial. Cuando Dolores Preciado atiende el llamado de Inocencio Osorio, el provocador de sueños, la sesión con ese hombre «que escupe como los gitanos» consiste «en que se soltaba sobándola a una, primero en las yemas de los dedos, luego restregando las manos; después los brazos, y acababa metiéndose en las piernas de una, en frío, así, aquello al cabo de un rato producía calentura». Cuando Abundio se emborracha debido a la muerte de Refugio, su mujer, recuerda cómo «se acostaba con él, bien viva, retozando como una potranca, y que le mordía y le raspaba la nariz con su nariz». Incluso cuando Juan Preciado se descubre compartiendo una estrecha tumba con Dorotea la Curraca ella está «en el hueco de [s]us brazos». Las rodillas juntas.

...no son pocos los personajes femeninos de Rulfo que expresan su deseo, especialmente su deseo sexual, de manera directa.

Los lectores tempranos de Rulfo, aquellos que recibieron sus libros con entusiasmo y recomendaron sus traducciones a otros idiomas, han escrito, y mucho, sobre la violencia sexual que ejercen los violadores, el cacique y, en su caso, el hijo del cacique, en los caminos de Comala, ligando así la figura del hijo bastardo con el sentido de orfandad de una nación en pos de su propia modernidad. Atendiendo a cabalidad las descripciones rulfianas de los cuerpos y de la vida sexual de éstos, habrá que expandir esa lectura de la modernidad para añadir un elemento no sólo fundamental sino también expresado de manera explícita en el texto rulfiano: el deseo sexual femenino. Acaso la incorporación activa de la sexualidad femenina facilite una lectura más compleja, más dinámica, de las múltiples maneras en que México enfrentó el reto de su propia modernización en las inmediaciones del siglo XX.

Unos diyitas

Perdóneme que me ponga colorada, don Fulgor.

La Doble de Doloritas observó la mancha sobre las sábanas blancas. Más un manchón que una mancha; nunca un charco. Si la sábana hubiera sido un lienzo, a eso se le habría llamado una pincelada. La Doble de Doloritas habría preferido, sin embargo, la palabra *mácula*. Eso, que podría venir en tres o más nombres distintos y que alteraba el color original de la tela de la sábana, algodón cien por ciento, no la dejaba concentrarse en lo que hacía. La Doble de Doloritas desnudaba a un hombre o se dejaba desnudar por él —le costaba trabajo reconocer quién hacía qué a quién— mientras ambos rodaban, atraídos sin duda por la fuerza de la gravedad, sobre la superficie rectangular de una cama antes in-ma-cu-la-da.

No creí que don Pedro se fijara en mí.

La Doble de Doloritas lo había visto afuera, al otro lado de una mesa, solo. El hombre, de eso se dio cuenta de inmediato, estaba intensamente solo. Un vaso largo, lleno de un líquido color ámbar y cubos de hielo, muy próximo a su mano derecha. Algunas luces alrededor.

Se aproximó, la Doble de Doloritas, segura de sí misma y de su relación con el exterior. Los pasos largos. La caballera, leonina. Cuando le extendió la mano, imaginó todo lo que sucedería después. El tacto. La sonrisa. Las miradas, entre el titubeo y el fulgor. La respiración. Las palabras: Vámonos de aquí. Un labio sobre otro labio. El sabor a chicle y almizcle y tabaco. Las manos. Una suerte de primigenio intercambio. Recapacitando en ese primer encuentro, la Doble de Doloritas tuvo que aceptar que, justo en ese momento, cuando le extendía la mano, sintió el flujo entre sus piernas. No exactamente entre las piernas, siguió recapacitando, sino todavía adentro del cuerpo. No dentro del cuerpo, recapitularía apenas un momento después, sino en ese minúsculo espacio que se fragua entre el cuerpo y la tela suave con la cual tenía contacto. La mancha debió haber empezado a formarse así. A la Doble de Doloritas ese pensamiento le provocó una risa oblicua.

No duerme, pensando en usted.

La Doble de Doloritas sabía pronunciar palabras vehementemente. Decía: Oh. Decía: La Alhambra es un lugar sagrado. Decía: Aquí.

Pero si él tiene de dónde escoger.

La Doble de Doloritas estaba convencida de que, entre los cuerpos, nada era cuestión de voluntad. Confiaba en la belleza de las palomas. Mordía en lugar de besar: sobre el hombro, en la curvatura que anuncia el inicio del cuello y, luego, en la curvatura que anuncia el inicio de la nuca. El sabor a sudor, a glándula sebácea, a piel sin jabón. El sabor a ¿qué? Todavía tenía que decidir eso.

Abundan tantas muchachas bonitas en Comala.

Dudaba. La Doble de Doloritas, por ser doble, estaba acostumbrada a dudar. Acaso por eso su relación con el exterior tuviera la *apariencia* de ser tan directa, clara, unidireccional. Los dobles suelen ser así, eso se sabe. Dudan y son seguros a un mismo tiempo. Si fueran seguros o dudaran, entonces dejarían de ser el Doble para convertirse en el Original. Justo en ese instante el hombre le susurró al oído: Para

mí, tú eres la Original. Y la Doble de Doloritas, aun queriéndolo, no atinó a reaccionar.

¿Qué dirán ellas cuando lo sepan?

Uno frente al otro, cada uno sobre su propio costado, se dieron cuenta de que sería mejor carecer de un brazo: él, del izquierdo; ella, del derecho. Entonces seríamos mancos, alguno de los dos dijo eso. El pensamiento, de súbito, los ruborizó. Por eso rieron. Por eso continuaron bajando cierres, desabotonado camisas, desanudando cordones. Desvestirse es siempre una competencia de habilidades mínimas.

Él sólo piensa en usted, Dolores.

La Doble de Doloritas extendió el brazo izquierdo, contorsionó la parte superior del cuerpo —los senos súbitamente empequeñecidos— y alcanzó la cadena que, al ser jalada hacia abajo, apagaba la luz de la lámpara. Le gustaba la oscuridad porque ahí sólo importaban los contornos.

De ahí en más, en nadie.

El olor dentro de la habitación cerrada, esto es lo que notaba la Doble de Doloritas. Rancio. Puntigudo. Agridulce. Pastoso. Medicinal.

Me hace usted que me den escalofríos, don Fulgor.

El hombre, sin despegar los ojos del rostro de la Doble de Doloritas, colocó una mano sobre el pubis. Los dedos entre las sortijas del vello. *Hirsuto* es un adjetivo que viene de inmediato a la cabeza. *Hispido* es una palabra ajena. Los dedos, abriéndose paso entre los pliegues de carne sexual, eran tres. Cuando el índice localizó el clítoris, posándose con destreza sobre su cresta, los muslos se separaron. Era una reacción casi inmediata. El gemido debía ser también una reacción ancestral. Luego, el suave vaivén de la cadera. La necesidad de cerrar los ojos. Entreabiertos, por otra parte, los labios. El hombre, en definitiva, no sabía hablar.

Ni siquiera me lo imaginaba.

El índice, que regresaba a la boca de la Doble de Doloritas, sabía a otra cosa. Sabía a algo más.

Es que es un hombre tan reservado.

La Doble de Doloritas abrió los ojos. Hubiera preferido que él le dijera algo. Hubiera preferido no tener que preguntárselo.

Don Lucas Páramo, que en paz descansa, le llegó a decir que usted no era digna de él.

Las camas son aposentos extraños. Alguien pensaba eso.

Y se calló la boca por pura obediencia.

La Doble de Doloritas miró al techo, asustada. El techo era de un apagado color blanco, o al menos eso imaginó al amparo de la oscuridad. ¿Desde cuándo no podía pronunciar una pregunta? Lo abrazó cuando quiso dejar de ver su rostro. Resulta fácil, a veces, confundir la turbación con el afecto.

Ahora que él ya no existe, no hay ningún impedimento.

El hombre interpretó su abrazo como una señal para avanzar. Le mordió el cuello y apretó el pezón derecho con los dedos. Luego dirigió los labios hacia los senos y se entretuvo chupando primero uno y después el otro, sólo para regresar más tarde al primero. Estuvo así bastante rato. La Doble de Doloritas, que ya había vuelto a recostarse sobre su costado, se preguntó algunas veces si el Hombre Reservado podría distinguir el sabor de su propia saliva. Supuso, de inmediato, que la respuesta a esa pregunta sería negativa, pero se entretuvo considerando la posibilidad de que algo así fuera posible. Si lo fuera, se dijo a sí misma mientras la boca de él continuaba succionando algo o nada de sus pezones resentidos, él estaría saboreándose a sí mismo en cada oscilación. En su ir y venir. ¡Cuánto amor!

Fue su primera decisión, aunque yo había tardado en cumplirla por mis muchos quehaceres.

La mano derecha, hacia el pubis. La mano izquierda, entre las nalgas. La Doble de Doloritas, a momentos, encontraba difícil seguir pensando.

Pongamos por fecha de la boda pasado mañana.

Cuando lo hacía, cuando lograba hilar un pensamiento entre gemido y gemido, pensaba en la sábana in-ma-cu-la-da.

¿Qué opina usted?

Que debería continuar, por supuesto. Eso también lo pensaba. Que el índice sobre el clítoris. Que el anular, adentrándose.

¿No es muy pronto?

Los muslos cayeron de un lado al otro del tronco de su cuerpo. El verbo *deshojar*. La utilización de las cursivas.

No tengo nada preparado.

Cuando la Doble de Doloritas empezó a temblar, primero con temores leves y, más tarde, con una serie de sincopadas sacudidas, el hombre se detuvo a mirarla. Se aproximó a ella. Recostó su pecho de escasos vellos lacios sobre los senos de la mujer que era la réplica de otra. Su oreja. Parecía estar contando el número de latidos. Parecía interesado en los diminutos fenómenos del sonido interno de los cuerpos.

Necesito encargar los ajuares.

Sacó el preservativo de los bolsillos del pantalón a toda prisa. Tuvo que salir del rectángulo immaculado y regresar, casi de inmediato, a él. Tuvo que sostenerle la mirada y abrir el envoltorio de plástico y desenrollarlo, con cuidado pero a toda velocidad, sobre su pene erecto. Luego, sin esperar demasiado, empujó las rodillas de

la Doble de Doloritas, una a la izquierda y otra a la derecha, y se colocó en el centro. Se introdujo en ella lentamente, ayudándose con la mano izquierda. A la Doble de Doloritas le sorprendió que él fuera zurdo.

Le escribiré a mi hermana.

Si hubiera sido su cuerpo, tal vez habría sabido cómo proceder. Pero como, en sentido estricto, era el cuerpo de otra, lo siguió dudando. Escuchó el ruido de los autos al otro lado del ventanal. Alguien, en algún lugar no muy lejano, acababa de abrir una puerta. A algunas personas eso no les importaba, eso lo daba por hecho. Pero a otras sí, y eso la llevaba a morderse los labios cuando empezaba otra vez a suspirar.

O no, mejor le voy a mandar un propio pero de cualquier manera no estaré lista antes del 8 de abril.

Hizo cuentas. Mientras el pene del Hombre Reservado entraba y salía de su cuerpo, la Doble de Doloritas hacía cuentas.

Hoy estamos a 1.

Algo irremediabilmente melancólico en las hojas de los calendarios.

Sí, apenas para el 8.

Algo calendáricamente irremediable en las hojas de la melancolía.

Dígale que espere unos diyitas.

Algo melancólicamente calendárico en las hojas de lo irremediable.

Él quisiera que fuera ahora mismo.

Se distrajo. Elevó la pelvis y sintió el peso de su propio peso sobre la parte posterior de los talones. Empezó a mecerse. ¿En qué punto del cuerpo termina el mundo interior? Quiso alcanzar sus labios y, luego

de un rato, desistió. La cabeza hacia atrás, y esa leve ondulación de los huesos de la tráquea bajo la piel. Las palmas de las manos abiertas sobre el rectángulo de la cama. Tenerte dentro de mí: la frase salió entera de sus labios, tautológica. Constatar, que no leer, es lo que hacemos hoy.

Si es por los ajuares, nosotros se los proporcionamos.

Pero la sábana. Pero la mácula en la sábana.

La difunta madre de don Pedro espera que usted vista sus ropas.

Era obvio que el Hombre Reservado cuidaba la organización y la limpieza de su entorno. Los zapatos uno al lado del otro, eso había notado incluso cuando lo tuvo que desnudar. El derecho, del lado derecho; el izquierdo, del lado izquierdo. La lámpara en el centro equidistante del nocher. Los cojines; las almohadas. El discreto aroma a producto de limpieza entre los pliegues del edredón.

En la familia existe esa costumbre.

Y ahí estaba, en un allá con forma de vaso azul.

Pero además hay algo para estos días.

Jadeaban ya. La Doble de Doloritas emitía sonidos muy breves: una especie de estertor intermitente que surgía de algún lugar detrás del esternón sólo para ascender en zigzag, chocando contra las paredes de la laringe, hasta la apertura de la boca. Más sonoro que un suspiro, pero sin llegar a ser un grito. Una exhalación. Los sonidos del cuerpo de él eran incluso más apagados. *Mohín* es una palabra que no pertenece al universo del sonido y, sin embargo, eso que apenas alcanzaba a cruzar sus labios entreabiertos era, en realidad, un mohín.

Cosas de mujeres, sabe usted ●

La sombra

NORMAN MANEA

ENCARNACIÓN

Peter Schlemihl debe su nombre a un acoplamiento burlesco entre cristianismo y judaísmo. El nombre de Peter está tomado de San Pedro, uno de los primeros apóstoles de la Iglesia. Oriundo de Galilea, en Tierra Santa, y allegado a Jesucristo y a su hermano, San Pedro se enfrentó a San Pablo, judío helenizado de Tarso, quien se había vuelto el visionario animador del internacionalismo cristiano y de la conversión de los gentiles. Pedro sostenía que, para llegar a cristiano, uno debía primero ser judío, como él mismo y como el Redentor. Pablo abogaba, con fervor propagandista, a favor de abrir de par en par las puertas de la Iglesia ante quienquiera que lo deseara.

El apellido de Schlemihl puede rastrearse en el capítulo sobre Moisés, del Talmud babilónico, y en hebreo significa «amado de Dios», pero también trae una connotación bufonesca, tal y como lo quería igualmente el autor del famoso cuento romántico, Adalbert von Chamisso, un francés exiliado en Alemania, quien decía sentirse a sus anchas sólo entre exiliados como él. El nombre de Schlemihl remite, pues, a un patán desatinado y perdedor, un cómico dechado de torpezas, el perfecto hazmerreír de la comunidad. Una especie de palurdo inocente y de payaso circense.

La tradición judaica asigna, sin embargo, atributos sagrados al bobo y memo, a este «idiota» dostoiévskiano y no dostoiévskiano, a quien hay que mirar con indulgencia y hasta proteger. El Talmud refiere que el pobre Schlemihl se involucró en comercio amoroso con la mujer de un rabino, lo pillaron y lo mataron. Lo que otros, probablemente, se habían granjeado sin dificultad y más de una vez, a Schlemihl, símbolo del judío perseguido y errante, un payaso del fracaso, le salió mal. De Shle-umil, su nombre en hebreo, se derivó más tarde, en jerga yídish, la del exilio, el vocablo schlim-mazel (desventurado, afligido, des-afortunado), vale decir un Schlemihl.

INICIO DE LA FICCIÓN

Érase una vez, como tantas otras, el despertar matutino.

Un ojo abierto, el otro cerrado. Veía o entreveía la puerta. Y un sobre amarillo.

Últimamente dormía demasiado, despertaba con dificultad y no del todo, recaía pronto en la nada. Estaba habituado al dilatado sopor. Cerró su ojo abierto o entreabierto, volvió a dormirse, despertó, el sobre amarillo asomó de nuevo. Y reiterados golpes de pájaro carpintero en su puerta.

Estaba impaciente el carpintero. La puerta pintada de rojo lo irritaba. El dormilón la había pintado de rojo, el color oficial, para causar irritación o asco o miedo a los inoportunos.

En la entrada, el mensajero enclenque, con el sobre amarillo en la mano. Llevaba un traje gris, de buen corte, lleno de oropes y un cinturón de turista, de hebilla grande, verde. Era esbelto y su traje estaba ceñido al cuerpo. Tenía el cabello negro, tupido y alborotado. Gastaba un bigotito fino y negro, brillante, diríase que untado con betún. Se volvió hacia la puerta, la abrió apenas y susurró hacia alguien que estaba cerca, al otro lado del umbral: «No se levanta. Es un gandul».

—¿Quiénes sois y qué queréis?, preguntó el dormilón.

—Ya lo sabrás, contestó el gemelo de la puerta. Ya lo sabrás, sí sí, así suena la orden, lo sabrás.

El lirón se bajó de la cama, en calzoncillos y camiseta, se dirigió hacia el cuarto de baño, pero en la puerta del baño estaba, ahora, el mismísimo gemelo que había entrado, cuándo, cómo, por la puerta abierta. En su mano tenía una hoja con muchos sellos.

—No te agites. Quédate en casa, no puedes salir. Estás bajo arresto. Domiciliario. Así se llama esto, arresto domiciliario.

El flacuchento de traje gris apuntó con su dedo la puerta abierta del cuarto de baño donde el gemelo esbelto, de cabello negro y alborotado y de bigotito untado con betún negro, trajeado igual, se había sentado en la tapa del inodoro, concentrado en la lectura de un texto. En sus rodillas, otro sobre amarillo. Se levantó, ahora estaba de pie, junto al otro, ambos idénticos, con idénticos sobres amarillos en la mano, contemplando con insolencia los calzoncillos rotos, pero de lino fino, del cautivo.

¡Detenido sin motivo alguno! Y justamente ahora cuando, recién despierto, esperaba que su hermanita le trajera, humeante, el café con leche y un *croissant* recalentado en el microondas. Tamar, quiso llamarla, pero el

miedo le acogotaba. Pero si estamos viviendo en una república popular, constitucional, la paz y la armonía reinan en todo el mundo, por doquier la gente ama las leyes y las acata, los agresores no tienen derecho a irrumpir así, sin ton ni son, en la morada legal de un ciudadano pacífico, quien tiene su alquiler pagado al día e igual las cuotas filatélicas, en buena regla.

Caminó, indeciso, hacia uno de los gemelos, extendió su mano para coger el sobre, pero el oficial sólo le dio la mano y estrechó la suya, tiernamente.

—Soy Ed, susurró inclinándose el gracioso, lo que también hizo el otro, su gemelo, difícil saber de quién era la mano que acababas de estrechar, o sea quién estrechó amorosamente tu mano.

El dormilón se esforzaba por acabar de despertar, mas no estaba seguro de haberlo logrado. Un ojo abierto, el otro cerrado, como hace un momento, hace una hora o dos o quién sabe cuánto, de un tiempo a esta parte dormía demasiado, despertaba con dificultad y no del todo. Volvió a dormirse y volvió a abrir, al cabo de unos momentos, el ojo cerrado, ahora tenía los dos ojos grandemente abiertos, avistaba la puerta por debajo de la cual alguien había deslizado un sobre amarillo. Abrió sus ojos aún más, se frotó la frente húmeda de sudor, decidió despabilarse. Tamar, quiso gritar, implorando por una gota de café, pero recordó que Tamar hacía mucho ya no vivía con él, por tanto recordó, por tanto estaba despertando, por tanto estaba despierto.

La nota oficial era lacónica. *MINISTERIO DE ASUNTOS INTERIORES. DEPARTAMENTO DE LA SEGURIDAD DEL ESTADO. Estimado camarada, Está Usted convocado a nuestra sede, C/ Arenei 27, oficina 22, ante coronel Vladimir Tudor.*

Oh, sí, los últimos días tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir. Soy Ed... Y el otro también Ed. Y ahora el coronel Tudor. Y éste, ¿quién sería? Hasta ahora sólo le llegaban mensaje de capitanes, rara vez de algún comandante, no de coroneles, y no le citaban en la sede de la temida institución, sino en viviendas de señas extrañas. No, no en la propia sede de la Institución.

El sueño, sí el sueño, no lo había olvidado, el pájaro carpintero llamando nervioso a su puerta, el texto leído en el retrete. Ed y Ed, ante el reo.

Mm, reo, se confirmaba, no era una suposición. Se confirmaba y no era una sorpresa. Las sorpresas habían perdido su prestigio, ya nada sorprendía, nadie podía ya permitirse el lujo del asombro. Unos días después de violar el sobre amarillo, había dejado de preguntarse acerca de la culpabilidad. No tenía importancia cuál de sus culpas preocupaba a los camaradas que velaban por la paz y el orden en el país. Los ciudadanos de la República escondían

no pocas culpas, todos eran sospechosos, aunque elegidos para la guillotina sólo algunos.

En la ventanilla de AUDIENCIAS, el oficial que atendía tenía su quepis de soslayo sobre la ceja izquierda.

—Estoy convocado ante el coronel Tudor. Para hoy, viernes, a las 16 horas, despacho 22.

El oficial enderezó su quepis y le extendió un cuadradito de cartulina azul en el que se leía, con letras de imprenta, AUDIENCIAS 22.

El coronel no estaba de divisa, sino que llevaba un traje elegante color fantasía, y una corbata a juego, de seda, con motivos chinos. Bajito y rechoncho, de pelo negro, engominado. Gafas de lentes pequeños, agraciados, manos grandes, enormes.

El reo se sentía incómodo por su talle alto, así como por su cuerpo estrecho y largo, aplanado como una tabla. Tenía la cabeza afeitada al rape, vestido sin aliño alguno, con una chamarra negra de vinilo, sobre una camisa que alguna vez había sido blanca.

—¿Qué tal? ¿Te gusta mi corbata? Me la regaló la esposa de un compañero de vuelta de un viaje a la Muralla China. Me chifla todo lo que viene de Oriente. De Extremo Oriente. El tono familiar del coronel señalaba algo dudoso, ya no era la brutalidad de los capitanes o del comandante que le invitaban a pisos particulares, cada vez otros, cuyas llaves poseían para usarlas a horas que los inquilinos no estaban en casa. El chaparrito acicalado con pomadas pasará pronto, probablemente, del tú al usted y de vuelta al tú, para que uno ya no sepa qué trato darle.

El camarada coronel sacó una petaca de plata con incrustaciones orientales. Extremo-orientales. Le señaló el sillón de enfrente y le ofreció la petaca abierta.

—Gracias, ya no fumo, lloriqueó el estirado.

—Son Kent. Cigarrillos imperialistas. Deliciosos.

El convicto conocía la marca respectiva de pitirillos americanos, la preferida de las oficialidades, una especie de emblema elitista, coima para médicos, carniceros, abogados, mecánicos de limusinas y vendedores de gasolina, o sea los intermediarios sin los cuales la vida cotidiana no podía funcionar. El elegante coronel encendió un cirarrillo largo, el huésped contemplaba el ambiente amueblado con imponente elegancia.

—Claro, mi despacho no es uno cualquiera. Veo que admiras los muebles y los espejos. Son los que cuadran con mi función, igual que

mi atuendo. ¡Es ésta la Dirección de Pasaportes! Hace algún tiempo usted solicitó que se le extendiera un pasaporte, ¿verdad?

La enorme mano del encuestador era demasiado maciza para el cigarrillo fino, del que subía, enrosándose, un hilito de humo igual de fino.

—Mmm, sí, hace tiempo. Hace mucho tiempo. Las respuestas han sido todas negativas, y luego desistí.

—¿Y ahora? ¿También ahora desistirías?

El encuestado callaba, pese a su altura había desaparecido por completo en la profunda batea del sillón.

—Ahora la situación del país ha empeorado aún más, ¿verdad? ¡Un desastre! ¿No es esto lo que sostenéis por ahí?

—¿Quién? ¿Yo?, lloriqueó la sombra desde el sillón.

—Pues sí, de eso habláis por todos lados. Entre amiguetes y no sólo. Amiguetes no muy mansos que digamos, dice el coronel.

—Pero ¿cómo?... musitó el larguirucho, más y más azorado.

—¡Así mismo! Estás frecuentando cada vez más a menudo grupos que pretenden ser patrióticos. Demasiado patrióticos. Sospechosamente patrióticos. Miseria en aumento, dicen los bocazas, vigilancia en aumento, la comedia del tirano siempre más nauseabunda. Éstos, más o menos, son los trillados clichés que estáis ventilando.

El ciudadano callaba derrumbado en el sillón, también callaba el camarada coronel, el de la voz cálida y la mirada aguda. Encendió otro cigarrillo Kent, sosteniéndolo entre dos dedos gruesos. Escudriñaba con su mirada aguda los espejos que, en las paredes, reemplazaban los consabidos retratos oficiales. Ningún retrato, ni siquiera el del hijo predilecto de su pueblo ni el de su esposa, la chaparrita de los dientes y la guadaña de oro. Sólo espejos, de marcos raros. Su posesor los contemplaba satisfecho, reflejaban fielmente sus enormes manazas.

—Pero dejemos este tema. No para esto le hemos convocado. No está usted bajo pesquisa, las pesquisas se llevan a cabo en otro lado. Aquí es la Dirección de Pasaportes. El jefe de la oficina es, como usted puede ver, un oficial cordial, elegante, que se las sabe todas, tal y como lo exige su papel. Ah, sí, me estaba olvidando... otro cliché que está fermentando entre vosotros es la proliferación de los soplones. Por eso pintó usted su puerta de rojo, como los transformadores de alta tensión que acarrean peligro de muerte. Niñerías, no por nada sus compañeros le sacaron fama de infantil. Si el número de nuestros informadores ha aumentado, ¿se imagina acaso usted que les asustará el rojo proletario?

Los anillitos de humo del Kent celebraban debidamente la historieta.

—Su número ha aumentado catastróficamente, eso sostenéis. Como los hongos después de una tormenta con granizo, veneno y azufre, así se dice. ¿Uno de cuatro? ¿Un cuarto de la población de la República? ¿Y quién procesaría el montón de informaciones, qué ejército de analistas, psiquiatras y propagandistas estudiaría todo ese material que llena a reventar nuestros anaqueles? Con tantas denuncias, ¿cuántas detenciones diarias? ¿Cuántas, lo habéis pensado? ¿Has reflexionado alguna vez sobre este dilema matemático insoluble? Reducción al absurdo: así se explica el truco, ¿pero también explica, acaso, la falta de las detenciones? ¿Habéis pensado en nosotros, pobres operadores asfixiados por los archivos que aumentan en todo momento y en proporción masiva? ¿Y en nuestra frustración de no poder actuar? ¿Somos acaso tan inteligentes, pacientes, calculadores, budistas, como para tenerlo todo en reserva, cocinarlo a fuego lento, en espera del momento propicio? No hay permiso de actuar, ¡éstas son Las Órdenes! Sólo podemos mantener la información en condiciones óptimas, puesta al día y procesada, y nada más. No queremos escándalos en la prensa del podrido occidente... Ya no estamos en el estalinismo, ya no operamos a través de detenciones. Lo sabéis muy bien, gracias a Dios, y lo aprovecháis. No hacemos detenciones pero sí almacenamos toda la información y la gente lo sabe, puesto que uno de cuatro es un soplón, como sostenéis. ¿Y si... pongamos... si entre los cuatro que se han hecho soplones se contaran también sus amigos, los patriotas? ¿No será que ya lo sabemos todo de vuestras habladurías entre los bastidores del futuro?

El sabueso tenía razón, el cautivo largo como un poste se iba encogiendo en el sillón que ya no le protegía.

—Pero no por esto le hemos convocado. No por esto. ¡Se le ha aprobado el pasaporte! Ésta es la buena nueva. Es decir, hemos decidido extenderle el pasaporte. No voy a entrar en detalles, sólo diré que no es una casualidad. No es pura casualidad tal envidiable noticia.

El amordazado disimulaba en el sillón su pasmo. Semejante golpe de teatro no se lo había esperado, el sueño con los dos agentes del sobre amarillo le preparó para otro tipo de cita, pero los polizontes sabían manejar hasta los sueños, naturalmente, así que habían montado una escena a la altura, no con algún capitán o comandante de rutina, sino con este comediante reflejado en las paredes-espejo de la sagrada sede. Dicho actor ya había desistido del ejercicio narcisista de confrontarse con los espejos y, al parecer, lo que monopolizaba su interés no era sino la sombra que tenía delante.

¿Será dicha buena nueva una trampa destinada a incrementar el número de los soplones a tres de cuatro, a dos de cuatro, cooptando también al afónico larguirucho?

—Ya le he dicho que renuncié, masculló finalmente el estupefacto.

—¿Por qué? ¿Por habersele rechazado la solicitud un par de veces? Es una situación común y corriente, la vanidad no cabe aquí. Las respuestas positivas son escasas, eso lo saben hasta sus amiguetes de juegos. ¿No desea volver a ver a su hermana? Que yo sepa tiene una relación estrecha, muy estrecha, con su hermana lejana.

—¿Ágata?, murmuró el nene del sillón.

—Me parece que Tamara. Cariñosamente llamada Amara, ¿no? ¿O Mara? Es una broma, por supuesto, ya sé que la bautizaron Ágata, así la llama usted en sus cartas, quién sabe por qué.

Por tanto, los confidentes de la Seguridad, uno de cuatro ciudadanos honrados, estaban al tanto de su estrecho, demasiado estrecho vínculo con Ágata, pero ignoraban el código. Tamar, llamada Tamara, Mara, Ara, Tara; ni idea de cómo ni de dónde apareció lo de Ágata, no se lo sabían absolutamente todo. Hay secretos inaccesibles hasta para tales iniciados, ésta era de verdad la buena nueva, la que valía la pena de una audiencia en la Sede de la Seguridad del Estado.

—Sí, sí, Tamara, no Ágata.

—¿Por tanto, renuncia? ¿Renuncia de veras? ¿No puede dejar a los amigos patriotas ni la Patria sumida en la miseria y la tiranía ni los soplones idiotas y sus jefes imbéciles?

—Sí, renuncio, gimoteó el mudito. El coronel consumía otro cigarrillo capitalista.

—¿Renuncia usted, sin más ni más? ¿Qué dirá su señor cuñado, el diplomático? Ha hecho gestiones personales y oficiales para que se le conceda este pasaporte. Desde hace algunos años, desde entonces las está haciendo.

—Pero no se me concedió. A pesar de los esfuerzos de mi señor cuñado, no se me concedió.

—¡Pero ahora sí! Estamos corrigiendo nuestros errores, pues somos personas, no monstruos, como creen sus amiguetes. Cometemos errores, los corregimos, cometemos otros, los corregiremos. Bueno, a usted corresponde decidir, yo le he comunicado oficialmente la aprobación. Puede ir a ver a su hermana y a su cuñado. Eso es todo.

La autoridad se había puesto de pie, sobre sus pies cortos, el huésped también se había levantado, un poste largo y delgado. Se preguntaba para sus

adentros si el objeto de la convocación habían sido los amiguetes patriotas o el cuñado yanqui.

—Y, evidentemente, volverá usted al cabo de un par de meses. A sus amigos. El lugar de la partida es también el lugar del retorno. El sitio donde uno ha nacido es insustituible. Lugar único, la geografía natal. A la que está usted ligado, ya lo sabemos. Con lazos muy sólidos, por lo visto.

El audiado callaba. El humo del cigarrillo era fino y perfumado, como los placeres prohibidos.

—Tiene tiempo para reflexionar. El pasaporte está aquí, le espera. La estancia en el extranjero puede extenderse en nuestra embajada, si siente la necesidad de una prórroga.

El pasaporte no era una casualidad, ¿pero cómo recompensar la generosidad de la Autoridad? ¿Por una actitud más concesiva del cuñado diplomático hacia la Patria de su esposa? El cigarrillo se acababa, la audiencia se acababa, el humo se diluía, el coronel ya no sonreía.

—¿Sigue usted yendo al teatro? Miseria en aumento, tiranía en aumento, ¡pero el teatro sobrevive! Un teatro extraordinario, entre los mejores del mundo, ¿verdad? ¡Grandes talentos, grandísimos! La Escena Nacional sigue viviente, hasta en tales tiempos aciagos. La Escena está viviente, la calle está viviente, igualmente la cancha de fútbol y el restaurante y el mercado y la canción y los chistes. Admítalo usted, y los chistes. Así regeneramos las energías, en las tascas y en el mercado y en los baños turcos. Y en el circo, desde luego, y en el circo. He leído sus escritos sobre el circo. Los leí con atención, ya sé que no son accesibles al vulgo. Lectura placentera y relajada, sin buscar subtextos, no me importan, no estoy a la caza de trampas.

El actor aguardaba la réplica de su compañero en las tablas, a quien seguía honrando con su encantadora actuación. Pero la contestación esperada no llegaba.

—Nuestra gente intentó contactarle en ocasiones, pero usted no manifestó entusiasmo alguno. Lo comprendimos y le dejamos en paz. En la paz no muy pacífica de sus amistades. Bueno, y con el pasaporte, ¿en qué quedamos? El pasaporte tan soñado, la muy soñada hermana.

—Lo pensaré. Ha sido usted muy amable, gracias. Lo pensaré, es una opción importante.

Sí, era importante, desde que hasta el teatro, no sólo la miseria, chirriaba bajo el peso de lo grotesco. Se detuvo, el coronel enanito lo estaba mirando, de abajo para arriba.

—¿Podría tener un cigarrillo?

El audiado sonreía, el coronel no sonreía pero sacó enseguida la petaca de su bolsillo.

—Oh, por supuesto. Al parecer se decidió usted. El pasaporte significa cigarrillos finos... Pero el doctor Sima le hizo dejar el cigarrillo, ¿verdad?, y eso hace varios años. También él, el binocular Eduardo, fue quien le curó aquella dolencia... o el síndrome, el síndrome no sé cuál. Sí sé, el FR, ¿no se llamaba así? El doctor Eduardo Sima piensa ahora que la aventura transoceánica será para usted la curación definitiva. Hace mucho que no lo ve, demasiado...

El mudito quedó paralizado, ya no se movía, el último golpe había sido demasiado fuerte, un golpe magistral, se le olvidó hasta el cigarrillo, pese a que el mechero del coronel estaba encendido. Se inclinó, encendió el cigarrillo, se inclinó nuevamente para dar las gracias a la Autoridad, que ahora le tendía una mano enorme y blanca.

LA MÁS LARGA NOCHE

Durante la noche del suicidio que no tuvo lugar disfrutó de una cajetilla de pitillos baratos, tabaco fuerte y apestoso, una botella de vinillo peleón, hecho de «aserrín», como dice el pueblo, y de largas pausas extendidas entre preguntas sin respuesta. Hasta el amanecer, cuando la respuesta ya no necesitaba de preguntas. ¿El fin disfrazado de nuevo comienzo?

Había aceptado, después del tabaco apestoso y el vino de aserrín, la sabihonda sonrisa del coronel de zarzuela. ¿Exilio? ¿Otro exilio, el enésimo? Estaba habituado al exilio en su lugar natal, que tenía la ventaja de aniquilar, paulatinamente, el reflejo de bregar por liberarse.

«Sufrió usted desde niño, lo sabemos. Igual que su hermana», le había informado el resabido coronel. ¿Igual que la hermana o con la hermana?

«No lo suficiente», musitó el sufriente.

«¿Decía usted?», indagó el comediante. «No, nada», respondió el estirado, mientras repetía para sus adentros: «No lo suficiente, no lo suficiente».

No lo suficiente, camarada Tudor, puesto que estoy caminando, comiendo y durmiendo y hasta escuchando en la Sede Central de la Seguridad del Estado el ofrecimiento de puesta en libertad. Una solución terapéutica, al parecer, según opina su colaborador, el doctor Eduardo Sima. Los reflejos larvarios no pueden trocarse por los del renacer, eso debía haberles dicho el especialista, pero ustedes ya lo saben, puesto que se han esmerado mucho por enseñarnos la práctica de la modorra, la espera soñolienta y sin

objeto, en la pequeña celda de puerta color sangre que bloquea el acceso a los inoportunos. Entre libros y pesadillas saqué mi título de estoico autodidacta, desdeñando el correr en pos de riquezas y aventuras, en pos de los fantasmas de la felicidad. El síndrome FR, pues sí, me siento orgulloso, como un fanfarrón, de mi exitoso menoscabo, de la pérdida de vitalidad y de reflejos defensivos. Lanzarme a este ancho mundo, ¿a dónde y para qué? El confinamiento dentro de mi celda roja me abre horizontes imaginarios infinitos, inabarcables, inaccesibles a los pobres conquistadores de la cotidianidad, mareados por el humo de cigarrillos dorados.

«Bien lo sabemos qué pesadilla fue para usted el campo de concentración, donde perdió a sus padres. La guerra, qué se le va a hacer... lo sabemos y sobre todo podemos imaginarlo. Nuestro oficio requiere imaginación».

«Sí, camarada coronel, al hilo de los años el cautivo se ha vuelto indiferente al cautiverio».

«¿Decía usted algo?», preguntó otra vez el preguntón profesional.

«No, nada», contestó el preguntado, mientras para sus adentros seguía diciendo, afónicamente, que el camarada tenía razón en desestimar la ilusión del cambio y que el único cambio decente era el pasaporte. Allí, en otras orillas, le esperaba Tamar, llamada Tamara, Mara, Ara, a quien sólo el hermano tenía derecho a identificarla bajo su codificado nombre oculto.

Al marcharse ella, él se creyó redimido de la cadena que sangraba, pero no dejó de añorar al fantasma de Ágata, como de hecho la llamaba en secreto. Sin confesarlo, sin el valor de confesárselo a sí mismo. Y ahora, en esta noche inacabable, ingiriendo el humo nauseabundo del cigarrillo y el veneno del vino nauseabundo, le arrojaban nuevamente al pasado que no había pasado.

¡Exilio, pues! Otro exilio que aquél de su infancia con alambre de púas o del renacer con alambre de púas. ¡Exilio! Quedar libre de miseria y tiranía, despedirse de los soplones proliferando como los hongos tras la tormenta de las promesas mentirosas. El renacer, por enésima vez, después de la larga muerte inacabada, regreso a la niñez. Recordaba, casi despierto, todavía despierto, hasta cierto punto despierto, el día de la salida del campo, el fin de la guerra, los vítores de los cautivos, los brazos largos y huesudos de Débora, la madre de la recién nacida Tami, Tamir, Tamara. Debi, la tía que se había convertido en su madre, le estrechaba en su pecho, llorando y sollozando. La tía Debi, hermana menor de la madre, que había fallecido los primeros meses de campo. Debi, amante de su padre, el viudo a quien, después de un año más, se lo tragó, a él también, el dragón de la noche. Los

desgraciados cambiaban incesantemente el nombre de la muerte, de tifus a cáncer a tuberculosis y a in, inani, inanición, inanimación, de hecho ya ni ellos mismos sabían qué nombre darle a la damnación. El advenimiento del angelito Tamir, hijita de Débora y de su cuñado, fue la señal sagrada de la esperanza, entre los vítores a la victoria que finalmente se había alzado, solar. Los sollozos y carcajadas de los fantasmas alocados por la alegría no podían olvidarse, sollozaba también Debi, la madre de Tamir, hecha asimismo madre del huérfano agarrado de su mano, temeroso por perderla, por que ella lo perdiera, por que sucediera lo que ya había sucedido con su madre y su padre, devorados por los tigres nocturnos.

¡No, no se irá a ningún lado! Se quedará hasta el final aquí, junto a la tumba de mamá Debi, envuelto en las cartas de la hermana Tamara, con quien habían peregrinado de uno a otro orfanato y de quien no podía separarse ni en sueños, encadenados a la misma placenta, como hermanos siameses. Aquí se había iniciado en las complicidades de la obediencia y en la solidaridad con los infractores. Aquí se había enamorado de las palabras y se autoengañaba con la idea de que no vivía en un país sino en una lengua. No, no estaba preparado para convertirse en un sordomudo, en el Paraíso de la Prosperidad, pese a que el señor su cuñado se había plegado a las insistencias de la esposa, que le trajese al Otro Mundo a su compañerito de antaño. Dio otra chupada al cigarrillo maloliente y bebió otro trago de la pócima hecha de basura. ¿Podría acaso conseguir cigarrillos Kent, como los que fumaba el camarada, el coronel Tudor, y su cuñado diplomático al otro extremo del mundo? Se vendían en el mercado negro diez veces más caros, igual que el vino bueno, robado de las cavas de lujo de la Autoridad, pero a él no le gustaba dulcificar su veneno. No, camarada Sima, doctor Sima, ya no me cuidaré de nuestro tabaco asqueroso, ni del tabaco perfumado de los otros, no, tampoco de este vino agrio y envenenado.

«No hay suficiente veneno», farfulló sin que le oyeran, justo cuando el camarada encuestador encontró oportuno el momento para compadecerse de los supervivientes de la solución final.

«Usted sufió mucho y desde pequeño, igual que su hermana», recitó la Autoridad, sin prestar oídos a la respuesta. No lo suficiente, no lo suficiente, mi coronel. La ponzoña del sufrimiento no había llegado a su tope, camarada, ya que el resucitado proseguía, como un comicastro, sus historietas diarias y está dormitando aquí, en el sillón demasiado ancho de la Seguridad del Estado. Al coronel le habían educado cuidadosamente para ejecutar su parte, pues ya no se trataba de un pasaporte, sino de la

relación con las grandes potencias, he aquí por qué se escogió para ello todo un coronel, no un capitancito o un comandante cualquiera, por eso le habían enseñado elegancia y buenas maneras, le prepararon debidamente para que dejase una buena impresión al futuro tráfuga. Y había dejado para el final el golpe de teatro, lo de Sima, con el objeto de desconcertar completamente al historiador del circo. ¿Eduardo Sima? ¿Ed? No, no puede ser, los hermanos Ed eran morenos, de pelo y bigote untados con betún, y el doctor Sima calvo y rechoncho, de ojos azules, como de angelito, con una reputación perfecta. Premonición, ¿esto anunciaban los gemelos Ed? La pesadilla fue una premonición, ¿quién lo sospecharía? El doctor Eduardo Sima era de una moralidad intachable, nadie cometería la locura de ponerla en duda, el psiquiatra confidente de la poli defendía celosamente su buena fama.

Sólo el nombre de Ágata no supieron descifrar los polizontes, sería mucho pedir que buscasen por las bibliotecas el libro que había inspirado al hermanastro para considerarse «un paria sin atributos», con una hermana rica en misterios. «¿Ya no recuerdas quiénes te han deportado y han matado a tus padres?», le había preguntado Ágata, tras su negativa a seguirla.

«Pues, sin eso, no te habría conocido», masculló el comicastro, queriendo herirla.

No había seguido a Ágata. El cínico se quedó a estudiar la Historia del Circo y a medir el rendimiento de la farsa.

Pero éste no había sido el verdadero motivo. Fue el miedo a lo desconocido, y también a lo demasiado conocido que llevaba el nombre de Ágata. De la placenta de aquella dupla no podía salir.

«Sí, aquí me quedo, no aguento convertirme en un errabundo, como me han llamado desde siempre. Ser un anónimo en el desierto, sin otra identidad que el sueldo administrado según las reglas del pragmatismo».

Esto le dijo el doctor en Historia del Arte y del Circo al diplomático yanqui, a quien la mordedura de una alimaña venenosa le había obligado a ingresar en el hospital de afecciones infecciosas, donde descubrió a la bella bizantina. La víctima de la rabia canina se convirtió en un sonámbulo dependiente de los efluvios de aquella.

Veía ahora a Ágata en el vaso del brebaje amarillento, entre los anillos de humo ponzoñoso, repitiéndole, una y otra vez, el mismo estribillo humilde: «Y tu madre y tu padre y los tíos y las tías sepultos en tierra extraña, en medio de bosques, ¿ésos ya no cuentan? ¿Ni mi madre

que vino a ser madre tuya y nos dejó huérfanos, en el asilo para niños extraviados?».

Chupó otra vez del cigarrillo envenenado y bebió del vino envenenado, atisbando a su hermana flotando en el líquido turbio del vaso que temblaba en su mano sudorosa. «No quiero cargar con esas sombras en un mundo ajeno. Me quedo aquí, entre la miseria y el terror, entre amigos y soplones y policías adiestrados a bailar el cuadril de los acomodados. Estoy acostumbrados a ellos, no me quedan fuerzas para aprender los modales de la prosperidad». Luego murmuró tímidamente: «Si yo me quedo, tú también debes quedarte».

Oyó el susurro del vaso, que no quería oír: «Si yo me voy, tú también tienes que irte». No se fue, y ahora era aún más tarde que entonces. ¿Qué le quedaba para venta en el mercado de la libertad, qué sabía hacer él, qué podía ofrecer y a quién? ¿Su doctorado en Arte e Historia del Circo? No era médico, como Ágata, ni poseía sus encantos.

La botella estaba vacía, la cajetilla de pitillos bastos no todavía, Ágata seguía aquí, pasmada, igual que antaño, con las bobadas de su hermanito resuelto a pagar hasta el final la culpa de haber sobrevivido sin padecer lo suficiente, sin morir lo suficiente, como tantos otros.

«Ya no soy competitivo, hermanita, quizás nunca lo fui. Soy la sombra sin atributos, como decía el autor que tú rechazas. No puedo ser ni pintor de brocha gorda, ni chofer, ni mago de circo, estoy atrapado por las cadenas que yo mismo creé. No tengo nostalgias, creo en la vanidad de la ceniza en que todos hemos de convertirnos luego de pasar por los hornos de las ilusiones. Sí, tienes razón, seguiremos hablando por teléfono, como siempre. Y no tendremos el valor de expiar, otra vez nos faltará el valor y la decencia de envolver alrededor de nuestros cuellos el hilo telefónico de dinamita, para poner término a la farsa».

Ágata callaba y sonreía, la pícara, con las consabidas sandeces de él. Aquella sonrisa suya irresistible, humillando los bisbiseos del farandulero, quien correría sudoroso al aeropuerto, hacia la libertad y la aventura, hacia el futuro llamado Ágata, pues así la bautizó un lector que pretendía carecer de atributos.

«¿Que no eres competitivo? ¿Esto quieres decir, so payaso? ¿Y entonces, cuando, dos huérfanos sin nadie en este mundo, nos pusimos a devorar los libros de escuela o a trabajar por donde se terciaba, durmiendo en cualquier lado y comiendo cualquier cosa, pero rehusando la resignación y la apatía a las que luego te entregaste, tan impasible y

descuidado? ¡Son cuestiones de sentido común, hermanito! Basta echar una mirada a tu alrededor, a la feria con centenares de letreros mentirosos, y hallarás el poder de romper la puerta color sangre y escaparte, lejos del país que nos parió y nos tiró a la nada y luego nos volvió a parir para amaestrarnos como conejillos de Indias. ¿Te estás empecinando, como cuando, de niño, al descubrir tus debilidades, corrías a encerrarte y a echar aldaba a la puerta? Me parece que te has olvidado de cómo me llamo yo. Ya no soy Tamir, ni Tamara, Tara, Ara, soy Ágata, y sólo tú lo sabes. No seré más que Ágata, como lo decidiste, antaño, cuando hablábamos la misma lengua».

¿La misma lengua? ¿La del pasado que desaparece en todo momento?

¡No, la salida nada soluciona! Es espejismo en el desierto de una nueva ilusión. Otra vanidad, que lleva el nombre de Ágata, espera, no me cierres el teléfono, escúchame, créeme, es otra postergación, otra trashumancia. Nada más, entiéndeme, tú, que todo lo entiendes, no es posible que hayas olvidado entenderme.

Su semblante había desaparecido del vaso, la voz seguía allí, pero débil, cada vez más débil, ¡por Dios, que no se perdiera!

«¡No soy Ágata! No salgo de un libro, he salido de una mujer, mi madre y tu tía. Soy real, pese a estar lejos, demasiado lejos. No me llamo Ágata, sino Tamir. No me echas a un libro, más lejos de lo que estoy, sólo para que puedas hallarme a cualquier hora, también allí, encadenada a sombras sin atributos, no a ti, mi hermano real, con atributos y defectos reales. De lo que no puedes separarte es de la tumba de libros en que estás tapiado, de sus portadas de plomo. ¡De ellas no puedes separarte, o sea de ti mismo! ¡De la vanidad de tus paredes!».

Echado en el piso, al lado de la puerta, buscaba a tientas la cajetilla de cigarrillos apestosos y no la encontraba. Estaba borracho, como quería, en aquella noche de trago miserable y cigarrillos miserables, en la miseria del paraíso desde donde le habían enviado a la muerte, luego lo resucitaron para sospechas y escupitajos, y al que no podía abandonar.

«De ti no puedes separarte, ¿no es así? Ésta es tu maldición, la hermanita lo conoce, como te conoce a ti. Dondequiera que llegues, junto a Tamir, Tamara, Tara, seguirás siendo tú mismo. Los estantes de libros son la vanidad de vanidades, hermanito mío, no la aventura de reencontrarme. Se te ofrece una oportunidad maravillosa, la vida de ultratumba y de ultra-ultra. La vanidad junto a Ágata, el renacer. Retornarás, feliz, a edades remotas. ¡Y volverás a crecer, como antaño, junto a Ágata!».

La escuchaba, no la escuchaba, estaba borracho, cansado, no encontraba los pitillos que hacía más de diez años no había probado. No conseguía alcanzar la cajetilla. Su mano sólo tocaba, una y otra vez, la cajetilla vacía y la botella vacía, caída al lado del cadáver que no acababa de morir.

Y HA SIDO EL SEGUNDO DÍA

El calendario hacía su deber: érase una vez, como entonces. El día festivo: el desarraigo. Un día despejado y frío, de cielo lejano.

Tras recibir el pasaporte verde en la ventanilla de la Autoridad, había acatado las reglas de cautela y confidencialidad que le recomendaran. Le protegían tanto de la envidia de los amigos como del fastidio de los espías y soplones. Bien lo sabía: la suerte, la trampa, el privilegio podían ser retirados en cualquier momento, también sabía que la suspicacia que garantizaba el funcionamiento del sistema no cesaba una vez evadido el cautivo, el bazar de almas y recompensas enviará a sus buhoneros allende montañas y valles y ríos, a dondequiera que haga falta.

El ritual de la aduana se desarrolló lentamente, sin imprevistos, la maleta revuelta pieza a pieza, camisas, corbatas, bufanda, pañuelos, guantes, zapatos, pantuflas, pijamas, por ningún lado asomó la bomba atómica. Se encontraba ahora delante del último patrulla, que lo examinaba atentamente, sin hablar. El pasajero examinaba a su vez al guardia, para darse cuenta si su propio aspecto bohemio había despertado hostilidad de aquél: más estirado que nunca, la cabeza y la cara recién afeitadas. Vaqueros lavados, camisa blanca, almidonada, la chamarra brillante, azul marino, de grandes bolsillos en el pecho, gafas ahumadas, como en las películas de gángsteres.

—Pasaporte, por favor.

Su mano en el bolsillo izquierdo, del pecho, de la chamarra de plástico, el pequeño librito, amarillo, tipo carné. Volvió a guardarlo, presuroso.

—Espere, despacito, vamos a ver qué es esto.

Azorado, el viajero le entregó el librito amarillo.

—¿Qué es esto? ¿Qué será esto, jefe?

El jefe callaba, lo mismo el guardia, electrizado por la sorpresa. Largo silencio, de ambos lados.

—Una guía. Para el viaje, osó farfullar a fin de cuentas el viajero.

El guardia se espabiló, ofendido.

—¿Qué cosa? ¿Cómo ha dicho, míster? ¿Guía? ¿Tan diminuta, para que

quepa en el bolsillo? ¿Qué clase de guía? A lo mejor un código, ¿verdad? ¿Verdad?

El librito amarillo estaba ahora casi pegado a los ojos grandemente abiertos del avezado guardia fronterizo, decidido a descifrar el código.

—A-dal-bert. A-dalbert, deletreó el patrulla. ¿Qué es eso? ¿Qué diantres será eso? No puedo creer que sea un pasaporte extranjero.

—No, no, disculpe, me equivoqué de bolsillo, tartamudeó el de la mala suerte. Esto es una cosilla, así, para leer en el avión. Para pasar el tiempo. En el viaje.

—¿Qué será? ¿Guía de viaje? ¿Cómo mecerse en el avión, cómo respirar si hay ciclones? Wunder. Wunder-sa-me, siguió deletreando el soldado.

—Es un cuento para niños, contestó, calmado, el sospechoso.

—¿Para niños? ¿Para niños ha dicho usted? ¿Guía para niños? Pues usted ya no es un niño, no me equivoco, ya no es.

El patrulla medía al culpable con sus ojos, de arriba abajo y de abajo arriba y a lo ancho. No estaba equivocado: ¡el bobalicón no era un niño! No, ya no era un niño, a lo sumo un idiota, pero niño, no. El patrulla se volvió hacia el patrulla vecino, quien controlaba la maleta de una vieja gorda y coja.

—Oye, Juanito, vente para acá.

Juanito se acercó, redondito y rosado.

—¿Qué es eso, Juanito? ¿En alemán? ¿Sabes alemán?

—No sé, pero podemos mostrarlo al capitán. Camarada Dobre, el capitán tiene un perro grandote, de raza alemana, que se llama Doberman. Constantino Doberman. A lo mejor ése sí sabe el alemán.

El Patrulla número Uno parecía divertirse con el Patrulla número Dos, pero se volteó, con renovada suspicacia, hacia el mentiroso que ya no era un niño. Lo miraba directamente a los ojos, con dureza, levantando en su mano derecha el objeto del delito.

—*Re-klam, Phi-lipp Reclam jun. Stutt-gart. Universal, Universal, Bi-Bibliothek.*

Y bruscamente, ¡zas!, por arte de birlibirloque el librito desapareció en el bolsillo de atrás de la divisa oficial.

—¡Prohibido! Ningún material impreso puede salir del país sin permiso especial. Permiso del ministerio competente, el de asuntos internos. Sobre todo impresos extranjeros, en idiomas extranjeros no pueden salir del país sin permiso. Haga usted una solicitud y espere la aprobación.

El pasajero no protestaba, el objeto del delito quedaba en lugar seguro, en el bolsillo de la Oficialidad, al abrigo de intemperies y accidentes.

Redoblando su prudencia, el patrulla cerró cuidadosamente su bolsillo dorsal. Y ahora examinaba y volvía a examinar la foto del pasaporte, comparándola con el original que tenía delante. Examen minucioso, durante el cual el otro podía ejercitar su memoria.

Había sido un sábado lluvioso, había mucha gente esperando aquel sábado en el taller fotográfico, pero el cliente venía armado de una cajetilla de Kent, también traía un chocolate alemán y un jabón fino, francés, una de las maravillas surtiría efecto. Pero el fotógrafo, ni caso, tampoco la cajera gorda y rubia a quien intentaba explicar que necesitaba una foto natural, sin retoques, no fuera que apareciese como un chaval varado en la edad de los cuentos de hadas, como lo habían retratado otros fotógrafos, necesitaba, pues, que se le notaran las arrugas y los recursos de regeneración, una foto que inspirase confianza en la puerta de salida.

La cajera le escuchaba sonriente, arreglándose los rizos oxigenados y finalmente se dejó convencer, como ante un chiquillo caprichoso, recibiendo, emocionada, la cajetilla de Kent y el jabón y el chocolate. Se había levantado, pesadamente, de su asiento detrás de la máquina de cobrar, para hacerle gracias al patrón, quien, en un tris, con destreza de profesional, ya había tomado la foto y pasaba al siguiente.

Frunciendo sus labios, la regordeta trataba ahora de aplacar las objeciones del larguirucho. Sudorosa por el esfuerzo y la gordura le repetía que siempre hace falta una pizca de condescendencia cuando uno ve su rostro estampado en una foto de lujo, las pequeñas inconcordancias entre el original y su reproducción son naturales y expresivas, y, sí, muchísimas gracias por este tabaco fino, mi hermana fuma y le sabrá a cielos, oh, sí, he oído hablar de tan famosa marca de jabón, ya estoy soñando con el baño de esta noche y con el chocolate, por supuesto, soy una pecadora y una espontánea, no resisto no comer golosinas, pero no se preocupe usted, por favor, no tiene sentido, los labios sonríen irónicamente, exactamente esto es lo debido, las cejas tupidas señalan la tenacidad que compensa la timidez, pero usted no es un tímido, sus orejas son finas y qué decir de los ojos, tiene una mirada que recordaré cuando me entregue a esos placeres vertiginosos. El pasajero sostenía nuevamente el pasaporte, vuelto a aparecer, ¿cómo?, ¿cuándo?, entre sus manos.

—Nómada, ¿eh? Así le llaman, ¿verdad? O le llamaban...

El nómada sacó un sonido incomprensible.

¿Así le llamaban los soplones? En sus años de estudiante, sí, llevaba entre sus compañeros el apodo de EL MALETAS, por su costumbre de cambiar

cada tanto de caseros. ¿Habría confidentes entre ellos? Y por qué no, por qué no, pero desde entonces había pasado la mar de tiempo, tiempo sin sentido, petrificado en los archivos de los polizontes. Sí, El Maletas, éste soy yo, así me llamaban los condiscípulos de antaño. El destino siempre habla por boca de los pecadores, y he aquí uno, disfrazado de guardia de aeropuerto. ¿Y si le preguntaba si acaso se llamaba Ed? ¿Contraseña Ed?

¡Nómada! ¿Premonición? Nómada... Premisa, premonición, predestinación... Ed, el pobre guardia y policía fronterizo, estaba en su derecho al reírse de la cara boba de aquel tío estirado, de labios fruncidos y cejas levantadas en señal de asombro.

¿Sonreía, sonrío bajo su bigote rojizo el patrulla? No, no sonrío, el veneno no se había convertido en sonrisa, sólo en una fina mueca de superioridad.

—¡Correcto! ¡Todo correcto! Le declaramos OK y le soltamos a este ancho mundo, sentenció el patrulla y señaló al nómada que avanzara hacia el ave que le llevaría a donde fuere. ¿Sangraba al subir al avión? Ni modo. Así se había figurado la despedida de sí mismo, como un desangrarse. La lengua cercenada como condición previa para el otorgamiento del pasaporte, el equipo de cirujanos recogía sus herramientas salvajes, la sangre vieja comenzará a manar. ¿Sin anestesia? Sin, y con utensilios herrumbrosos, bárbaros. Esperaba, tenso, que, al cerrar los guardias su maleta, la sangre empezara a escurrírsele del cerebro y del corazón y del vientre, y, por qué no, también de sus ojos, desde luego, de su mirada habituada al paisaje de toda la vida y de los oídos adictos a la fonética de su biografía, sí, eso esperaba, resignado y aterrado a la vez, pero no pasó nada. Nada de nada, ¿quién lo hubiera pensado? Se tambaleaba al subir la escalerilla del avión, como mareado, pues de veras lo estaba. Se acurrucó luego, anonadado, en el angosto asiento de la ventanilla. Apretando la cabeza entre sus manos sudorosas, la maleta encima de la cabeza aturdida. El pasajero reposaba, exhausto, en el vientre del monstruo volador, volaba, partía, escapaba, liberado, desatado, desarraigado, hacia ningún lado.

—¿Se encuentra bien?, le preguntó la azafata.

El pasajero, pálido, no contestó. Estaba concentrado, tratando de recordar las primeras palabras del librito amarillo incautado por el guardia fronterizo. La primera oración, siquiera la primera. «*Nach einer glücklichen...einer glücklichen, jedoch beschwerlichen Fahrt.. jedochfur mich beschwerlichen Seefarf..*». Por mar, pues, por mar, un viaje marítimo, no aéreo. Venturoso, dizque venturoso, pero difícil. No se sabe desde dónde ni hacia dónde, no, esto no se

dice. «*Nach einer fur mich beschwerlichen Seefart erreichen wir endlich dem Hafen*». Un puerto, sí, en la orilla foránea, la del desarraigado.

—¿Le traigo una aspirina? Tenemos aspirinas especiales, para los que no soportan el vuelo.

La guapita le estaba ofreciendo una píldora, quizás dos y un vaso con veneno transparente, cristalino. El paciente no parpadeaba, parecía dormido, el viejo avión soviético se empeñaba en despertarle a fuerza de sacudidas, pero ya nadie podía despertar al nómada pálido, aprisionado, con los ojos cerrados, en su desmayo y ascenso. Estaba solo, solo, solo, no lograba recuperar a Tamir, justo ahora, cuando tenía tantas cosas que decirle.

Hablaba a la azafata, le hablará, sí, cuando le traiga otro vaso de veneno destilado y la píldora de cianuro, le hablará.

—No, yo no quería ser un nómada, créame. No tenía idea de que el doctor Ed Sima considera que el nomadismo puede ser una terapia. He experimentado la aventura desde temprano, cuando era una criatura inocente y no me sentó bien. No me sentó nada bien, no logré devolverla, quedó en mis entrañas, infectando todo el aparato. Tampoco le sentó bien a mi amada Tamir, ni a nuestros padres, ni a otros. Prefiero los fracasos, si no son obligatorios, prefiero el candor y las ilusiones del fracaso, pero no, no quería volver a ser un nómada. No creo en la terapia de Ed Sima. Aquí, donde he sufrido y amado, donde he aprendido a hablar y a escribir y sobre todo a leer, aquí, donde he visto por vez primera el mar. El despachador del destino no me concede otro DNA que el de los transhumantes, ya lo sé. Yo quería quedarme, pues creo que no he sufrido lo suficiente. Estaba habituado a los trucos, compromisos y compensaciones, canciones en vez de oraciones, chistes renovados, para una mejor hipnosis. Sí, de todo había, sólo Tamir faltaba, no lo puedo negar. Por eso me emborraché...

La azafata no estaba, el paciente seguía hablando tanto para sus adentros como de viva voz, difícil pararle, no se sabía cuándo era de viva voz y cuándo no.

—Oh, sí, con vino barato y cigarrillos baratos y malos, hasta no saber más de mí. Una noche larga, emponzoñada, para curar mi idiotez, para lanzarme, de una vez, fuera del alegre purgatorio. Lejos, hacia el otro mundo, paraíso o infierno, lo que fuere, pero lejos, lo más lejos posible. Y para colmo, a la madrugada, al despertar, estaba más idiotizado que antes, más decidido que nunca a permanecer en la parálisis de la rutina. El cálculo simple y no del todo idiota era que me gustaba mucho el idioma, ya comprendía el doble, el triple, el múltiple lenguaje, con tantos significados fluidos, había

descubierto el placer de indagar las charadas de la supervivencia. Cautó con las metáforas, pero seducido por ellas. Saboreaba el paso del besuqueo a la rabia y el rencor, el humorismo de los listos, el código de los poetas, la sensualidad de las mujeres, tenía amigos y libros y montañas y mar, alegrías reales.

—¿Me ha llamado usted?, preguntó la joven de la dentadura perfecta. Ya está bien, ¿verdad? Veo que ha vuelto en sí.

Pues sí, habían vuelto las quejas. El desatinado no estaba nada seguro de su decisión a desarraigarse. Huérfano obcecado por juegos infantiles, se preguntaba, el pobre diablo, qué sería de él lejos de su paisillo. No era admirable y no le quería, pero era suyo, a pesar de todo, así, a medias, a un cuarto, como fuera, no como los puertos desconocidos hacia los cuales volaba el Ave Fénix. Aterrado de alejarse de los viejos, apestados lugares, el bobo no creía ni en la resurrección ni en el renacer. Iniciado en el escepticismo y la apatía, sentía que el avión lo alejaba, lo alejaba más y más de sí mismo, de su yo propio, pese a viejo y pestilente. «Ya no puede ser, esto ya no puede aguantarse», repetían los amigos y los soplones, «ya está bien, hemos llegado al límite, a apagar la luz». Todos exhaustos, tanto los soplones como los amigos hechos soplones, el absurdo demoníaco había terminado por agotarlos.

«Y si te da otra vez un cólico renal, como hace dos meses, cuando fue imposible conseguir un taxi y te salvó el cerdo de Mitu, el soplón del coche con la máquina siempre encendida y las maquinaciones prontas, y si te vuelven a decir, como hace dos meses o como hace un mes, que los pacientes mayores de cierta edad tienen que esperar, prioridad tienen los de menos de cuarenta años o los poseedores del carné especial».

Cerraba y abría los ojos, como las mañanas en que despertaba ante las sombras de dos polizontes y un sobre amarillo en la mesa.

—¡Deja de enloquecerme con esos recuerdos, Ágata! Deja de presionarme con advertencias, sólo quiero un poco de agua. Agua, pura y simplemente agua, de la llave, nada más.

Luego Ágata desapareció, igual Tamir, sintió nuevamente la mano aterciopelada de la patrulla de vuelo. Rozándole tiernamente el cuello.

—Ya está, hemos llegado. Los demás ya han bajado, pero usted hizo bien en decansar. Veo que ya se encuentra bien, el reposo le ha resuelto el pánico. En efecto, nada quedaba irresuelto, el avión estaba vacío •

TRADUCCIÓN DEL RUMANO DE VÍCTOR IVANOVICI



Julio Bittencourt

desde
una ventana
del edificio *número*
911 de la avenida
Prestes Maia



«Lo que se puede ver a la luz del sol es siempre menos interesante que lo que pasa detrás de un cristal». Así explica Baudelaire lo que nos sucede ante una ventana, esa apertura que invita a la contemplación para narrar un atisbo de quien vive dentro, pero también de quien observa desde afuera: una doble hendidura dispuesta a explorarse.



Walter Benjamin buscaba razones para su embelesamiento frente a las fotografías de Eugène Atget, quien fotografiaba las ventanas de su París, el de principios del siglo xx, todavía sin saber que la imagen no está nunca en el presente, como dice Gilles Deleuze, ni que lograría capturar, además de un objeto o una escena cotidiana,



la lumbre y las cenizas de la realidad a la que se había acercado, el deseo que animó la imagen, la destrucción a su alrededor, su resplandor, movimiento y audacia, y finalmente su memoria **«que no deja de arder incluso cuando ya no es más que ceniza»**, como sugiere Georges Didi-Huberman.



Atget tampoco supo que, a partir de sus imágenes, Benjamin descubriría que el invento de la fotografía había logrado, y logra, **«desmaquillar lo real, que no apunta a agradar o a sugerir, sino a entregar una experiencia y una enseñanza»**. Esta acción, **«desmaquillar»**, cambiaría el arte sólo interesado sólo en embellecer lo real.



En 2002, en Río de Janeiro, ocurrió la segunda ocupación vertical más numerosa de América Latina, en el edificio número 911 sobre la avenida Prestes Maia, antes una fábrica textil y hoy hogar de alrededor de quinientas familias, mil quinientas personas en dos bloques de veintidós departamentos y nueve pisos cada uno. **Trescientas sesenta ventanas.**

Allí, el joven de apenas veintisiete años Julio Bittencourt logró capturar cuarenta y siete de estas ventanas entre 2005 y 2008, tocando cada puerta, pidiendo autorización, localizando la altura, corriendo al edificio de enfrente, pidiendo otra vez autorización al vecino y esperando que los habitantes del Movimiento de los Sin Techo del Centro eligieran la pose y recibieran una señal de aviso para el clic.





Sólo esta serie, *In a Window of Prestes Maia 911 Building*, recibió el Premio Leica Oskar Barnack (2007), el Premio Portfolio Pick Review de la Aperture Foundation (2007) y el Premio Conrado Wessel Fundação (2006 y 2009). Cada ventana fotografiada por Bittencourt cuenta varias historias. La de quienes residen en este edificio, desde su vida cotidiana y su estética

de ocupación, emergencia e improvisación. La del joven fotógrafo que intentó con esta serie crear «**el testamento de un fracaso: uno que explique que no hemos sido capaces de dar a un sector de la sociedad un trabajo y un hogar dignos**». La historia de quienes vivimos del otro lado, a los que nos interesa más lo que sucede detrás de un cristal.





Las ventanas de Prestes Maia son sensibles al tiempo: resultan testimonio y registro, pero también la recreación de una iconografía sobre lo que somos, lo que sobrevive, después de la publicidad y la política. La geografía es precisa en el título de la serie, pero podría multiplicarse en toda América Latina, donde abundan edificios ocupados, pero, y sobre todo, donde lo que más hay es hacinamiento y pobreza, y donde, a pesar



de la miseria, quienes la viven y quienes observamos, además de los que la registran, sabemos encontrar belleza en un documento desmaquillado. Las ventanas de Prestes Maia capturan, desde lo cotidiano, la realidad de la supervivencia (entre otros documentos que se intentan esconder y destruir por denostar a «**la verde, exótica, rica y maravillosa América Latina**»). Aquí reside la resistencia de la serie, sabiendo cómo, en palabras de Deleuze:



«desabrigar la visión, es decir, señalarla como “aquello que nos mira”, sabiendo ver “en aquello que sucede” el verdadero acontecimiento».

Lo que ocurrió en Prestes Maia todavía acontece, y se extiende, y nos retrata.

DOLORES GARNICA

De la serie
***In a Window of Prestes
Maia 911 Building,***
de **Julio Bittencourt.**
Imágenes generosamente
facilitadas por el artista.
juliobittencourt.com



Pasado, presente y ¿futuro? del cine latinoamericano

● HUGO HERNÁNDEZ
VALDIVIA

El cine latinoamericano vivió una refundación en los años cincuenta y sesenta del siglo anterior. El fenómeno fue bautizado como Nuevo Cine Latinoamericano y creció alrededor de una serie de reflexiones críticas que, bajo la forma del manifiesto o la poética, hicieron públicas algunos realizadores comprometidos en diferentes polos del continente: en Argentina, Fernando Birri dio a conocer su postura en *Cine y subdesarrollo* (1962) y Fernando Solanas y Octavio Getino en *Hacia un tercer cine* (1969); en Brasil, Nelson Pereira dos Santos sentó las bases de un movimiento en *La conciencia del cinema novo* (1955-1962), y Glauber Rocha dejó constancia de sus preocupaciones sociales en *La estética del hambre* (1965) y *Estética de la violencia* (1971); en Cuba, Julio García Espinosa —quien falleció en abril de 2016— en *Por un cine imperfecto* (1969); en Bolivia, Jorge Sanjinés comenzó a dar cuenta de su forma de concebir el cine en *Testimonio en Mérida (Venezuela)* (1969) y posteriormente presentaría otros escritos de mayor alcance

que fueron reunidos en el libro, que en el título lleva el programa, *Teoría y práctica de un cine junto al pueblo*.

Los autores de estos textos —algunos de los cuales ya tenían experiencia en la realización cinematográfica mientras que otros pronto la tendrían— cuestionaron el cine que se hacía en sus respectivos países y en el continente y sustentaron su quehacer artístico en sus inquietudes intelectuales y sociales: el nuevo cine latinoamericano nació del pensamiento y de la indignación. Es congruente, así, que los realizadores se dieran a la tarea de revisar la estética heredada y que replantearan sus usos con la ética como prioridad. La forma de concebir el medio y el oficio, los temas y los procedimientos, debían corresponder a la realidad de la que surgían. Entre los rasgos característicos de ésta, la tradición más rica, están, además del diálogo congruente entre formas y temáticas, la seriedad y la densidad; a menudo la gravedad, siempre la crítica y el rigor. Y si bien es cierto que no vemos muy a menudo propuestas humorísticas (rara vez el continente da pretextos para ello), el ánimo reflexivo y el aliento crítico también son ingredientes de la mejor comedia latinoamericana, como prueban la maravillosa *Relatos salvajes* (2014), del argentino Damián Szifrón, y la cubana *Fresa y chocolate* (1993), de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío. Pronto estas ambiciones se hicieron presentes en diferentes países, y mientras el *cinema novo* empujó en Brasil una generación de cineastas rebeldes, en otros países fue más un asunto de individuos. Tarde o temprano, sin embargo, todos coincidirían en foros o

festivales y se unirían en agrupaciones. Es por eso que cabe hablar de un movimiento de dimensiones continentales.

En las décadas siguientes el cine latinoamericano ha vivido altibajos notables. Porque en largos períodos el séptimo arte se ha visto como una mercancía o, en el peor de los casos, como algo accesorio: en todo este tiempo no cesó la frecuentación de un cine frívolo que emula al cine comercial norteamericano y tiene como principal propósito el negocio. Pero aun en las épocas de vacas flacas es posible observar que subsisten la preocupación por lo social y el afán de repensar la realidad en la pantalla. También se ha mantenido la búsqueda formal (aunque tal vez nunca abundaron los cineastas radicales y viscerales — geniales— como Glauber Rocha, la preocupación por la forma sigue siendo prioritaria). La búsqueda de identidad y de originalidad ha hecho prosperar un cine que explora con rigor y ánimo crítico el pasado y el presente, la historia y el *statu quo*. Ahí es posible colocar a las mejores películas que se han producido desde los años sesenta.

Antes y hoy, el cine latinoamericano debe una buena parte de su presencia y reconocimiento a los festivales internacionales más importantes. Como señala Carlos Diegues, la edición del Festival de Cannes de 1964 «tuvo un papel decisivo en el descubrimiento internacional de este nuevo cine»: en la sección oficial compitieron *Vidas secas* (1963), de Nelson Pereira dos Santos —que obtuvo el premio de la Organización Católica Internacional (OCIC)—, y *Dios y el diablo en la tierra del sol*

(*Deus e o diablo na terra do sol*, 1964), de Rocha; en la Semana de la Crítica participó *Ganga zumba* (1963), de Diegues. Años después, Rocha obtendría en ese festival el premio a mejor director con *Antonio das mortes* (1969); en Venecia, años después, *La edad de la Tierra (A Idade da Terra)*, 1980) obtendría el León de Oro. En Cannes, Venecia, Berlín o San Sebastián han competido y, en algunos casos han ganado premios, cineastas míticos como el cubano Tomás Gutiérrez Alea, los mexicanos Paul Leduc, Felipe Cazals y Arturo Ripstein, los chilenos Miguel Littín y Patricio Guzmán y el peruano Francisco J. Lombardi, entre muchos otros. En épocas más recientes hemos sido testigos del «descubrimiento» o la confirmación de cineastas excepcionales, como los mexicanos Carlos Reygadas, Michel Franco y Amat Escalante, el argentino Pablo Trapero y el chileno Pablo Larraín. El paso por esos foros ha abierto la posibilidad de que no pocos cineastas tengan la posibilidad de trabajar en el extranjero. El caso más reciente es el de Larraín, quien se hizo cargo de *Jackie* (2016), que acompaña a la viuda de John F. Kennedy. Europa y sus festivales han sido importantes, pero para medir el pulso y tener una idea certera de la buena o mala salud del cine latinoamericano es preciso asistir a los festivales más importantes de la región, es decir a Cartagena y La Habana.

De la vigencia de las preocupaciones sociales dan cuenta las nuevas voces del cine latinoamericano, como puede constatar en el ciclo Talento Emergente que en septiembre y octubre programó la Cineteca Nacional (y posteriormente «replicó» el Cineforo de la Universidad de

Guadalajara). Entre las cintas participantes es conveniente mencionar las *operas primas* mexicanas *Maquinaria panamericana* (2016), de Joaquín del Paso, que exhibe con humor las miserias de la sociedad; *Sopladora de hojas* (2015), de Alejandro Iglesias, que explora el sinsentido de la juventud, y *Llévate mis amores* (2014), documental que da cuenta de la extraordinaria labor que realiza un grupo de mujeres del pueblo veracruzano de Guadalupe La Patrona, que brinda apoyo a los migrantes que viajan en tren. La argentina *La niña de tacones amarillos* (2015), de María Luján Loico, es una historia de crecimiento de una chica provinciana; la colombiana *Alias María* (2015), de José Luis Rugeles, aborda la cotidianidad de la guerrilla; *Nunca vas a estar solo* (2016), del chileno Álex Anwandter, exhibe la hipocresía y la discriminación en su país, particularmente en su trato a los homosexuales.

El cine de América Latina vive una época luminosa. Hoy abundan las escuelas especializadas en el audiovisual y el video ha hecho posible que cada vez más jóvenes se inicien en el medio. El reto, sin embargo, sigue siendo el mismo que han venido enfrentando los cineastas desde hace décadas: interesar a su propio público y hacer rentable la actividad sin hacer concesiones. Porque lo mismo en Argentina que en Chile, México, Colombia o Perú, el cine norteamericano se lleva la mayor parte de la atención y de la taquilla. La producción en general es buena en términos cuantitativos, pero las propuestas no consiguen apasionar a los que se creería que, de entrada, son sus receptores principales. El asunto es complejo y

muestra por una parte el poco interés de muchos cineastas por su realidad y, cuando lo hay, se hace presente un desdén por tender puentes con el receptor. También se hace evidente que, para las cadenas exhibidoras, el cine es una mercancía y que, lejos de ambicionar la formación del público, seguirán transitando por los rentables terrenos conocidos. Asimismo, particularmente en México, queda claro que las políticas gubernamentales no han sido suficientemente creativas como para hacer llegar al público las tantísimas películas que hoy se producen (alrededor de ciento treinta por año). El reto para el futuro es resignificar al cine como un asunto cultural *real* ●



Donde el tacto, de Fernando Carrera

● CARMEN VILLORO

Pulsa, pulsa la pulsión, ese concepto limítrofe entre el cuerpo y la mente; germen y semilla del organismo psíquico; piedra fundante de la estructura de lenguaje que llamamos Inconsciente.

La cosa en sí que es cuerpo, el cuerpo en sí colmado de simiente, pletórico de mar,

abre sus ríos hacia la representación imagen, establece los vasos comunicantes hacia la palabra que nunca es la experiencia sino siempre representante de ella que, al ser nombrada, al ser representada, ha dejado de ser pero ha dejado, por así decir, por sólo decir y paladear, el mosto, la huella dactilar en la memoria, el eso descifrable/ indescifrable de aquel fuego animal que la ha animado, que ha dado ánima, alma, a su intención.

Porque la pulsión pulsa, porque es empuje y cantidad, porque se agolpa y llena y duele, porque se congestiona y busca y cava, porque se frena y se contiene y se desborda y rompe y arremete y se congela antes del siguiente deslave, la pulsión sólo puede ser dicha con poesía.

Fernando Carrera no habla del amor, no habla del deseo, esas formas muy demasiado humanas, muy llevadas al acto civilizatorio, constructo de románticos y cortesanos, no habla de la pulsión, su humilde origen: la hace hablar. Nos dice, por ejemplo:

La piel es otro río que fluye

Sabemos, entonces, que en el cuerpo hay una fuente, con todo lo que fuente significa: nacimiento, surgido, origen, continuidad. Que el Yo puede ser líquido y que en el encuentro vital hay movimiento. Fernando, que ha bebido, en Paz, de *un alto surgido que el viento arquea*, dice:

Incesantemente caemos o subimos en la espiral donde todo danza y es, donde todo arde y es. Donde todo se expande y está siendo.

El cuerpo que es gerundio y el deseo que es verbo encuentran su expresión en las imágenes del agua, del viento y del fuego que el poeta nos ofrece como frutos plenos y, al mismo tiempo, evanescentes:

Se mueve todo el tiempo, piensas, la quietud momentánea, la ondulación de este instante sobre el cual el pensamiento fluye. [...] ¿cuántas veces el viento te acompaña?

Porque la pulsión tiene una fuerza, porque es fuerza, porque perentoria y disruptiva anhela su muerte y su descarga, se encuentra, en la poesía de Fernando Carrera, con la palabra *incendio*, con el vocablo *quemadura*, con el enunciado «destino, quemadura» que trae las resonancias de un Villaurrutia que madura en esta nueva voz.

las metáforas del fuego, piensas, tú desde ti, que has probado el cuerpo de la fiebre, humedad encendida al paso de tus manos; tú desde ti, que sabes de la lucha del hombre con el hombre, del hambre que arde como espiga seca en la boca del estómago.

La pulsión tiene siempre un objeto, el blanco de la flecha que la imanta, la presa del cazador que, como liebre tibia, lo seduce: «A ellas», dedica Fernando Carrera esta ofrenda con agradecimiento «por el instante intacto», dice, por la atemporalidad del deseo que, sin embargo, se despliega; «por el instante del tacto», desliza la variante, ese instante donde se ancla la eternidad, donde ellas son Ella, el objeto único,

única luna incestuosa que agita la marea de la sangre. Único objeto que inicia su desfile de máscaras y nombres, de sábanas y habitaciones, la amada que aparece como telón de fondo donde se esparce el vino, donde la mancha se diluye, donde se horada, se penetra el tejido del sueño. Mujer pretexto para que haya la vida. La otra, el otro cuerpo que duerme como un estanque inmaculado, la otra que guarda el enigma bajo los párpados, el «barco donde navegamos hasta el alba».

Tu cuerpo es una fractura blanca
Limpia La noche, un mar que nos insinúa
[de
pronto

Duermes y no
Rompo ese toque de luz bajo los párpados
película intacta
que imagina

Mi mano
construye esta noche llena de tu
[cuerpo

Con palabras que se tocan
hecha de caricias que no se nombran
la piel presagia aves que
emigran
este nuevo cielo

martes interminable /
paciente

En las sábanas donde acecha
el león que arriesga el apetito y lo dice
: levantamos la caza que es el templo
barco donde navegamos hasta el alba
Y

más

La mirada abreva, satisface su sed de siglos
en la oscuridad refrescante que ofrendas
Mujer vuelta río en la plenitud
de su movimiento

Dentro de la ciudad nocturna
eres cascada de posibilidades

Todos los
sentidos
hacia uno solo que fluye del tacto a la
memoria
de tu lengua a mi sexo

Blanco
El territorio donde combatimos
En tu ser de tinto y silencio
En la neblina de esta página donde
penetro de nuevo

Esto parece amor. Hasta parece amor. «Sé que el amor no existe y sé también que te amo», dijo el poeta Darío Jaramillo. Porque siento en mi cuerpo la llama que me llama. Porque la vida es un temblor que comienza y recomienza en los sentidos y vuelve la carne alimento sagrado y transforma los cuerpos unidos en un templo:

del cielo, tu rostro: llama
Y mi nombre acude
en la oscuridad
del cuarto el olor es una antorcha

Son los cinco sentidos los que componen este tacto: la mirada que toca, el sabor que se escucha, la piel que mira y mira. Pero hay otro sentido que *recorre las islas* como brisa. La memoria que va reconociendo la voz de la memoria: donde

el tacto... ¿dónde? ¿dónde el tacto? Don del tacto que ha dejado su marca de agua, su marca de niebla en el recuerdo olvidado. La memoria hace su aparición como una luz de baja intensidad que va creciendo y

Deja ver
su verdadero nombre, la sustancia
en el corazón del silencio
que rodea todo
lo que germina

Memoria que «trae consigo las notas del frío que la piel sueña». El recuerdo toma en esta poesía de Fernando Carrera la forma disuelta de la música, el vaivén del ritmo de sus versos que cantan y se arrullan y danzan y hacen el amor hasta alcanzar la lucidez del vacío, hasta convertirse en «luz consciente que desea».

Pero, ¿cuál es el fin de la pulsión? ¿Qué se consigue con la lucidez de las manos «que construyen el día de otro cuerpo profanado, agotado en la caricia del que va sembrando ausencias, recuerdos que se tocan»? Vida y muerte se entrelazan en la búsqueda de la quietud. Al final, la palabra va en busca del silencio. La poesía de Fernando Carrera expresa el límite de amor y muerte, el beso de las dos orillas que se tocan. El empuje que germina con la vida lleva inexorablemente al sello del humo y la ceniza:

El fuego es
nuestro dolor más íntimo
cicatriz de nacimiento.

Celebremos con Fernando ese camino de aire entre los labios. Festejemos

con él su pasión por la poesía que es pulsión pulsante, habla, como el polvo, enamorada. Celebremos este libro que ahora reza en dos lenguas, una frente a la otra como dos rostros que se miran al espejo y algo reconocen del propio allá, del otro lado, donde el tacto ●

● *Là où le toucher / Donde el tacto*, de Fernando Carrera. *Écrits des Forges / Mantis Editores*, Québec / México, 2015, traducción de Françoise Roy.

Delicados trazos, de Noé Jitrik

● VERÓNICA GROSSI

Delicados trazos apela por su mismo título al género experimental, inquisitivo y libre del ensayo. Pero, como toda escritura de Noé, nos convida una nueva versión del género, al combinar en un perfecto balance, en cada uno de los dieciocho ensayos del libro, la precisión y el rigor teóricos con el poder evocador de la poesía y del pensamiento, diría yo del pensamiento poético o de la poesía del pensamiento, recordando a George Steiner. Los conceptos claros y precisos de Noé cifran, desde su oblicuidad y condensación, altamente sugerentes, en un libre y ágil trazo de asociaciones,

sentidos novedosos que dan un radical vuelco a nociones y fundamentos establecidos. El reto y el logro es condensar, en la brevedad, el límite que en uno de sus ensayos («*Vita brevis vs. vita extensa*») se contraponen al concepto de la amplificación, la profundidad del pensamiento, a la vez que la amplitud y diversidad de las perspectivas que culminan, todas, en cada uno de los capítulos, en una iluminación, en la forma de una figura abstracta que abrevia sentidos insólitos, otros caminos para el pensamiento. El estilo ensayístico que recorre el libro se caracteriza entonces por el riesgo ante la experimentación, por una actitud de grácil ligereza, con el que se plantea otras posibilidades hasta entonces impensadas, a partir de distintas nociones aparentemente dispares. El puente que enlaza el riesgo y la magnitud de la apuesta por la verdad a partir de un ensayo provisional, un errar o deambular verbal con arte o método, en tono menor, es la brillantez del ingenio que ilumina por medio de un creciente espesor de relaciones el punto clave de la abstracción evocadora, cifra de otros conocimientos singulares que se desborda en una multiplicidad de direcciones semánticas, temáticas y discursivas. El entendimiento de esta verdad velada, de este enigma o figura abstracta, sugerida con un guiño nada ceremonioso, dirige una lectura crítica, activa. Se convoca así un dinámico a la vez que placentero diálogo *inter pares*, en un espíritu platónico, que fructifica en una explosión de sentidos, una *amplificatio* de la sucinta proposición a manera de glosa. De esta manera, el

magister que es Noé se hermana con la lectora para evocar en colaboración creativa proliferantes trazos de sentidos.

Subrayo, todo el libro es un ensayo que se dispara en direcciones sorprendidas e imprevisibles, pero que nos brinda, sin excepción, preciadas rarezas del pensamiento. Docto en diferentes disciplinas y campos del saber, como la filosofía, el psicoanálisis, la antropología, la economía, la política, la sociología, la lingüística, la semiótica y las artes, Noé nos recrea con cátedras o lecciones magistrales sobre materias y debates muy complejos, dilucidados por medio de exposiciones perfectamente estructuradas y graduadas, con un tono amistoso, conversacional, que no excluye el guiño humorístico que apunta con un espíritu lúdico y desinteresado hacia la originalidad de la sorpresa conceptual. Con erudición, imaginación y sensibilidad, Noé establece matices, nexos y continuidades entre espacios culturales diversos como Europa y Latinoamérica, desvelando así la falsedad y estrechez de interpretaciones canónicas, todavía eurocéntricas. Su profundo conocimiento del archivo cultural occidental le permite también relacionar las producciones culturales catalogadas como «alta» cultura con un dilatado registro de fenómenos (p. 60). La literatura recupera así su especificidad a la vez que su continuidad en otros campos, prácticas y discursos. Es decir, Noé ofrece un acercamiento al fenómeno de lo literario desde una vasta perspectiva, rindiendo a la vez cuenta de su ser y valor únicos. No hay tema o campo del conocimiento que esté

fuera del cacumen inquisitivo de Noé. Resalta en particular la relevancia de los planteamientos y reflexiones en torno a las encrucijadas y dilemas de la modernidad que permean una diversidad de espacios sociales, políticos, económicos, lingüísticos y semióticos (p. 92). Como humanista e intelectual, su indagación crítica, aguda, de estos dilemas se basa en una postura ética frente al mundo. Son pocos los intelectuales que hoy en día adoptan esta valiente postura, signo de autenticidad y de espiritualidad, palabras vedadas en nuestro mundo relativista. De ahí que la riqueza temática, el tejido de conexiones que esbozan sus sutiles insinuaciones de pensamiento, se vierta, como he mencionado anteriormente, en múltiples direcciones, hacia reflexiones sobre el tiempo, la muerte, el posible lugar y función de la palabra frente a los discursos, los cambios sociales, la historia y el porvenir, en rebelde y porfiada resistencia ante el desgaste que consume ineludiblemente toda vida. Es evidente su afinidad hacia propuestas intelectuales y artísticas que destilan interrogantes más que verdades, con otra luz que enceguece y oscurece al mismo tiempo, en su osado y persistente discurrir por los espacios subterráneos de la imaginación y del sueño —pienso en Walter Benjamin y Macedonio Fernández, Borges y Sor Juana, a contracorriente, deslumbrantes superficies donde resuena un realismo chato o bien el ruido del poder (p. 78). Por lo tanto, me atrevo a decir que el proyecto vital de Noé, en el que se inscribe o que corona este magnífico *opus*, es la tradición «ligada a la trascendencia cuyo vehículo

sería en especial la poesía» (p. 33). Termino citando un pasaje del ensayo «¿Dónde está la literatura?»: «Importa más [...] la idea de que la palabra es como un cofre que encierra todos los secretos del universo y de que la literatura es su producto y, como tal, pese a que puede sufrir crisis de soledad o de abandono de variada duración, en la medida en que encarna una dimensión indivisible de lo humano persistirá, seguirá siendo indispensable para salir por un instante de los instantes que se pierden para instaurar la poderosa ilusión del tiempo detenido, en suma de la eternidad» (cita que, me parece, puede leerse como un cifrado homenaje a Tununa Mercado, *Yo nunca te prometí la eternidad*) ●

● *Delicados trazos. Ensayos y tribulaciones*, de Noé Jitrik. Universidad Veracruzana, Xalapa, 2014.



Casa en el corazón y en la mente

● VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

En los cuentos que forman *Historias globalifóbicas* lo marginal queda en el centro. El hilo narrativo no sigue las anécdotas que el lector creería que son las principales, sino, más bien, las historias que se desarrollan inaudibles e invisibles para todos, menos para el narrador.

Los doce textos que forman este libro son un recorrido por ciudades y países en los que las cosas más interesantes que suceden no dejan huella más que en la memoria de un narrador que después escribirá sobre su experiencia. Estos cuentos son bitácoras de viajes que no describen lo que todo turista describiría, sino que narran las visiones de un viajero sensible.

Historias globalifóbicas abre con «Las perlas de Cartagena», cuento que da el tono de todo el libro y que muestra al lector las claves para descifrar la mayoría del resto de los textos: viaje, extrañeza, pertenencia, mirada, oído, lengua, vida, esperanza, humor, nostalgia.

«Wisconsin» es uno de los mejores cuentos del volumen. En él, todas estas

claves, y otras, se entrelazan para crear una historia en la que los márgenes invaden el torrente central de lo que podría ser un viaje de aprendizaje y triunfo para convertirlo en un viaje en el que ronda la muerte: un bibliotecario mexicano es enviado a una pequeña ciudad de Estados Unidos para recibir, organizar y mandar a su país toneladas de libros donados.

Por medio de un diario, el personaje narra el invierno gélido en el que debe internarse para cumplir su labor. La deshumanización de la sociedad que lo «acoge» queda en evidencia. Lo más interesante que le sucede en sus frías jornadas es su encuentro con un pato en un lago de ensueño. Durante su estadía, un asesino en serie comienza a rondar el entorno en el que se mueve. Y las sospechas comienzan a aflorar.

En la entrada del 8 de mayo, el sensible narrador escribe: «La historia: diálogo de la memoria. Mis diálogos internos me han dicho que hubo un gran espacio, que el tiempo fue paulatina pero firmemente ocupado. Mi historia personal se está reescribiendo ahora. Era necesario sufrir el frío, en lo sucesivo seré más cuidadoso respecto a qué, cómo y quién entra en mi casa. Casa en el corazón y en la mente».

De no ser por este narrador que dialoga con su memoria y comparte ese diálogo y su «casa en el corazón y en la mente» en forma de cuento, todo lo vivido, lo captado por los sentidos, se hubiera perdido, como se pierden tantas historias todos los días.

Cartagena, Colombia; Madrid y Sevilla, España; La Habana, Cuba; Antigua, Guatemala; Wisconsin, Estados Unidos, y Guadalajara, México: *Historias globalifóbicas*

es un viaje por el mundo que se convierte, en realidad, en un viaje por esa casa que el autor comparte y el lector acepta con gusto.

En el prólogo a este libro, Raúl Ramírez dice: «De repente aparecerán los Rolling Stones, Daniel Santos y alusiones a canciones que vienen a cuento, pero como siempre, todo libro cobra vida con los ojos del lector, que inician el proceso mental conocido como lectura». Una mente que acepta otra mente, un corazón que acepta otro corazón, se podría decir ●

● *Historias globalifóbicas*, de Jesús D. Medina García. Centro Universitario de la Costa Sur / Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2015.

El éxtasis violeta de Mario Heredia

● GABRIELA HERNÁNDEZ

*Lo invoca. Se sobrealta y helo ahí.
¿Qué? El otro. Todo lo que él no es
se torna en ser. Y todo ese ser gira la cara
hecha aprisa, mejor que la suya, hacia él.*
R.M. RILKE

Me acerco a tu poemario guiada por ti. Tú me hablaste por primera vez de Cravan, de su viaje por Europa y América para encontrar a Mina Loy, su amante; sé que

éste es el hilo conductor y eso es todo; lo demás lo recibo con asombro.

El poeta inicia su travesía igual que un cuadro que se pinta a sí mismo. «La línea» relata al hombre, dibuja la pista por donde camina, «divide el púrpura» combinación de rojo y azul: tierra y cielo, mente y sentidos. «La línea» engendra al poeta, lo ilumina y lo lanza al mar. «El viento del poniente» puede ser el primer faro encontrado de otro desasosegado, Bernardo Soares, pero no, ése está en el fin del exilio. La línea instaura al poeta en el salto que conduce a lo sagrado. La poesía y la mística son experiencias hermanas, me dice Paz, penetrar en ellas «implica un cambio de naturaleza: es un morir y un nacer. La experiencia de la otra orilla está en nosotros mismos. Sin movernos, quietos, nos sentimos arrastrados, movidos por un gran viento que nos echa fuera de nosotros. Nos echa fuera y al mismo tiempo nos empuja hacia dentro de nosotros» (*El arco y la lira*, p. 123). De manera semejante experimenta Arthur su transformación. La inmersión le suministra recuerdos, «el olvido y la paz después de agonizar en la pequeña muerte», «la sombra pugilista» se manifiesta de diversas maneras: en la violencia del morado, en el *ring* flotante, en el *jab* disfrazado de caricia, pero también en la vehemencia de los recuerdos, de los colores de esos recuerdos: el gris tormenta, el rojo de una camisa, los pechos glaucos, el azul de los ojos, del océano, del lienzo. Los recuerdos se transforman: ahora son instante. Y entonces Arthur ase la línea y mira hacia otro faro: Mina, a quien ve sentada bajo un enorme jacarandá.

Leo nuevamente a Paz: «Las semejanzas entre el amor y la experiencia de lo sagrado son algo más que coincidencias. Se trata de actos que brotan de la misma fuente. [...] Gracias al canibalismo erótico el hombre cambia, regresa a su estado anterior. [...] La mujer nos exalta, nos hace volver. Caer: volver a ser». (p. 135). Por instantes, Arthur navega hacia Mina, sus ansias de verla dirigen la línea en un retrato jamás pintado, la línea se proyecta hasta la calle Corrientes, y con la misma premura el poeta mueve su trayectoria hacia su soledad: «Caer: volver a ser». «Las alas de una gaviota pintan de otro sonido su destierro». El poeta se vuelca en el alma de los colores: «el azul esperanzador», «el incendio», «el esbozo en humo de los barcos», «el abanico mariposa de Mina», «el horizonte erizado de ombúes y jacarandas urgidos por volar como un ejército de sepias». La línea es pincelada de ardor que se detiene en imágenes de otros tiempos y que actualiza fundiéndolas con el calor, la sed, el viento, el agua, o con los peces que la sosiegan un momento, o con el boxeo que incentiva su vigor: las calles de la vida son un *ring* en el cual descargar la vitalidad, la furia, el arte: «Los verdaderos artistas son los boxeadores», dices, ellos viven el golpe, por él canjean su vida, ellos viven esa libertad de posibilidad; dice Paz que «realizar esa posibilidad es ser, crearse a sí mismo» (p. 154). Es lo que vemos en tu poemario: el artista creándose.

Cuando el poeta dirige de nuevo el pincel hacia los colores de su amante, recuerdo la idea de Paz a propósito de que «Los primeros en advertir el origen común de amor, religión y poesía fueron los poetas. [...] Lo sagrado se nos escapa.

Al intentar asirlo, nos encontramos que tiene su origen en algo anterior y que se confunde con nuestro ser. Otro tanto ocurre con amor y poesía» (p. 135). Y es que las tres experiencias brotan de algo que es el origen del hombre. Hay en las tres una nostalgia de algo que fue, algo primordial de lo que el hombre fue separado y a lo cual anhela volver: hacia la gran obra, el paraíso, ¿el vacío?

El éxtasis violeta de Arthur Cravan es un recuento de ese regreso: ¿por qué volver? Cómo orientarse, ¿qué caminos elegir? Cuáles descartar, dónde detenerse. ¿Qué llevar? ¿Qué dejar...

La línea lo dirige o es dirigida;
el barco es su fuerza;
los colores son caminos, encantamientos;
los recuerdos son motivos, pretextos que se van dejando atrás;
Mina: un faro; la mujer: tatuadora del porvenir, la esperanza;
el espejo refleja el corazón;
el mercurio es la regresión al estado indiferenciado, la antesala;
el éxtasis: el viaje mismo, un trozo de mármol, un lienzo, ciento cincuenta palabras, agua corriendo incesante, el sueño que Dios no se atreve a recordar;
el punto es el estado límite de la abstracción, el centro, el fin y el principio...

Sé que Arthur Cravan pertenece a la estirpe de poetas que desaparecieron sin dejar rastro: Saint-Exupéry, Ambrose Bierce... es un enigma que me asombra en cada uno de ellos: desterrar el yo, fundirse con la nada, o con Dios. Tu poemario es también una respuesta a este enigma ●

● *El éxtasis violeta de Arthur Cravan*, de Mario Heredia. Mantis, Guadalajara, 2014.

Las maneras del agua y su hierofanía líquida

● LUIS JORGE AGUILERA GÓMEZ

Los dioses, presencia huidiza en la poesía de los siglos XIX y XX, alejados por la distancia humanista, la ilustrada generalización de lo secular y la relativa particularización de lo sagrado, en el siglo XXI vuelven a ser figura notable como hábito literario o como *energés*. No sólo se manifiestan los del panteón grecorromano, también vuelven los santos y los herejes: traen su propio cauce. Así se aparece Teresa de Cepeda y Ahumada, Teresa de Jesús, Teresa de Ávila, Santa Teresa en la tiniebla rémora de la desesperanza en la que nos sumerge Minerva Margarita Villareal —y a ella Teresa— en *Las maneras del agua*, Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2016.

El libro discurrirá en dos ejes, las cuatro maneras de fluir del agua:

Agua del pozo.
Agua de noria sin anegar el huerto.
Agua de río o del arroyo.
Lluvia del cielo.

El otro eje ordenador es la alternancia en contrapunto entre los poemas de una voz que recoge y narra, en un orden ausente de

sucesión cronológica, episodios de la vida de Teresa en la que está también la vida de la poeta, como quien se asoma a un lago en espera de encontrar su reflejo y encuentra espantado el rostro y el cuerpo de otro. Esa voz dialoga, se redime, se completa o se aparta de la voz de las *Laude*. *Laude* como subgénero lírico, sancionado por la tradición clásica, pienso en Virgilio, Horacio, Cicerón; hace referencia también y quizá aquí con más fuerza al segundo tiempo de la *Liturgia de las horas*, que se dice a continuación de *maitines*, de mañana. Y es de mañana que la voz laudatoria se entrega a la oración después de la íntima escucha del dictado de la noche.

La Santa trae consigo el mundo de los muertos, el padre de unas amigas, un par de muchachos, una hermana dolorosamente evocada en «Víspera» y en «Ella cuidó de mí», la madre que jamás volvió; en «Mi poder superior», la voz que hila la vida de Teresa deja el lugar a la voz de la Santa que reza:

*Tú no me libres del ritual que alimenta a tus muertos
y me mantiene viva*

Estos dos versos, que en «Poemas en chino»¹ de Wendy Guerra son uno solo, el último de la estrofa que empieza:

*Tú conoces mis muertos y mis gestos y mis rezos a esos muertos
que llamas por su nombre*

se dirigen a un Tú, que por proximidad semántica refiere pronominalmente al poder superior de la voz de la poeta y de Teresa misma. El nombre Poder Superior es común interlocutor divino en el *Programa de los doce*

¹ De publicación reciente, parte de *Domingo de revolución*, su escritura es rastreada a 2008.

pasos. Entre los muertos que trae la Santa llega con hórridas evocaciones, en alas de cristal, el muerto que se fue y ya no se quiere ser; la oración como correlato de la adicción a las drogas es consistente para Minerva Margarita Villareal en su efecto, pues ambos, droga y oración, propician «estados místicos».²

Poesía mística también hay en varias *laudes*, en las que la voz poética reporta estados extáticos porque Dios, o Cristo en este *LAUDE*, ha tomado posesión del cuerpo:

*Cristo por mi cuerpo
dentro de mi cuerpo
Cristo por mi sangre
dentro de mis labios
Cristo por mis labios
dentro de mi boca
Boca por mis letras
sangre de Cristo
Báñame
dictame
el sueño*

Dije antes que vuelven también los herejes. Y así es. La aparición nos la ofrece la poesía mexicana en otro libro reciente, *En un laúd—la catedral*, de Silvia Eugenia Castellero, publicado en 2012; la poeta dedica su «Nave central» a otra mística, Marguerite Porete, que en destino opuesto al de Teresa de Ávila, quien fue llevada a los altares como doctora de la Iglesia, es condenada por sus escritos y prácticas heterodoxas. Esta dama oblicua

*Desde el fondo nodal, busca, gesta
la locura de la fe, sin gramáticas*

Arde en lo alto de un cedro a la orilla de un río y ni Dios permanece con ella

² Entrevista para *Despertar de Oaxaca*, 11 de febrero de 2016.

Por el cauce, vuelta hacia la nada del día, desaparece.

Las similitudes entre ambos libros merecen un estudio más detenido; para no perderlas expongo aquí algunas; el laúd y las *laudes*, instrumento y género que comparten etimología en la palabra latina *laus, laudis*, alabanza o elogio. También, que las biografías de Teresa de Ávila y Marguerite Porete convocan un contenido hierofánico de escritura mística; aun más, que esta escritura mística, tanto en *Las maneras del agua* como *En un laúd—la catedral*, está cifrada en una estética de lo líquido.

El agua es el líquido por antonomasia, presente en no pocos mitos originarios del universo, del hombre o de los dioses; su cualidad de fluido disolvente es extensiva a los otros líquidos también persistentes en el pensamiento poético de nuestra tradición poética occidental: la sangre, la leche, la miel, el semen. Que el pensamiento poético místico aproveche estos atributos y haga de ellos un vehículo de expresión no es novedad, su conjunción en la tradición mística occidental encuentra origen en los movimientos espirituales femeninos de la cuenca del Rin durante el siglo XIII, en los escritos emanados *Liber Scivias* y *Speculum Virginum* de Hildegard von Bingen y Mechtil von Magdeburg, respectivamente; así también en Ramon Llull y San Juan de la Cruz.

Quizá la pregunta por la similitud es para la tradición: ¿se trata de un cauce del acudir o del llegar? Para Teresa de Ávila el agua guarda una afinidad con lo trascendente; la metáfora está dada, quizá revelada en los éxtasis de los que la poesía mística pretende ser fiel transcripción: «Que no me hallo cosa más a

propósito para declarar algunas [cosas] de espíritu que esto de agua [...] soy tan amiga de este elemento que le he mirado con más advertencia que otras cosas».³

Las maneras del agua no tiene como figura central a Santa Teresa de Ávila; la atención del libro está puesta en la relación que la voz de la poeta tiene con Dios y con Teresa como ejemplar intermediaria y como traductora de los misterios divinos a la lengua personal, esa que sólo se escucha en la soledad íntima de las celdas de la conciencia; la relación que más me ha interesado al leer el libro es la de la voz poética con Teresa, sólo la poeta puede decirle a la Santa con abrasadora empatía humana:

Aérea rézate Teresa
porque has perdido todo
y el cielo exige
siete estancias para morar ●

● *Las maneras del agua*, de Minerva Margarita Villarreal. FCE / ICA / INBA, México, 2016.



3 Teresa de Ávila, *Moradas del castillo interior*, Bruquera, Barcelona, 1973.

Diario de amor migrante y mariposa

● LUIS ARMENTA MALPICA

*Los poemas de amor son todos falsos.
En realidad, / no es el amor el tema / sino la
decepción
o la nostalgia.*
ÁNGEL VARGAS

Una historia de amor necesita sobrevivir
veinticuatro horas por día.

Con esta contundencia empieza *Diario de Yony Paz / Journal de Yony Paz*, de Luis Aguilar, en traducción al francés de Ana Cristina Zúñiga, editado por Écrits des Forges, Primer Cuadro y Mantis Editores a principios de este año. Una historia planteada como prosa poética en veinticuatro excusas (momentos de un 14 de abril de 2009) y tres poemas en verso: «Yntroduccyon», «Yntermedyo» y «Epylogo», en donde un hombre es algo inabarcable, alguien (muchos alguno) que bien pudo ser real o imaginario y ya no importa:

Importa tener dios
jamás saber su nombre.

De allí esa ye (o i griega) que puebla
todo el diario con faltas de ortografía pero
no de moral. Diario que documenta el paso

(mejor decir el vuelo) del indocumentado que roba el corazón de quien lee su aventura por el norte de México. Aventura que no se toma así, a la ligera, porque no fue un flirteo. Si quien nos lo consigna entró *en su cuerpo como en un viejo amigo* es porque considera que

[dos que nada pueden darse siempre
serán quienes mejor se entiendan].

Qué difícil no creerle al desamparo cuando nada nos llena. Una postura así, tan fuerte e inmediata, me hace creer que éste podría ser el mejor libro publicado por Aguilar, a quien admiro desde *Vidrio molido / Ground Glass* (Mantis Editores y BookThug, traducción de Lawrence Schimel, 2012). Porque crudo es comentarle a quien busca trabajo lejos de su país que *los ángeles tienen mucho trabajo [y] no pueden proteger ni a quienes aman*.

Cuando un hombre no está lejos pero sí la luna, tenemos un problema: estamos en Honduras, en las hondas miserias del enamoramiento que no sigue al destino porque puede buscarlo adentro de su piel, en una piel más larga que la propia frontera o en el cuerpo extendido de la Bestia.

En el fondo me da miedo que algo se acerque demasiado y ese algo se quede entre la ropa. Así de cerca siento estos poemas y por eso los guardo en esta bolsa que hoy abro para ustedes, los que no se han trepado a ese tren del amor que maltrata a quien viaja en su espalda, a quien no paga el precio de compartir su cama con sus sueños, a quien se moja con el deseo que no llueve para él. En el amor la desventaja es para quien más ama. ¿Y en la poesía? Se habla de lo mismo y no con otro. Uno mismo es quien pregunta y quien

responde. *Abandonos que olvidaron que un día fueron poemas*.

Los textos que nos encantan se quedan con nosotros (al contrario del hombre). Penden sobre nosotros con el riesgo (al menos temporal) de una decapitación. Y si *remedio* es una palabra que naufraga, Luis Aguilar ya no tiene remedio: consigna, poema tras poema, libro tras libro, su navegar por el ambiente *gay*, por la literatura, por el cuerpo del otro (siempre tan desvalido). Se arrepiente de deletrear el perdón porque eso volvería explicable todo. Y cómo íbamos a saber que *morir no es una metáfora. La tristeza de quienes no saben nunca dónde duermen*.

Formulado desde lo personal, como debe ser una bitácora doméstica, *Diario de Yony Paz* representa la sórdida verdad y las debilidades narrativas que Luis Aguilar revuelve como buen periodista. Cuando al cronista se le pierde el poeta nos quedamos parados, en transición verbal, sin ese verso que corra en los durmientes. Sin Bestia, por supuesto. Eso parece ocurrir al final de este libro. El amor se deshace. Se mantiene la anécdota. El verso cae.

[Todo se vuelve ruido]

Sin embargo, en el «Epylogo» ocurre *un despertar al verbo, reinención milagrosa*. De nuevo la poesía. Luis Aguilar nos *ve como miramos todos todo el tiempo; con esa sensación de esperar siempre un gesto enfrente, cierta palabra*. Que el poema o el hombre nos encuentren aunque ya se hayan ido. *Y la vida es así* ●

● *Diario de Yony Paz / Journal de Yony Paz*, de Luis Aguilar. Écrits des Forges / Primer Cuadro / Mantis Editores, Quebec, 2016.



● *Fuera de lugar*, de Martín Kohan. Anagrama, Barcelona, 2016.



● *Amo y señor de mis palabras*, de Fernando del Paso. Tusquets, México, 2015.



● *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*, de Fabián Casas. Seix Barral, México, 2016.

El mal, triunfante

La perversidad no concibe que haya nada inconcebible. Esta novela, cuya lectura se impone como una prueba de resistencia al asco y al horror (prueba posible de remontar gracias a la potentísima prosa de Kohan), comienza contando lo que hace una sociedad de monstruos, movidos por el dinero pero también por la convicción de que el modo que idearon para conseguirlo —eficacísimo, sencillamente al alcance de sus toscas imaginaciones— constituye un mero servicio que están brindando a otros como ellos. Continúa demostrando cómo el mal no tiene por qué verse estorbado por ninguna forma de justicia. Y transcurre como una sobrecogedora corroboración de que lo peor que los hombres pueden ser es posible porque, si algo no les faltará jamás a los perversos, son inocentes ●

Hombre de letras

Puesto a dar cuenta de sí mismo —en ocasión de recibir los numerosos premios que se le han otorgado, por ejemplo—, Fernando del Paso asienta las razones, que los lectores de sus novelas ya habrán podido intuir, de que su obra haya sido posible gracias al universo literario del que el autor es a un tiempo habitante y creador. Esta reunión de artículos, ensayos y discursos del ganador del Premio Cervantes funciona, así, como una pertinente puntualización de las causas históricas, biográficas y culturales de una obra monumental, pero también admite ciertas curiosidades muy agradecibles, como la carta que escribió a Rulfo cuando éste murió, o el último de los artículos sobre fútbol que asombrosamente se vio orillado a despachar durante el Mundial de 1982. ●

Ensayos libres

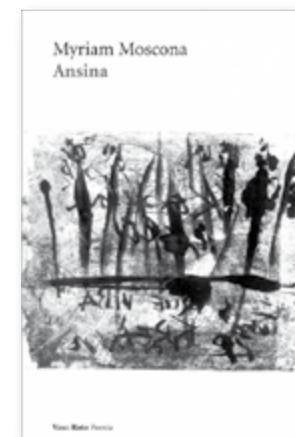
¿«Al tuntún»? La expresión, en el español mexicano, quizás equivalga a «al ahí se va». Aplicada, como indica el título de este libro, a la escritura ensayística de Fabián Casas, puede significar que dicha escritura se halla felizmente desembarazada de preocupaciones innecesarias y, gracias a ello, progresa en la consecución de sus hallazgos no sólo con una velocidad admirable —la urgencia como marca estilística— sino también con una libertad resuelta en un ánimo o un humor bajo cuya apariencia están diciéndose cosas muy serias e invariablemente sorprendentes. Es un ensayista que escribe porque quiere saber qué está escribiendo, y porque cuenta con nuestra participación en sus asombros, en sus cavilaciones, en sus perplejidades ●



● *Ensayos malogrados*, de Alejandro Tarrab. Cuadrivio, México, 2016.

Sobre la muerte voluntaria

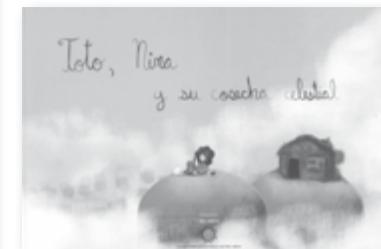
Es, sí, una inmersión en el enigma del suicidio. Pero no solamente: también en cuanto está dado a las palabras hacer con semejante materia, y con la materia que constituyen los destinos de quienes quedaron sabiendo de esa muerte, tocados por ella, y con las implicaciones que la muerte voluntaria tiene para lo humano. Meditaciones informadas por una voluntad poética, poesía que aspira a ser comprensión, pero acaso sólo devuelva constancias más irrefutables de la hondura de su problema, urdido con la memoria y la conjetura y la imaginación de lo incontestable, este libro tiene como motivo el suicidio de la abuela materna del autor. «El suicida no es bienvenido en el espacio de lo humano, el suicida es un malogrado» ●



● *Ansina*, de Myriam Moscona. Vaso Roto, México, 2016.

Lengua viva

El ladino o judeo-español es una lengua en vías de extinción. Eso se dice y eso ha narrado la poeta Myriam Moscona en su crónica/memoria *Tela de sevoya*. Sin embargo, ahora es ella misma la que revitaliza el idioma de sus ancestros, judíos sefardíes, en su libro de poemas *Ansina*. En el poema «Tomaron ayre», de la sección *De morideros* (el libro está formado por cinco apartados), Moscona dice: «a fazerme avlar / voces / vinieron / i empués / tomaron ayre». La autora de libros de poemas memorables como *Las visitantes*, *Negro marfil* y *El que nada* recurre al ladino para seguir su camino poético en *Ansina*, con textos profundos, llenos de conocimiento, humor y música que vienen de siglos ●



● *Toto, Nina y su cosecha celestial*, de Paloma Patlán, con ilustraciones de Chiki Peralta. CECA Jalisco, Guadalajara, 2016.

Ver el cielo

¿Cómo aprendimos, cuando niños, a mirar el cielo? ¿O en realidad nunca lo aprendimos? En la sencilla historia de Nina y su perro Toto, ambos obtienen un aprendizaje fundamental: ante la adversidad, lo que corresponde es trabajar y sobreponerse. Pero sus lectores —y, particularmente, sus lectores idóneos: los que empiezan a serlo— pueden aprender también que la observación del mundo, por ejemplo de las nubes, es muy importante para la vida. Y al pasar por las palabras que van acompañándose de las imágenes de esa niña y su amigo, y del espacio que habitan, hecho de amor y responsabilidad, también irán sabiendo cómo la lectura es una forma óptima de ir emprendiendo esa observación fundamental —que es lo mejor que puede hacer un libro bello como éste ●



Un susurro intraducible: RMR, poeta rusa (apuntes)

● IBRAHIM HERNÁNDEZ

Casi secular, lo exterior, el mito RMR en la tradición cubana.

Matriarca, paridora, la que ama los libros. Atalaya esotérica, secreta. Plataforma en el aire, un refugio, no contra la intemperie, en el paisaje de posguerra. Trasnocada y anacrónica como un radioaficionado cuando *la voz del otro lado me falta*. La dispersión de los amigos y los hijos. Anfitrión de los rigores del ceremonial, círculo, el salón impostado, la liturgia literaria finisecular. Locuacidad rayana en el arranque, el exabrupto emocional o el delirio. El gesto de distinción, la abstracción: mi suéter cuesta lo que *un bosque en otoño*. Denostada o admirada sin medianías. Grafomanía impuesta a lo que se degrada. Escritora como quien zurce, remienda, o coloca encajes. Cerebral y pecaminosa, los diarios: veleidades, tormentos de la relación con T. y teoría francesa, consumiciones del yo, a partes iguales.

Pero el espejo, más bien los espejos de la casa, el azogue gastado, lo mismo en la cubierta del botiquín que dentro

de una cajita reliquia. El *espejo de las deformaciones* donde se oculta el diablo, si es que no nacerá del ombligo invisible, descompone tras la escritura las variantes del mito. Nos previene —reflejos que han quedado atrapados en el lado contrario— de la existencia de Reinas distantes y superpuestas, extranjería y palimpsesto. Impúdica, divagante, la imagen devuelve el simulacro del grupo de Bloomsbury, té y reuniones los jueves; Minnie Marsh, la chica de la isla de Wight, el guardafaros de Aspinwall e indicio de arboladura, altivez de la máscara *entre el puerto y la luz*; un lugar para afirmar cierta aristocracia del espíritu y repasar la imaginería de las islas; metamorfosis y foto de Virginia en la cabecera.

O nos ciega el reflejo que se piensa objetual. *Ex profeso* la muchacha posa para el espejo, prepara platinada la escena maquinal de la silueta y los rayos de luz. Flexiones y reflexiones, contemplación y exégesis del cuerpo desnudo, Barthes o Duras, posestructuralismo y *nouveau roman*, corrección del instinto e intensidad. Toda confesión es un proceso intelectual y preceptivo, descomposición de los flujos del yo y necesidad de la prosa: «Me aburro de mirarme y no ser la verdadera causa de la contemplación en el tiempo que transcurre desde que mi primer ojo ve, hasta que el segundo, un instante ínfimo después, alcanza la refracción de esa imagen y siento la agonía de una forma que no conozco».

Sin olvidar —juego de reflejos mediante— a la Reina centroeuropea, epistolar y grandilocuente; la Reina norteamericana del poema de Lowry y los versos sucios de la escasez en *Bosque*

negro; o a la Reina poeta popular, coloquial y primeriza; la prueba hierática —emblema en una moneda que ha sido intercambiada por pase a los reinos de ultratumba— de hartazgo y sedimentación del mito RMR en nuestra tradición se obtiene por reverberación de las pulsiones de su psiquis rusa.

Mito e imagen.

En el comienzo, dos fotografías y un gesto: La primera, Reina como heroína de Eisenstein. Monumental, con perfil de afiche socialista, la mirada perdida en un paisaje inimaginable. En el fondo de la composición, la textura áspera de un muro sobre el que camina erizado, asustado quizás por una descarga eléctrica anterior que ya la foto no recoge, un gato. Apuro un título: «Heroína. Vísperas de la tormenta». La segunda, su reverso, foto de contracubierta de *Otras cartas a Milena*, heroína devastada por los tiempos del Terror. Ojeriza, surcos en la cara, mirada fija en el objetivo como si de un trámite policial se tratara. Rostro de madre desesperanzada que vuelve de la Lubianka.

Finalmente, el gesto caja de resonancias: la resistencia. Y la Azotea como parte y replicación de la *tragedia de la cultura*. Tomamos té a la rusa y amigos que arropan como a quien ha escapado de la guerra. Meditación sobre la libertad y autonomía del artista. Porcelanas, samovares, talismanes: la realidad simulada. Amistades literarias (Ponte/Reina, conversación mediada por escuchas). Y el talante de una Shapovnikova para, en ciudad sitiada, tras los ecos lejanos de una guerra inexistente, pedir por el mantenimiento de las apetencias y las conversaciones

trascendentes. Y el talante de una Shapovnikova que se debate entre oficial escéptico, condenado y héroe de guerra: dos hombres, fluctuaciones de poética.

Aura de lo ruso: hambruna, escasez, y los hijos que piden qué comer. Lo grotesco-culinario: bistec de toronja y engaños de ese tipo. Periodo Especial-Gran Terror: salvando las distancias, la extrañeza de las etiquetas. Fetiche, penetración y luego nostalgia: la melancolía del Periodo Especial, no su sopor, viene de la ausencia de una idea de lo ruso, su disolución. *María Mariosh* y el barco soviético que se pierde de la rada. Y Reina que percibe como nadie esa experiencia del vacío en muchos de los textos posteriores a aquellos años. Colas, infinitas colas. Tiendas especiales, compra por cupones: *objetos sin fin ni destino*. Paraíso. Tiendecita. Monte. Noticia legendaria de encuentros con el Máximo Líder: ambiguos, cortantes, improbables de tan ciertos, como las llamadas Bulgákov-Stalin. Vacas y bombones.

Luego —y ya creemos irnos acercando al meollo—, relación psíquica, patafísica, familiar, religiosa, de ultratumba, o no se sabe de qué, con la sombra, el fantasma o el daímon poético de Marina Tsviétaieva. Invocación: *Ah Marina, Marina*. Correspondencias. Todo indicio de personaje, máscaras o dialogicidad en ellas se deshace en el monólogo permanente y reconocible de una sola voz, voz potente de mujer. Todo viaje por los estados del yo, acentuación en ambas del tono trágico, resulta el parloteo, la confesión (sobre todo la confesión), el decir y desdecir de una voz permanente. Obra, diario lírico, escritura del yo. Y en otro lado, la pulsión

cosmopolita en ambas. El irse pero no irse, pavor de los aeropuertos, locura de los trámites, asimilarlo todo sin adscribirse a nada (Marina no se une a los simbolistas rusos, a Reina no la *entran* en Diásporas). La marca cosmopolita en ambas es sapiencia (con Saer) de que *no importa la ciudad en la que se esté, se está siempre en la tierra natal*. Tierra del lenguaje. El excelente texto inédito de Reina sobre Marina es quizá lo más cercano en ella a una declaración de poética

Ahora, todo esto es envoltura, lo exterior. Caja vacía, agua sucia hirviendo que se finge infusión tras la inmersión de paquetitos gastados. Si se quiere no viene a decirnos nada de la poética rusa de RMR. Vayamos al meollo.

Como en las traducciones de los grandes poemas de la tradición rusa, como en el Pushkin, la Ajmátova, la Marina, el Pasternak o el Mandelstam que leemos en español, en la poesía de Reina María Rodríguez toda aparente sencillez alude a una grandeza perdida en la mutación. Es éste el secreto encanto de su obra: lo que apunta al misterio de una traslación, de un original esplendoroso y perdido, de una conversión que acentúa el misterio. Para la tradición poética cubana, RMR habla en una lengua ajena. Y entonces la poesía de RMR, como tenía que ser, nos deja con la sensación de una revelación que no se produce. Pero ahí están, casi nuestros, los abismos del alma rusa, el lento gotear de la cera, la resignación milenaria, el Frío, el lamento inaudible de los Sauces, las noches infinitas, el sufrimiento, todo el sufrimiento. Un susurro intraducible ●



El diccionario vacío de Jesús Ramírez-Bermúdez

● ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ

Jesús Ramírez-Bermúdez, médico neuropsiquiatra de profesión, nada desde hace mucho en dos aguas: la de la ciencia y la de la literatura. No podía ser de otra manera si atendemos a lo más elemental de su biografía: es hijo de José Agustín, el *enfant terrible* de las letras mexicanas, el precoz escritor de La Onda, pero también el admirador de las obras de Freud y de Jung. Así, la infancia de Jesús transcurrió bien sumergida en un mundo de imaginería literaria al mismo tiempo que se iba construyendo su vocación por la ciencia y en especial por la medicina, por las neurociencias, por la psiquiatría. Y también porque su interés por las letras lo llevó a talleres con su propio padre, con Juan Villoro, María Luisa Puga y Francisco González Crussí. Actualmente es jefe de la Unidad de Neuropsiquiatría del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía de México y es miembro del SNI, pero al mismo tiempo escribe cotidianamente en periódicos y revistas nacionales donde las letras y la ciencia suelen ir de la mano. Escribe muchos artículos científicos en revistas especializadas,

pero también se ha animado a publicar ensayos literarios y hasta novelas. *El último testigo de la creación*, *Breve diccionario clínico del alma* y *Paramnesia* son algunos títulos previos a este que publica Almadía: *Un diccionario sin palabras y tres historias clínicas*. ¿Un diccionario sin palabras? ¿Acaso no es eso una contradicción absurda, un libro vacío? No, si atendemos a lo que escribe Jesús Ramírez-Bermúdez en su libro y a lo que nos cuenta en entrevista alusiva: si el lenguaje es nuestra posibilidad esencial para interactuar con los demás y con el mundo y perdemos la capacidad para utilizarlo, nos quedamos con esa especie de diccionario vacío, sin palabras, inmersos en la imposibilidad de comunicar las ideas más básicas. Sin independencia.

Se trata de un libro que en realidad son dos: el primero relata los casos clínicos de mujeres que han sufrido daños cerebrales que les impiden comunicarse por medio del lenguaje; el segundo está conformado por una serie de textos breves que se refieren tanto a temas literarios como médicos. Todo parte de la experiencia del autor con sus pacientes y de las múltiples reflexiones que puede hacer desde ahí: conflictos éticos, dificultades en la relación médico-paciente, el papel ante los familiares y la sociedad misma, las posibilidades de la esperanza en casos clínicos como los que relata.

El libro tiene, por una parte, el gusto por la divulgación científica, un poco a la manera de Oliver Sacks, quien, al igual que Ramírez-Bermúdez, desmenuza sus propios casos clínicos para llegar a reflexiones más profundas; pero por otra parte es un verdadero ensayo literario, casi una novela *sui generis* que aborda aspectos humanísticos desde la literatura misma. Un reto, sin duda,

del que Jesús Ramírez-Bermúdez sale bien librado.

Su voz, que me recuerda inmediatamente a la de su padre, con quien he conversado un par de veces antes, me explica por teléfono los detalles de esta nueva obra.

Jesús, cuéntame sobre los casos que narras en tu libro.

Son casos clínicos de mujeres que han padecido fenómenos de afasia, es decir, pérdida del lenguaje por diferentes enfermedades o lesiones cerebrales. Se ponen de relieve las dificultades para adaptarse a un entorno donde nuestra sociedad está codificada por medio del lenguaje. Y es a través del lenguaje también como tenemos la mayoría de nuestras interacciones psicológicas, políticas, sociales. Estas mujeres, que de por sí están en las condiciones de vulnerabilidad, inequidad y violencia que hay en nuestro país en cuestiones de género, se ven confrontadas con una dificultad aún mayor: la pérdida de la herramienta principal para la interacción social.

El libro está estructurado de una manera muy particular: por un lado relatas los casos clínicos de dos mujeres con ese problema de afasia y por otro una serie de temas clínicos y literarios diversos, pero que también están conectados con tu labor como médico neuropsiquiatra.

Es correcto, el libro tiene su inspiración en los formatos y las estructuras de la comunicación científica, en la que se pretende una comunicación muy estructurada, basada en los hechos, generalmente muy sintética, con una

estructura lógica estándar, y en la que al final siempre hay referencias bibliográficas que nos conectan con el gran mundo de la ciencia. Yo quise utilizar esa estructura como un motivo estético para convertir esa posibilidad en una narración que, otra vez, está muy apegada a los hechos —como debe ser en el contexto de las ciencias médicas—, pero que tiene puntos de fuga. Sin embargo, en lugar de escribir referencias bibliográficas técnicas de acuerdo con los estándares académicos, yo preferí narrar la crónica de esas lecturas complementarias o adicionales, es decir, todo eso que piensas a veces en voz baja cuando te fugas a la fantasía intelectual o a la evocación, y que constituye ese mundo de ideas que va poblando el cuerpo principal de una investigación o una narración. De esa manera el texto trata de tener una estructura literaria que no se ciñe demasiado a ninguno de los cánones del ensayo literario ni a los de la ciencia. Yo le llamo a esto un ensayo clínico-literario.

Entonces cabalga entre los dos mundos, ¿no? El del ensayo literario y el de la narración científica. Pero ¿qué es en realidad, cómo lo describes?

Yo quise darle a este libro un énfasis especial en la narración. Quería que, primero que nada, fuera una historia que pudiera leerse casi como una novela, una historia que resultara entretenida aun para personas que no tuvieran un entrenamiento médico, neurológico o psiquiátrico. Que la historia por sí misma fuera revelando las claves que la

van haciendo interesante, un poco a la manera de la literatura policiaca, sólo que aquí no habría el interés de revelar la identidad de ningún asesino, sino más bien de ir encontrando claves que hacen más comprensible lo que inicialmente aparece como completamente desconcertante.

No es el primer libro que escribes en esa línea, hay otros previos como el Breve diccionario clínico del alma o El último testigo de la creación, que ponen el énfasis por igual en lo científico y en lo literario, dos mundos que, me queda muy claro, te interesan como autor.

Me gusta mucho la posibilidad de esa síntesis porque creo que trae consigo una gran riqueza intelectual. La ciencia nos aporta todo un mundo de ideas que se van construyendo con mucho rigor a través de ciertas reglas académicas, matemáticas, lógicas, pero al mismo tiempo la literatura le enseña a la ciencia las posibilidades de la subjetividad, la conciencia, el mundo humano más personal.

Hay un trasfondo eminentemente humanista en tu enfoque, ¿no es cierto? Por ejemplo en la conexión que exploras entre el médico y los pacientes, una relación que a veces resulta conflictiva. Es frecuente que se hable de cierta «deshumanización» en la práctica médica.

Y es que, como tú lo sugieres, aunque la ciencia ha sido uno de los artefactos más importantes para el desarrollo de la cultura y la civilización, también hay un profundo desencanto en nuestra sociedad contemporánea. Lo vemos

reflejado en la literatura, en el cine, en la música, pero sobre todo en la reedición de tradiciones religiosas, espiritualistas, que se basan en claves mágicas, como lo podemos ver por ejemplo en el mundo del terrorismo. ¿Cómo es posible que mujeres europeas viajen al Medio Oriente para inscribirse, con fines terroristas, en un mundo cultural donde son profundamente devaluadas? Ello se explica en parte por el desencanto y tiene que ver con la automatización en nuestra sociedad, por las estructuras rígidas de la economía y la administración, y donde la ciencia, que debería ser un elemento de conocimiento, a veces contribuye a esa automatización. Yo quisiera rescatar la noción de Alexander Luria de una «ciencia romántica» que, aunque se basa en hechos y reglas lógicas para el análisis de la información, no se desliga de los valores humanos y las emociones que le dan sentido a toda actividad intelectual.

En ese sentido eres también un divulgador de temas científicos. Al leer el relato que haces de Verónica, por ejemplo, esa chica que por una lesión cerebral no puede hablar pero sí es capaz de cantar una canción, recordé casos similares relatados por Oliver Sacks, ese gran científico interesado en la divulgación.

Por supuesto, Sacks hizo un análisis magistral de ese problema en su libro *Musicofilia*, y en general hizo una gran labor para dar a conocer al gran público la relación entre la música y el cerebro. Y en efecto, a mí me interesa mucho

el mundo de la divulgación científica. Acabo de terminar otro libro acerca de los mapas cerebrales de la memoria, donde trato de hacer un recorrido por toda la investigación, primero precientífica y luego científica, en torno a la memoria. Y es que creo que los científicos debemos acercarnos más al público para ir cerrando la brecha que existe entre la cultura académica y la cultura popular.

La segunda parte de tu libro consta de una serie de «Bocetos», como tú mismo los llamas: son catorce ensayos breves, casi como apuntes, y el último de ellos es un pequeño diccionario de neologismos muy curiosos. Términos como monakia, que traduces como «conjunto de curas y de monjes»; o meretor, referido a una persona homosexual, como una especie de masculinización del término meretriz. ¿Me podrías hablar un poco acerca de ello?

Sí, es un pequeño diccionario dentro del diccionario. Son algunos ejemplos del tipo de formulaciones neológicas o de palabras inventadas que algunos de mis pacientes me presentan. En un principio son formulaciones que me causan mucho desconcierto, pero después las analizo desde la psicolingüística o el psicoanálisis y les encuentro un cierto sentido. Aparecen al final del libro porque esa parte incluye recursos literarios de libre asociación a partir del contacto con ciertas fuentes del conocimiento. Ese pequeño diccionario se ha ido formando con la documentación que se ha hecho de esos términos en nuestros servicios de psiquiatría.

El libro *Un diccionario sin Palabras y tres historias clínicas*, de Jesús Ramírez-Bermúdez, está dedicado a sus padres, José Agustín y Margarita, y ha sido publicado en 2016 por la editorial Almadía ●



Zona intermedia

César Vallejo: del verbo encarnado a la armonía disonante

● SILVIA EUGENIA CASTILLERO

César Vallejo comunica vivencias que nos instalan en los límites del lenguaje: una exploración intensa y sombría. Su densidad lo vuelve un autor mineral, de intuiciones que penetran hondo, no la piel, sino los nervios y la médula. Calcárea y corporal, la poesía de Vallejo —según lo escribe José Miguel Oviedo— tiene tres estaciones: Trujillo, Lima, París. «La evolución poética de Vallejo registra transiciones violentas y extremas, sobre todo si se piensa que su primer libro tenía fuertes ataduras tradicionales y librescas: en veinte años atraviesa por el postmodernismo, la vanguardia y la poesía social y política, sin mirar una sola vez hacia atrás [...] Su vida es un continuo alejamiento de sí mismo, a la vez que un reencuentro espiritual con las raíces terrígenas físicamente abandonadas»

(prólogo a *Antología poética*, Alianza Editorial, 2001, p. 9).

Las metáforas que Vallejo traba a lo largo de su obra consternan, no encuentran calma sino entrecruzamientos estafalarios. Es el signo el que llega, antes que el ícono, es la germinación en el mismo acto de germinar: una armonía disonante, la imperfección. Su acometida a lo humano es desde lo humano mismo, por eso ni la vanguardia ni la militancia comunista encasillan su hacer. Domina más bien la intuición de lo universal, del misterio humano que lo orilla a la minuciosa profundización del tiempo, al desasosiego y a la emoción, su poesía tiene altibajos de tono y de sentimientos que contrastan, pero nunca altibajos en su calidad, hay un ascenso en las conquistas de su sintaxis extraña por original, fuera de cualquier historia de la poesía. La poesía vallejana obedece intrínsecamente a sí misma. Va de los credos que asume en política, religión, arte, hacia la dispersión de éstos y la conquista de una simbología propia. Su propio desconsuelo.

En los *Poemas en prosa* —escritos cuando la madre ya ha muerto— encontramos algunos ejes de tensión entre atracción y rechazo, posesión y pérdida, dolor y placer, como partes de dos grandes polos: génesis y apocalipsis. Extremos dramáticos de existencia con la nada rodeando lo humano: «es el tiempo que marcha descalzo / de la muerte hacia la muerte». En este libro ya se advierte una necesidad de grito estrangulado, de risa irónica, de angustia por la especie humana que desarrollará plenamente en *Poemas humanos*. Hay todavía rastros de ese lenguaje fracturado de *Trilce*, pero con una intención de ahondar

aún más en el dolor humano. En medio de la insignificancia de la vida, su poesía erótica se asienta en la endeblez, en lo transitorio, en la culpa. Su matriz es la cristiana pero en querella permanente con Dios: un Dios insignificante y un hijo culposo. Un apetito que lleva al no-ser. En «Los pasos lejanos» (*Los heraldos negros*) leemos: «Mi padre duerme. Su semblante augusto / figura un apacible corazón; / está ahora tan dulce... / si hay algo en él de amargo, seré yo. / Hay soledad en el hogar; se reza; / y no hay noticias de los hijos, hoy. / Mi padre se despierta, ausculta / la huida de Egipto, al restañante adiós. / Estás ahora tan cerca; / si hay algo en él de lejos, seré yo».

Como afirma Saúl Yurkievich, Vallejo no puede entregarse al gozo sensual sin complejo de culpa, no puede ser un perverso polimorfo, asumir plenamente los mandatos del cuerpo, darse al juego amoroso, alcanzar la plétora sexual. No puede ser disoluto. El sexo se liga en él con pérdida, caída, condena. El sexo en Vallejo es antesala de la muerte. Acude a la simbología religiosa para metaforizar el amor, sobre todo en la trinidad y en la crucifixión.

El vacío comienza en el desamparo, en el desplome en el tiempo. Esto quiere decir que ya no hay verbo encarnado y que sólo el lenguaje puede recuperar algún sentido, por eso hay que resquebrajarse junto con él, hundirse en él, bordearlo, tasajearlo. Cristo ya no cura ni alimenta: «Yo nací un día que Dios estuvo enfermo» («Espergesia»).

Uno de sus temas recurrentes es el de la madre por el hijo que nunca abandona su obsesión de ser hijo: «Hasta París vengo a ser hijo. Escucha Hombre, en verdad te digo que

eres el HIJO ETERNO, pues para ser hermano tus brazos son escasamente iguales, y tu malicia para ser padre, es mucha» («Lomo de las Sagradas Escrituras»).

Para Vallejo, la figura del hijo es problemática tanto en su visión del «crucificado», que ya no significa salvación, como en su carácter de hijo él mismo dentro de una estructura familiar sin sentido profundo, pero que en su imaginario (o en su necesidad de retornar a la infancia) sigue siendo una especie de paraíso perdido. Tanto como en su negación para procrear. La caída entonces es la pérdida de la unidad amorosa.

En el poema «Una mujer...» todo está transpuesto. Sobre la pureza de la trinidad cristiana Vallejo plasma su realidad de hijo, con un padre y una madre. Entonces el Padre (Dios) es su propio padre, el Hijo (Cristo) es él y el Espíritu Santo es la madre. El poema metaforiza, intimiza, va de la grandilocuencia de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, de la extensa temporalidad histórica (Creación-Juicio Final), a su intemporalidad existencial. Allí, en este poema fragmentado que es el poema, reina lo disímil, la mutación constante, el continuo movimiento. La carga subjetiva es tan fuerte que ya desde la primera línea toma concreción la temporalidad biológica. *Una madre de senos apacibles, ante los que la lengua de la vaca resulta una glándula violenta*. La madre es «una mujer de senos apacibles». *Apacible* porta el doble juego de senos mansos, tranquilos, propios de una madre, pero también podemos encontrar una connotación erótica, de *apacer*: «agradar» que seguido de lengua lo erotiza (a + placer)

y «glándula violenta» nos remite a una referencia fálica.

En la segunda estrofa la mujer, que es la madre, declina los adjetivos y los adverbios que no posee el hombre. Es decir, posee la palabra y es «su único caso de mujer», nítida entre tantas formas; la madre, como el Espíritu Santo, es la dadora de sabiduría y fortaleza, es *la amorosa llavera de innumerables llaves (Trilce XVIII)* o la repartidora de *ricas hostias de tiempo (Trilce XXIII)*. Es madre metamorfoseándose en mujer: *Oh la falda de ella, en el punto maternal donde pone el pequeño las manos y juega a los pliegues, haciendo a veces agrandar las pupilas de la madre, como en las sanciones de los confesionarios*. Falda, manos, juego y pliegues la transfiguran de madre en mujer; los pliegues se vuelven piel, cavidades del cuerpo. Así se transforma de dadora de conocimiento, de llaves y de tiempo, en amante pecadora, víctima de las sanciones que le impone la moral cristiana. Porque la entrega sexual en Vallejo, como ya dijimos, entraña un complejo de culpa.

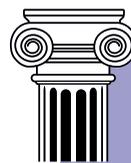
El hombre, el Padre, es fuerte, está hecho *libre de adjetivos y de adverbios*, no de palabras pero de templanza, «mandibular de genio»: de *ibilum*, «instrumento que sirve para» y «genio» de tutela, es el espíritu tutelar innato. También, por otra parte, la mandíbula es cada una de las dos piezas óseas que limitan la boca de los vertebrados. El hombre es el único apto en la creación para permitir la relación dos a dos de pareja, con *los goznes de los cofres*, es decir, es la bisagra más fuerte. Esa que permite que el cofre, la boca, el útero, se abra o se cierre.

En esta parte podemos hablar de la relación numérica de Vallejo. Según Kenneth

Brown el 1 es lo indivisible, «que resonará al infinito», y que no podrá nunca salir de su estado de soledad. El grupo perfecto es el 2 —hombre con mujer—, es la eternidad de amor. El «Grupo dicotiledón» del poema v de *Trilce* lo llama *novios de eternidad*. Para André Coyné, en Vallejo «el 1 es el indicio de la propia existencia, y simultáneamente de su incompletud; atrae al 2, como el novio a la novia, ambos seguros de que al unirse van a cerrar la cuenta para siempre, de ahí que cedan a la *quemadura del segundo / en toda la tierna carnicilla del deseo (Trilce xxx)* hasta que se percatan del engaño: de que siguen siendo 2, y a fin de librarse tienen que tender hacia el 3 (el hijo), remitiéndose a él para que los detenga o los excuse de (glisar) en el gran colapso». Para Vallejo el acto sexual es finalmente el vacío.

El instinto animal del acoplamiento se ve interrumpido por el hijo, ese tercero, ese ajeno, intruso. El hijo, que no es animal sino hombre, pervierte «lo natural», ya que no completa sino divide, él mismo es hombre que erotiza a la madre, que deja de ser madre para ser mujer amante.

El final es contundente: «Yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espiritusanto, con todos los emblemas e insignias de sus cargos». Vallejo ironiza mostrando que la perfección de la Trinidad, esa Unidad armoniosa y ubicua formada por tres personas que son una, esa gran abstracción no existe en los seres pasajeros, mínimos, reales. En el hombre, la Trinidad se degenera, es una integración precaria, sin paraíso, donde el ser es mutilado e incompleto ●



Visitaciones

Diez instantáneas para festejar a Francisco Hernández

● JORGE ESQUINCA

1

El niño de los cabellos en llamas se despierta. Es media noche y el río que pasa por debajo de su cama viene cargado de huesos y calaveras. Una vaca pinta flota hinchada como un globo en desgracia. Empapado de sudor, cierra los ojos. Y en el río que pasa adentro de su cabeza flota una niña con un velo blanco.

2

El niño de los cabellos en llamas está parado en el centro del diamante. El guante en la mano izquierda, la pelota en la derecha. Debe lanzarla para que el tiempo, que se ha detenido, fluya de nuevo. Decide no hacerlo y permanecer unos instantes bajo el sol inmóvil de la eternidad.

3

El niño de los cabellos en llamas apunta su resortera. Un zopilote gira en círculos descendentes por encima de su cabeza. Estira más el brazo y la liga se tensa. La piedra afilada en el trozo de cuero. Deja que el arma siga los giros del carroñero. Dispara. Un diluvio de aguas negras cayó sobre San Andrés durante tres días y tres noches.

4

Los que la hemos visto, los valientes que la hemos seguido hasta el río para verla bañarse, estamos seguros: Paura no tiene coño. Pero eso no quiere decir que sepamos, ni de cerca, nombrar lo que ahí tiene. Porque no se parece a las escolopendras ni a los murciélagos. Es más bien un hondo remolino. Y desde ahí, dicen, nace la noche que cobija a los muertos.

5

«Amor/taja/dos» —cantaste—, mi buen compadre Francisco y con tu rima dejaste mi corazón hecho cisco.

Diré que en el ancho mundo no hay poema más certero: lo es, por breve y ligero, lo es, por cierto y profundo.

6

Mejor será no regresar al pueblo. Aunque el pueblo, o su imagen, habiten en esa región de la memoria donde se almacenan los recuerdos imborrables. Una casa dentro de otra casa, como en un juego de cajas chinas, es la memoria. En su interior, en eso que vagamente puedo reconocer como su entraña, «se escuchan disparos de escopeta, gritos desaforados y una revuelta de animales de monte que se azota contra las paredes presintiendo el regreso de los cazadores». Mejor será no volver al pueblo, nunca más.

7

Desde mi ventana, en lo alto de la torre, miro pasar las aguas del Neckar. Miro pasar tu rostro, Diótima. Tu hermoso rostro que, como

el río, es el mismo y es nuevo. «Scardanelli», me oigo decir, pero se trata del río quien murmura ese nombre que tú me has dado y que los gallos repiten en todos los tejados de Tubinga. «Scardanelli», mi difunta, con el que me llamas para que yo acuda a donde sea que estés y volvamos a ser los de ayer, en este instante, siempre.

8

La isla de Borneo se encuentra en el centro de Insulindia. Es la tercera isla más grande del mundo. En idioma nativo, los indonesios se refieren a ella como Kalimantan. El punto más alto es el Monte Kinabalu, con cuatro mil metros de altura; fue escalado por primera vez en 1851 por un alpinista británico, Hugh Low. En la base de la montaña se extiende un bosque tropical, en su cima hay nieve. Es una isla rodeada por cuatro mares: el mar de la China meridional, el mar de Sulu, el mar de Célebes y el mar de Java. En el siglo XVII todas las monedas que circulaban en la isla llevaban impresa una rosa. Borneo posee una red de cavernas que se antoja interminable. La Cueva del Venado es la más grande del mundo y alberga a más de tres millones de murciélagos y una montaña de guano que rebasa los cien metros de altura. La recorren quince ríos. En sus aguas habitan seis variedades de peces siameses luchadores, uno de los cuales tiene un color azul verde iridiscente. En los pantanos de agua ácida habita un pez gato de dientes afilados cuyo vientre adhesivo se pega a las rocas, confundiendo con ellas mientras acecha a sus presas. El llamado «Corazón de Borneo» es una región montañosa de doscientos veinte mil kilómetros cubierta de bosques húmedos ecuatoriales, situada en el centro de la isla. La deforestación comenzó

a mediados del siglo XX, a causa de los incendios provocados por el establecimiento de plantaciones de caucho. El orangután rojo, una especie endémica de la isla, está seriamente amenazado. *Cuaderno de Borneo* es el diario que escribió el poeta mexicano Francisco Hernández para dar cuenta de la estancia apócrifa de Georg Trakl, su colega austriaco, en la isla. Este último dato no está en la Wikipedia.

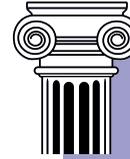
9

Ay qué bonito es volar,
volar arriba del cielo,
tú que te vas a Borneo
yo que te quiero matar.

Ay qué bonito es volar,
quitarle al mango su cáscara.
Aquí te guardo la máscara
por si quieres regresar.

10

Cuando Francisco Toledo pinta, una liebre copula con un cacto.
Cuando Mark Rothko pinta, se realiza la unión de la sangre y la luz.
Cuando Vicente Rojo pinta, vuelve a llover en el Valle de México.
Cuando Marcel Duchamp pinta, el paraguas copula con la máquina de coser.
Cuando Remedios Varo pinta, se cimbra el esqueleto que sostiene al cosmos.
Cuando Vincent Van Gogh pinta, un cuervo esparce la luz en los trigales.
Cuando Frida Khalo pinta, Diego Rivera copula con un espejo.
Cuando Jean Michel Basquiat pinta, los niños de Brooklyn sueñan con un arco iris ●



Anacrónicas

La Islandia de Borges

● MARÍA NEGRONI

«**Islandia**, te he soñado largamente / desde aquella mañana en que mi padre / le dio al niño que he sido y que no ha muerto / una versión de la *Völsunga Saga*» .

En efecto: Borges soñó a Islandia largamente. La volvió geografía, sintaxis del agua y crónica del vacío. Como si la distancia le hubiera cedido un emblema. O mejor, una astucia, un viaje a una palabra abrupta, como una espada: el lugar de fundación de una escritura.

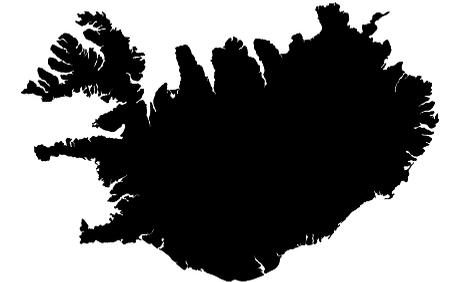
La materia escandinava, digamos, le permite encarnar la figura del escritor des-territorializado (que fraguara en «El escritor argentino y la tradición») mucho antes de que la academia norteamericana inventara ese término. Absuelta de toda memoria personal o local, la «última Thule» deviene tamaño de la esperanza borgeana: encontrarle la metafísica y la música y el temblor a la fatalidad de ser argentinos bien puede ahora avenirse con algo que no es (ni quiere ser) fatalmente reconocible.

Todos los temas y figuras de Islandia pueden verse, en suma, como variaciones de una fuga musical imaginaria donde

los componentes desmienten cualquier adscripción a un referente cercano. Al postularse como «invención», Islandia se transforma a la vez en cifra, en oposición a los discursos biempensantes y en manifiesto estético. De hecho, proyectado contra las tempestades de esa isla, el mundo incrementa su activo de noche, escapa de las políticas de la «identidad» que ignoran siempre lo conjetural y son, por ende, carcelarias. Estamos en presencia de una ética del desequilibrio, cuyo fin es hallar un registro que trabaje a favor de los alzamientos, lo fantasmático y el vértigo.

El impulso épico descubre, de ese modo, lo que suele velar: que en la urgencia de entregarse a una obsesión hay siempre un deseo de alcanzar lo más actual por lo más arcaico, lo más elusivo por la perduración del sueño, lo que no se cumplió por la tristeza que no se abandonará.

Es, una vez más, invierno. La noche es una intensidad de estrellas y posibles analogías. La soledad es un lujo. Pero ellos no lo notan. Se preguntan en qué antro se habrá metido el océano, qué ataduras de hielo lo habrán flechado. Hasta cuándo va a durar la necesidad de sufrir. Hasta cuándo reemplazarán la patria con palabras rojas. Son los escaladas. Es Islandia que canta, con seriedad de niña guerrera, afligida por una sola ambición, lo inexplicable ●





Nodos

Vacaciones en la Patagonia

● N A I E F Y E H Y A

Pensamos que sería buena idea tomar unas vacaciones en la Patagonia, supusimos que podíamos dejar el plan abierto y flexible ya que las cosas siempre dan giros inesperados y en eso radica la diversión. Imaginamos que tan sólo debíamos tener buena disposición y el viaje estaría lleno de sorpresas. Bueno, más bien Lilia pensó todo eso y yo tan sólo asentí, como suelo hacer cuando no quiero meterme en líos con ella.

Comenzó a empacar una maleta con abrigos y trajes de baño, una sartén y calzoncillos. La interrumpí entonces. Lilia, le dije, en realidad no es tan buena idea ir porque tengo que ver el partido de Alemania. Pero si jugaron ayer, me respondió. Es que ése fue un partido de la Champions. Lo de hoy es eliminatoria para la Copa del Mundo. ¿Y entonces, la Patagonia? Podemos dejarlo para otra ocasión, le dije sonriendo, aunque en realidad pensaba que no tenía nada de gracioso ni tampoco quería considerarlo para otra ocasión. Pingüinos, lobos marinos, marmotas, quizás osos polares, dijo con desaliento. No, nada de eso, sólo zorros, zarzales, zancudos,

zopilotes y otras especies que empiezan con zeta, respondí con seguridad.

Lilia me dijo que no podía esperar. El calentamiento global y la muerte de las ideologías, todo está pasando y pasa tan rápido que si no vamos ahora mismo ya no habrá nada más que visitar, argumentó. Yo le respondí que estaba exagerando y añadí que lo que no era una exageración era que la situación en esas regiones era inestable. El gobierno de Uruguay, por ejemplo, le dije, anunció que castigaría al pueblo, a todo el pueblo. Eso no tiene sentido, respondió indignada. Sí, a todo el pueblo, por alguna ofensa que los militares no estaban dispuestos a tolerar. Dijeron basta ya. Pero el gobierno de Uruguay ni siquiera es militar, me dijo ella. Eso es lo peor, el presidente civil no podía hacer nada al respecto, porque estaba deprimido. ¿Estaba deprimido por lo que querían hacer los militares?, preguntó con esa cara de angustia que pone siempre que no hay leche en el refrigerador. No, estaba deprimido, así nomás por deprimido, dije, ésas son cosas de la química del cerebro, continué. Ah, dijo, como cuando no me cree pero no tiene deseos de perder el tiempo discutiendo tonterías. Sí, entonces ordenaron paralizar las calles, nadie se movería, nadie iría a ningún lado, toda la ciudadanía uruguaya debía mantenerse de pie en la calle. Y es que no son tantos, dijo ella asintiendo. No, son poquitos, dije yo. Y nadie sabía qué pasaría, pero había un rumor de que lloverían pelotas blancas, miles y miles de ellas. ¿Pelotas como de fútbol?, preguntó. No, chiquitas, como de ping-pong pero duras y pesadas, como de futbolito. Nunca he jugado futbolito, dijo. Pero las has visto, contesté a quemarropa.

No estoy segura. Pero tienes que estarlo, si no no vas a entender la historia, añadí un poco exasperado por su ignorancia de un dato tan elemental. Está bien, hazte de cuenta que sí sé cómo son, sigue, dijo poniendo los ojos en blanco. Si no me crees, olvídalos, dije. Sí te creo, dijo con los ojos perdidos en el fondo del cerebro. La cosa es que caerían las pelotas por millones y matarían a los uruguayos y eso sería un genocidio, porque aunque sean poquitos son todos los que hay.

Quedamos en silencio. Con cierta solemnidad. No era para menos. Mis palabras eran ominosas. ¿Quién quiere bromear o planear vacaciones ante el espectro de una masacre? Nadie, nadie puede ser tan desalmado. Pero el silencio no duró. Lilia arremetió: ¿Y qué tiene que ver Uruguay con la Patagonia? No se trata de eso, dije yo. Es el principio. ¿El principio de más matanzas o el principio como el fundamento de alguna teoría?, preguntó como la buena estudiante de filología que nunca fue, pero no sé si intrigada honestamente o sólo por el deseo de discutir.

Está bien, la realidad es que no puedo ir porque tengo muy malos recuerdos, señalé cabizbajo. ¿De la Patagonia?, preguntó. No, de la Copa América, que para el caso es lo mismo. ¿Qué fue lo que te pasó, te asaltaron, te secuestraron, le metieron siete goles a tu selección?, dijo un poco frenética. Te voy a contar, pero espero que no lo repitas por ahí. ¿A quién le voy a repetir qué? Mi jefe me envió a cubrir a las chicas de la Copa América. No confiaba en mí para opinar sobre fútbol, mucho menos para analizar tácticas de juego. Ni siquiera quiso que narrara los partidos. Lo mío serían las frivolidades de las tribunas, las taradeces que decían algunas

fanáticas. ¡Ya salió la misoginia!, dijo echando los brazos al aire como si fuera a cachar una canasta bien grande. Algunas fanáticas, sólo algunas, no todas decían taradeces, respondí. ¿Como cuántas?, preguntó llevándose las manos a la cintura. No tantas, pero eso no es lo importante. Lo que mi jefe quería era precisamente eso, que las entrevistara sobre sus polémicas desinformadas, que exhibiera la euforia explosiva de las jóvenes ebrias, que comentara sus comentarios racistas e insensibles. Y lo de siempre, que pusiera en cámara a las más *sexys* diciendo que si este jugador está bien guapo o que si aquel otro marca paquete, y todo eso. ¿Y tú te prestaste a eso?, dijo, pero más que pregunta era una afirmación. No exactamente. Mi jefe quiso animarme con la promesa de que las jóvenes entusiastas llevarían camisetas entalladas y *shorts* cortísimos. Y no puedo negar que la idea era tentadora, así que acepté. Como era de esperar, fue un trabajo denigrante, ridículo y ocioso, ni los *shorts* entallados ni las camisetas cortísimas le inyectaron la menor dignidad a mi labor.

Volvimos a quedar callados, ahora en duelo por mi masculinidad ofendida, por la falta de respeto de mi jefe hacia las mujeres, por la condición femenina en general y por la doble moral que dominaba en mi trabajo. Todo eso había quedado como un fardo pesado entre nosotros. Pero Lilia, creo que con un poco de mala leche, preguntó: ¿Y cuándo trabajaste tú en la televisión? Hablando de televisión, dije, tengo que ir a ver el partido de Alemania. Antes de que me pudiera alejar gritó: ¿Y eso qué tiene que ver con la Patagonia? ●

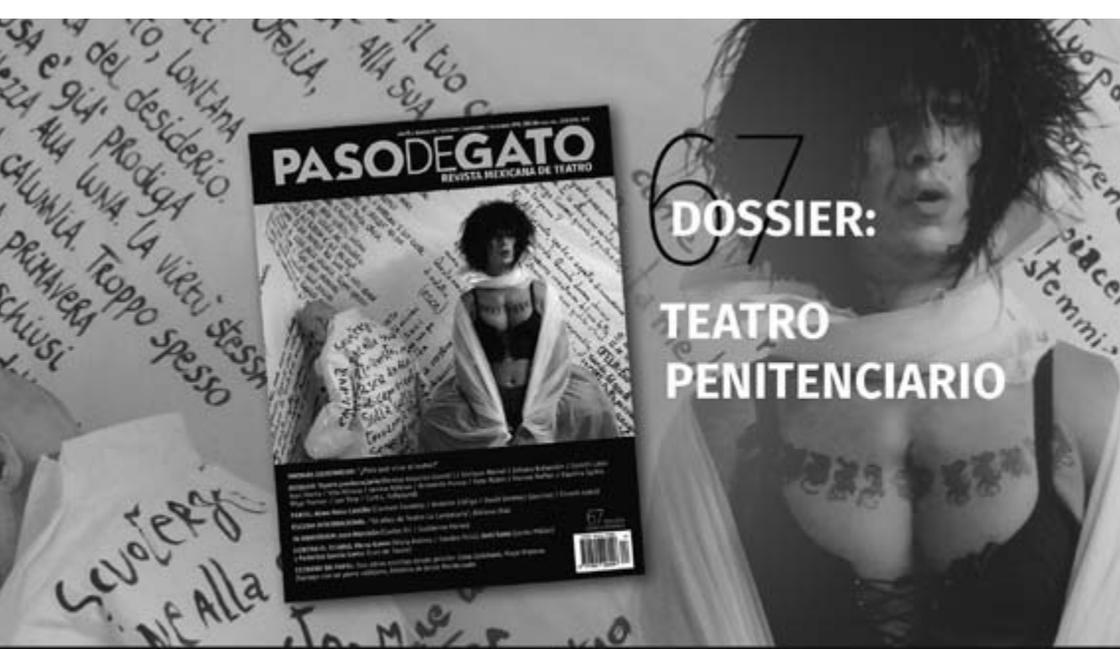


Seguimos **tendiendo puentes**

Sistema Universitario de
Radio Universidad de Guadalajara

Ameca 105.5 FM
Autlán 102.3 FM
Colotlán 104.7 FM
Guadalajara 104.3 FM
Lagos de Moreno 104.7 FM
Ocotlán 107.9 FM
Puerto Vallarta 104.3 FM
Zapotlán el Grande 94.3 FM

www.radio.udg.mx  



67
DOSSIER:

**TEATRO
PENITENCIARIO**

Encuéntrala en:

Suscripciones a: difusion1@pasodegato.com, adriana.pasodegato@gmail.com

Distrito Federal: Librerías El Sótano • Librerías Educal • Librería Héctor Fuentes (Foro Shakespeare) • Cafebrería El Péndulo (Sucursales Roma y Condesa) • Centro Cultural El Foco • Librería Julio Torri • CEUVOZ • Museo Universitario del Chopo Interior de la república: Librería Luciérnaga Azul (Guanajuato) • Librería Auctoris (San Luis Potosí) • Teatro Diana (Guadalajara) Librerías Educal • Con el voceador local En el extranjero: **Chile** FCE • Librería Prólogo • **Colombia** FCE Colombia • **Venezuela** Teatro San Martín • **España** Librería Yorick • **Argentina** Libros del Balcón • Librería Ávila • Librería Antígona • Librería Vive leyendo